

Menologio **Cisterciense**

2019



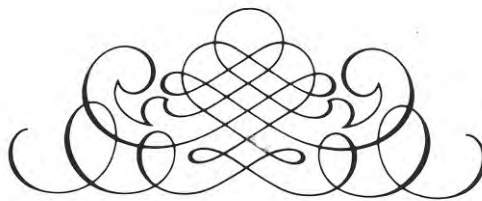
Noveno Centenario
de la Carta de Caridad

1119



NUEVO MENOLOGIO CISTERCIENSE 2019

ABADÍA CISTERCIENSE
DE STA. M^A DE VIACELI



TRADUCCIÓN, EDICIÓN, ÍNDICES:
POR FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL, OCSO,
ABADÍA DE VIACELI.
EN LA TRANSCRIPCIÓN DEL TEXTO
HAN COLABORADO:
JOSÉ MANUEL SASTRE
Y JUAN CARLOS ESCRIBANO.
REVISIÓN DEL TEXTO POR:
RAMÓN GARCÍA LÓPEZ,
JUAN CARLOS ESCRIBANO,
FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO.
LAS ILUSTRACIONES PROCEDEN DE DISTINTAS FUENTES.
©
FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL, OCSO
Y REVISTA CISTERCIUM



NUEVO MENOLOGIO CISTERCIENSE 2019

AÑO DEL IX CENTENARIO DE LA PROMULGACIÓN DE LA CARTA DE CARIDAD

Introducción

Como se comprenderá la tarea de crear un menologio único que recogiera todos los monjes y monjas conocidos por su santidad resultaría ingente¹. Pero los materiales con que contamos si dan para un listado lo suficientemente completo de gran interés y la consideración del mismo aportará probablemente muchas luces a la comprensión de la esencia de la santidad cisterciense, es decir, a ese espíritu que se transmite no sólo mediante la reflexión sobre el mismo carisma (desde la teología, la espiritualidad o la psicología), sino que se transmite en “una forma de vida” que a lo largo de las generaciones crea entusiasmo y deseo de vivir unos valores concretos y particulares, como son los propios de la Orden Cisterciense.

Hay algunas particularidades que conviene aclarar al lector, pues no quisiéramos caer en presunción.

No se trata de una obra “crítica”, sino “recopilatoria”. Hemos mantenido lo que parece tiene más fundamento “tradicional”. Se han eliminado las referencias a las dedicaciones de las iglesias de los monasterios². Se han incrementado las referencias a monjes y monjas de nuestros días. Se ha tenido en cuenta que este Menologio va a ser leído fundamentalmente en España; por eso, sin caer en la exageración o los barbarismos, se ha castellanizado la redacción para hacerla más asequible. Quizá los

¹ Para una introducción más amplia y referente a los aspectos más importantes del Menologio Cisterciense, se puede consultar en *Cistercium*, LXV, n° 261 (2013) 343-392: *Eventualidad de un Nuevo Menologio Cisterciense*. Resultaría interesante que lectores y comunidades en las que se lea en público este Menologio leyeran este artículo.

² A este respecto se puede ver en *Cistercium*, LXIV, n° 259 (209-262) JUAN CARLOS ESCRIBANO: *Calendario Monástico Español*, en el que aparecen las fechas de la dedicación de la iglesia de cada monasterio.

menologios anteriores redactados en español podían resultar de una lectura insufrible hoy día, debido en parte a una redacción rebuscada o a unas traducciones muy deficientes. Quizá sea esto lo que ha hecho que la lectura en público haya caído en desuso. No hemos pretendido una narración o descripción de alto nivel literario; nos hemos limitado a traducir, revisar, corregir y subsanar lagunas; pero con un lenguaje que, al menos, no resulte hiriente. No hemos querido evitar la monotonía de los comienzos de los párrafos dedicados a cada monje o monja mencionados; pero es importante mantener “en tal y tal sitio, y en el año...” Esto aporta un aval histórico, tradicional y cercano para el lector de siempre. Los cistercienses antiguos no buscaban el brillo literario, ciertamente, y conviene tener en cuenta que las “entradas” correspondían a las respuestas a una “ficha-patrón” enviadas a cientos de monasterios. Estas respuestas, maravillosamente llegadas a manos de los redactores, especialmente a Enríquez y Manrique y demás “menologistas” –y en tiempos de correo a pie o a caballo– eran recopiladas y seleccionadas. Había un problema, como hoy, no frustrar las expectativas de los remitentes de noticias “santas y edificantes” de los miembros de sus comunidades, procurando resaltar las maravillas y virtudes de monjas, monjes y gloria de los monasterios.

En las “fichas” mencionadas se destacaba el apartado de “hechos maravillosos, milagros o señales divinas de santidad”. Desde luego que la idea de santidad evoluciona a lo largo del tiempo. Pero sí conviene resaltar que, detrás de sus redacciones y entre renglones, los redactores de las fichas dejaban traslucir datos importantes, características de los monjes y las monjas “en su propia salsa”; que no era otra que la de la vida comunitaria y lo que históricamente les tocó vivir; de ahí que un lector inteligente podrá deducir las pruebas de santidad de los monjes y las monjas cistercienses más allá o más acá de hechos maravillosos y milagros que pocas veces se especifican. Por eso algunos relatos son más importantes por lo que revelan que por lo que dicen.

Muy revelador es el dato de que quienes aparecen en este menologio son personas de todas las condiciones: conversos y conversas, ocupan distintos cargos y servicios; monjes y monjas entregados a una vida de sacrificio a veces en circunstancias durísimas; abades y abadesas, ejem-

plos de gobierno y espíritu pastoral; reyes y reinas que pasaron a la vida monástica siendo ejemplos de vida y humildad; clérigos, obispos, cardenales, papas; el coro de los mártires es espectacular por su variedad, geografía y ejemplo en los sufrimientos que hubieron de arrostrar.

La santidad nunca ha dejado de vivir en la casa cisterciense, incluso en los tiempos más difíciles y precarios; y nunca han faltado los santos, perlas escondidas en las huellas de la historia. Muchos de los protagonistas que aquí son citados sonreirán por lo que de ellos se dice; pero se sentirán felices al verse reconocidos en el tapiz de la santidad cisterciense que, en definitiva, era lo que pretendían con su vida oculta y entregada.

Esperamos pues, con este humilde homenaje, haber contribuido sencillamente con un nuevo “relato edificante”, recopilatorio, como se ha dicho, pero a la altura de las circunstancias y de la tradición, como un legado para el futuro y una semilla de estímulo y santidad para el presente³. Esta edición, pues, quiere aparecer en el año del IX CENTENARIO DE LA CARTA DE CARIDAD, documento básico de la legislación y espíritu de los primeros fundadores de Císter: el fruto de toda caridad es la santidad.

*Francisco Rafael de Pascual, oco,
Abadía de Viaceli, año 2019,
y todos los que han colaborado en este trabajo.*

³ Puede verse una edición digitalizada e ilustrada de este Menologio, y del editado en 1898, en www.cistercium.es

IX Centenario *de la promulgación de la* **CARTA DE CARIDAD**



Esteban Harding entrega la *Carta de Caridad*



Roberto de Molesmes, Alberico y Esteban Harding



Gaude Mater Cistercium

ENERO

Día 1

En Císter, el bienaventurado Bernardo, que siendo abad de Fountains, en Inglaterra, fue elegido para ocupar el mismo cargo en Císter. Descansó en el Señor al año y medio aproximadamente de su elección, el día 1 de enero de 1186. De él se cantó: *Vivió entre nosotros como un manso cordero, iluminando con su luz y arrastrando a todos con su ejemplo.*

En Arras, Francia, la muerte del beato Enrique, cardenal de la santa Iglesia Romana. Nacido de noble linaje en Harcy entró en Claraval cuando era un adolescente lleno de inocencia; fue consagrado en plena juventud abad de Hautecombe. Llamado por sus antiguos hermanos para que los gobernase, alcanzó tanto dentro de la Orden como ante reyes y príncipes tal consideración como nadie después de san Bernardo había logrado. Fue enviado por el papa a luchar, junto con otros varios obispos, contra los albigenses, cuyos errores impugnó con gran espíritu. Humildemente rehusó el obispado de Toulouse y la abadía de Císter. Honrado muy a pesar suyo con la púrpura cardenalicia, pidió con gran interés, al ser elegido el nuevo Romano Pontífice, predicar la Cruzada, dando él mismo la cruz a los reyes de Francia e Inglaterra y al emperador Federico. Por último, se durmió piadosamente en el Señor en Arras, ante el altar de san Andrés y entre las oraciones de los sacerdotes en el año 1189, después de haber hecho renacer la paz entre el conde de Flandes y los ciudadanos de dicha ciudad. Su cuerpo fue trasladado a Claraval y sepultado con toda solemnidad entre los de san Bernardo y san Malaquías.

En Vaucelles, en la diócesis de Cambrai, en el año 1196, la muerte del venerable Ulrico, quinto abad de Villers, en Bravante. Oriundo de Alemania y profeso de Vaucelles, fue varón sabio y prudente, muy estimado de los nobles. Durante los veintisiete años de gobierno ejerció gran ascendiente por su virtud y dignidad en todo el entorno del monasterio; renunció a su abadiato de Villers y volvió al monasterio de Vaucelles;

tanto sobresalía entre los demás, que el abad de dicho monasterio bien pudo dar de él un justo testimonio al escribir: -“Tenemos entre nosotros un monje de más de ochenta años, abad en otro tiempo de Villers, que cada día se crucifica por amor a Jesucristo.”

2

En Barbery, Normandía, el año 1665 la piadosa muerte do Dom Louis Quinet, abad. Con el consejo del venerable abad de Claraval, Dom Dionisio Largentir, vivió el joven monje la observancia estricta de la Regla y, como norma de toda su vida, tomó aquel precepto de «no anteponer nada al amor de Cristo». A los veinticinco años, y en circunstancias difícilísimas, fue nombrado confesor del célebre monasterio de monjas de Maubuisson; más tarde, administrador del Colegio de San Bernardo de París; y, por ultimo, prior de Royaumont, donde con sus consejos, ejemplo y oración, logró introducir la estrecha observancia. Finalmente, a instancias del cardenal Richelieu, de quien era confesor, fue designado abad de Barbery. El Capítulo General le nombró Visitador General de los monasterios de Normandía. En este cargo fue, con autoridad y suavidad, de gran provecho no solo para los monasterios cistercienses, sino también para los benedictinos, por lo que en toda la región se le llamaba “oráculo de los monasterios”. Igualmente era un consumado director espiritual, tanto para los seglares como para los religiosos. Después de renunciar a la dignidad de abad, cargado do años, entregado a la obediencia y a la observancia regular, descansó en la paz de Dios.

En el monasterio de Dombes, en el año 1867, la santa muerte del hermano Bernardin Bernard, converso. Sencillo y humilde, ignorante de las letras humanas, con frecuencia, sobre todo cuando con el alma arrodillada oraba ante el Smo. Sacramento, se veía regalado con fervores divinos y favores celestiales. Se le atribuía principalmente cierta inspiración devota que tendía a poner en práctica las palabras que el Divino Esposo había en otro tiempo dicho a santa Margarita María: “Quiero formar alrededor de mi corazón una corona de doce estrellas, compuesta de mis más fieles servidores”. Esta piadosa devoción comenzó a ponerse en prác-

tica, con la aprobación de varios obispos, en el monasterio de su profesión, Santa Margarita de Aiguebelle, aunque sin saberlo el hermano, que por entonces había sido destinado a la fundación de una nueva casa religiosa, pasados algunos años, dicha piadosa costumbre se unió con otra semejante, hoy bajo el nombre “Guardia de Honor”, difundida por muchas partes. Entretanto el buen hermano, aunque debilitado en su cuerpo, pasaba su vida en la observancia fiel de la santa Regla, repentinamente, un accidente le acarreó una muerte prematura tras pocas semanas de enfermedad.

3

En Císter, el beato Guillermo, duodécimo abad. Fue nombrado mediador por el sumo Pontífice para apaciguar las disensiones habidas entre los monjes y los conversos del monasterio de Grandmont, recibiendo mientras tanto en la hospedería a monjes expulsados de su morada y proporcionándoles todo lo necesario con mano pródiga. Murió el año 1194.

En Burdeos, Francia, en el año 1611, la muerte del venerable P. Godofredo de san Mauro, monje de la congregación Fuliense. De tal modo mortificó su cuerpo, impulsado por el ardor de la penitencia, que sus disciplinas se prolongaban hasta derramar abundante sangre. No se acercaba a celebrar el santo sacrificio del altar sin antes permanecer ante el crucifijo en contemplación de tan alto misterio durante más de una hora. Su trato con los enfermos y agonizantes era de una caridad suma, alentándolos siempre con sus exhortaciones e inculcándoles un deseo vivo de la vida eterna.

4

En Elant, en Francia, el beato Roger, abad. Nacido en Inglaterra y abandonada su patria, impulsado por Dios llamó a las puertas del monasterio de Lorey, que hacía poco se había fundado, y donde recibió el hábito religioso. Resplandeció tanto la gracia de su vocación que al tener que ser enviado algunos hermanos a la nueva fundación de Elant fue es-

cogido sin vacilación como abad de la misma. Iba delante de todos con su humildad y abstinencia, con virtudes sin colmo, especialmente la caridad fraterna y la solicitud más paternal, lleno para todos de misericordia y paz.

En Alcalá de Henares, España, el año 1577, la muerte de Guillermo Walsh, obispo y confesor de la fe. Siendo monje de Sta. María de Bective, fue nombrado obispo de Meath. Como ángel de consuelo recorrió Irlanda de un extremo a otro, confortando a los católicos oprimidos bajo el yugo de la persecución promovida por la reina Isabel. Apresado por los herejes por negarse a admitir bajo juramento el derecho real en los asuntos eclesiásticos y, por el contrario, reclamase vigorosamente ante el juez la injusticia de las leyes dadas contra los católicos, fue encerrado en una cárcel subterránea, húmeda y tenebrosa, donde por espacio de siete años, privado de luz y de toda ocupación manual, sometido a vejaciones y tormentos; confortado, sin embargo, con la oración más asidua, perseveró firme en su fe hasta que, admirado el carcelero de tanta constancia y movido a compasión, le facilitó la fuga. Recuperada la libertad, con ayuda de amigos leales pasó a la Bretaña menor y de allí a España, donde fue recibido y hospedado por una piadosa señora, que con suma devoción y de rodillas curaba las llagas y heridas que la crueldad más inhumana había abierto en aquel verdadero mártir. Los últimos días de su vida los pasó el santo obispo en Alcalá, entre sus hermanos cistercienses del Colegio de aquel lugar, amado y venerado de todos por su serenidad y alegría de espíritu. De allí pasó al cielo, a reinar eternamente con Cristo, por quien y con quien tanto había padecido.

5

En Eberbach, Alemania, el venerable abad Gerardo, hombre colmado de verdad, de pureza y de inocencia. Al ponerse en las manos de san Bernardo, a fin de que él le formase para la Orden y el monasterio de Claraval, movido por el espíritu de Dios, dijo el venerable padre a los que lo rodeaban, en testimonio de la inocencia de aquella alma: “He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay doblez alguna”. Siendo, pues,

prior de Claraval, fue también compañero del abad Poncio, acompañándolo en sus salidas para tratar de conseguir la paz con el emperador Federico. Fue abad de Eberbach desde 1173 hasta 1175 o 1177.

En el monasterio de Aiguebelle, el día 16 de este mes del año 1845, dejó la tierra para subir al cielo el monje Eusebio Manuel. Joven de índole apacible, consagró su vida de un modo especial al servicio ferviente de su Madre del cielo. Como una paloma, buscó refugio en la soledad, donde con su modestia y piedad dulcemente levantaba los ánimos de los que con él vivían. Estudiaba con pasión el libro de los Usos para apropiarse todo su meollo y nutrir así su vida; en sus manos no se veían otros libros que la Regla, el salterio y la vida de san Luis, como si quisiera grabarlos fuertemente en su memoria. A los pocos meses de recibir el hábito cayó enfermo. Pidió con insistencia que no se le mandase a su casa y, lleno de alegría, escribió a su apenado padre para que no se opusiese a su felicidad. Así, con estas disposiciones, recibió gozoso el anuncio que el médico le hizo de su próxima muerte; y hecha la profesión *in articulo mortis*, confortado cariñosamente por la Madre de Dios, no tardó en irse al cielo para siempre.

6

En Italia, la conmemoración de Guido, que siendo monje en Clara- val fue consagrado obispo de Cerdeña. Defendiendo con entereza los derechos que la Iglesia le había confiado, poco antes de estrenar su episcopado fue vilmente asesinado por los que se habían apoderado de las posesiones episcopales y tratado del modo más inhumano después de muerto. Conmovido por tal crimen el Pontífice Clemente IV, expidió cartas al arzobispo de Rávena y al Legado, urgiendo para que con las fuerzas de los cruzados fuese vengada una injuria tan solemne.

En el monasterio de Roosendaël, Bélgica, la muerte de la piadosísima monja Isabel Tubac, cuyas virtudes ensalzaron con alabanza las viejas crónicas. Por su aparente escasez de ingenio fue durante su vida muy poco estimada; pero después de su muerte un suavísimo olor puso de manifiesto su valor ante Dios.

7

En Claraval, el beato Godofredo de Peronne, tesorero de la iglesia de San Quintín. Fue el más decidido de los treinta varones nobles y doctos que san Bernardo reclutó para sus monasterios por tierras de Flandes. Estando ya en camino, Godofredo se sintió mordido por una fuerte tentación; pero el santo padre oró por él en una iglesia que había a la vera del camino, y desde entonces tanto más alegre y animoso se mostraba a todos cuanto antes la tristeza hizo presa en él. Años abajo, siendo ya prior, fue elegido obispo, y aunque el papa Eugenio III y su santo abad le forzaban a aceptar la carga episcopal, él se resistió. Poco después abandonó para siempre esta vida.

En Schönthal, Alemania, el año 1630, la muerte del monje Juan Eichhorn, joven piadosísimo, que se distinguió por su castidad, sin llegar a cometer nunca una falta grave. Confortado con el santo viático, recibido en presencia de sus hermanos; inundado de gozo, con las manos cruzadas y la sonrisa en los labios, dijo: “Ya puedo morir contento, porque he visto el rostro de mi Señor.” Y entrando en agonía, inclinada la cabeza en los brazos de su confesor, voló al cielo su alma inocente.

8

En el monasterio de Marienfeld, Westfalia, el día 14 de este mes del año 1350 el tránsito al cielo del abad Lubert de Bodovikc. Ensalzado entre todos sus coetáneos por su devoción ejemplar y modelo de vida regular, en él todo estaba disciplinado, de tal modo que provocaba no solo en sus monjes sino también en las personas seglares un gran deseo de amar a Dio. Después de terminar los maitines continuaba en silencio largo tiempo en oración. Evitaba con sumo cuidado hablar y ocuparse de negocios exteriores antes de celebrar la santa misa; y después de celebrada, de nuevo volvía a la oración hasta la siguiente hora canónica. Sin dificultad hubiera podido alcanzar prestigio y honra y, sin embargo, ni siquiera se preocupaba de visitar a los nobles del contorno y rara vez comía con ellos a la mesa. Ante las adversidades perseveró constante lleno de modestia y humildad, buscando el socorro en la oración y devo-

ciones especiales. Después de 37 años de gobierno abacial, víctima de enfermedades, renunció a su cargo a pesar de las lágrimas y dolor de todos sus hijos. Desde entonces no quiso ya recibir consideración alguna especial, ni salió del monasterio, a no ser bajo el ruego y la insistencia del abad y por negocios para los que se requería mayor experiencia. Al fin, ya octogenario, mientras rezaba los maitines con gran devoción con los demás monjes, que lo atendían, dulcemente expiró, dejando a sus hermanos como testamento aquellas palabras que después fueron escritas en su sepulcro: *Temed a Dios y guardad la paz y la observancia.*

En Italia, en el monasterio de Santa Ana de Asti, la muerte de la piadosa monja Lucía Asinara en el año 1655. El mismo día de su profesión se apoderó de ella una grave y rara enfermedad, haciéndole saber el Esposo Divino que durante cuarenta y cinco años permanecería así en el lecho del dolor, cosida a la cruz como Él en el calvario. Trató con empeño en imitar a san Bernardo en la ternura de su devoción a la pasión de Cristo, anhelando siempre mayores sufrimientos; el mayor de sus consuelos era recibir la sagrada comunión, lo que hacía todos los lunes; su cuerpo entonces se tornaba resplandeciente, luminoso. Divulgándose más y más cada día la fama de sus virtudes, era visitada por muchas personas que pedían sus oraciones.

9

Año de 1872, y en el monasterio de la Cour-Pétral, en Orleans, se durmió plácidamente en el Señor Antonia Mezerette-Desloriers. Joven aun, en medio de las vanidades del mundo, supo guardar su alma para Dios, haciendo con frecuencia de la iglesia su morada durante largas horas, que pasaba siempre de rodillas. Acertó a armonizar en su vida la posesión del bienestar y las obras de caridad. A los cincuenta y tres años entró en el monasterio de Santa Catalina de Laval, donde su perfección tanto se elevó que ya toda su vida monástica, hasta la linde de los setenta años, fue una continuada oración y consciente unión de su alma con Dios. Con otras compañeras fue enviada a la fundación del nuevo cenobio de la Cour-Pétral, llevando sobre sus hombros la doble carga de subpriora

y maestra de novicias. Muy a su pesar, por tres años, fue elegida priora. Sus virtudes brillaron en todos estos oficios, sobre todo en la caridad y el espíritu de oración. Como a causa de la hinchazón de sus piernas apenas podía andar, sin otro apoyo y postrada de rodillas, gozaba por largo tiempo con la simple contemplación espiritual de la presencia y bondad de Dios. El día postrero de su vida, ungida ya con los sagrados óleos, no quiso dejar de asistir como otras veces, y de rodillas, a los oficios divinos; así, en esta postura, a la segunda misa, se quedó inmóvil y arrebatada en Dios. Pasó su última noche en un ferviente diálogo con el Esposo y, cuando ya de mañana, recibió el santo viático, expiró dulcemente durante la acción de gracias.

10

Muerte de san Guillermo, arzobispo de Bourges, cuya fiesta se celebra el día 19 de este mes.

En Roma, en el año 1620, la muerte del venerable Juan de San Jerónimo. Fue el primer monje de la congregación fuliense después del bienaventurado P. Juan de la Barrière, Vicario general de la misma. Era abogado de gran prestigio cuando, llamado por Dios, se retiró al silencio del claustro. Superior del monasterio poco después, destacó de un modo especial por su celo en la observancia regular y por su fervor de espíritu; entrañablemente compasivo con las enfermedades espirituales y corporales de sus hermanos, era el consolador escogido de todos los afligidos, procurando poner bajo la caricia de la bondad y de la clemencia la aspereza de las penitencias. Su virtud se hizo manifiesta sobre todo durante la peste que azotó a Turín, pues habiendo huido casi todos los eclesiásticos, él, sin otra ayuda, se hizo sembrador de la piedad para con los atacados del mal. Recitó hasta el último día de su existencia terrena el oficio divino, siempre de rodillas, y hasta su noche postrera guardó rigurosamente el silencio regular. Después de muerto, el pueblo romano, que lo conocía bien, lo aclamó como santo.

En el monasterio de Valldoncella, Cataluña, el 14 de este mes de 1924, la santa muerte de María de la Esperanza Roca y Roca, abadesa.

Devotísima del Sagrado Corazón, vivía los días pensando en Jesús, logrando que la suavidad de carácter junto con la inmolación siempre firme por los demás, hiciesen en ella como una segunda naturaleza y, así, aún viéndose ella atenazada por graves enfermedades u oprimida por la angustia, o fatigada por los negocios y las personas que a ella recurrían, siempre se mostró llena de mansedumbre y afabilidad. Los que convivían con ella, lo mismo que los seglares, se sentían gratamente atraídos o impulsados a superarse debido a un toque celestial que parecía rodearla. Elegida abadesa fue para su pequeña comunidad una madre amante y amada. Trabajó con verdadero ahínco para lograr que las costumbres del Císter primitivo quedaran introducidas en su cenobio y, bajo esta determinación, redactó unas nuevas constituciones aprobadas por los superiores eclesiásticos. En aquel luctuoso año de 1909, en medio de la destrucción de la casa y la dispersión de las religiosas, con paciencia y caridad consiguió mantener firme en su ánimo la paz y el gozo. Con la misma paciencia y dulce constancia construyó más tarde un nuevo monasterio más conforme a las normas de la Orden. Así siempre, después de sesenta años de vida religiosa, unida íntimamente a Jesús y su Pasión, terminó su vida en la más agradable placidez.

11

Muere en el monasterio del Sagrado Corazón, de Westmalle, en el año 1921, el Hno. Hilarión Mathijssen, converso. Pobre obrero en el mundo, pero devotísimo de María santísima, era estimado por todos por su alegría y piedad. Desde la adolescencia deseó entrar en un monasterio; no obstante, retenido por el cuidado de sus padres, no pudo colmar sus deseos hasta los cuarenta y cinco años. Era diligentísimo en los trabajos que se le encomendaban y entre sus hermanos aparecía rebosante de paz. Aunque falto de letras humanas, en las cosas del espíritu mostraba una sabiduría, poco común. Cuando oraba, el fervor interior le encendía el rostro y su oración no era otra cosa que amor o dedicación total a Dios. Diez años antes de su muerte el cáncer comenzó a dañar su estómago y, a pesar de todo, no cesó, dentro siempre de la obediencia, en sus ayunos, en particular los sábados. Su cuerpo, por efecto de la enfermedad, se contraía sensible-

mente y con la infección de la sangre se le abría en numerosas llagas; sin embargo, hiciese el tiempo que hiciese, no dejó de ir al trabajo del campo; ni un gesto que exteriorizase su acerbo dolor interior aparecía en su rostro, sino que ante los demás se mostraba lleno de placidez. Cuando algún hermano, caritativamente, le hacía algún favor, le advertía más bien las necesidades de los otros. Muy cerca ya la muerte, sumergido en un sentimiento de dolores corporales y angustias espirituales, conservó inalterables hasta el fin su mansedumbre, su afabilidad y su piedad.

En Toledo, en el monasterio de San Clemente, la piadosa Constanca Boros, monja. Ya desde niña se sintió inclinada al claustro y a la celda, llegando a tomar tal pureza su vida que la hacía semejante a los ángeles. Aun ocupada en los oficios de la vida contemplativa, con frecuencia en la oración, se sentía espontáneamente arrebatada en éxtasis. Mediante el ejercicio de una oración prolongada y asidua llegó a hacerse tan familiar con Cristo Dios que pudo gustar los goces del amor que la sagrada Escritura manifiesta en el misterioso lenguaje del *Cantar de los cantares*. Llena ya de amor a Cristo, al abrirse el año 1500 descansó en los brazos del Esposo divino. En el siglo XVII, su cuerpo todavía se conservaba incorrupto.

12

Muerte de san Elredo, abad de Rievaulx, cuya fiesta se celebra el día 12 de febrero. Murió rodeado del amor y veneración de sus hermanos, que lloraron por mucho tiempo a su abad, padre, hermano y amigo de todos. Maestro de la caridad y fiel intérprete del espíritu cisterciense en sus escritos, es considerado uno de los grandes “evangelistas” de Císter.

En las tierras del norte de Holanda, el venerable pontífice Bernón, que siendo monje en Awelongerben fue consagrado obispo de Schwerin. Su fortaleza corría pareja a su prudencia. Durante cincuenta y cinco años soportó por amor a Cristo las innumerables afrentas que los paganos le infligieron; sembró el Evangelio con enorme fruto entre los eslavos y demás habitantes de las regiones limítrofes; se le considera como el primero y principal de sus apóstoles.

En Inglaterra, el santo abad de Margan, Conan, varón cumplido en sabiduría y prudencia. Al decir de un autor inglés del siglo XVI, con frecuencia Dios premió de modo maravilloso la caridad de Conan para con los pobres y peregrinos, haciendo, en su piedad, que repentina y divinamente el trigo se multiplicase y otras voces, en épocas de gran carestía de alimentos, haciendo que las mieses de los monjes madurasen de modo insólito y adelantado en un mes.

En el monasterio de Mont-Melleray, en Irlanda, el año 1854, descansó en la paz de Dios el P. Pablo Cahill. Después de dedicarse durante tres años al ministerio parroquial, entró en el claustro, donde, una vez emitidos los votos, fue nombrado confesor de los familiares y fieles laicos; su actividad admite cierto parangón con la del santo cura de Ars. Era su vida, teñida de religiosidad y reverencia a la Regla, la que daba fecundidad a su singular ministerio. Lo que admiraba a los que contemplaban sus virtudes era ver a un hombre de vida tan austera siempre colmado de grandísima alegría. Se llegó a atribuir a sus oraciones o bendiciones varias curaciones. Octogenario ya, culminó su vida con una santa muerte y multitud de personas, movidas por una sincera devoción, pidiendo reliquias del santo varón, cortaron los cabellos de su cabeza y se llevaron trozos de sus vestidos; incluso su confesonario fue repartido después de rotas las tablas. Su sepulcro era muy visitado por sus hermanos en religión y por los seglares, hasta que la nueva iglesia y el nuevo capítulo del monasterio vinieron a ocupar el lugar del viejo cementerio.

13

En Bonnevaux, en Vienne, el 14 de este mes del año 1150, aproximadamente, la muerte del beato Amadeo el Viejo, en el mundo señor de Hauterive. Impulsado por el recuerdo y la asidua meditación de la muerte y de la fragilidad de la vida, después de muerta su esposa entró en el dicho cenobio con dieciséis compañeros y su único hijo, Amadeo. Mas como no se atendiese debidamente a la educación de este, al cabo de un año se trasladó con él a Cluny, donde se les recibió con los mayores honores. No obstante, al poco tiempo, arrepentido tristemente por su in-

fidelidad, dejó encomendado el cuidado de su hijo a su pariente el emperador Enrique V, y él, penitente, tornó al monasterio de Bonnevaux. Y no cesó, movido por el dolor, en sus satisfacciones hasta que, postrado en el suelo, el abad dio por expiada enteramente su culpa. Recibido en la comunidad no cejó en el ejercicio y práctica de la humildad. Ante aquel afán por el propio menosprecio crecía tanto la veneración de sus hermanos para con él que era tenido por todos como un padre. Ayudó, eficazmente con sus bienes y sus obras a su abad en la construcción de nuevos monasterios. Al fin, libre ya por la divina bondad de penalidades, fue glorificado con el don de la inmortalidad.

En Bélgica, el año 1228, descansó en el abrazo del divino Esposo la beata Ivetta, monja reclusa. Después de cinco años de vida conyugal y otros cinco ya viuda, dedicada a la educación de sus hijos, vivió y sirvió humildemente durante diez años a los leprosos, sin preocuparse de las riquezas de su familia; más aún, llena de caridad, deseó ser también ella una leprosa. Soportó pacientemente las contradicciones y desprecios de sus parientes, logrando convertir a muchos a una vida más elevada en santidad; y, así, su mismo padre, bajo la fuerza de su consejo, entró en el monasterio de Villers, donde concluyó santamente la vida. El mayor de sus hijos se hizo monje en Orval y, años más tarde, fue elegido abad; el otro, el más pequeño, se desvió en sus costumbres, pero convertido al fin por las oraciones y lágrimas de su madre, vistió el hábito de monje en Trois-Fontanes y fue honrado con el sacerdocio. En tanto, ella, que se veía llamada a experiencias mas hondas de las cosas divinas, quiso que el mismo abad de Orval la recluyese en una celda junto a la pequeña iglesia de los leprosos; allí vivió durante casi treinta y seis años según las normas de la vida cisterciense, en el gozo de la familiaridad con Jesús y María, siempre en pos de su santificación y de la salvación de los demás. Cuando ya su alma se desprendió del cuerpo, como señal de la gloria que había ganado, los pájaros modularon un canto maravilloso y el aire, inesperadamente, se llenó de una serena placidez.

14

Conmemoración en el oficio divino de san Guarino, obispo de Sión. Era monje en Molesmes cuando se unió a los primeros fundadores del monasterio de Aulps que iban en busca de la soledad más áspera, llegando a ser abad de esta Congregación en el año 1113. Vivían entonces en aquellos lugares tres o cuatro monjes en unas celdas dispersas por los montes. El los juntó en comunidad y les dio como norma la Regla de san Benito, observándola al pie de la letra. Pasados algunos años quisieron hacerse cistercienses. Esta decisión fue digna de la alabanza de san Bernardo, sobre todo en lo referente al abad, al que le escribió: *“Habíais llegado ya a la edad de reposar tranquilo, en la que vuestros largos servicios esperaban gozar de su legítima corona; cuando he aquí que cual soldado bisoño que acaba de sentar plaza bajo los estandartes de Jesús, os preparáis para los trabajos de una nueva campaña, provocáis al enemigo a que salga a combatir. El espíritu es más fuerte que los años y, a pesar de los desmayos del cuerpo, el corazón se conserva encendido en santos deseos”*. Y dirigiéndose a los monjes les dijo: *“Seguid e imitad, hijos, a vuestro padre, como él imita y sigue a Cristo”*. A los dos años escasos, el venerable anciano era elevado a la silla episcopal de Sión. Consolando san Bernardo por esta separación a aquellos hijos, les dijo que era su abad como un sol cuyo fulgor había extendido por doquier el brillo de la Congregación Alpina, lo mismo que se embellece la luna con los rayos luminosos del sol. Y exhortándolos con palabras llenas de afecto, dejó fluir de su pluma aquella hermosa definición del estado monástico y de la vida cisterciense: *“Nuestra Orden es anonadamiento, es humildad, es pobreza voluntaria, y obediencia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Es sujetarse al superior, obedecer al abad, ceñirse a la Regla, vivir bajo la disciplina. Es amar el silencio, ejercitar el ayuno, caminar de la mano de la perseverancia por el más alto camino, que es el de la caridad”*. San Guarino, honrado siempre por nobles y querido de su clero y de su pueblo, condujo durante doce años acertadamente a su grey. Solía ir todos los años a convivir dos o tres semanas con sus monjes de Aulps, y fue en una de estas ocasiones, precisamente el año 1150, el 27 de agosto, cuando se rompió el hilo de su santa vida.

15

En Briquebec, en el año 1857, la muerte de Dom Augustin Onfroy, fundador de dicho cenobio. Sacerdote y párroco en otro tiempo, era novicio todavía en el monasterio de Gros-Bois cuando la persecución napoleónica le llevó fuera del claustro. De nuevo se hizo pastor celosísimo de las almas; siempre con el deseo del claustro clavado en el alma, llevaba una vida como de monje hasta que, movido por las insinuaciones de su obispo, se decidió a fundar un nuevo monasterio. En él, en todo momento, desde el principio hasta el fin, puso de relieve su fe y su esperanza, su paciencia y su fortaleza, su liberalidad para con los pobres y su piedad. Cargado de méritos, se fue a gozar de Dios cuando su vida llegaba a los ochenta años.

En el monasterio de Feuillants, el siervo de Dios Plácido de san Mauro Bernarducci; nacido en Italia, rodeó su vida de la simplicidad de una paloma, de la inocencia de un niño, de firme obediencia y de profunda humildad. Cuando se dedicaba a la oración su rostro se encendía de fervor, sobre todo si sus ojos se posaban en la imagen del divino Crucificado. Se distinguía por la mortificación de su cuerpo; cuando hablaba, sus ardientes palabras quemaban los corazones de los que le oían. Diez años tuvo a su cargo el cuidado de los enfermos en la abadía de Feuillants, demostrando el calor de su caridad y la solicitud para con los hermanos, siempre en vela, amparado en su mansedumbre y negación. Era diligentísimo para el oficio divino. Pocas horas antes de su muerte dio una prueba de ello, cuando, animando a los pocos hermanos que lo rodeaban a rezar el divino oficio, con voz ya muy tenue entonó: *“Dios mío, ven en mi auxilio”*; ellos continuaron y allí, en tomo a aquel lecho, cumplieron religiosamente su obligación. Al llegar el santo viático, con voz temblorosa y dulce comenzó a hablar a nuestro Señor Jesucristo allí presente; se echó fuera del lecho y con honda humildad, de rodillas, adoró y comulgó al Salvador. Al caer enfermo anunció que la muerte no cerraría sus ojos sin antes contemplar el ocaso de la festividad de su devoto patrono san Mauro; y así fue el 15 de enero de 1610.

16

En Alsacia, el fidelísimo siervo de Dios Bernardin Juif, antiguo monje y sacerdote del monasterio de Lützel. La persecución decretada en el último decenio del siglo XVIII le expulsó de su patria. Pero al ver la gran necesidad en que se hallaban las almas de sus compatriotas, no tardó en retornar; el obispo de Basilea le nombró su vicario y, como tal, disfrazado, recorrió la región ofreciendo ocultamente el santo sacrificio del altar, visitando a los enfermos y administrando los sacramentos. Varias ocasiones tuvo en que con harta dificultad pudo escapar del peligro de ser apresado por los revolucionarios. Y cuando aquella persecución suavizó al fin su dureza, presto se halló a atender a los fieles en diversas parroquias, a pesar de las injurias que lo infligieron y que soportó con entereza de ánimo. Anciano ya, anhelando recobrar la paz y tranquilidad que antaño, en su juventud, había gustado en el monasterio, se unió a los trapenses de Oelenberg, de donde poco después, al recrudecerse la persecución en julio de 1830, de nuevo fue expulsado. De nuevo se consagró durante varios años a la salvación de las almas en el pueblecito de Oberlag, su terruño natal. Ni él mismo conocía sus propios méritos. En las innumerables vicisitudes y penurias de su vida siempre se mostraba alegre y satisfecho. La fuente de donde sacaba su fortaleza estaba en el hondón de su alma, en la constante unión con Dios, que parecía impregnar su cotidiano bregar y toda su naturaleza. Casi se puede decir que su ayuno y abstinencia fueron continuos. Así no es de extrañar que, atraídos por la fama de su piedad y caridad, muchos pecadores y aun cismáticos viniesen a él desde tierras lejanas y consiguiesen, por su comprensión, volver en la obediencia de la fe, y que otros muchos sedientos de perfección espiritual se pusieran bajo su saludable dirección. A unos y otros no se cansaba de recomendar la práctica de la oración, en la que él estaba tan experimentado. En este mismo día 16 de enero del año 1836, se durmió plácidamente en los brazos de la muerte, vestido con el hábito cisterciense, habiendo dejado todo lo suyo a los pobres, sin otra reserva que dos cilicios. Su sepulcro aún hoy es visitado frecuentemente por el pueblo como última morada de un santo.

17

Muerte del piadoso Guillermo de san Alejo Gallet, en Francia, el año 1625. Monje de la congregación fuliense, cuyo hábito fue el primero en vestir, en el año 1577. Ayudó eficazmente a Juan de la Barrière en la reforma de los antiguos monjes de la abadía de Feuillants y fue su consuelo en la nueva y ya reformada Congregación. Así como fue el primero en profesar, era el modelo donde todos podían contemplar sin equívocos la disciplina regular. Y aunque después los sumos pontífices mitigaron el primitivo rigor de aquella vida, guardó en sí, renovado, el espíritu de la austeridad primitiva, pero dentro siempre de los límites de una sorprendente simplicidad, de una humildad y oración que le llevaban a pasar con frecuencia las noches abrazado a una cruz entre lágrimas y gemidos, dándose ocasiones en que había de ser llevado helado de frío de la iglesia a la enfermería. Siempre que de Toulouse o de otras ciudades tornaba al monasterio se llevaba consigo varios jóvenes para su comunidad, arrastrados por su elocuencia, firmemente cimentada en el ejemplo de la virtud. Herido ya por la enfermedad postrera, sus sentimientos de piedad y gozo de amor llegaron al colmo. Así, a los cincuenta y siete años de edad, con gran alegría, mientras las unciones del último sacramento, entregó su alma santa en manos del Creador.

En Maigrage, Suiza, en el año 1611, la muerte en plena juventud de la monja Isabel Castilla de Gruyere. Amantísima del silencio y siempre en constante mortificación de la carne, vivía en continuo coloquio con el divino huésped del alma. Al poco tiempo de su profesión el Señor la probó con varias enfermedades. Y después de siete meses de tortura, que ella soportó no solo con paciencia, sino con alegría, fortalecida con celestiales consuelos y el rostro plácidamente sereno, dejó esta vida cuando contaba no más de veintitrés años. Dicen que su cuerpo exhalaba un olor tan agradable que dejó sumida la iglesia y el claustro de una atmosfera deliciosa y extraña.

18

En Francia, en el año 1122, la muerte del esclarecido obispo de Châlons, Guillermo de Champeaux. Fue a él a quien acudió san Bernardo,

en ausencia, del obispo de Landgres cuando hubo de ser consagrado abad del recién fundado monasterio de Claraval, y él lo recibió como a un verdadero siervo de Dios. Desde este momento sus corazones y sus almas quedaron estrechamente unidos en el Señor. Después de algún tiempo, visitando el ilustre pontífice al santo abad, y sintiendo el obispo que se le recrudecía la enfermedad que venía padeciendo y que no le quedaba más que esperar la muerte, se hizo conducir al capítulo y allí, humildemente, pidió y obtuvo ser admitido por un año bajo obediencia. Fue la diócesis de Chalons la primera que recibió a los hijos que san Bernardo mandó a fundar el monasterio de Trois-Fontaines. Según vieja tradición el venerable obispo recibió el hábito monástico justo ocho días antes de su partida de este mundo, y fue sepultado en Claraval en un sepulcro que él a sus expensas se había mandado construir.

En el monasterio de Port-du-Salut, el año 1784, la muerte del P. Amando Levecque, prior. Era monje benedictino en el cenobio de San Beda de Arras cuando, con motivo de las perturbaciones públicas que se originaron en Francia pasó a Alemania y tomó el hábito en el monasterio cisterciense de Darfeld. Dom Agustín de Lestrangle lo llamó a Val-Sainte; pero considerando que Don Eugenio de la Prade se había rebelado contra él, hizo volver a Dom Amando a Darfeld con el fin de sustituir en el cargo a Dom Eugenio. Ya en Darfeld, y serenadas las cosas, renunció al cargo que se le había impuesto, si bien, no obstante, Dom Eugenio le nombró luego prior y más tarde confesor de las monjas de Dorsut. Él mismo anunció a Dom Eugenio, que ya se encontraba enfermo, la cercanía de su muerte y le administró los sacramentos de la Iglesia. Después de esto, muerto ya Dom Eugenio pasó al monasterio de Port-du-Salut. Aquí desempeñó diversos cargos, siendo varias veces prior y confesor de las monjas del convento de Santa Catalina. Era muy sensible al frío y, sin embargo, jamás se calentaba; sus piernas estaban muy debilitadas, pero en el coro nunca dejó de estar de pie al igual que los demás. Sentía una devoción singular hacia la santísima Virgen Madre de Dios. Ya en su lecho de agonía el demonio lo hizo objeto de fuertes tentaciones, pero a una sola palabra de su abad recuperó la paz y el gozo, y así, en los brazos de la alegría, voló al cielo a los ochenta y tres años de edad.

En el año 1174, la canonización de san Bernardo, hecha con toda solemnidad por el papa Alejandro III.

19

Festividad de san Guillermo (Dogere), arzobispo de Bourges. Siendo canónigo de la iglesia parisiense había marchado al eremitorio de Grandmont. Mas como aquí la discordia entre clérigos y conversos era muy grande, con licencia del Romano Pontífice se trasladó en unión de varios hermanos al monasterio cisterciense de Pontigny, de donde poco después fue nombrado prior. Sucesivamente fue abad de Fontaine-Jean y luego de Charlieu. Siempre se mostraba disponible y alegre, y esto no agradaba a los más propensos a la austeridad. A pesar de todo, hallándose privada de pastor la diócesis de Bourges, no se dudó en elegirle a él como su arzobispo, no sin intervención divina y de modo casi milagroso. En diez años de pontificado, lo mismo en la comida y el vestido que en todo su porte y manera de vivir, más parecía un monje que un obispo. Unos clérigos rebeldes le hicieron sufrir mucho con sus afrentas y, no obstante, una vez que la penitencia logró amansarlos fue tanto su amor para con ellos que incluso llegó a preferirlos y anteponerlos a otros que nunca le habían ofendido. Tenía como norma de vida acompañar los restos mortales de cada uno de sus sacerdotes difuntos a su última morada y cuidaba particularmente de la sepultura de los pobres. Llevaba tan dentro del corazón la caridad para la liberación de los cautivos que en algunas ocasiones pasó toda la noche intercediendo en favor de esos miserables. Con todos se mostraba lleno de bondad; solo para sí mismo era rígido y severo. Finalmente, glorioso ya por sus muchos milagros, después de reunir, a ruegos del Sumo Pontífice, un copioso ejército para lidiar contra los Albigenses, se sintió atacado por una fiebre mortal. Dispuesto a recibir la santísima eucaristía, muy cerca ya de la agonía, reunió momentáneamente todas sus fuerzas y, bajándose del lecho e hincadas las rodillas en tierra, con el rostro bañado por las lágrimas, se postuló ante su Salvador en profunda adoración. Luego, puestos los brazos en cruz y los ojos clavados en el cielo, recibió el manjar divino. Rezó después los maitines con los que le acompañaban y, puesto sobre la ceniza

esparcida en el suelo y vestido de saco, al poco tiempo, bendiciendo a los hermanos, entregó su espíritu a Dios. Era el 10 de enero de 1209. Famoso por sus milagros, a los diez años de su muerte Honorio III le incluyó en el catálogo de los santos.

20

En el monasterio de Cambrón, en Hinault, el año 1196, la muerte del bienaventurado Daniel de Grardmont, tercer abad de dicho lugar. Era discípulo de san Bernardo, que de Claraval lo envió a Cambrón. Siempre se levantaba de la mesa sin haber saciado del todo el apetito, tan modesto y sencillo en sus asuntos que nunca quiso considerarse abad del monasterio, sino humilde ministro de la iglesia de Cambrón. Esta santidad de vida le granjeó la amistad de reyes y príncipes. De aquí aquel dístico atribuido de su fama: *“Así como Daniel fue antaño querido de los reyes de Caldea, fue también hogaño este otro Daniel amado de nuestros reyes”*.

En Mouchy, Francia, el año 1710, la santa muerte de Ana Luisa de Crevant d’Humieres, abadesa y reformadora. Aunque alguna vez sobrepasó los límites de la prudencia, siempre fue solícita del bien espiritual de sus hermanas y era en todo la primera. Agobiada bajo el peso del dolor espiritual, no cejó en castigar su propio cuerpo con rudas mortificaciones, sin descuidar ni una sola de sus penitencias voluntarias ni siquiera durante la grave enfermedad que al fin la llevó al sepulcro.

En Maigrauge, Suiza, el año 1770, el tránsito de esta tierra al cielo de Catalina Castella, monja ejemplar. Todo su ser, cuerpo y alma, era un exacto reflejo de la perfección casi absoluta que en ella reinaba, logrando mantenerse en circunstancias bien difíciles dentro del marco de la más estricta prudencia y del más fino criterio. Por eso era amada de todos. Ya septuagenaria, y ejerciendo el cargo de maestra de novicias, una aguda enfermedad intestinal cortó su vida. En su cuerpo, ya sepultado, se dio un fenómeno milagroso, pues mientras que otros cadáveres de monjas enterrados en el mismo lugar, antes o después y en las mismas condiciones que ella eran rápidamente presa de la corrupción, el cuerpo de Ca-

talina, incluso el hábito, fueron encontrados varias veces intactos. Así lo afirman muchos testigos en los años 1775, 1779 y 1789; y hasta los médicos aseguraron que tal incorrupción no podía explicarse naturalmente.

En Mount-Saint-Bernard, en Inglaterra, la muerte del beato Cipriano Miguel Iwene Tansi. Iwene Tansi nació en Aguerim cerca de Onisha, en Nigeria, en el año 1903. Fue bautizado a la edad de nueve años con el nombre cristiano de Miguel. Su bautismo le afectó profundamente, a pesar de sus pocos años, y chocó con sus padres no cristianos al atreverse a romper su ídolo personal, dado tradicionalmente a los niños varones en el momento de nacer. Tuvo una educación cristiana cargo de los misioneros e ingresó en el seminario de Onisha, Antes se había hecho maestro y era un catequista ejemplar. Dejó una impresión perdurable por su capacidad de entrega u generosidad apostólica y su intenso espíritu de oración. Como sacerdote trabajó sin reposo durante trece años para socorrer las necesidades materiales y espirituales de su pueblo. Tenía que caminar a pie para visitar las capillas y parroquias de su región. Pasaba días enteros en el confesionario, y trabajaba sin descanso en la preparación de jóvenes para el matrimonio. Sin embargo, y a pesar de todo lo que hacía, el P. Tansi sentía la llamada de servir a Dios de un modo más absoluto y más directa en una vida de oración y contemplación, con el deseo también de llevar a Nigeria la vida monástica y contemplativa. Así, en el año 1951, su obispo le dejó libre para probar la vocación cisterciense en la abadía de Mont-Saint-Bernard, cerca de Nottingham, en Inglaterra. En el monasterio tomó el nombre de Cipriano. El cambio total de vida, especialmente la obediencia, después de haber sido un líder espiritual en su pueblo, el cambio de clima, la comida y, sobre todo, el cambio brutal de cultura, ponían a prueba su vocación; pero estaba convencido de estar donde Dios lo quería. El P. Marck Uloga, que fue más tarde abad de Bamenda, ingresó al año siguiente que el P. Tansi. En 1962 la abadía de Mount-Saint-Bernard decidió hacer una fundación en África, pero, por varias razones, se estableció cerca de la ciudad de Bamenda, en Camerún, país vecino a Nigeria. Aunque había sido nombrado maestro de novicios para la fundación, el P. Cipriano, ya muy enfermo, no pudo ir. Murió el 20 de enero de 1964, pocos meses después

de la salida de los fundadores. La reputación de santidad que había dejado en Nigeria antes de ir a Inglaterra no dejó de crecer. Muchas personas afirmaron haber recibido favores por medio de su intercesión, de tal manera que la causa de su beatificación, abierta en la diócesis de Nottingham, fue transferida en 1986 a la archidiócesis de Onisha. El arzobispo de esta ciudad era entonces Mons. Francis Arinze, después cardenal, que se contaba entre los primeros niños bautizados por el P. Tansi cuando era joven párroco. El 22 de marzo de 1998, en Onisha, durante un viaje a Nigeria hecho precisamente para este fin, San Juan Pablo II beatificó al P. Cipriano Miguel Tansi, proponiéndolo como modelo de celo y oración en su vocación sacerdotal y monástica. En esas fechas era abad General de la ocsa Dom Ambrose Southey, monje también de la abadía de Mount-Saint-Bernard, quien recibió en Roma la visita del cardenal Arinze para preparar y acelerar la beatificación del P. Tansi. Dom Ambrose coincidió con él en la abadía inglesa, y le recordaba como un hombre muy entregado a su vocación, luchador, firma de carácter, siempre dispuesto a superar las dificultades de su vida en Inglaterra, muy dado a la oración y siempre servicial.

21

Pasó a la patria celeste, en el monasterio de Fennenbach, en el gran Ducado de Baden, el día 18 de enero de 1680, el monje Conrad Burger. Defendió durante la cruel guerra sueca tan enérgicamente no solo su monasterio sino también el de las monjas de Wohnenthal contra toda clase de enemigos y tan diligentemente supo restaurar las partes derruidas, que, una vez que la paz se restableció, la vida monástica comenzó inmediatamente a florecer en ambos monasterios con gran pujanza. Imposible referir los muchos y horribles trabajos que tuvo que soportar, sin por eso desviarse nunca de la obediencia y de la observancia regular. Murió en el monasterio de Wohnenthal después de casi diez lustros de vida religiosa.

En Val-Sainte, Suiza, en el año 1792, la muerte de Pacomio de Marville, monje. Inocentísimo desde sus años juveniles, se había consagrado

a la salvación de las almas en la diócesis de Laón, desempeñando cumplidamente su sagrado ministerio. Con todo, cuando sus años comenzaron a agostarse, el deseo de hacer penitencia se apoderó de él. Y pidiendo ser admitido en la Trapa se unió decididamente a aquellos monjes en su huida a París. Con ellos participó magnánimo en las grandes necesidades a que se vieron reducidos; lleno de sencillez se mostraba sumiso y dócil a los superiores cual si fuera un tierno novicio de escasos años, acusándose de sus faltas y aceptando alegremente las humillaciones, las correcciones y las penitencias impuestas. Ni siquiera cuando grandes enfermedades le atenazaban consentía en exonerarse de las cargas comunes. Su piedad era extraordinaria y celebraba con tanta devoción la santa misa que todos a porfía deseaban ayudarle como acólitos, para así gozar, según decían, del singular consuelo espiritual que sentían. Purificado por una vida así, como un purgatorio voluntario, se durmió suavemente en el Señor.

En Maigrauge, Suiza, el día 17 de este mes del año 1919 subió al cielo en su juventud la monja Ana Isabel de Grottrau. Inflamada, aun viviendo en el mundo, en ansias de amor a Cristo, era devotísima del sacratísimo Corazón de Jesús, siendo el anhelo de reparación y expiación el eje de toda su vida y constante mortificación. Después de entrar en el monasterio prosiguió dirigiendo a este mismo propósito todos los ejercicios de su nuevo estado, de un modo particular los agudos dolores de su última enfermedad y las angustias y combates repetidos y prolongados con la muerte. Profesó *in articulo mortis* y a los pocos días su sacrificio quedó consumado ante el Señor.

22

En Himmerod, Alemania, el beato Walter de Bierbeek, monje. Entró en los años de plena juventud en la carrera de las armas. En ella ganó fama de ilustre y valiente, aunque ya desde su niñez, era la santísima Virgen el objeto de sus invocaciones y la meta de su más ferviente amor. Considerando serenamente los grandes beneficios que ella, la santa Madre de Dios, había tenido siempre para con él, tanto sintió su amor,

que estando en una pobre iglesia a ella dedicada, echándose al cuello una cuerda se ofreció sobre el altar a su servicio como un verdadero siervo, pagando desde entonces todos los años el censo de su esclavitud, como solían hacer los auténticos siervos. Tenía por costumbre ayunar a pan y agua en las vigilias de todas las fiestas de la santísima Virgen María, y con frecuencia también los viernes en reverencia del sábado siguiente. Habiendo oído que la orden cisterciense estaba consagrada de modo especial a la santísima Virgen María, recibió por amor de Ella el hábito monástico. Durante el noviciado puso su interés en aprender bien el salterio, los himnos, los cánticos y demás oraciones en honor de Ntra. Señora, que después con gusto y frecuencia repetía. Asistir a la misa cotidiana de la Virgen era siempre su delicia. Estando encargado de la hospedería libró de los lazos del demonio a cierto poseso con solo invocar el nombre de María. Distinguido sobre todo por su fe y su caridad, pasó de las tinieblas a la luz en el año 1206. Después de su muerte el Señor se dignó mostrar con señales de gloria cuán grande era en su seno el mérito de aquel devotísimo amante de su Madre Inmaculada.

En, Alemania, la beata Haseka, que permaneció durante treinta y seis años reclusa, junto a la iglesia de Schermbek, próxima, al monasterio de Sittinchenbag, y que bajo santa obediencia se obligó a vivir en este mismo lugar recibiendo en él su cotidiano sustento y vistiendo el hábito de los monjes. Su vida se deslizó por los cauces de la simplicidad y la paciencia, ocultando a los ojos de los hombres cuanto de extraordinario derramaba Dios en su alma y asegurando en el cielo las fatigas de sus trabajos. Al cobijo de la piedad se durmió en el Señor el día 26 de enero de 1251 y fue sepultada a la entrada de la sala capitular. Hasta allí llegó la piedad de los fieles a encender luces de devoción sobre su sepulcro.

23

La venerable Ida, abadesa de Argensolles, Champagne. Niña de cuatro años fue confiada a las monjas benedictinas de San Leonardo de Lieja, dándose ya entonces a una oración y unas austeridades impropias de su edad. Deseosa de una observancia, más estrecha, después de larga

deliberación y maduro consejo, pasó al monasterio cisterciense de Val de Santa María. Temía más los cargos y oficios que las enfermedades, a causa de las innumerables distracciones que naturalmente producían en su mente. No obstante, al poco tiempo fue nombrada priora y luego abadesa del monasterio de Argensoles, que poco antes había sido construido por Blanca, condesa de Champagne. Penetraba las mentes y las conciencias ajenas; desmoronaba las ilusiones y las tentaciones del demonio; robusteció a muchos agonizantes angustiados por la duda de la salvación; con sus oraciones movió a muchos apóstatas a tornar a su antigua morada. Devotísima del sacramento de la Eucaristía, se deshacía en lágrimas al meditar sobre la crucifixión y muerte de nuestro Señor Jesucristo; de la oración sacaba luz que le ponía en claridad muchos arcanos de la Trinidad santísima, mostrando sin dificultad los misterios de la fe y el sentido o inteligencia de la Sagrada Escritura. Finalmente, habiendo tenido una visión en la que se le aparecía un ángel con espada desenvainada en actitud de matar a la condesa Blanca, fundadora de su monasterio, ofreció su vida por aquella que tan necesaria era aún en este mundo. En brazos de una plácida muerte pasó a la mansión eterna.

24

En Irlanda, el bienaventurado Félix O'Dullany, obispo de Ossory. Siendo, probablemente monje del monasterio de Baltinglas fue nombrado obispo de Ossory en el año 1173, trasladando su sede episcopal de Agaeboe a la ciudad de Kilkenny, levantando allí la iglesia catedral. Durante veinticuatro años gobernó sabiamente su diócesis, con caridad y celo, sin dejarse doblegar por criterios políticos, y eso que poco antes habían sido invadidas las tierras por los anglosajones y atravesaba tiempos muy difíciles. Murió en el año 1202 y fue sepultado en la iglesia del monasterio de Jerpoint, al pie del altar mayor, en la parte septentrional; su sepulcro, visitado siempre por peregrinos, se hizo famoso por numerosos milagros.

En el monasterio de Schlierbach, en Austria superior, el año 1924, descansó en la paz de Dios Pedro Emberger. Pasó del seminario al monasterio, diciendo al llegar al maestro de novicios: *“Aquí estoy, haced de mí lo que*

queráis". Y dispuesto como estaba para darse de lleno a la caridad, realmente se hizo todo para todos. Sobresalía de un modo especial en el arte de educar novicios, enseñándoles concienzudamente cuanto es necesario para la vida cisterciense. Su devoción hacia la santísima Virgen y los santos de la Orden vibraba con una intensidad singular, y más crecido era su ardor y piedad para con el Corazón Sagrado de Jesús. Pasaba noches enteras en la iglesia en adoración ante el Santísimo Sacramento. Después de decir la santa misa permanecía en la iglesia, aun en los inviernos más crudos en acción de gracias, que prolongaba durante varias horas. Su fervor no tenía límites cuando estaba en el coro, llegando en alguna ocasión a ocultar a los superiores sus enfermedades para que no le privasen de la asistencia al oficio divino. Dentro del marco fraternal, siempre andaba solícito por el adelantamiento de la vida espiritual de los demás; modesto y humilde prefería los hábitos ya gastados por el uso. Probado por Dios con tremendas angustias de espíritu y dolores corporales, murió, después de una breve enfermedad, con los ojos fijos en una imagen de la santísima Virgen el día de la fiesta de san Alberico, y fue sepultado en la festividad del beato Gerardo, con quien sus hermanos no sin razón le comparaban.

25

En el monasterio de Val-Dieu, Bélgica, el año 1711, se durmió en la paz de Cristo Dom Pablo Pirouille, abad. Con todo derecho se consideraba restaurador de dicha casa. Ejemplar en todo, era el primero en el coro, asiduo siempre a los oficios divinos, logrando conjugar en el difícil arte de gobernar a los demás la fortaleza de San Pablo con la benignidad de san Bernardo. Misericordioso para con los pobres, fiel para con la patria, tan afable y bondadoso para con todos que en vida se ganaba los corazones y, después de muerto, dejaba en pos de sí el hondo sentimiento de haber perdido un gran padre y maestro.

En el monasterio de la Fille-Dieu, Suiza, en el año 1829, subió al cielo Carolina Castella de Gruyère, abadesa. La gran sagacidad que desplegó en su cargo de cillerera salvó con la ayuda divina a su monasterio de pobreza y escasez sumas. A pesar de la multitud de asuntos que la

ocupaban y absorbían, su unión íntima con Dios causaba admiración, a la vez que, distinguiéndose en la humildad, servía con todo interés a sus hermanas. Dios, a su vez, se dignó a veces recompensar largamente sus virtudes más distinguidas, la esperanza y la caridad, multiplicando de modo maravilloso las menguadas provisiones de comestibles bajo su responsabilidad. Cuantos fieles y eclesiásticos acudieron a ella en busca de consejo aseguraron después que estaba dotada de luces especiales. Elegida abadesa, con un celo espiritual verdadero y responsable no cesó de infundir en las almas a ella encomendadas un sentido claro de la bondad inefable e infinita de Dios, hasta que, a los ocho meses de su abadiato, con fama de auténtica santidad, se durmió en la paz de Dios.

Beata Gabriella Sagheddu, en Grottaferrata, Italia. Nació en Dorgali, una localidad de la isla italiana de Cerdeña, el 17 de marzo de 1914. Su padre trabajaba en el pastoreo como jornalero. Fue la quinta de ocho hermanos. Era una persona idealista y activa que no se detenía ante nada cuando estaba convencida de la grandeza de algo. Y aunque en su infancia y adolescencia dio muestras de terquedad, siempre terminaba imponiéndose su bondad. Así reflejaron su carácter quienes la conocieron: «*Obedecía refunfuñando, pero era dócil*»; «*decía que no y, sin embargo, iba inmediatamente*». En esta época en la que rondaba los seis años de vida había perdido a su hermano mayor y a su padre, todo lo cual influía en el hogar. Y puede que, aún siendo tan niña, se reforzaran los rasgos de una personalidad como la suya tendente a la rebeldía y al autoritarismo. Entre sus aficiones destacaba la lectura y el juego de cartas. Dio un giro radical a su comportamiento cuando tenía dieciocho años, tras fallecer una hermana tres años menor. Hay quienes ante una tragedia de esta naturaleza se enfrentan a Dios o pierden su fe. A otros le sirve para reconciliarse con Él. En ninguno de estos dos polos extremos frente al dolor –hay otras respuestas– se hallaba la beata. Su caso, bastante común, era el de quien sigue la vida con una cierta rutina hasta que es golpeado por un hecho dramático. Pero al sufrir esta pérdida se comprometió con la Acción Católica, se hizo catequista y comenzó a acudir a misa recibiendo la comunión diariamente. Consciente de la muralla que suponían sus debilidades para el progreso espiritual, se afanó en corregirlas. Lo que se propuso –estudios,

apostolado, oración— lo consiguió en la medida de sus posibilidades, porque no escatimó esfuerzo, ni sacrificios. Hubo pretendientes que se hubieran casado con ella, pero en dos ocasiones rechazó las propuestas de matrimonio. A los 20 años eligió el cister de Grottaferrata, vía sugerida por su confesor, para entregar por completo su vida a Cristo. Conmovida por la misericordia divina que le había trazado ese camino, exclamaba: *«¡qué bueno es el Señor!»*. La gratitud fue una de las virtudes que la adornaron. Ingresó en la trapa de Grottaferrata en septiembre de 1935. Confiada a la voluntad de Dios, vivía desasida de sí misma, sabiéndose guiada por Él. Condensaba este sentimiento haciendo notar: *«ahora actúa Tú»*. Es lo que brotó de lo más íntimo de su ser cuando le sobrevino la idea de que podría quedar fuera del noviciado. Era servicial, dócil, noble. No le costaba aceptar sus defectos y pedía perdón sin ampararse en justificación alguna. Solía rezar el rosario que llevaba entre sus dedos en muchos instantes del día. Discreta y abnegada, buscaba el ejercicio de labores ingratas con sumo gozo. A veces le asaltaba un sentimiento de incapacidad, pero la obediencia le ayudaba a progresar en la virtud y a no dejarse llevar por el desánimo. *«Estoy en el coro, porque la reverenda madre lo ha querido así. Cantar sé bien poco, mas desafinar, mucho. Por esto habría querido retirarme del oficio, pero la reverenda madre no ha querido, diciendo que poco a poco aprenderé»*. En un momento dado, manifestó: *«Ahora he entendido verda-deramente que la gloria de Dios y el ser víctima no consiste en hacer grandes cosas sino en el sacrificio total del propio yo»*. Deslumbrada por la elección divina de la que había sido objeto, confesaba por carta a sus allegados: *«Él, mi Jesús, habría podido elegir tantas otras almas más amantes, más puras, inocentes, más dignas. Pero no, Él ha querido elegirme a mí, si bien yo soy indigna...»*. *«Podéis imaginar mi alegría... Rezad siempre para que sea fiel a mis obligaciones y a mi regla, haciendo siempre la voluntad de Dios, sin ofenderle nunca y así vivir feliz para toda la vida en su casa»*. Sabía que la obediencia es llave de libertad: *«Es una gran gracia vivir en el monasterio, donde todas las acciones, aún las más viles, cuando son por obediencia, aportan un gran mérito»*. Poco a poco fue conquistando el anonadamiento sintetizado en esta sencilla y profunda confesión: *«Mi vida no vale nada; puedo ofrecerla tranquilamente»*. En ese tiempo, el abad padre Couturier im-

pulsaba un movimiento ecuménico, y encomendó a la abadesa María Pía Gullini celebrar ocho días de oración por la unidad de los cristianos. Cuando María Gabriela emitió los votos, los ofreció por la misma intención, al igual que hizo el 25 de enero de 1938, tres meses después de haber profesado, justo en la semana dedicada al octavario. Yendo más lejos, ofreció su propia vida: *«Siento que el Señor me lo pide –confió a la madre Pía Gullini, su abadesa– me siento impulsada incluso cuando no quiero pensar en ello»*. La abadesa no se manifestó en ese momento. Le sugirió que hablase con el capellán. Lo que él dijera sería lo que Dios quería para ella. La respuesta del sacerdote fue afirmativa, y Dios tomó la palabra a la beata. Después de haberse entregado en holocausto, repentinamente se sintió débil y agotada, y se le diagnosticó tuberculosis. El director supo por ella la metamorfosis que se operó en su organismo casi instantáneamente: *«desde el día de mi ofrecimiento, no he pasado un sólo día sin sufrir. Soy feliz por poder ofrecer algo por amor de Jesús»*. María Gabriela solo tenía este sentimiento: *«la voluntad de Dios, su gloria»*. Hospitalizada, le dijo a la madre abadesa: *«El Señor me tiene sobre la cruz y yo no tengo más consolación que la de saber que sufro por cumplir la voluntad divina con espíritu de obediencia»*. Durante quince meses soportó heroicamente sus padecimientos hasta que el 23 de abril de 1939 falleció en Grottaferrata. Tenía veinticinco años, y había permanecido en la vida monástica tres años y medio. Su oblación llegó a oídos de una comunidad anglicana que manifestó: *«Una caridad como la suya destruye todos los perjuicios que muchos anglicanos tienen contra Roma. Si todos sintiesen su caridad, el muro de la separación dejaría de existir»*. Juan Pablo II la beatificó el 25 de enero de 1983, último día del octavario de oración por la unidad de los cristianos. Es conocida como “Beata Gabriella de la Unidad”.

26

Fiesta de san Alberico Fue uno de los primeros monjes del monasterio de Molesmes, prior del mismo durante algunos años. Varón docto, buen conocedor de las cosas divinas y humanas, amante de la Regla y de los hermanos. Pasados muchos años en la observancia de la Regla de San

Benito con más mitigación de lo que su deseo y propósito quisieran, reunió con él a algunos hermanos y, sobre todo con el apoyo de su superior, Roberto, trabajó con esfuerzo constante para conseguir el traslado de ese pequeño grupo a los bosques de Cîteaux. A causa de esta iniciativa soportó no sólo mucha oposición y ciertos desprecios por parte de otros monjes de la comunidad, llegando incluso a padecer el aislamiento de la cárcel y los azotes destinados a los rebeldes y contumaces. Al fin, habiendo logrado los que sus deseos pretendían, con el abad Roberto de Molesmes a la cabeza, marchó un grupito a un nuevo monasterio, donde también Alberico desempeñó el cargo de prior. Pasado algún tiempo, y tras la vuelta por obediencia papal del abad Roberto a Molesmes, Alberico fue elegido para sucederle en la dirección del nuevo monasterio. Entonces, para evitar en el futuro las dificultades que sobrevenían a la pequeña y a su nuevo proyecto de vida monástica, con el consejo de los hermanos envió a dos de ellos a Roma para impetrar un privilegio de la Santa Sede. Amparados, pues, en el llamado *Privilegio Romano*, pudieron ya sin dificultades llevar a la práctica íntegramente y sin obstáculos lo que al abandonar Molesmes se habían propuesto, prescindiendo de las costumbres y observancias que, a su juicio, no armonizaban con las prescripciones de la Regla. Bajo la dirección de Alberico se escribieron las que habían de ser como las primeras constituciones de la nueva congregación monástica. El nuevo monasterio, aunque bajo condiciones de una gran pobreza, con la solicitud pastoral e iniciativas del santo P. Alberico, en breve tiempo y con la ayuda divina, creció sin cesar en perfección, se difundió su fama y progresó en lo material. No obstante, cierta tristeza se cernía sobre el siervo de Dios y sus monjes, pues mientras aumentaban sus deseos por transmitir a sus sucesores aquel tesoro de gracias y virtudes que habían encontrado y que tanto habría de aprovechar a la salvación de muchos, no obstante, a causa de la gran aspereza de vida que allí se llevaba, raro era el que con deseos de santidad se unía a ellos en tal nuevo proyecto. Parece ser que esta situación ciertamente fue permitida por Dios para probar su constancia. Forjado felizmente por la observancia regular en aquella escuela de Cristo durante nueve años y medio, el bienaventurado Alberico, en este día del año 1109, voló al seno de Dios, rebosante de la gloria de su fe y de sus virtudes. Su santo cuerpo, como grano de trigo sembrado en la

buena tierra de la fe y la esperanza de toda la comunidad, fue sepultado a la sombra de la iglesia de aquel monasterio, que tan loablemente había gobernado y que, en el futuro, tanta gloria había de dar a Dios y a la iglesia monástica, aunque él en vida no pudiera verlo.

Su fiesta se celebra hoy día como solemnidad junto con la de san Roberto de Molesmes y san Esteban Harding, su sucesor en el abadiato de Cîteaux. Tras el Vaticano II y su reforma litúrgica se fijó este día para la solemnidad de los fundadores de Císter.

27

La piadosa muerte, en Wettingen, en Suiza, y el año 1713, del bondadoso y distinguido Urso Schutz. Siendo un pobre muchachuelo que en compañía de su madre vivía de su voz y de su viola, cantando y tocando en los mercados y fiestas populares, se acercó un día al monasterio para pedir limosna y mostrar sus habilidades para poder comer, pues había fallecido su madre víctima de las penalidades de la pobreza. El abad quedó tan gratamente impresionado de su piedad y rara viveza de espíritu que le sugirió ser admitido sin más entre los educandos de la abadía y, más tarde, como novicio. La alforjilla y la viola con las que había llegado al monasterio las guardaba en lugar de preferencia, para así conservar siempre vivo el recuerdo de su humilde origen y de la inapreciable gracia de la vocación. Ejercitó con toda diligencia durante veintidós años el oficio de chantre en el monasterio, animando con su melodiosa voz a levantar al cielo los ánimos de cuantos le oían y moviendo a todos a la piedad y al recogimiento. Muy a pesar suyo le hicieron párroco en una iglesia cercana dependiente del monasterio; pero su alma la tenía siempre traspasada por el deseo del monasterio. Murió de edad muy avanzada, con fama de santidad, y exactamente como siempre había deseado morir, después de la misa, de rodillas, estando en acción de gracias.

En España, en el año 1717, la muerte de la piadosa hermana Antonia Álvarez, conversa de San Quirce, monasterio de la ciudad de Valladolid. Ya desde muy niña soportaba con gusto las duras reprensiones de que era objeto a causa de su condición de sirvienta de un ama muy exigente, entre-

gándose con gusto a las oraciones vocales aprendidas de su madre. Una vez que fue admitida en el monasterio, al que la condujo un piadoso sacerdote, pasaba las noches en constante oración, recreada con visiones y atormentada no pocas veces por los malos espíritus; pero también confortada por los ángeles, que aun en los trabajos domésticos cotidianos parecían asistirle, pues no se explicaban las demás hermanas su diligencia y rapidez en ejecutar lo que se le mandaba. Se dice que estaba dotada con el carisma de bilocación, de modo que instruyó en la fe a los mahometanos de África y a los indios de América. Milagrosamente participaba todos los jueves y sábados de los tormentos de la Pasión de Cristo y, en los últimos años de su larga vida, vivía en sí misma cada día uno u otro los misterios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Este monasterio ha sido cerrado en 2018.

28

Festividad de san Amadeo, obispo de Lausana. Hijo del beato Amadeo, señor feudal de Hauterive, monje más tarde en Bonnevaux, cuya conmemoración se hace el trece de este mismo mes. Como Amadeo no podía ser admitido en ningún noviciado porque era demasiado niño, permaneció algún tiempo en Cluny en plan de educando y después fue enviado a la corte de su pariente el emperador Enrique V. En posesión ya de una buena formación científica y literaria, seducido, como es de creer, por las lágrimas de devoción de su padre, entró en Claraval. Al cabo, de algunos años pasados al cobijo de la instrucción de san Bernardo, joven aún, pero maduro de costumbres y lleno de doctrina, pasó a ser, reclamado por los mismos monjes, abad del monasterio de Hautecombe. Atravesaba por entonces esta casa días muy difíciles. No obstante, su joven abad, que no ponía en sordina las palabras evangélicas, buscó en primer lugar el reino de Dios y su justicia y enseñando a hacer lo mismo a sus hermanos; pronto se hallaron estos en posesión de celestiales riquezas, a la vez que comenzaban a sentir también sobre ellos la afluencia de bienes materiales; y hasta su mismo padre, el ya anciano Amadeo, habiéndolo visitado, porque sentía gran solicitud por su hijo, recibió gran consuelo al contemplar la robustez de la fe de su vástago. Al cabo de algunos años el santo abad fue elegido unánimemente por el clero y todo el pueblo

como obispo de Lausana. Pero como él declinase el honor y el cargo, no hubo mas solución que impetrar la confirmación del romano Pontífice. Elevado a la cátedra episcopal andaba siempre tan solícito de los asuntos eclesiásticos y del bien de los fieles a él encomendados como si ya previese la proximidad inminente del juicio divino. Varón noble, pero sin soberbia, constante sin aspereza, docto sin atisbos de jactancia, defendió con valentía los derechos de la Iglesia, y por eso hubo de padecer el exilio. Escribió ocho sermones en honor de santa María Virgen, tan deliciosos por la suavidad de su decir como por la profundidad de los misterios que exponen. Partió de esta vida mortal el día 27 de agosto del año 1159.

29

Hoy se hace memoria en Bohemia, Silesia, Austria y Baviera de los monjes y conversos de los monasterios de Goldenkron, Koonigssal, Komens, Heinrichau, Lahnin, Neuzell, Altzell, Zwetl y Walderbach cruelmente asesinados por los protestantes husitas durante los años 1420-1432 por odio a la fe católica. Conmemoramos hoy conjuntamente su muerte con la de otros muchos cuyos nombres y cuya partida de este mundo se ignora y que con ellos perecieron a manos de los mismos fanáticos. No obstante, merecen mención particular el abad Juan, dos monjes y otros conversos del monasterio de Walohrad, en Moravia, cuyo cruelísimo martirio mandó el Papa Martín V hacer constar en un monumento público.

En la abadía, de Vienne, en el Delfinado, el día 28 de enero de 1674, salió de este mundo, verdaderamente crucificada con Cristo, la monja Margarita Antonia Piquet. Niña de siete años fue ofrendada a Dios por sus padres en este monasterio; cuando cumplió quince años se le vistió el habito monástico. Al principio, aquella vida inmersa en la dureza de la penitencia se le hizo demasiado fastidiosa, hasta que un día, con ocasión de un sermón sobre la utilidad de la mortificación corporal, se sintió entusiasmada y pidió al Señor que vertiese sobre ella para probarla cuantos dolores y trabajos quisiera. A partir de este momento, toda su vida fue un martirio continuo, transcurrida en enfermedades del cuerpo y arideces del alma. Soportó pacientemente también las humillaciones y las

incomprensiones. Mereció tener impresos en su cuerpo, aunque invisibles, los estigmas de las llagas de Cristo. Estando ya en los últimos momentos de su vida y habiéndosele pedido que descubriese lo que a ella tanto le había ayudado a conseguir la perfección espiritual, dijo: *“La vida alejada de las cosas exteriores y el silencio”*.

30

Fiesta del beato Gerardo, hermano de san Bernardo. Resistió largamente las amonestaciones de su santo hermano, hasta que, herido en una batalla y hecho prisionero, y poco después milagrosamente libertado, según la profecía que le había hecho su santo hermano, lo siguió a Císter y a Claraval, en donde fue nombrado cillerero. En el desempeño de su cargo se mostró no menos activo que prudente y humilde. Dios le había dado dotes de erudición suficientes para saber pergeñar un buen sermón, y así, lleno de solicitud por conservar intacta la soledad de su ilustre hermano atendía satisfactoriamente a los que venían al monasterio para que no interrumpiesen la contemplación de aquel. Acompañando al santo abad en un viaje, al llegar a Viterbo cayó enfermo, aunque por las oraciones de su bienaventurado hermano pronto se vio curado. Ya en Claraval le atacó de nuevo la enfermedad y el 13 de junio de 1138 llegó su santa alma al cielo, envuelta en el júbilo y exaltación del puro gozo espiritual, y así rompió las ligaduras de la carne mortal. Celebró san Bernardo devotamente sus funerales y, mientras todos los monjes lloraban, él permaneció sin derramar una lágrima, para que no pareciese que lloraba a un muerto del que no dudaba que había sido trasladado de esta vida a la patria eterna. Mas después, al querer proseguir sus sermones sobre el *Cantar de los Cantares*, vencido por el dolor, no pudo menos de dedicarle unas hermosísimas palabras y demostrar con un llanto cuajado de piedad y de justa tristeza el amor por aquel hermano tan querido y tan imprescindible para él en el gobierno del monasterio.

31

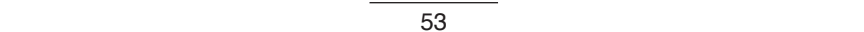
Martirio de Mateo Gachet, en Lyon, Francia, el tres de febrero de 1794. Era monje de la congregación Fuliense. Después de ser detenido y

muchas semanas de prisión, ocupado en levantar los ánimos de sus compañeros de cautiverio y sin cesar de fortalecerlos con los sacramentos, se mostró ante el juez como un verdadero soldado de Cristo; y, así, gloriosamente herido por las balas murió fusilado con gran alegría y dando testimonio a todos de su inquebrantable fidelidad a la Iglesia y a los compromisos de su profesión.

En Villers, Bravante, la muerte del santo converso Pedro. En pleno vigor de sus dieciocho años, con el ímpetu de la sangre juvenil, desvió un tanto su senda hacia los atractivos del mundo; pero Cristo dispuso llamarlo a mejores empresas. La serpiente diabólica, al advertirlo, pretendió atraerlo fuera del ejercicio de la virtud; pero él opuso fuerte resistencia y por esta victoria se vio premiado por el Señor con los gozos de su divino consuelo. Conseguida la tranquilidad espiritual, con el consejo de varias personas piadosas ingresó en Villers, donde con durísimas penitencias y lágrimas y oraciones expió sus pasados yerros. Y a tanto llegó, que un día, enardecido con un excesivo fervor, y para tener más parte en los padecimientos de Cristo, perforó sus manos y pies con duros clavos de hierro y se hincó en el costado, junto al corazón, un hierro candente. En sus raptos y éxtasis se dice que, entre otras muchas cosas, conoció por la misma santísima Virgen la fiesta de su Inmaculada Concepción. Consumido por el amor de Cristo Salvador y por el deseo de la gloria eterna, pasó definitivamente a gozar de Aquél a quien tanto ansiaba contemplar.

En España, la muerte de la venerable abadesa María, que después de abrazar la vida cisterciense en el monasterio de Santa María Magdalena, en la villa de Yepes, fue enviada, en el año 1529 para erigir un nuevo convento en el valle de Pinto; lo dedicó a la Purísima Concepción de la siempre Virgen María. Gobernó a sus monjas con piedad y prudencia, y célebre ya por sus virtudes y milagros voló a Cristo. Su cuerpo se conserva incorrupto en el monasterio de su profesión en Yepes.

Este día de enero, fallece en Viaceli, en 1940, Dom Emmanuel Fleché Rousse, primer abad de Sta. M^a de Viaceli. Véase la nota correspondiente el 17 de noviembre, fecha en que sus restos mortales son trasladados a la iglesia de la abadía en 1959.



FEBRERO

Día 1

En Bélgica, en San Remy, de Rochefort, en la fiesta de la Purificación de la santísima Virgen, año 1893, expiró santamente el P. Pío de Zeeland. Desde muy niño se destacó por una gran rectitud de conciencia y sinceridad de ánimo, fielmente atento siempre a las inspiraciones de la divina gracia. Ingresó en el monasterio de San Benito de Achel y, desde el primer año de su estancia allí, se propuso llevar a la práctica aquel principio de san Juan Berchmans: *Hacer las cosas comunes de modo no común*, y lo cumplió con matemática constancia. La voluntad santísima de Dios era el alma de todas sus acciones. Jamás se permitió soslayar las privaciones que la Regla prescribe o permite. Nada había, sin embargo, en su aspecto y en sus costumbres que tuviese visos de suficiencia o afectación, al contrario, se mostraba lleno de afabilidad para con todos. En el trabajo manual era muy ágil; siempre recogido y atento en el oficio divino o en la más insignificante de las ceremonias corales, como si estuviese ante Dios visiblemente presente. No poder asistir al coro era para él un suplicio. Muy a su pesar ocupó varios cargos, siendo por último nombrado superior de la nueva fundación de Echt. Con gran alegría de su alma, pasados cinco años, se vio libre de tal cargo y pasó al monasterio de su profesión, San Remigio de Rochefort. No más que tres años habían transcurrido, cuando el dos de febrero, estando sus hermanos cantando en la iglesia las palabras del cántico de Simeón: *Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz*, descansó en la paz eterna.

El mismo día del año 1902, pasó del monasterio de Aiguebelle al cielo el hermano Alejandro Monsquetti, converso. Tenía veinticuatro años cumplidos cuando se presentó en la abadía, pero tan débil en apariencia que con dificultad se le admitió. Al cabo de algún tiempo se pudo verificar que su ingenio y sus virtudes compensaban ampliamente su mermada capacidad para soportar las austeridades de los más fuertes. Resplandecía en él una modestia y discreción extraordinarias, parejas a

su caridad y piedad para con Jesús sacramentado. Buscaba las humillaciones con ardor igual, al que tantos otros ponen en ir a la zaga en las alabanzas. Los mismos seglares, con los cuales tenía que tratar por su cargo de secretario, se admiraban viéndole, a pesar de su aspecto enfermizo, tan cándido, sencillo y alegre; fruto sin duda de su íntima unión con Dios. Dom Juan Bautista Chautard, abad de Sept-Fons, le ayudó en sus últimos momentos y presidió sus funerales, como postrer obsequio a la virtud del santo hermano.

2

En el monasterio de Zwettl, Austria, el beato Hugo Turso, monje. Fallecida su esposa, comenzó a llevar en su mismo pueblo natal, Liechtenfels, una vida consagrada a Dios, para perseverar en la cual se vio alentado incluso con visiones llenas de consolación. En el año 1237 entró en el antedicho monasterio que de algún modo se hallaba ligado a su familia; y en él, rodando el año 1287, consumó el supremo día, colmado de años y buenas obras. Hogaño todavía van los fieles a la iglesia de su castillo feudal en piadosa peregrinación.

En Sandomir, Polonia, el martirio del abad y de los monjes de la abadía de Koprzywnica. En el año 1241 una multitud de tártaros, debido a la facilidad que los ríos les proporcionaba para desplazarse, irrumpió en Sandomir; pusieron cerco al castillo y la ciudad, logrando al fin apoderarse de ella y, matando al abad de este monasterio, a todos sus monjes y a gran número de eclesiásticos y laicos que se habían refugiado en la ciudadela.

En Suecia, el martirio del abad Arvid Haakonsson y de los monjes del cenobio de Nydala. Por el año 1521, el rey Christian II, retornando a Dinamarca, después de destruir bárbara y cruelmente la ciudad de Holmen, quiso divertirse en el monasterio que a su paso halló. Los monjes le recibieron bondadosamente, proporcionándole todo cuanto necesitaba, y el tirano simulaba que aquella diligencia le era muy grata. Asistió al templo en la festividad de la Purificación de la Virgen María y oyó devotamente la santa misa, sin traslucir ningún indicio de la horrible acción

que maquinaba. Mas, apenas se retiraron los monjes, mandó apresarlos, maniatarlos y arrojarlos al cercano río. Habiendo conseguido el abad desligar sus manos, se puso a nadar, pero aquellos esbirros, llegándose a él, lo hirieron despiadadamente hasta que, desangrado y falto de fuerza, se hundió. De este modo aquellos felices monjes después de ofrecer a Dios Padre el sacrificio incruento de la misa, merecieron convertirse ellos mismos en hostia inmaculada y grata a Dios y, pasando por las aguas de un nuevo bautismo, fueron conducidos al gozo eterno.

3

Fiesta de san Elredo, abad de Rievaulx, en Inglaterra. Vástago de noble linaje se educó en la corte escocesa juntamente con el hijo del rey David. De naturaleza amable y de una proclividad suma para el amor, habiendo llegado a entender que nada debía anteponerse al amor de Cristo, entró en el monasterio y briosamente se dedicó a raer de sus afectos cuanto no estuviera endulzado con la miel del dulcísimo Jesús o condimentado con la sal de las divinas escrituras. Tejió de mansedumbre su vida de comunidad, triunfando, según narra una vieja biografía, de sí mismo con la caridad, y de los otros con las demás virtudes. Al hacerle abad de la nueva fundación de Rovesby, Dios mismo puso de relieve, por medio de un milagro aquella eximia caridad de su siervo. Promovido después al abadiato de Rievaulx, quiso que la gloria más pura de su casa se estribase cabalmente en ser mansión de caridad y paz. De esta su predilecta virtud trata expresamente un tratado que nos legó sobre *La amistad espiritual* y en la obra titulada *Espejo de la caridad*, Practicando y predicando siempre con entusiasmo la caridad, no favorecía en lo más mínimo la comodidad: *Nuestra Orden*, –decía–, *es la cruz de Cristo*; y estimulaba a sus hermanos a no alejarse de esta cruz, ni a disminuirla, si en ella estaban clavados, para que así fuesen no sólo adoradores de la Cruz de Cristo, sino también sus portadores y rendidos amadores. Y no se contentaba con esto, él iba a la cabeza de todos en lo que aconsejaba. Diez años antes de su muerte, un fuerte dolor intestinal y una aguda nefritis descargaron sobre él duramente. Oprimido por los dolores yacía en una pobre celda, y sus hermanos, prendida en sus almas la gracia del consuelo,

iban a ver al padre y, sentados en rededor de él, de veinte en veinte, o de treinta en treinta, todos los días dialogaban largamente sobre la alegría espiritual de las Escrituras y de las observancias regulares, hablando con él lo mismo que los niños con su madre. Agonizando ya, ante los monjes que le rodeaban, dio muestras de gran virtud. Dijo que él había pasado la vida de comunidad con ellos siempre lleno de buena conciencia, por eso nunca, desde que había recibido el hábito religioso, había logrado sorprenderlo una puesta de sol con la turbación en su alma. Era el 12 de enero del año 1157 y su espíritu puro y limpio voló a los brazos del Padre.

4

En el monasterio de Heisterbach, Alemania, la santa memoria del monje Christian. Joven aún de pocos lustros, gozaba, a causa de una enfermedad cerebral, de licencia para no asistir al coro en las vigiliass nocturnas; pero en las demás horas apenas abandonaba su sitio, a no ser obligado por una necesidad. Habiéndosele preguntado el motivo de no querer usar del permiso concedido: –“No puedo menos de venir; pues estando fuera del coro y oyendo cantar a los demás, dado que no me es lícito entrar a formar parte de él, sufro mucho, porque recuerdo los consuelos con que allí Dios deleita las almas.” Muchos días antes de morir, según cuenta Cesáreo, la tristeza se apoderó de el, purificándolo vivamente entre sus llamas; pero unos sesenta días antes de la partida definitiva fue consolado por santa Águeda y, en su festividad, pasó de esta miserable vida a la gloria perdurable.

En Moreruela, España, en la fiesta de la Purificación de la Santa Madre de Dios del año 1586, logró unirse en su felicidad a los santos el monje Ignacio de Alfaro. Vivió en el mundo sin ser del mundo, ajeno completamente a él; durante la cuaresma todo su alimento se reducía a pan y agua y dormía en el suelo. En el monasterio, su caridad y sumisión para con los superiores fueron causa de admiración y le facilitaron el cargo de enfermero. Atendía a todos los enfermos con tal prontitud como si se tratase de uno solo en particular, sirviéndoles siempre que podía con las rodillas hincadas en tierra y consolándolos con su abierta caridad.

Esto mismo observaba incluso con los criados del monasterio. En el ejercicio de su cargo cayó él también enfermo, pero no quiso nunca prestar importancia a su dolencia. Sin embargo, la enfermedad lo postró en su lecho, lo cual no hizo sino acrecentar su oración. Ya en sus últimos momentos comenzó a cantar de pronto la antífona *Regina cæli lætare*, pues veía venir hacia él la misma piadosísima Madre de Dios, rodeada de santos y ángeles, coronada de estrellas y seguida de su Hijo Jesucristo.

En el monasterio de Ghadenthal, Suiza, la venerable abadesa Inés de Duren, que vivió hacia el año 1400. Después de su muerte se dice que gozó de culto como una verdadera santa canonizada y su sepulcro durante varios siglos se hizo lugar de devoción para sus fieles.

5

En Grüssau, Silesia, en el año 1697, se durmió santamente en los brazos de la muerte de Juan Baumgarten. Era de ingenio lento; clasificado como inepto para cualquier trabajo; pero con la protección del ilustre abad Bernardo Rose, que por encima de todo valoraba la simplicidad de aquella alma, logró con muchos esfuerzos alcanzar las órdenes sagradas. Con facilidad sobrepasó a todos en piedad y humildad, en caridad y en obediencia. Con el permiso de su abad, gran parte de la noche permanecía en oración en la iglesia. Cualquiera que lo viese celebrando la santa misa creería que aquel hombre estaba contemplando la imagen viva de la Virgen Madre acariciando en sus brazos al divino Niño. Viéndole así, hasta pecadores endurecidos y herejes retornaron a una vida cristiana y a la unidad de la Iglesia; en el tiempo restante, ayudaba a los hermanos conversos o a los servidores de cocina en el suministro de la leña y del agua. Próximo a morir, al llevarle el viático, se echó fuera del lecho y de rodillas, con los brazos extendidos, encendido en amor, recibió a su Dios. A los pocos momentos, expiró dulcemente en los brazos de sus hermanos.

En el monasterio de La Trapa, en el año 1701, la piadosa muerte de Mauro Mouchin, monje y sacerdote. Dotado abundantemente desde sus primeros años por los dones y gracias de Dios, en el monasterio gozó siempre, interna y externamente, con una inalterable paz de ánimo. Du-

rante catorce años sobrellevó, erguido en su fortaleza, una difícil y dolorosa enfermedad. A pesar de estar enfermo y muy débil no dejó nunca, hasta la muerte, de prestar toda clase de servicios a su abad, que estaba más débil aún y privado del ejercicio de las manos. Muerto este, como si hubiese desaparecido el que era su sostén, se agravó rápidamente la enfermedad que lo consumía, hasta que después de tres meses de tremendos dolores y de repetidos y graves encuentros con la muerte, cargando viril y jubilosamente con todos sus males, estando al unísono su mente y su corazón con Cristo crucificado, al fin entregó su inocente alma al Creador.

6

Fiesta de san Raimundo, abad de Santa María de Fitero, en Navarra. Corría el año de 1157, cuando sintiéndose llenos de temor los caballeros del Temple y demás fuerzas militares de los reinos peninsulares, contagiado Raimundo por el ardor del monje Diego Velázquez, aceptó del Rey Sancho la defensa de Calatrava ante la embestida de las huestes sarracenas, ganándose para la posteridad el título de fundador preclaro de la Orden militar de ese nombre. Al morir Alfonso VII en 1157, cometió la torpe división de su imperio entre sus dos hijos, Sancho y Fernando. El primero, responsable del reino de Castilla, se enteró de que los árabes, aprovechando la reciente muerte del Emperador, que les mantenía a raya, estaban haciendo grandes preparativos para atacar la plaza de Calatrava, baluartes de primer orden en la ribera del Guadiana que defendía los reinos cristianos. Había sido conquistada diez años antes, y fue confiada para su custodia a los caballeros templarios, las cuales se mantuvieron firmes todo ese tiempo, pero ahora, al oír aquellos preparativos bélicos del enemigo, se sintieron sin fuerza para poder resistir, devolviéndosela al rey, precisamente en el momento que acaba de tomar las riendas del gobierno. En vano intentó ofrecerla en propiedad a los ricos hombres que merodeaban por la corte, sedientos de botín y dádivas espléndidas: nadie quería comprometerse, porque consideraban Calatrava hueso duro de roer. El rey se hallaba perplejo porque el peligro arreciaba y no veía fácil solución, por lo que su reinado iba a tener una inauguración muy desagradable, y si los árabes se apoderaban de aquella plaza,

que era como la llave de los reinos cristianos. En estas circunstancias comprometedoras llegaron a Toledo dos monjes, Raimundo de Fitero, nuestro abad, con un monje llamado fray Diego Velázquez, que había tomado por compañero y era muy conocido del joven monarca, por haberse criado en su compañía en los años de la infancia, y luego, antes de hacerse monje, había sido capitán del ejército. La finalidad de este viaje era obtener del rey la aprobación de los privilegios donados por la corona a favor del monasterio, según era norma tradicional de hacerlo en todo comienzo de reinado. Pero Dios dirigía los pasos de aquellos dos monjes hacia una empresa que a nadie pasaría por el pensamiento, antes al enterarse les pareció una locura. Parece que en un principio el abad se resistía a hacerlo, por considerar aquella empresa totalmente en desacuerdo con su vocación de monjes solitarios, alejados de las cosas terrenas, pero habiéndole insistido una y otra vez, el abad lo pensó en serio y accedió a las insinuaciones de los monjes. Ambos se presentaron al rey y le expusieron su decisión de encargarse de la defensa de Calatrava. Dicen que la primera impresión del rey ante tal propuesta fue una sonrisa entre agradecido y compasivo. Nada extraña que al enterarse los demás señores de la corte excitase la hilaridad. Dos monjes, lo único que podían saber era cantar en el coro, más empuñar las armas, tomar sobre sí la defensa de una plaza como Calatrava, parecía locura. Así lo ve un historiador: “La noticia se extendió con rapidez. Los cortesanos la comentaban desfavorablemente, burlándose de tan quijotesca aventura. En cierto modo tenían razón. El nombre del abad Raimundo era para ellos perfectamente desconocido. Medio castellano, medio navarro, este monje era diestro en cantar salmos, no en empuñar las armas. Había pasado su juventud en el desierto. Luego con otros anacoretas como él había levantado el monasterio de Fitero, que estaba muy lejos del prestigio y riqueza de las grandes abadías. Evidentemente esto es un disparate, decían los capitanes y hombres de guerra. Él dejó decir, et maguer que algunos lo tenían por locura, fuele después ende bien, como a Dios plugo”. Humanamente hablando tenían razón quienes consideraban disparatada tal resolución por parte de dos monjes, pero Dios está sobre los acontecimientos y era quien guiaba los pasos de aquellos dos servidores suyos para confundir con su humildad a los soberbios de este mundo. Algunos

historiadores hablan de una intervención sobrenatural. Se hallaban ambos descansando en habitaciones contiguas, cuando en las altas horas de la noche se levantó Velázquez, fue a la celda de Raimundo y le despertó con estas palabras: “¡Padre abad, padre abad! Vamos a defender Calatrava”. Raimundo juzgándole víctima del delirio, le mandó volver al lecho. Así lo hizo, pero al poco rato acudió como nuevo Samuel a donde estaba el padre abad, repitiéndole las mismas palabras. Entonces el abad, creyendo ver el signo manifiesto de Dios en la reiterada insistencia del monje, se decidió a poner por obra sus deseos. Resueltos ambos monjes a tomar sobre sí lo que nadie quería, se ofrecieron al rey don Sancho a defender Calatrava. El monarca los estimaba mucho, pero tal vez se compadeciera de tal pretensión por juzgarla superior a la capacidad de unos monjes ajenos al manejo de las almas. Esto parece se vislumbra de la dilación en otorgarles el diploma regio en el que constase la entrega de la plaza. Al fin se convenció de que el dedo de Dios se manifestaba patente en aquellos monjes, y en el mes de enero de 1158 se formalizó la escritura en su favor de ambos monjes. Regresaron ambos a Fitero, entregándose Raimundo a predicar una especie de cruzada, en tanto que fray Diego se dedicaba a formar en el arte de la milicia a los que se alistaban en la empresa. Cuando les pareció que tenían gente suficiente –unos veinte mil– se fueron rápidos a Calatrava llevando consigo víveres suficientes y pertrechos necesarios para poder alimentar y luego armar a las tropas. Al enterarse la morisma de aquella preparación que habían hecho los cristianos, desistieron de atacar la plaza, y Calatrava se vio libre de enemigos por aquella vez. Pero siendo preciso asegurarla definitivamente y entonces es cuando san Raimundo fundó la orden militar del mismo nombre, una orden de monjes guerreros que tan brillantes páginas escribió a favor de la historia patria. Los cuatro o cinco años que vivió aún, se dedicó a perfilar el nuevo instituto desde su retiro en Ciruelos, junto a Toledo, donde le sorprendió una muerte santa el 15 de marzo de 1163. Sus restos mortales permanecieron en esa villa hasta ser trasladados al monasterio de Monte Sión, junto a Toledo, cuna de la Congregación de Castilla, en el cual recibieron culto hasta 1835 en que, al ser expulsados los monjes, los llevaron a la catedral de Toledo, donde se hallan actualmente.

7

En Claraval, el bienaventurado Nivardo, hermano menor de san Bernardo. Al amanecer del día en que los deseos de Bernardo y sus hermanos quedarían colmados, abandonando la casa paterna para marchar a Císter, viendo Guy, el primogénito, a Nivardo, que, niño entre los niños, jugueteaba en el patio, con cierta complacencia le dijo: *–Bueno, Nivardo, para ti solo son las tierras de nuestras heredades. A lo cual el niño respondió con vehemencia impropia de sus pocos años: –Sí, sí; para vosotros el cielo y para mi la tierra, ¿verdad? No hay equidad en esta división.* Y partidos ellos, se quedó él en la casa con su padre; pero al cabo de poco tiempo siguió también a sus hermanos, sin que nadie, ni sus parientes, ni su padre, ni sus amigos, pudieran retenerlo. Emitidos sus votos en Císter, fue enviado con sus hermanos por san Esteban a Claraval, participando después en la fundación de nuevos y numerosos monasterios. Parece ser, sin embargo, que en ninguno permaneció establemente, hasta que, en tiempo posterior al año 1150, la muerte bajó a él estando probablemente en Claraval.

En Francia, en el año 1657, trocó esta tierra por el cielo Luisa Cecilia de Ponçonas, fundadora de la Congregación de Religiosas de san Leonardo. Siete primaveras de flores de piedad llevaba en su vida de niña, cuando su madre la condujo al monasterio de las Ayes, donde, manifestando siempre una delicada piedad, se vio víctima de varias dolencias que desde entonces y durante toda su vida soportó pacientemente. Era muy gentil y atractiva en su adolescencia, y así, tras un breve tiempo de cambio y decaimiento en su fervor religioso, felizmente volvió a su primera piedad; con dos de sus compañeras decidió volver a la antigua observancia monástica, sin que ni las más amargas contradicciones fueran obstáculo para sus piadosos propósitos, que algunos años más tarde y bajo la dirección de san Francisco de Sales, pudo al fin conseguir. Aunque no sin grandes titubeos en su alma, abandonó las austeridades cistercienses; pero siempre deseó ansiosamente permanecer bajo el cobijo blanco de la Orden. Entre tanto, varios males se cernieron sobre ella, produciendo un crudo tomento para su cuerpo y su alma; recreada por el Esposo divino con carismas místicos, mereció tener impresas en sus miembros las llagas sagradas de Cristo, levemente visibles al exterior. Moldeada así en la caridad, en la humildad

y en la paciencia, verdadera esposa de Cristo, con Él marchó a unirse en el tramo último y definitivo de su vida.

8

En L'Etoile, la memoria del venerable abad Isaac. Ya era clérigo o acaso sacerdote de la diócesis de Canterbury, cuando, al pasar de Inglaterra a Francia, se hizo monje cisterciense, viéndose elevado no mucho después al cargo abacial en L'Etoile, y más tarde elegido para gobernar la nueva abadía de Nuestra Señora de L'Ille de Ró, que él mismo había fundado. Los sermones que de él nos quedan, los pronunció todos en este segundo monasterio, alguna vez en el mismo campo, cuando cansados los monjes del abrumador trabajo que la pobreza les imponía, les hacía descansar unos momentos. Piezas oratorias las suyas, cuya excelente ciencia, sana doctrina y jugosa piedad alaban sin cesar los eruditos de hoy. Verdaderamente sus escritos revelan un autor muy versado en la Sagrada Escritura y en cuestionas filosóficas y teológicas que en su tiempo se discutían, a la vez que muestran poco aprecio por las cosas del mundo y siempre sed de las cosas celestiales. Volvió, años después, a su primitivo hogar de L'Etoile y allí sosegadamente terminó su vida hacia el año 1169.

En Zirizeae, Holanda, el día 14 de febrero de 1572, el martirio del santo prior Cornelio Poldermans. Por su gran pericia en los problemas económicos fue nombrado cillerero de la abadía del Santísimo Salvador de Amberes y después prior de Marienhaf de Ziriczeae; en ambos puestos, con gran y muchísimo fruto, a pesar de lo espinoso de los tiempos, se comportó acertada y provechosamente. Fue por entonces cuando en aquellas regiones la religión católica fue derribada de sus posiciones y la autoridad eclesiástica destruida, y casi todos los monjes muertos o exiliados; Cornelio, no obstante, perseveró con admirable constancia en su monasterio, eligiendo antes la muerte que cambiar de religión o abandonar su morada. Ante una postura tan valiente, los herejes, rabiosos de ira, se abalanzaron sobre él y, tras injuriarlo y afrentarle, le dieron muerte del modo más cruel.

9

En Salins, Francia, el 12 de febrero de 1654, descansó en el Señor el venerado Pedro Marmet, monje de de Mont-Saint-Marie. Canónigo y confesor de las monjas de Maigrange, punzado por más altos deseos, decidió hacerse monje cisterciense, tomando el hábito en dicho cenobio del Monte. Años después, fue enviado a Salins, su tierra natal, como superior del hospicio que allí tenía la abadía. Aquí se reveló como extraordinario padre espiritual de un gran número de monjas de diversas órdenes religiosas; viviendo en la más estricta pobreza, socorría largamente a los pobres, y en varias ocasiones imploró y obtuvo en favor de la ciudad la protección de la santísima Virgen María para librarse de los enemigos que pretendían apoderarse, del lugar, de las invasiones de las pestes y, lo que es peor, de la herejía. Los hechos demostraron que estaba adornado del don de profecía. Ya cumplidos los setenta años, expiró santamente; las exequias funerarias que se le hicieron fueron más bien una traslación triunfal de reliquias, y todavía hoy, perdura en el pueblo esta veneración.

En España, año de 1791, la santa muerte de la venerable María del Corazón de Jesús, abadesa del monasterio de bernardas de Córdoba. Nacida de noble cuna, muy a su pesar sintió con fuerza en el alma el alda-bonazo que la llamaba a la vida monástica, mas, al fin, creciendo en ella la gracia divina, abandonó con ánimo generoso cuanto le proporcionaba el mundo. El esposo divino quedó con esta decisión tan consolado que, en adelante y durante muchos años, le concedió vivir en íntima unión con su sagrado corazón.

Igualmente, en España, desde el monasterio de Arévalo, el 12 de febrero de 1651, se fue al cielo la monja Catalina del Espíritu Santo. Desde niña fue muy dada a la piedad; ingresó en el monasterio y se distinguió por su vida de oración y numerosas gracias obtenidas del Señor.

10

En La Trapa, en el año 1685, el feliz y definitivo tránsito de Arsenio Gordon, monje y sacerdote. Habiendo sido doctor de la Sorbona y céle-

bre y estimado director de almas, en el monasterio se distinguió por la veneración humilde que mostraba para sus superiores; siendo su felicidad servir obsequiosamente a los hermanos que por su edad y por su ciencia eran muy inferiores a él. Habiéndole uno de ellos acusado en el capítulo, al salir, se apresuró a ir a la iglesia para dar gracias a Dios por el beneficio que le había otorgado y rogar por el autor de su humillación. Se sentía tan fuertemente atezado algunas veces por los dolores de la enfermedad que, a pesar de sus esfuerzos, no hallaba, descanso ni alivio posibles; sin embargo, siempre con su mente, su corazón y su boca, exhalaba el perfume de la paz y la piedad que por completo le envolvía. Restablecido algún tanto de su dolencia, vibrante de renovados fervores, se dio a la observancia escrupulosa de la regla, hasta que, pasados algunos años, súbitamente la muerte le tomó en sus brazos y lo llevó de esta vida.

En Alvastra, Suecia, el noble señor Ulfo de Ulfasa, príncipe de Nericia, esposo de santa Brígida, capitán muy experto y consejero del rey. Atento a las saludables admoniciones de su santa esposa, llevó una vida distinguida por el más alto cristianismo, con voto de perpetua continencia. Después de peregrinar a Santiago de Compostela, se quedó como familiar durante cuatro años en el monasterio de Alvastra, y, desde él, pasó felizmente a la otra vida el 12 de febrero de 1344. Al parecer recibió el hábito monástico poco antes de morir.

11

En Dinamarca, el venerable primer abad de Wiaskild, Enrique, de santo recuerdo. Era novicio de Claraval, cuando en cierta ocasión, san Bernardo, al mismo tiempo que les ofrecía queso a él y sus compañeros, iba diciendo a cada uno de ellos: -“Hermano, come, porque todavía te queda mucho camino”.Y ciertamente, Enrique fue el primero en ir a Suecia, donde con algunos monjes, enviados de Alvastra, fundó el monasterio de Varnheim. La malicia humana no tardó en manifestarse y, cuando se dirigía a Roma para estar con el romano Pontífice, fue detenido en el camino por Waldemaro, rey de Dinamarca, y por Esquilo, arzobispo de Lund, quienes le constituyeron abad del recién fundado monasterio de

Wiaskild. Las demás noticias que de su vida se tienen, van marcadas con la impronta de la leyenda.

En Maubuisson, Francia, en el año 1709, descansó en la paz de Dios, la piadosa abadesa Luisa Hollandina, hija de Federico V, elector del palatinado y rey que fue de Bohemia. Vino a la vida estando sus padres desterrados en La Haya y fue bautizada por un ministro protestante. Más tarde, por mediación de una amiga íntima, conoció la verdadera religión y, huyendo de su casa a la edad de treinta y cinco años, abjuró de la herejía en Amberes, siendo después recibida en Francia por los parientes católicos que allí moraban. Mas, hastiada de las vanidades del mundo, entró en el real monasterio de Maubuisson, donde pisando todo lujo y cuidados excesivos, enfiló su vida por la senda estrecha de la humildad más profunda. Después de algunos años fue elegida abadesa, y el rey le donó el monasterio. Cortó todas las mitigaciones de la regla anteriormente concedidas y, con el consejo de su ilustre pariente el abad De Rancé, gobernó su comunidad al ritmo de las instrucciones por él proporcionadas. Observó una perpetua abstinencia y sus ayunos sobrepasaban las prescripciones de la regla; en la comida y en el vestido, se puso al mismo rasero que todas las otras hermanas. Día y noche era siempre la primera en el coro, y tan rígidamente observaba siempre la clausura que durante los cuarenta y cinco años que duró su abadiato sólo tres veces, y esto por motivos gravísimos, salió del monasterio. De índole dulce y delicada, estuvo adornada de una virtud especial para dirigir a sus hijas y mantener cuidadosamente entre ellas la paz y la caridad. Solventó todas las deudas del monasterio y restauró sus edificios. Con todo, derramaba con abundancia entre los pobres sus limosnas. Así, con una salud robusta, nunca ociosa, siempre a la vanguardia de sus hermanas en la piedad y en la religión, llegó a los ochenta años de su edad. Fue entonces cuando la enfermedad sacudió su cuerpo, y, a pesar de ello, continuó todavía durante seis años más dando ejemplo de una paciencia nada vulgar, sin dejar nunca en el coro el rezo del oficio divino, hasta que ya las fuerzas físicas la abandonaron y, agotada, hubo de rendirse.

12

Festividad de la beata Humbelina, hermana de san Bernardo. Después que Nivardo se ocultó en Císter, ella se desposó con un noble señor. Dios un día le inspiró que fuese a visitar a sus hermanos. Se presentó con un acompañamiento ampuloso y lleno de boato, y san Bernardo, a quien no le gustaba todo esto, considerándolo como una red que el diablo tiende para cazar almas, no quiso salir a recibirla ni saludarla. En cuanto lo supo ella, confusa y compungida, arrasada en lágrimas, exclamó: *-Soy, es cierto, una pecadora, pero por los pecadores murió Cristo*. Entonces vino a su encuentro Bernardo con sus otros hermanos y le puso delante, con palabras enardecidas, el género ejemplar de vida que llevó su difunta y santa madre. Al retornar de aquella visita, un horizonte totalmente distinto se abrió ante la vida de Humbelina. Dos años más tarde, y previo el consentimiento de su esposo, entró en el monasterio de Jully, consagrandolo a Dios el resto de su vida en comunión con las monjas que allí se afanaban por servir al Señor; su santidad alcanzó tal altura que demostró que, por su sangre y por su espíritu, era hermana de aquellos varones de Dios.

13

En España, en el año 1606, murió en el abrazo del Señor, Bernardo de Escobar, antiguo abad de Monte Sión. Pequeño de cuerpo, no de virtud y erudición, fue amado de todos por su religión, mansedumbre y afeabilidad. Manifestaba tales señales de santidad que animaba con su sola presencia aun a los más débiles. Elegido abad y luego Visitador general de su Congregación, muy pronto comprendieron sus súbditos el gran bien que aquel hombre les proporcionaría, siendo su rostro un espejo de modestia y bondad. Con objeto de entregarse con más quietud a la oración y contemplación, obtuvo más tarde que le enviasen al monasterio de Bonaval. Aquí, absorto en las cosas celestiales, apenas se preocupaba de las terrenas, y el simple anuncio de la muerte, que constantemente tenía ante sí, le procuró su más grande alegría.

En Bricquebec, en el año 1841, el feliz tránsito del P. Pablo Lehouelleur-Deslongschamps. Sediento desde su infancia de soledad y silencio,

conservó siempre pura y hermosa el alma. En el monasterio cultivó de modo extraordinario la contemplación, dedicando todos los días, además de las preces comunes y el oficio divino, tres horas a la oración; en el trabajo manual, sin mengua alguna de la diligencia, actualizaba tanto el sentimiento de la presencia de Dios que se puede afirmar que los diez años de su vida religiosa fueron una continua oración. Desempeñó el oficio de cantor con esmero siempre creciente; tanto, que debilitadas sus fuerzas por el celo extraordinario que en él ponía, al fin cayó gravemente enfermo. Obtenida la licencia de su prior para morir, como había predicho, expiró suavemente un sábado, rodeado por todos los hermanos.

14

Festividad del beato Conrado, ermitaño y discípulo de san Bernardo. Hijo de Enrique el Negro, duque de Baviera, huyó de los honores y riquezas y entró en Claraval. Algún tiempo después, obtenida la licencia de san Bernardo, que conocía bien su espíritu, marchó a Jerusalén, donde se juntó a un siervo de Dios que hacía vida eremítica. Al cabo de algunos años, sintiéndose trabado por la enfermedad y conociendo también la falta de salud que experimentaba el mismo San Bernardo, se puso en camino con objeto de volver a ver a su venerado Padre; pero, agravándose el mal que padecía, hubo de detenerse en Bari, donde descansó para siempre en el abrazo del Señor, probablemente el día 17 de marzo de 1126. Su sagrado cuerpo fue trasladado con gran concurrencia de pueblo a la ciudad de Amalfi, que hasta el día de hoy le honra como a su múnifico patrón. En el año 1832, el papa Gregorio XVI confirmó el culto inmemorial que se le tributaba.

15

En Wettingen, Suiza, en el año 1686, la muerte del abad Nicolás Gollin von Tiefenau. Había asistido, siendo todavía un joven monje, a la universidad de Triburg, con el fin de perfeccionar sus estudios, y fue su vida tan excelente que, cuando se marchó, los miembros de la Congre-

gación Mariana proclamaron abiertamente su gran religiosidad y santidad. Después de desempeñar varios cargos y estar desempeñando las funciones de abad Fenenbach, fue elegido para el mismo puesto en Wettingen y, a la vez, fue nombrado Vicario general de los monasterios enclavados en Suiza, Alsacia y Brisgau. Consumido por una larga y dolorosísima enfermedad, murió santamente, después de diez años de gobierno, siendo alabado como varón de gran autoridad y distinguido en méritos, digno de la honra y veneración de la posteridad.

En la abadía, de Laval-Bénite, en el Delfinado, la monja Enriqueta de Vivien. Su probada paciencia bien merece compararse a la del santo Job. Padebió durante diez años sin intermisión muchos y graves males, siempre sin molestar en lo más mínimo a sus hermanas. Recobró la vista por intercesión de la Beatísima Virgen María, de quien era singularmente devota. Murió en el año 1634 a los cincuenta y tres años de su edad y fue sepultada en la iglesia.

16

Martirio de San Pedro de Castelnau, cuya fiesta se celebra el 5 de marzo.

En Claraval, el venerable Gaudric, tío de san Bernardo y monje del mismo monasterio. Era hombre de gran honestidad y prestigio, de glorioso renombre en el arte de las armas, señor de Touillon, en tierras borgoñonas. Cuando san Bernardo, con el entusiasmo su juventud, trataba de contagiar a sus parientes y amigos para que se decidieran a dar con él un adiós final al mundo, Gaudric, sin dudarlo y decididamente, fue el primero en acoger la proposición de su sobrino y consentir sin dilaciones en hacerse monje. Alarmado por los milagros del joven abad de Claraval, se preocupaba por la trayectoria y la humildad de su sobrino, llegando incluso a reprenderle; pero, en cierto momento, él mismo se vio milagrosamente liberado de una fiebre maligna por intervención del abad. Después de varios años pasados en Claraval con madurez de espíritu y firme anhelo de santidad, plácidamente cerró sus ojos a la luz de esta tierra.

En La Trapa, en el año 1715, pasó a la otra vida el monje Antoin de Pertuis. En el mundo había sido un ilustre militar, que no se avergonzaba en ningún caso del Evangelio ni doblegaba su frente ante la debilidad. En el monasterio hizo tales progresos en la vida religiosa, que al fin del primer año de noviciado más parecía un maestro que un discípulo, en las ciencias del espíritu. Dispuesto siempre para cualquier trabajo, lo hacía todo con paz y libertad de ánimo, sin iniciar nunca un signo que denotase sus gustos y preferencias. Herido con los dardos de una grave enfermedad, no cesaban sus hermanos de admirar las enormes riquezas de virtudes y gracias que había acumulado en su alma. El, en la exaltación de su gozo, no hacía sino deshojar alabanzas a la misericordia y bondad de Dios, pidiendo ansiosamente, abiertas las aguas de sus deseos, la venida de su Señor Jesús, hasta que dulcemente expiró.

17

En Claraval, el gran siervo de Dios, Alquirino, monje. Era tanta la dureza con que se castigaba a sí mismo que aun de las cosas necesarias usaba con gran parquedad, a pesar de que la ocasión le proporcionaba otras posibilidades; muchas veces se excedió en sus aspiraciones. Poseía vastos conocimientos médicos y, aunque los importantes y nobles de la tierra reclamaban insistentemente sus servicios, llevándole, bien a pesar suyo, de un lado para otro, fueron los necesitados y los pobres quienes más participaron de su ciencia, pues atendía con gran solicitud a sus curaciones, operando personalmente con tanta dignidad y diligencia los miembros doloridos y las carnes carcomidas de los enfermos, como si se tratase de curar las llagas del mismo Cristo. Por eso no es de extrañar que el Señor visitase con frecuentes y secretas consolaciones a su siervo, apremiándolo a poner en práctica su ministerio. En cambio, él, que era enfermizo y débil de cuerpo, nunca se prodigó a sí mismo cuidado ni medicina alguna, confiándose por completo en las manos de Dios. Cuando el tiempo de la última partida se le acercó, confortado por el mismo Cristo, que se le apareció, descansó reclinado sobre sus sacratísimas llagas como paloma que anida en las oquedades de la roca.

18

En la abadía de Claraval, el beato Odón, subprior. Sobrellevó con verdadero espíritu de alegría los duros y arduos trabajos que aquel cenobio pasó casi desde sus primeros años; y, no obstante hallarse su cuerpo lastrado gravemente por la enfermedad, siempre precedía a los demás en toda clase de trabajos, alentándolos y estimulándolos suavemente con sus ejemplos y palabras. Sus modales rezumaban gran suavidad, tratando a todos los hermanos con dulce mansedumbre. En el sacrificio saludable del altar ponía tanta devoción en todo su ser, que parecía otro Simeón acariciando con gozo pletórico al Niño divino en sus brazos. Se aproximaba ya san Bernardo al fin de su vida, mas Dios, siempre misericordioso, no pudo negar al bienaventurado Odón la gracia de morir antes que su santo Padre, según era el deseo de su corazón. Ya enfermo, viéndole san Bernardo angustiado y temeroso, le prometió que iría al cielo sin dilación alguna, al encuentro de su Creador. Animado y consolado así, con la placidez en el rostro, aguardó su fin. Después de su muerte, apenas terminadas las primeras oraciones en favor de su alma, dio el mismo san Bernardo una prueba fehaciente de lo mucho que apreciaba las virtudes y méritos de aquel varón justo, postrándose en el suelo, ante la perplejidad de todos, y besando aquellos pies en medio de la efusión de sus lágrimas.

Igualmente, en Claraval, el beato Silvano, monje, que fue, al decir de los antiguos, uno de los principales discípulos de san Bernardo y un imitador fiel de su vida y doctrina. Se le atribuyen multitud de hechos milagrosos. En cierta ocasión, encontrándose con el pecho y la cabeza fatigados a causa de las continuas vigiliass y de prolongada oración, se dignó la misma Virgen santísima restituirle su antigua sana vigorosidad; pasando una vez por delante de una imagen de la Señora, se puso a pensar y meditar en la gracia y hermosura de su divina Madre; arrebatado, ni siquiera, sintió el fuego de una candela que sostenía y que, poco a poco, se le consumió en las manos.

19

Festividad de san Bonifacio, antiguo obispo de Lausana, que pasó muchos años retirado junto al monasterio de monjas cistercienses de La

Cambre, cerca de Bruselas, y cuyo culto nació, a su muerte, allí mismo, iniciado por la veneración de las monjas y demás personas del lugar.

En Claraval, el venerable anciano Boso, monje. Fue uno de los primeros hijos espirituales de san Bernardo, que con su noble vivir manifestó sin duda alguna la realeza de los pechos que le nutrieron. Tan benigno y manso se mostraba para con todos, que nadie jamás le vio airado o turbado, pues siempre, en la adversidad como en la prosperidad, inamovible en su fe, se conservaba tranquilo. Sus años, ya muchos, se inclinaron bajo el peso de la ancianidad, y desapareció el vigor corporal, dejándole que apenas podía sostenerse y caminaba con el apoyo de un bastón; sin embargo, nunca consintió en dar la menor tregua de reposo a su cuerpo, sino que lo obligaba con cariño a servir al espíritu en diversos ejercicios de trabajo manual. Al fin, Dios lo llamó y él le entregó su alma, quedando como dormido, resplandeciente de serenidad y gracia, con la gloria reflejada en el rostro.

Se conmemora hoy la muerte de Romano Bottegal, monje de Tre Fontane, en Roma. Italia, famoso por su santidad y tesón por la búsqueda de una vida espiritual intensa y entregada. Nació en San Donato de Lamón, en Bolonia, Italia, a los doce años ingresó en el seminario menor de Feltre, y en 1938 hizo voto de castidad perpetua ofreciendo su vida al Amor misericordioso. Prosiguió sus estudios y en 1945 hizo una experiencia monástica en Tre Fontane. En 1946 fue ordenado sacerdote, y poco después ingresa en el monasterio trapense romano. En 1953 se licencia en Teología en la Universidad Gregoriana, y en 1961 parte para la fundación de Latroun, en el Líbano; dos años después vuelve a Tre Fontane, y en 1964 obtiene un indulto por tres años para llevar vida eremítica en Jabbouleh, en Líbano; consigue la exclaustación perpetua y se hace ermitaño en Israel; en 1976 comienza su vida reclusa de nuevo de Jabbouleh. En su ermita es detenido por soldados sirios, enferma después de hemotisis y, finalmente fallece en el hospital de Hôtel-Dieu de Beyrut. Fu enterrado en la tumba de los sacerdotes en la catedral de Santa Bárbara de Baalbeck (Heliópolis), en el Líbano. El P. Romano siempre quiso llevar adelante el ideal benedictino de vivir la vida monástica continuamente como una cuaresma y una pascua. Se trata, sin duda, de una vocación particular dentro de la vida cisterciense,

no común ni recomendable para todos los monjes; pero él fue siguiendo siempre un itinerario de búsqueda y de mayor entrega a la soledad, la vida mística y el deseo de oración continua, con un enorme afán de inmolación por la salvación y evangelización silenciosa en un mundo que le arajo siempre por sus posibilidades de entrega en la soledad.

20

En Villers, Brabante, el santo converso Juan de Wiscrezees. Había soñado ser un valiente militar; pero, quebrantado por la enfermedad, se propuso entrar en Villers para formar parte de la milicia espiritual. En ese momento se sintió curado y, sin tardanza, pidió ser admitido en el monasterio. Juzgándose indigno del hábito monacal, optando por el último lugar, escogió para vestir su vida la humildad de los conversos. Y, como verdadero converso en su sentido verbal, castigaba reciamente su cuerpo con vigiliass, ayunos y trabajos. Fue un amante sincero, sobre todo, de la mortificación de la voluntad y de la pobreza. Nombrado cillerero de una de las granjas, derramó su bondad en abundancia de limosnas y obras de misericordia. Fue luz para el ciego, pies para el cojo, padre de los huérfanos, defensor de los desamparados y de las viudas, consolador de los moribundos y oprimidos. A una con su abad, este le manifestó claramente que aprobaba y daba por bien hecho cuanto él diese, dispusiera y ordenase. A la hora de completas, invariablemente, se retiraba a su habitación y allí se consagraba de un modo particular a las cosas de Dios y de su alma, teniendo como un gran don el de nunca verse turbado por los cuidados e inquietudes del vivir cotidiano.

En Toledo, en el monasterio de San Clemente, la venerable Guiomar Coronel, priora. Llegó, a través de una muy santa vida, a una edad tan avanzada que perdió casi por completo el uso de la memoria; pero en cuanto llegaba al coro para recitar el oficio divino recuperaba de modo maravilloso por el empuje de la gracia de Dios el ejercicio de todas sus facultades espirituales.

En el mismo monasterio, la piadosa monja María de Campillo. Siempre penitente, entregada a duras penalidades, llevó una vida de salud muy

quebrantada. Con frecuencia pasaba las noches en la iglesia. Y como entonces el sueño venía insistente a posarse sobre ella, humildemente se tendía, puesta la cabeza en el duro suelo, y por unos momentos descansaba. Muchas veces el demonio la hizo blanco de sus iras llagando su cuerpo. Dios, por su parte, la recreaba con frecuentes favores. Ante la muerte que, inminente, se cernía ya sobre una de sus queridas hermanas, rogó al Señor que aceptase su propia vida en lugar de la hermana. Sin hacerse esperar, Dios asintió a la oración de su sierva.

21

En el monasterio de Claraval, el venerable anciano Pedro de Toulouse. Vivió durante los años de su mocedad en la soledad, tratando de dominar al hombre viejo con ayunos y grandes trabajos, e inmolándose diariamente en el ara del corazón el sacrificio de su espíritu. Mas después, extendida la fama de santidad de san Bernardo y de su monasterio claravalense, se dirigió a este lugar impulsado por el fervor de sus deseos. Y al que tanto tiempo Dios hizo beber el vino saludable de la amargura más densa, después se dignó embriagarlo con el vino suavísimo de la contemplación, principalmente en los momentos más solemnes de la celebración de los sagrados misterios.

En el monasterio de Fontfroide, el 23 de febrero de 1895, alcanzó felizmente la última cima de su vida el hermano Arsenio Silvestre, converso. Entró en el monasterio cuando la pobreza más grande se cernía sobre la casa. Por eso, con el fin de ahorrar algo, acostumbraba el buen hermano a quitarse los escarpines de las piernas antes de ir al trabajo, despreciando los intensos fríos que enseñorean aquellos lugares y que con frecuencia hacían brotar hilos de sangre en sus piernas agrietadas y heridas. A lo largo de treinta y dos años fue, a la vez, molinero y hortelano del cenobio, y en la alternancia constante de uno y otro oficio, su mente jamás cesaba de estar en la presencia de Dios. Los que le conocieron a fondo, en la intimidad de su alma, se deshacían en narrar cosas admirables de él. Su modestia era angelical, envuelto siempre en la caridad, afabilidad y cortesía mas refinadas. Con solicitud especial guardaba las

normas del santo silencio. El rostro le brillaba de gozo cuando podía ayudar a varias misas seguidas. Ineludiblemente, era siempre el primero en los distintos actos regulares; los domingos los pasaba casi por completo en la iglesia, hincado de rodillas, unida estrechamente su alma a Dios, meditando y honrando sobre todo la sagrada pasión de Cristo. Durante el Concilio Vaticano I, recibió según parece, una revelación especial acerca del obispo de Orleans, monseñor Dupanloup [Monseñor Félix Antoine Philibert Dupanloup (Saint Felix, Alta Saboya, 3 de enero de 1802 - 11 de octubre 1878, castillo de Lacombe), teólogo, pedagogo, periodista, prelado y político saboyano y francés. Participó de forma activa en la lucha en favor de la libertad de la enseñanza. Obispo de Orleans desde 1849, fue el jefe de los católicos liberales bajo el reinado de Napoleón III. Desde 1862, intentó impedir que el papa condenase, en su conjunto y sin matices, la civilización y las libertades modernas, y propuso una interpretación más benigna de la encíclica *Quanta cura* y del Syllabus de 1864. Desde 1869, se pronunció contra la oportunidad de la definición de la infalibilidad pontificia, aunque al fin se sometió a la decisión del concilio].

22

En La Trapa, en el año 1695, sobre el día 25 de febrero, se fue de este mundo el monje Basilio Auzoux. Aunque fogoso por naturaleza, ya a los ocho o nueve años mortificaba sus sentidos y se escondía para darse, durante cuatro y hasta cinco horas, a la oración. Cuando su padre quiso obligarle a contraer matrimonio, sin más preámbulos y acogido a la oscuridad nocturna, se escapó por una ventana; como poco después, siempre bajo la inspiración divina, viniese en conocimiento del monasterio de La Trapa, pidió ingresar en él. Una vez dentro, se entregó inflexiblemente a todo género de mortificaciones, tanto las prescritas por la regla o las que él mismo se imponía; la altura de su piedad, su fervor y reverencia en el oficio divino, sólo cabe compararlo con la conducta ejemplar que ya guardó en el mundo. La lectura común con sus hermanos en el claustro era para él objeto más de meditación que de lección, regalado como estaba con visiones e iluminaciones celestiales. Padeciendo a causa de una úlcera en el pecho, jubiloso de participar, por amor de Cristo, de

los tormentos de los mártires, toleró con entereza y hasta con alegría los dolores de las muchas y frecuentes incisiones que hubo que hacerle. Más aún, como se hiciera necesario extirparle una costilla ya carcomida, él mismo incitó al médico a la operación, sin poder apenas reprimir las señales de su amor y alegría. Así, después de muchas y múltiples acciones de este estilo heroico y sublime que su alma ofrendaba a Dios, en medio del gozo más sublime, entregó su espíritu al Señor.

23

En el año 1835 y en el monasterio de Gard, Picardía, expiró santamente Dom German Guillon, abad. Chantre de la iglesia colegial de Amiens, no había podido realizar su deseo de vida religiosa debido a las continuas perturbaciones sociales de su tiempo. Huyó al fin a Alemania, donde conoció el monasterio de Darfeld y, con gran júbilo de su alma, entró en él. Lo hicieron subprior al poco tiempo y, como tal, con el consentimiento unánime de todos los hermanos, pidió la permanencia de Dom Eugenio de la Prade como superior de la casa. Era confesor de sus hermanas las monjas trapenses de Laval cuando el año 1818 fue elegido sucesor de Dom Eugenio y abad de Gard. De índole muy semejante a san Elredo, regía a sus súbditos con dulcísima caridad, siguiendo la norma de que una vida tan austera y rígida como era la que allí se llevaba, no podía estrecharse más con un gobierno demasiado severo. Consigo mismo era, eso sí, durísimo, y mientras los demás seguían por su deseo la reforma del abad De Rancé, él cumplía taxativamente la pauta de vida marcada por san Agustín durmiendo sobre tablas y ayunando a menudo a pan y agua. No obstante, mantenía la observancia de la regla con una cuidadosa vigilancia. Fundó tres nuevos monasterios: Santa María del Monte, Santa María del Val y Santa María de San Sixto. Al igual que san Elredo, también durante doce años padeció una enfermedad renal; pero no quiso ponerse nunca en manos de los médicos, por la sencilla razón de que entonces estaba prohibido a los monjes hacer uso de la medicina, pues era, según se decía, un lujo sólo al alcance de los ricos. La piedad más ardiente rodeó su muerte y su sepelio el llanto más sincero de todos sus monjes, entre el acompañamiento ingente y entristecido del pueblo.

Cuando, pasados diez meses, hubieron de ser trasladados sus restos al nuevo cementerio, su cuerpo se halló íntegro, sin ningún indicio de corrupción. Hoy yace sepultado a la sombra de la iglesia de Sept-Fons.

24

En Perseigne, el bienaventurado Adán, abad. De canónigo regular que era pasó a monje benedictino, y luego a Pontigny, donde se le encomendó el magisterio de los novicios hasta que fue elegido abad de Perseigne. Predicó con Fulco de Neuilly la cuarta Cruzada consagrándose al mismo tiempo de modo especial a la conversión de los pecadores, para lo cual tenía grandes dotes. El sumo Pontífice se valió de él para muchos y difíciles asuntos. Se hizo célebre, sobre todo, por su doctrina y austeridad de vida, llegando a ser director espiritual de no pocas personas, no solo monjes benedictinos, cartujos o cistercienses, sino obispos y seglares, muchos de ellos de elevada posición y ciencia, como Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y las hijas de Luis, rey de Francia. Devotísimo de María santísima, murió santamente en un día desconocido del año 1221.

25

En Italia, Andrés de San Buenaventura, monje insigne en virtud, de la congregación de los fulienses. Amante exquisito de la soledad, después de su profesión pidió que le concedieran vivir en las escabrosidades del monte Seracto, donde de un modo exclusivo se consagró a la oración y contemplación; día y noche iba a la iglesia de San Silvestre y allí solo, en alta y clara voz, con el gozo más sabroso en el alma, cantaba las horas canónicas. En medio de las tormentas que en la cumbre del Seracto se hacen con frecuencia horribles, él, envuelto en los resplandores de los relámpagos, impávido, permanecía ante el altar mayor, todo entregado a la oración. Insignes fueron sus virtudes religiosas. Durante veintisiete años habitó tan abrupta y salvaje mansión, que tantos otros, monjes o ermitaños, se habían visto obligados a abandonar, abatidos por el temor y vencidos por la inclemencia de aquellos cielos; pero él se mantuvo atendiendo

la agreste iglesia allí levantada, hasta que los años le vencieron. Corría el año 1686 cuando, para siempre, subió al monte más alto de la gloria.

26

En Moreruela, España, el bienaventurado Pedro, primer abad cisterciense del mismo monasterio, varón de gran santidad, insigne por su espíritu de profecía y dones espirituales.

En el monasterio de Flines, por aquel entonces enmarcado en la nación belga, la piadosa Jacobina de Lalaing, abadesa. Con dignidad mantuvo en alza la observancia que su predecesora en el abadiato había instaurado, conservando enérgicamente, con gran juicio y sentido, los derechos del monasterio. Bajo su báculo floreció la prosperidad más completa, tanto en las cosas temporales como en las espirituales. Sin embargo, más riquezas consiguió para sí con su anonadamiento profundo y su especial providencia para con las monjas. A menudo visitaba las distintas oficinas de la casa, animando a la paciencia, con palabras llenas de suavidad, a las religiosas que en ellas trabajaban, dulcificando sus trabajos con el consuelo sus cuidados. A pesar de que continuamente los dolores de las mordeduras del cáncer la abrumaban y consumían, sobrellevó tan rudo tormento con la alegría en el rostro y la paciencia en el ánimo. Con gran fama de santidad murió al fin tan piadosa virgen el 26 de febrero de 1651.

27

En Císter, el beato Roberto, prior, quien por sus muchas virtudes, ocultas tras el velo del tiempo mereció ser sepultado entre aquellos bienaventurados abades de los primeros lustros del monasterio.

En la abadía de Bellefontaine, en el año 1830, el piadoso tránsito de Dom Miguel Le Port, su primer abad. Acababa de estrenar la profesión monástica cuando, por la prematura muerte de Dom Urbano Guillot, fue hallado por Dom Agustín de Lestrangle digno de recibir el sacerdocio, nombrándolo poco después prior de dicho monasterio, recientemente

instaurado. En circunstancias bien difíciles, con la confianza puesta en sólo Dios, vadeó felizmente tan ardua tarea y superó lo que parecía sobrepasar casi las fuerzas humanas. En los intervalos de tiempo que las ocupaciones innumerables de su oficio le dejaban para dedicarse a la oración, se veía recreado con misteriosas y divinas palabras. Salvaguardó con intrepidez los derechos de la abadía, si bien esto le costó muchas aflicciones para su corazón; en medio de la pobreza más extrema, logró alzar de sus ruinas la arquitectura del edificio monástico, sostenido más de una vez por el modo maravilloso con que la divina Providencia socorrió su empresa. Mientras tanto, la tuberculosis, por una parte, y la más desvergonzada calumnia, por otra, intentaban destruirlo entre grandes penas. Así entre tantos y penosos dolores de alma y cuerpo, santificándose y sacrificándose por las ovejas a él confiadas, muy obediente en todo a los médicos y enfermeros, con la vida en un manojo de treinta y seis años, murió con fama de santidad, que todavía hoy perduran en aquellas regiones.

28

En España, en el año 1649, el venerable monje y obispo Ángel Manrique, varón de extraordinaria erudición, a la vez que ilustre por su cernida santidad. Ya próximo a nacer, santa Teresa de Ávila predijo a su madre que sería un gran sujeto en la Iglesia de Dios y, niño aún de cinco años, mereció que la misma santa le hiciese objeto de sus bendiciones. A los quince años recibió el hábito cisterciense en el monasterio de Huerta; como su ingenio era de una agudeza excepcional, ya en adelante fue la admiración de todos por su ciencia. Con una buena carga de años sobre sus hombros, fue designado por el rey Felipe IV para ser obispo de Badajoz. En su breve, pero fecunda prelación, se mostró vigilantísimo pastor, bondadoso y desprendido para con los necesitados, entregado por completo a la oración, y a los libros. Le somos deudores de su incomparable obra *Annales cistercienses*, impresa por primera vez, en la ciudad de Lyon, en el año 1642. Consta de cuatro gruesos tomos en folio, y es una de las mejores obras de Historia de la Orden y de la Congregación de Castilla. Además, escribió otras obras de gran importancia espiritual, *Laurea*

Evangélica, Santoral Cisterciense, etc. Desempeñó varios cargos en la Congregación de Castilla, y junto con Pedro de Lorca se distinguió en la enseñanza en diversas cátedras universitarias, siendo siempre apreciado por su ciencia, humildad y espíritu religioso.

29

En este mes del año 1792, la muerte de Luis Hisek, monje de Gard, en Picardía, víctima de los malos tratos que le prodigaron los revolucionarios franceses.

En Bellefontaine, santamente descansó en el Señor, en el año 1868, Dom Fulgencio Guillaume, segundo abad del monasterio. Antes había sido sacerdote secular y profesor de teología en el seminario de Vannes; entró en este cenobio cisterciense y, siendo prior, fue elegido abad. Fue un superior de insignes cualidades, que ya en el año 1854 intentó por primera vez unir y armonizar los distintos modos de vida cisterciense que entonces se llevaban en los monasterios. Cuando esto se logró, fue designado –año 1844– Procurador general en la curia romana de las Congregaciones de la Estricta Observancia. En este puesto se ganó, por su habilidad y prudencia, a la par que por su caudal de virtudes, gran autoridad, logrando atraerse la estima del Sumo Pontífice Gregorio XVI, así como la confianza y benevolencia de Pío IX. Reclamado por sus hermanos, de nuevo tomó en sus manos, con tino peculiar, las riendas del gobierno de la abadía. Achacoso y resquebrajado por la ancianidad renunció al abadiato y con ochenta y cuatro años entregados a lo largo de su vida, recibió el premio de sus méritos, dejando tras sí, muy lograda, la opinión de excelente y santo monje, devotísimo del Císter y de la Trapa.



MARZO

Día 1

En La Trapa, el día 3 de marzo de 1696, expiró con la muerte de los justos Dom Zósimo Foisel, abad. Sacerdote en el siglo, de gran honradez y consideración, entró en este monasterio en pos del deseo de la vida monástica. Todo, aun lo más repelente y contrario al alma y al cuerpo, le parecía poco y liviano para su espíritu. Nombrado cillerero, trataba con los seglares de forma tan religiosa que ni un gesto mundano se filtraba en sus modales, teniendo siempre su pensamiento en la presencia de Dios. A los pobres los socorría con generosidad y largueza. Para su abad tenía la sumisión y rendimiento de cuentas de un novicio. Poco después le hicieron prior y, sin preocuparse ni atenderse a sí mismo, era para las necesidades de los hermanos la solicitud misma, acrecentada aun más por su gran caridad. Fue entonces cuando el abad De Rancé solicitó al rey cartas confirmatorias nombrando al P. Foisel para sucederle en el cargo abacial; pero no bien habían transcurrido dos meses de prelación una repentina enfermedad le derribaba en el lecho; a los pocos días, gozoso y deshaciéndose en acción de gracias, después de confesar públicamente todos los pecados de su vida pasada y pedir la bendición de su sucesor, cantando las misericordias del Señor, descansó para siempre en la paz suma de Dios.

En Córdoba, en el mismo día del año 1761, expiró santamente la monja Úrsula de San Basilio. Dotada con gracias especiales, fue probada, no obstante, con toda suerte de dificultades espirituales. Como compensación, el día de su profesión se vio pletórica de visiones y revelaciones de los santos y de los ángeles; pero también, más adelante, zarandeada por los ataques del maligno. En su piedad tenía honras y afectos escogidos para su ángel custodio. Sin embargo, su amor, por encima de todo, lo guardó para dárselo a la santísima Virgen y a la sacratísima eucaristía, de modo que sus hermanas la llamaban “el Serafín”; y, precisamente, de sus afanes y trabajos se sirvió el Señor para que se instituyese en el monasterio una fiesta eucarística que se había de celebrar todos los meses

en honor del Sagrado Corazón. Consumida más por el amor que por los padecimientos, que fueron muchos y múltiples, a los veintiséis años de edad se fue al encuentro del redentor y amador de su alma. Su cuerpo quedó, durante dos días expuesto a la veneración de las gentes de todas las condiciones sociales que, como a restos de una santa, querían honrar.

2

En Villers, Brabante, el venerado abad, Arnulfo de Ghistelles. Cuando era todavía un monje joven se opuso a que le enviasen a estudiar a París, porque, así, en el monasterio, lograría enraizarse más en la vida monástica. Elegido abad del cenobio de san Bernardo de Schelt, y después de Villers, se apresuró a llamar a todos los monjes que vivían fuera del monasterio, porque según la Regla de N.P. San Benito, debían estar ocupados en la oración y en las lecturas santas, ajenos por completo a los vaivenes del mundo. En todo era ejemplar, sin permitirse la menor diferencia en el comer y vestir, ajustado a la línea de la comunidad. Después de cancelar todas las deudas del monasterio y haber reformado las costumbres en lo espiritual y temporal, y ampliar la casa, pasados cinco años, en el 1276, pasó a gozar de Dios eternamente.

En TouIouse, Francia, en el año 1624, la muerte del P. Francisco de Santa María Magdalena. Ya sacerdote y con buen caudal de años, entró en la congregación Fuliense, siendo, años después, provincial. Un simple rodeo a pie por los aledaños de los monasterios le era suficiente, según se creía, para conocer cuanto se hacía en el interior de ellos. Supo conjugar a maravilla el rigor con la mansedumbre, y la justicia con la misericordia, de tal modo que para todos su figura quedaba definida por rasgos de piedad y veneración. El primero en entrar en el coro y el último en salir, aun en el más crudo rigor invernal permanecía en oración después de concluidas las vigiliass nocturnas hasta el oficio de prima. Tan mesurado en la risa como parco en las comidas, era la imagen más clara del verdadero filósofo cristiano. Murió en Toulouse, siendo confesor de las monjas fulienses, dejando tras de sí, entre la tristeza de los suyos, una considerable estela de santidad.

3

En Cortona, Italia, en el año 1620, partió para el cielo a recibir la corona de sus méritos, la venerable Verónica Laparelli, monja del monasterio de la santísima Trinidad. Iluminada por la gracia divina ya en su adolescencia cayó en la cuenta de la brevedad y fragilidad de las cosas terrenas y decidió apartar de ellas su corazón. Con el paso del tiempo se dio a la oración y a castigar duramente su cuerpo. Así siguió después de entrar en el monasterio, esforzándose con verdadero tesón por abstraerse en todo lo posible de las cosas de aquí abajo, ejercitando especialmente la pobreza y la soledad. Tanto llegó a brillar la pureza de su corazón que cuantos a ella se acercaban recobraban la tranquilidad de alma que buscaban. Nada podía distraerla del pensamiento de su amadísimo esposo; en la sagrada comunión, entre éxtasis y elevaciones espirituales, mereció no pocas veces ser regalada por el mismo Jesucristo y por los ángeles. Extendida por la ciudad de Cortona la fama de su santidad, muchos recurrían a ella en sus necesidades, que remedió en algunas ocasiones de modo milagroso. A los ochenta y tres años, con el rostro lleno de resplandeciente luz, subió al cielo a celebrar las bodas eternas. El papa Clemente XIV aprobó, el 12 de abril de 1774, la heroicidad de sus virtudes.

EN este día del año 1796, Juan Mesle, presbítero, y Agustín Pascal, monjes los dos de San Aubin des Bois, en Bretaña. Sorprendidos en el monasterio por algunos republicanos fanáticos, fueron fusilados.

En Santa María de La Zaidia, Valencia, el año 1727, la santa muerte de Gertrudis de ANGLESO, monja. Tenía nueve años de edad, cuando fue entregada dicho monasterio. Novicia más tarde y profesada, fue siempre devotísima del Santísimo Sacramento, esmerándose en no condescender en nada con su cuerpo, y eso que el maligno la hizo blanco de sus molestias. Arrebatada en éxtasis, su cuerpo se elevaba de la tierra. La vehemencia de su amor a Cristo le retorció de tal manera dos costillas que los médicos consideraban milagrosa su vida. Por su intercesión se vieron curados maravillosamente muchos de los que en sus enfermedades acudieron a ella; predijo el futuro y conoció los pensamientos ocultos, valiéndose de este medio con algunas personas para que se preparasen a bien morir. Habiendo sido examinados su pensamiento y costumbres por

el juez eclesiástico y por ilustres teólogos, todos unánimemente proclamaron su insigne virtud. Anciana ya de ochenta y cinco años, murió santamente. Pasados seis años, sus preciosos restos fueron trasladados desde el cementerio al coro de la iglesia.

4

En Lyon, Francia, el día 5 del presente mes, la gloriosa muerte de Raoul de la Roche-Ayman, arzobispo. De ilustre alcurnia, célebre por su piedad y doctrina, de abad de Igny pasó, según se cree, a abad de Clara-val. Aquí, después de encerrar en valiosos relicarios las sagradas reliquias del tesoro monasterial, los enriqueció con profusión de piedras preciosas. Obtuvo para su abadía grandes privilegios y exenciones. Elegido obispo de Agen más tarde, en 1255, por gracia del sumo Pontífice Gregorio IX, fue elevado a la metropolitana de Lyon. Al año siguiente de esta elección, entre muestras de sentida devoción, pasó a mejor vida, siendo sepultado en Claraval, junto al altar del Salvador, cerca del lugar donde después, en el año 1250, fueron depositados los sagrados restos de la bienaventurada Aleth, madre de san Bernardo, trasladados desde el monasterio de San Benigno de Dijon.

5

Festividad de san Pedro de Castelnau, Siendo arcediano de la iglesia de Nimes vistió el hábito cisterciense en Font-Froide; llamado por Inocencio III, le envió como legado ante los albigenses. Encendido en celo por la gloria de Dios, dio cauce a la severidad para argüir y castigar no sólo a los herejes, sino también a los clérigos negligentes en su ministerio, hasta que cayó atravesado por la lanza de los esbirros del príncipe de Toulouse. Al ver a su asesino, balbució: *-Que Dios te perdone como yo te perdono*. Y al cabo de algún tiempo, que llenó de oraciones y jaculatorias, se durmió en el Señor el 16 de febrero de 1208. El mismo sumo pontífice, Inocencio III, después de glorificarle como a varón ilustre por la vida, ciencia y santidad, lo declaró verdadero mártir. [Pierre de Castelnau, (en occitano Pèire de

Castelnòu) fue un sacerdote cisterciense e inquisidor pontificio, asesinado cerca de Saint-Gilles, Languedoc, el 15 de enero de 1208. En el año 1203 se encontraba en la abadía cisterciense de Fontfroide cuando el papa Inocencio III lo designó, junto con Raul Ranier, su legado en Languedoc. Ambos serían dotados de plenos poderes para intentar, vanamente, parar la herejía catara. Estos poderes iban incluso en detrimento de la jurisdicción de los obispos, hecho que los opuso a los de Toulouse, Béziers y Viviers, que serían suspendidos. Predicaron con Santo Domingo de Guzmán y con Diego, obispo de Osmá. Pero especialmente Pierre hizo una violenta campaña política contra Ramón VI de Tolosa, al cual excomulgó en el año 1207. Fue asesinado, por alguien cercano al conde Ramón, hecho que fue el detonante del comienzo de la Cruzada Albigena. Declarado mártir por Inocencio IV, después beatificado, se venera el 15 de enero en las diócesis de Carcassonne y Nîmes.

6

En la abadía de Gard, Picardía, el día 8 del corriente mes del año 1837, la muerte de Martín Brack. Por su índole y naturaleza parecía un niño dulce y manso, pero su mente permanecía en constante e íntima unión con Dios, dedicada a las cosas celestiales, porque ya de las terrenas no hacía caso. Conociendo su abad esta vida interior tan alta, le mandó, poco después de profesar, y a pesar de que no había recibido todavía ninguna orden sagrada, que se encargase de las pláticas capitulares a sus hermanos. Él, atónito, pero obediente, trabajó con tal espiritual unción que logró conmover, y no poco, los ánimos de los oyentes. En afligir su cuerpo no siempre acertó a guardar el justo medio, y así ocurría que en ocasiones quedaba casi desfallecido de fuerzas por el frío. Ordenado sacerdote, fue enviado a la nueva fundación de Santa María del Monte, con el cargo de subprior, supliendo en todos los asuntos al anciano y ya achacoso prior. Reclamado luego al monasterio de su profesión y nombrado confesor para los seglares, se hizo venerar por todos por su sincera caridad y afabilidad, con un gozo constante nacido del amor de Dios y de su delicado temperamento, que se le reflejaba en el semblante. En la plena fortaleza de sus treinta y seis años, se dio cuenta de la cercanía de la

muerte y, cayendo sobre él una grave enfermedad, muy pronto le tronchó la vida a causa de la fuerte fiebre que padeció.

En Baintdt, Alemania, en el año 1244, la bienaventurada abadesa Ana de Frankenheven. Todos sus cuidados y solicitud los empleó en su monasterio de reciente edificación, sin dejar de trabajar en todo y con más tesón en las cosas del espíritu, mostrándose a sus hermanas, en el camino de la patria celeste, como un modelo de grandes virtudes, principalmente de la humildad y castidad. Fue en verdad, hermosa flor de aquel huerto florido, que así se llamaba su monasterio.

7

En Inglaterra, el martirio de varios abades y monjes que, en el siglo XVI, recibieron muerte cruel por orden de Enrique VIII, bajo disimulo de varias causas, pero la certeza indudable de una sola. Ocasión de tanta muerte fue la insurrección del pueblo contra las injustas leyes del rey, que recibió el nombre de *Peregrinación de la gracia*; los monjes se vieron obligados a participar, forzados por la masa popular, en aquellas manifestaciones, junto con otros moradores de monasterios. Con este motivo, en los meses de marzo y mayo del año 1537, dieron su vida por la fe católica Juan Harrison, abad de Kirsted, y los monjes Ricardo Wade, Guillermo Swale y Enrique Jenkinson; Juan Pasley, abad de Walley y sus monjes Guillermo Haydock; y Ricardo Eastgate; *Tomás* Bolton, abad de Saley, Adán Selbar, abad de Joraval, Guillermo Thirsk, abad de Fountains y Guillermo Moreland, monje de Louth Park. En el año siguiente, 1538, fueron igualmente martirizados Roberto Hobbes, abad de Weburn, y los monjes Raúl Barnes y Lorenzo Blonham. Fue una cruel represión del rey para escarmiento entre los católicos. Otras víctimas cistercienses de la misma persecución se rememoran en los días de su muerte.

8

Fiesta de San Esteban, abad de Obazine, que en el oficio divino se traslada al día 11 del corriente mes, fecha de su sepultura.

En Cracovia, Polonia, el beato Vicente Kadlubek, que siendo obispo de dicho lugar trocó las vestiduras pontificales por la cogulla cisterciense en el monasterio de Jodrzow. Era todavía gobernador de Sandormir y ya sobresalía entre los demás preladados de esta región “como la estrella de la alborada en medio de las nubes.” En el año 1208, teniendo en cuenta la excelencia de su ingenio, el capítulo catedralicio de Cracovia lo eligió como su obispo; Inocencio III lo confirmó en tal cargo, como varón digno de toda alabanza y distinción. Se hizo venerar hasta por sus mismos enemigos; tenía dotes particulares para establecer la concordia y la paz, obteniendo grandes ventajas para el ejercicio del sacerdocio y su propia diócesis. Escribió una crónica de las gestas de Polonia, que le da derecho a ser considerado como el primer historiador de su pueblo. Después de diez años de episcopado, y a pesar de que el rey se oponía y el clero lo disuadía, renunció a la dignidad episcopal y, haciéndose pobre para seguir a Cristo pobre, entró en el cenobio de Jedrzow, donde, pasados cinco años, liberado del peso de su cuerpo, descansó en el Señor el año 1223.

En Irlanda, en el año 1617, se fue a Dios, pleno de merecimientos, el confesor de la fe, Nicolás Fagan, Al regreso a su patria, procedente del monasterio español de Herrera, fue maltratado por los herejes, finalmente torturado y gravemente herido. Cuanto más se afanaban por amedrentarlo e infundirle temor, con tanto más entusiasmo insistía en sus predicaciones. Fue elegido obispo, y para los que se habían opuesto a su elección no tuvo más que preferencias de amor y honra mayor.

El beato Vincenzo Kadlubeck nació, según los catálogos antiguos del episcopado de Cracovia, en Largow, en el distrito de Stopnica. Por falta de documentos no es posible establecer la fecha precisa de su nacimiento, que podría ser establecida entre 1152 y 1153. Siguió los estudios primarios en Cracovia, y después en el extranjero. El nombre de Vincenzo aparece por primera vez en un documento del duque Casimiro el Justo en el año 1189. En 1206 el nombre del beato aparece entre los canónigos de la colegiata de Sandomierz. A la muerte del obispo de Cracovia, Fulco, en septiembre de 1207, el Capítulo de la catedral propuso a Vincenzo Kadlubeck como obispo. El papa Inocencio III confirmó la elección el 28 de marzo de 1208. Vincenzo rigió la diócesis de 1208 a 1218, dejando su

cargo en este último año para retirarse al monasterio de Jedrzejow, donde se distinguió por su celo en la observancia la práctica de la humildad, hasta que murió cinco años más tarde, en 1223, el 8 de marzo. El proceso apostólico sobre culto inmemorial se celebró en Cracovia el 24 de marzo de 1762; el 18 de febrero de 1764 el papa Clemente XIII confirmó el culto que se le tributaba; el 9 de enero de 1764 se concedió el culto oficial y el oficio litúrgico para el nuevo beato. El 18 de diciembre de 1962 la Congregación de los santos reemprendió de nuevo la causa de beatificación.

9

Claraval. Memoria de cierto hermano converso cuyo nombre ha quedado oculto en la espesura de los siglos, que abandonó el monasterio tres veces y tres veces, tornó a él; al fin, conmovido por los saludables consejos y santas oraciones de san Bernardo, comenzó a mirar con espanto, que fluía del hondón de su alma, el río de sus apostasías. Se esforzó entonces por borrar sus pecados, con lágrimas de sentido arrepentimiento, y se dedicó a una observancia exacta de la Regla. Más tarde, por permisión divina, le salió en una pierna un sarcoma canceroso. Imposibilitado, sin poder abandonar durante muchos años su pobre lecho, humildemente sumiso a la voluntad divina, cuantas horas vivía tantas se esforzaba en aceptar aquella muerte lenta. Sin cesar de dar gracias a Dios por sus dolores y angustias, todo le parecía poco para lo que, a su juicio, merecía. Bien purificado de sus anteriores faltas, al sentir el roce de la muerte ya a su lado, estalló en júbilo, y él, que nunca había sabido cantar ni leer, rompió a modular con suavísima melodía nuevos himnos de Sión con deleitosa armonía. Así, entre alegrías y alabanzas, exhaló su bendita alma. Gozoso san Bernardo del final tan feliz que había conseguido, hizo a los hermanos un devotísimo sermón en la sala capitular, encareciendo los frutos de la verdadera penitencia y proponiendo a aquel hermano como ejemplo de admirable paciencia.

En Nuestra Señora de Gracia, en Bricquebec, y en el año 1919, la santa muerte del hermano Cipriano Bougain, converso. Al terminar el

servicio militar, siguiendo las mismas huellas que antes había trazado su santo tío el hermano Clemente Coppin, sin más dilaciones, se encaminó directamente al monasterio, y desde el primer día hasta el postrero de su larga vida, no cesó de mostrarse como un ejemplar vivo de humildad y modestia. La Regla era para él el primordial instrumento, ordenado por la divina Providencia, para su mortificación; durante toda su vida no hizo otra cosa que sujetarse a todas y cada una de sus prescripciones con la mayor exactitud. Amantísimo del silencio, su observancia le proporcionó mayor capacidad de unión con Dios, oyendo su voz y hablando con Él en lo más recóndito de su corazón, contagiándolo amorosa y quedamente.

En la primavera de 1816 se cree que falleció santamente Juan Sada y Gallego. Nació en Mallén (Zaragoza), en la segunda mitad del siglo XVIII. Fue monje de Santa María de Piedra, teólogo, catedrático del Colegio de San Bernardo de Huesca, escritor místico. Pocos datos nos han llegado sobre este monje excepcional. Solo consta que ingresó en su juventud en Santa María de Piedra, monasterio que conservaba aún entonces la misma espiritualidad que halló Martín de Vargas en el siglo XV para formarse y poner en marcha la Congregación de Castilla. Resultó un monje completo en toda la extensión de la palabra, tanto en la piedad como en las letras. Cuando en 1777 dio a la estampa una de las obras que más fama le dieron, se hallaba desempeñando el puesto de capellán del monasterio femenino de monjas cistercienses de Tamarite de Litera. Su fama de monje científico y santo, quizá fuera más apto para redactar libros, que para presidir los destinos de las comunidades. Al confiarle el capítulo general de la Congregación Aragonesa la redacción de una obra, en su portada descubre algunas especialidades relativas de su persona: “M. R. P. D. Juan de Sada y Gállego, Monge Cisterciense del Real Monasterio de Santa María de Piedra, Consultor de su Congregación de las coronas de Aragón y Navarra, Examinador Sinodal del arciprestazgo de Ager y del Obispado de Lérida”. Se trata de unas definiciones que le ordenaron recopilar, traducir del latín y publicar para uso de las religiosas y conversos de la orden. Pero hay otro punto más honroso en su haber, todavía poco estudiado. Aquella piedad honda recibida en Piedra la fue cultivando a través de su vida, llegando a vivir su ideal contemplativo de

una manera llamativa, hasta llegar a ser maestro de espiritualidad, de cuyo magisterio se beneficiaron de manera especial las religiosas. Sentía un impulso especial por la austeridad de la Trapa, congregación cisterciense surgida en Francia en el s. XVII a impulsos del abad Rancé, cuya doctrina leía asiduamente y la hacía objeto de sus continuas meditaciones. En vista del fruto que esa espiritualidad producía en su alma, y pensando que podía resultar benéfica para renovar el espíritu monástico de la época, se entregó a traducir las obras del ilustre reformador de la Trapa, en cuyas introducciones se palpa el profundo afecto que profesaba a esa doctrina. Esa devoción hacia la Trapa influyó que la congregación de Aragón le nombrara para colaborar activamente en la preparación del terreno para establecer en España la primera Trapa. Según noticias documentales, “El 31 de agosto de 1794, fue nombrado gestor de este asunto ante los monjes de Escarpe y el Rey, uno de los religiosos cistercienses más prestigiosos de España entonces, el padre Juan de Sada, profeso del Monasterio de Piedra. El nombramiento fue aprobado por el padre abad de Leyre el 1 de noviembre.” Gracias al dinamismo de este monje aragonés, y a sus acertadas gestiones ante la Orden y ante las autoridades civiles, después de muchos tanteos para escoger el lugar, al fin se inclinaron por la villa de Maella (Zaragoza), donde se estableció y llegó a florecer rápidamente, pero su vida sería efímera, por haber desaparecido en 1835 a causa de las leyes desamortizadoras, si bien sus monjes, después de muchas vicisitudes, se establecieron casi un siglo más tarde en Carcastillo (Navarra), donde hoy florece. Ignoramos el tiempo que el padre Sada pudo disfrutar el florecimiento de aquella casa en la cual tomó él una parte tan activa. Sus escritos principales fueron: *Santidad y deberes de la vida monástica, escrita en francés por el Abad Rancé*, 3 tomos; *Suplemento a la obra titulada Santidad y deberes de la vida Monástica*; *Respuesta apologética de su autor al de los Estudios Monástico*, Don Juan Mabillón; *Descripción de la abadía de la Trapa*; *La Regla de San Benito, explicada según su verdadero espíritu*; *Relación de la vida y muerte de algunos monjes de la Trapa*; *La Regla de San Benito nuevamente traducida y explicada*; *Definiciones de la Congregación Cisterciense de las Coronas de Aragón y Navarra*, Pamplona. Todas ellas fueron publicadas en Pamplona.

10

En el monasterio de Glandy, en Irlanda, el venerable abad Gelasio, célebre en toda la isla por su santa y ejemplar vida y por su cándida inocencia, cuya fama de milagroso conservó durante largo tiempo. Vivió varón tan santo por los años de 1570.

En la Trapa, la memoria de los religiosos de otras órdenes que, atraídos por la reputación de verdadera vida monástica que en este monasterio se llevaba, no dudaron, pese a su edad avanzada y a los cargos que tenían, en hacerse discípulos del abad De Rancé y someterse con gran humildad a las pruebas y a las exigencias de una disciplina particularmente austera. Citamos de entre ellos especialmente a:

Claudio D'Estrée, muerto el 11 de marzo de 1660, antiguo monje de la Orden de los Celestinos. En el curso de una dolorosa operación conservó la más perfecta serenidad, afirmando que su felicidad sólo era comparable a las alegrías del cielo.

Bernardo de Mosle, muerto el 14 de marzo de 1690, antiguo canónigo premonstratense de la estrecha observancia. Entró en la Trapa a los sesenta y cuatro años, llegando a ser algún tiempo maestro de novicios, a los que animaba con su ardor y devoción.

Pablo Ferrand de Grand Maison, muerto el viernes santo del año 1687, prior de la Orden Premonstratense; tenía, al entrar en la Trapa, sesenta y siete años. Se hizo famoso, sobre todo, por una profundísima humildad que le hacía juzgarse el último de todos.

Isidoro Simon, muerto el 6 de mayo de 1686, antiguo oratoriano. A medida que sus sufrimientos aumentaban, crecía también su alegría. Murió cantando las letanías y otros cánticos en honor de la santísima Virgen.

Carlos Denys, muerto el 20 de julio de 1673, también oratoriano, que sobresalió por su abnegación y caridad.

Bruno Le Digne, muerto el 28 de septiembre de 1691, antiguo monje de Val des Choux. Encontró en sus mismos defectos el medio para elevarse a una gran virtud, y soportó por largos años grandes sufrimientos, sin cansarse de dar gracias a Dios por tantos beneficios.

Juan Climaco Bosc du Bois, muerto al 14 de diciembre de 1703, antiguo canónigo regular de San Agustín, de la congregación de Santa Genoveva. Incansable en sus humillaciones.

Santiago Puiperon, muerto el 15 de diciembre de 1674, religioso de la orden de los Celestinos, que padeció grandes pruebas con inalterable ánimo y perfección.

11

Hoy conmemora el oficio divino la fiesta de san Esteban, abad de Obazine. Con otro compañero llevó, siendo sacerdote, vida eremítica, bien abastecida de privaciones y sacrificios y entregada por completo a la oración. Como se les juntaron nuevos compañeros no tuvieron más remedio que edificar un monasterio. Durísimo para consigo mismo, gobernó con rígida disciplina su cenobio y los que sucesivamente fue levantando, de tal modo que los hermanos le temían con amor y lo amaban con temor; pero, en realidad, más los conducía con la caridad que con autoridad. Creciente en sus almas el deseo de adherirse y ser recibidos en alguna orden religiosa, con el consejo del prior de la Cartuja, se sometieron a la legislación cisterciense. El beato Eugenio III recomendó con entusiasmo el asunto a los abades cistercienses congregados en Capítulo, a la vez que el santo abad suplicaba de ellos la admisión en la Orden. La figura del venerable padre carecía de todo lo que la dignidad más esencial concede a los humanos, y, no obstante, era tal la luz interior que trascendía de todo su ser, que todos gozaban con su presencia y no se saciaban de contemplarlo. Era el año 1159 y, estando de visita en su filial de Bonnaigue, se sintió abatido por la fiebre que, el ocho de marzo, le llevó de esta vida. Su cuerpo fue trasladado a Obazine con gran solemnidad y gran concurso de pueblo; su sepultura mereció ser venerada.

12

Gregorio y Enrique de Marilis, en Villers, Brabante. Memoria conjunta de dos de sus priores, de índole bastante diferente, que vivieron probablemente en los albores del siglo XIII, ambos de grato recuerdo,

según palabras textuales de una antigua crónica. “Si te fuese dado contemplar al primero,” narra el viejo cronista, “le creerías otro Matatías de Modga, padre de los Macabeos, celador recio y vigilante fiel de la observancia regular”; sin embargo, con los delicados y tiernos sabía guardar un tacto exquisito, sin castigos de áspera rudeza que acobardasen o rompieran su paciencia, sino que, mezclando la dulzura con la seriedad, conjugaba sabiamente las correcciones y las oraciones. No eran solamente los monjes los que le respetaban, sino también los prelados, que conocían su justicia y orden. Convencido de que nada debía anteponerse al oficio divino, la obra de Dios por excelencia, era de una intransigencia radical con los que por leves motivos pedían o querían eximirse del rezo canónico. Y con semejante rigor llevaba las dispensas en el cumplimiento íntegro del primer artículo de la profesión, que trata de la estabilidad. De las cosas temporales hacía poco caso: se bastaban a sí mismas. A la hora de la muerte, exclamó: “Veo claramente que me salvaré”, palabras dignas de memoria para todos. Poco después entregó su alma al Creador.

El segundo prior, cuya alabanza hoy también hacemos, Enrique de Marilis, fue varón noble según los moldes del mundo; pero también de gran sencillez y delicada mansedumbre. Antes de mandar hacía lo que mandaba, poniendo en práctica cuanto a los otros obligaba a hacer; a pesar de que los cincuenta años de su profesión habían transcurrido, nunca quiso que le aligeraran de sus cargas religiosas, sino que con asiduidad persistió en la asistencia a la oración y a las lecturas, emulando la diligencia de su juventud; el primero en el coro, en la lectura del claustro y en el trabajo, era la admiración y enseñanza de todos; pacífico y humilde, prefirió ser tachado más de misericordioso que de rectilíneo en la justicia. Hasta los grandes del mundo, viendo su prócer figura, no podían menos de venerarlo. Henchido de días, descansó en la paz, seguro de recibir la misericordia que él había prodigado a los demás.

13

Santa Sancha, monja y fundadora del monasterio de Cellas, cerca de Coimbra, en Portugal. Hija de Sancho I, rey de Portugal, por testa-

mento de su padre heredó el señorío de Alenquer. Juntamente con su hermana Teresa se vio en la precisión de defender el legado paterno contra la ambición de su también hermano el rey Alfonso II. A pesar de todo, su vida discurría dentro de la piedad más ferviente, toda entregada a la religión. Recibió en sus posesiones y hasta en su misma casa a los frailes Menores que el P. San Francisco envió a Portugal, e igual postura observó con los Dominicos, mandando edificar a sus expensas, para unos y otros, magníficos conventos. Asimismo, fundó un monasterio según la legislación cisterciense para unas piadosas mujeres que se habían retirado del mundo y hacían vida común, monasterio que en su origen tomó el nombre de Cellas. Ella misma, después de arreglar y dejar bien asentados sus asuntos temporales, entró en él, tomando el hábito religioso en el año 1223; al cabo de siete años de santa vida, llena de felicidad, se marchó al cielo. Clemente XI confirmó, en el año 1705, el culto inmemorial que se le venía tributando, honrándola con el título de santa.

En Francia, la venerable Ana d'Orviré de la Vieuville, abadesa del monasterio de Leyme. Dirigida por el abad De Rancé, restableció con ánimo fuerte y decidido en todo su primitivo esplendor la relajada y marchita disciplina que en su monasterio se llevaba, siendo ella la primera en poner en práctica el voto de pobreza y darse intensamente a la virtud. Dejó este mundo el año 1684, ignorándose el día exacto de su muerte.

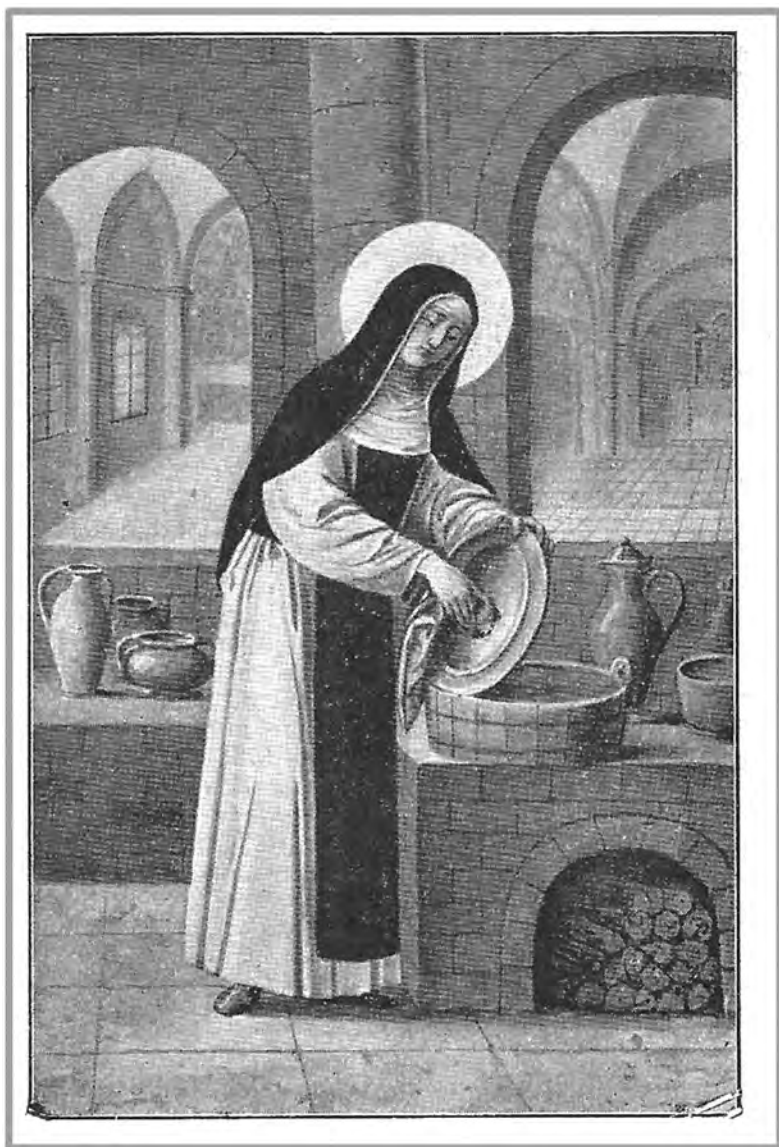
14

París, año del Señor 1620. Muerte de Carlos de san Bernardo Texier. De la noble stirpe de Damas. Vendió a los monjes fulienses el castillo de Fontaines, patrimonio en otro tiempo de la familia de san Bernardo, para que lo convirtiesen en monasterio e hiciesen una capilla en la estancia donde Alicia, aquella madre venturosa, había dado a luz al dulcísimo Doctor de la Iglesia. Pretendiendo después dar nuevo brillo a su nobleza con una santa vida, juzgó que no lo conseguiría mas que bajo el hábito de los monjes fulienses. Fue de una paciencia extraordinaria en las enfermedades que, por su natural delicado, con frecuencia le asaltaban; llamó, sobre todo, la atención por una extremada pureza de alma y

cuerpo. Con todo su ser entregado a la tarea de la santidad, se hizo digno de la alabanza de su biógrafo por su abnegación, exacta obediencia, mortificación corporal y por el fervor de su oración y contemplación. Siendo, pues, muy joven fue arrebatado por la muerte.

15

En Villers, el bienaventurado Carlos, octavo abad de este monasterio. Había sido militar distinguido, querido y solicitado por reyes y príncipes; pero, pensándolo mejor, decidió, con otros compañeros, tomar las armas de la milicia sagrada en el claustro de Himmerod. En el año 1137 fue elegido abad de Villers. En cuanto se enteró, huyó y se ocultó cuanto pudo, hasta que, por decisión del Capítulo general, se vio forzado a aceptar el cargo. Una vez que tomó posesión de la abadía, la comunidad monástica engrosó su número y las granjas crecieron con edificios y terrenos. Sabía adaptarse y conformarse a todos, por lo que se ganó a no pocos nobles y plebeyos, librándolos del imperio del mundo. Aunque santamente avaro de las cosas de su comunidad, para los pobres e indigentes tenía siempre la mano abierta de caridad. Cuantas ofensas le infirieron alcanzaron su perdón con benigna facilidad, porque le preocupaba más la integridad de la conciencia y la tranquilidad del corazón. Querido de todos en la altura de su cargo, sólo él se encontraba insatisfecho, preocupado por la cuenta que había de dar de todas las almas confiadas a su cayado; repetidas veces pedía al abad de Claraval le liberara de su cargo. Lo consiguió al fin, y marchó a Himmerod, donde, recogiendo todas sus energías, se propuso darse enteramente a Dios y a la observancia claustral cuanto le restaba de vida. Mas, a pesar de todo, no mucho después fue nombrado superior del monasterio de Santa Águeda de Rocht, que amenazaba desmoronarse en la disciplina regular. Gracias a él, volvió a florecer aquella casa, libre de deudas y con abundancia suficiente en las cosas necesarias. Aquí le llamó Dios y se fue a Él hacia el año 1215.



Santa Sancha, princesa de Portugal

16

La santa muerte, en Francia, en el año 1674, del venerado Claudio Ruffier, obispo de Saint- Paul-Trois-Chateaux. Monje de Chalis y doctor de la Sorbona, fue nombrado Vicario general del obispo de Uzes, que era tío suyo; en todos los puestos apareció con admirable relieve su piedad, caridad, humildad y mortificación. Finalmente, elegido obispo de Saint- Paul-Trois-Chateaux, no por eso cambió las costumbres de su vida monacal ni dejó el hábito de su sagrada orden. Devotísimo de Nuestra Señora, recitaba asiduamente su bendito rosario; bienhechor de los pobres, defensor de los derechos de su iglesia, propagador de la disciplina eclesiástica, celosísimo de la salvación de las almas, severo castigador de su cuerpo. Quince años después de su muerte todavía se hallaba intacto su venerable cuerpo en un sepulcro glorioso de milagros.

En el año 1652, también en Francia, la bienaventurada abadesa de La Benisson-Dieu, Francisca de Nerestang. Fiel guardadora de la estricta observancia fue una restauradora eficaz de las costumbres y de los muros de su monasterio. Llevó una vida abierta a todas las cruces, resplandeciente de constancia y de celo religioso.

17

En Francia, el beato Esteban, cardenal. Monje de Claraval, en el año 1141 fue creado cardenal y obispo de Palestrina por el papa Inocencio II. San Bernardo le escribió entonces recomendándole estuviese siempre al lado del Sumo Pontífice, en sus normas y en su espíritu. Se hizo digno de las alabanzas de sus contemporáneos por su gran modestia, tan cuidadoso siempre y a veces con cierto escrúpulo de conciencia se abstenía de ciertos privilegios habituales de su rango. Varias fueron las cartas que san Bernardo le dirigió para animar su celo en diversas circunstancias. Tres años estuvo en la dignidad cardenalicia y Dios lo llevó a gozar en 1144 al seno de su eternidad.

En la abadía de Bloomkamp, en Frisia, el año 1447, la muerte del Rvdo. Abad Pedro, reformador de este monasterio. Muy versado en de-

recho, de agudo ingenio, fuerte de ánimo y reverenciado y amado de propios y ajenos. Enviado desde Klaarkamp, cuando no contaba más que veintiocho años, a Bloomkamp, que se hallaba en franca relajación, después de mucho trabajar, consiguió al fin restablecer el más aceptable estado temporal y religioso. Gobernó la comunidad con aplauso de todos durante treinta y tres años. Después, dejando el título de abad, fue nombrado prior, quedando agregado su cenobio a la Unión de Sículo. Restableció igualmente la observancia entre las religiosas de Gotteshof. Murió en Colonia, en el monasterio de monjas cistercienses llamado de Marienspiegel, en cuya iglesia fue sepultado.

En Ntra. Señora de Wettingan, Suiza, en el año 1641, descansó con el sueño eterno el Padre Cristóbal Bachmann, abad. En su mocedad fue extremadamente tímido y apocado; si bien la piedad y demás virtudes monásticas tenían en él máxima aceptación. Con este motivo, por credenciales, después de su ordenación sacerdotal, ocupó varios cargos, hasta que fue elegido abad. Puso todo su empeño en promover la observancia regular más con el ejemplo que con el rigor; era modesto y plácido en su semblante, en su andar, en su hablar, amable siempre para todos. Su liberalidad y benignidad brillaban de un modo especial en el remedio de las necesidades de los otros; al calor de su gran caridad se sostuvieron los religiosos y monjas que con ocasión de la guerra de los treinta años se acogieron en su monasterio. Tras ocho años de abadiato denso y cumplido, murió a los cincuenta años de edad, dejando en pos de sí una brillante estela de santidad.

18

En Irlanda, el bienaventurado Christian O'Conarchy, discípulo de san Bernardo y de san Malaquías. Volviendo de Roma, Malaquías se detuvo en Claraval, admirado de la vida que, bajo el gobierno de San Bernardo, hacían aquellos monjes, dejando entre ellos, al marcharse, cuatro de sus compañeros, uno de los cuales era Cristian, su arcediano. Educados e instruidos convenientemente los cuatro en lo relativo al régimen monástico, fueron enviados por San Bernardo con suficientes monjes

para formar una comunidad, con Cristian por superior, al que luego fue celeberrimo monasterio de Mellifont. Tanto llegó a crecer y florecer la abadía en los días de su primer superior que, en poco tiempo, tuvo cuatro casas filiales. Elevado a la Sede Apostólica el beato Eugenio III, nombró a Cristian en el año 1150 obispo de Lismore y su legado en Irlanda. En la cima de su ministerio desarrolló una ingente y saludable tarea pastoral. Hacia el año 1177, envejecido y enfermo, después de renunciar al obispado, se retiró al monasterio de Odorny, llamado de “Kirie eleison”, donde, en 1186, acabó santamente sus días.

En el monasterio de Fontmorigny, el piadoso hermano converso Roberto. Educado en la espiritualidad de Claraval, se esforzó en no olvidar nunca cuanto de observancia y religión allí había aprendido, siendo así un ejemplo vivo de virtud y devoción para sus hermanos. Entre los ejercicios que su piedad con más insistencia ofrendaba a Dios guardaba una devoción delicadísima para con la santísima Virgen y Madre de Dios, rumiando dulce y frecuentemente en la meditación los recuerdos de su especial padre y patrono san Bernardo. Vadeado felizmente el río de esta vida, alcanzó una devota muerte.

19

En Villers, Bravante, en el año 1239, el tránsito feliz del beato Abundio, monje. En sus años niños dio muestras ya de una delicadeza natural y espontánea; dotado de modales graves, gustaba asistir a la iglesia y, con devotos coloquios, ganarse las gracias del Redentor, creciendo, además en el amor a su bendita Madre. A los diecisiete años fue recibido en Villers, donde de un modo especial se entregó día y noche, a la oración y contemplación divinas, alargando a veces interminablemente sus plegarias. Por su inocencia y limpieza de costumbres vivió como un niño, según el Evangelio, entre sus hermanos, sin jamás dar pie al más pequeño escándalo. Ante los monjes aparecía siempre irreprochable, lleno de caridad, bien convencido de que cuanto más se elevase el alma en el amor a su prójimo, tanto más se elevaría en la contemplación de Dios. Con tan ferviente piedad se condolía de los yerros de los pecadores, y decía que se

dejaría hacer pedazos por salvarlos; su caridad se henchía de misericordia para con los pobres.

En el año 1250, la traslación de los restos de la venerable madre de san Bernardo de la abadía de San Benigno de Dijon al monasterio de Claraval.

20

Martirio, en 1794, de Felipe Levacq, monje cisterciense, antiguo capellán de las monjas de Roconfort, cerca de Nevers, muerto en el patíbulo por confesar su fe ante los revolucionarios franceses.

En Francia, Guido de Chevreux, obispo de Carcasona, varón verdaderamente apostólico. Antes había sido abad de Vaux de Cornay, monasterio que gobernó y amó con toda su alma. Inocencio III le rogó que se encargase de alentar a los fieles católicos para que se coaligasen en una guerra de religión. Después fue uno de los abades que el ilustre abad de Císter, Arnaldo Amalrico, por orden del Papa, reunió para que predicasen la verdadera fe contra los albigenses en la provincia de Narbona, y fue él precisamente nombrado primer predicador. Los demás, en vista del poco o ningún fruto logrado, regresaron a sus monasterios, quedando solo él en vanguardia; como el Romano Pontífice insistía en que se predicase una cruzada contra los herejes, Guido tomó el asunto con gran interés y se dedicó a recorrer toda Francia clamando por la defensa de la fe. Era negocio de Jesucristo y le bastaba para abrazarlo su más rendido afecto; por eso, después del abad de Císter, fue él quien más se distinguió en tan santa cruzada. A instancias de Simón, conde de Monfort, fue elevado a la sede episcopal de Carcasona, en tanto que el abad de Císter fue nombrado arzobispo de Narbona, recibiendo ambos juntamente la consagración episcopal. Así como era valiente y decidido en la guerra, era clemente y benigno con los miserables y desgraciados. Finalmente, después de haber trabajado con entusiasmo y de poner todo su empeño en la salvación de las almas y en liberar y purificar de errores la Santa Iglesia, se fue a recibir el premio de Dios el 20 de marzo de 1223.

En el monasterio de Seligenthal, en Baviera, la venerable abadesa María Magdalena de Sazenhofen. Redactadas y concluidas las actas de su proceso de beatificación, fueron enviadas a Roma a principios del siglo XIX; pero aquellos ilustrados gobernantes de entonces las interceptaron y destruyeron. Murió tan santa monja el día de San Benito del año 1533.

El mismo día del año 1598, murió, refugiada en Malinas, Bélgica, la venerable abadesa de Roosendael, Ana Turcx. En la guerra, en el destierro y en toda clase de duras pruebas, ni una de las ovejas confiada a sus cuidados se perdió, gracias a su discreto y enérgico gobierno. Con muestras fervientes de modestia, de piedad y de ejemplo, sostenía la observancia de la santa Regla, la clausura y el fervor en el oficio divino, prefiriendo antes vender las posesiones de su monasterio que dejar a sus hijas expuestas a los peligros del mundo.

21

Antiguamente, solemnidad de san Benito, guía, maestro y legislador del monacato de occidente y también de la Orden Cisterciense, a cuyo amor e imitación nos exhorta vivamente san Esteban Harding. Providencialmente fue este día el escogido por nuestros Padres para fundar el monasterio de Císter. En el año 1098 de la Encarnación del Señor, san Roberto, primer abad del monasterio de Molesmes, en la diócesis de Langres, y con él veintiún monjes del mismo cenobio, deseoso de conformar su vida a Cristo pobre y más plena y generosamente a la santa Regla, avalados por la autoridad del venerable pontífice Hugo, legado de la Santa Sede y arzobispo de Lyon, elegantemente alegres, se decidieron a fundar un nuevo monasterio en Cîteaux, lugar de la diócesis de Chalons. Al llegar a aquel desértico y pantanoso paraje, tanto más apto para la observancia de la soledad cuanto más alejado de las gentes, entre bosques y matorrales que hubieron de sanear y hacer cultivable, comenzaron a construir el monasterio. Al mismo tiempo, y por obediencia al legado pontificio, el santo abad recibió del obispo diocesano el báculo pastoral con que debía regir a sus monjes, con la obligación conjunta de hacer todos su voto de estabilidad en aquella nueva morada monacal. De este

modo, canónicamente y con autoridad apostólica, quedó constituida en abadía. Hoy día la solemnidad de San Benito se celebra el 11 de julio.

En Francia, en el año 1146, el beato Juan, obispo de Valence. Fue el primer clérigo de la iglesia lionense, grato a Dios y a los hombres. Pero cuando andaba por los cuarenta años tuvo un sueño en el que se le reprendía ásperamente por incumplimiento de su voto que en tiempos pasados había hecho; y sin más dilación, se marchó a Císter, donde su vida fue un dechado y espejo de virtudes. Andando el tiempo, a ruegos de Guido, arzobispo de Vienne, que más tarde había de ser papa con el nombre de Calixto II, fue enviado con otros hermanos como abad a la fundación de Bonnevaux. Bajo su dirección aumentó la comunidad, que hubo de hacer en escaso tiempo hasta cuatro grandes nuevos monasterios. Al cabo de veinte años de saludable gobierno, de común acuerdo de todos sus hermanos fue elegido obispo de Valence. Mucho tuvo que sufrir para establecer los derechos de la justicia; mas, por amor de Cristo, lo sobrellevó todo con paciencia y fortaleza íntegras. A nadie cedía el primer puesto en la humildad; para remediar a los pobres y miserables, su ingenio se multiplicaba en recursos de caridad. Por las noches mortificaba durísimamente su cuerpo, dándole apenas una hora para descansar en su destartalado lecho; pronto siempre para levantarse para alabanzas divinas, de rodillas siempre ante la majestad de Dios.

22

En Císter, la conmemoración en conjunto de todos los fundadores de la abadía, en particular de los cuatro monjes Odo, Juan, Letaldo y Pedro, que durante el gobierno de nuestros Padres san Roberto y san Alberico, fueron con san Esteban a impetrar del legado de la Santa Sede en Francia, licencia para abandonar Molesmes y establecerse en Císter, ya que querían vivir más estrecha y ajustadamente la Regla de san Benito. Entre los veintidós fundadores de Císter eran estos siete precisamente los que mas se habían distinguido, estando, todavía en Molesmes, en comentar y lamentar la poca observancia de la Regla. Ciertamente no salieron de un monasterio relajado depravado, sino de un cenobio de

mucha y alta fama, ilustre por su mucha religión y el que no faltaban virtudes; pero en donde, si bien se vivía honestamente conforme a las costumbres de la época y no faltaba un gran compromiso con asuntos de la sociedad feudal, ellos no podían saciar sus ansias de observar con mayor exactitud la Regla que habían profesado. Así pues, pasando no de lo malo a lo bueno, sino de lo bueno a lo mejor, de un estado bueno a otro más perfecto, demostraron por su altura de miras la virtud de sus almas y sus deseos de santidad. Así, pues, son dignos de ser celebrados con nuestro mas agradecido recuerdo y veneración.

En Oberweimar, Alemania, en el año 1509, subió al cielo a celebrar las bodas eternas con el divino Esposo la venerable Lucardis, monja. A los doce años recibió el hábito religioso, encargándose del cuidado de las hermanas enfermas. Se mostró siempre compasiva y piadosa con las más afligidas, haciendo suyos los dolores que ellas sufrían. Ella misma se vio después sometida a diversas enfermedades desconocidas por completo para los médicos más reputados; pero ella se sentía bendecida con frecuentes y divinos consuelos. Entendió que, como Cristo nuestro Señor, su existencia terrena no sobrepasaría los treinta y tres años. Con fervor vehemente y llena de devoción hacía sus oraciones para que el recuerdo de la pasión de Cristo no se apagara en su corazón, sino que estuviese siempre fresco y vivo ante los ojos de su alma con la cruel realidad con que sucedió. Su deseo tuvo cumplimiento, pues mereció que sus miembros se vieran embellecidos con los estigmas de las llagas de Cristo. Aumentaban sus dolores y, no obstante, ante las hermanas siempre aparecía con el rostro bañado de dulzura y alegría. Por su intercesión y méritos son muchos los que han conseguido remedio en sus apuros y necesidades.

23

En Langheim, Alemania, el venerable Adán. Su epitafio le alaba como primer y gran abad, además de por su gran piedad. Después de un gobierno de más de cuarenta y cinco años, descansó en el Señor el día 24 de marzo de 1180 o 1181, y fue sepultado en la iglesia, a la izquierda del altar mayor, lo cual muestra que la opinión general lo aclamaba ya como santo.

En Santa María de Bellefontaine, el 22 de marzo de 1837, la santa muerte del hermano Benito Longáre, converso. Novicio de Sept-Fons, en el año 1795 pasó a Val-Sainte. Compañero de Dom Urbano Guillet en Rusia y en América, lo fue también en Bellefontaine, para cuya adquisición fue el encargado de reunir las limosnas necesarias. En el trabajo rendía tanto como tres obreros. Todo el tiempo libre de que gozaba lo empleaba siempre en la adoración del Santísimo Sacramento. Ya septuagenario, dejó este mundo.

En este mismo día, la memoria de la gracia singular concedida, al decir de los antiguos historiadores, a san Bernardo. Estando el santo postroado ante el altar mayor de la iglesia, se le apareció N.S. Jesucristo clavado en una cruz, puesta sobre el mismo pavimento en que él estaba. Y el bienaventurado padre no hacía sino adorar y besar aquellas benditas llagas. En un momento dado el Señor arrancó sus manos de los clavos que le sostenían a la cruz y pareció abrazar y apretar contra su pecho a su fiel servidor. Como testigo de este suceso se nombra en el *Gran Exordio* a Medardo, abad de Mores.

24

En Francia, año 1606, Pedro de San Bernardo, superior general de la congregación de Feuillans (Fulienses). Desde que adolescente aún entró en el monasterio, movido por el amor, no cesó de seguir a Cristo paciente y de buscar con generosa imitación los sufrimientos de su Señor, cuyas heridas veneraba con una continua meditación, creciendo su amor y sentimiento de dolor ante la pasión del Señor y su ansia de penitencia. Todos los viernes, y durante la semana santa, en memoria del vinagre con que se quiso mitigar la sed del Salvador, echaba hierbas amargas en su bebida. A pesar de estar enfermo, se levantaba por la noche a orar y disciplinarse. Y con mucho más ardor procuraba la crucifixión del hombre interior. Para mejor someterse a la dirección de sus superiores diariamente anotaba en un cuadernillo hasta sus más recónditos pensamientos, y todas las tardes se los mostraba al director de su alma. Nombrado superior, guardó sus mejores honores para los ancianos, sin desdeñar salu-

dar al más pobre y humilde de sus hermanos con cordial afabilidad, ya que su paternal benevolencia abarcaba a todos. De grande y elevado espíritu, penetraba los secretos del pensamiento humano. Cada una de sus acciones, su aspecto, sus palabras, todo en él, tenía el tinte de la santidad y sobrenaturalidad. Él, que había puesto sus afanes en vivir en íntimo abrazo con la cruz, logró que la muerte le llegara durante la semana santa, cuando más entregado se hallaba a su siempre severa penitencia.

En España, en Santa Ana de Ávila, partió santamente de este mundo la monja María de Cristo. Ya desde joven le gustaba considerar con atención y frecuencia los más altos misterios de la vida de Cristo, y su oración ni de día ni de noche se interrumpía. Recibió grandes mercedes del Señor, entre otras, el sentimiento de profunda piedad que la embargaba cuando meditaba la Pasión de Jesucristo. Una peculiar devoción la inundaba durante los meses de marzo de cada año, debido a que en tales días había Dios derramado sus mayores beneficios sobre el género humano, a saber, la Encarnación y Redención; por eso también le pedía insistentemente al Señor que en ese mes la llevase a gozar de Él en la eternidad. El Señor escuchó complacido su ruego y le concedió morir en el tiempo que Él había padecido su muerte.

25

En Císter, año 1304, el venerable Juan de Pontizara, abad, que lo había sido antes de Mortemer, en Igny. En aquella célebre asamblea de París, donde el rey Felipe el Hermoso, pretendió descubrir los crímenes de que se acusaba al Sumo Pontífice Bonifacio VIII y de los que a su parecer se le debía juzgar en concilio general, sólo el abad Juan opuso resistencia a la voluntad del rey y combatió con denuedo tan sacrílega usurpación de los derechos de la Iglesia. Como era de esperar, y por esta razón, el rey lo hizo prender. Cuando después recuperó la libertad, el Papa le concedió grandes privilegios como premio a su noble proceder; sin embargo, como esta situación suponía una amenaza y represalias por parte del rey francés y de sus satélites para sus hermanos en religión, espontáneamente renunció al gobierno de la orden. Poco después dejaba esta vida en el destierro.

El querer de Dios inspiró a un joven sacerdote eritreo –el venerable Félix María Ghebrealach– abrazar la vida monástica entre los monjes cistercienses de Casamari, para poder llevarla después a su propia tierra nativa. Su permanencia en la abadía de Casamari fue muy breve (1930-1934); pero la semilla lanzada fue bendecida por Dios, pues tanto en vida como después de su muerte algunos más le siguieron al monasterio. En 1931 había en Casamari un grupito de jóvenes bien dispuestos, aunque dos de ellos murieron muy jóvenes. En noviembre de 1931 el papa Pío VI, después de haber inaugurado en Roma en nuevo Colegio Etiópico, deseo recibir en audiencia privada al P. Félix y a un sacerdote eritreo que había seguido al P. Félix. Algunos jóvenes eritreos también se estaban preparando en Casamari para llevar el monacato cisterciense a su país natal. Y estos jóvenes le manifestaron al papa su deseo de llevar la vida monástica a Abisinia. El portavoz de todos ellos era el joven Tazahíe, nacido en Asmara (Eritrea) el 16 de julio de 1918, y al tomar el hábito en Casamari tomó el nombre de Teófilo María; el 29 de marzo de 1941 fue ordenado sacerdote; pero poco tiempo después contrajo una tuberculosis pulmonar, que truncó las muchas expectativas puestas en él, dadas sus excelentes cualidades y disposición emprendedora. Soportó la enfermedad con una extraordinaria resignación. Murió en el sanatorio de Isola Liria, con solo veinticuatro años de edad, el 25 de marzo de 1942; su cuerpo fue trasladado a Casamari. Tazahíe era muy conocido en Asmara y su historia vocacional, cristiana y monástica, estaba llena de promesas, dadas sus buenas disposiciones, los maestros y guías espirituales que tuvo y el itinerario que el Señor le hizo recorrer, manifestando una predilección especial por este siervo suyo.

El 26 de julio puede verse la semblanza de otro joven eritreo compañero del P. Teófilo, el P. Angélico María, otra gran promesa del primer grupo que acudió a Casamari y que también murió joven, deseoso de partir para Eritrea con el primer grupo; pero la muerte lo arrebató antes de cumplir sus deseos y se sometió a la obediencia de sus superiores.

26

En Poblet, en Cataluña, el beato Pedro Maginet, monje. Con caudal abundante, de santas costumbres, al principio de su vida religiosa llegó a

tener diversos cargos. Mas luego, abandonado el hábito religioso durante dos años, se unió a toda clase de bandoleros y cargó su pobre alma con numerosas fechorías. Sin embargo, Dios oyó las fervientes oraciones que sus hermanos monjes hacían por él, y le concedió la gracia de la conversión. Volviendo al monasterio, se sometió humildemente a los rigores de la orden. Como al parecer su retorno era sincero y decidido, de nuevo fue recibido en la comunidad, sin mitigar en lo más mínimo sus penitencias voluntarias. Pasaba las noches insomne, y ya nunca hizo uso de la cama; su alimento se reducía apenas a unas cuantas legumbres, contento con solo pan y agua. De esta manera llegó a tan alta perfección que con frecuencia se veía favorecido con la visita de los santos ángeles, aunque también los demonios se le aparecían bajo formas horribles, pretendiendo atemorizarlo; pero él se contentaba con mirarlos y, llenos de confusión, ponerlos en fuga. Recorrió cada uno de los pueblecitos y lugares donde había estado en sus días de malhechor, pidiendo a todos perdón, para así reparar en lo posible los escándalos dados. Con la licencia de sus superiores, y con el fin de entregarse con más libertad al ejercicio de la penitencia, se retiró a una cueva que había en el monte de la Peña, donde finalmente cedió su vida a la muerte el 26 de marzo de 1435. Sus hermanos le enterraron primeramente en una pequeña capilla; en el año 1611, por mandato de los eclesiásticos que Paulo V mandó a indagar sobre su causa de beatificación, sus sagradas reliquias fueron trasladadas a un hermoso mausoleo.

En Francia, en el año 1792, el martirio del hermano Antonio Prudhom, converso de Ntra. Sra. de la Trapa. Suprimido el monasterio por los revolucionarios, se retiró, a los sesenta años, junto con sus parientes. Constante, a pesar de todo, en la observancia de sus votos y de las costumbres monásticas, se ganó, a la vez que la estimación de los buenos por su piedad y caridad para con los pobres, el odio de los malos. Exhortando a los habitantes de La Vendée, se unió a ellos para luchar contra los enemigos de la fe y de la libertad. Una vez que los demás se retiraron, él permaneció en su pueblo natal. Poco después fue acusado ante el consejo militar que tenía su sede en el palacio episcopal de Angers. Sometido por dos veces a interrogatorio, no dudó en afirmar con toda la entereza

de su ánimo su fidelidad a la fe católica y a la vida religiosa, por lo cual fue condenado por fanático a muerte; el mismo día, orando siempre por sus verdugos, dejó su vida mortal en el filo de la guillotina.

27

En Císter, el beato Pedro II, abad. Murió en el año 1194, a los pocos meses de su gobierno abacial. Sus restos, juntamente con los de los demás abades difuntos, fueron depositados en un mausoleo a la entrada de la iglesia. El elogio grabado en el monumento da a todos el título de beatos, y concluye con una fórmula invocatoria, pidiendo su protección para toda la Orden.

En el monasterio de Bellefontaine, Jerónimo Roger, prior. Procedente de la Orden franciscana de los Capuchinos, en el año 1802 tomó el hábito Cisterciense en Darfeld, de donde a poco de profesar, fue llamado por Dom Agustín a Val-Sainte, donde lo nombró prior. El mismo cargo tuvo en el restaurado cenobio de la Trapa y luego de Bellefontaine. De acerada rigidez para consigo mismo, era blando para los demás. Juzgaba con razón, que para conseguir la santidad bastaba la observancia fiel de la Regla, y por eso aguzaba la solicitud para avizorar su guarda; pero lo que para otros tenía por suficiente, no lo tenía para él, y sólo hacía una comida al día, consistente en una única porción de alimento acompañada de pan a secas. Su oratoria, que se deslizaba segura sobre la verdad y la virtud, le abrigó tanto que fue considerado como el san Bernardo de los tiempos modernos. En un día de marzo de 1829 la muerte le arrebató de este mundo, y como la fama de su santidad permanecía lozana, en el año 1840, los monjes de Bellefontaine, aprovechando la oportunidad que se les ofreció, trasladaron sus reliquias al monasterio.

28

La muerte de Nuestro P. san Esteban, cuya fiesta se celebra el día 16 de julio. Actualmente se celebran los tres fundadores de Císter el 26 de enero.

En el monasterio de Dombes, el 30 de marzo de 1877, salió de este mundo Bruno Ducrest. Habiendo sido, antes de ser monje, sacerdote secular y prefecto de los juniores en el seminario de Neximieux, en el monasterio de su profesión, Santa María de Aiguebelle, desempeñó los cargos de subprior y maestro de conversos, hasta que se le nombró para acompañar a Dom Agustín de Ladouse en la fundación de Dombes; aquí fue igualmente subprior, brazo derecho en todo de su abad, sin disminución en el fervor de la observancia. Vivía como absorto en Dios, de un modo especial en las horas del divino oficio coral. Observaba al detalle las austeridades de su congregación; cuando se le relevó de su oficio de subprior, no se le ocurrió más que alegrarse de ser uno de tantos, sin distinción alguna entre sus hermanos, sintiéndose así más libre y holgado para darse sin impedimentos al trato íntimo con Dios. Los escrúpulos agitaron fuertemente su conciencia; pero al abrigo de la humildad y de la obediencia, más que dañarlo, le sirvieron de aprovechamiento espiritual. El ambiente húmedo y malsano que envolvía aquella región, y que los monjes se propusieron sanear, minó su salud y, cuando contaba cincuenta y seis años de existencia, sin hacer caso de los síntomas de fiebres palúdicas, se entregaba con fidelidad total a las observancias regulares, con el fin de recabar en favor de los religiosos todavía noveles la gracia de que prosiguieran sin miedos por la senda trazada y por la que habían caminado los monjes veteranos ya ancianos. Pretendió el demonio atormentarlo en su agonía con apariciones horribles; pero invocando a María no cesó de rechazar los diabólicos engaños, hasta que descansó en la muerte, precisamente el mismo día que había pedido a la Virgen Dolorosa, el viernes santo. Su recuerdo y la fama de su santidad quedaron prendidos en la tierra.

En Tournai, Bélgica, hacia el año 1600, la santa muerte de Inés de Chatillón, monja de Beaupré. Durante muchos años ejerció el cargo de subpriora y maestra de las religiosas neoprofesas. Nunca nadie le oyó palabra que no fuese para mayor gloria de Dios. Tenía distribuidas todas las horas del día para llenarlas con ejercicios de piedad en honor de la Pasión del Señor. Incluso las más antiguas del monasterio afirmaban que cuantas veces recibía la sagrada comunión caía en éxtasis, y su paso se

hacía vacilante como de embriagada, y un color rosa subido inundaba su rostro, pálido siempre en otras horas. En algunas ocasiones la vieron elevarse hasta a un codo de altura del suelo.

29

En Bellevaux, Francia, descansó santamente, el año 1828, el P. Eugenio Huvelin, reformador de esta casa. Recibió el hábito religioso en Sept-Fons, cuando la inocencia y devoción a María llenaban su adolescencia. Fue después excelente cillerero, a pesar de que corría el año 1792, que traía para su abadía y todas las de Francia el peligro inminente de la supresión. Pronto llegó esta y, como la seguridad incluso física de los monjes se hizo muy dudosa, huyó a Suiza, donde movido por el cariño hacia los enfermos, se hizo pasar por médico de los sacerdotes franceses. Antes de que la tormenta social se calmase, volvió a su patria, ocupándose en administrar ocultamente los sacramentos, sin arredrarse ante el temor de los peligros a que se exponía. Después, requerido por el obispo a causa de la penuria de sacerdotes, se puso al frente de una parroquia; no obstante, no desistía de su propósito de restaurar la vida cisterciense según las normas reformadoras de Eustaquio de Beaufort. Con el apoyo de la divina Providencia pudo comprar la abadía de Bellevaux y, con el mismo fervor con que, años atrás había ingresado en su adolescencia en el monasterio, cuando su vida, con setenta y cinco años ya declinaba, acometió la empresa de instaurar la vida regular en aquel edificio en parte derrumbado. Los obispos se opusieron a que los monjes, que servían en tantas parroquias, retornaran a su antiguo estado monástico; pero él solo, sin ayuda de nadie, arremetió con el trabajo de levantar el monasterio. Con todo, no cejaba tampoco en predicar y atraer a la fe y a la virtud a muchos alejados de Cristo y de la Iglesia, a la vez que seguía manteniendo como mejor podía las observancias regulares. Finalmente, con la muerte de los justos, pasó de este mundo a la eternidad a los ochenta y siete años de edad. Obligados los monjes trapenses a abandonar Bellevaux, se llevaron consigo aquel santo cuerpo al monasterio de la Grâce-Dieu y lo colocaron junto a las reliquias de san Pedro de Tarentasia; luego de un tiempo, forzados los monjes a un nuevo éxodo, lo trasladaron a la

abadía de Tamié con los sagrados restos de este último, donde se encuentran actualmente.

30

En Calabria, el beato Joaquín, abad de Fiore. Al alborear de su juventud entró en el monasterio cisterciense de Corazzo, donde más tarde fue elegido abad. Vivía absorto en la oración, sin más alimento para su cuerpo que pan y agua, humilde y lleno de mansedumbre, con una solicitud paternalmente franca para los enfermos. Cuando se veía obligado a salir del monasterio, se llevaba consigo los ornamentos sagrados y el cáliz, a fin de tener más facilidad para celebrar el Santo Sacrificio en cualquier iglesia. Puso todo su interés en desentrañar más y más los arcanos de los Sagradas Escrituras, y para lograrlo con más amplitud de medios, con licencia del sumo Pontífice, se retiró a Casamari, donde bajo los estímulos y exhortaciones de Lucio III, Urbano III y Clemente III se consagró en cuerpo y alma a una obra tan útil y provechosa, para la que estaba particularmente dotado. Pero para gozar más de la soledad, llevando por única compañía a un discípulo suyo, se retiró al yermo de Fiore. Al afluir seguidores y discípulos, no tardó en surgir un nuevo monasterio, que él mismo rigió con unas constituciones más rígidas que las cistercienses. Celebrado como profeta, murió el 30 de marzo de 1202, después de someter sus escritos al dictamen y juicio de la sede apostólica, y afirmar y profesar no tener otra fe que la que tiene y profesa la santa Iglesia Romana Después de su muerte se le tributó culto de beato. [De origen humilde, fue un sabio autodidacta que posteriormente fue escritor experto en temas de teología y filosofía. Entre 1156 y 1157, mientras viajaba por Palestina, tuvo una experiencia mística en el Monte Tabor, de la cual obtuvo el don de la exégesis de los textos bíblicos. En 1159 ingresó a la orden cisterciense y en 1188 el Papa lo liberó bajo petición propia de sus obligaciones como abad. Con sus discípulos, fundó una comunidad monástica en 1196 (con aprobación de Celestino III). Pese a ser un buen abad y a sus debates teológicos, también se distinguió por sus profecías, fundadas en la exégesis bíblica, gracias a la hermenéutica, considerando la historia del mundo en tres eras distintas, una por cada persona de

la Trinidad. Defendió una concepción histórica de Dios y la Humanidad, en la cual la historia concluye con una renovación espiritual de la Iglesia, convirtiendo el mundo en un monasterio único que estaría habitado por monjes espirituales ideales. Afirmó que el fin del mundo estaría previsto para 1260. Murió el 30 de marzo de 1202; fue uno de los pensadores y teólogos más influyentes de su tiempo y posteriormente, no solo en el campo del catolicismo, sino del protestantismo y en el desarrollo de las predicciones de Nostradamus. En el IV Concilio de Letrán (1215-1216), se condenaron algunas de sus opiniones respecto a la Trinidad, la creación, Cristo Redentor y los Sacramentos; sin embargo no se atacó a su persona, pues ya se había extendido la fama de santidad entre el pueblo. En 1220 el papa Honorio III lo declaró *perfectamente católico* y mandó divulgar esta sentencia. Los seguidores de Joaquín de Fiore enviaron una relación de milagros atribuidos a él, con vistas a la canonización. El culto como beato se estableció espontáneamente. En 1688 fue incluido como beato en las *Acta Sanctorum* de los Bolandistas. En 2001 fue reabierto su proceso de canonización y la petición de nombrarlo Doctor de la Iglesia].

En el monasterio de Santa María de la Trapa, en el año 1681, partió de esta vida el venerable anciano Jacobo Minguet, antiguo abad de Chantillon y monje de la estrecha observancia. Después de gobernar laudablemente su monasterio durante doce años, renunció al abadiato cuando contaba setenta y siete de edad e ingresó, por motivos de humildad en el monasterio de la Trapa, haciéndose por su obediencia perfecta como cera en manos del abad. Observó todas las austeridades de aquella vida durante ocho años, sin ampararse en dispensa alguna y, además, aumentadas por penitencias voluntarias, como la de ayunar todos los sábados del año en honor de la santísima Virgen. En el capítulo se acusaba, amparado en la virtud de la humildad, de sus errores y descuidos. Tres años antes de su muerte permitió Dios que se quedase ciego. Llegó la última cuaresma de su vida y la cumplió fielmente con todos los rigores; pero la palidez de su rostro y la debilidad de sus fuerzas anunciaban que su fin se aproximaba. Previéndolo él, la mañana del domingo de Ramos acudió con resolución a la iglesia y, recibidos los sacramentos después de la misa que

había oído de rodillas, al regresar a la enfermería se extinguió como una débil llama a los ochenta y cuatro años de vida colmada y santa.

31

En Císter, el beato Goswin, abad. Oriundo de Meurthe y monje de Císter, siendo abad de Bonnevaux fue elegido en 1151 Abad de Císter. Al notificar san Bernardo este nombramiento al beato Eugenio III, le decía que no era su intención recomendarle a quien demasiado le recomendaban su vida y la sabiduría que Dios le había concedido. Con la muerte ya a su lado, tuvo san Bernardo el consuelo de recibir la visita de nuestro Goswino. También él, después de cuatro años de abadiato, se durmió santamente en el Señor el año 1155. Su cuerpo recibió sepultura junto a sus santos predecesores Alberico, Esteban y Rainaldo.

En Nantes, Francia, el día primero de abril de 1794, el martirio de Juan-Luis Fromont, monje de la abadía de Bouras, en la diócesis de Auxerre, Se negó rotundamente a emitir el juramento revolucionario que se le exigía, siendo deportado a Cayenne, en la Guayana francesa, junto con otros muchos prisioneros hacinados en una miserable nave. Hubo de verse sometido durante la travesía a las mofas y crueldades de los soldados y de los demás deportados. Casi desnudo, injuriado en todas partes del modo más insolente por el populacho, fue llevado de cárcel en cárcel. Al llegar a Nantes, fue arrojado con todos los demás en la bodega más profunda de un destartado navío. La disentería originada por el hambre, el agua pútrida que bebían y la fetidez del lugar, hicieron presa en él y, al poco tiempo, bajo la impresión de aquellas escenas macabras y torturado en cuerpo y alma por tan atroz martirio, rindió su vida ante el Creador.

En Santa María del Monte (Mont-des-Cats), en la diócesis de Lille, el 31 de marzo de 1903, dejó esta vida el hermano converso Cornelio van Bavel. Alma cándida, de una sencillez unida a gran amabilidad, obediente y amante fiel de la Regla, siervo fiel de la caridad, y por eso querido de todos, hizo de la Virgen María objeto peculiar de sus alabanzas, de tal suerte que en las conversaciones con sus superiores no acertaba a hablar

más que del cielo y de aquella divina Madre, con la que tanto ansiaba juntarse. Tenía *ya ochenta y cuatro* años y la muerte se le acercó para llevárselo; él, como arrebatado en éxtasis, decía una y otra vez al P. Maestro: “Padre, ¿pero no ve? ¡Qué hermosa es la santísima Virgen! ... ¡Qué hermoso es todo esto, qué bello!” Y así murió.

Se conmemora en este día, a modo de merecido recuerdo, la muerte de los religiosos de Santa Susana de la Trapa, en Maella, reino de Aragón, España. En el libro *Historia de Santa Suana de la Trapa* se hace una descripción detallada de su vida y de las causas de su muerte, lo cual ha sido objeto de un detallado estudio por el Dr. José Ignacio Rodríguez, especialista en medicina patológica pero, lo más importante, es cómo se describe en esos relatos el grado de virtud y heroicidad en que vivieron su vida monástica, dirigidos por Dom Gerásimo de Alcántara, fundador del monasterio, que fue extinguido a causa de la Desamortización en 1835. Así, pues, en la *Historia de Santa Susana* se narra con bastante detalle (aunque con matices variables de unos a otros) la vida de 38 monjes que fallecieron. En la Tabla se detalla la página donde se describe a cada uno de ellos, su nombre, su estado religioso (Padre Sacerdote o Fray), la fecha en que tomó el hábito, la fecha de su muerte, el tiempo (en meses) que cada uno vivió en Santa Susana y la edad a la que fallecieron.

Página	Nombre	Estado religioso	Fecha de hábito	Fecha de muerte	Meses en el monasterio	Edad al fallecim.
172	Juan	Sacerdote	17-1-96	31-10-97	21,5	44
174	Antonio	Sacerdote	17-1-96	1-2-98	24,5	28
268	Próspero	Fray	24-6-98	7-1-99	6,4	49
269	Doroteo	Sacerdote	14-10-98	16-1-99	3,1	53
270	Dositeo	Fray	9-2-99	24-11-99	9,5	25
334	Balduino	Sacerdote	19-3-99	11-3-00	11,7	31
335	Benito	Fray	24-6-98	17-3-00	20,8	23
336	Juan Pedro	Sacerdote	22-4-98	11-1-01	32,6	36

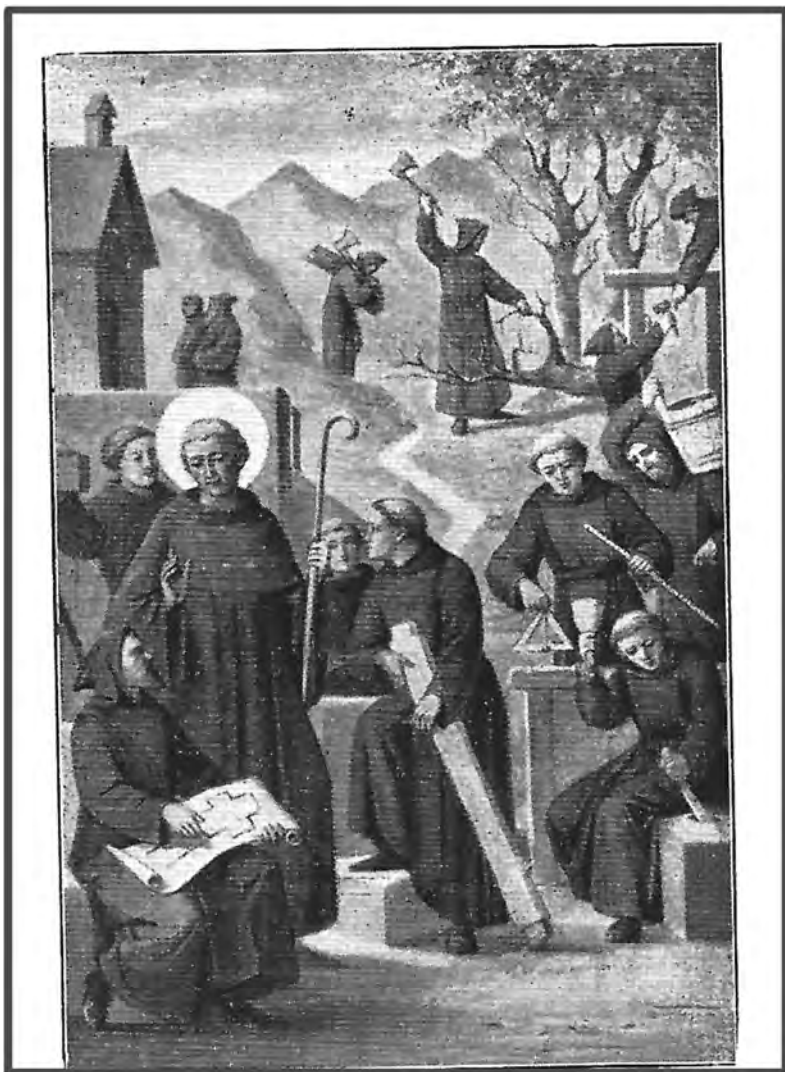
Nuevo Menologio Cisterciense 2019

Página	Nombre	Estado religioso	Fecha de hábito	Fecha de muerte	Meses en el monasterio	Edad al fallecim.
362	Romualdo	Fray	19-5-99	23-9-01	28,1	22
362	Nilo	Fray	8-12-99	29-10-01	22,7	43
363	Abraham	Fray	No consta	24-8-01	No consta	29
364	Columbano	Fray	1-11-00	10-11-01	12,3	22
365, 605, 617	Gerásimo (Abad)	Sacerdote	17-1-96	1-11-04	105,5	44
376	Juan	Fray	17-3-00	4-1-02	21,6	37
377	Gerardo	Sacerdote	9-6-99	10-1-02	31,0	34
378	Nicolás	Sacerdote	14-7-99	5-2-02	30,7	27
379	Urbano	Fray	17-8-00	20-2-02	18,1	17
379	Julián	Sacerdote	22-4-98	19-5-02	48,9	51
470	Bernardo	Fray	17-5-96	18-9-02	76,0	70
470	Alberico	Fray	22-4-98	21-10-02	54,0	29
471	Plácido	Fray	2-5-99	23-10-02	41,7	34
484	Dositeo	Fray	3-11-99	16-2-03	39,4	27
485	Zósimo	Sacerdote	30-10-98	24-2-03	51,8	53
486	Malaquías	Sacerdote	24-6-00	24-3-03	33,0	47
545	Manuel	Sacerdote	22-4-98	7-1-04	68,5	No consta
547	Íñigo	Sacerdote	15-4-98	18-2-04	70,1	49
549	Ramón	Fray	26-10-98	5-3-04	64,3	66
574	Ignacio	Fray	11-9-03	2-4-04	6,7	40
594	Felipe	Sacerdote	1-12-98	15-6-04	66,5	74
595	Palermón	Fray	10-3-99	25-9-04	66,5	33
597	Brocado	Fray	15-2-01	26-9-04	43,4	43

Página	Nombre	Estado religioso	Fecha de hábito	Fecha de muerte	Meses en el monasterio	Edad al fallecim.
599	Clímaco	Fray	25-5-02	22-10-04	28,9	59
611	Bernardo	Sacerdote	11-12-02	13-11-04	23,1	38
613	Pambón	Fray	26-12-02	1-11-04	22,2	47
614	Juan	Fray	4-11-98	5-11-04	72,0	60
616	Lorenzo	Fray	12-1-96	28-12-04	107,5	66
655	Doroteo	Sacerdote	9-6-99	17-2-05	68,3	46
656	Plácido	Sacerdote	12-6-03	9-3-05	20,9	42

Tabla. Religiosos que fallecieron en Santa Susana entre 1797 y 1805.

Edad de fallecimiento. La edad media de los 38 religiosos que fallecieron en Santa Susana fue de 41,5 años. La edad media de los 17 monjes que eran sacerdotes y la de los 21 que eran Fray es similar (43,5 frente a 40 años) y se desvía poco de la edad media del grupo, por lo que no parece que debamos considerar el estado religioso como un factor que influyera en los fallecimientos. Sin embargo, el rango de edad del grupo es muy amplio ya que el más joven murió a los 17 años, mientras que el mayor murió con 74 años. Por eso, convendría saber si la mortalidad varía por grupos de edad: 1) Monjes jóvenes (de hasta 35 años): 14 monjes fallecidos (el 37%). 2) Monjes de edad media (entre 36 y 49 años.): 14 monjes fallecidos (37%). 3) Monjes mayores (50 o más años): 9 monjes fallecidos (23%). Aunque en el relato de vida y muerte se puede observar un “patrón estandar” propio de la literatura de corte trapense, destacan algunas vidas que merecerían ser reseñadas aparte en este menologio; el documento manuscrito sobre Santa Susana es, sin duda alguna, el mejor testimonio escrito sobre la concepción que en la Trapa se tenía de la vida cisterciense, del ideal del monje observante y penitente, generalmente enfrentado a la enfermedad y a las privaciones y de un exacerbado amor a la clausura y vida dura y heroica.



Roberto de Molesmes y Cîteaux



Santa Juliana de Monte Cornillon

ABRIL

Día 1

Solemnidad de san Hugo, abad de Bonnavaux. Siendo todavía un grácil y noble niño ingresó en el monasterio de Le Miroir. Monje ya, y a causa de las excesivas mortificaciones corporales, comenzó a desanimarse; pero con las cartas que san Bernardo le dirigió, y después con los consejos que de palabra le dio, reverdeció su vigor en la Orden. Sucesivamente fue abad de Léoncel y de Bonnavaux, siempre entregado a una santa contemplación entre frecuentes éxtasis y raptos, con olvido de terrenas e ineludibles preocupaciones. Sentía una compasión inagotable hacia los afligidos y su alma vibraba de exultación y gozo al recibir a los penitentes, descarriados de otros días; y hasta entre los altos eclesiásticos, blandiendo la espada de la discreción, consiguió extirpar numerosos vicios. Su fama de santidad y de hacer milagros se ensanchó tanto que grandes y pequeños, todos, rivalizaban por verle y oírle, recibir sus bendiciones y llevar trozos de sus vestidos. Trabajó eficaz y felizmente con otros en la extinción del cisma, valiéndose para ello del favor y apoyo que gozaba ante el emperador Federico. Salió de este mundo en un día desconocido del año 1194.

En Roma, en el año 1221, la dedicación de la iglesia de Ntra. Sra. de Tre-Fontane, realizada por el papa Honorio III, al mismo tiempo que siete cardenales de la Iglesia consagraban los altares de las capillas laterales. Actualmente la solemnidad se celebra el 31 de agosto. Este monasterio, fundado hacia 565 a petición del papa Inocencio II, se pobló con monjes venidos de Claraval en 1140 y destinados a la abadía benedictina de Farfa.

2

En Francia, el beato Ponce de Polignac, obispo de Clermont. Siendo abad de Grandselve, la muerte se ensañó de tal suerte en su monasterio

que en dos meses arrebató sin piedad la vida de cuarenta y cinco hermanos. Todos, casi sin excepción, se entregaron a aquel duro sueño con tanta piedad como si previesen la gloria inmensa que les estaba reservada en el cielo. El venerable abad, con grandeza bien ganada en la Orden, fue delegado por el pontífice Alejandro III, entonces en Francia, con otros varios prelados cistercienses, para presentar sus credenciales ante los reyes de Francia. En el año 1166 fue elegido abad de Claraval. El emperador Federico, que deseaba solucionar y cortar ya de una vez el cisma, le mandó llamar, en compañía del beato Alejandro, abad de Císter, a fin de obtener por su medio la paz de la Iglesia. La solicitud que desplegaron y los trabajos que hubieron de realizar en favor de la concordia universal merecieron plena aprobación del Sumo Pontífice. Nombrado obispo de Clermont, no abandonó por eso la humildad del monje, que merecidamente le granjeó entre los obispos de su tiempo la admiración de todos; ni tampoco cesó de trabajar por la pacificación de la Iglesia y de los reinos. Murió tan santo prelado el año 1139.

En Francia, el año 1817, la santa muerte de Dom Urbano Guillet, segundo fundador de Ntra. Sra. de Bellefontaine. Desde sus más tiernos años amó la soledad. Ingresó en la Trapa y fue novicio fervorosísimo, aunque de cuerpo débil; pero gracias a la intercesión de un santo y joven hermano converso llamado Palemón Mangola, superó felizmente todas las dificultades. Era el más joven en edad y profesión de los hermanos que con Dom Augustin de Lestrangle al frente huyeron a Suiza. Aunque oprimido por la enfermedad, se mostró siempre hijo sumiso de obediencia en los diversos oficios que hubo de desempeñar y, después, como superior de los monjes en los accidentados y difíciles viajes que realizaron. El desprecio que en todo hacía de sí mismo lo trocaba en benignidad para con los demás. Dom Augustin le envió con otros compañeros a América, recorriendo de una parte a otra toda la región, sin omitir lo más mínimo los ayunos de la Orden, en busca de un paraje adecuado para construir un monasterio. Obediente siempre, tornó a Francia, donde con la misma, tenacidad infatigable trabajó en la adquisición del derruido cenobio de Bellefontaine. Conseguido esto con satisfacción de todos, él no tuvo más remedio, después de tantos agobios pasados, que retirarse

al hospital de Cholet, donde, cargado de fatigas y enfermedades, sucumbió, dejando la senda de su vida sembrada de virtudes heroicas.

Alberico (Alois) Rabensteiner nació en Villanders, en el Alto Adige el 28 de enero de 1875. En 1898 ingresó en la Abadía Cisterciense de Heiligenkruz, donde realizó los estudios monásticos y teológicos, siendo ordenado sacerdote el 25 de junio de 1903. Ejerció su ministerio primero en la parroquia de San Valentin, hasta que en 1918 fue nombrado Prior y Administrador del Monasterio de Neukloster, en la ciudad de Wiener Neustadt, y que dependía de la Abadía de Heiligenkreuz. En la primavera de 1945 la ciudad fue bombardeada repetidas veces, y hubo centenares de muertos y heridos. En abril de 1945 el ejército ruso ocupó la ciudad, y a pesar de la prohibición, el padre Rabensteiner se esforzó en dar sepultura a los cadáveres y socorrer a los heridos. Su caridad alarmó a los militares rusos, y uno de ellos, en la tarde del 2 de abril lo siguió, lo alcanzó en la iglesia del monasterio y lo asesinó. Su cuerpo fue enterrado en el claustro del monasterio de Neukloster. Sus hermanos lo recuerdan como un monje que vivió una profunda fe eucarística y mariana.

3

En Villers, el venerable abad Arnulfo de Lovaina, varón colmado de sencillez y rectitud. Vino a Lovaina en cierta ocasión el abad Guillermo de Bruzolas, y estando diciendo la misa se le apareció la santísima Virgen, mandándole que, sin titubeos, recibiese al joven que no tardarían en traerle y presentarle unos buenos ciudadanos. Lo recibió y adoptó como hijo recomendado por la Madre de Dios. Arnulfo fue subprior y después abad; su confianza estuvo siempre tan enraizada en la bondad de Dios y de la Virgen cuanto desconfiaba, movido por la humildad, de su insuficiencia. Si bien su mansedumbre y clemencia eran muy grandes, no por eso, cuando la necesidad lo urgía, se demoraba en cortar en cuanto podía los desmanes de los inoservantes. Descargada la administración de todas las cosas temporales en los cillereros y hermanos conversos, él sólo se preocupaba de las cosas de Dios y de la salvación de las almas que se hallaban acogidas a sus paternas cuidados. A los ocho

años de un gobierno esforzado y gallardo, con pena de todos renunció a la carga pastoral y sus inherentes preocupaciones. Y como si hubiese salido de un pesado sueño, con nuevos bríos se lanzó a la palestra de la santidad, ocupado exclusivamente en ejercicios de contemplación. Murió este varón de Dios hacia el año 1250, el día 2 de abril.

Asimismo, en Villers, el hermano converso Herman. Dulce y misericordioso llevaba en su cuerpo rudo un alma toda entregada a las cosas celestiales. Puro de corazón, conocía con sólo mirarlos el estado interior de los hombres; en la oración, con frecuencia quedaba arrebatado su espíritu y su mente ilustrada con altos saberes de ciencia espiritual. Donde quiera que estuviese corrían a él las almas buscando socorro y sus consejos, y para encomendarse a sus oraciones. Muchos fueron los que por sus exhortaciones volvieron al buen camino. Con todo cuidado huía de los personajes encumbrados, a pasar de que le prodigaban honores y cumplidos, y prefería tratar con los desheredados de la fortuna; se mostraba impasible y como sordo a los que le hacían objeto de sus veneraciones, que para él eran como si le persiguiesen y maldijeran. Amaba con entrañable amor a la santísima Virgen, la abadesa de la Orden, como él decía.

4

En el monasterio de de San José de Ubexy, 4 de abril de 1654, *expiró* el P. Alberto de Briey, capellán y confesor. Brillante y noble militar supo, aún en el siglo, amar con predilección la virtud; y tanto se dio ya desde entonces a las penitencias corporales que después de entrar en el monasterio de Sept-Fons hubo que moderar su fervor y celo. Elegido más tarde prior, se hizo todo para Dios y todo para sus hermanos, a los que con su palabra y ejemplo alentaba en la vida espiritual y regular, y los arrastraba sin rigores ni desvíos. Sencillo e ingenuo, sin preocuparse de sí mismo, se desvivía por el bien y salud de los demás. Fue enviado *como* padre *espiritual* al monasterio de monjas de Ubexy, que para él, por la inevitable separación de *sus* hermanos y comunidad, fue una enorme prueba; mas para animarse a recibirla con buen ánimo, una y otra vez se repetía a sí mismo: -“Sé generoso en la virtud; en la obediencia está *nues-*

tra salvación”. Apenas pasado un año, y siendo muy alta su piedad, se sintió afectado por una fuerte dolencia intestinal; durante dos semanas unos dolores agudísimos cargaron sobre él hasta llevarlo a una prolongada agonía; se manifestó gozoso sin embargo de verse morir en la religión y en el servicio de Dios hasta que entre ardorosos anhelos por recibir la santísima eucaristía entregó su devotísima alma en manos del Creador.

En Ntra. Sra. del Espíritu Santo, de Olmedo, en el año 1595, subió al cielo la santa monja Bernarda. Sobresalió esta religiosa por el esplendor de sus virtudes, habiendo sido digna de que el Señor se le mostrara a través de revelaciones. Pronosticó la hora de su muerte veinte días antes de que sucediera. Dejó en el monasterio una fama como la dejan los santos.

En el Monasterio Cisterciense de Santa Catalina, en la ciudad de Fossano en Piamonte (Italia), la sierva de Dios Verónica Bava. Verónica nació en una familia noble de su ciudad el día 20 de mayo de 1591. Su padre, Sebastiano Bava era capitán y gobernador de Cavour, Saluzzo y Avigliana. Su madre, Luigia Gato, era una mujer piadosa, perteneciente a la Orden Tercera Franciscana. Huérfana de padre desde muy joven, acompañaba a su madre cada día a las celebraciones en la catedral de San Juvenal. Los pobres encontraban siempre ayuda al llamar a las puertas de su casa, en la que su madre era para Verónica una auténtica maestra de vida y de piedad cristianas. Verónica, aunque frecuentaba a menudo con su familia la residencia del duque Emmanuele Filiberto, no apreciaba ni las riquezas ni el lujo, pues deseaba ingresar en el monasterio que estaba cerca de su casa. A los quince años abrazó la vida religiosa, atraída por el silencio, la oración y la renuncia de los bienes terrenales. A pesar de sus orígenes nobles, gustaba los vestidos remendados. En aquel tiempo la costumbre del monasterio establecía estilos de vida distintos según el origen de las monjas. Verónica no soportaba estas diferencias y planteó la cuestión a la Madre Abadesa, la cual no se atrevió a actuar contra prácticas bien establecidas. Verónica entonces se dirigió directamente al Obispo, el cual aprobó admirado la propuesta de la monjas, que más tarde, pasadas las primeras dificultades, fue admirada y elogiada. La Madre Abadesa confió a Verónica la farmacia del monasterio, encargo

que cumplió con gran esmero, a pesar de carecer de una preparación en el tema, adquiriendo en breve tiempo una gran experiencia. Transcurría sus días entre la oración y el trabajo, según la tradición benedictina del “ora et labora”. Trabajaba incluso de noche, invocando la protección del Patriarca San José, para no dejar la oración. Más tarde se le encomendó también la función de enfermera, y a pesar de que la doble responsabilidad suponía un gran esfuerzo, procuró siempre a tender a las hermanas, así como a los indigentes de la ciudad. Su actividad hacía milagros: en 1630 la guerra se juntó a la miseria de la gente pobre, y apareció la peste, de funesta memoria. A favor de una hermana enferma para la que no había remedios humanos, Verónica invocó al Señor y roció con agua bendita el bubón y la enfermedad desapareció del convento. La misma hermana sufrió un ataque apoplejía y Verónica la convenció de vestirse con un indumento perteneciente al hoy Venerable Beato Giovenale Ancina, recuperando de este modo la salud. Las gracias comenzaron a multiplicarse, pues las manos de Verónica curaban quemaduras, tumores y llagas, y su fama se extendió fuera de los muros del monasterio. Se imponía penitencias y ayunos además de lo establecido por la Regla, y a través del torno distribuía los alimentos que no consumía a los indigentes, en los que descubría al mismo Cristo. Pasaba largas horas arrodillada orando, y con frecuencia entraba en éxtasis. Cuando recobraba conciencia se acusaba de ser distraída y monja de poco valer. Sus confesores declararon que era mucho superior lo que de ella aprendían que lo que podían enseñarle. Cuando enfermó no quiso que nadie la velase para no causar molestias. Murió el 14 de abril de 1637, en el tercer día de Pascua. Su cuerpo fue expuesto cerca del locutorio para que los fieles pudiesen venerarlo. Fue sepultada en el cementerio, pero más tarde se la trasladó al coro del monasterio. Se cuenta que, después de su fallecimiento, se apareció a Isabella Costaforti, una oblata cisterciense que vivía santamente como laica en la misma ciudad.

5

Fiesta de santa Juliana de Monte-Cornillon, monja de la Orden de San Agustín, que misericordiosamente fue elegida por el divino Esposo

para promover la institución de *una* fiesta en honra del Santísimo Sacramento. Entre los cistercienses perdura envuelto en veneración su *re-cuerdo*, no tanto por la singular piedad con que veneró a san Bernardo, cuyos sermones tanto deleitaban su alma, sino mas bien porque obligada con sus compañeras a vivir en destierro, fue recibida en varios monasterios de nuestra Orden *con* la máxima caridad; y por consejo de personas doctas y religiosas, para quo *no* las tildasen de vivir sin superior, se sujetaron por algún tiempo a la obediencia y protección de la abadesa de Salzines, Juana de Looz. La razón que más abona la creencia que la supone cisterciense es sin duda la que se apoya en la circunstancia de que tan santa monja quiso ser enterrada en el monasterio de Villers, que amaba de *modo* particular porque entre los monjes que habían promovido también dicha festividad del Smo. Sacramento se hallaban principalmente los monjes de *Villers*, y donde a lo largo de varios siglos se le ha venido tributando culto eclesiástico *con* otros cinco beatos del monasterio. El culto a esta santa monja fue indirectamente aprobado por el papa Clemente XIII en el año 1599, conjuntamente con el tributado al converso beato Arnulfo, concediendo indulgencia a cuantos celebrasen su fiesta.

En Claraval, el bienaventurado Andrés, hermano de san Bernardo y cuarto hijo de Tescelino y Aleth. Cuando san Bernardo andaba en busca do compañeros que lo siguiesen en su vocación, Andrés, que poco antes había estrenado las armas, puso denodada resistencia a las palabras de su hermano, hasta que en un momento exclamó: –“*Veo a mi madre*”. De Císter pasó a Claraval con su santo hermano y este lo nombró portero del monasterio. Fue él quien increpó a Humbelina, en aquella ocasión en que vino a visitar a sus hermanos, por el boato de sus vestidos, que juzgaba cubiertos de estiércol. Su hermana, deshecha en lágrimas se reconoció pecadora y se decidió a emprender una nueva y distinta vida. En los días en que san Bernardo intentaba conciliar las paces entre el rey Luis y el conde de Chanpagne, esto es, en el año 1143 o 1144, Andrés dejó para siempre esta vida inestable y mortal. Ignorante incluso Bernardo de que su hermano se hallara enfermo, tuvo un sueño en el cual se le aparecieron Andrés y Gerardo, y aquel le dio un beso de paz. Comprendió el santo abad por este signo que le pedía permiso para partir; y

a los pocos días, ya con plena certeza de ello, recibió la noticia de su muerte.

6

En España, en el año 1466, la muerte del venerable Martín de Vargas, reformador de la Congregación Cisterciense de la Regular Observancia de España. Nació en Jerez de la Frontera, alrededor de 1380 y murió en el monasterio de Valdeiglesias el 2 de junio de 1446. Muy poco es lo que se sabe de la juventud de este hombre, uno de los reformadores más discutidos que ha tenido la orden del Císter. Sólo consta que se encaminó a Roma, se hizo monje jerónimo, y tanto llegó a destacar en el campo de las letras y de la piedad, que el propio Martín V le nombró consejero y confesor suyo. Mas hacia 1420, cuando podía esperar en Roma un merecido ascenso, no sabemos por qué, se encaminó a España y aparece cambiando de orden, ingresando en el monasterio de Santa M^a de Piedra. Eran unos tiempos en que la disciplina monástica se hallaba resquebrajada en la casi totalidad de los monasterios. Allí, en cambio, se mantenía en una perfección aceptable. Inspirado por Dios, concibió el laudable proyecto de restituir la observancia a su prístina pureza. Comunicados sus planes con un grupo selecto de monjes, que suspiraban por los mismos ideales de reforma, con autorización de sus superiores se encaminó a Roma en compañía de Fr. Miguel de Cuenca, con ánimo de exponer al pontífice aquel ambicioso plan de reforma. Fue bien acogido del pontífice, por ser muy conocido en Roma, pero siguiendo las normas canónicas, se solicitaron los informes correspondientes a España, permaneciendo ambos monjes en Roma por espacio de un año en el monasterio de santa Cecilia, entregados a la oración y a la penitencia, hasta tanto que obtuvieron respuesta favorable del pontífice. Una vez obtenidos los informes necesarios, Martín V accedió a los deseos del pretendido reformador, expidiendo la bula *Pia supplicum vota*, de 24 de octubre de 1425, según la cual se le autorizaba la creación de dos eremitorios en los cuales se pudiera observar la regla de san Benito en toda su rigidez. En ella se destacaban los siguientes puntos: a) Todos los monjes del monasterio de Piedra –así como cualesquiera otros monjes– que

lo deseasen, podían pasar libremente a dichos eremitorios, aún contra el parecer de sus abades respectivos; b) lo mismo él que los otros monjes, gozarían de todos los privilegios concedidos a la orden cisterciense; c) no quedaban sujetos a jurisdicción alguna, excepto al abad de Poblet, de la cual dependía la abadía de Piedra; d) Martín de Vargas, principal propulsor de la reforma, quedaba constituido superior de ambos eremitorios, y a su muerte podían los monjes pasar a nueva elección. f) Por último, se fulminan amenazas contra todos aquellos que intentaren impedir la marcha de la reforma. Estas y otras particularidades contenía la bula fundamental de la nueva reforma. Vueltos a España, trataron de dar los primeros pasos, resolviéndose al fin a fundar el monasterio de Monte Sión, en las inmediaciones de Toledo, cuya primera piedra se colocó el 21 de enero de 1427. Tanto el lugar como el título de la casa fueron escogidos por fray Martín de Vargas, quien ansiaba que desde allí –como desde una nueva Jerusalén– saliera una luz radiante que alumbrara a todos los monasterios de la orden, que caminaban, por lo general, por caminos de inobservancia. En 1430, cediendo a las instancias de Juan II de Castilla y del obispo de Palencia, Martín de Vargas tomó posesión de la abadía de Valbuena, convirtiéndola en segunda casa de la reforma, para la que estaba autorizado. El abad de la casa, Fray Fernando de Santa Colomba o de Benavente, –que la había usurpado a su antecesor–, acababa de ser arrojado del monasterio con gran parte de sus monjes, por orden del rey, debido a las discordias existentes en el seno de la comunidad. Tan grandes eran los desórdenes, que tuvo que intervenir la autoridad real, de acuerdo con la eclesiástica, procediendo a tomar esa medida drástica. Ese abad depuesto, a pesar de ser un intruso en el cargo, en vez de resignarse con su suerte, recurrió al capítulo general de Císter, y éste, pese a que fray Martín de Vargas había conseguido legalizar todos sus pasos ante Eugenio IV –por haberse limitado en Valbuena a cumplir órdenes reales y del obispo diocesano–, la emprendió de manera violenta contra el reformador español. Al principio se mantuvo en cierta moderación, pues sabía muy bien que el reformador estaba protegido y amparado por el pontífice; pero cuando en 1434 obtuvo privilegio de poder incorporar a la reforma otros seis monasterios, arreció la tempestad, poniendo en marcha una violenta campaña contra él, con vistas a cortar de

raíz la escisión de monasterios que barruntaban iba a acaecer en España. En 1438, Felipe de Loos, procurador de la orden en Roma, levantó su voz contra Vargas, acusándole de haber conculcado los estatutos de la orden, y haberse apartado por completo de sus leyes. El capítulo general de la Orden lanzó contra Vargas los mayores anatemas, pero nada fue capaz de apartarle de sus propósitos, por sentirse amparado abiertamente por Eugenio IV, que día a día multiplicaba sus privilegios en favor de la nueva observancia española. Siguió luego un breve respiro que duró algunos años, por más que el rescoldo de la aversión contra Vargas seguía latente, y se buscaba la ocasión de acabar con su obra. En 1445 se fulminó contra él nueva excomunión, ordenándose al abad de la Espina procediese a su detención y encarcelamiento, recurriendo, si era preciso, al brazo secular, en demanda de ayuda. Así se hizo. Las huestes del conde de Haro le capturaron y metieron preso, sucumbiendo gloriosamente en defensa de su obra, bien en la misma cárcel, según algunos, bien a poco de salir de ella, probablemente en el monasterio de Valdeiglesias. Martín de Vargas, a quien se ha censurado injustamente, sobre todo por historiadores extranjeros, puede ser considerado indiscutiblemente como uno de los grandes reformadores del monacato peninsular, y si bien es cierto que su obra no estaba del todo conforme a las tradiciones cistercienses, antes bien introdujo modalidades opuestas a la misma, sin embargo, conste que fueron las circunstancias anormales las que le obligaron a obrar de aquel modo, rompiendo viejos moldes para sustituirlos por otros nuevos llenos de acierto. El tiempo le dio la razón de haber sido acertados, fuera de que nunca dio un paso sin someterlo a la aprobación del papa, pastor supremo que está sobre todas las ordenes religiosas, con poder omnímodo para “atar y desatar” todo aquello que se comprenda para provecho de las almas. Gracias a la reforma promovida por Vargas, el Císter español conocería una franca prosperidad jamás vista en todos los órdenes. La Congregación de Castilla es la gloria más legítima del Císter, tanto por la cantidad como por la calidad de personajes salidos de ella, célebres por las grandes obras benéficas promovidas. Pero la defensa más desconcertante que podemos ofrecer hoy, después de los últimos estudios realizados sobre este reformador, es aportar un dato que sin duda deja en lugar bien bajo a sus difamadores. En los usos redacta-

dos por el propio reformador en 1434, hay el siguiente texto: *Imponat praesidens aliquas orationes pro Eugenio Quarto et Martino quinto summis Pontificibus nostrae regularis observantiae fundatores*, es decir, exhorte el presidente -o abad reformador- a los monjes a elevar preces por los sumos pontífices Eugenio IV y Martín V, fundadores de la congregación. Estas palabras arrojan raudales de luz diáfana sobre la actuación del reformador español, o sea, no estaba solo en su tarea reformista, sino se veía respaldado, cuando no mandado actuar, por ambos pontífices⁴.

En Sta. M^a de la Trapa, el 10 de abril de 1668, pasó a mejor vida el P. Basilio Marteau, monje y sacerdote. Manteniendo siempre plena conciencia de la omnipresencia de Dios, su aspecto externo destellaba gravedad, aunque sin sombra de tristeza, siempre modesto y comedido sin afectación. En el coro se mostraba tan absorto en Dios quo solo mirarle infundía piedad. Todas sus acciones iban tras el fragante amor de Cristo que lo dominaba. Con insistente frecuencia decía a su abad que él no quería mas que estar unido a Cristo, que no deseaba sino desearle a Él. Ordenado sacerdote se trasponía de tal modo en la inmolación de la sagrada hostia, tanta gracia inspiraba en los asistentes, que los tentados y atribulados se sentían no poco consolados y recreados. Ya enfermo, y estando en lidia su fervor religioso y la gravedad de los dolores, no faltó nunca a los diversos actos regulares. Puestas la esperanza y la confianza en Dios, abandonó esto exilio mortal.

⁴ Durante mucho tiempo, prácticamente hasta los días en que se redacta este nuevo menologio, la visión sobre Martín de Vargas ha sido muy pobre e injusta, y se merece su persona un tratamiento más justo como aquí se hace. Se puede consultar (y ciertamente los autores de otros menologios no lo han hecho, aunque le reconocen su virtud) al menos el *Menologium* de Chrisóstomo Enríquez, que da una amplia noticia de este importante monje español (6 de abril, pp. 110-114 de la edición de 1630). Hoy día, gracias a nuevas publicaciones sobre su vida y obra podemos hacernos una mejor idea de este gran monje y fundador de la primera congregación cisterciense de las varias que se formaron en la Orden por parecidos motivos y circunstancias como los que movieron a Martín de Vargas (véase, especialmente, en “Cistercium”, número extraordinario del año 2010: *Apéndice I: Bula de erección de la Congregación Cisterciense de Castilla y su ejecución. Apéndice II: Martín de Vargas y las dificultades iniciales de la Congregación Cisterciense de Castilla*. Y también en “Cistercium”, LXIII (2011) n° 257: *Historia del Monasterio de Montesión*.

7

Descansó hoy en Dios, en la abadía de Noirlac y en el año 1178, el abad Franco, de santa memoria. Se dio en ese mismo año una gran mortandad dentro del monasterio, de suerte que en el espacio de 35 días murieron muchos hermanos, llegándose a tres o cuatro enterramientos diarios. Y era tanta su prontitud y deseo al verse empujados a las puertas de la muerte y término de la vida, que los que se iban se compadecían de los que quedaban, y los que vivían envidiaban a los que morían. Entre ellos, el venerando abad, el día de Viernes Santo entregó a Cristo su alma bienaventurada, Y los pueblos de aquellos contornos acudieron en tropel a su sepulcro atraídos por las gracias y beneficios que allí les hacía el Señor.

En el monasterio de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús, en Maçon, el 11 de abril de 1893, trocó la tierra por el cielo Verónica Brun, priora. Entró en el monasterio de la Inmaculada Concepción de Laval, y por su fervor religioso, era, sin disputa alguna, agraciada siempre con los trabajos más difíciles. Debilitada en su salud perdió uno de los pulmones, por lo que se vio obligada a pasar a la que llamaban tercera orden, dado que las que en ella militaban se dedicaban a obras externas; mas como después esta institución fue suprimida, volvió a formar parte de la comunidad, siendo para todas un luminoso ejemplo de imitación. En el año 1875 iba incluida en el grupo que partió a fundar el nuevo monasterio de Maçon, donde sucesivamente ocupó los cargos de subpriora y, pasados doce años, el de priora, rigiendo su comunidad con gran prudencia, que ella adornaba con insigne virtud y piedad, levantó una vida de espiritualidad limpia y vigorosa, en tanto que ella, durante los seis años de prelación cargaba sobre sí trabajos de todo género, además de las varias y graves enfermedades que la afligían, sin preocuparse a penas de sus propias calamidades, entregada totalmente a la Regla y a la comunidad.

8

En Claraaval y Villers la conmemoración del venerable abad Guillermo. Natural de Bruselas. De prior que era de Villers pasó a ser abad

del mismo cenobio, desplegando en su cargo pastoral la discreción, solicitud y bondad más admirables. Parco y sobrio consigo era liberalísimo con los pobres. Bajo su gobierno, en el año 1231, nació la hija primogénita de la abadía villariense, Ntra. Sra. de Grand-Pré, y, siete años más tarde en 1238, la fundación de San Bernardo de Schelt, sin que la casa madre menguase el culmen de prosperidad y esplendor que había alcanzado. Oída la fama del santo prelado, los monjes de Claraval le eligieron por su abad, llenando de consternación y tristeza la casa de Villers. En 1239, dirigiéndose Guillermo con otros prelados al concilio de obispos convocado por Gregorio IX, fueron apresados por el hijo del emperador Federico II y conducidos a la cárcel, donde permanecieron durante tres años. A ruegos de San Luis, rey de los galos, fue libertado; pero tronchado en sus fuerzas, ya de tiempo atrás debilitadas, poco después, en 1243, se durmió plácidamente en el Señor.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Staoueli, el 11 de este mismo mes del año 1860, pasó a la patria eterna el hermano Marie de la Bothelière, converso. Vástago de noble familia, tomó el hábito religioso en Bellefontaine, acompañando después a Dom Francisco de Régis a la fundación de Staoueli. Allí, para vengarse santamente de los placeres gustados antes en la corte real y de las delicias y halagos de su vida anterior, se dedicó al cuidado de los animales de granja del lugar, sublimando así con su virtud el desprecio que tales criaturas provocaban. Además, notando en sí mismo cierto horror y retraimiento ante los enfermos y los muertos, se ofreció para asistir a los moribundos y enterrar a los fallecidos. Así, en medio de estos trabajos tan repugnantes triunfaba él de las repugnancias de su naturaleza.

9

En Grandselve, Francia, el beato Guillermo, prior. Señor en otro tiempo de Montpellier, y habiendo luchado contra los sarracenos, mereció ver, estando ya en Grandselve, a san Bernardo, que se le apareció la noche misma de su partida de este mundo. Ofreció todo su apoyo y trabajó cuanto pudo en la refundación del monasterio de Valldaura, en España, que por el mal lugar en que se había levantado, fue trasladado

después a Santes Creus. De otros hechos y circunstancias de la vida de este bienaventurado monje nada más se sabe con certeza y precisión.

Su recuerdo va asociado al de un santo hermano converso del cual dice Tomás de Cantimpré que no había podido aprender de memoria mas que estas dos palabras: “Ave María”; y que, después de enterrado, brotó de su tumba un hermoso lirio que en sus pétalos tenía grabado con letras de oro “Ave María”

En el monasterio de Ntra. Sra. de Chambarand, el 10 del mes corriente del año 1895, descansó en la paz del cielo el devotísimo siervo de Dios Gabriel Mossié, converso. Aún en el siglo, siendo militar había sido capitán de caballería de Dragones, era amado de sus soldados por la virtud y ardor que demostraba en todos sus actos, si bien su característica más sobresaliente era la tiernísima devoción con que honraba a la santísima Virgen, desviviéndose en promover e inculcar su culto. Herido en la guerra fue condecorado con las insignias de la Legión de Honor y ascendido en su categoría militar; pero, sintiéndose llamado por María, decidió abandonar el mundo. Y para expiar con más plenitud y eficacia sus pecados juveniles de ambición y arrogancia, que él juzgaba muy voluminosos y aumentados, escogió el monasterio más metido en pobreza y oscuridad; ni siquiera consintió en ser admitido como monje de coro, sino que, con firme determinación, pidió ser incluido en el número de los conversos. Pidió a sus amigos y parientes, y aun a su misma madre y hermana, que le considerasen y tuviesen como muerto y sepultado. En las enfermedades del cuerpo y en las tinieblas del alma solo el amor a María le daba consuelo y le fortalecía. Hecha la profesión solemne fue nombrado hospedero y, desde el primer día, se transformó en apóstol de la devoción y piedad hacia la beatísima Virgen; con sus dulces insinuaciones logró conmover saludablemente los ánimos de muchos. Pidió a su divina Madre morir en sábado y lo consiguió. Sus restos se trasladaron más tarde a la abadía de Sept-Fons.

10

En Villers, de Bravante, el beato Godofredo el Sacristán. En pos del deseo de una vida más estrecha y austera pasó del monasterio benedic-

tino de San Pantaleón de Colonia a Villers. En su rostro relucía la santidad, la madurez en sus consejos, la caridad en el trato con todos. Crecieron tanto sus ansias de la patria suprema que ató en el desprecio los cuidados de la vida temporal, mortificando en todo su carne y se adiestró bien en las virtudes que le habían de ganar el reino celestial. Adornado con el espíritu profético, predijo en varias ocasiones a sus hermanos las tentaciones que los acecharían y, así, aprovechaba para darles convenientes enseñanzas. Fue recreado con numerosas visiones y, sin él saberlo, hasta su cinturón obraba milagros en los enfermos a quienes con él se ceñían. Supo por la santísima Virgen María que la muerte le rondaba muy cerca. Al venir la enfermedad, el dolor, con toda su fuerza, se descargó sobre su cuerpo exhausto por tanta penitencia; con todo, su mente andaba con Dios y no atendía sino a las cosas de arriba. Después de su muerte, ocurrida probablemente en el año 1200, al querer lavar los monjes su cuerpo, vieron que tenía todo el dorso lívido y llagado por las disciplinas. Dios no ha cesado de demostrar por medio de las reliquias de su siervo a qué grado de santidad había felizmente llegado.

En Sta. M^a de Aiguebelle, año 1840, la preciosa muerte de Dom Esteban Malmy, primer restaurador de dicho monasterio. Siendo párroco y ya quincuagenario fue expulsado de su patria, mas él con gran entusiasmo buscó y se asoció en Bruselas a los monjes que procedían de Val-Sainte, y fue el primer novicio de Wesmalle. Poco después le llamó Dom Agustín para que él organizara la huida a Suiza de los monjes y monjas. Estando en Rusia y pese al frío crudísimo que hacía, rezaba solo en la iglesia todo el oficio divino Contaba setenta y dos años cuando retornó a Francia; en pleno invierno, viajando a pie, hubo de recorrer diversas regiones a fin de recoger limosnas para la restauración de Aiguebelle. Cuando este monasterio estuvo restaurado fue elegido como su abad, victorioso sobre sus noventa años. Y así como era duro para sí mismo y gustaba de humillarse cuanto podía, fidelísimo a pesar de su ancianidad a las prescripciones de la Regla, se mostraba pleno de misericordia para con los hermanos, abarcando y amando a todos y cada uno con un amor sincero y alegre. Estando ya en el lecho de muerto, con noventa y seis años de carrera mortal, como última admonición dijo a sus monjes: -*Sed*

siempre fidelísimos a la Regla; y enseguida añadió: –Amaos unos a otros, hijos míos queridísimos, amaos, sí, mutuamente. Y muy poco después exhaló su bendita alma.

11

Rvdo. P. Ángel de Vitoria. Nació en la primera mitad del siglo XVI y murió en Haro el 11 de junio de 1586. Monje cisterciense de Herrera, abad de diversos monasterios, general reformador, místico. Fue “varón clarísimo” de muchos modos. “Claro por sus muchas letras y doctrina, claro por la opinión de santidad y dones celestiales con que fue ilustrado, claro por las dignidades que obtuvo en la Religión, hasta la suprema del generalato”. Fue monje de Herrera (Burgos). El P. Calderón, monje del mismo monasterio, el que más se ocupa de él, añade que el apellido *Vitoria* no era el patronímico, sino lo tomó en homenaje a la patria que le vio nacer. En los libros de tomas de hábito consta se apellidaba *Zincujano*, y recibió la librea monástica el 27 de marzo de 1556 de manos de Plácido de Ocampo. “Después de algunos años de Monachato fue enviado el P. Ángel a los estudios en los Collegios de la orden, en donde aprovechó admirablemente y salió gran Predicador, porque le dio Dios gracia y espíritu para persuadir a penitencia los pecadores y assi se exercitó en este officio algunos años y en este exercicio vino a morir como veremos”. Bien pronto comenzó a figurar en puestos de relieve. En 1575, el Definitorio le nombró, y los monjes aceptaron, para abad de Herrera, “habiendo gobernado su monasterio por espacio de tres años, con gran ejemplo de los monjes, sobre todo con los enfermos, a los cuales visitaba de continuo, regalaba y consolaba en sus trabajos y a horas desusadas iba a sus celdas, las barría y hacía las camas, hasta humillarse a limpiarles los bajos inmundos”. Al finalizar el trienio en 1578, salió electo definidor y se destaca en él una actividad espiritual mariana que le dará no poca fama. Seis años antes, en tiempos del general fray Juan de Guzmán se había dispuesto algo que desagradó a la mayoría de los monjes, disminuir el oficio Parvo de la santísima Virgen en las fiestas mayores de la Señora y en algunos días concretos, dispensando del mismo a algunos religiosos en ciertas circunstancias, y hasta el hecho de simplificarlo bastante, se-

ñalando a diario los salmos graduales, que eran más cortos que los utilizados hasta entonces; en una palabra, seguía el disgusto en gran parte de los monjes, y un deseo ardiente de reflexionar de nuevo sobre aquel cambio. Uno de los más entusiastas en volver a la tradición mariana fue fray Ángel, quien desde su puesto de definidor ejercería una valiosa influencia para hacer volver las aguas a su cauce. Una de las virtudes más destacadas de que dio pruebas fue la prudencia, propia del superior ideal, premiando los méritos del mismo cuando se hacían dignos de ello, corrigiendo y castigando con discreción, por lo que era amado por todos y conseguía fácilmente la enmienda. Su gran celo en mejorar la observancia, nos lo sintetiza Manrique al resaltar en su gobierno estas peculiaridades: Se abstendría de llevar el título de general, puesto que su elección fue únicamente para completar el trienio de su antecesor, en los monasterios cuyo número de monjes no excedía de quince, no podría haber noviciado canónico, por motivo de que mal podían formarse los jóvenes en la vida monástica, si no tenían delante una observancia total de todas las obligaciones que impone ésta. Prohibió en virtud de santa obediencia a los monjes entrar unos en las celdas de otros; sobre todo se esforzó en que no se entregaran a bagatelas, antes se entregaran al estudio y a la *lectio divina* y a la oración asidua, a fin de vivir íntegramente el carisma propio de la orden. En 1580 sintió hondamente la pérdida de dos ilustres monjes, grandes consejeros a quienes acudía de continuo: fray Ángel de Cartagena, abad de Valparaíso, y fray Marcos del Barrio, uno de los hombres más notables que conoció la Congregación en el s. XVI, a la sazón abad de Sandoval. Fue preciso buscar otros dos que suplieran el vacío que dejaron, y los halló en fray Miguel Ángel, abad de la Espina, y en fray Atanasio Morante, que a la sazón era abad de Sobrado, y antes había sido general de la Congregación. Al finalizar el tiempo de su gobierno, dejó todo bien preparado para que se celebrase capítulo general en completa paz, saliendo elegido un varón de gran categoría, de los de mayor relieve de la congregación, fray Marcos de Villalba, hijo de Monte Sión, mientras nuestro fray Ángel fue sublimado a la abadía de Sobrado, una de las más señaladas de la orden, gobernándola con tanto acierto como había hecho con todas las demás por donde había pasado, dejando su nombre immortalizado en ella con la construcción del llamado claustro

grande, obra insigne, “donde viven los monjes que aunque todo él es de sillería llano y sin labores, pero por lo espacioso y magnífico es mui digno de ver”. Otro mérito importante tiene en su haber que no debemos pasar por alto, su intervención en el florecimiento cultural en nuestros monjes. En el verano de 1582 –siendo abad de Sobrado– había sido comisionado por el Capítulo General de 1580 para que en unión del que había sido su sucesor en el cargo, fray Marcos de Villalba y de quien lo había sido antes, fray Atanasio Morante, trataran de ordenar debidamente la marcha de los colegios. Reunidos en la paz de Oseira, trataron seriamente el asunto, “señalaron casas para los colegios de artes y Theología, hicieron leyes para su buen gobierno, repartiendo las horas del día así para los ejercicios literarios, como para el officio divino de suerte que no quedase un momento vaco, las cuales leyes perseveran asta oy con mucho fruto, y lo principal fue que deste congreso tuvo principio la nueva fundación de nro insigne Colegio de Salamanca”. Conviene advertir que a comienzos de siglo tuvo la Congregación colegio en Salamanca, “pero no perseveró allí, porque dentro de breve tiempo se trasladó a la Universidad de Alcalá”. “El negocio, desde luego, pareció arduo al principio -escribe el P. Calderón- y sólo se resolvió el que se encomendase mucho a Dios con oraciones y sacrificios y que sobre ello se consultasen otras personas graves de la Religión. Pero lo que al principio pareció arduo, con el favor divino se descubrió luego fácil porque se hallaron caudales bastantes para la fábrica, con que se le pudo dar feliz principio; y así el año siguiente de 1583 se abrieron los cimientos y se puso la primera piedra fuera de las cercas de la ciudad, y en frente de la puerta que entonces se llamaba de San Francisco y ahora se llama de san Bernardo”. Una vez realizada esta empresa, en que tomó parte muy destacada nuestro monje alavés, al reunirse el Capítulo General en mayo de 1584, le eligieron de nuevo definidor y otra vez le propusieron para abad de Herrera, habiendo sido recibido con entusiasmo y alegría por sus antiguos cohermanos, pues había dejado tan alto el nombre de la casa en todas partes donde había actuado, esperado todos tener un trienio muy feliz. “Pero no fue nuestro Señor servido de que le gozasen mucho tiempo, porque lo quería para sí y aún no cumplidos los dos años de Abadía, se convirtió toda su alegría en llanto, porque vieron entrar por las puertas del mo-

nasterio su cuerpo ya difunto.” La fama que gozaba de gran predicador, suscitó vivo deseo en las autoridades de Haro, las cuales no descansaron hasta conseguir les predicase la cuaresma de 1586, a pesar de tantas ocupaciones como pesaban sobre él. Aceptó la invitación únicamente por darles gusto: “Y lo hizo con tal energía y con tan grande espíritu, que a todos los dexó enamorados. Pero con el trabajo que tubo y el fervor de su predicación se le encendió la sangre y a lo último le dio una enfermedad con calentura tan ardiente, que le acabó en pocos días y así vino a morir a once de abril del mismo año. Truxeron a este monasterio a enterrar su cuerpo que vino en hombros de los más principales señores de la villa de Haro, que se mudaba a trechos porque todos a porfía deseaban cargar con el cuerpo de tan venerable Padre. Vino también acompañándole la comunidad del convento de los padres Agustinos, y fue bien necesario su venida, porque fueron tantas las lágrimas y sollozos de sus súbditos, que no pudiendo cantar ni hacer el officio del entierro, fue necesario lo hiciesen los Agustinos.” Hablan de que a su muerte se vieron algunos signos anormales que todos atribuyeron, entonces, al deseo del Señor de glorificar a aquel siervo fiel que en la vida siempre procuró caminar por la senda segura del bien; sobre todo pudo ser también paga de haber trabajado tanto en restituir el oficio parvo de nuestra Señora, pues Cristo agradece tanto y más lo que se hace por su Madre, como si se le hace a él mismo, ya que la ama entrañablemente como buen Hijo.

En Claraval, el venerable Tescelino, padre según la carne de san Bernardo. Varón de antigua y genuina prosapia feudal, fiel amador de Dios y defensor de la justicia. Cuando vio un día que sus cinco hijos, y tales hijos, abandonaban el hogar paterno, ni lo sintió ni se entristeció, sino que rebosante de alegría solo les aconsejó que en todo obrasen siempre con humildad: –“Porque yo, que os conozco, dijo, he notado que sois tan fogosos en vuestro celo que nunca o casi nunca os rendís.” Y una vez que Nivardo se marchó también a juntarse con ellos y Humbelina se casó, solo ya en el castillo, partió en pos de sus hijos Y se estableció con ellos en Claraval. Después de algún tiempo santamente transcurrido murió avanzado de felicidad en sus años este mismo día del año 1120 aproximadamente.

En Alsacia, en el monasterio do Oelenberg, año 1893, santamente descansó después de una enfermedad plena de dolores el hermano Otón Ricth, converso. Ya desde su noviciado parecía un religioso perfecto, aprovechando de tal modo su tiempo que a todos aventajaba en la oración y el trabajo. En los distintos cargos que le encomendaron, como cillerero y submaestro de novicios, puso siempre de manifiesto su fortaleza, mansedumbre y caridad. Valgan como muestra de su virtud algunos hechos quo de él nos quedan. En una ocasión hubo que amputarle la mano izquierda que una máquina le dejó malparada; no consintió lo anestesiasen para la operación, animando al cirujano a hacerla de eso modo tan crudo. Habiéndolo visitado una hermana, le dijo quo no se preocupase, quo él estaba muerto al mundo y todos los días por caridad oraba por ella en sus plegarias. De sus labios ya moribundos recogieron sus hermanos esta hermosa confesión: –“No temo el tribunal del Juez Supremo, porque todo lo he hecho como si estuviera en la presencia de mis superiores y ellos, en nombre de Dios, me hubiesen de juzgar”

12

En el monasterio de Sept-Fons, el piadoso monje Mauro Doucette. Había sido jefe militar, de costumbres depravadas, que había tomado parte en diversas campañas y recibido varias heridas; pero, tocado de la gracia divina, se puso con decisión en vías de salvación. En principio intentó ingresar en otras órdenes religiosas; pero todo fue inútil, hasta que movido de caridad le admitió Dom Eustaquio de Beaufort. La transformación que se operó en su vida fue causa de admiración en todos, logrando hacerse, por su humildad y sencillez en obedecer, un novicio de máxima recomendación para el futuro. Se ejercitó de un modo particular en la práctica de la presencia de Dios, consiguiendo alcanzar mediante continuos actos de amor una íntima unión con Dios e íntegra inmolación de sí mismo, de tal manera que su sola presencia predicaba en el monasterio el amor de la cruz. A los ocho meses de su profesión descanso para siempre en la quietud de Dios, en la fiesta de san Roberto del año 1633.

13

En Rosendaël, cerca de Malinas, la beata Ida de Lovaina, monja. Alboreaba su juventud y ya el mundo la hastiaba y el cielo la atraía; y entre sombras el demonio la atormentaba. Cierta día que la tentación la perseguía y espoleaba a hacer algo ilícito, la idea de la injuria que hacía al dolor que en aquel mismo miembro con que iba a pecar había padecido en otro tiempo Cristo, fue suficiente para espolear su voluntad contra el placer que los sentidos le ofrecían. Trató su cuerpo con toda clase de asperezas. Cada día saludaba a la augusta Madre de Dios con mil genuflexiones y otras tantas oraciones. Otro ejercicio que le proporcionaba una gran alegría espiritual era entonar algún canto sagrado en honor de Ntra. Señora; la meditación de la Pasión del Señor era su ocupación favorita y a ella se entregaba con toda el alma. Queriendo, pues, el piadoso Jesús premiar de algún modo esta devoción de su sierva le imprimió en sus miembros los estigmas de sus sagradas llagas en forma de unos círculos de diversos colores; mas oyendo los insistentes ruegos de su favorecida esposa, borró las cicatrices sin que desapareciera el dolor. Los vehementes deseos que sentía de recibir a menudo la sagrada comunión mereció del Señor que los viera a veces colmados de modo milagroso. Su fama de santidad creció; pero ella, que sentía gran temor ante la estima de los hombres, pidió ser admitida en el monasterio de Rosendaël. Su contemplación se hizo elevadísima entre los muros de aquella casa de oración. Enriquecida con otros muchos carismas voló al encuentro del Señor hacia el año 1300.

14

En Francia, el beato Raoul, que siendo abad de Toronet fue elevado a la silla episcopal de Sisteron. Después de veinticinco años de episcopado, se cerraron sus días mortales en 1241 y se le sepultó bajo el altar de su iglesia. De él, como prelado “santísimo” testificaba “el Libro Verde” del cabildo catedralicio, escrito a mediados del siglo XVI. Sus numerosos milagros en vida y después de su muerte, resucitando muertos, dando vista a los ciegos, curando a los epilépticos y haciendo andar a los impe-

didos, hicieron que Dios manifestara así en él una vida de santidad y caritativa entrega a todos.

En Kinloss, Escocia, el bienaventurado abad Nerbo. Según viejas narraciones resucitó a dos peregrinos piadosos acuchillados por unos bandoleros, y de ahí que en aquellas regiones se le diera culto como, fijando su fiesta para este día. Se ignora el año de su muerte.

En Inglaterra, la conmemoración del bienaventurado Ricardo, fundador y primer abad de Fountains. Enterados los benedictinos de Sta. M^a de York de la perfección y pureza de vida de los cistercienses se sintieron movidos de santa emulación, y a ellos se unió con agrado también su mismo prior Ricardo. Favorecidos por el obispo de la diócesis, trece monjes abandonaron el monasterio, y después de construir en pleno crudo invierno y en absoluta pobreza, un miserable tugurio al solo cobijo de unos álamos, dieron comienzo a la vida regular tal como la suspiraban. Más tarde enviaron unos emisarios a san Bernardo para significarle que le habían tomado y elegido como padre y a Claraval como casa madre. Gozoso el santo con tales nuevas se congratuló con aquellos egregios varones, dado que, como él decía, “es bastante más fácil encontrar muchos mundanos que se conviertan en buenos que un solo religioso que se trueque en mejor.” Y al regresar envió con ellos a Godofredo de Ainay, santo monje que les había de forjar según el modelo de vida y disciplina de la orden cisterciense. Pasados dos años de agotadora pobreza, la casa empezó a florecer también en las cosas temporales; mientras tanto no dejó de advertir el Legado del Papa en Inglaterra la solicitud que el abad Ricardo ponía en las cosas de Dios y su experiencia en los negocios eclesiásticos. Y juzgando que no debía por más tiempo permanecer oculta bajo el celemín aquella luz, le llevó, a pesar de su oposición, a la curia, con la perspectiva de promoverlo a un cargo de más alta categoría. Pero la providencia divina dispuso los acontecimientos de otro modo. Estando ya en camino para Roma cayó enfermo y, finalizado mientras tanto el plazo dado a su obediencia, consumó en la paz de Dios su carrera terrena el día 30 de abril de 1139.

15

En España, el 16 del presente mes del año 1648, subió al cielo el insigne varón Froilán de Urosa, monje y abad de la Congregación de Castilla. Nació en Carabanchel de Abajo, Madrid, en 1584 y murió en el monasterio de Santa María de Huerta, Soria, el 17 de abril de 1648. Varón y maestro espiritual y abad de varios monasterios de la Congregación Cisterciense de Castilla. En los cuadros que aún se conservan en el monasterio, aparece Fr. Froilán de Urosa con un rostro enjuto y austero, pero bajo un aspecto adusto se ocultaba un alma tierna y equilibrada, como demostró en su larga vida de monje y abad. Nuestro monje nació en Carabanchel de Abajo, ahora, dentro del municipio de la capital de España. Sus padres, Antonio y Juana de Urosa, se opusieron a su ingreso en la vida monástica, pero por fin lo consiguió e ingresó en el monasterio de Santa María de Huerta a los 22 años, en 1606, durante el abadiato de Fr. Lorenzo de Zamora. Al año siguiente y el día entonces de San Benito, 21 de marzo de 1607, emite sus votos monásticos y se entrega de lleno y con seriedad a su formación monástica; según opinión de quienes lo conocieron, Fr. Froilán daba la talla del monje ideal, equiparable a los primitivos monjes de Císter. Los estudios académicos los realiza en la universidad de Alcalá, dando muestras de gran ingenio, pero sus preferencias fueron por la mística, en que fue un maestro consumado. Fue prior de Palazuelos (Valladolid) con el General, Fr. Ángel Manrique, monje como él de Huerta, y de allí pasó a abad de su monasterio, en 1632. Las crónicas del monasterio de Huerta lo recuerdan como constructor; todavía hay una escalera entre los dos claustros, que él mismo ideó y que por ello lleva el nombre de Urosa; remató el claustro herreriano e hizo los retablos para el adorno de la sacristía. También, como todos los abades, tuvo que litigar con los vecinos y en concreto con los duques de Medinaceli, que querían utilizar la capilla mayor de la Iglesia, sin pagar lo establecido por este honor. Cuando concluyó su abadiato, el Capítulo General de la Congregación le encargó que redactara un libro para instrucción de los novicios de la Congregación; cuando lo presentó, fue muy alabado y se mandó que se publicase y se distribuyera por toda la Orden; fue una obra clásica en la Congregación, con varias ediciones en los siglos

XVII y XVIII. Gozó de gran prestigio en la Congregación, ejerciendo los cargos de Visitador General y Definidor o Consejero. Por mayo de 1641 de nuevo se le encarga la abadía de Huerta y acaba en 1644; a los tres años, en 1647, el 17 de abril fallece en su monasterio, lleno de merecimientos y en opinión de santo. Verdaderamente era un hombre de Dios, austero consigo mismo y lleno de comprensión y caridad para con sus hermanos y prójimos. Fue proverbial su afán por la limosna; durante una hambruna general en el país, mantuvo durante mucho tiempo a más de quinientos pobres en la portería y dicen que se multiplicó el trigo en sus manos para poder distribuirlo a los necesitados. Entre sus obras destacan: *Instrucción de Novicios Cistercienses de la Congregación de San Bernardo y Observancia de Castilla*, Alcalá, 1635 (este libro conoció múltiples ediciones y fue el manual de los noviciados hasta finales del siglo XIX); *Tratado de la oración mental*, Valencia 1642; a partir de esta edición va unido con la *Instrucción de Novicios*; *Summa Moral*, inédita.

En Francia, la venerable Antonia de Orleans-Longueville, fundadora de la Congregación de Ntra. Sra. del Calvario. De sangre real, desde el alba primera de su juventud se dio a los ejercicios de penitencia en pos de los anhelos que sentía de virtud. Más tarde, rotas las ligaduras de su matrimonio por la muerte violenta de su esposo, vistió en Toulouse el hábito de las vírgenes fulienses, a todas las cuales sobrepasó en la reciedumbre y dureza con que trató su cuerpo, de suerte que se le llamaba “verdugo del placer”. Por orden del papa se vio obligada a intervenir en la reforma de la orden de Fontevrault; pero frustrada su obra fundó en Poitiers una casa de la misma orden desligada de la potestad de los superiores propios y unida a la congregación Fuliense, y cuyas religiosas, observando sin ninguna mitigación la Regla de san Benito, se consagrasen de un modo especial a venerar la Pasión del Redentor. Por esta causa eligieron como patrona a la santísima Virgen dolorosa y compasiva de los tormentos de su Hijo junto a la cruz y con el fin de ofrecer a Dios todas sus oraciones y ejercicios penitenciales por la conversión de los herejes y pecadores y recuperación de Tierra Santa. Un año después de comenzada la fundación, la fundadora se durmió en el Señor el día 25 del corriente mes del año 1618.

16

En Dunes, Holanda, en el año 1625 el tránsito de Dom Adriano Chancellor, abad. Nacido de padres piadosos le llevaron al monasterio de monjas cistercienses de Rawensberg para que, bajo la dirección del capellán aprovechara más en las virtudes. Años adelante fue admitido en el cenobio dunense; después, monje y jovenzuelo aún, se le encomendó la administración de los bienes temporales y al poco tiempo, por sufragio unánime de los religiosos fue postulado abad cuando apenas contaba treinta años de edad. Aterrado, hubo de ser convencido por los padres más antiguos y prudentes de que su elección era voluntad manifiesta de Dios. Nada le molestaba más que oír las alabanzas que se le tributaban. Cada día, después de prolonga oración mental, ofrecía el santo sacrificio de la misa, no sin antes haber purificado su alma en el sacramento de la penitencia, que recibía no por escrúpulos de conciencia sino para más aprovecharse de la gracia sacramental. En el patrocinio de la Virgen Inmaculada había puesto toda su confianza. Promovió al mismo tiempo el estado temporal y económico de su monasterio, dejándolo tan abastecido que a las claras manifestaba la feliz unión que en él hacían Marta y María, la acción y la contemplación. Cuando menos era de esperar, una mortal enfermedad se adueñó de él. Ya en el lecho de muerte, entre otros actos de fe, esperanza y caridad, exclamó: *—Y aunque obligado, Señor, por mis pecados me tengas que condenar eternamente, confieso y protesto que, por esto mismo, quiero eternamente amarte y alabarte, pues eres justo.* Finalmente, vencido por los dolores de la enfermedad, al filo del alba del domingo de Resurrección, expiró a los cuarenta y tres años de edad.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Lac, Canadá, en el año 1886, pasó a la eternidad el joven Benito Péteul, quo antes había sido subprior de Bellefontaine. Nada cultivó con más interés en su corazón que la unión siempre creciente con Jesús, ni otro deseo le agitaba que, abrazado a la cruz, vivir la misma vida del Salvador, sumiso y obediente y siempre alegre en el Señor. Enviado que fue a Canadá, convino con su piadosa madre para no volver a escribirse más, ofreciendo en sacrificio a Dios aquel dulce y mutuo solaz. Sin turbarse en lo más mínimo por la proximidad de la muerte, a los veintitrés años se durmió piadosamente en los brazos de Dios.

17

Pasó en este día a mejor vida nuestro P. San Roberto, cuya fiesta celebramos el 29 de este mismo mes. Hoy día se celebran los fundadores de Císter el 26 de enero.

En Ntra. Sra. de Aiguebelle, en el año 1879, la muerte del hermano Humberto Chaumartin, converso. Este buen hermano, jovial y sencillo, durante largo tiempo fue molinero de las granjas del monasterio. Había entre los hortelanos del contorno, que se aprovechaban de sus trabajos de molienda, uno protestante, y por cuya conversión no cesó de rogar el buen hermano. Estando ya enfermo y achacoso y cargado de años, cierto día le pareció oír una voz interna que le dijo: *—La luz por la luz.* El sentido de estas enigmáticas palabras lo conoció cuando no mucho después comenzaron sus ojos a vidriarse y debilitarse, quedando en pocos días totalmente ciego. Presintiendo así que Dios oiría con más clemencia sus oraciones, con ánimo generoso ofreció el sacrificio de sus ojos por la salvación de aquel por quien aun la vida misma estaba dispuesto a dar, según sus propias palabras. Sin más enfermedad pasó así dos o tres años hasta coronar el día supremo. Escasos meses después murió también el hortelano aquel, pasando antes de morir de las tinieblas de su error a la luz de la verdad católica.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Bon-Socours, en Maubec, Francia, en el año 1864, nació para el cielo la hermana Bernarda de Longeville a los veinticinco años de edad. Niña todavía, al recibir por primera vez a Jesús Eucaristía en su pecho comprendió que la quería para sí. Su piedad era sencilla, sin artificios, sólida, sin temor a las privaciones, en todo momento estaba dispuesta a ofrecerse a cualquier trabado por duro que fuese. Los primores de su caridad los consagró a los pobres y enfermos. Al fin, habiendo logrado ingresar en el monasterio, siendo novicia, prometió al Señor ante el Smo. Sacramento expuesto que nada negaría a su divino Corazón. Al poco tiempo de profesar fue designada maestra de novicias, oficio que recibió con gran temor, pero que ejerció maternalmente. Desdeñando la propia debilidad corporal solo obraba por amor a Jesús y María, sin preocuparse mas que de agradecerles, porque, *es inútil buscar la perfección sin esto*, decía. Como una paloma voló al Esposo y

su director espiritual escribía a la abadesa diciéndole suavemente: –“¿Por qué no mandais hacer milagros a sor M^a Bernarda?”

18

En algunos monasterios de la Orden la festividad del beato Idesbaldo, abad de Prunes. Siendo uno de los principales personajes de Furnes, en Holanda, y habiendo perdido a su mujer e hijos, maduro ya en edad entró en el monasterio de Dunes. Pasados algunos años fue elegido abad, el tercero del monasterio, bajo la persistencia del bienaventurado Roberto de Bruges, que le había precedido en el abadiato y sucedería a san Bernardo en Claraval. Fue Idesbaldo hombre de gran actividad para la religión y para el trabajo. Gobernó la abadía durante doce años y murió en el año 1167, en día desconocido, si bien posteriormente al 22 de julio. Su cuerpo fue hallado incorrupto en los años 1237 y 1624, aprobando León XIII en 1894 el culto inmemorial que se le tributaba.

En Inglaterra, en 1565, la gloriosa muerte de Juan Almond, mártir. Según se cree pertenecía a la abadía de Vall-Royal en el condado de Chester. Con poco caudal de ciencias humanas, pero de una piedad acendrada, ni las injurias ni los suplicios ni con amenazas y promesas, lograron derrocarlo de la fortaleza de su fe católica. Con palabras vibrantes y transidas de gozo, llenas de gracejo y humor, animaba y exhortaba a la constancia y fidelidad a la bandera de Cristo a sus compañeros de prisión. Sin sosiego, de una cárcel en otra, se avejentó en poco tiempo su cuerpo y sus ojos se nublaron. Soportó armado de paciencia toda suerte de enfermedades físicas y otras muchas graves incomodidades. Pasados así muchos años, sobrecargado, por su fe y amor a Cristo, de persecuciones y tormentos que sufrió siempre con ánimo alegre, mereció recibir, al fin, la corona gloriosa de la victoria.

En Alsacia, en el monasterio de monjas de Oelemberg, año 1862, la muerte de la joven religiosa Escolástica Bleicher. Fue en su juventud bastante vanidosa, hasta que, con ocasión de unos ejercicios espirituales, reconociendo sus descarríos y liviandades, comenzó a oponerles seria resistencia y llevar, aun en medio del mundo, una vida realmente monás-

tica. Admitida en el monasterio después de múltiples solicitudes, siempre unida por el amor más tierno en la cruz y el sagrario al Esposo divino, en breve tiempo se ganó entre sus propias hermanas opinión de santa. Resbalaban sus días por el segundo año de noviciado, cuando una perniciosa dolencia hizo presa sobre ella, y pronunciando sus votos *in articulo mortis* con gran alegría, gozosa adelantó la fiesta de sus bodas celestiales y eternas.

19

En los monasterios de Balerne y Bellevaux, el venerado abad Bucardo. En el año 1136 los monjes benedictinos de Balerne dieron principio a una vida más estrecha y concibieron el deseo de hacerse cistercienses. Secundando estos anhelos san Bernardo les envió a Bucardo, joven monje de Claraval, para que les instruyese en las observancias de Císter y, ya instruidos, los presidiese. Bucardo respondió perfectamente a la confianza y esperanza que el santo depositó en él, mereciendo recibir de su amado abad una hermosa carta gratulatoria para él y la comunidad. En ella se goza san Bernardo porque la simiente que él sembró había caído en tierra buena y productiva, y porque el niño que engendró, no en cuanto al cuerpo sino en la sencillez, podía ser propuesto por el Salvador como modelo a los ancianos, pues les descubrió lo que oculta a los sabios y prudentes. Fue eximio orador y escritor. En 1157 fue llamado para gobernar la abadía de Bellevaux, donde en el año 1163, se durmió en el Señor.

En Rievaulx, Inglaterra, el bienaventurado abad Silvano, sucesor de san Elredo. Cantó sus glorias un monje del mismo monasterio, Mateo el Chantre, el cual enaltece su santidad aun por encima de sus predecesores. Según palabras del mismo escritor, “en la pobreza de vida fue Silvano un Antonio o un Pablo; su comida era miserable, su vestido áspero, su sueño breve, su lecho duro; con fuertes disciplinas castigaba su cuerpo, viviendo en la tierra moraba en el cielo solo peregrino con el cuerpo por este mundo”. Alejandro III le nombró juez en numerosos litigios. Hacia el año 1199, probablemente, murió en Byland, donde fue enterrado.

En el monasterio de Soleilmont, en Hainaut, el 21 de abril de 1694, expiró santamente la venerable abadesa Eugenia de la Halle que, como madre incomparable, gobernó a sus hijas durante treinta y cuatro años en la más ancha prosperidad espiritual y temporal, haciéndoles con la caridad suave y leve el yugo del Señor. *Su* fe y confianza en Dios no solo no menguaban frente a los peligros que la cruel guerra volcaba sobre su grey, sino que se crecían y avivaban para impetrar con sus oraciones la gracia de no ver desperdigada la comunidad. Querida de todas por sus grandes virtudes, a los setenta y cinco años dejó para siempre este mundo de destierro.

En el año 1666, la publicación de la Constitución *In suprema* por el papa Alejandro VII, ordenando y aprobando la reforma de la Orden Cisterciense.

20

La beata Hildegundis de Schönau, en Alemania, novicia. Muerta la madre, el padre tomó a su hija, la vistió con ropas de hombre, le sobrepuso el nombre de José y con ella se puso en peregrinación a Tierra Santa. Pero en el camino falleció el padre. Aprovechándose entonces el servidor que los había acompañado, se apoderó de cuanto llevaban y abandonó a la pobre muchacha; pero Dios la protegió de modo maravilloso. Retornó a su patria persistiendo de buena fe en disimular su sexo, y fue recibida en el monasterio de Schönau. Sin guardar compasión alguna con su tierno cuerpo, se sometió a los trabajos más duros. Al poco tiempo cayó en poder de la enfermedad, y, estando aún en el noviciado, voló a Dios en este día del año 1188. Descubierta la verdad fue inscrito su nombre en algunos catálogos de santos, gozando de culto inmemorial.

En Livland, hacia el año 1215, el martirio de Federico de Altzell, monje y sacerdote. Con autoridad del papa, el obispo Teodorico lo asoció a su obra de predicación del evangelio. Después de celebrar solemnemente la festividad del domingo de Resurrección se propuso, con él y otros más, descender a Riga en *un* navío; pero echándose sobre ellos unos piratas los apresaron y sometieron a diversos tormentos sin que ellos ce-

saran de alabar al Señor, hasta que hendiendo con hachas sus espaldas los quitaron la vida.

Se conmemora también en este día el beato Giraldo de Salis, que de canónigo regular que era se hizo eremita y fundó después muchos monasterios, de los que la mayor parte abrazaron años adelante la vida cisterciense. Murió el 20 de abril del año 1120 en el último monasterio fundado, Ntra. Sra. des Châtelliers, que más tarde habría de adherirse también a la Orden cisterciense.

21

En Cister, el beato Fastrado, octavo abad de dicho lugar. La vida austera que llevó en el siglo todavía se hizo más dura cuando entró como monje en Claraval. El mismo san Bernardo le nombró, años después, abad de Cambrón. Pero al morir el beato Roberto de Bruges, que había sucedido a san Bernardo, fue elegido Fastrado para regir la abadía claravalense. Al solo rumor de esta decisión, turbado y acongojado, huyó, dirigiéndose a un monasterio de la orden cartujana, donde por varios días permaneció oculto. Se le apareció entonces la gloriosa Madre de Dios, quien poniéndole en los brazos a su divino Niño, le dijo: -“Toma a mi hijo y guárdamelo.” El beato entendió claramente que los que confiaba a sus cuidados eran miembros de Cristo. La gracia del Espíritu Santo brillaba en su rostro, que más parecía angélico que humano, y la pureza y la modestia se transparentaba en todo su exterior como impresas con un sello divino. A la vez que otros prelados cistercienses hizo de su parte cuanto pudo para que Alejandro III fuese reconocido por todos como papa legítimo. Renunció Lamberto al abadiato de Cister y por unanimidad fue nombrado Fastrado para sucederlo. A los dos años escasos, en 1165, estando en París para solicitar la canonización de san Bernardo y tratar otros negocios con el papa Alejandro, la enfermedad lo derrumbó en el lecho. En su trance postrero el mismo papa le administró la extremaunción y le dio la bendición apostólica, al tiempo que con gran piedad y afecto se compadecía del santo moribundo. Igualmente, el piadoso Luis, rey de Francia, que también se hallaba presente, transido de tristeza, de-

rramó abundantes lágrimas sobre aquel venerable varón, como si perdiese un padre entrañablemente querido. Los despojos mortales de tan ilustre abad fueron trasladados a Císter y entregados a la tierra con suma devoción y sentimiento.

En Sta. M^a de Acey, en el año 1698, la muerte del hermano converso Achard, lorenés de origen y carretero de oficio. En toda su vida no cesó de hacer los honores más cabales a su nombre de pila. Aunque de carácter fuerte se mostraba siempre pleno de solicitudes para no causar a sus hermanos la más leve molestia, afanándose por servir a todos del modo más cumplido dentro de la más exacta observancia regular. Su devoción más íntima, la que más brilló en su vida, fue sin duda a la santísima Eucaristía. Todos los días, de rodillas en un suelo frío y húmedo, en el ambiente crudo de una vetusta y ruinoso iglesia, como si el alma se hallara ausentó del cuerpo, se estaba en oración ante el santísimo horas enteras. Ya enfermo, un jueves, después de recibir la sagrada comunión, habiéndose quedado solo por unos momentos ocupado en la acción de gracias, transcurrido no más que un cuarto de hora, fue hallado difunto con las manos religiosamente posadas sobre el pecho.

22

En Francia, el bienaventurado Jean de la Barrière, santo fundador de la congregación de los Fulienses. A disgusto suyo a los dieciocho años recibió en encomienda la abadía de Feuillants. Mas como sinceramente le repugnaba no ser lo que parecía determinó vestir el hábito monástico y levantar la observancia regular a las alturas del primitivo fervor, exactamente allí donde Dios lo había puesto. Después de cuatro años de increíbles trabajos, angustias, diatribas y asperezas que contra él se alzaron, al fin, en la fiesta de la Exaltación de la Sta. Cruz del año 1577, con solo cuatro jóvenes novicios instauró la vida monacal íntegramente. Si bien, atraído por el vértigo de la santidad añadió a los preceptos de la Regla otras durísimas austeridades, ajenas a la mente de san Benito, a pesar de todo, con la celebridad de tal reforma, el número de novicios crecía y fue preciso enviar nuevas colonias de monjes por Francia e Italia. Y para quo

no se marchitasen en su vida de rígida y estrecha disciplina, sin atender a las innumerables incomodidades de los caminos, él las visitaba asiduamente; y así, en alas del celo por la salvación de las almas recorría toda la Aquitania con los pies descalzos alimentado con solo pan y agua, predicando y animando a la enmienda de costumbres a las gentes, que, movidas de contrición, en masa corrían a oírlo. Falsos hermanos le acusaron; llamado a Roma y depuesto del cargo de superior; no obstante su inocencia, soportó alegremente durante ocho años la persecución. Examinada de nuevo la causa, quedó rehabilitado en su honor. Poco después, el 25 de abril de 1600, partió de esta vida. Al recibir la noticia de su muerte, el mismo papa Clemente VIII no pudo contener las lágrimas. Después, acompañado de toda la curia, oró ante el féretro de aquel santo y noble abad, sin dudar compararlo con los dos santos de su mismo tiempo, Carlos Borromeo y Teresa de Jesús. Incluso indicó la conveniencia de introducir su causa de beatificación y le honró ya desde entonces con el título de beato.

23

En Claraval, el beato Roberto, abad. Oriundo de Bruges y primer sucesor de san Bernardo en el gobierno de la abadía. En el siglo había sido clérigo de la diócesis de Laon y profesor de filosofía; después fue uno de los treinta novicios que san Bernardo se llevó de Flandes a su cenobio claravalense. Más tarde fue enviado al monasterio de Prunes para instruir en la vida cisterciense a los monjes que allí moraban. Estando san Bernardo rodeado de sus monjes pocos días antes de su gloriosa muerte, les insinuó con cierta persuasión y aconsejó que eligiesen a Roberto como sucesor suyo, haciendo de él grandes elogios. Así fue, y se dignó tanto el Señor en derramar la paz durante su gobierno abacial, dentro y fuera de los claustros monásticos, en Claraval y sus filiaciones, que llenó de felicidad los años aquellos. Y eso que el humilde abad ejerció con tanta más modestia el cargo pastoral cuanto se juzgaba inferior a los méritos de su predecesor. A los tres años y medio, el Viernes Santo, estando con los pies descalzos, según lo preceptuado en los usos de la Orden, cogió un fuerte enfriamiento que al día siguiente le produjo una

alta y grave fiebre que lo llevó suavemente a los brazos de Dios entre la congoja y llanto de toda la comunidad. Era el 29 de abril de 1157.

En Signy, Francia, el beato Gerardo de Orcimont, abad, en otro tiempo del monasterio benedictino de Florennes, en la diócesis de Lieja. Muy celebrado en su tiempo por su piedad y erudición, rigió a sus monjes con toda modestia, mansedumbre y piedad, procurando alzar los fundamentos medio derruidos de la vida monástica. Pero como sus deseos le pedían una profesión de vida más austera, acompañado de doce monjes que quisieron seguirlo, fue a Signy suplicando ser recibido con sus compañeros. Pero llevando a mal y molestos sus monjes ante tal decisión, recurrieron a Roma para que por medio de cartas pontificias y bajo censura eclesiástica se vieran él y sus seguidores coaccionados a tornar a su primitiva morada. Obligado así a ir a Roma, Gerardo, con toda humildad y sencillez, encarecidamente solicitó del Sumo Pontífice la gracia de vivir según sus deseos en el monasterio de Signy. En él, pasado algún tiempo, fue nombrado prior, y lleno de días y de virtudes se fue a Dios en el año 1138. En su sepulcro se realizaron múltiples y milagrosas curaciones; sus restos mortales, juntamente con los del beato Guillermo, abad también en otro tiempo del monasterio benedictino de Saint-Thierry, y con los del beato Arnulfo, que lo había sido de San Hilario de Poitiers, fueron solemnemente exhumados en 1234. Parte de estos restos gloriosos del beato Gerardo fueron llevados en 1668 a Florennes, a petición de los monjes, los cuales, con la anuencia del Obispo de Lieja, celebraron desde entonces la misa en honor del bienaventurado abad.

24

Ambrosio de Herrera, monje del monasterio del mismo nombre, en España. Célebre por sus ejemplos admirables de obediencia y humildad mereció experimentar en la oración grandes y celestes consolaciones. Estando en una ocasión enfermo de grave dolencia so le apareció el niño Jesús, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, rodeado de celestiales esplendores y vestido con la cogulla cisterciense; ante tal visión, exultante de gozo, quedó completamente curado de la enfermedad. Murió santamente el 30 de abril de 1613.

En Bélgica, en el año 1247, descansó en el Señor la bienaventurada Gontla de Aerscht, abadesa. A fines del siglo XII, las monjas de Florival, no sin grandes y prolongadas dificultades por parte de extraños al monasterio, pasaron de la Orden de San Benito a los cistercienses. Como primera abadesa eligieron a Gontla, que en las cosas temporales se vio ayudada de modo especialísimo por el bienaventurado Bartolomé de Tirlemont, padre de la venerable Beatriz, célebre priora de Nazareth, que en Florival inició su vida monástica. Antes de dejar este mundo hubo de padecer la santa abadesa una larguísima agonía, que compendiasse en su cuerpo la purificación total de su vida. Ilustre por sus milagros, santamente partió de este mundo, siendo sepultada en medio del coro.

Igualmente, en Bélgica, en, el año 1472, dejó para siempre este destierro la venerada abadesa de Biloque, Gertrudis de Pottolis, reformadora del monasterio. Hija de noble familia y dotada de una admirable mansedumbre y suavidad de espíritu, amantísima de la paz y la concordia, consagró lo más exquisito de su compasión y misericordia para los afligidos; huía de modo especial de todo lo que supusiera ruido, vanidad y ligereza. Nombrada ecónoma del monasterio, más tarde fue elegida abadesa. Con su palabra y con su ejemplo restituyó en todo su vigor la clausura y restableció y consolidó el uso común de los bienes temporales y la abstinencia. Como una madre tierna cuidaba con esmero de sus hijas, llevándolas a todas por sendas de paz y caridad. De ahí que en breve tiempo el monasterio acrecentara no solo en virtud sino también en número y calidad de vida. Después de su muerte el abad de Nyseelle mandó que enterrasen su cuerpo en el coro de los sacerdotes, porque a su juicio aquella santa mujer era digna de no menor reverencia y honor que un sacerdote.

25

En Avignon, Francia, el beato Benedicto XII, papa. De nombre Santiago Fournier, o de Four, tomó el hábito monacal en el monasterio de Boulbonne, siendo después nombrado abad de Fontfroide. Elevado por Juan XXII a la silla episcopal de Pamiers, y después a la de Mirepoix, se mostró ferviente y severo celador de la fe, juez siempre íntegro y dili-

gente, pero también misericordioso y compasivo. Ornado con la púrpura cardenalicia, el pueblo le llamaba “el cardenal blanco”, por el hábito religioso que no abandonó. Finalmente ascendió a la cumbre de la cátedra apostólica. Sus primeros esfuerzos se centraron en reforma de la disciplina eclesiástica, abierto a la perspectiva de una reforma total de los monjes, tanto benedictinos como cistercienses. Visitó los monasterios de estos últimos y promulgó la Constitución que empieza con las palabras *Fulgens sicut stella matutina*, estatuyendo y dando normas acerca de la observancia monástica, la administración de los bienes temporales y los estudios teológicos que en monasterios y colegios se habían de llevar a cabo. Él mismo, en cuanto le era posible, observaba las normas de disciplina que la Orden proponía, sin desdeñar presentarse aun en los actos pontificios vestido con su cogulla blanca. Con encendido celo apostólico luchó contra las herejías que en diversos reinos pululaban. Profundamente humilde, alegre y decidido desterró de su persona y de todo lo suyo personal cuanto ofrecía la pompa mundana y la vanagloria. E igual postura de integridad guardó para con el nepotismo. Estando ya en el lecho de muerte, —era el 25 de abril de 1342— a los ruegos de sus parientes y consanguíneos, respondió: *-Soy un monje, y no tengo nada propio*. Los historiadores más ecuanímenes lo reconocen como “fiel amador del Crucificado” y “amigo apasionado de la paz”.

26

Festividad de santa Franca. De noble linaje, antes de cumplir los siete años, sus padres la internaron en el monasterio de San Siro de Piacenza, que pertenecía a la orden de san Benito, donde recibió el velo religioso al llegar a los catorce años. A pesar de tan corta edad ya las monjas observaban su interés en evitar todo lo que tenía ribetes de vano y pueril, ocupada con gusto en el oficio divino y en la oración, en las labores conventuales y en el servicio de las enfermas. Semanalmente ayudaba tres días a pan y agua; durante la cuaresma no comía nada cocido o condimentado, sino solo pan, habas y legumbres crudas suavizadas no más que con un poco sal y agua, reservando todavía el pan sobrante para dárselo a los pobres, siempre piadosamente solícita de sus necesidades.

Unánimemente las religiosas la eligieron abadesa. Consigo misma continuó tan áspera y ruda como antes, pero dulce y blanda en acallar y remover las necesidades y penurias ajenas. Con frecuencia hasta el milagro vino a ayudarle a corregir las faltas de sus hermanas. Sin embargo, en un cierto tiempo fue objeto de injustas y mendaces calumnias. Fundado en 1200, cerca de Piacenza, un monasterio de monjas cistercienses, estas eligieron como superiora y madre espiritual y de unánime acuerdo a Franca, quien con consentimiento del obispo pasó de San Siro a su nueva morada. Aquí todos los días, al caer la noche y en cuanto sentía que las hermanas dormían, se retiraba al oratorio y pasaba la noche en oración hasta que, ya de madrugada, de nuevo despertaba a la comunidad. Un día, negándose Garenia, que era la priora, a darle las llaves de la iglesia, ella, según costumbre entró igualmente a hacer su oración, y el mismo Cristo le abrió las puertas. Llenas de solicitud las hijas por la salud de su madre espiritual, vieron cómo Dios corroboró con un milagro la abstinencia de manjares delicados que su sierva implacablemente guardaba. Llegó el 25 de abril de 1210 y aquella alma quedó libre de la carne mortal, siendo su cuerpo sepultado en la iglesia.

San Rafael Arnáiz Barón. Nace en Burgos el día 9 de abril de 1911. Sus padres se llamaban Rafael y Mercedes. Unos días después recibió el bautismo en la parroquia burgalesa de Santa Águeda con el nombre de Rafael. A los dos años nació su hermano Luis Fernando, que más tarde ingresaría en la orden de san Bruno, los Cartujos. Luego nació Leopoldo, que cursó la carrera de Leyes, y por último Mercedes, que ingresó en la Congregación de Religiosas Ursulinas de Jesús. La infancia de Rafael transcurrió serena. A los ocho años y medio recibió a Dios por primera vez en la iglesia de la Visitación del monasterio de las Salesas de Burgos, el 25 de octubre de 1919. En 1922 su padre, ingeniero de montes, fue trasladado a Oviedo y ya en esta población con sus hermanos Luis Fernando y Leopoldo ingresó Rafael como externo en el colegio de la Compañía de Jesús. En el año 1926, a petición suya comenzó sus clases de dibujo y pintura con el paisajista D. Eugenio Tamayo. El amor al arte pictórico fue siempre la faceta más destacada del espíritu de Rafael. Todo lo veía bajo el prisma del color y de la forma. Dios quizá se valió de este medio

para atraerle a Sí. El 26 de abril de 1930 es admitido en la escuela superior de arquitectura de Madrid. El 23 de septiembre de 1930 visitó por primera vez el austero monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas. Sus ojos de artista se enamoraron de las bellezas externas, su intuición musical se extasió con las sonoras armonías del canto litúrgico, su alma, en fin, quedó prendida para siempre en el ambiente austero, en el penitente silencio, en el aroma fragante de virtudes y renunciaciones. Del 25 de enero al 26 de julio de 1933, Rafael cumplió su servicio militar, sirviendo en Ingenieros, en el batallón de Zapadores Minadores, bajo el mando del entonces Coronel D. Salvador García de Pruneda. El 19 de noviembre de 1933, escribió al abad Dom Félix Alonso para pedir el ingreso. El P. Marcelo, maestro de novicios, le respondió invitándole a la Trapa para hablarlo entre los dos. Rafael fue a la Trapa desde Ávila el 24 de noviembre, donde pernocta, y el 25 vuelve a Ávila, ya admitido como novicio en el monasterio. Poco a poco fue despidiéndose de lo suyos... El 15 de enero de 1934, dejaba el padre a su hijo en el monasterio de San Isidro de Dueñas, bajo el amparo de Dios y de los monjes del Císter. Tenía Rafael veintidós años. El 18 de Febrero de 1934 escribe a su madre: “Hace solamente una hora, que tu hijo ya no es Rafael a secas, se llama “Fray María Rafael”... “Fray” quiere decir hermano. Estoy muy contento hoy me han dado el hábito; me he emocionado mucho y no hago más que bendecir a Dios que tanto me quiere.” Poco después se detectaría en él una anomalía diabética. El día 25 de mayo el padre maestro de novicios escribió una carta a sus padres dándoles cuenta de la gravedad de la situación y la urgencia de regresar a casa para un buen tratamiento de sacarina, que en el monasterio no podría seguir. Aquel mismo día su padre fue a buscarle al monasterio, pasó allí la noche y al día siguiente partieron con profundo dolor para Rafael. Toda la comunidad se despidió de aquel novicio, en silencio, sin lágrimas ni palabras, pero con la honda pena de verle acabado, exhausto, con el sufrimiento reflejado en su semblante, y sin embargo sonriente siempre con la sonrisa y paz que emanan de Dios. El P. Abad hizo una excepción con aquel hijo suyo muy amado y le dejó llevar el hábito de novicio como don precioso, para envolver su cuerpo si la voluntad de Dios le hacía morir en el mundo... En la tarde del día 26 de mayo de 1934, llegaba Rafael a casa de sus padres,

pálido, sin vista, casi moribundo, con el traje de seglar colgándole de los hombros, pues fueron veinticuatro kilos los que perdió en ocho días y... sonriente, como si fuese el hombre más feliz de la tierra. Pasaron casi dos años y medio y Rafael vuelve a la Trapa de San Isidro, el 11 de enero de 1936, pero en condición de “oblato” sin derechos ni obligaciones jurídicas ateniéndose tan sólo a las decisiones del P. Abad. Pero él trasciende esta situación y escribe: “Oblato significa ofrenda” y añade: “procuraré ser un oblatto santo”. Y comienza a escribir *Meditaciones de un trapense* con este versillo de Sta. Teresa: “Vivo sin vivir en mí, y de tal manera espero, que muero porque no muero”. Casi cuatro meses después, el 29 de septiembre de 1936, sale por segunda vez del monasterio con otros jóvenes que fueron llamados al frente de combate con ocasión de la guerra civil 1936-39. Por su enfermedad diabética fue declarado inútil total para el servicio de las armas. Y Rafael volvió por tercera vez al monasterio el 6 de diciembre de 1936. Dos días después, en la fiesta de la Inmaculada, comienza a escribir *Mi Cuaderno* dedicado a su hermano Leopoldo. Pero la enfermedad ha vuelto a recrudecerse, y el 7 de febrero de 1937, tiene que salir por tercera vez del monasterio. En esta ocasión se irá a Villсандино (Burgos) donde tienen sus padres una casa y unas fincas y allí permanecerá diez meses. Dios quería mucho a Rafael, probando sin cesar el temple y fortaleza de su alma... Pero Rafael tenía prisa. Finalizó el mes de noviembre y escribe una larga carta al hermano enfermero, que trataba de disuadirle no volviera tan pronto a la Trapa, ya que no podía estar bien atendido. Y amaneció el día 15 de diciembre, y Rafael se fue para siempre de la casa de sus padres. No había que hacer equipajes, pues nada poseía. Su rosario, su oficio y su crucifijo en un bolsillo del pantalón en el que le acariciaba a escondidas del mundo. Era la cuarta vez que volvía al monasterio, y en esta ocasión de modo definitivo. Al día siguiente –como si tuviera prisa para dejar su mensaje– comienza su cuaderno *Dios y mi alma*, la fuente más valiosa y secreta de su vida espiritual, que podría ser considerada como su testamento. Y escribe: “Ayer, al dejar mi casa, a mis padres y hermanos, fue uno de los días de mi vida que más sufrí. “¡Sólo Dios!”... ese es mi tema..., ese es mi único pensamiento”. El jueves de Pascua, 21 de abril de 1938, llega a la Trapa el padre de Rafael. Iba a ver a su hijo. Nunca le había visto con mejor color

en las mejillas y con más brillo en las pupilas. “Aquí tienes a un fraile con mucha tela, -dijo al padre con su acostumbrada jovialidad- no sé qué hacer con las mangas”. Lo que no podía sospechar el padre era que, en la despedida, abrazaba al hijo por última vez. Al día siguiente cayó en cama para no levantarse más. La fiebre, altísima, subía sin cesar hasta llegar al delirio. Pasada la crisis se mostraba sereno y totalmente resignado. Su alma ansiaba elevar el vuelo hacia el seno de Dios: “No tardes Señor... mira que tu siervo Rafael tiene prisa de estar contigo... de ver a María. Mi fin está próximo. Muy pronto me marcharé al cielo.” Y hacia las seis de la mañana del 26 de abril de 1938 Rafael moría de amor a Dios. Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992 por san Juan Pablo II, y canonizado el 11 de octubre de 2009 por Benedicto XVI. Su fiesta se celebra hoy.

27

En Claraval, el beato Rainaldo, antiguo abad de Foigny. Fue uno de los muchos y fervorosos religiosos que atraídos por el renombre y fama de Claraval y procedentes de monasterios de otras órdenes no dudaban en hacerse, no obstante haber cumplido ya el servicio en la milicia religiosa, nuevos novicios y asociarse a aquella escuela de santidad. En el año 1121 san Bernardo le nombró primer abad de Foigny. De la correspondencia epistolar que entre ambos medió se conservan cuatro cartas del santo en las cuales le exhorta a conllevar la carga que con él compartía como fiel auxiliar, carga que no era otra que la de las almas, sobre todo las enfermizas. A los diez años logró ver satisfechos sus deseos de liberarse del gobierno abacial y se reunió en Claraval de nuevo con su venerado padre y maestro queridísimo y confidente de los secretos del siervo de Dios y compañero de sus viajes. La narración que de las gestas admirables que del santo padre hizo fue después de gran utilidad para los biógrafos de san Bernardo.

En Alsacia, en el año 1535, la muerte del abad de Lüttzel, Teobaldo Hylwec. Ilustre por sus virtudes y sabiduría gobernó esta abadía durante casi ocho lustros, guardándola siempre de las tormentas de adversidad e infortunios del tiempo y en momentos muy difíciles con gran fortaleza de ánimo y restaurándola por dos veces del horrible fuego que hizo presa

de sus muros. Con toda la fuerza de su inteligencia se irguió contra la creciente corriente luterana, fortaleciendo y alentando en la católica fe de sus antepasados, con exhortaciones y santos ejemplos de virtud, no solo a los fieles sino también a eclesiásticos de gran altura que se resquebrajaban en sus convicciones. En cierta ocasión arrancó de las manos del populacho alborotado una estatua de la Madre de Dios, cargándola sobre sus propios hombros por la ciudad de Basilea y llevándosela a Lützel. Fue acérrimo defensor de la observancia regular. La muerte, al fin, le liberó de este océano de tribulaciones que es la vida y le llevó al puerto seguro de la patria celestial.

El P. Zósimo Rosnati era natural de Gallarate, en Italia, y pasó su primera juventud un tanto esclavo de sus pasiones y ambiciones. Pero a la edad de veinte años fue tocado por la gracia y decidió hacer penitencia por sus malas acciones. Se dirigió al monasterio de Casamari, donde fue acogido con toda piedad, pues, dada su actitud y buenas disposiciones prometía corresponder efectivamente a la gracia que había recibido, lo cual fue advertido por los monjes que se ocupaban de él. Así, el 13 de mayo de 1744 recibió el hábito como monje de coro y se podía observar que recorría a grandes pasos el camino de la virtud. Emitió la profesión religiosa lleno de entusiasmo, y se mostró siempre como una persona humilde, caritativa, entregado con alegría a la observancia monástica. Pasaos algunos años su salud comenzó a resentirse, posiblemente por la vida penitente y dura que se llevaba entonces en el monasterio, resultando que, como muchos otros monjes en aquel tiempo, contrajo una tuberculosis pulmonar muy acentuada. También como muchos otros monjes en similares circunstancias dio en todo un ejemplo de paciencia, tolerancia al sufrimiento y deseos de ofrecer su vida como reparación de sus anteriores malas acciones. Murió a la edad de treinta años, el 27 de abril de 1748, pasando a aumentar así la lista de monjes fervientes y perseverantes de esta abadía.

28

En Italia, en el monasterio de San Bartolomé de Buonsolazzo, año 1732, pasó de este mundo al cielo el P. Lázaro Graglia. Inclinado desde

su infancia a las prácticas de penitencia pasaba largas horas meditando la Pasión de nuestro Redentor, procurando participar de ella mediante la mortificación corporal y el asiduo dominio de los sentidos. Fue recibido en el monasterio y, con la misma generosidad y tesón que antes, se entregó a toda guisa de humillaciones. Le dominaba y guiaba el pensamiento de que después de profesar ya no era dueño de sí mismo, sino que pertenecía por completo a Cristo; no le quedaba, por tanto, mas que seguir la senda del Salvador. Su mismo abad manifestó que jamás le requirió consuelo para el alma o alivio para el cuerpo, satisfecho siempre si con Cristo vivía crucificado.

En el monasterio de Port-Royal de París, en el año 1858, se durmió en Dios Ana de Sta. Lutgarda Devy, abadesa. Después que en el primer monasterio de Port-Royal quedó la vida regular infectada de jansenismo, una parte de la comunidad, constante en la doctrina de la sana fe, estableció su morada en París, manteniendo siempre palpitante y sin desvíos el fervor religioso a lo largo de todo el siglo XVIII. Disminuida la fuerza de las perturbaciones sociales, las monjas lograron restablecer la observancia común dedicadas también a la educación de niñas y viviendo con gran pobreza en un caserón arrendado. La M. Ana, que era de las más antiguas, fue nombrada maestra de novicias y, poco después abadesa, permaneciendo en este puesto con reelecciones trienales durante 22 años. Era la primera en todos los ejercicios regulares, diligencia que de modo especial manifestaba en el oficio divino, que rezaba con gran piedad y gravedad. Sin excederse en nimias preocupaciones por las cosas temporales, procuraba buscar primero el reino de Dios, y lo demás se lo encomendaba ciegamente confiada a la Providencia divina. Era tal su caridad que en una ocasión mandó entregar las últimas monedas que quedaban en los haberes del convento a una pobre mendiga; y Dios, satisfecho de tanta generosidad, hizo que pronto se vieran las monjas compensadas con una gran suma de dinero que inesperadamente llegó a sus manos. Ya de edad muy avanzada, pidió que la eximiesen de su cargo, siendo después la más humilde y obediente de todas. Descansó en paz, con más ochenta años de camino de vida y sesenta y dos de profesión religiosa.

29

Antiguamente fiesta de nuestro P. san Roberto, fundador de la Congregación de Molesmes y del monasterio y Orden de Císter. Ya antes de nacer fue consagrado por su piadosa madre a la santa Madre de Dios y a los quince años recibió el hábito monástico en San Pedro de Celle. Nombrado después prior no tardó en ser elegido abad por los monjes de San Miguel de Tonnerre; mas como no consiguió encauzarlos en la vida regular, según era su deseo, renunció al abadiato, pasando, por consejo del Romano Pontífice y tras el breve priorato que ejerció en San Aigulfo, a regir como abad, con la anuencia de sus superiores de Celle, a unos ermitaños que vivían en el bosque de Colan, lugar desapacible y que hubieron de abandonar para trasladarse a Molesmes. Aquí, pasada y superada la agobiante pobreza de los primeros años del monasterio, creciendo siempre la fama de su abad, alcanzó un rico florecer de hombres y posesiones. Muchas piadosas damas, y hasta el mismo san Bruno con sus discípulos, recurrieron durante algún tiempo al magisterio del bienaventurado Roberto para progresar en su vida espiritual. Pero con la afluencia de las cosas temporales el espíritu del mundo se fue introduciendo en aquellos claustros y la Regla ya no se observaba según el fervor que el santo padre y sus más allegados discípulos exigían y requerían. Alzada la causa y con el favor del Legado Pontificio, pasaron unos cuantos a Cîteaux. El bienaventurado abad, para conseguir ahora lo que tanto había buscado en su juventud y continuamente había sido meta de sus más crecidas aspiraciones, no dudó, pálido ya sus años, en dejar aquella su obra de elevación y florecimiento de Molesmes para empezar otra vez, desde los mismos cimientos, este nuevo edificio espiritual. Pero, barruntando los monjes de Molesmes la ruina que se les avecinaba con la pérdida de tan buen pastor, lo reclamaron ante el Romano Pontífice y, humilde y obediente, doblegado por la orden del Vicario de Cristo y de su Legado en Francia, el santo abad hubo de volver y, a pesar de su edad, darse con todas sus fuerzas a la grey que Dios le encomendaba. Ávido siempre a lo largo de toda su existencia de una vida verdaderamente monacal y buscado con afán por todos como superior y moderador de sus almas, entregó su espíritu a Dios a los ochenta y tres años de edad, el 17 de abril de 1111, o, tal vez, más verosíblemente, pa-

sado el 29 de julio do 1110. Enterrado en la iglesia, su sepulcro brilló durante muchos años con todo género de milagros, lo cual le valió ser beatificado *more antiquo* por Honorio III en 1222.

30

En Savigny, en Bretaña menor, el beato Haimon de Landcop, monje y autor de tratados espirituales hoy perdidos. Siendo todavía novicio se entregó con ardor al estudio de la divina Escritura, movido por ambiciosos pensamientos humanos. Pero Dios se encargó de aligerar su mente de tales lastres. Después, y a pesar de sus temores, fue elevado al orden sacerdotal. Relucía en su semblante una cierta belleza serena de angelical pureza. Se diría que más que comer lo que hacía era probar ligeramente los alimentos, pues tal era su templanza. Oculto por completo a la agitación de negocios mundanos fue un enamorado de la vida contemplativa. Sus palabras rezumaban tanta consolación y gracia que los que a él se acercaban turbados se veían inmediatamente confortados. Dedicado completamente a la salvación de las almas, no hubo medio de que aceptara cargos y dignidades; además, durante algún tiempo, como la malicia de los ladrones y salteadores, al arrimo de la paz turbada, se incrementó exageradamente y tomara nuevos bríos en cuanto a apoderarse de lo ajeno, el humilde monje no tuvo reparo en ocuparse como porquerizo y del cuidado de los corderos y vacas, para que así no disminuyese el bienestar y sustento de la abadía. Con la ayuda de sus oraciones y consejos, el rey de Francia, Luis VII, consiguió de Dios un heredero. Y el rey de Inglaterra, Enrique II, estando por aquellas tierras de Bretaña menor, no solo le oía con gusto, sino que le descubría sin vacilaciones las heridas de su alma. Murió este bendito varón en 1175, dejando algunas obras escritas que no han llegado a nosotros.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Getsemaní, en los Estados Unidos de América del Norte, en el año 1908, la santa muerte del hermano Joaquín Manning, converso. Joven de exagerada vehemencia y pronto a la venganza, después que entró en el monasterio y empezó a conocer y amar a Jesucristo y a María, logró alcanzar, con el vigor de su alma rena-

cido, una virtud nada común. Vivía siempre con el pensamiento puesto en Jesús, y por Él su corazón se inflamaba siempre más; no buscaba sino asemejarse en todo a Jesús viviente y presente en él; sus mejillas se perlaban de lágrimas con solo oír hablar o leer algo de Jesús o de María; y lo mismo cuando hacía el viacrucis, pues aquellas imágenes pintadas tomaban para él realidad palpitante de vida. La oración le era tan imprescindible como la respiración, y cuanto hacía lo llevaba a cabo del modo más perfecto; todos sus trabajos y toda su actividad no eran sino actos de amor a Jesús. Se hallaba ya gravemente enfermo, y mientras dormía el sueño de la eternidad bajó a él, dejándole la sonrisa en los labios, para despertar en la celeste mansión.



Azulejos de una estufa de la Abadía de Salem





MAYO

Día 1

En Livland, el insigne varón Bernardo de Lippe, obispo de Selburg. Fue príncipe pudiente y espléndido, guerrero fuerte y belicoso, demasiado ocupado en querellas domésticas; pero destacado por su fe, virtud y devoción a María. Se abatió sobre él una grave enfermedad; mas y reflexionando sobre su vida y compungido, prometió enrolarse en las huestes de los cruzados y tomar después el hábito monacal. Tornó ileso de la Cruzada y, encomendando al cuidado del hijo mayor a su esposa e hijos pequeños, se retiró al monasterio de Marienfeld. Ya casi septuagenario, recibió orden del papa de acompañar a Alberto, obispo de Livland, que necesitaba y pedía aliados para sus empresas apostólicas; estuvo un tiempo conviviendo con sus hermanos de Dünamund, que no tardaron en elegirlo su segundo abad. Hubo de ponerse en camino para Roma, donde el sumo Pontífice lo recibió con muestras de excepcional benevolencia y lo nombró obispo de Selburg. Recibió la consagración de manos de su segundo hijo, Otón, obispo de Utrecht, con el cual poco tiempo después, consagró a otro de sus hijos, Gerardo, arzobispo de Bremen. Predicó aún la Cruzada por tierras de Alemania, derribó de sus posiciones a los enemigos de la fe y constituyó como sede de su diócesis la ciudad de Selburg; a pesar de su edad, íntegro en sus ardores de apóstol, se entregó a la salvación de las almas, aunque las disensiones políticas resquebrajaron no poco su fecunda labor espiritual. Se iba ya abril de 1224 cuando él, con ochenta y cuatro años, acabó en Dios su digna vida.

En el Tirol, en el año 1868 y en el monasterio de San Juan de Stamps, la dichosa muerte de Martin Felderer, monje y párroco. Varón de singular candor, suave y recto, blando y fuerte a la vez, inflexible en conservar la justicia, pacífico y tranquilo en medio del oleaje de los negocios del mundo, ardiente de caridad, cortés en su humildad. A todos acogía paternalmente, de ahí que se hiciese tan fácil llegar a él y tan difícil dejarle; su prudencia brilló de tal modo, que, en todas partes y gentes de todo

género y condición social, acudían a él en busca de consejo para sus asuntos más delicados. Con toda verdad bien pudieron decir de él sus hermanos: “Nuestro venerable Martín jamás nos dio ocasión de tristeza, sólo al morir nos dejó sumidos en ella”.

En Savigny, Normandía, en el año 1245, el traslado solemne de cinco beatos de este monasterio.

2

En Portugal, la beata Mafalda, hermana de sangre de las santas reinas Teresa y Sancha. Al declarar el sumo Pontífice ilegítimo por consanguinidad su matrimonio con Enrique, rey de Castilla, la reina virgen tornó a su patria. Se entregó con ahínco a la práctica de las buenas obras, hasta que al fin determinó pasar el resto de su vida en el monasterio de San Pedro y San Pablo de Arouca, que su padre le había legado en patrimonio. Hizo venir monjas cistercienses con objeto de restaurar la decaída disciplina regular, y ella misma, abandonando todo el boato de su realeza, tomó con ellas el hábito monástico. Su vida fue de gran austeridad, consagrada totalmente a la oración; ardiendo en caridad para con los pobres, enfermos y afligidos y pronta para aliviar las necesidades, públicas o privadas de las iglesias y de sus hermanos todos en humanidad. Los romanos pontífices, conocedores de sus méritos religiosos, por medio de cartas apostólicas, acumularon sobre ella y su monasterio amplísimos privilegios. Invasa por un acceso de fiebre, con el rostro brillante de una gran alegría, reflejo fiel del júbilo que llenaba su corazón, puesta sobre cilicio y ceniza, expiró santamente el año 1257; sepultada en la iglesia del monasterio, se hizo famosa y ha sido venerada a lo largo de los siglos.

En Irlanda, en el año de gracia 1616, la muerte del insigne taumaturgo Cándido de San Bernardo Furlong. Vino a España y tomó el hábito cisterciense en el monasterio de Nogales. Durante sus estudios padeció severas tentaciones en su vocación. Fue enviado a Irlanda, su patria, donde con la predicación del evangelio alcanzó abundantes frutos en las almas; expuesto a toda suerte de persecuciones y peligros, fue tan famoso por sus milagros que el mismo rey de Inglaterra no dudó en llamarle para

que curase a una hermana suya; de este modo, con un apostolado intensísimo, logró convertir a la fe a miles de personas, según testimonios muy verosímiles.

En la abadía de Cambrón, Bélgica, la memoria de un milagro, sucedido en el año de 1322 y que, según antiguas narraciones, consistió en que de una imagen de la santísima Virgen, atravesada por la lanza de un judío, manó abundante sangre. Prodigio que, por facultad obtenida por el capítulo general de 1330, todos los años se celebra el domingo tercero después de Pascua.

En Vitorchiano, M. Pía Gullini, abadesa de Grottaferrata. Puede muy bien ser caracterizada como una profetisa monástica de nuestro tiempo. La M. Augusta Tescari, monja cisterciense del monasterio de San José de Vitorchiano (Italia) refiere la biografía de M^a Elena Gullini - 1892/1959- (M. Pía en la Orden), abadesa de esa comunidad desde 1931 a 1951. Al comienzo de su trabajo pueden verse los datos biográficos que, en lectura corrida, muestran que nos encontramos ante una persona con un gran itinerario vital y espiritual. Los capítulos del libro, con sinceridad y realismo extremos, desgranar ese itinerario y muestran la rica personalidad de M. Pía, una monja cisterciense que no desaprovechó ninguna de las virtualidades y características de su vocación contemplativa. 16 de agosto de 1892: Nace en Verona de Arrigo Gullini y Celsa Rossi. 1900: Inicia sus estudios en las Damas del Sagrado Corazón en Venecia. Los terminará en 1910. 1902: Recibe la primera comunión en Venecia de manos del Patriarca, Cardenal Giuseppe Sarto, futuro papa S. Pío X. 1912: La familia se traslada a Roma. 1916: Solicita ser admitida en las Hermanitas de la Asunción de Via Bixio. Conoce a Dom Norbert Sauvage, Procurador General de los padres Trapenses, a quien fue dirigida para que le aconsejara. 14 de noviembre de 1916: Vive una semana de retiro en la Trapa de Grottaferrata, bajo la guía de Dom Norbert Sauvage. 28 de junio de 1917: Entra en la Trapa de Laval (Mayenne-Francia). 29 de septiembre de 1917: Viste el hábito monástico. 16 de julio de 1919: Profesión de votos temporales. 16 de junio de 1922: Profesión de votos perpetuos, un mes antes del vencimiento de los votos temporales. 1924: Es nombrada maestra de las hermanas conversas (eran unas cuarenta). 9 de noviembre de

1926: Se traslada al monasterio de Grottaferrata. 27 de diciembre de 1927: Hace el voto de estabilidad en Grottaferrata. 30 de diciembre de 1931: Es nombrada por la Santa Sede abadesa de Grottaferrata. 6 de febrero de 1935: Es reelegida abadesa por la comunidad. 4 de diciembre de 1940: Presenta la dimisión como abadesa de Grottaferrata. 21 de diciembre de 1940: Es nombrada supriora y maestra de novicias. 17 de diciembre de 1946: Es reelegida abadesa de Grottaferrata. 16 de abril de 1951: Presenta la dimisión, que le es aceptada. 19 de abril de 1951: Abandona la comunidad de Grottaferrata. 4 de mayo de 1951: Deja Italia y parte para la abadía de La Fille-Dieu, en Suiza. 21 de febrero de 1959: Abandona La Fille-Dieu reclamada desde Italia. 23 de febrero de 1959: Llega a Roma, a las Ursulinas de Via Nomentana. 25 de febrero de 1959: Ingresa en el Policlínico Umberto I de Roma, para exámenes médicos. Se le diagnostica leucemia. 15 de abril de 1959: Abandona el hospital y va a las Hermanas Bethlemitas de Piazza Sabazio, en espera de reunirse con la comunidad en Vitorchiano. 29 de abril de 1959: Muere inesperadamente a las 17,30 de la tarde, en las Hermanas Bethlemitas. 30 de abril de 1959: El cuerpo es trasladado a Vitorchiano. 2 de mayo de 1959: Es sepultada, e inaugura el cementerio de la comunidad. Santa mujer que peregrinó por todas las etapas de la vida monástica, por varias comunidades –donde dejó testimonio de su profundo sentido de responsabilidad– y por serias dificultades en el ejercicio de su cargo. Fue mentora de la Beata Gabriella Sagheddu y realmente la iniciadora del movimiento ecuménico propio de Grottaferrata.

3

En Foigny, Francia, el beato Alejandro, príncipe de Escocia y converso de dicho monasterio. Era todavía un adolescente de dieciséis años cuando su hermana mayor Matilde lo animó a que renunciase al reino para conquistar con más seguridad el del cielo; hallándolo bien dispuesto y, cambiándole los vestidos, lo alejó de la corte, y lo llevó a otra comarca, donde aprendió a ordeñar las vacas y a hacer queso. Marcharon luego a Francia, y en el monasterio de Foigny, Matilde dejó a su hermano, presentándolo como excelente ordeñador de vacas y muy perito en la elaboración de ricos quesos. Sin dificultad, quedó admitido como hermano

converso; sintió profundamente la necesidad de separarse de su hermana y así, de este modo, obtener ambos mayores méritos en el cielo. En el monasterio ocultó su estirpe y origen real, hasta el día de la muerte en que, obligado por obediencia, hubo de descubrir la verdad. Después de muerto se apareció deslumbrante más que el sol, con una corona en las manos y otra en la cabeza, dando a entender que aquella era la corona temporal que por amor a Cristo había despreciado, y la que circundaba sus sienes la que con los santos lo hacía reinar en el cielo. Su sepulcro, célebre ya desde el siglo XIII, aún hoy es visitado por los peregrinos.

En Irlanda, en 1642, el martirio del monje Malaquíás Shial. Prestaba sus servicios en una parroquia perteneciente a la abadía de Newry, cuando los herejes, ingleses y escoceses mutuamente confabulados, levantaron sus campos de operaciones frente a la plaza fuerte de Níver. Malaquíás entonces, junto con otro sacerdote, arengó con todas sus fuerzas al capitán y a los soldados de la fortaleza a defender aquel bastión de la fe de su patria y de la Iglesia. Todo fue en vano. Los enemigos invadieron aquel lugar, se apoderaron de los sacerdotes y, al día siguiente, que justamente era la solemnidad de la Invención de la Santa Cruz, Malaquíás y su compañero fueron colgados de las vigas de un puente de madera, recibiendo así, orantes y jubilosos, la palma del martirio.

4

En el monasterio de Valparaíso, en España, el piadoso hermano Diego, converso. Humilde y sencillo como era, Dios le manifestó en la oración grandes cosas. A sus propios ojos, el buen hermano se veía despreciable, grande y honrado ante Dios y los hombres, temible y terrible para los espíritus malignos. Después de una vida de gran entrega y observancia fiel, pasó a la felicidad eterna el año 1601; se le enterró en el claustro, donde durante muchos años había pasado las noches en oración.

En el Brabante, la venerable Catalina, monja. Hija de un judío, impulsada por la devoción a la Madre de Dios, huyó al monasterio cisterciense de Wrauwen Parck, donde después de bautizada con el nombre de Catalina, fue revestida con el hábito de la Orden. Importunada con

mil artimañas para lograr hacerla desistir de su decisión, a todo supo oponerse con gran constancia. La gracia y serenidad florecieron en su alma con abundancia, de modo que se hacía querer y admirar de todos. Cuando los padres de las monjas de noble linaje venían a visitar con ampulosa pompa a sus hijas o parientes, ella se iba ante la imagen de la Madre divina y, con cierta gracia, le decía: –“Esas hermanas reciben gozo y consuelo de sus padres y amigos; yo, huerfanita y pobre, Señora, vengo a Ti, porque tú eres mi Madre. Tú, para todo, sé mi refugio y solaz”. Es indudable que aquella Madre clemente la colmaba de singulares consuelos.

5

Festividad de san Martín de Hinojosa, obispo de Sigüenza, en España, que en tiempos posteriores se le llamó también San Sacerdote. Al morir su noble padre, como deseaba entrar en el monasterio cisterciense de Santa María de Cántabos, su madre hizo solemne ofrenda de él, radiante de pureza y humildad, a Dios y al abad Blas. A la muerte de este, cuando apenas contaba él veintisiete años de edad, fue elegido abad. Desde entonces se cubrió de tan paternal virtud que todos lo amaban y apreciaban, lo mismo el rey que los magnates, los obispos y el clero. Después de regir durante veinte años el monasterio, fue elevado, con acuerdo unánime de clero y fieles, a la sede episcopal de Sigüenza. De palabra muy suave y mansísimo de corazón, fue inflexible en la disciplina eclesiástica; generoso con los necesitados, re dimió numerosos cautivos, fomentó y ayudó a los monasterios, corrigió el vicio dondequiera que lo encontrara. Seis años pasó en la reforma del clero, mas añorando de nuevo el ocio santo de la soledad, con el consentimiento del sumo Pontífice y de Alfonso, rey de Castilla, se retiró al cenobio de Nuestra Señora de Huerta, a donde se habían trasladado los monjes de Cántabos. Aquí, obediente y humilde, se entregó otra vez a los ejercicios del simple monje con el mismo fervor de sus primeros días de vida monástica. Rozaba los setenta y ocho años, cuando se trasladó a Santa María de Óvila, para consagrar la nueva iglesia: Al llegar, cayó gravemente enfermo. Deseando, sin embargo, entregar el último aliento entre sus hermanos de Huerta, emprendió el camino de regreso, pero en el pueblecillo de Sotoca, en vis-

tas de la proximidad de la muerte, le administraron los Sacramentos, muriendo poco después, con el deseo de que lo llevasen a enterrar al monasterio hortense. Era el dieciséis de septiembre de 1213, cuando emigró a gozar con los santos de la eterna e indeficiente felicidad.

6

En este día del año 1794, murió en la cárcel el monje de nuestra orden, Felipe Donneux. Se opuso a los revolucionarios que querían hacerlo pronunciar el juramento anticatólico.

En Nuestra Señora de la Trapa, el 10 de mayo de 1695, dejó de existir el monje Efrén Godard, sacerdote. Había sido un párroco bueno y diligente, pero demasiado ocupado en los negocios de este mundo. Dios se dignó iluminar las tinieblas de su vida y él, sin demora, se dirigió al monasterio de La Trapa; a pesar de una salud bastante endeble, durante casi veinte años llevó una observancia tan acabada y perfecta que sus hermanos le tenían por un hombre de profunda espiritualidad. Afectado por la epilepsia, en su humildad, entregado plenamente a la voluntad divina, la sobrellevó con dulce paz y serenidad. Añadiendo a sus males una enfermedad grave que le producía contracciones de nervios, no por eso dejó de asistir con fidelidad a todos los ejercicios regulares. El mal se agravó y, mientras los demás se preocupaban, él, con ánimo tranquilo, no hacía mas que repetir aquello del salmista: “*Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo consolationes tuae laetificaverunt animam meam*” (*lo mismo que mis muchos dolores, tus consuelos alegraron mi corazón*). Purificado de las faltas y pecados pasados, entregó su vida dulcemente.

El mismo día del año 1913, en el monasterio Della Duchessa (monasterio de la Visitación), en la ciudad italiana de Viterbo, el tránsito de María Benita Frey. Natural de Roma, siendo todavía niña una grave enfermedad invadió su cuerpo, pero era querida, no obstante, por todos por su sencillez y cándida naturalidad, recatada y modesta siempre. Al curar de forma bastante milagrosa, entró en el dicho monasterio, mostrándose desde el primer momento dócil y sumisa a los superiores y muy cortés y afable en el trato con las hermanas. A los tres años de profesar, se apo-

deró de ella la fiebre tifoidea, dejándole como reliquias una serie de males que perduraron cincuenta años. A pesar de todo, en tantas penas y calamidades como hubo de soportar, nunca abandonó sus modales elegantes y corteses, ni siquiera buscó el pequeño consuelo de hablar a otros de los dolores que sufría. Poco a poco la fama de su santidad rebasó los muros del monasterio, y, con anuencia del sumo Pontífice, la habitación de la ya célebre enferma se convirtió en un refugio de toda clase de afligidos. A todos recibía con afabilidad y a todos escuchaba pacientemente, logrando atraer a la fe y a la virtud a muchos que iban descaminados por las sendas del error o se hallaban próximos a la desesperación de su salvación. Murió y ningún rasgo de muerte apareció en su agonía, sino que, más bien, como si emprendiese el camino de la felicidad, segura y contenta, subió a celebrar las celestes bodas del Cordero. Murió a la edad de setenta y siete años. El proceso ordinario informativo se inició en la curia episcopal de Viterbo el 26 de diciembre de 1959 y se concluyó el 3 de noviembre de 1962. Actualmente la causa de beatificación está presentada en la Congregación para los Santos en Roma.

7

En el monasterio de La Trapa, el venerable Adán, abad. Nacido de familia noble, lo veneraban por su santidad de vida los personajes más importantes de aquellas regiones. Murió hacia el año 1243, notable y famoso por sus obras, según recuerda la tradición.

En Austria, en el año 1706, entregó su alma a Dios Dom Leopoldo Roiehl, su muy respetable abad y segundo fundador, se puede decir, del monasterio de Engelszell. Desempeñó, durante dos años el cargo de administrador con gran provecho económico para la comunidad y, durante cuarenta ejerció de abad y sobresalió por su bondad y gravedad. Restableció totalmente la disciplina regular y el estado general de la abadía hasta un grado de eficiente prosperidad. Edificó la nueva iglesia y restauró gran parte del monasterio. Los mismos seglares lo veneraban como santo. Ya moribundo, la inminencia de la supresión del monasterio agravó y llenó de angustias sus últimos momentos.

En el año 1191, la canonización de San Pedro, arzobispo de Tarentasia.

8

En la Trapa, memoria de todos los que, a imitación del ilustre abad De Rancé, redimieron con una vida de austeridades y privaciones un pasado mundano y murieron santamente con el corazón desbordante de agradecimiento a la misericordia divina. En particular merecen ser recordados:

Doroteo Jacob, muerto el 3 de enero de 1716. Entró en el monasterio más o menos de mala gana, hizo su profesión ya con gran sentimiento de agradecimiento y llegó a ser un monje lleno de fervor y virtudes.

Basilio Ogier, muerto el 8 de mayo de 1716. Sólo en la Trapa halló la paz de corazón que había mendigado por largo tiempo, sin dejar nunca la devoción tierna a María.

Abraham Beugnier, muerto el 8 de marzo de 1698. Obtuvo del Señor, por mediación de un difunto, al cual velaba, la gracia de un arrepentimiento sincero. Después de una intervención quirúrgica le quedaron en las manos y en los pies unas llagas muy dolorosas que, a modo de estigmas de Pasión, lo llevaron a la muerte.

Alejo Greme, muerto el 21 de mayo de 1701, Pertenecía a una familia protestante escocesa, y murió, muy joven, después de haber conseguido con sus oraciones la conversión de sus padres.

Dositeo Le Boy, muerto el 7 de junio de 1699. Fue en el claustro un modelo de humildad y modestia.

Moisés Picault de Ligre, muerto el 5 de diciembre de 1707. Convertido por las oraciones y buenas obras de su madre, pasó en poco tiempo del temor pavoroso al juicio divino a un amor vehemente a Dios nuestro Señor.

Francisco Lottin de Charny, muerto el 11 de diciembre de 1716. En medio de una vida desarreglada había conservado la devoción a la Virgen María y la costumbre de socorrer caritativamente a los pobres.

9

En Lyon, y en el año 1868, la muerte de Pacífica de Spandl de l'Herze, priora. Después de buscar sin éxito dónde vivir su vocación, al fin conoció a las monjas trapenses y entró en el monasterio de Vaise; ocultó su origen noble y se abrazó llena de fervor con la pobreza que allí reinaba, deseosa siempre del último y más humilde lugar. Pasó tres años de conversa, al cabo de los cuales, por obediencia, pasó a las monjas de coro y, emitidos poco después sus votos, ya no dejó de ejercer diversos cargos al servicio de la comunidad. Trasladada esta de Vaise a Maubec, se le encomendó más tarde la restauración del primer monasterio abandonado. Obra, en verdad, ardua y costosa, que ella realizó con valentía, animando a las hermanas con el mismo fuego que en su pecho ardía y sobrellevando juntas toda clase de privaciones. Con diligencia procuraba poner remedio a las necesidades, proveyéndoles, en lo posible, de cuanto necesitaban, sacrificando sus propios cuidados por remediar a las demás. Contenta y alegre siempre, quería que sus hijas lo estuviesen también y sirviesen a Dios con ánimo jubiloso. Sin temor a rebajarse ayudaba a las hermanas en sus oficios haciéndose verdaderamente súbdita de todas. De total asiduidad a la oración, mermadas ya sus fuerzas por los años y bastante débil y enferma, era la primera en asistir al coro, a pesar de sus escasas fuerzas. Concluido el oficio divino, aún permanecía durante largo tiempo de rodillas en adoración ante el santísimo Sacramento. Su muerte en el Señor estuvo envuelta en una dulce placidez.

10

Festividad de san Pedro, arzobispo de Tarentasia. De origen pobre, se mostró desde sus primeros años muy despejado para los estudios. Recibido años después en Bonnevaux, descolló por la dureza con que castigaba su cuerpo y la amabilidad que desplegaba con todos sus hermanos, siempre muy humilde, a pesar de verse nombrado para diversos cargos. Pasó luego como superior a fundar el nuevo monasterio de Tamié, sin cercenar en nada la dureza que consigo mismo observaba. Elegido para regir la iglesia de Tarentasia, no hubo manera de obtener su consenti-

miento hasta que, obligado por el capítulo general, no pudo menos de aceptarlo. No obstante lo elevado de su dignidad, permaneció tan humilde como antes, con menguado sueño y alimentos pobres. Promovió con todas sus fuerzas y medios la reforma del clero, si bien confiando más en el poder de la oración que en sus habilidades y trabajos. Su palacio arzobispal era siempre un hospital, porque iba por la diócesis acogiendo a los desvalidos y enfermos incurables, proporcionándoles comida y vestidos con que defenderse. En las muchas veces que atravesó los Alpes, tuvo ocasión de ceder hasta sus propios vestidos a los pobres aterridos de frío, quedándose él, más de una vez, expuesto a sucumbir por la dureza del clima. Consagró gran parte de sus actividades a remediar los males de las guerras, siendo él, además, un puente de reconciliación entre los príncipes y oponiéndose abiertamente a los desmanes del cismático emperador Federico I; fue casi el único entre los metropolitanos de aquellas regiones que no temieron encarar las intromisiones del rey, conquistando para la unidad católica a no pocos de los obispos de los países limítrofes. Llamado por el sumo Pontífice Alejandro III, fue dejando también por las regiones de Italia una amplia estela de santidad. La posteridad no dudó en alabarlo como el único consuelo que Dios proporcionó a su Iglesia en medio de aquellas calamidades. Él, temiendo verse infatuado y soberbio, postrado en tierra y con lágrimas en los ojos, siempre que la ocasión se lo permitía, confesaba y recordaba a todos su condición y origen humildes y sus pecados pasados. Más aún, cansado y asustado por los honores y favores que el mundo le brindaba, huyó ocultamente huyó, con toda probabilidad al monasterio de Lüzell, pero, descubierto, se vio obligado, con alegría de todos, a volver a su puesto. Viajando en cierta ocasión, le atacó la calentura estando cerca de Bellevaux acogíendose con gusto a los cuidados del monasterio, pero disimulando sus dolores con la alegría y bondad acostumbradas. Aproximándose la muerte y recibidos los sacramentos, arregló sus cosas y, bendiciendo siempre a los monjes, tuvo la dicha de reposar con sus padres en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz; los milagros se multiplicaron después de su muerte. El 7 de mayo de 1191, fue inscrito en el catálogo de los santos por el papa Celestino III. Gran parte de sus reliquias se conservan hoy en el monasterio de Tamié.

En el año 1925, reinando Pío XI, tuvo lugar la beatificación solemne de treinta y dos vírgenes y mártires de Orange, entre las cuales se encontraban las monjas cistercienses María de San Enrique y Hna. del Purísimo Corazón de María, hermanas carnales de la noble familia Justamont y cuya mención se hace el 12 de julio.

11

En Boneffe, Bélgica, el beato Jerónimo Minsart, monje bde dicho monasterio. Militar en el mundo, prefirió ingresar en la milicia del clausuro, aunque poco después de profesar se vio obligado a abandonar con todos sus hermanos el monasterio por presión de los soldados franceses. Después se le nombró párroco de Namur. Vigoroso de cuerpo y espíritu, con sus habilidades y su mucha constancia, con su admirable caridad para con los pobres y enfermos, su ingenuidad y liberalidad, su sencillez y mansedumbre, se ganó los ánimos de todos, y se señaló por su autoridad y virtud. De un modo especial se dedicó, por toda clase de medios, a levantar y restituir las antiguas iglesias devastadas. Favoreció y ayudó cuanto pudo a las nuevas instituciones de religiosas destinadas a la educación de la juventud, en concreto a la obra de la Beata Julia Billiard, y también alentando los esfuerzos de la M. Maximiliana Guillerma, que al fin fundó el monasterio de vírgenes cistercienses de Colen. Finalmente fundó él mismo la Congregación de Hermanas de Santa María de Namur, procurando cimentarla en la pobreza y sencillez; objeto de sus mejores cultivos, fue su moderador hasta la muerte. Sin olvidar nunca su primera vocación, al llegar sus días postreros, quiso y pidió que le llevaran a descansar junto a sus hermanas cistercienses de Colem. Dejó este mundo el día 11 de mayo de 1837; se introdujo su causa de beatificación.

12

En Bonnevaux, la memoria de los piadosos padres y hermanos de san Pedro, arzobispo de Tarentasia. Pedro se llamaba también el padre y Seiburgis, la madre. Según el mundo, eran ambos de condición humilde,

pero, a los ojos de Dios, sencillos en su sublimidad, sublimes en su sencillez. Devotísimos los dos, socorrían cuanto les era posible con su compasión y limosnas a los pobres, y con su afecto y regalos a los buenos religiosos, de modo que su casa más parecía un hospital o refugio que un hogar. Su santo hijo, antes de ser elegido abad procuró sacarlos de la malicia del mundo, colocando al padre en el monasterio de Bonnevaux, y a la madre en un convento de monjas llamado de San Pablo, donde se seguía una mitigada la regla cisterciense. Mas tarde la trasladó su hijo junto con una hermana, al convento de Betton, de la misma observancia, donde pasó muchos años ocupada en trabajos de gran utilidad para dicha casa religiosa. Consigo se llevó el Santo, el mismo día de su entrada en el monasterio, a su hermano Lamberto. Monje de vida ejemplar, ejerció con aplauso el cargo de abad del monasterio de Chézery, donde le llegó la muerte. Tuvo el santo otro hermano por nombre Andrés. De él dice su biógrafo: “trayendo a Jesús a su hermano Andrés, con su acción compensó en cierto modo aquel hecho evangélico, según el cual Andrés, que era más joven, se adelantó a seguir al Señor, para después llevar el primero a su hermano Pedro que entonces era todavía Simón”.

13

En Casamari, en Campania romana, la cruel muerte -año 1799- del venerable prior Simón Cardon y de otros cinco religiosos, asesinados por la soldadesca, ebria de vino y violencia. Dos de los monjes, los padres Domingo Zauwrszel y Albertino Maisonade, fueron sacrificados cuando se hallaban recogiendo las sagradas especies que los soldados habían tirado por tierra, por lo que muy bien pueden ser contados como mártires de la Eucaristía.

En Besançon, en el monasterio de Bernardinas del Smo. Sacramento, año 1847, el feliz tránsito de María Rosalía Ferrine. Se mostró ya desde niña inclinada a la virtud. En el año 1785 se entregó a Dios por los votos religiosos y no mucho después era expulsada del monasterio por las leyes republicanas. Unos veinticinco años después, hacia 1814, tuvo el consuelo de unirse de nuevo con sus hermanas; pero otra vez fueron

expulsadas por los enemigos de la Iglesia en 1830 y obligadas, en 1841, entre estrecheces y peligros, a abandonar París y emigrar a Besançon. En medio de estas y otras calamidades, el fervor, la fe y la paciencia de la M. María Rosalía se encargaron de mantener el ánimo de las hermanas. Anciana ya, fue elegida abadesa, gobernando santamente el monasterio hasta su muerte, que vino a su encuentro a los ochenta y dos años de edad y sesenta y dos de profesión, admiradas sus hijas por el gozo y plena confianza en Dios que la inundaban.

14

En Escocia, Dom Gilberto Brown, último abad del monasterio de Sweetheart y confesor de la fe. Se opuso con energía a la herejía protestante que invadió su patria. Durante casi cincuenta años logró mantener fieles a la fe de sus antepasados a los católicos que habitaban aquellos contornos frente a los perseguidores de la religión. Hacia el año 1590 fue expulsado de la abadía; pero permaneció entre las familias vecinas al monasterio hasta que en 1605, a pesar de la resistencia del pueblo que pretendía liberarlo, fue apresado y conducido a las mazmorras del castillo de Edimburgo. Condenado al destierro, vino a Francia, donde se le encargó la rectoría del Colegio Escocés de París, pasando a la patria verdadera el año 1612.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Timadeuc, en el año 1857, nació para el cielo el P. Carlos Le Bras, monje. Entrado en el monasterio en plena juventud, pero con una salud endeble y enfermiza, llenó sin embargo el claustro con el aroma de la virtud. Sus prácticas piadosas le llevaban a una tierna devoción a la santísima Virgen María; consiguió con su acción y oraciones que el capítulo general de su Congregación impetrase de la Santa Sede poder celebrar las fiestas del Corazón de María y del Rosario. Muy próximo a la muerte se vio lleno de gran alegría porque, decía, ya no ofendería más a Dios. Falleció a los cuarenta y cuatro años de edad. Ante su tumba, un obispo, amigo suyo desde la niñez, dijo: - “Aquí no se debe rezar un *De profundis*, sino entonar un *Te Deum*”.

En el monasterio de Tanikon, Suiza, en el año 1625, la muerte de Ana de Wollenberg, abadesa. Perfeccionó la fábrica material del monas-

terio y aumentó el número de sus moradoras. Trabajó con todas sus fuerzas en mantener en la región la fe católica. Rebosante de caridad para los pobres era durísima consigo misma. Falleció inesperadamente a los treinta y seis años de edad, pidiendo a sus hijas, que dejaba para siempre, que entonasen el *Te Deum*. Se la venera como beata.

F. Arsenio (Martino) Peretti, proveniente de una noble familia de Ziccano, diócesis de Aiaccio, en Córcega, abrazó en su juventud la vida militar y ambicioso y orgulloso hasta más no poder decir, llevó hasta los treinta años una vida bastante disoluta y licenciosa. Reflexionando sobre su vida pasada y decidido a poner remedio, movido por la gracia se dirigió al monasterio de Casamari, donde entabló una dura batalla con su hombre viejo, que se resistía a ponerse bajo obediencia y mostrar docilidad a las inspiraciones de la gracia. Lo mismo que en el ejército nunca había sido una persona indecisa, sino que más bien perseguía con afán sus deseos, hizo lo mismo en el monasterio y se entregó con ahínco a las obligaciones más humildes de su nueva vida, estimando que aún era eso muy poco en reparación de los pecados de su vida anterior. Así, pues, tras llevar una vida plenamente entregada a su nueva y sentida vocación golpeado por la enfermedad, hubo de ser ingreso en la enfermería del monasterio, dando a todos un ejemplo admirable de paciencia en el sufrimiento. El 14 de mayo de 1752, a la edad de cincuenta y dos años, dejó este mundo y a sus hermanos sumidos en una profunda tristeza; pero gozosos por haber contemplado la obra de la gracia en un alma bien dispuesta y deseosa de agradar en todo a Dios y a sus hermanos. En la escuela de espiritualidad monástica de Casamari fue un fruto más de los muchos que esta abadía produjo, debido a la seriedad y fervor con que se vivía la vida monástica en unos tiempos no poco controvertidos por la situación social y política que rodeaba el monasterio, pero donde los monjes se entregaban a una vida de penitencia y oración sin olvidarse del mundo.

15

En el monasterio de Froidmont, el beato Helinando, monje. Celeberrimo trovador, sintiéndose llamado por Cristo, entró a los cincuenta

y cinco años en dicho monasterio. Para despedirse del arte compuso un sentido y bien labrado poema sobre la muerte, que envió a sus amigos y lectores de antes, donde invitaba con saludables avisos a abandonar las vanidades y placeres del mundo. Escribió también un cronicón de historia universal, y varios sermones vivos y elegantes. Algunos de estos los pronunció en Toulouse durante la campaña contra los albigenses. Siendo prior explicó la Regla de san Benito, encareciendo su gran valor para cultivar los espíritus en la piedad; como hijo de san Bernardo, prosiguió en sus escritos su trayectoria doctrinal en honor de Cristo y de su Madre, abogada especial de la Orden. Santamente acabó sus días, después del año 1250, según el cómputo más probable.

En el monasterio de Roosendaël, Bélgica, en el año 1618, la muerte de Margarita van der Elst, conversa. Antes de su conversión, se había dado en exceso a los devaneos mundanos. Después, con un cambio radical de vida, se entregó enteramente a la oración y a la consecución de la perfección religiosa en las labores propias de las conversas. Enferma yacía en el lecho, a la par que su abadesa, que, atacada esta de parálisis, perdió el uso de la lengua y del oído y no podía confesarse. Margarita, aunque enferma también, se dolía más del infortunio de su superiora que de sus propios males. En un momento de fervor dijo: -“En cuanto deje esta vida, pediré a Dios que devuelva a la abadesa el uso de los sentidos”. Lo cual sucedió exactamente, pues nada más dejar su cuerpo en la sepultura, que entonces se hacía nada más morir, la abadesa recuperó las facultades perdidas.

16

En la abadía de Vau-le-Duc, Bélgica, la venerable Isabel von Basten. Siendo priora, oyó hablar de la reforma que en otros monasterios se estaba efectuando, sobre todo respecto a la pobreza y a la clausura; para mejor enterarse de algo que le llegaba al alma, se trasladó a Argentan. En 1460, al renunciar la entonces abadesa, M. Isabel, por obediencia al abad de Villers, le sucedió en el cargo. Entonces, libre ya para llevar a cabo sus propósitos y confirmada en ellos por el mismo abad, se consagró a la

reforma de su monasterio con ayuda de algunas monjas y conversas venidas de Argentan. Pero, sintiéndose incapaz para coronar esa obra de perfección, renunció a los tres años al cargo abacial a favor en una de las monjas venidas de Argentan, más impuesta, a su juicio, en la nueva, o por mejor decir, en la antigua forma de vida que se intentaba implantar. Pasados cuatro años, en 1467, voló a Dios, dejando gran fama de santidad.

En Dijon, Francia, Juana de San José de Courcelles de Pourlan. Educada siendo niña en la abadía de Tart, después de varias vicisitudes llegó a ser, en plena juventud, abadesa del mismo monasterio. Por inspiración de Dios se propuso, más con el ejemplo que con palabras, establecer una disciplina regular más severa, alentada y guiada por el obispo de Langres, Sebastián Zamet. Con la aprobación del capítulo general y para proteger a las monjas de los desmanes de las tropas, que por aquellos días rondaban por doquier, trasladó el monasterio a Dijon; más tarde se desligó de la Orden y se sometió a la jurisdicción episcopal. Su vida fue un complejo de virtudes, de caridad y humildad sobre todo, eficaz en la reforma de su abadía; por mandato de los superiores eclesiásticos trabajó también en la reforma de otros monasterios. Murió sexagenaria, el 16 de mayo de 1651, considerada como una verdadera santa.

17

En La Habana, en la isla de Cuba, la muerte, en 1891, del venerable Jerónimo de Usera y Alarcón. Joven aún, abrazó la vida cisterciense en el monasterio de San Martín de Castañeda. En 1857 las revueltas y sediciones populares reinantes en España lo expulsaron del monasterio, como a los demás religiosos; en su corazón permaneció cisterciense, si bien, pasados varios años y viendo que la restauración de la vida monástica no cabía esperar fuera pronto, se incardinó en el clero secular como misionero, y fundó la Congregación de Religiosas del Amor de Dios. Su fama, lejos de menguar, crece de día en día. Está incoado su proceso de canonización, y sigue siendo testimonio de vida entregada a la tarea misionera que pone sus fundamentos en el amor a Dios y a los hombres. Como muchos monjes de la Congregación de Castilla gozaba de una pro-

funda formación monástica y escriturística, habiendo desempeñado el trabajo de profesor en su monasterio y otros lugares.

En Toscana, el santo hermano Tucio, converso del monasterio de San Salvador di Settioo. Muerta su madre, entre apriscos y ganados lo educó su padre, pastor de oficio. Antonio, santo abad de dicho monasterio, viéndolo tan inclinado a la piedad, para formar su alma en la verdadera virtud, lo recibió como converso. Bajo la labor de tal maestro, pronto estuvo dispuesto para soportar toda clase de trabajos, y austeridades. Todo lo recibía con alegría, sin distraerse de la contemplación de las cosas de arriba, ejercicio a que se entregaba de modo especial durante las noches que pasaba en una cueva practicando duras penitencias. Duramente purificado por fuertes tentaciones contra la fe, voló victorioso al seno de Dios, en fecha desconocida, posterior al año 1459.

En 1218, el papa Honorio III canonizó solemnemente al bienaventurado Guillermo, arzobispo de Bourges.

18

En Irlanda, la memoria de varios mártires de la persecución que los protestantes ingleses provocaron en los siglos XVI y XVII. Además de los que son recordados nominalmente en sus respectivos días, se recuerda hoy conjuntamente a algunos que por la fe católica fueron ahorcados y, aún con vida, descuartizados, otros sacrificados de diversos modos no menos crueles. Son: Cornelio O'Rourke, joven abad o monje de monasterio desconocido (14 septiembre de 1576); Patricio O'Connor y Malakías O'Kelly, monjes de Boyle (19 mayo de 1535); Eugenio O'Gallagher, abad, y Bernardo O'Trevir, monjes de Astraht (14 noviembre de 1606); Jacobo Eustace, monje de monasterio desconocido (8 de setiembre de 1620); Edmundo Mulligan, de una abadía desconocida (1645); Lucas Bergin, abad de Sta. María de Rossglass (14 abril de 1655). Por la misma causa y en el mismo tiempo fueron desterrados Mauricio Mac Gibbon, arzobispo de Cashel, que en 1578 murió en Oporto, ciudad de Portugal; Pablo Piagget, abad de Sta. María de Dublín, que inamovible en su fe católica, fue condenado a destierro perpetuo; pero, ya de mucha edad, vol-

vió oculto a su patria y murió en 1654; lo mismo ocurrió al abad de Holy Cross, Bernardo Foulow, varón apostólico, muerto en fecha desconocida. En la cárcel murieron el abad de Lurrey, Lorenzo Fitzharris, hacia el año 1630; y en 1644, poco después de recuperar la libertad, el abad de Mellifont, Patricio Barnevall.

19

Guillermo de Montaigu, abad de Císter. Recibió de Gregorio IX numerosos privilegios. Gran pericia demostró como Legado para reconciliar a los reyes de Francia e Inglaterra; hasta san Luis le hizo aprecio, donándole el célebre monasterio de Royaumont. Convocado al sínodo lateranense, con otros muchos prelados, cardenales, obispos y abades, entre ellos el abad de Claraval, fue hecho prisionero por Encio, hijo natural de Federico II, y metido en la cárcel. En el capítulo general de 1241 y en el siguiente mandaron rezar por él. Por mediación de san Luis logró al fin recuperar la libertad. En 1244 el mismo rey con sus hermanos y la reina asistieron al capítulo general, para pedir la comunión en los sufragios de la Orden. Por entonces cesó de su cargo y se retiró a Claraval, donde el 19 de mayo de 1245, o 1246, descansó en la paz de Dios.

En Italia, el piadoso hermano Esteban de San José, converso de la congregación de los Fulienses. Piadoso y sencillo en su oficio de pastor de ovejas, al entrar en el claustro se hizo pronto notar por su obediencia y caridad. Era portero del monasterio y no dejaba descansar a los cillereros para atender las necesidades de los menesterosos que a él acudían. Las horas libres del día y gran parte de la noche las pasaba casi totalmente en oración. Incansable en sus disciplinas y abstinencias dejó este mundo en Perugia el año 1645. A los treinta y ocho años de su muerte fue hallado incorrupto y con los vestidos perfectamente conservados.

20

En Lyon, Francia, el cardenal Guido. Siendo abad de Císter, entre los muchos privilegios que impetró de Alejandro IV para él y sus suce-

sores se le concedió la facultad de conferir órdenes menores a los miembros de la Orden. Urbano IV, en carta que dirigió al capítulo general, le llama “hombre angélico”, insigne por su virtud y su ciencia; el mismo papa, en 1262, le nombraba cardenal con el título de San Lorenzo in Lucina. El mismo aprecio le tuvo Clemente IV, sucesor de Urbano, quien lo envió en su nombre a Dinamarca, Suecia, Noruega y Alemania, nombrándolo Legado apostólico en un concilio reunido en Viena, en 1267, para emprender la reforma de la Iglesia. Finalmente, en Lyon, durante el concilio general allí celebrado, atacado por la peste, acabó sus días el 20 de mayo de 1274.

En Wauthier-Braine, Bélgica, la venerable Ana de Grave, abadesa. Bajo su gobierno llegó a hacerse tan floreciente la comunidad en la estricta observancia, que tiempo atrás había abrazado, que de ella pudieron salir varias religiosas a reformar otras casas y fundar la de Ntra. Sra. de la Vigne, en la ciudad de Lovaina. La venerable abadesa, animada como estaba de ferviente celo por renovar en todas partes la vida monástica, fue fiel siempre a la sentencia “Ubi pax, ibi Deus”, donde hay paz, ahí está Dios; era un espejo de virtudes para todas las hermanas, insigne, sobre todo, por su humildad sincera y su caridad. Pasó a mejor vida probablemente el año 1526.

21

En Francia, en 1568, la muerte de Santiago de la Roche, monje de la congregación de los Fulienses, varón ilustre por su origen y doctrina; había sido benedictino en la abadía de la Chaise-Dieu y Vicario general del Gran prior de Auvergne. Pasó a la reforma del venerable Juan de la Barrière. Entre aquellos monjes íntegros y observantes sobresalió él por la austeridad de su vida, fecundada con su frecuente oración. En su rostro se descubría claramente la rigidez de su observancia, pero se avergonzaba de ser más blando de lo que debiera. Devorado por el fuego del apostolado recorría ciudades y pueblos predicando y ganando para la verdad católica a muchos herejes. Rehusó el episcopado; le bastaba con ser monje, como decía él.

En Ntra Sra. de Atlas, Argelia, en 1996 fueron secuestrados siete de los nueve monjes de la comunidad de Ntra. Sra. de Atlas, en Tibhirine, Argelia, y asesinados en la primavera de 1996, probablemente el 21 de mayo, en circunstancias que nunca se han esclarecido, debidas quizá a motivos políticos. Esta comunidad fue fundada el 7 de marzo de 1938 bajo la responsabilidad de la abadía de Aiguebelle, en Francia. En enero de 1992 comenzaron los años de violencia en Argelia, que provocarán en total 200.000 muertos. El *Grupo Islámico Armado* lanza un ultimátum en octubre de 1993, exigiendo la salida de los extranjeros presentes en el país. Los religiosos franceses que deciden quedarse se convierten en blancos potenciales. El secuestro de los monjes se llevó a cabo por la noche; el grupo de argelinos pedía ayuda médica y, finalmente, decidieron llevarse a los hermanos que encontraron a un destino desconocido. El 30 de mayo se encuentran sus cabezas solamente, y el 4 de junio son enterradas en el cementerio del monasterio, después de una solemne celebración de los funerales en la iglesia catedral de Argel. Las circunstancias precisas de los 56 días de detención y su muerte quedan todavía en el misterio, como se ha dicho. Su elección de quedarse en Argelia a pesar del creciente clima de terror fue madurada en común después de una visita intimidatoria por parte de un grupo armado la noche de Navidad de 1993. Esta libre elección expresaba su voluntad de quedarse juntos, compartiendo con sus vecinos los peligros de la violencia que sufrían los más indefensos, solidarios con la frágil minoría eclesial, dados a Dios en la Iglesia de Argelia, ofrecidos como Cristo para la salvación de su pueblo. Su conciencia de ir al encuentro de la muerte, consintiendo sin reservas a la donación de su vida, perdonando a los agresores, son testimoniadas por el admirable testamento del prior, del diario del maestro de novicios y de las cartas de otros hermanos a los familiares. Estos 7 hermanos, muy diferentes entre ellos, estaban llenos de amor por el pueblo de Argelia, el respeto al Islam, el deseo de la pobreza. Su segunda vocación, inserta en la gran vocación cristiana y cisterciense, les condujo a testimoniar la Pascua del Señor con la ofrenda de su vida. En 2005 se introdujo la causa de beatificación. En septiembre de 2010 se presenta la película “De dioses y hombres”, sobre el itinerario martirial seguido por la comunidad. Aparecen también varias publicaciones y libros sobre este tema, el tes-

tamento del P. Prior y los escritos de algunos hermanos. Lo monjes asesinados son:

- Dom Christian de Chergé. Prior del monasterio y animador de un camino espiritual que condujo a la comunidad a aceptar lúcidamente la posibilidad del martirio. Nace el 18 de enero de 1937 en Colmar, Francia. Es ordenado sacerdote el 21 de marzo de 1964 y entra en la Trapa de Aiguebelle el 20 de agosto de 1969. Llega a Tibhirine en enero de 1971 donde termina el noviciado y hace la primera profesión. De 1971 a 1973 estudia árabe e islamología en Roma. Cuando vuelve a Argelia, emite sus votos solemnes el 1 de octubre de 1976. El 31 de marzo de 1984 es elegido como prior del monasterio.

- H. Luc Douchier. De personalidad arisca, pero profundamente humana, se hizo popular en la zona por su servicio a los enfermos. Nació el 31 de enero de 1914 en Bourg-de-Péage (Drôme). Después de los estudios de medicina cumple el servicio militar en Marruecos como lugarteniente médico. Entra en la Trapa de Aiguebelle el 7 de diciembre de 1941 y toma el hábito de hermano converso. De 1943 a 1945 sustituye a un padre de familia como prisionero voluntario en Alemania. En 1946 parte hacia Tibhirine. Allí, en 1945, emite los votos definitivos. En 1959 es secuestrado junto a otro hermano por el ALN, pero lo liberan después de dos semanas. En el momento del último secuestro tenía 82 años y 50 de permanencia en Argelia.

- P. Christophe Lebreton. Era el más joven, perteneciente a la generación de la revuelta estudiantil de mayo del 68. Creció en la fe en tiempo breve hasta ofrecer la vida, según el testimonio profundo de su diario y sus poesías. Nace el 11 de octubre de 1950 en Blois (Loire et Cher). Entra en el seminario menor a los 12 años, pero sale al acabar el liceo. Se inscribe en la facultad de Leyes y cumple su servicio civil en Argelia. El 1º de noviembre de 1974 entra en la Trapa de Tamié y, todavía novicio, parte para Tibhirine. En 1977 prefiere volver a Tamié, donde hace la profesión solemne el 1º de noviembre de 1980. El 8 de octubre de 1987 retorna a Nª Sra. del Atlas. Es ordenado sacerdote el 1º de enero de 1990.

- H. Michel Fleury. Era un trabajador incansable, hombre sencillo y silencioso, deseoso de participar en el Misterio Pascual de Cristo. Nace

el 21 de mayo de 1944 en Ste-Anne-sur-Brivet y hasta los 17 años trabaja en el campo. Estudia en el seminario durante 9 años. Después pasa diez años en el Prado, trabajando como obrero en Lyon, París y Marsella. Entra en la Trapa de Bellefontaine en noviembre de 1980. En 1984 parte hacia Tibhirine, donde hace su profesión el 28 de agosto de 1986.

- P. Bruno Lemarchand. Superior de la casa anexa de Fez, en Marruecos, era un hombre ponderado y profundamente humilde. Nace el 1º de marzo de 1930 a Saint- Maixent y entra en el seminario mayor de Poitiers después de los estudios secundarios. De 1951 a 1953 cumple su servicio militar en Argelia. El 2 de abril de 1956 es ordenado sacerdote. De 1956 a 1980 enseña en el colegio S. Charles de Thouars y, a los 51 años, entra en la Trapa de Bellefontaine. Parte definitivamente hacia Nª Sra. del Atlas en 1989 y el 21 de marzo de 1990 hace profesión solemne en Tibhirine. En septiembre de 1991 es nombrado superior de la comunidad de Fez. En el momento del secuestro se encontraba por algunos días en Tibhirine para la elección del prior.

- P. Celestin Ringiard. Muy sensible y muy dotado para las relaciones interpersonales. Nace el 29 de julio de 1933 en Touvois (Loire Atlantique) y a los 12 años entra en el seminario. De 1957 a 1959 cumple como militar en Argelia. El 17 de diciembre de 1960 es ordenado sacerdote. Durante 20 años ejerce su ministerio entre los marginados en Nantes. El 19 de julio de 1983 entra en Bellefontaine. En 1986 parte hacia el Atlas, donde profesa solemnemente el 1 de mayo de 1989.

- Paul Favre-Miville. Muy hábil en el trabajo manual, era servicial y amigo de todos. El 17 de abril de 1939 nace en Vinzier (Haute-Savoie). Trabaja como herrero con su padre y después recibe una formación profesional, convirtiéndose en experto en fontanería. Después de la muerte de su madre, en 1984, entra en Nª Sra. de Tamié, de allí parte a Tibhirine en 1989. Hace la profesión solemne el 20 de agosto de 1991. Una carta suya resume los sentimientos de todos ellos: *«¿Hasta dónde debemos llegar para salvar la piel sin el riesgo de perder la vida? Uno sólo conoce el día y la hora de nuestra liberación total en Él. ¿Qué quedará, unos meses después, de la Iglesia de Argelia, de su visibilidad, de su estructura, de las personas que la componen? Con toda probabilidad poco, poquísimo. Yo*

creo que la Buena Noticia ha sido sembrada, el grano germinará (...) El Espíritu trabaja, y trabaja en profundidad en el corazón de los hombres. Estemos disponibles para que Él pueda trabajar en nosotros a través de la oración y la presencia amorosa para con todos nuestros hermanos» (Carta del 11-1-1995). En el momento en que escribimos estas líneas su beatificación está anunciada para el 8 de diciembre de 2018 en la iglesia catedral de Argel.

22

En Ntra. Sra. de la Trapa, en el año 1713, descansó en el Señor el monje y sacerdote Bernard Mullet. La guerra obligó a sus padres a huir de Douai y buscar refugio en el monasterio de monjas cistercienses de Prós; ahí nació nuestro Bernardo y lo consagraron a Dios en el altar de san Bernardo. Este ofrecimiento nunca se vio defraudado a lo largo de toda su vida, puesto que hasta la muerte conservó la inocencia bautismal. Bastante rudo de ingenio, con el auxilio de la Virgen santísima, salió adelante en los estudios y, con los años, creció más su devoción a tan augusta Señora y Madre. Una vez que se halló investido de la dignidad sacerdotal, se mostró pastor celosísimo de las almas, aunque siempre procurando vivir lo más retirado posible, dado que los cuidados que a su anciana madre debía prodigar le impedían llevar a cabo sus deseos de abandonar para siempre el mundo; no dejaba de practicar toda clase de penitencia en su cuerpo, en tanto que su caridad se abría toda en socorro de pobres. Al fin, con cuarenta y ocho años de edad, pudo entrar en el monasterio de la Trapa, y mostrar a todos sus virtudes, especialmente la humildad y la caridad para con todos.

23

En España, en el monasterio de Sta. Ana de Ávila, la piadosa monja Petronila de la Cruz. Hija de nobles, ingresó en dicho monasterio siendo todavía niña, entregada para ser educada, como era costumbre en aquel tiempo. Pasad el tiempo, y siendo ya monja, deseaba una observancia más rígida; vistió un hábito más áspero que el que las monjas llevaban y

comenzó una vida penitente, por lo que se encontró con la oposición de casi toda la comunidad. No obstante, encontró buenos defensores en un doctor de la universidad de Salamanca y en una santa hermana, la venerable María Vela, que la apreciaba y no dudaba en emular sus prácticas. Amante decidida de la soledad, se desprendió por completo de sus parientes y se alimentaba de las sobras de las demás religiosas; con paciencia ilimitada supo padecer las muchas humillaciones que se le infirieron; sus noches las pasaba en la iglesia. Dejó este mundo, el año 1608.

En el monasterio del Santísimo Salvador de Settimo, en la Toscana, el bienaventurado Remigio, abad. Insigne por su santidad y por su doctrina, después de su muerte, en el año 1348, y por la opinión que de su vida dejó, sus restos fueron colocados bajo el altar de san Gregorio, en sepulcro aparte de los demás abades de este monasterio.

En Nuestra Sra. de la Val-Sainte. Suiza, el año 1795, entregó su alma a Dios Jean Maríe Tassin de Villemain, prior, sacerdote de la Congregación de San Sulpicio; deseoso de entrar en el monasterio de Sta. María de la Trapa y expulsado de su patria el año 1793, corrió a cobijarse en la Val-Sainte. Aquí, pasado el año de prueba, pronunció los votos religiosos, llevando una vida tan ajustada a la Regla que se le pudo aplicar lo que escribe san Bernardo: “Nunca se juzga satisfecho, siempre sediento y hambriento de perfección”. Al poco tiempo de profesar fue nombrado prior. En el desempeño del cargo, pese a los achaques del cuerpo y del espíritu, no disminuyó lo más mínimo su fidelidad y humildad, su sencillez y paciencia, siendo en toda ocasión un ejemplo de virtud para sus hermanos. Deseando la llegada de la muerte, no tardó en satisfacer sus anhelos; transcurridos dos años de vida cisterciense y consumido por graves enfermedades dejó este mundo después de cantar, lleno de gozo, tres veces el “Aleluya”.

24

En Císter, en el año 1899, dejó este mundo, aún joven, Bernard Rigaud, monje. Del seminario pasó al monasterio de Sept-Fons, sin decaer en el fervor y entrega a Dios, dulce y afable con sus hermanos, paciente y modesto, buscando en toda circunstancia el último lugar. Después de

profesar lo llamó a Roma Dom Sebastián Wyart, abad general de la Orden, para que se dedicara a los estudios. Al año de su permanencia en la Ciudad Eterna, se trasladó a Císter, enviado por el mismo Dom Sebastián para la restauración del monasterio, cuna de la Orden. Así pues, abandonó Roma y sus estudios, obedeciendo, como solía, la voluntad de Dios y ofreciendo su propia vida por el feliz éxito de la obra que iba a comenzar. En el primer crudo invierno que pasó en Císter cayó doblegado por una afección pulmonar que, en pocos meses de lenta agonía, dulce y piadosamente lo llevó a la tumba.

25

En Inglaterra, en el año 1172, la muerte de Gilberto de Hoyland, abad de Swinoshead. En vida mereció ser considerado por san Elredo como “digno de ser llamado con suma reverencia santo padre Gilberto”. En corroboración de su veracidad, están los escritos de Gilberto. Continuó los sermones “in Cantica” de san Bernardo, y no los concluyó. Muy afines en la piedad y estilo a los sermones de san Bernardo, carecían del jugo, sublimidad y fuerza persuasiva del santo, aunque no por ello eran menores los frutos que, al decir también de san Elredo, “la gracia divina se difundía por ellos en las almas”.

En el monasterio de Locken, en Sajonia, el piadoso monje Alardo. Militar pundonoroso e intachable en el siglo, en el monasterio, como amado escogido por Dios, le salió al paso una difícil y fastidiosa enfermedad que probó duramente su amor al Señor y a la vida monástica. Al llegar al final de sus días, rodeado de su comunidad, afirmando que sentía junto a él la presencia de Cristo, su Madre y multitud de santos, lleno de gozo, entregó su espíritu.

26

En Boulancourt, Champagne, la beata Ascelina, sobrina de san Bernardo y discípula suya también. Educada por él desde los primeros años en una atmósfera de piedad, con deseos de agradar en todo al Señor,

llevó una vida de oración con el recuerdo constante de Dios; con fama de santidad murió el año 1195, el viernes después de la fiesta de Pentecostés. Sus reliquias fueron colocadas en un sarcófago bajo un altar consagrado, como aprobación del culto que se le tributaba. Los papas Clemente IX e Inocencio XII, concedieron indulgencias a los que visitaran la capilla dedicada en honor de la beata Ascelina.

En Claraval, el bienaventurado Enrique, monje, conocido con el nombre de “Contrahecho”, que se unió a san Bernardo, estando este en Friburgo para predicar la cruzada por tierras de Alemania; le sirvió primero de intérprete, y después como monje. Enviado a las regiones más lejanas de la Germania, al atravesar un río, se rompió el hielo que le cubría y el buen monje se vio arrastrado al fondo del agua; pero llegando milagrosamente a la orilla pudo así alcanzar a recibir la bendición de su amado padre, según Bernardo se lo había prometido. Sobrevivió todavía muchos años a su santo maestro, y como venerable y santo anciano, era el recurso de la experiencia para los abades que a él acudían a pedir consejo durante los capítulos generales.

27

En Claraval, el santo Godofredo de Aignay, monje de los primeros que poblaron este monasterio. Varón de gran modestia y gravedad, muy hábil en las cosas divinas y humanas, levantó numerosas abadías bajo los auspicios de san Bernardo. Siendo de edad avanzada, fue una vez más, enviado a una de estas empresas y, temiendo morir lejos de Claraval, el venerable padre le prometió que no en otro sitio, sino en Claraval, habrían de terminar sus días. Edificada que fue la abadía en Holanda, anunció a los compañeros que él se retiraba para ir a morir a Claraval. Al poco de llegar, entregó su alma al Señor, confortado con la presencia de san Bernardo, que en sueños le había anunciado el momento en que debía regresar para dar satisfacción a sus deseos.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Port-du-Salut, el piadoso Antonio Dechange, converso de Val-Sainte-Marie. Aun en medio de las ocupaciones del mundo, adonde frecuentemente tenía que salir para buscar el

sustento de la comunidad, envuelto en modestia y silencio, no rompía la unión con Dios, entregado totalmente a la oración; su espíritu de obediencia jamás decayó en él, aun en caso de peligro para su vida, como ocurrió en una ocasión en que no se desvió del camino marcado por su abad a pesar del peligro de unos bandoleros. Su virtud fue encomiada por todos y a su muerte, ocurrida en la abadía de Port-du-Salut, donde, enviado desde Val-Sainte-Marie, prestaba sus servicios, el sentimiento de su pérdida embargó de pesar el ánimo los hermanos.

28

Aunque vaga y conjunta, hacemos hoy conmemoración de los beatos Guiberto, prior de Bebenhausen; Tomás, prior de Bonnefont; dos monjes de Císter de nombres Juan y Pedro y otro compañero suyo de nombre desconocido, monje de Cadouin; Vidal, converso de San Sulpicio; Margarita, abadesa de Monte de Sta. Walburga, y Margarita, monja y sacristana de Seauve. Muertos todos ellos con fama de santidad durante los siglos XII y XIII, y a quienes consta se les daba culto en sus respectivos monasterios debido al catálogo de santos cistercienses sacado a luz en 1491 por el abad de Císter, Juan de Cirey; culto, además, confirmado para algunos de ellos por noticias emanadas de diversas fuentes. Los detalles de sus vidas y el día de su muerte han quedado ocultos en la noche de los tiempos.

En Suiza, la conmemoración de los monjes y conversos, principalmente los fundadores, de la abadía de la Val-Sainte, todos de heroica virtud. De los cuales, los primeros, en número de veintiuno, al huir de Francia en 1791, y una vez que consiguieron acomodarse en el monasterio cartujano de la Val Sainte, se propusieron con gran celo perfeccionar y completar la reforma del abad Rancé y, en suma pobreza y privaciones, marcharon por caminos erizados de peligros y fatigas; sin abandonar la observancia de la Regla, presentaron a los hombres de la Europa el espectáculo elocuente de la religión católica y de las virtudes que son propias de la vida monástica.

29

En Ourscamp, Francia, el bienaventurado Waleran de Baudement, primer abad de este monasterio. Era rector de los canónigos seculares de Epernay cuando, en 1126, conoció a san Bernardo. A instancias de este y con la aquiescencia de Waleran que lo pidió a los mismos interesados, pronto los canónigos regulares sustituyeron a los seculares. Waleran prefirió seguir en Claraval al santo abad, siendo destinado, después de hecha la profesión, con otros doce monjes, para iniciar la vida monástica en la nueva fundación de Ourscamp. Entre los novicios que afluyeron al monasterio, estaba el noble Hervé de Baugent, de cuya vocación se dan muchos detalles en la vida de san Bernardo. Hervé sucedió en el cargo abacial a Waleran. Este acabó sus días en 1142 en Igny.

En el siglo XII, o principios del XIII, vivió en Colonia la piadosa Heylice, señora noble, a quien Cesáreo de Heisterbach hace reclusa de nuestra Orden y santa. Con la convicción de que los verdaderos tesoros son los pobres, se consagró de modo particular al consuelo de los menesterosos, sin preocuparse demasiado de los edificios, ornamentos y alhajas de las iglesias de sus posesiones. Sin reparo alguno sentaba en su mesa y hacía comer de su mismo plato a los niños pobres, aunque acudían con sus manos heridas y sucias, cuidándose ella misma de atenderles con solicitud. La fama de su santidad queda atestiguada por su enterramiento en la cripta debajo del coro en la catedral de Colonia.

30

En el monasterio de San Galgano, en Toscana, el santo monje Santiago, varón religioso y sencillo, siempre constante en la oración. Atraídos por la fama de su virtud vinieron al monasterio dos hermanos Predicadores para ponerse con toda su Orden el amparo de las oraciones del santo monje. Apreciado de todos por su santidad, murió en 1236, ilustre, según su epitafio, por su don de consejo y de profecía.

En Fürstenfeld, Baviera, el santo anciano Anselmo Hirsch, monje y sacerdote. Venerable en todo el sentido de la palabra, llevó una vida es-

condida con Cristo en Dios, luminosa de virtudes y entregada durante sesenta y cinco años a la salvación de las almas. En la obediencia era exactísimo, en la pobreza cabal, en la castidad angélico; mortificado en todo, émulo fiel de nuestros Padres, nos legó para la imitación toda una multitud de virtudes y grandes ejemplos. Murió en el año 1777, a los noventa y dos de su edad, siete de profesión y sesenta y seis de sacerdote.

En el monasterio de Soleilmont, Bélgica, en el año 1730, después de una larga enfermedad, sobrellevada pacientemente muchos años, subió al cielo la M. Josefa Staignier, abadesa, Ya desde su entrada en el claustro se ganó los ánimos de todas con su caridad y bondad y por su disponibilidad para todo cuanto se le mandaba. Elegida abadesa, hizo de la suavidad y prudencia puntales de su gobierno, siempre solícita del bienestar de sus hijas, pero mucho más de su progreso espiritual. Su memoria quedó grabada en los corazones con rasgos inolvidables e imperecederos.

31

En Marienstatt, Alemania, el abad Herman. Siendo canónigo de Bona lo dejó todo por hacerse monje; nombrado pocos años después prior de Himmerod fue tan ardiente su devoción a la Eucaristía que llevaba continuamente consigo en su corazón, como en una custodia, el Cuerpo del Señor. En 1188 fue enviado con otros doce monjes a poblar el monasterio que en el monte Stromberg habían abandonado los canónigos regulares de san Agustín. La pobreza del lugar y otras dificultades abatieron el entusiasmo de los monjes, que no cesaban de rogarle que dejaran aquello y volviera a su primitivo cenobio; pero él, con digna autoridad detuvo tanta pusilanimidad, mandándoles confiar en Dios. No obstante, a los cuatro años hubo de partir con toda su pequeña comunidad hacia un valle de aquellos dominios, donde ocuparon un caserón, llamado Meisterbach. Al poco tiempo fue elegido abad de Himmerod; pero renunciando no mucho después a la dignidad abacial, prefirió llevar una vida desprovista de cuidados y negocios temporales. Después de pasar más de doce años en Himmerod, entregado solamente a Dios, fue otra vez enviado a la fundación de una nueva casa, junto con doce monjes

procedentes de Meisterbach, en Marienstatt, diócesis de Tréveris, que, debido a los muchos peligros a que estaba expuesta, la trasladó a una amena soledad en las riberas del río Nister, en la diócesis de Colonia, donde el venerable abad cerró sus ojos a la luz de esta vida para abrirlos a la eterna en el año 1225.

En la Bretaña, la memoria de la condesa Ermengarda, discípula de san Bernardo, a la que dirigió dos cartas llenas de santo afecto, llamándola “amadísima hija en Cristo y humilde sierva suya”.

En el Monasterio Cisterciense de Sticna, en Eslovenia, el hermano Roberto (Vincenzij o Vinko) Avsec. Vincenzij o Vinko nació el 1 de febrero de 1920 en Knezja Njiva (Gorenja), hijo de Janez y Franciska Avsek, en una familia de cinco hijos y una hija. Después de haber frecuentado la escuela elemental, desde 1933 hasta 1941 cursó los estudios secundarios clásicos en Lubiana, viviendo en el centro Slomsek (Poljanska Cesta), regentado por sacerdotes de Sticna. El 28 de junio de 1941, terminados todos los estudios, solicitó ser admitido a la vida monástica en el Monasterio de Sticna. Supo vivir su período de noviciado “viviendo separado de los peligros del mundo, para servir mejor a Dios”. Después de su profesión inició los estudios teológicos en el seminario. En 1944, se vio obligado a dejar sus estudios en razón de un decreto de movilización de las autoridades alemanas, que le imponían integrarse en una brigada alemana de trabajo. Junto con un grupo de seminaristas se integró en la Guardia Nacional y en mayo de 1945 se retiraron todos a la Carincia austríaca. Fue encarcelado en Viktring, y posteriormente asesinado en los bosques de Kocevje Rog. Era un joven dotado y tranquilo, y había procurado información sobre los usos populares y costumbres religiosas de Knezja Njiva al cisterciense Metod Turnsek, especialista en usos y prácticas populares.

Milagros Antonia González (M. Oliva) nació en Piñera de Abajo, en Asturias, el 9 de agosto de 1906. Hija de padres cristianos y la séptima hija del matrimonio. Su padre murió joven a los 33, años. Víctima de un corte infectado al estar segando. La madre, viuda y sin grandes recursos, quería que sus hijos se consagraran a la vida religiosa. Y así hizo entrar a la hermana mayor, Rosario, en el monasterio de Santa Ana de Ávila.

Milagros, cuando tenía cuatro años de edad se cayó a la chimenea del hogar, y sufrió graves quemaduras y pérdida de vista; pero se recuperó poco a poco. Llevó una infancia piadosa, al uso de las familias cristianas de aquel tiempo; luego quiso adoptada por sus padrinos de bautismo, una familia bastante pudiente; pero la madre no lo consintió. A los quince años de edad asistió con su madre a la profesión solemne de su hermana mayor, y aunque quiso seguirla en la vocación monástica, no pudo ser, volviendo a Asturias llena de pena. Sus hermanos no querían que abandonase la casa familiar, haciendo lo imposible para que permaneciera al cuidado de su madre. Con ayuda de un primo suyo partió para Trujillo, a un colegio donde pudiera adquirir alguna formación a la vez de poder realizar algún trabajo. La experiencia fue muy dura y frustrante. Las monjas cistercienses del monasterio de san Benito, en Talavera de la Reina, buscaban jóvenes para el noviciado y fijaron sus ojos en la atractiva y laboriosa Milagros. Sus padrinos le recomendaron ingresara en Santa Ana de Ávila; pero ella prefirió ir a Talavera. La verdad es que Oliva, así se hizo llamar en el monasterio, no disfrutaba de buena salud, a pesar de su aspecto externo. Por esta razón hubo de volver a Asturias; pero, una vez repuesta, volvió con sus hermanas, que la recibieron muy bien a pesar de sus achaques. En 1936, cuando estalló la guerra civil española, los milicianos expulsaron a las monjas del monasterio el 25 de julio y estas hubieron de refugiarse en casa de amigos y familiares, impidiéndoseles llevar el hábito religioso. Pero M. Oliva fue llevada a la Casa del Pueblo, interrogada, maltratada y agredida con arma blanca en el vientre, curando casi milagrosamente. Una vez liberada Talavera, M. Oliva partió para Burgos, al monasterio de Palacios de Benaver. Las monjas de Las Huelgas le facilitaron hábito y ropas, y los monjes de San Isidro de Dueñas le proporcionaron libros litúrgicos y otras ayudas. Poco después partió para el monasterio de Villamayor de los Montes, también en la provincia de Burgos, donde permaneció hasta el final de la guerra. Allí encontró paz y sosiego espiritual, siendo muy apreciada por la comunidad. Cuando la comunidad de Talavera pudo volver al monasterio y recomponer los desperfectos causados por la revolución, ella también volvió a su antigua casa, en 1940. Poco después fue nombrada maestra de novicias, lo que aceptó no son dificultad, pero confiando en san Ber-

nardo y su madre María. En 1947 fue elegida abadesa, cargo que desempeñó hasta el día de su muerte, el 31 de mayo de 1954, a los cuarenta y siete años de edad. Desempeñó sus funciones a la altura de sus capacidades y deseos de servir en todo a sus hermanas, dando ejemplo siempre de paciencia y serenidad ante numerosas dificultades, propias de los tiempos y de las circunstancias. La comunidad se sintió siempre protegida y las personas que entraban en contacto con ella reconocían las señales de un alma excepcional que, a pesar de una vida difícil, supo encontrar los caminos de la entrega a su vocación e ilusiones de juventud.



JUNIO

Día 1

Festividad de los santos Bernardo, María y Gracia, mártires. Bernardo, que antes se llamaba Hamed, era hijo del rey moro de Lérida y fue enviado por el monarca valenciano a Cataluña como embajador para tratar asuntos del reino. Conducido por la divina Providencia, se acercó al recién fundado monasterio de Poblet, donde se le recibió con todos los honores de la caridad; tocado interiormente por cuanto veía y oía pidió ser instruido en la fe cristiana y bautizado, tomando el nombre de Bernardo, suplicando encarecidamente que se le concediera permanecer en el monasterio. Su fervor era tanto más ardiente y su caridad tanto más destacada cuanto tardía había sido su conversión. El abad le nombró cillerero, cargo que desempeñó durante varios años; al cabo, inquieto siempre por la salvación eterna de los suyos, con licencia de su abad retornó al hogar de sus mayores, no tardando en ganar para la fe a una tía suya y luego a sus propias hermanas, Zaida y Zoraida, nombres agarenos que, al administrarles el santo bautismo, cambió por los de María y Gracia. Al llegar a conocimiento del rey Almanzor, hermano suyo, una conversión que tan de cerca le tocaba, no pudo reprimir la ira y, apresando a Bernardo y sus hermanas, que temerosas habían huido, a Bernardo mandó le atravesaran la frente con un recio clavo de hierro, sujetado su cuerpo a un árbol, y a las hermanas decapitarlas a golpe de cimitarra. El martirio tuvo por escenario el paisaje de Alcira, en España, hacia el año 1180, lugar donde se les profesó y profesó gran devoción. Esta es una de las páginas más bellas de los inicios de la Orden cisterciense en los reinos de España, que siempre ha cautivado a todos los monjes españoles por su frescura y grandeza del testimonio de estos mártires.

2

En Cambrai, el martirio de Bernard Maillet, monje y chantre de Vaucelles, guillotinado el 2 de junio de 1794. Su causa de beatificación está introducida en la curia romana.

En el monasterio de Huerta, en España, el piadoso Luis de Estrada, abad (que no hay que confundir con otro Luis de Estrada, abad de Valbuena). Fue, desde el claustro hortense y en la Congregación Cisterciense de Castilla, un erudito en las ciencias del espíritu y comprometido en las corrientes eclesiales más abiertas de la época. Son muy oscuros sus orígenes. El dato más seguro y confirmado es que nació en Ávila, donde abundaba en la época el apellido Estrada; se ha supuesto, mera conjetura, que era hermano del jesuita abulense Francisco de Estrada, provincial de Aragón, y contemporáneo de nuestro monje. En cuanto al año de nacimiento los autores proponen como más probable la de 1520. Él mismo dice, en *De origine Monasterii Hortensis*: “Siendo de edad de sesenta años (allá por 1580), y habiendo vivido en este santo monasterio por espacio de mas de cuarenta años y sido en él tres veces abad, después de haber residido veintidós años en los estudios de Alcalá...” Por lo demás, el silencio es total en la primera etapa de su vida, en que se forjó su rica personalidad. La vida de Luis de Estrada se enmarca en pleno siglo XVI, tan rico, tan complejo y contradictorio en la historia española. Estrada ingresó muy joven en Huerta y a los pocos años fue enviado a la universidad cisneriana de Alcalá de Henares, universidad moderna y pluralista, abierta a todas las corrientes teológicas y humanistas de la época. Allí permaneció como colegial diez años, discípulo aventajado, compañero y amigo de otros personajes insignes, entre ellos Benito Arias Montano. Estrada nunca se preció de teólogo, pero su trayectoria posterior demostró que dominaba la teología y era un gran conocedor de la Escritura y sus principales lenguas. Vuelto a su comunidad, se le encargó de resolver en Zaragoza los problemas que la comunidad tenía con los señores vecinos de Ariza; allí coincide con el ataque de la ciudad contra los jesuitas y los defiende valientemente. En mayo de 1557 es nombrado por primera vez, en el capítulo general de la Congregación, abad del monasterio de Huerta. En esta misma asamblea se le encarga comentar en lengua vernácula la *Regla de san Benito*, para que sirva a sus hermanos, los abades, en la obligación diaria de explicar la Regla a su comunidad. Tan bien cumple su cometido, que los mismos capitulares le piden que traduzca su comentario al latín, para que se puedan aprovechar los abades de otros países. La obligación principal de nuestro abad es el cuidado de los hermanos y la formación de la comunidad. Estrada está en el origen del esplen-

doroso siglo de oro de Huerta, con monjes relevantes en la Congregación, en las universidades de Alcalá y de Salamanca y en la Iglesia española y americana. Cuando cesa en su primer trienio, en 1560, es nombrado Rector del Colegio de Alcalá, para suceder a su fundador, Fr. Cipriano de la Huerga, monje cisterciense de Nogales (León) y famoso escriturista; aquí va a trabajar intensamente, durante doce años, y criará, según su propia expresión, monjes bien formados para la Orden y la Iglesia española. Para algunos, Estrada fue el verdadero fundador de este colegio. Al terminar su mandato en Alcalá, retorna otra vez a Huerta para un segundo trienio, en que se entrega de nuevo a la comunidad, pero ya con la salud quebrantada; al final es elegido Definidor o Consejero de la Congregación. Y por fin, dicen las crónicas, viejo y muy achacoso, pero por su experiencia en los negocios y su gran santidad, por tercera vez le nombran abad. Cuando regresa del Capítulo General, en que cesa, se echa en cama y muere en los brazos de su sucesor y discípulo; es el 2 de junio de 1581. Se debe resaltar que debió ser un buen maestro del espíritu, como se refleja en la obrita que escribió y que llamó *El Rosario de Nuestra Señora*, dirigido, no precisamente a los monjes sino los seglares, interesados en la vida espiritual. Obra de erudición y de piedad que ayuda, dentro de la corriente espiritual de la época, al crecimiento espiritual de sus lectores.

En Claraval, el venerable Reinaldo. Varón de gran sencillez y temeroso de Dios; conservó intacta su inocencia hasta en la vejez. Ya antes de ser monje, había vivido con gran piedad en el siglo. Recibió el hábito monacal en la abadía de San Amando, de la orden benedictina, donde por más de veinte años llevó una vida de santidad, hasta que empujado por un mayor y más ferviente deseo de virtud pasó a Claraval. Aquí se sujetó con entusiasmo a la nueva milicia, procurando, día tras día, mortificar y destruir al hombre viejo con cada una de las observancias monásticas. La oración era, se puede decir, su constante ocupación.

3

En el monasterio de Ntra. Sra. de la Inmaculada Concepción de Laval, en el año 1906, se durmió en el Señor Policarpo Jaricot, guía espiritual de las monjas de dicho cenobio. Estando en el seminario se unió al venerable

Antoin Chévrier, fundador de la llamada Congregación de Sacerdotes del Prado, del cual fue más tarde fiel compañero y colaborador. Con la aprobación de este santo varón tomó el hábito cisterciense en el monasterio de Sept-Fons, que no tardó en abandonar por circunstancias imprevistas, si bien a la muerte de su venerable maestro entró de nuevo en la abadía de Tamié. Siendo novicio todavía, en el año 1830, sufrió la expulsión del monasterio a causa de la persecución religiosa. Al volver después al claustro, pasado algún tiempo, fue nombrado prior, a pesar de no haber hecho aún los votos solemnes. Cumplidos ocho años en este cargo, obedeciendo a una urgente orden de Dom Sebastián Wyart, pasó al monasterio ya dicho de monjas cistercienses, donde después de restaurar la paz doméstica con gran tino y prudencia, permaneció en el cargo de capellán y confesor durante catorce años, siempre lleno de caridad y discreción. Afectado de apoplejía, aún supo padecer y tolerar sin una queja los dolores tremendos que en tres años largos le produjo un cáncer. Difundida la noticia de su santa muerte, fueron muchos los sacerdotes y seglares que acudieron a venerar sus últimos despojos; todos a una se extrañaban al sentirse como inundados de devoción y consuelo en sus ánimos. El recuerdo de una vida tan santa todavía pervive, lleno de bendiciones, en los claustros de Ntra. Sra. de la Inmaculada Concepción.

En España, la sierva de Dios Armezana, abadesa de Santa María de Cañas, mujer de insigne prudencia, amada de Dios y de los hombres; sentía gran descontento en el abadiato y sólo gozó de paz ya de edad avanzada y próxima a la muerte, lo cual le endulzaba la vida. Gobernó, así y todo, el monasterio durante trece años, hasta 1225, en que, después de reformarlo y levantarlo en lo espiritual y temporal, insigne por sus méritos y con gran fama de santidad voló al seno de Dios. Su sepulcro, colocado a la entrada del capítulo, siempre ha sido objeto de la veneración de las monjas y visitantes, así como el resto de los que allí se encuentran, destacando entre ellos el de la beata Urraca, cuya memoria se celebra mañana.

4

Cerca de Calahorra, en España, la beata Urraca, abadesa de Cañas, que fue una de las primeras fundadoras e hija de los fundadores del mo-

nasterio. Apreciada por todas las monjas debido a su piedad y santidad, sucedió en el gobierno a la primera abadesa, Armezana, a la que igualaba, y aún quizá superaba en virtud, según antiguos testimonios. Murió en 1262, el día siete de junio, siendo celebrada en su epitafio como santa.

En Alsacia, en el año 1886, se fue a celebrar al cielo las bodas eternas la M. Clementina Gorris, monja de Oelenberg. Nacida en Amsterdam, recibió el hábito cisterciense en dicho monasterio, deseosa de una vida escondida, entregada a solo Dios y consumida como incienso en holocausto de amor divino. Al poco tiempo de profesar cayó presa de una grave enfermedad. Mientras esperaba la muerte, viéndola venir, hubo de sostener una reñida lucha con el ángel de las tinieblas. Pasadas unas horas, la lucha cesó, dando paso a un ardentísimo coloquio con el Amado, hasta que descansó en la paz del Señor. Dejó esta vida el primer viernes de mes, coincidiendo con la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, precisamente a las tres de la tarde. Su cuerpo fue expuesto en el coro para veneración de todos.

5

En San Bernardo de Schelt, en el año 1307, el santo monje Fulgeri, capellán durante treinta años de las monjas de Nazareth, en Brabante. Apartado siempre del trato y conversación con personas ajenas al monasterio, ni siquiera permitía que lo sirviesen las hermanas conversas a él asignadas. Para triunfar del ocio escribió las vidas de los santos de la orden y un libro sobre las monjas del citado monasterio que habían brillado de modo especial por su virtud. Cuando murió fue sepultado en el coro de los sacerdotes ante el tabernáculo del Sacramento. Su tumba se hizo lugar de veneración.

6

En el monasterio de Acebeiro, en Galicia, el beato Gonzalo, abad, quien muerto en el año 1466, se hizo famoso por su vida de virtud y santidad.

En Roma, y en 1613, la muerte de José de San Germán, monje de la congregación de los Fulienses. Natural de Sicilia, ya en el mundo se había

granjeado gran notoriedad por su ciencia y santidad, disfrutando de una fama nada vulgar en Roma ante los cardenales y el mismo sumo Pontífice Paulo V. Esto le valió que fuera nombrado consultor de las sagradas Congregaciones. Con sus cuidados y exhortaciones logró ver restaurada la disciplina regular en el monasterio de Sta. Cecilia. Deseando, sin embargo, las riquezas que proporciona la obediencia, ingresó en la congregación Fuliense; y si antes había brillado por sus santas costumbres, ahora en el claustro, tomaron forma y carácter especiales. Pocos fueron los años que se le concedió vivir en la austeridad y gran mortificación, unido a Dios en tanto que se acercaba al éxtasis definitivo de la muerte. Al divulgarse su fallecimiento, el pueblo corrió a venerar sus restos, llevándose trozos de sus vestidos, admirados todos de que aquel cuerpo muerto conservase la flexibilidad como si realmente estuviera vivo.

En el monasterio de Sainte-Marie-du-Mont, en el año de gracia de 1859, plácidamente dejó este mundo Agustín van Zandycke, monje. Había sido el primer novicio de este cenobio, encargado de la asistencia a los huéspedes y enfermos. Sus miembros no tardaron en verse atacados poco a poco por la gangrena, por lo que hubo que cortarle la nariz, una pierna y un brazo. Horribles amputaciones que él soportó sonriente. Cuando el dolor llegaba al grado sumo, repetía las palabras de su patrono san Agustín: “Corta, Señor, quema en esta vida, no perdones aquí nada, para que así me perdones en la eternidad”. Mutilado de modo tan duro, no cesó por eso en sus servicios de la hospedería, conmoviendo de piedad con su aspecto de serenidad constante los ánimos de los visitantes. Amado de Dios lo era también de los hombres, que a veces venían de muy lejos con el solo fin de gozar de su conversación alegre y religiosa, y marchar robustecidos en la paciencia y más firmes en el bien; así, vencedor en su estado de víctima, a los sesenta años de vida, consumó plenamente su sacrificio ante el Señor.

7

Fiesta de san Roberto, abad de Newminster, en Inglaterra. Sacerdote secular, rector de una iglesia, se hizo monje benedictino en el monasterio

de Wythby; pero, deseando todavía una vida más perfecta, se unió a los religiosos de Santa María de York, que puestos poco antes bajo la obediencia de la orden cisterciense intentaban la fundación de otro cenobio en Fountains. Posteriormente fue enviado a Newminster. Aquí aparecieron las cualidades extraordinarias de padre y pastor que Dios le había otorgado, su piedad y mansedumbre, su amor a la pobreza, su abstinencia y oración. Además de las obligaciones acostumbradas del oficio divino, que cumplía exacta y devotamente, rezaba a diario, junto con otras meditaciones y oraciones, los ciento cincuenta salmos del salterio. Demostrada su inocencia ante las acusaciones que le hicieron unos malos y falsos hijos, al volver de un viaje a Claraval para nadie tuvo una palabra de reprensión, mostrándose fácil y generoso en el perdón para los que reconocieron su yerro y mostraron arrepentimiento.

8

En Inglaterra, el venerable Guillermo, monje y maestro de novicios de la abadía de Melrose, primer abad de Coupar y después del monasterio de su profesión. Según testimonio de sus discípulos fue amado de Dios y de los hombres, espejo de religión, luz de su generación, gema preciosísima de los abades de su tiempo. Motivos todos más que suficientes para que, después de cuatro años de gobierno y de una muerte ejemplar, ocurrida en 1206, se le enterrase en la sala capitular al lado del cuerpo incorrupto del beato Walene.

En Francia, en el año 1886, pasó a la gloria Dom Bernardo Barnouin, fundador de la Congregación de los Cistercienses de Ntra. Sra. de Senanque. En medio de la vida ajetreada de su ministerio, el deseo de la soledad no le permitía sosegar su espíritu, dado que por la precariedad de su salud no le admitían en ninguna de las órdenes contemplativas que entonces existían en Francia. Cinco años más tarde, estando al frente de unos cuantos hermanos ocupados en trabajos de agricultura, con la confianza firme en solo Dios y con el apoyo y bendición del arzobispo de Avignon, se decidió a trasladar su pequeña congregación a la antigua abadía de Senanque. Aquí, en este monasterio cisterciense, poco a poco

fue madurando sus planes de crear, mitigando sin relajación, las observancias cistercienses, más abiertas dentro de la Regla, de más fácil acceso para los débiles y pobres de energías físicas. Erigido el nuevo instituto le dio el nombre de Cistercienses de la Inmaculada Concepción. Y así, con el mismo nombre, conjugó lo antiguo con lo nuevo, alternando las antiguas costumbres monásticas con nuevos ejercicios regulares. Algún tiempo después, al conseguir recuperar el célebre monasterio de Lerins, trasladó la sede del gobierno de la congregación a la hermosa y tranquila isla, en la que hoy descansa. Era Dom Bernardo un monje de cuerpo entero, por su carácter y su figura; un abad según el espíritu de san Benito; gobernaba y dirigía a los monjes con firmeza en los fines y suavidad en los modos. Devoto ferviente de María, en honor de ella llevó a cabo los trabajos más arduos de su vida y ejecutó sus mayores empresas. Debilitado por los muchos trabajos y contradicciones que hubo de soportar, pero colmado de méritos, descansó santamente en la paz de Dios.

En Sora, Italia, Felice M. Ghebre Amlak, monje de Casamari. Haylemariam Ghebre Amlak había nacido el 23 de junio de 1895 en el lugar de Adi Bhaimanot, en el territorio eritreo de Boggú, siendo sus padres Idris y Hiwetà. A la edad de cuatro años, su madre enfermó gravemente de malaria, y antes de morir se convirtió junto, con su marido, al catolicismo, expresando el deseo de que su hijo se encaminara al por el superior Padre Michele di Carbonara, en el que recibió una esmerada formación católica. Con su innata humildad, mansedumbre, bondad de ánimo y auténtica caridad, atrajo muy pronto la atención tanto de los superiores como de los compañeros de estudios, por los gestos concretos de su entrega a los demás: lavaba a escondidas los vestidos de los seminaristas enfermos, colaboraba en los trabajos de la cocina y de la limpieza de la casa, traía agua del río con odres que cargaba a sus espaldas, socorría a los indigentes, dándoles incluso su propia comida, en los encargos de responsabilidad nunca se imponía a los demás, preparaba con interés las celebraciones litúrgicas, y en las vacaciones ayudaba a su padre en el trabajo del campo. En 1918, a los 23 años, recibió las órdenes sagradas, y después de la ordenación ejerció su ministerio primero en Keren, y después, hasta 1920, en la tribu Cunamá. Se entregó con espíritu de sacrificio

a una obra de pacificación entre las familias de las distintas tribus. Empezó a plantearse la posibilidad de un monacato etiópico católico para acompañar el trabajo apostólico, y este proyecto se convirtió en el ideal de su vida. Sin embargo, el proyecto no era fácil dado que en Etiopía no existían monasterios católicos, y se convenció de que se imponía salir al extranjero para encontrar una Congregación dispuesta a asumir semejante compromiso misionero, y también que el proyecto suscitaría mucho interés en los jóvenes. La espera de una solución, vivida en la oración, fue premiada finalmente con un inesperado nombramiento como director espiritual y enseñante de lengua ge'ez en el Pontificio Colegio Etiópico de Roma. En octubre de 1925, partió para Roma con la bendición de su anciano padre y el afecto de todos sus conocidos. Obtuvo la autorización de ingresar en una orden monástica, pero después de haber pasado dos años con los benedictinos de San Pablo extramuros, se le informó que la Orden no estaba dispuesta a emprender la institución de una comunidad monástica en Etiopía. En 1930, por encargo de la Congregación para los Religiosos, fueron efectuadas varias visitas en Etiopía, con el fin de informar sobre la posibilidad de una vida monástica católica en el país. El Visitador Apostólico, Mons. Alexis Henri Lépiciér, más tarde cardenal y Prefecto de la mencionada Congregación, informó de la voluntad y del deseo del clero local de poder tener una comunidad monástica en Etiopía. El mismo Cardenal, amigo y asiduo frecuentador de la comunidad cisterciense de Casamari (Frosinone), propuso a los superiores la posibilidad de llevar a cabo este proyecto, los cuales la aceptaron decididamente. Después de varios contactos con las autoridades eclesiásticas de Etiopía, el 3 de septiembre de 1930 se obtuvo la aprobación del Papa Pío XI, el papa de las Misiones. El 16 de octubre de 1930, Abba Haylemariam ingresó en la Abadía de Casamari, cambiando su nombre de bautismo por el de Felice María, como signo del cambio profundo que iniciaba en su vida. Por petición propia, no fue dispensado de ningún trabajo humilde, a pesar de ser sacerdote. Supuso un esfuerzo considerable adaptarse al clima más rígido de la abadía, pero nunca se lamentó del frío que le causaba auténticos sufrimientos. Dotado de una enorme fuerza espiritual, practicaba continuas mortificaciones, pero su constitución física era frágil, y muy pronto se inició un proceso de debi-

litación, acompañado de una tos insistente. Aunque procuró sufrir en silencio, los superiores y los hermanos lo pusieron en manos de médicos, los cuales, en enero de 1933, diagnosticaron una tuberculosis en estado avanzado, con pocas esperanzas de curación. El 25 de agosto de 1933 viajó al santuario de Lourdes, donde se ofreció como víctima a favor de la nueva institución del monacato cisterciense en Etiopía. Ingresado en el sanatorio de Sora (Frosinone), el 3 de enero de 1934, pudo hablar sin acercarse a ellos, a un grupo de quince novicios y aspirantes etíopes, vestidos con el hábito cisterciense, exhortándoles a orar y a perseverar. El día 4 de abril de 1934 tuvo el consuelo de emitir su profesión solemne como monje cisterciense. El 8 de junio de 1934, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, del que era sumamente devoto, entregó su espíritu, rodeado de monjes y del personal del sanatorio y después de haber recibido una bendición del Papa. Fue enterrado en el cementerio de la abadía de Casamari el día 10 de junio de 1934, acompañado de la comunidad cisterciense y de representantes del Pontificio Colegio Etiópico de Roma.

9

En Claraval, el bienaventurado Juan, prior, de dulce memoria, según aseguran las viejas crónicas. Su corazón se diría que llevaba como sello aquella sentencia que san Benito reserva para el prepósito o prior del monasterio: “que, por estar más encumbrado sobre los otros, más cuidadosamente ha de observar los preceptos de la Regla.” De modo particular y con toda solicitud insistió y trabajó en la delicadeza y perfección de la salmodia, que en aquella santa comunidad se ejecutaba con mucha pausa y concordancia de voces. De hecho, Dios lo había dotado de grandes cualidades para ejecutar con piedad el oficio divino gracias a su voz grave y vigorosa, con un cuerpo sano y robusto, apto para cuanto se refiere al espíritu que debe alentar la oración de la Iglesia. No menos hábil y activo se mostró en el trabajo manual, sobre todo en la época de la recolección y de la siega; se entregaba entonces de un modo tan eficiente al trabajo que bien podía considerar, como lo hacía él, que el copioso sudor de aquellos días sobrecargados de fatiga era mas que suficiente para borrar

todas sus negligencias de otros tiempos. Para el vestido buscaba siempre los hábitos más toscos, viejos y gastados. Nunca, no siendo en casos de necesidad urgente, consintió que se le privase de asistir a los maitines o ser ingresado en la enfermería. Cumplidor prudente, diligente y discreto del oficio que se le había, dado, no por eso se mostraba menos piadoso y lleno de caridad para con los hermanos. Después de muerto, su cuerpo fue honrosamente sepultado junto a los sagrados restos de los primitivos monjes de la abadía, cuya paciencia y humildad tanto había imitado.

10

En Salem, Alemania, en el año 1248, el bienaventurado Everard de Rohrdorf, abad, varón de gran humildad y constante confianza en Dios, estimadísimo por sus contemporáneos. Sus destacadas cualidades le hicieron digno del aprecio del papa Inocencio III, quien en varias ocasiones, tanto en cuestiones eclesiásticas como públicas, echó mano de él, particularmente en las relaciones de la Iglesia con el rey Felipe de Suabia, al cual favorecía y apoyaba Everard con sinceridad y prudencia. En todo momento y eventualidad era consejero y amparo tanto de los pequeños y humildes como de los grandes y potentados. Siempre estuvo atento, con perspectivas de futuro, en proveer a su monasterio de cuanto le era útil y provechoso, de modo que nadie, ni antes ni después, logró verlo tan alto en prosperidad. Tras gobernar con fruto la abadía durante casi cincuenta años, renunció al cargo y, a los ochenta y cinco de edad, cinco después de su dimisión, culminó con la muerte de los santos una vida de santidad.

En Grüssau, Silesia, en 1706, el nacimiento para el cielo del santo converso Alan, o Adam, portero de la abadía. Tenía un corazón de oro y por toda aquella región no se le conocía con otro nombre que el de “padre de los pobres”. No satisfecha su caridad con proporcionar a estos predilectos de Dios la comida y unas cuantas monedas, como buen samaritano, curaba con sus propias manos las llagas y heridas que con frecuencia presentaban. Gran parte de la noche la pasaba en oración en la iglesia o al pie de un pequeño calvario que él mismo se había construido.

11

Muerte de santa Alicia de Schaerbeck, cuya fiesta se celebra mañana.

En Italia y en el año 1248, el beato Plácido de Rodi. Desde la infancia sus obras más parecían de anciano prudente que de niño frágil, por su caridad y piedad principalmente; de ahí que al poner los pies en la adolescencia no titubease en elegir la vida eremítica como la más a propósito para su manera de ser, entregándose desde entonces a toda clase de austeridades corporales, no durmiendo durante treinta y siete años mas que una parte muy escasa de la noche, sentado o de pie. Los discípulos que acudieron a ponerse bajo su instrucción fueron tantos que hubo de construir el monasterio del Espíritu Santo de Ocrá, que poco antes de morir sometió a la jurisdicción del abad de Caseneuve, bajo la regla de san Benito y la orden cisterciense.

En el monasterio de Ntra. Sra. de la Inmaculada Concepción de Laval, en la festividad de santa Lutgarda, en el año 1911, subió a la gloria la joven monja María de la Encarnación de la Tour d'Auvergne. Aprendió de su excelente madre, que sin reservas ofrendaba a Dios todos sus hijos para que Él se los tomase para sí y su servicio, la piedad y la caridad para con los pobres. De naturaleza arisca y poco flexible, a base de oración y mucha voluntad, logró dominarse, sirviéndole no poco para mantenerse en su propósito el recuerdo de su piadosísima madre. Con la protección de Teresa del Niño Jesús, que por entonces no estaba canonizada, consiguió vencer felizmente las grandes dificultades que se oponían a su entrada en el monasterio y, con la intercesión de la misma celestial abogada, comenzó a adornar su alma de modo maravilloso con las virtudes que tanto anhelaba. Avanzando más y más en el camino iniciado, animada siempre por el ejemplo de su santa patrona, colmada de gracias por su mediación, mereció imitarla con la misma muerte, como ella tanto se lo había pedido a Dios.

12

Festividad de santa Alicia de Schaerbeck, monja del monasterio de La Cambre, cerca de Bruselas. A los siete años ingresó en el monasterio

para ser educada noblemente. Años después, el Señor, que como modelo de perfecta caridad murió crucificado por los hombres, deseando unirse estrechamente a su esposa, permitió que la lepra se abatiese sobre ella; ella, no obstante, en el colmo de las delicias, como si estuviese entre goces del paraíso, afirmaba que, si le diesen a elegir, escogería decididamente la lepra y no la salud. Y con tal alegría y satisfacción recibía los dolores y enfermedades que cada vez con más crudeza venían sobre ella, que parecía más bien una esposa regalada por su esposo con dones largo tiempo deseados. Solícita siempre por la salvación del género humano, elevaba a Dios sin cesar sus oraciones por los atribulados y afligidos. Además, quedó ciega y ofreció a Dios el sacrificio de sus ojos por los príncipes y reyes de este mundo. Cuando el fin de su destierro se acercaba, no quedaba en su cuerpo más miembro sano que la lengua para cantar sin tregua las alabanzas de Dios. En 1249, y en la fiesta de san Bernabé, como esposa ataviada con sus joyas y dispuesta para la boda, se apresuró a entrar en la morada que el Esposo le tenía preparada.

13

En este día tuvo lugar la muerte del beato Gerardo, hermano, de san Bernardo, y cuya fiesta se celebra el 30 de enero.

En La Prée, el abad Abraham, de piadoso recuerdo. Llevó, desde los años de su mocedad, el yugo del Señor con valor y decisión y guardó, con la ayuda, divina, una vida casta envuelta en frutos de buenas obras hasta el fin de la carrera. Brillo especial tuvo en su vida la mansedumbre; tan sensible y delicada era su conciencia que, aun de los más insignificantes detalles de imperfección, procuraba limpiarse cuanto antes en el sacramento de la penitencia. Armado así, nada de extraño tiene que en más de una ocasión deshiciese las trampas que el demonio le tendía y triunfase de modo admirable sobre él. Su vida transcurrió feliz en la primera centuria de la Orden.

En Stapenhill, Inglaterra, descansó piadosamente en el año 1844 la M. Augustine de Chabanne, fundadora y priora del monasterio de Ntra. Sra. de la Santa Cruz. Monja en el convento de Saint-Antoine de

Champs, en París, la revolución francesa le arrojó de él y la metió en la cárcel, condenada a muerte; pero, al cambiar súbitamente los acontecimientos públicos, fue puesta en libertad. Huyó entonces a Suiza, donde Dom Augustin de Lestrange la recibió en el pequeño monasterio que había levantado para cobijo de las mujeres consagradas a Dios y, no mucho después, por su fortaleza y fervor le nombró su superiora. Arreciaron más los vientos de la persecución y, ante su tremendo empuje, hubo de abandonar con sus monjas aquellas tierras y, por caminos de dolor y trabajos sin cuento, dirigirse a Inglaterra. Fundó allí el monasterio de Stapehill; a propósito le bautizó con el nombre de Ntra. Sra. de la Santa Cruz, gobernándolo durante cuarenta y dos años en la pobreza y la escasez más laboriosas para ella y sus compañeras; pero con gran espíritu de sacrificio y penitencia, procurando con tesón imprimir bien en el alma de sus hijas la lección de que eran esposas de un Señor crucificado.

14

Conmemoración de los Caballeros del Temple martirizados en Siria, quienes luchando en defensa de la fe según la Regla que san Bernardo les dio, fueron apresados y muertos por Saladino en la fortaleza del Pozo de Jacob. De ellos, los más distinguidos y nobles fueron aserrados horriblemente y, los de rango y orden inferior, decapitados. El Maestre, que había sido hecho prisionero antes de que los musulmanes se apoderaran del fuerte, rehusó ser canjeado por el nieto de Saladino, que se hallaba prisionero de los cristianos, murió de hambre y necesidad. [Nota del Editor: No es fácil saber a qué batalla se refiere el texto; pero lo más probable es que, como cuenta la historia, e 27 de julio 1188 Saladino y su hijo, Az-Zahir Ghazi llegaron a Saone con un ejército y sitiaron el castillo. Al final lo conquistaron y ejecutaron a los defensores cristianos, que en aquel momento eran Templarios en su mayoría. La Orden Cisterciense se hizo eco en sus santorales de esta y otras batallas, considerando a los Templarios caídos en combate como verdaderos mártires].

En el monasterio de Sept-Fons, en el año 1358, se fue a la patria eterna Marie Joseph Matton, subprior. Holandés de nación, cuando con-

taba cuarenta y dos años de edad entró en el monasterio de Gard y, desde entonces, en su noviciado y hasta que anciano dejó este mundo, logró conservar íntegra su fidelidad. Después de su ordenación sacerdotal, primero fue enviado a la nueva casa de Sainte-Marie du Mont y, después, se le encomendó la dirección y capellanía de las monjas cistercienses de Soleilmont, en Bélgica, donde por su ciencia, santidad y mucha observancia, se granjeó gran estima y reverencia. Tornó luego a Gard y fue nombrado subprior, cargo que conservó al pasar la comunidad a Sept-Fons, que inicialmente era una pequeña comunidad de ascetas, como se sabe. Se trataba a sí mismo rigidez, tanto que ni en sus años últimos, a pesar de una enfermedad en las piernas, se eximía de la asistencia al oficio divino y al trabajo del campo; decía sonriendo que el salario de sus trabajos era que nadie se cuidase de él, excepto el Señor. Al sobrevenir la peste y el cólera y faltar los sacerdotes en las parroquias, se le encargó del servicio de una de tantas iglesias que habían quedado sin pastor y, desde el primer día, los fieles no vacilaron en tenerlo y venerarlo como santo. Ya anciano, su rostro reflejaba la inocencia de su alma y la dignidad y afabilidad admirables que envolvían todo su ser; con sus palabras, llenas y jugosas de dulzura y colmadas de amor de Dios, se conquistó la veneración y afecto de cuantos le trataron. Murió a los ochenta y cinco años de edad, dejando en pos de sí una gran siembra de bendiciones y piedad.

15

En el castillo de Borsut, cerca de Lieja, morada temporal de las monjas trapenses, en 1816 descansó en el Señor Dom Eugène Bonhomme de la Prade, abad. De familia noble, formaba parte del séquito real de Luis XVI, con mando sobre la guardia militar; pero, descontento del mundo, prefirió entrar en La Trapa, monasterio que, siendo él todavía novicio, hubieron de abandonar los monjes al ser expulsados para tomar el camino del destierro. No tardó en seguirles, y en la Val-Sainte, después de profesar, fue nombrado submaestro de novicios, después subprior de la pequeña colonia monacal que se formó en Westfalia. Hasta su muerte no dejó ya la presidencia y, aunque era durísimo y austero consigo mismo, para los demás era como una fuente de caridad, humildad y mansedum-

bre. Por entonces la autoridad eclesiástica, por razones especiales, juzgo necesaria la transformación del convento de Darfeld en abadía independiente y, por unanimidad, fue elegido abad Dom Eugéne, el cual, obedeciendo al mandato que Pío VII dio cuando fue a visitarlo en su cautiverio, reasumió las constituciones del abad De Rancé, desechadas todas las novedades que se habían introducido en la Val-Sainte. Cuando en 1814 se abrieron las fronteras francesas para los religiosos exilados, adquirió la abadía de Ntra. Sra. de la Trapa; pero, movido por los ruegos que se le hicieron, la cedió liberalmente a Dom Augustin de Lestrange, juntamente con el dinero que había reunido para comprarla. En vez de lo proyectado anteriormente, tras establecer en Port-du-Salut una parte de la comunidad de Darfeld, siguió buscando, a pesar de encontrarse gravemente enfermo, un lugar y casa a propósito para el resto de los monjes. Estando en ese empeño, bajo el golpe de la enfermedad y del trabajo excesivo, sucumbió víctima de la caridad, a los cincuenta años de bien colmada vida.

En Maigrauge, Suiza, en 1615, con la muerte de los santos dejó este mundo la joven monja Marie Reiff. Débil y enfermiza siempre desde niña, de enfermedad en enfermedad, llegó a la juventud con el deseo de ingresar en un monasterio, aunque por entonces ya se encontraba ciega; pero aseguró confidencialmente a su madre que en cuanto lograra entrar en el claustro quedaría totalmente libre y curada de sus dolencias. Y así fue. De modo semejante, teniendo una voz imposible para el canto, con fervorosa y pertinaz oración suplicó a Dios que le concediera el don de poder cantar en el coro, según estaba mandado, y también lo consiguió. Vencidas con lágrimas y oraciones las grandes dificultades que duramente golpearon su vocación, al recibir el hábito monástico se cuenta que vio pasar ante ella a Cristo cubierto de sangre y llevando la cruz, que parecía invitarle a seguirlo. Al poco tiempo de entrar en el monasterio se vio enriquecida con la gracia de la contemplación. Al fin, un día, consumida por la fiebre durante diez meses largos, entregó gozosa en manos de Dios su alma a los veintiocho años de edad.

En Italia, Vito Gianneli, nacido el 18 de enero de 1722, en Marciano de Loce, diócesis de Ugento. Recibió el hábito de oblato en mayo de 1743, y no desempeñó en el monasterio más función que la de cocinero.



Por otra parte, fue un hermano entregado de veras a todas las obligaciones de su vocación y de la vida comunitaria, distinguiéndose siempre por su amor a la oración, en la que empleaba las horas libres que le dejaban sus trabajos. Una parálisis progresiva se apoderó de sus miembros, hasta el punto que hubo de quedarse definitivamente en el lecho y sufrir las llagas que esto le producía; a pesar de lagunas intervenciones quirúrgicas, consideró siempre un honor poder entregar sus dolores al Señor; también sufrió tiempos de aridez espiritual, pero siempre los superaba tras recibir la eucaristía. Así, el día de su onomástico, el 15 de junio, tras recibir el alimento espiritual, dejó este mundo con la muerte de los justos.

16

Fiesta de santa Lutgarda, monja de Aywieres, en Brabante. Natural de Tongres. Se cuenta que, siendo todavía niña, cuando se encontraba sola sentía de modo extraño un no se qué divino en el corazón. Al cumplir los doce años, en el monasterio de Santa Catalina, de la orden de san Benito, se ofreció generosamente en holocausto a Dios, cultivando su alma con devota y fervorosa oración. Dios, por su parte, le regaló dones extraordinarios, entre ellos la comunicación y cambio de corazones. A pesar de su oposición, las monjas querían elegirla priora; pero, aconsejada por un santo sacerdote pasó al monasterio cisterciense de Aywieres, con gran contento de la gloriosísima Virgen María, según esta se lo manifestó, por haber escogido una orden y una casa dedicadas de modo especial a su servicio. Para no pasar por el trance de que nuevamente la quisieran elegir superiora, pidió al Señor la singular gracia de no aprender la lengua francesa en los cuarenta años que vivió en aquel monasterio valón, sino lo estrictamente imprescindible para expresar sus necesidades y desempeñar los trabajos. Así, como sierva fiel de Cristo, consiguió tener más tiempo para consagrarse a la contemplación. A fin de reparar los estragos que los herejes albigenses hacían, pasó siete años sin otro alimento que pan y cerveza. Ayuno que una y otra vez hubo de repetir con gran satisfacción por su parte en parecidas circunstancias; tuvo especial caridad para llorar por los alejados de Dios, sanó muchas veces enfermos de modo claramente milagroso; contemplando las llagas sangrantes de

Cristo no podía menos de rogar intensamente por todos los hombres. Once años antes de su muerte quedó ciega; pero el fulgor de la luz celestial que le inundaba aumentó su perfección y fervor, mereciendo, además, que la ceguera corporal le sirviera de purgatorio en este mundo. A terminar el último año de su tercer período de siete años de ayunos, que era el 1246 de la Encarnación del Verbo, a los sesenta y cuatro de edad dejó este exilio terreno para volar a los brazos del Esposo divino. Muerta ya, su rostro quedó, como testimonio de la inocencia de su alma, como esmaltado de la blancura y belleza de los lirios. Se cuenta que fueron muchos los enfermos que al contacto de su santo cuerpo recuperaron la salud y fuerzas perdidas. En 1584 su nombre fue inscrito por el cardenal e historiador Baronio en el Martirologio romano.

En China, en el año 1883, la fundación del monasterio de Ntra. Sra. de la Consolación. Fue ésta la primera fundación en nuestros tiempos de un monasterio de vida contemplativa en país de misiones que el Sumo Pontífice Pío XI, en su Carta encíclica *Rerum Ecclesiae*, promulgada el 28 de febrero de 1926, se dignó enaltecer y poner como ejemplar de eminente apostolado.

[Nota del editor]. MÁTIRES DE CHINA. Introducimos aquí la noticia de la pasión de los mártires de Ntra. Sra. de la Consolación y de Ntra. Sra. de Liesse. Constituye de una de las páginas de martirio más emocionantes de los últimos tiempos de la Orden. Por razones de prudencia, dada la situación de los cristianos en China, no se ha incoado, como merecería, la causa de beatificación; ni siquiera son mencionados en nuestro directorio litúrgico; pero, ciertamente, merecen una mención específica aquí⁵. Se trata de un auténtico proceso de persecución y martirio de toda

⁵ Para más información sobre Ntra. Sra. de la Consolación y sobre Ntra. Sra. de Liesse y el proceso martirial de los monjes, puede verse, en *Cistercium*: M. Sira Carrasquer Pedrós, *El Monasterio de Ntra. Sra. de la Consolación (China: 1883-1983)*, XXXV (1983) 215-249. R., *Historia del monasterio de la Consolación (China)*, XVIII (1966) 307-316. M. Regina Vidal Celma, *El Monasterio de Ntra. Sra. de la Consolación, Yang Kia Ping (China)*, XLIII (1991) 607-631. También: Irénée Henriot y Joseph Dong, *Los mártires de N.S. de Consolación y de N.S. de Liesse*, en "Testigos cistercienses de nuestro tiempo", Trappiste, Vitorchiano, 2006.

una comunidad cisterciense. Ntra. Sra. de la Consolación fue invadido por las fuerzas comunistas, el monasterio saqueado y los monjes sometidos a un proceso popular vejatorio y humillante; luego fueron desterrados, iniciando una espantosa peregrinación, llamada “la marcha de la muerte”, en la que varios murieron a causa del hambre y los malos tratos. Otros sobrevivieron y pudieron ser liberados; posteriormente fueron de nuevo hechos prisioneros y entre las ejecuciones sumarias figuran las del P. Crisóstomo Chang y cinco hermanos más del monasterio. Las últimas víctimas fueron el P. Teodoro y el P. Mauro Bougnon. Después tocó el turno a la comunidad de Liesse. Entre los mártires se destacó el P. Vicente Shi, antiguo maestro de novicios. Un superviviente, el P. Joseph Dong es el autor del relato del martirio de esta comunidad. En 2005 murió el P. Gratianus, uno de los también supervivientes de la Consolación. En todo momento aprovecharon su martirio para anunciar su fe y su perseverancia a sus captores, animar a sus compañeros y a muchos cristianos detenidos con ellos, a los que inspiraron fe y confianza en la corona que les esperaba. Las narraciones de los momentos de detención, persecución y torturas emulan e imitan las actas de los mártires cristianos de la antigüedad, como muy bien se ha afirmado.

17

En Portugal, santa Teresa, hija del rey Sancho I de León. A los quince años de edad fue dada por esposa al rey de León Alfonso IX, unión que el sumo Pontífice hubo de rescindir más tarde por razón de consanguinidad. Después de esto, no queriendo admitir otro esposo en su corazón que a Cristo, se retiró al antiguo monasterio de Lorvao que su progenitor había fundado y que ella pobló de monjas cistercienses; al cabo de cincuenta años, desprendida ya del cuidado de sus hijas, se consagró definitivamente a Dios como monja, perseverando así hasta el fin de sus días con una vida de plena santidad e ilustre, como su hermana Sancha, por las muchas virtudes practicadas. En 1705, Clemente XI, aprobó y confirmó el culto inmemorial que se venía tributando a las dos santas reinas.

En el monasterio de Sainte-Marie-du-Désert, en el año 1903, pasó a la gloria el P. Marie Joseph Cassant. Nació el 6 de marzo de 1878 en Casseneuil, en el Lot-et-Garonne (diócesis de Agen, Francia) en una familia de agricultores que ya contaba con un hijo varón de nueve años. Estudió en el internado de los hermanos de San Juan Bautista de la Salle de Casseneuil, donde tuvo dificultades debido a su falta de memoria. Tanto en su casa como en el internado recibió una sólida formación cristiana y, poco a poco, creció en el deseo profundo de ser sacerdote. Su párroco, D. Filhol, le apreciaba mucho y le ayudó en sus estudios por medio de un vicario, pero su poca memoria siguió siendo un obstáculo para su ingreso en el seminario menor. Mientras tanto, el adolescente fue introduciéndose en el silencio, el recogimiento y la oración. El párroco Filhol le sugirió que se dirigiera a la Trapa: el joven de 16 años aceptó sin dudar. Tras un tiempo de prueba en la casa parroquial, Joseph entró en la abadía cisterciense de Santa María del Desierto (diócesis de Toulouse, Francia) el 5 de diciembre de 1894. En ese momento el maestro de novicios era el Padre André Malet. Él sabía captar las necesidades de las almas y responder a ellas con humanidad. Desde el primer encuentro manifestó su benevolencia: «¡Confía! yo te ayudaré a amar a Jesús». Los hermanos del monasterio no tardaron en mostrar aprecio por el recién llegado: Joseph no era ni discutiador ni gruñón, sino que siempre estaba contento y sonriente. Contemplando frecuentemente a Jesús en su pasión y en la cruz, el joven monje se impregnó del amor a Cristo. El «camino del Corazón de Jesús», que le enseñó el Padre André, es una llamada incesante a vivir el instante presente con paciencia, esperanza y amor. El Hermano Joseph-Marie es consciente de sus lagunas y su debilidad. Pero se fía cada vez más de Jesús que es su fuerza. No le gustan las medias tintas. Quiere darse totalmente a Cristo. Su divisa lo atestigua: «Todo por Jesús, todo por María». Fue admitido a pronunciar sus votos definitivos el 24 de mayo del 1900, en la fiesta de la Ascensión. A partir de entonces comenzó su preparación al sacerdocio. El Hermano Joseph-Marie lo deseaba sobre todo en función de la Eucaristía. Ésta es para él la realidad presente y viviente de Jesús: el Salvador entregado totalmente a los hombres, cuyo corazón traspasado en la cruz, acoge con ternura a los que acuden a Él con confianza. Los cursos de teología que le dio un hermano

poco comprensivo causaron afrentas muy dolorosas en la viva sensibilidad del joven monje. En todas las contradicciones él se apoya en Cristo presente en la Eucaristía, «la única felicidad en la tierra», y confía su sufrimiento al Padre André que lo ilumina y reconforta. Finalmente, habiendo aprobado los exámenes tiene la inmensa alegría de recibir la ordenación sacerdotal el 12 de octubre de 1902. Pronto constatan que está afectado de tuberculosis. El mal está muy avanzado. El joven sacerdote no revela sus sufrimientos hasta el momento en que no puede ocultarlo más: ¿Por qué quejarse cuando se medita frecuentemente el Via Crucis del Salvador? A pesar de su estancia de siete semanas con su familia, a petición del Padre Abad, sus fuerzas declinan cada vez más. A su regreso al monasterio, lo mandan a la enfermería donde tuvo una nueva ocasión de ofrecer, por Cristo y la Iglesia, sus sufrimientos físicos cada vez más intolerables, agravados por las negligencias de su enfermero. Más que nunca, el Padre André le escucha, le aconseja y le sostiene. Joseph-Marie dijo: «Cuando no pueda celebrar más la Misa, Jesús podrá retirarme de este mundo». El 17 de Junio de 1903, por la mañana, tras comulgar, el Padre Joseph-Marie alcanzó para siempre a Cristo Jesús. A veces se ha subrayado la banalidad de esta corta existencia: dieciséis años discretos pasados en Casseneuil y nueve años en la clausura de un monasterio, haciendo cosas simples: oración, estudios, trabajo. Cosas simples, sí, pero supo vivirlas de forma extraordinaria; pequeñas acciones, pero realizadas con una generosidad sin límites. Cristo puso en su espíritu, limpio como agua de manantial, la convicción de que sólo Dios es la suprema felicidad, que su Reino es semejante a un tesoro escondido y a una perla preciosa. El mensaje del Padre Joseph-Marie es muy actual: en un mundo de desconfianza, a menudo víctima de la desesperación pero sediento de amor y de ternura, su vida puede ser una respuesta, sobre todo para los jóvenes que buscan un sentido a la propia vida. Joseph-Marie fue un adolescente sin relieve ni valor a los ojos de los hombres. Debe el acierto de su vida al encuentro impresionante con Jesús. Supo seguirle en una comunidad de hermanos, con el apoyo de un Padre espiritual que fue al mismo tiempo testimonio de Cristo y capaz de acoger y comprender. Él es para los pequeños y humildes un magnífico modelo. Les enseña cómo vivir, día tras días, para Cristo, con amor, energía y fi-

delidad, aceptando ser ayudados por un hermano o una hermana experimentados, capaces de conducirlos tras las huellas de Jesús. El 9 de junio de 1984, el papa san Juan Pablo II reconoció la heroicidad de sus virtudes. Fue declarado beato por el mismo Papa el 3 octubre 2004.

18

Conmemoración de los abades, monjes y conversos que durante el siglo XVII y en tierras de Alemania y Polonia, perseguidos por los protestantes, dieron su vida en defensa de la fe para alcanzar la paz inmortal. De ellos solo conocemos unos cuantos nombres, a saber: Martin Sartorio y Tobías Mayer, abad y prior respectivamente de Sedlec, en Bohemia, que fueron martirizados en 1612 por unos campesinos. Jean Pund, monje de Runterfeld, en Baviera; Henri Schnoemann, prior, con otros seis monjes más de Reffenstein, en la diócesis de Mainz; Henri Faber, monje de Grüssau, en Silesia; Conrad, monje d Engelszell, en Austria; Klaus Klein, monje de Schonthal, en Würtemberg; Gerard, monje, y Ulric, converso, los dos del monasterio de Mogila, en Polonia; y Alberic, converso d Szezyrzyc, en el mismo reino. Todos, probablemente con otros muchos hasta hoy desconocidos, fueron asesinados por soldados procedentes de Suecia. Dignos de especial mención son también: Mark Sión, sacerdote y portero de Schonthal, hombre todo sencillez y rectitud, que al encontrarse de camino con los soldados suecos y reconociéndolo estos como sacerdote de Cristo le ultrajaron del peor modo, dejándole tan malparado que, al día siguiente, vigilia de la fiesta de san Bernardo, después de celebrar devotísimamente la santa misa, entregó su bendita alma, como la de un verdadero mártir, en manos de Dios. Y Balthasar Moreis anciano monje de Grüsau. Ejercía de párroco en el vecino pueblo de Altreichnau y, al aproximarse los enemigos se ocultó en un bosque; pero, llamado para asistir a un moribundo, en cumplimiento del deber, no dudó en abandonar su refugio. Apresado por los soldados suecos que vagaba por los campos de la comarca, fue tan bárbaramente azotado que, a los tres días, a causa de las gravísimas heridas recibidas, entregó su alma al Creador.

19

En Francia, en 1794, el martirio de Macarie d'Incamps, hospedero de la abadía de Nta. Sra. de Sept-Fons. A pesar de las perturbaciones sociales de su tiempo, confiando tal vez en su piedad y virtud realmente singulares, no quiso abandonar el suelo patrio; mas no tardó en caer en manos de los revolucionarios, que le apresaron y mandaron a los pontones de Rochefort⁶, para pasar después a la Guayana. Fue el primero de todos aquellos deportados que, a los sesenta y siete años de edad, sucumbió a causa del trato cruel de que se les hizo objeto ya en el mismo barco. Fue sepultado en la isla de Aix. Juntamente con él hacemos memoria del martirio que, por igual causa, padecieron los hermanos conversos del mismo monasterio: Elías Desjardins y René Leroy. Médico expertísimo el primero, en el monasterio y después en el mundo, y aún en el navío que lo llevaba al destierro, sirvió con toda piedad a cuantos enfermos halló. Por desgracia, debido precisamente a su caridad, cayó él también víctima de una enfermedad penosa; se hallaba en la plena robustez de sus cuarenta y cuatro años, feneciendo en breve tiempo. Ocurrió su muerte el día 6 de julio de 1794. El hermano René le siguió a la patria verdadera no mucho después, el 19 de agosto del mismo año.

⁶ Con frecuencia aparecen en este relato “los pontones de Rochefort”. Se les llama “los mártires de los pontones de Rochefort” porque fue en esos barcos donde fueron encarcelados. El nombre de pontón se daba a viejos barcos que eran utilizados como almacenes, hospitales o prisiones. Había dos de esos barcos que servían de prisión: “Les Deux Associés” y el “Washington”, y estaban anclados en Rochefort, en la desembocadura del río Charente en el mar, en la región de La Rochelle. Hubo allí multitud de prisioneros, la mayoría de ellos del clero y de las órdenes religiosas que no aceptaron el juramento revolucionario. Muchos de esos prisioneros “rebeldes” murieron durante los meses de cautiverio que pasaron en los pontones entre el 11 de abril de 1794 y el 7 de febrero de 1795. Todos tuvieron que soportar terribles sufrimientos y vejaciones por su fe, y murieron como consecuencia de esos malos tratos. Después de un tiempo, los condenados a deportación eran enviados en otros barcos a la Guaya francesa, en miserables condiciones, generalmente para morir de hambre, miseria y malos tratos. Algunos fueron liberados y pudieron volver a sus pueblos de origen o huir a otros países, dejando testimonios escritos de los ejemplos heroicos de sus compañeros de martirio. Entre los fallecidos hay numerosos mártires declarados como tales por la Iglesia.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Port-du-Salut, en el año 1854, santamente terminó sus días terrenos Dom Francisco de Asís Couturier, abad. Procedente de la Congregación de Sacerdotes de San Sulpicio. Al poco tiempo de profesar, y pese a la resistencia que opuso, fue elegido abad del monasterio. Debido a su tacto y prudencia exquisitos, la comunidad logró superar felizmente los graves peligros que, en 1830, al desencadenarse de nuevo la furia revolucionaria, se originaron. Siempre devotísimo de María, la honró de un modo especial en el misterio de su Inmaculada Concepción. La modestia envolvía todo su ser, haciéndole preferir siempre lo más humilde y buscar el ocultamiento. Escribió bajo seudónimo la biografía del abad De Rancé. A semejanza de su santo patrón, se dice que tuvo sobre los animales una peculiar influencia y potestad. Ya en la agonía, para consolar a sus hermanos e hijos, les pronosticó que nunca les echarían del monasterio que habitaban. Lo cual, ciertamente, se cumplió de modo admirable en 1870, en 1940 y en 1949. Su testamento fue una lección más de humildad y olvido de sí mismo.

20

En el monasterio de Fontaine-Daniel, el venerable prior Michel Triquier. La piedad y las letras se aunaron maravillosamente en él, haciéndole capaz para los varios oficios que desempeñó e interviniendo con eficacia en la reforma de muchos monasterios masculinos y femeninos, principalmente en los de la línea de filiación de Claraval. Nombrado prior de Vaux-de-Cernay, y después del monasterio de su profesión, Fontaine-Daniel, en uno y otro se hizo notar de modo especial por su gran austeridad de vida. Muy cargado de años, hacia 1550, la muerte vino a su encuentro, dejando para la posteridad grandes y dulces recuerdos.

En Claraval, la conversión de un ilustre malhechor llamado Constancio, o Constano, al que encontró san Bernardo en cierta visita que hizo al conde Teobaldo, cuando conducían al pobre reo camino del caldoso. Al verle el santo abad, tomó en sus manos las cadenas que sujetaban a aquel miserable y dijo a los verdugos: -“Dejad a mi cuidado la ejecución de este pobre malhechor, que quiero colgarlo con mis propias manos”. E hizo de él un cordero más del aprisco del Señor en Claraval.

Transformado así el lobo de otros días, durante treinta años, obediente y penitente, expió en el monasterio sus anteriores crímenes.

21

En el Tirol, en el monasterio de San Juan de Stamps, el venerable Jean de Kempen, sacerdote y monje. Siendo niño se cayó de lo alto de una torre y ya se le daba por muerto; pero sus padres, como ultimo recurso, acudieron al santo precursor de Cristo, prometiéndole que, si revivía aquel hijo, se lo ofrecerían para el servicio de su casa, la abadía de Stamps. Y hecho el voto, el muchacho, con admiración y asombro de todos, volvió a la vida. Ordenado sacerdote, se dedicó primeramente al ministerio de las almas al frente de una iglesia, pero después ingresó como monje en Stamps. Varón de gran contemplación y santidad Amado de Dios y de los hombres, murió en 1350, dejando en pos de sí una estela de santidad.

En Toscana, en el monasterio de Buon Solazzo, en 1710, descansó santamente el monje Arsenio de Jansen. Bajo el admirable impulso de la gracia, de hombre mundano y entregado al regalo que era, se trocó de repente en austero monje trapense. Enviado después de profesar con otros hermanos a la fundación del dicho monasterio de Buon Solazzo, como si el cambio a nueva casa le fuese estímulo de nuevos fervores, se entregó con toda energía a expiar las negruras de su vida pasada. Buscaba con predilección los trabajos más humildes, pues nada le parecía demasiado despreciable para su persona. En el trato con sus hermanos era de una bondad y delicadeza extraordinarias. Al llegar a cierta edad, la memoria se endurece y pierde sus facultades y de ahí que, después de cinco años de vida religiosa, el buen monje no se manejaba con los salmos. Para no ser así ocasión de molestia, pidió al Señor con insistentes oraciones la gracia de aprender de memoria no sólo el salterio, sino la mayor parte del oficio divino, y Dios se lo concedió. Hizo de su vida un ejemplo de virtudes para todos sus hermanos.

22

En el monasterio de Port-du-Salut, en el año de gracia 1834, descansó en el Señor Dom Bernardo de Girmont, fundador de este monas-

terio. Cumplidor exacto de los deberes de su vocación en el monasterio de Morimond, ejercía el cargo de maestro de novicios cuando los acontecimientos políticos de Francia le expulsaron de su morada religiosa. Viendo que, por mucho que lo desease, era inútil esperar la restauración de la abadía de su profesión, pasados diez años hizo nuevo voto de estabilidad en Darfeld, donde quedó encargado de la dirección e instrucción de los hermanos conversos. Mejorado mientras tanto el orden público, el rey Luis XVIII le hizo donación de algunos libros litúrgicos que, expropiados de Morimond, se hallaban en la Biblioteca Nacional, y le dio facultad para posesionarse del viejo monasterio de canónigos de Sta. Genoveva, en el que, al fin, con satisfacción de todos pudo entrar con sus hermanos. En verdad, el nuevo monasterio fue para muchos puerto de salvación. Asimismo construyó en Laval el convento de Sta. Catalina, para las monjas trapenses, de cuyo cuidado temporal y espiritual estaba encargado. En 1830, siendo ya de edad muy avanzada, renunció a la dignidad abacial, soportando pacientemente, en los cuatro años que todavía vivió, los achaques y enfermedades propias de la ancianidad, incluso la ceguera; con gran sentimiento de todos, se fue a gozar de Dios.

En Villers, el hermano Arnold de Compte, converso. Era molinero de la abadía y, sin embargo, tanto los seglares como los religiosos no dejaban de ir a aliviar con él las cargas que, de una u otra índole, oprimían sus almas. Y a todos, suave y condescendiente, daba el buen hermano consejos y advertencias saludables.

23

En Molesmes, Borgoña, el beato Pedro, monje, tan unido a san Esteban por los lazos de la amistad espiritual que, sólo por ello, se hace digno de ser incluido en los anales cistercienses. Natural de Inglaterra y nacido de noble familia, al igual que san Esteban vino a Francia y, visitando los lugares santos y frecuentando el trato con los monjes, llegó hasta Borgoña, donde encontró al joven Esteban Harding. Se hicieron amigos y resolvieron recitar alternativamente todos los días el salterio. Atraídos por la fama de la ciudad, se encaminaron a Roma. De vuelta, ya en tierras borgoñonas,

movidos sin duda por la Providencia divina, vinieron a Molesmes para consagrarse al servicio de Dios, Y como las costumbres del monasterio no admitía la recitación del salterio con otro compañero, como ellos venían haciéndolo, se propusieron rezar cada uno por separado una parte de los salmos y así completarse. Años mas adelante, cuando Pedro supo que Esteban había sido elegido abad de Cister, y suponiendo que su fiel amigo, envuelto en las solicitudes del cargo, no podría recitar la parte del salterio que le correspondía, tomó para sí la tarea de cumplir por los dos el rezo completo de los salmos. Las monjas de Jully le reclamaron como padre espiritual, haciéndose también así director de la beata Humbelina, hermana de san Bernardo. Célebre por su santidad, amado de todos, murió hacia el año 1136, según la opinión más probable. Su cuerpo fue colocado con los máximos honores junto al altar de la Virgen.

24

En Villers, Bravante, los beatos Bonifacio, prior, Guillermo de Don-gelberg y Enrique de Geest, monjes, de cuyo nacimiento para el cielo se ignora la fecha. El beato Bonifacio, muerto pasado el año 1184, fue uno de los primeros que mereció el honor, según se dice, de que sus huesos y reliquias fueran colocados detrás del altar mayor. El beato Enrique, al decir del epitafio, grabado en el monumento que se levantó más tarde en la capilla de san Bernardo para guardar las reliquias de todos los monjes beatificados del monasterio, acertó a cambiar su estado de clérigo amante del mundo por una vida de abierta enemistad con sus vanidades. Del beato Guillermo se dice que fue un exquisito amante de la humildad y la pobreza, ilustre, en otro tiempo por la nobleza de su linaje, pero mucho más por el brillo de su religiosidad y virtud.

En Himmenrod, Alemania, el bienaventurado Herman, converso. Cuentan las crónicas del monasterio que, en cierta ocasión, estando el buen hermano ocupado en sus faenas, difirió para más tarde el rezo de una de las horas que en honor de la Virgen solía hacer, y que luego, por olvido, no realizó; acostado ya en el lecho recordó su negligencia y se disponía a levantarse para repararla cuando se le apareció la Reina del cielo

diciéndole que descansase tranquilo, que ya ella había suplido el rezo que él había olvidado.

25

En Arras, el martirio de Philipinne Mennecart de Briffoeull, ultima abadesa de La Brayelle. Después de la supresión de su monasterio se retiró a Arras, donde se puso al servicio de los sacerdotes perseguidos, pero una palabra indiscreta le traicionó. Detenida y acusada de haber “expoliado la nación” fue guillotizada el 25 de junio de 1794.

En Roma y en el año 1244, la muerte del insigne Santiago de Pecoraria, cardenal. De noble abolengo, desde niño, y con otros de su edad, su educación fue dirigida al estado eclesiástico y encomendada a los clérigos de la iglesia de Piacenza. En 1215 entró en Claraval. Elegido después abad de Tre Fontane, en Roma, se cuenta que destinaba los diezmos del monasterio para sostenimiento de los pobres. Gregorio IX, en 1231, le honró con la púrpura cardenalicia. Príncipe y consejero de la Iglesia, que por entonces estaba en pugna con el emperador Federico II, llevó a cabo múltiples y difíciles legaciones del romano Pontífice. Hecho prisionero con otros muchos prelados por el hijo de Federico, soportó dura y prolongada cautividad; puesto luego en libertad, Inocencio IV, que se veía en el aprieto de huir a Francia, le designó Vicario de la ciudad eterna, donde al fin acabó sus días. Pidió que se le enterrara con la cogulla cisterciense y que, cuando fuera posible, se le trasladase a Claraval, logrando descansar, al fin, entre los sepulcros de san Malaquías y del beato Conrado de Urach.

En Sta. María de La Trapa, en 1685, la santa muerte de Doroteo Carrot, monje. Entró en el monasterio con el firme propósito de mortificar en todo sus sentidos y entregarse por entero a Jesucristo. Cualquier distracción que en la oración le importunara, lo consideraba materia de confesión, como si realmente hubiese faltado gravemente; lo cual, sin embargo, le servía de ayuda para no excederse en su fervor religioso. Tenía a todos sus hermanos por perfectos, con los que se juzgaba indigno de vivir a su lado. La fuente de su extraordinaria modestia brotaba de su unión continua con Dios. Afectado de erisipela, hinchadas sus piernas,

no dejaba por eso de asistir a los diversos ejercicios regulares, hasta que, ya imposibilitado, hubo de ser recluido en la enfermería, donde de la consideración de la imagen del Crucificado sacaba fortaleza y aliento para, finalmente, romper la cárcel del cuerpo y volar a Dios.

26

En Francia, el santo obispo de Laon, Bartolomé de Vir. Enriqueció en sus posesiones y pobló de monjes las cinco abadías que desprovistas de bienes temporales y espirituales encontró en su diócesis; y, no contento con esto, levantó nueve monasterios para premonstratenses y cistercienses. Unido por los lazos de amistad íntima con los santos más preclaros de su siglo, Norberto y Bernardo, donó a aquél el lugar llamado Prémontré, cabeza territorial de la nueva orden, construyendo además para los cistercienses el monasterio de Foigny, que fue una de las filiaciones de Claraval más célebre por su dignidad y fama religiosas. Aquí precisamente, dejando a un lado las pompas episcopales, hizo profesión de monje el santo obispo, ya venerable anciano, para subir a recibir la corona de la gloria celestial hacia el año 1158, después de siete años de vida cisterciense.

En Francia, el beato Rouand; siendo abad de Ntra. Sra. de Lanvaux, en la diócesis de Vannes, fue nombrado obispo de esta sede. Varón de notable santidad y severa justicia, después de levantar con su vida monumentos de alabanza por todas sus virtudes, a los veinte años de episcopado dejó este mundo, en el año 1177, disputándose no poco a su muerte la posesión y enterramiento de su venerable cuerpo los canónigos de Vannes y los monjes de Lanvaux, dada la devoción y cariño que todos ellos le profesaban debido a sentirse todos ellos en verdad hijos suyos preferidos.

27

En Carcassonne, Francia, el martirio del abad y de un converso del monasterio de Eaunes, cuyos nombres se ignoran, muertos cruelmente a manos de los albigenses por el mero hecho de ser cistercienses.

En Frisia, el ilustre reformador Juan Doyng, abad de San Benito de Termunten. Después de levantar su monasterio de las ruinas temporales

y espirituales en que yacía, pasó a restaurar eficazmente la observancia regular en la abadía hermana de Yhlo. Logró colmar sus aspiraciones enviado diez años después a diez monjes de este monasterio a enderezar los caminos de santidad un tanto desviados de sus hermanos de Blomkamp. Cumplida así su labor, de nuevo fue elegido abad de Termunten. Nombrado por el capítulo general visitador y comisario de todos los monasterios asentados en Frisia y demás comarcas vecinas, reformó espiritualmente toda aquella provincia. Más tarde fue también nombrado reformador para la provincia religiosa de Colonia. Persuadió a los monjes del monasterio de Síbculo para que se decidieran a aceptar la regla de vida cisterciense. Logrado su propósito, se unieron a este pequeño monasterio, renovado en su observancia monástica, otros varios para formar la Unión de Síbculo, famosa por su distinguida santidad de vida. Designado, finalmente, para asistir al concilio de Basilea con el fin de tratar los negocios de la Orden, poco después descansó en el Señor en tiempo y lugar imprecisos, no antes del año 1435.

28

En Escocia, el santo abad de Walmeren, Alano; hombre doctísimo en todos los ramos del saber. Del monasterio de Melrose pasó a fundar el de Walmeren, que gobernó durante siete años, dejando esta vida el año 1236. Sus contemporáneos le honraron con el título de santo.

En Alsacia, en 1850, la dichosa muerte de Dom Pedro Klausener, abad. Nacido en la fiesta de la Natividad del Señor del año 1782. Siendo novicio, por la generosidad, humildad y mansedumbre que ponía en todos sus actos, solía llamarlo el abad Dom Eugenio de la Prade “vaso de elección.” Al tener que abandonar los monjes de nacionalidad francesa el monasterio de Darfeld, él fue designado para regir a los que quedaron en aquella casa y, cuando también éstos se vieron obligados a dejar Westfalia, adquirió para ellos en Alsacia el antiguo monasterio de Oelenberg, al mismo tiempo que se cuidaba del traslado de las monjas de Ntra. Sra. de la Misericordia. No pararon aquí todavía sus riesgos y trabajos, pues el digno abad no quebró, por eso, en ningún momento, la armonía de su

mansedumbre y la caridad y fortaleza de sus obras. En los dos postreros años de su vida, clavado en una silla, sin poder andar por la difícil enfermedad que le aquejaba, no se cansaba de repetir: -“Maria, mater gratiae, Mater misericordiae, Tu nos ab hoste proteges, et hora mortis suscipe” – “María, Madre de gracia y de misericordia, protégenos y recíbenos en la hora de la muerte”. La dulcísima Madre de Dios no desoyó los ruegos de su piadoso servidor.

En el monasterio de Howen, en Alemania, la devotísima hermana Guda, monja de gran santidad, que estando en la cocina cumpliendo con su oficio, mereció gozar siempre de la presencia de Dios.

29

En Saboya, el beato Pedro el Viejo, arzobispo de Tarentasia. Por su vida y su ciencia era todo un hombre de Dios. Siendo tercer abad de La Ferté, fue elegido, en 1124, arzobispo, el primer monje de la orden cisterciense que ascendía al episcopado. Vislumbrando que el lugar de Tamié era magnífico para que en él se erigiese una abadía, que al mismo tiempo fuese un refugio para los caminantes que atravesaban aquellas regiones, se lo pidió a los señores de Chevron, a cuyo feudo pertenecía; una vez que estos se lo donaron se lo entregó al beato Juan, abad de Bonnevaux. En el año 1140 entregó su vida a Dios.

En Córdoba, en el monasterio de la Encarnación, la abadesa Mencia de San José. Niña todavía, todo su contento estaba en hablar con sus amigas de temas espirituales. Después de entrar en el monasterio y emitir los votos el Esposo divino le hizo comprender cuánto había de padecer por Él. Durante nueve años solo se alimentó con legumbres y verduras, dormía sobre unas tablas y por almohada usaba un madero. Por su celo en la observancia regular tuvo que padecer grandes contradicciones. Su amor por la Eucaristía era extraordinario. Nombrada abadesa, considerándose la peor de todas las monjas, se reservaba para sí los trabajos más duros y serviles. Murió santamente el 29 de junio de 1626. Después de su muerte su sepultura fue objeto de veneración por las monjas y numerosos fieles.

30

En Alemania, san Adolph, obispo de Osnabrück. Hijo del conde de Tecklenburg, fue nombrado canónigo de la iglesia mayor de Colonia. Pero viniendo cierto día al monasterio cisterciense de Autecombe, se conmovió tanto ante el espectáculo de aquellos monjes penitentes que ya no quiso marcharse, pidiendo y vistiendo el hábito monástico. No mucho después, por su nobleza y, más aún, por su santidad, fue llamado a regir la iglesia de Osnabrück. Celosísimo por culto divino, abrió ancho cauce a la caridad, de modo que cimentado sobre la humildad y la mansedumbre por Cristo se daba a los pobres y miserables; ayudaba cuanto podía a los leprosos y no sentía reparo alguno en visitarlos y animarlos a ser pacientes en su mal. Enderezó y reformó el clero; amigo y bienhechor de los monasterios, defendió con justicia y tesón sus derechos. Finalmente, después de gobernar saludablemente durante ocho años su diócesis, en 1224 rindió tributo a la muerte. Dejó dispuesto que se le enterrara sin mausoleo en el último lugar de la basílica catedral; pero los fieles, en tanta reverencia lo tenían, que ninguno se atrevía a pasar con sus pies por encima de aquella venerada tumba. Desde 1652, la fiesta de san Adolph se celebra en la diócesis de Osnabrück el día 14 de febrero.

En Villers, Brabante, en el año 1228, se fue al cielo el beato Arnold Cornibout, converso. Oriundo de Bruselas, era un joven de costumbres desenfadadas; pero, iluminado por la gracia divina, se convirtió a una vida de verdadera piedad, que más adelante y para mayor seguridad le llevó a Villers para enrolarse en las filas gloriosas de los hermanos conversos. Enfrentado con su cuerpo, contando siempre con la anuencia de los cuatro abades con los que le tocó vivir, sometió su carne a dura penitencia. Esta era su vocación particular, y así lo demostraron las virtudes que seguían a tanto padecer. Jamás se le vio airado o enfadado, rico para todos en gracia y amabilidad. Aun estando en momentos de profunda oración, solo llamarlo era suficiente para que, como si oyese la voz de Dios, lo dejase todo. Amante de la santísima Virgen María, gustaba de saludarla y honrarla frecuentemente. De rodillas, sostenido por un hermano, dejó este mundo, un viernes a la misma hora que el Señor expiró suspendido de la cruz. Su veneración gozó de mayor reconocimiento eclesiástico que el tributado a tantos otros beatos de Villers, puesto que Clemente VIII corroboró y confirmó su culto.



JULIO

Día 1

En Francia, memoria de los mártires de la fe católica muertos por los protestantes en el siglo XV. Recordamos de modo especial a algunas monjas de Valsuave, en 1522; algunos monjes de Senanque, en 1560; de La Ferté, en 1562 y 1567; cinco monjes de Fontaine-Jean, el 7 de octubre de 1562; varios religiosos de Quincy en el mismo año; el P. Desiderio Crabollet, abad de Isle-en-Barrois, en 1568; los monjes de Belleperche, en 1580; las monjas de Laval-Bressieux en 1581; varios monjes de Ardorel con el abad comendatario, en 1586; y algunos monjes de Bellabranche. Pudieran mencionarse otras víctimas, pero con menos certidumbre. A estos mártires añadimos al joven monje de Manluisant, Joseph Colloud, muerto también por los herejes en el siglo siguiente, año 1609.

En Aywieres, Bravante, la venerable Isabel de Wans, monja. Desde muy pequeña se sintió atraída por el amor de Cristo; no obstante, sus padres, a pesar de la resistencia que ella opuso, la casaron con un caballero de probada virtud con el cual vivió un año entero. Recibió, después de enviudar, el hábito religioso, y se dice que llegó a ser abadesa del monasterio de San Desiderio, en Champagne; pero, renunciando al cargo, pasó a Aywieres. Durante tres años la imagen de Cristo clavado en la cruz la seguía a todas partes y, cuando alguna vez se sentía atormentada por negros pensamientos, se acercaba y ponía sobre su pecho una de las manos del crucifijo; enseguida se alejaban los fantasmas de su imaginación. Se cuenta que mereció contemplar en la gloria a la bienaventurada Lutgarda. Insigne por sus muchas virtudes, voló al fin a la morada del divino esposo.

2

En el monasterio de Port-du-Salut, en 1859, dejó este mundo Dom Bernardin Dufour, abad. Sacerdote secular, ocupado sin descanso en el ministerio de las almas, se sentía más atraído por el deseo de la soledad

y de la oración, hasta que, a los cuarentay cuatro años, pobremente vestido, se presentó en el monasterio solicitando su admisión. Pasados los años fue nombrado director espiritual de las monjas del cenobio vecino; diez años después los monjes de su monasterio le eligieron abad, permaneciendo en el cargo durante cinco buenos años. Procuró por todos los medios posibles restaurar y mejorar el edificio material de la abadía, aunque mucho más la vida espiritual que dirigía y alentaba de un modo especial. Fija la mente en solo Dios en medio de las ocupaciones diarias cumplía con exacta puntualidad las prescripciones más insignificantes de la Regla. Humilde por naturaleza, pretendía hacer su turno de servidor de cocina, lo cual le prohibió el abad visitador. Sobre todo, causaba admiración la caridad que le animaba y la gran paz que traslucía en su rostro. Con devoción llena de ternura honró a la santísima virgen María, y cuando en sus sermones de capítulo trataba de ella, hasta le cambiaba la cara debido al entusiasmo y al amor que le inspiraba. Precisamente, en la fiesta de la Visitación, pasó a la paz eterna del cielo.

En España, el infatigable varón de Dios Diego Velázquez, noble de nacimiento y de carácter (nació en La Bureba, Burgos, alrededor de 1135, y murió en San Pedro de Gumiel en 1195). Capitán de Alfonso VII, monje cisterciense en Fitero, forjador de Calatrava, héroe nacional, muerto en fama de santidad. Desde su mocedad se educó, pues, al lado del rey Sancho de Castilla, hijo de Alfonso VII. Hallándose la plaza de Calatrava en inminente peligro bajo amenaza de los sarracenos persuadió vivamente a su abad, san Raimundo, para que solicitase del rey tal lugar bajo el compromiso de defenderlo. Reconocida en tales circunstancias la Orden Militar de Calatrava, fue nombrado su Prior general. Después de participar en numerosas victorias, en 1195 las tropas cristianas sufrieron una dura derrota cerca de Alarcos –en la famosa batalla de Alarcos–, retirándose luego al monasterio de San Pedro de Gumiel, donde, a comienzos del siglo XIII, descansó en el Señor. Siempre ha merecido ser citado en los menologios cistercienses no solo por sus hazañas como caballero cristiano, sino también como fervoroso monje que en un momento determinado jugó un papel importante en un capítulo decisivo en la historia del Císter en los reinos españoles de la reconquista.

Igualmente, en España, en el año 1403, pasó a la gloria de los bienaventurados el piadoso converso del monasterio de Valbuena de nombre Macario, que durante veinte años sirvió al Señor en la obediencia, pobreza y castidad más cumplidas. Encargado de la portería, sabía soportar con admirable paciencia y humildad los inconvenientes que a veces suponía ese cargo, sobre todo cara a visitantes inoportunos y poco considerados. La opinión que de su santidad se tenía queda bien demostrada por el hecho de que se le enterró en la iglesia, mientras que a los demás monjes se les enterraba en el claustro, y en su sepulcro se colocó una lápida con una inscripción funeraria, cosa que no se hacía entonces ni con los abades.

3

En el monasterio de Orval, Bélgica, el día 9 de este mismo mes del año 1764, se fue a la patria verdadera Dom Heneas Effleur, el abad más querido y deseado por sus hijos y sucesores, según se dijo después. Delicado y afable con todos, en poco tiempo dulcificó la intranquilidad en los ánimos que el gobierno de su predecesor había provocado. No obstante, en lo que atañe a la observancia regular era insobornable e íntegro; sin señal alguna de pereza y, aunque luchando con la debilidad de su cuerpo, era siempre el primero y más fiel a los ejercicios comunes, sin exceptuar el trabajo manual. Cuando se halló aquejado por varias enfermedades y, muy a pesar suyo, reducido a vivir santamente ocioso, supo también aceptar dignamente lo que para él era causa de tanta incomodidad. Introdujo con gran interés en su monasterio los estudios teológicos. Finalmente, después de establecer los cimientos del nuevo cenobio, en el séptimo año de su servicio y a los 60 de edad, con dolor de todos, la muerte le arrebató de esta vida.

En la abadía de nuestra señora de La Trapa, el 8 de julio de 1751, santamente descansó para siempre el monje Sebastian Devaulx, uno de los más insignes que de los vivieron en aquel monasterio. Apresado por los piratas con ocasión de un viaje a las Indias siendo todavía adolescente, perseguido y maltratado durante mucho tiempo, ni el miedo a la

muerte le hizo desviarse de la fe. Libre al fin, llevó una vida bastante proba, pero no del todo irreprochable. Se trazó un rumbo distinto y definitivo hacia Dios, entró en La Trapa y, no satisfecho con la dura observancia que allí se guardaba, añadió nuevos y recios ejercicios de penitencia. Se le encomendó el oficio de ayudante del cillerero, y como las muchas ocupaciones no le dejaban tiempo para dedicarse a la oración, según su inclinación y deseo, obtuvo permiso para restar dos horas al sueño y consagrarlas a la piedad; concesión que siguió disfrutando aún después que la necesidad de la soledad que sentía logró desligarlo del cargo. Dañados sus pulmones por una grave enfermedad, en nada menguó sus acostumbrados ejercicios de piedad y penitencia. Su cuerpo parecía toda una llaga; sin embargo, la serenidad de su alma y la apacibilidad de su rostro jamás disminuyeron, sintiéndose siempre gozoso de poder unir sus grandes dolores a la Pasión de Cristo, hasta que su intenso deseo por la venida del Señor se vio felizmente colmado.

4

En el monasterio de Sept-Fons, en el año 1895, el día 12 de julio, se durmió en la paz de Dios el hermano Ricardo Patard, converso. Del bullicio de París vino al monasterio y no dudó un instante en darse por completo a Dios, de suerte que en los cuarenta años y pico que llevó la responsabilidad de las cosas temporales, dejando a un lado sus propias comodidades, no vivió más que para la comunidad. Ajeno por entero a las cosas del mundo, era observantísimo de la Regla. Siempre que le era necesario salir, con el rosario en la mano, muy de mañana dejaba el monasterio y, a pie las más de las veces, recorría los treinta kilómetros de camino hasta llegar a Moulins, donde recibía la sagrada comunión. Contra la costumbre imperante, todos los días nutría su alma con el pan celestial, consciente de que el que estaba preparado para recibir el sagrado cuerpo de Cristo lo estaba también para morir. Cumplidos los negocios encomendados, emprendía el regreso y muchas veces, después de aquella caminata de sesenta kilómetros, llegaba por la tarde, todavía en ayunas, al monasterio. Así, con un cuerpo robusto y ánimo voluntarioso, sustentado con la meditación continua de la vida eterna, no se desviaba del ca-

mino de sus obligaciones ni un solo paso. A los 66 años de edad se fue a recibir el premio del siervo bueno y fiel.

El mismo día del mismo año murió en el monasterio de Bonnecombe el hermano Jacques Colmets, novicio converso. Viviendo en el mundo estaba empleado como guarda de la línea férrea, y era tanta su religiosidad que, a fin de quedar libre para la asistencia a los cultos sagrados, pidió que le diesen siempre los relevos de las horas nocturnas. A los cuarenta años de edad entró en el monasterio y, desde el primer día, en cuanto llegaba del campo, se iba a la iglesia a visitar al Señor y a hacer, con gran consuelo, el ejercicio del víacrucis; más de una vez se le encontró como estático en el coro de los conversos o en un rincón de la iglesia. De resultas de una caída se le produjo una fuerte inflamación en un brazo, soportando los recios dolores que le producía y las numerosas llagas que se le abrieron sin una queja, gozoso de poder ofrecerlo todo por la conversión de los pecadores, rechazando amablemente los alivios que sus hermanos le prodigaban para que, por gracia, lo dejaran hacer y sobrellevar aquella penitencia. Siempre con el rostro alegre, parecía tanto más feliz cuanto más arreciaban los dolores. Hecha la profesión *in articulo mortis* conservó su fervor y sus ansias de amor hasta el último momento, entregando su santa alma a Dios para ser coronada de gloria.

5

En Villers, Bravante, el piadoso converso Everard, fiel guardián del más estricto silencio. Estando un día apacentando el ganado en el campo pasó junto a él un caballero en compañía de su escudero. Este dijo a su señor: —“Señor, si lográis que este hermano hable con nosotros para mostrarnos el camino, os daré unas monedas de plata; de lo contrario, vos me las daréis a mí.” Convinieron en la apuesta, y el caballero se acercó al hermano y le saludó; él, por todo saludo, le hizo una inclinación de cabeza. El caballero pidió que le indicase el camino y el hermano con dos escuetas palabras le dijo cuál debía seguir para no errar. Entonces, el caballero, animado, empezó a preguntarle todo cuanto se le ocurrió; pero ya no volvió a obtener más respuesta. Encendido de ira, bajó del caballo,

abofeteando sin vergüenza la mejilla derecha del buen converso. Este no hizo mas que presentarle la otra mejilla. Frustrado e indignado, se dio prisa el caballero en montar en el caballo; mientras, el bendito hermano sostenía las bridas y le ayudaba con los estribos. Ante tanta bondad, el caballero, derramando lágrimas, pidió perdón al hermano y, no muchos después, dispuestos y arreglados sus asuntos, se unió a los verdaderos caballeros de la milicia de Villers.

En España, en 1746, el glorioso tránsito de la venerable Ana María de la Concepción, monja del monasterio de San Joaquín y Santa Ana de Valladolid. La sencillez y caridad fueron las dos virtudes que más lucieron en su vida religiosa, si bien cultivó de un modo especial su amor hacia el Señor crucificado y, más en particular, para con su Corazón sacratísimo, devoción que, en colaboración con el venerable P. Bernardo de Hoyos, jesuita, propagó por toda España. Difundida la noticia de su muerte, de todas partes acudieron multitud de personas devotas que pedían reliquias de la venerable y pasaban por su cuerpo diversos objetos de piedad.

6

En el monasterio de San Andrés de Sostri, en Liguria, san Alberto, converso y eremita. Pastor de oficio, siempre que podía conducía sus rebaños al interior de los bosques para así gozar de más libertad en el ejercicio de la oración, sin otro sustento corporal que las hierbas y tubérculos que por aquellos parajes abundaban. Años después se unió a un santo ermitaño en su vida de soledad. Sin embargo, tomó después el hábito de converso en el monasterio mencionado, donde, tras de profesar, estuvo encargado del servicio de la cocina, cuidándose de tal modo de los pobres que era para ellos como un padre cargado de ternura. Todo el tiempo que las ocupaciones le dejaban libre lo consagraba a la oración. Pasados muchos años en la vida de la comunidad, arrastrado por el amor a la soledad, pidió y obtuvo licencia del abad para vivir en una choza en el bosque vecino. Durante treinta años permaneció en aquella morada en durísima vida penitente, sin poder negarse, no obstante, a las visitas que le hacían los ansiosos de oración y consejo. En 1239, el día 8 de julio, bajo

el cobijo de su agreste morada, descansó en el Señor. A los siete años de su muerte, estando el Papa Inocencio IV en el monasterio, examinó las muestras que había sobre la vida del santo hermano y aprobó su culto. Sobre su sepulcro se construyó una ermita, y en 1625 la diócesis de Génova comenzó a honrarle litúrgicamente. En 1873 los monjes de Nuestra Señora de Aiguebelle recibieron, como preciada reliquia para su monasterio, un brazo del santo converso.

7

En Claraval, la memoria de un hermano converso que al llegar a sus últimos momentos, próximo ya a la muerte, respondió con palabras llenas de confianza sobre su salvación a san Bernardo, quien trataba de confortarlo. El santo abad, temiendo que aquella excesiva confianza naciese de una temeridad presuntuosa, no dudó en reprenderle; pero el buen hermano, con ánimo tranquilo, se limitó a responder: “Está bien, amadísimo padre; sin embargo, si es cierto lo que tantas veces nos habéis dichos que el reino de Dios se consigue con la obediencia, permitidme que os diga que yo he hecho de esta sentencia la norma de mi vida, meditándola con asiduidad y poniéndola en práctica con solicitud. Y si he obrado procurando obedecer en todo y amando a todos, ¿quién podrá impedirme que confíe plenamente en la misericordia de Cristo?”. Al oír tal respuesta, se llenó de alegría el alma del abad, alegrándose con el dichoso converso que así podía hablar y asegurándole la certeza de su entrada en la patria. Luego que el hermano murió, en el sermón que tuvo el santo abad en capítulo dijo que más le alegraba aquella obediencia y pureza que todos los signos y prodigios que pudieran ilustrar la vida de tan bendito hermano.

En el monasterio de Nuestra Señora del Bonsocour, en Maubec, Francia, en el año 1888, la hermana Yrenne Laval, conversa. De constitución bastante débil, ocupada en las labores del establo, se entregó a su oficio con toda la energía de su cuerpo, en tanto que fijaba la atención de su alma en la continua meditación de la pasión de Cristo. Después fue nombrada submaestra de novicias y muy diestramente supo conjugar su

vida con un celo claramente apostólico. Todas sentían la íntima unión que con Cristo tenía. Sin jamás perdonarse nada a sí misma, al cabo de nueve años, exhausta ya de fuerzas, con amor sumo, se abrazó a la cruz de la enfermedad como una víctima santa de Dios y una verdadera esposa del Crucificado. Durante las siete horas de agonía su rostro se transfiguró de tal modo que a cuantos le asistían les pareció contemplar la divina cabeza del Señor posada sobre un almohadón.

8

Festividad del beato Eugenio III, papa. Canónigo de la diócesis de Pisa, había tenido la dignidad de ecónomo general. Conoció a san Bernardo cuando este vino a Italia para asistir al concilio de Pisa, y desde entonces se sometió a su dirección espiritual. Al cabo de cinco años iba al frente de los monjes de Claraval que, destinados en un principio al monasterio de Farfa, por orden de Inocencio II ocuparon el cenobio de los Santos Vicente y Anastasio en Roma. Tanto creció allí la fama de la santidad y prudencia del abad cisterciense y tanto brilló su conducta a los ojos de todos, que, al margen de la costumbre, a la muerte de Lucio II, se vio elevado a la sede del sumo pontificado. Al aceptar la dignidad tomó el nombre de Eugenio. Conmovido aún bajo la admiración de tal elección, san Bernardo envió a aquel hijo, que de pronto se le tornaba padre, una carta congratulatoria, exhortándole a la humildad, a la entrega total al servicio de la Iglesia, a la constancia y a la fortaleza de ánimo. Según el juicio de un escritor de aquellos tiempos, fue tanta la gracia que el Señor se dignó depositar en su alma, en ciencia y doctrina, en lenguaje y liberalidad, en conservar la justicia y la dignidad santamente elegante de sus costumbres, que aventajó, en sus acciones y en su fama a muchos de sus predecesores. Por sus grandes méritos se hizo digno de la alabanza más elevada, siempre abierto a la benignidad, siempre ecuánime en su discreción, siempre alegre y sereno en su aspecto exterior. Ni en el pontificado dejó de ser monje, pues pegada a su carne llevaba túnica de lana y su vestido no era otro que la cogulla de la Orden. Elegido y coronado como pastor supremo de la iglesia, las sediciones continuas que oscurecieron aquellos tiempos, le obligaron a alejarse de Roma; sólo en los úl-

timos meses de su pontificado logró fijar la residencia en la urbe romana, recibido por el pueblo con honores y aclamaciones. Herido por los clamores de los oprimidos en Tierra Santa, organizó y empujó, por obra de san Bernardo, las fuerzas cristianas a luchar contra los musulmanes. Durante su estancia de exiliado en Francia asistió el venerable papa al capítulo que, según costumbre, celebraron los abades cistercienses, no para presidirlos con su autoridad apostólica, sino para unirse a ellos en fraterna caridad, como uno más entre tantos. De regreso a Italia, con hondo sentimiento de humildad visitó también su antiguo y amado Claraval. Fue entonces cuando recabó de san Bernardo algunos avisos saludables para administrar la Iglesia y velar por los derechos de la sede Apostólica. El santo abad le envió su tratado *De Consideratione*, monumento de sabiduría en que se declaran las prerrogativas y oficios del Pontífice. Llenos sus años de grandes méritos, estando descansando en Tívoli de la fatiga de los calores estivales romanos, le sobrevino una grave enfermedad y, el que fue considerado como “fuego de la Iglesia, padre de la justicia, amante y protector de la religión,” el 8 de julio de 1155 descansaba con la muerte de los justos, después de regir la nave de Pedro durante ocho años y cuatro meses. En 1872, Pio X ratificó y confirmó el culto inmemorial con que se le honró en todo tiempo.

9

En esta fecha se celebraba antaño en la abadía de Vaux-de-Cernay la fiesta de san Teobaldo abad, del que ayer se hizo conmemoración en el oficio divino. Hijo primogénito del barón de Pontmorency-Harly, fue en el mundo un ilustre militar que, aunque se daba a las justas y torneos, amaba y veneraba con afecto sincero a la santísima Virgen. Recibió más tarde el hábito religioso en el dicho monasterio, creciendo más y más en el amor a la Madre purísima, cuyo nombre santo se gozaba en poner con caracteres rojos en cuantos papeles caían en sus manos. Devotísimo también del santísimo sacramento, guardó sus mejores afectos y su veneración para honrarlo, y cuantas veces pasaba ante el sagrario, a la par que saludaba a Jesús, saludaba también a su madre Inmaculada. Electo abad, insistía en que no se le había encumbrado para dominar a los monjes,

sino para servirles; por eso, jamás buscó los honores de la dignidad y sí los trabajos, dando en toda ocasión claro ejemplo de humildad y mortificación de la carne. Era él quien encendía, preparaba y mantenía las lámparas de la iglesia, del dormitorio y del refectorio; limpiaba el calzado a los monjes, cumpliendo exactamente la semana que le tocaba el oficio de servidor de iglesia al igual que cualquier otro de los hermanos más jóvenes. Como un obrero más, ayudaba a los canteros en el acarreo de barro y piedras cuando se construyó el nuevo dormitorio. Era tal su amor al retiro que cuando se veía urgido por extrema necesidad a abandonar el monasterio no hacía mas que suspirar por la soledad. Con esta táctica santa se ganó multitud de novicios, de suerte que, bajo su gobierno, llegó a contar la comunidad con doscientos y más monjes. Obtuvo con sus oraciones la fecundidad del matrimonio de rey Luis, según cuentan viejos autores. Ilustre por su espíritu de profecía y muchos milagros, voló al cielo el 7 de diciembre de 1247.

En este día del año 1794, el martirio de Philip Brendel, converso de Freistorf en Lorena, muerto en los pontones de Rochefort.

En este día del año 1265 fue promulgada la constitución de Clemente IV o *Clementina*, por la cual se puso fin y arreglo a las discordias nacidas de los diversos modos de entender la *Carta de Caridad*, interpretándola con suma prudencia y llegando incluso a mudar algunas de sus prescripciones.

En el monasterio de Santa Caternina de Avignon ingresaron las hermanas Marie de Saint Henri y Sor Madeleine del Santo Sacramento. Marguéríte Eléonore de Justamond, hija de una de las familias más influyentes de Bolléne. En 1764 Marguerita entró en el monasterio de Santa Caterina de Avignon; era un monasterio antiguo, de 1264, cargado de una rica tradición. Margerita tomó el nombre de Marie de Saint Henri y el 12 de mayo de 1766 emite la profesión solemne. En 1773 tuvo la alegría de asistir a la profesión de su hermana Madeleine Françoise, que siguió a la hermana al mismo monasterio. A finales de 1790 los revolucionarios invadieron el monasterio, dispersaron a las monjas y, finalmente, el 2 de mayo de 1794, por la mañana, todas las hermanas fueron arrestadas. Marguerite fue conducida al cadalso esa misma tarde,

acusada de mil infamias y haber propagado ideas monárquicas y, así, guillotina. La misma suerte corrió su hermana Madeleine Françoise, nacida el 25 de julio de 1754, y seis hermanas más. El 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, fueron condenadas también a la guillotina. Madeleine tenía cuarenta años de edad. En esas fechas fueron asesinadas, en Orange, treinta y dos religiosas de diversas órdenes. El 6 de junio de 1916 la Congregación de los Santos introdujo la causa y el 14 de junio el papa Benedicto XV ordenaba la apertura del proceso apostólico. El 10 de mayo de 1925 el papa Pío XI reconocía como beatas a las treinta y dos mártires de Orange y fijaba la fecha de su celebración para el 9 de julio.

10

En Aiguebelle, el 16 de este mismo mes del año 1839, trocó el destierro por la patria eterna el joven monje Marie Ephren Ferrer. Vástago de honrados y ricos padres, ya desde sus primeros años se manifestó inclinado a las obras de caridad, tanto que se llegó a llamarlo “abogado de los pobres”. Por desgracia, cuando comenzó a asistir al liceo de Toulouse, poco a poco aquella incipiente virtud, todavía débil, perdió su vigor y la fe se apagó. Al soplo de la gracia divino logró al fin revivir el sentimiento de su piedad de niño, y después de fuertes luchas en torno a su vocación, pronunció sus votos religiosos en el antedicho monasterio de Aiguebelle. Sin compasión alguna para su escasa fortaleza física, buscando en todo la crucifixión con Cristo, en breve tiempo se halló sin fuerzas. Retirado a la enfermería, a pesar de los dolores e incomodidades jamás su rostro apareció con muestras de turbación, sereno siempre y alegre, cumpliendo en todos sus puntos las prescripciones que los usos de la Orden establecían para los enfermos. Devotísimo de María, pronunciando con voz clara su sagrado nombre y el de su Hijo santísimo, dulce y plácidamente, en la festividad de san Esteban, dejó este mundo. Impresionada por su ejemplo y movida por su intercesión desde el cielo, y las oraciones de unas santas monjas desde la tierra, su única hermana, próxima ya a contraer matrimonio, ingresó en el monasterio de Vaise y, bajo el mismo nombre religioso que llevó su santo hermano, en plena juventud voló a Dios como una víctima de amor inmolado.

En la abadía de Nuestra Señora de Gracia, de Briquebec, en el año 1905, el piadoso tránsito del hermano Cándido Villamor, converso. Joven todavía y después de pasar siete años como militar, reflexionando y dudando sobre lo que debía hacer ante el futuro que se le abría delante, se decidió a ingresar en el monasterio de Briquebec; se cuenta que san José le indicó en sueños que todo lo hallaría dispuesto y preparado y viviría siempre bajo su protección. La vida del buen hermano fue la representación más auténtica de las palabras del Señor: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Caritativo y manso, piadoso y modesto, procurando pasar siempre desapercibido y oculto, cumplía con esmerada diligencia cuantos oficios se le encomendaban. A quienes les era dado penetrar en los secretos de su alma quedaban admirados de su unión con Dios y de su oración, que había alcanzado los más altos niveles de contemplación. En sus últimos años, bajo el agobio de fortísimos dolores, ni una sola queja salió de sus labios, siempre tranquilo en su ingenua alegría o, mas bien, en su júbilo todo infantil. Saludó con alborozo a la muerte, y se fue a gozar para siempre del premio eterno.

11

En Grandselve, en la campiña tolosana, el beato Bertrand, abad. Era este monasterio uno de los siete fundados por el beato Giraldo de Salis, discípulo de san Roberto. Los monjes vivían según las costumbres y normas cistercienses, pero sin estar sujetos a ellos. El beato Bertrand, ya desde el principio de su vida monástica, hizo de la meditación del santo evangelio su ocupación constante, de suerte que logró mantenerse en una pureza de costumbres tan amplia que ni el más atrevido se atrevía a emitir ante él una palabra de tenor mundano o a referir recuerdos de la vida del mundo. Como su santo padre, Giraldo era un portavoz de la palabra divina que llenó de luz con su predicación toda la región tolosana. Deseoso de dar firmeza y estabilidad a la observancia regular de su monasterio, pocos años antes de morir, se dirigió a Claraval para unir definitivamente su comunidad a la orden cisterciense y ponerla bajo la sujeción de Claraval. Al decir de sus discípulos, su alma estaba colmada de incomparable simplicidad, cuidadoso siempre de la pureza de corazón,

de una abstinencia estrechísima, amable siempre por su mansedumbre y suavidad. Después de su muerte, ocurrida en el año 1149, manifestó de modo especial su ayuda a aquellos de sus hijos que mas azotados se hallaban por la duda en el camino de la santa vocación. Durante varios siglos se celebró su fiesta con culto particular en Grandselve.

En Valladolid, en el monasterio de Santa Ana, el día 15 de julio de 1711, la dichosa muerte de Ángela Francisca de la Cruz, monja. Que-riendo el Señor llevarla por una senda totalmente extraordinaria, ya desde niña la rodeó de gracias, llevándola a los más altos grados de oración. Más tarde, adulta ya, entró en el monasterio llamado Otero de las Dueñas, donde crecieron en ella las virtudes. Pero como a algunos se le hiciera sospechoso tanta maravilla, la denunciaron a los jueces eclesiásticos y, por mandato de los padres inquisidores, pasó al monasterio de Santa Ana de Valladolid, que era de una observancia más estrecha. En él quiso permanecer ya, ansiosa tiempo atrás de una vida más austera y más aún después de ser declarada limpia de toda mancha de herejía. Entre las gracias extraordinarias de que gozó, es digna de especial mención la impresión de las sagradas llagas de Cristo en sus miembros. Pero, más que por los regalos con que el cielo le honró, brilló por sus austeridades y sus virtudes, por su humildad, su paciencia y su trato lleno de afabilidad. Poco antes de su muerte, fue elegida abadesa. Al decir de todos, dejó esta vida más por la fuerza del amor que por la enfermedad. Fue una de las muchas almas santas y monjas ejemplares de esta santa casa, que tanta gloria dieron a la Iglesia y a la Orden.

12

En Orange, Francia, en 1754 el glorioso martirio de las beatas María de San Enrique y Sagrado Corazón de María, hermanas carnales de la familia de Justamont, monjas del monasterio de Santa Catalina de Avignon. Expulsadas ambas de su convento en 1790, y recluidas después con otras religiosas en la prisión pública de Avignon, hicieron de su cárcel un monasterio, sin interrumpir su oración y sin dispensarse de sus ejercicios ordinarios de piedad. La beata María de San Enrique, con otras tres com-

pañeras, fue sacada de la cárcel y llevada a un tribunal que pretendió obligarla a emitir el juramento de libertad e igualdad y que, como prohibido por la Iglesia, ella se negó a formular. Y así, acusada de pertinacia y fanatismo, fue condenada por el juez a ser decapitada; en este día del año 1794, a los cuarenta y ocho años de edad, cantando con sus compañeras las alabanzas a honra de la santísima Virgen, subió al cadalso. Más joven, la hermana Sagrado Corazón de María, que por su piedad y por su caridad era llamada “la santa” por sus demás compañeras de prisión, dando gracias a los jueces porque a su sentencia debía ella que las puertas del cielo se le abriesen de par en par; cuatro días tardó en unirse a su hermana mayor en la celebración de las eternas bodas del cordero. Durante quince años había pedido a su madre del cielo la gracia de morir en un día consagrado a ella o en alguna de sus fiestas. Y juntamente con otra hermana carnal, religiosa ursulina, la beata hermana Sagrado Corazón de Jesús y otras cuatro vírgenes más, consumó su holocausto el día de la santísima virgen del Carmen. Las veintitrés vírgenes de Orange; fueron declaradas beatas en 1925 por el papa Pío XI.

En 1355 el beato Benedicto XII promulgó la constitución que comienza *Fulgens sicut stella matutina*, y por la cual reducía a su orden cisterciense a una norma de vida más santa y a una observancia más estrecha de la Regla.

13

En el monasterio de Dunes, Bélgica, en 1478, dejó de existir Egidio de Royé, antiguo abad de Royaumont. Ingresó siendo niño en Císter, pasando luego a París para perfeccionar los estudios; conseguido el grado de doctor y maestro, hubo de dejar el colegio de San Bernardo para trasladarse, como abad, al cenobio de Royaumont, que gobernó durante seis años. Después de bregar con multitud de dificultades, renunció al cargo abacial, y, buscando un puesto tranquilo, vino al monasterio de Dunes, en Flandes, donde en dieciocho años que moró en él fue un dechado de paciencia y humildad. Doctor en ciencias sagradas, enseñando, leyendo, dictando, desarrolló en toda actividad su inestimable talento. Su discípulo

Adriano But, en su crónica de los abades de Dunes, le alaba como varón piadoso para socorrer, liberal para corregir, de un celo lleno de moderación, de una bondad alegre y generosa, sólo estricto para el regalo. Muy medido en las palabras y en la risa, entregado por completo al trabajo y a los ejercicios espirituales, vivió en huida constante de la ociosidad y de la indolencia.

En el monasterio de Notre-Dame du Lac, en Canadá, dejó este mundo, en 1898, el hermano Simon Dupont, converso. Hijo de padres robustos en la fe y en la piedad, viviendo en plena adolescencia en los Estados Unidos de América y en un mundo ansioso en su locura de comodidades y deleites, conservó su alma ardiente, no obstante, por servir caritativamente a los demás. Después, una vez que entró en el monasterio, fue un ejemplo vivo de todas las virtudes, modesto siempre y afable. Menguado de fuerzas físicas, minaba su salud una incurable enfermedad, lo cual no le era obstáculo para animar y alentar a sus hermanos, con una dulce serenidad que constantemente envolvía su rostro. Todo lo sobrellevaba bien, sin molestar en lo más mínimo a los demás. Amaba, por encima de todo, la vida común, unido siempre íntimamente a Dios. Hizo sus votos solemnes en la enfermería y, poco después, gozoso y feliz, voló al cielo a los veintiséis años de edad.

14

En Chécery, Saboya, el beato Roland, cuarto abad del monasterio, que desde su muerte, acaecida hacia el año 1200, es venerado hasta hoy como santo y patrono del lugar.

En España, en 1757, la santa muerte de la venerable Juana María de los Dolores de Rojas y Contreras, monja del monasterio de San Quirce, de Valladolid. Joven todavía, vistió el hábito religioso en dicho cenobio y, según narra su biógrafo, se le apareció entonces la Virgen santísima con un cirio encendido y una imagen de Cristo crucificado, que le dio, diciendo: “Que esta luz no deje de arder nunca en tu corazón, porque, si con generosidad te abrazas a la cruz, serás una verdadera esposa de mi hijo.” Y, aunque durante todos los días de su vida tuvo que sufrir durísimos tormentos

de alma y cuerpo, también mereció recibir con frecuencia dulces consuelos espirituales. La virtud más alta de toda su vida fue la caridad, que abría de par en par para socorrer de modo especial con sus oraciones a los agonizantes, práctica muy extendida en aquel famoso monasterio, de modo que se cuenta que algunas monjas asistieron espiritualmente a enfermos y moribundos en sus propios lechos, sin salir ellas del monasterio.

En el año 1664 el ilustre abad Armand Jean Le Bouthillier de Rancé. Recibida el 13 de este mes la bendición abacial, dio comienzo a la restauración de la disciplina regular en la Orden con la reforma de la abadía de La Trapa.

En Mont-des-Cats, Francia, el sepelio de Dom André Louf (1929-2010). Fallecido a los 81 años, el antiguo abad del monasterio trapense de Mont-des-Cats, en el norte de Francia, deja tras de sí una rica enseñanza espiritual presente en sus múltiples obras, muy apreciadas por innumerables personas, tanto en los ambientes monásticos como seculares. Este trapense –políglota de lenguas antiguas y modernas, y traductor de místicos flamencos y de Padres de la Iglesia de los primeros siglos– siempre tuvo un deseo inalcanzable de vivir la soledad del ermitaño. Finalmente, en 1998, y tras 34 años como abad, Dios atendió sus requerimientos, y con la ayuda de los monjes y las hermanas del monasterio benedictino de Saint-Lioba, en las cercanías de Aix-en-Provence, al sur de Francia, se instaló en una ermita. Belga, nacido en 1929, Dom André entró al monasterio en 1947 y fue elegido abad de Mont-des-Cats en 1963, cuando apenas tenía 33 años. Desde entonces guió a la comunidad durante 34 años, hasta su retiro en la ermita al sur de Francia. Los problemas de salud lo llevaron de nuevo a la abadía de Mont-des-Cats, donde entregó su alma a Dios. Persona dotada de ricas y numerosas cualidades y talentos, mentalidad abierta y siempre dispuesto a la comunicación, las relaciones y la enseñanza-aprendizaje. Destacó como orientador y consejero espiritual. En su orden fue siempre considerado como una persona de buen juicio, capacidades diplomáticas, liderazgo y generosidad en los servicios prestados. Durante muchos años fue el moderador de los capítulos generales de su orden, reelegido en múltiples ocasiones y siempre solicitado para ayudar a otros abades y abadesas en sus comunidades. Uno de los aspectos que resaltaban en su camino es-

piritual era el de la búsqueda de la belleza y sus destellos en la vida cotidiana, pues, además, estaba dotado de un gran sentido estético para el arte –especialmente la pintura, la música –era un buen organista– y amaba escribir bien y hablar mejor; se relacionó con personas que pudieran enriquecer en varias áreas de la vida espiritual y profesional su persona, las de los monjes de su comunidad, siendo siempre fiel a las amistades y preocupado por el seguimiento espiritual de sus hermanos. Fue un hombre de vida espiritual intensa, como revela su diario espiritual. Sometido a dudas y pruebas en su itinerario monástico, en su ministerio abacial y, finalmente, en su opción definitiva por la soledad. Aunque sentía esta inclinación profunda a la soledad, fue un hombre siempre atento a los signos de los tiempos, a los cambios en la Iglesia. Durante los tiempos previos y posteriores al Vaticano II se transformó, en su comunidad y en muchos ambientes, en el “exégeta del *aggionamento* monástico mediante una enseñanza profunda y equilibrada, diferente ya a los arrebatos renovadores de sus tiempos de estudiante de Escritura en Roma. Durante la segunda mitad del siglo XX fue un escritor influyente, un maestro sabio, disciplinado y preocupado por el diálogo a establecer entre la teología espiritual y las ciencias modernas. No le faltaron compañeros de viaje y émulos en su trayectoria intelectual y pedagógica. En línea con otras grandes personalidades de su tiempo y de su orden, su voz resuena con tintes proféticos, sabiamente asentada en la tradición espiritual y literaria de Oriente y Occidente. En sus libros descubre y ensaya un nuevo lenguaje, un modo nuevo de presentar la aventura espiritual y humana de los buscadores de Dios y de la verdad. El testimonio de su vida es la entrega sin condiciones –aunque no sin dificultades y contradicciones–, la búsqueda incesante de un equilibrio interior y personal, siempre problemático para él, el desprendimiento no programado de todo lo que en él eran proyectos y programas, ilusión y vitalidad espiritual, hasta alcanzar el equilibrio y la paz en la ermita de Sainte-Lioba, en la Provenza, al sur de Francia.

Su muerte, y su enterramiento en Mont des Cats en un día lluvioso, transformaron su vida terrena en un bautismo y una auténtica conversión a “la vida de la gracia” –su gran pasión– en el regazo de la eternidad de Dios. La importancia de su vida y su obra ha sido reflejada en el libro de

Charles Wright *El camino del corazón. Itinerario espiritual de Dom André Louf*, publicado por Ediciones Monte Casino, Zamora.

15

En Cister, el beato Alán de Lille, llamado “el Magno” y doctor universal. Eruditísimo en las sagradas escrituras y de los más competentes de su tiempo en las ciencias humanas, estuvo en París y en Montpellier al frente de algunas escuelas eclesiásticas. Dejando muestras clarísimas de su enorme ingenio, que le granjearon en tiempos posteriores una autoridad e influencia teológicas realmente insignes. De sus obras, es digna de mención, como un documento de singular piedad, un comentario excelente al *Cantar de los Cantares* en alabanza a la Madre de Dios. Despreciando, sin embargo, toda gloria humana, vistió en Cister el hábito de converso, en cuyo estado de humildad perseveró hasta el fin de su vida, volando a Dios el 16 de julio de 1202 y dejando a la posteridad un ejemplo admirable de negación y menosprecio de sí mismo.

En Aragón, la beata Teresa, reina en otro tiempo de dicho país. Parejas su belleza y la pureza de su alma, rechazó con energía las proposiciones amorosas del poderoso rey Jaime, hasta que se unió a él, según ella creía, en legítimo matrimonio. No mucho después, injustamente, el rey la repudió. Marchó a Roma a defender su honor y el papa, al menos en parte, le dio la razón. Pero, mientras se veía oprimida por la angustia y la pobreza humana, experimentando y viendo como en un espejo la vanidad del mundo y contemplando, como contraste, la belleza del sumo y celeste Rey, determinó vivir solo para él. Pidió al rey, aún su esposo, un pequeño dominio y terreno para edificar un monasterio. El rey le dio el antiguo palacio del rey moro de Valencia, por nombre La Zaydia; hizo venir doce monjas del monasterio de Vallbona y, no contenta con eso, tomó ella misma el hábito religioso. Quiso ser la última de todas, humilde en su oficio de portera, deshecha en atenciones para con las enfermas. Después de una vida llena de oración y penitencia, entregó su alma al creador el año 1260, dejando sumidos en tristeza a los pobres y oprimidos, de los cuales era el consuelo y la providencia.



16

Antiguamente, fiesta de nuestro Padre san Esteban. Inglés de nación, monje de Sherburn en su juventud, Esteban Harding dejó su monasterio, recorrió Escocia e Irlanda y pasó a Francia. Después de varios años consagrados al estudio de las letras, tocado por la gracia, comenzó la peregrinación a Roma, junto con otro compañero. A la vuelta, la divina providencia los condujo a Molesmes, donde, movidos por la santidad de vida que allí se observaba, fueron admitidos. Más tarde, cuando la cuestión de la restauración de la disciplina monástica fue tomando cuerpo, Esteban fue uno de los que con más entusiasmo abrazó el proyecto y tomó parte de la delegación enviada al arzobispo de Lyon para obtener la aprobación del proyecto. Muy observante de la Regla y enamorado de la soledad de Cister, fue elegido abad de este lugar a la muerte de san Alberico. La iglesia y el monasterio eran nuevos, los dominios pequeños, pero bien organizados, la comunidad poco numerosa, pero muy unida en un mismo ideal. Desde el principio las donaciones fueron numerosas; los bienhechores venían con frecuencia al monasterio; la comunidad vivía ya con más holgura. Por eso nuestro bienaventurado padre, temiendo ver renovado en Cister la experiencia negativa de Molesmes, decidió, de común acuerdo con los demás monjes, impedir al duque de Borgoña y a otros señores establecer su corte en el monasterio y, por otra parte, eliminar del culto litúrgico todo lo que pudiera ser motivo de ostentación y superfluidad. Pronto se vio el fruto eficaz de estas medidas, de ahí el grito de triunfo del pequeño Exordio: “En estos tiempos la iglesia de Cister acrecentó sus posesiones, viñas, praderas y granjas, y el fervor monástico creció también a la par.” San Esteban mandó hacer una revisión de la Biblia y una recopilación de los Padres; se transcribieron, bajo su inspiración, el antifonario de Metz y el himnario de san Ambrosio de Milán. Todo estaba preparado, pero los novicios deseados no llegaban; la ansiedad y la carencia de personal hacían mella entre estos pioneros de la observancia fiel de la Regla, aunque eran todos ellos hombres de experiencia. Pero Dios, por su parte, tenía ya preparada la recrecida; en el mes de abril de 1112, Bernardo y sus treinta compañeros poblaron el noviciado y llenaron de alegría los corazones. No era más que el princi-

pio. Desde 1113 la colmena, ya demasiado llena debía enjambrar; y, para asegurar el porvenir de la interpretación cisterciense de la Regla, san Esteban redactó la *Carta de Caridad*. A pesar de la solicitud que la comunidad, cada vez más numerosa, le exigía, Esteban permanecía siendo el hombre de rostro franco y sonriente, de palabra colmada de afabilidad, con el alma siempre gozosa en el Señor. La interpretación que daba a la Regla era totalmente espiritual; así, por ejemplo, respecto del silencio de la noche, él procuraba poner en calma su alma y, desde completas hasta prima del siguiente día, dejaba olvidados todos sus cuidados y preocupaciones. Este espíritu reguló y conformó la formación de san Bernardo y de las primeras generaciones cistercienses. Debilitado por los trabajos y la enfermedad, renunció al cargo abacial y, algunos meses más tarde, el 28 de marzo de 1134, se durmió en la paz del señor. La orden cisterciense que él había consolidado contaba con setenta y cinco abadías consagradas a honra de nuestra Señora.

17

En Lyon, en la fiesta de san Esteban del año 1827 fue llevado a la morada de los bienaventurados, Dom Augustin de Lestrange. Joven presbítero se ocultó en La Trapa para escapar de la dignidad episcopal. Era un hombre de fe robusta, activo e intrépido en sus empresas. Al estallar la Revolución francesa obtuvo de sus superiores licencia para marchar a Suiza con algunos otros hermanos y allí, en la antigua cartuja de Val-Sainte, se ocupó en perfeccionar y completar la reforma del abad Rancé. Su monasterio, erigido en abadía por el papa Pío VI el 30 de septiembre de 1794, se convirtió en sede de la Congregación de los trapenses, nombre consagrado por la voz popular hasta el año 1892, en que las dos congregaciones de Dom de Lestrange y Dom de Laprade se unieron bajo el nombre de Cistercienses Reformados o de la Estrecha Observancia. Dom Augustin había hecho ya varias funciones, cuando la Revolución, implacable, la obligó a abandonar aquella Suiza hospitalaria. Entonces, sin disolver las comunidades ya formadas, al frente de los monjes, monjas y postulantes, comenzó, sin disminuir en nada la observancia rigurosa de la Regla, una extraordinaria odisea que le hizo atravesar y recorrer casi

toda Europa. Cuando los tiempos fueron más bonancibles, tornaron a Francia; resucitó varios monasterios antiguos y fundó otros nuevos. En medio de estos avatares hubo de pasar por la prueba de ser acusado ante la Sede romana, esperando durante cerca de dos años, en Roma, sumido en la oración, la sentencia definitiva. Al retornar a Francia se sintió enfermo, se detuvo en el monasterio de monjas de Vaise, y allí, mientras las monjas cantaban el *Te Deum* en la fiesta de san Esteban, el salvador de la Orden, como se decía, partió para el cielo a encontrarse con el bienaventurado padre de Císter.

18

En Estonia, el varón lleno de celo apostólico Teodorico de Traiden, llamado así debido al nombre de la región que de modo especial evangelizó. Monje, según se cree de Port de Santa María, monasterio de la diócesis de Bremen, fue consejero y brazo derecho de los obispos Mainard y Alberto de Lituania. Hizo varios viajes a Roma y vivió siempre consagrado, no sin exponerse a graves peligros, al ministerio de la predicación apostólica. Él y el obispo Alberto deben ser considerados como los fundadores de los caballeros Gladíferos, que seguían la regla de los Templarios. Teodorico fue el primer abad del Mont-Saint-Nicolas, en Dune llamado por eso Dūnanūnde y, por fin, fue obispo de la provincia eclesiástica de Estonia. La ferocidad de aquellos pueblos bárbaros le obligó a alejarse. Tomó parte, con otros obispos, en la cruzada organizada por el rey de Dinamarca y fue asesinado por unos falsos conversos en el año 1210.

En 1247, en Brujas, Flandes, la muerte de Berta de Marbais, primera abadesa de Marquette. Unida estrechamente a la condesa Juana de Flandes por lazos de sangre y amistad, contrajo matrimonio con el señor de Malembais. Al quedar viuda se retiró al monasterio de Aywières, donde se entregó con tal fervor a la oración y a la virtud, que en pocos meses llegó a ser modelo de perfección para sus hermanas. La condesa Juana, al fundar por entonces el monasterio de Marquette, creyó que nadie mejor que nuestra bienaventurada podría dirigirlo. En efecto, lo gobernó

santa y fructuosamente hasta el mismo día del año de gracia de 1247, fecha en que se fue a recibir la recompensa de sus trabajos y méritos.

19

En España, la muerte cruenta de muchos caballeros de Calatrava, de la orden cisterciense. A raíz del desastre de las tropas cristianas en Alarcos, el 19 de julio de 1195, la plaza de Calatrava cayó en poder de los musulmanes. Se ignora el número de los monjes y caballeros que fueron muertos. Esta acción histórica tuvo gran repercusión en la sociedad de aquel tiempo y en el porvenir de la Orden de Calatrava, resultando, además, un duro golpe en la reconquista de los reinos españoles, lo cual obligó a movilizarse a las tropas cristianas de toda la península ibérica hasta que llegó el momento de la batalla decisiva de Las Navas de Tolosa, en 1212, contra los musulmanes.

En Schoenthal, Alemania, el año 1644 partió de este mundo el venerable prior Pedro Maas, llamado por su deseo Pedro de San Bernardo. Desde su juventud se consagró a María; a los trece años hizo voto de castidad perpetua y, poco después, entró en Schoenthal, donde, desde su noviciado, gozó ya de los divinos y extraordinarios favores. Su modelo predilecto era san Bernardo. Ardía en deseos de seguir paso a paso las huellas de nuestros padres y trabajó cuanto le fue posible por conseguirlo. Su conciencia delicada descubría las menores imperfecciones del alma y no hallaba paz hasta haberse purificado. Murió a los treinta y seis años de edad, después de padecer graves enfermedades. A guisa de testamento dejó a sus hermanos estas tres solas palabras: “amor, obediencia, perseverancia”.

20

En Suiza, el año 1547, la muerte del piadoso Juan de Lenzingen, abad de Haulbronn, en Wurtemberg. Rehusó entregar al príncipe secular los bienes del monasterio, protegidos por la inmunidad eclesiástica, y por esto hubo de sufrir persecución. Buscó primero refugio en Spira, después,

al cabo de dos años, se reunió con su comunidad en Pairis, Alsacia, pequeña fundación dependiente de Haulbronn. De aquí tuvo aún que huir, vestido de seglar, y refugiarse en los benedictinos de Einsiedeln, donde murió; recibió sepultura en la basílica, cerca del altar mayor dedicado a la santísima Virgen. Poco antes de abandonar este mundo, con el dinero que se le había dado, a título de pía fundación, mandó que todos los días después de vísperas un sacerdote, acompañado de tres niños de coro, cantasen la *Salve* en honor de nuestra señora. Costumbre que aún se conserva. La comunidad, terminadas las vísperas iba en procesión a la “santa capilla” y cantaba la *Salve* en música polifónica, acto en que tomaban parte los estudiantes del colegio al menos los días de fiesta.

En Nápoles, el año 1636, dejó este mundo y destierro el Bartolomé de San Faustino, Visitador general de la congregación de los Fulienses. Teólogo magistral y escritor distinguido, supo cobijarse bajo la humildad más exquisita. Fue, sobre todo, un fervoroso devoto de María. Cuenta una piadosa leyenda que el día de su funeral lo acompañó hasta el cementerio, sin cesar en sus gorjeos, un nutrido “coro” de pájaros, lo que se interpretó como una señal celestial de reconocimiento de su santa vida.

21

En Claraval, el noble Arnaud de Majorque, monje, uno de los seducidos por la palabra de san Bernardo a su paso por tierras de Flandes. Era un señor rico y refinado, padre de una numerosa familia. El abad de Claraval se alegró mucho con esta conversión y vaticinó que Jesucristo no recibiría con ella menos gloria que en la resurrección de Lázaro, aludiendo quizás a los lazos que habían retenido a Arnaldo en las delicias del mundo como en una tumba. En el claustro fue un religioso de gran pureza de conciencia, lleno de celo por la regularidad. San Bernardo le aseguró que conseguiría la salvación, ciertamente, pero a través de largos y crueles sufrimientos, que él sobrellevó lleno de alegría, hasta que se durmió en el Señor. Tal era la confianza que los monjes de Claraval tenían en las palabras de su santo abad.

22

En Carracedo, España, el piadoso Domingo, monje y ermitaño. Entró muy joven en el monasterio, donde vivió santamente; en la tarde de su vida, y ya rico en virtudes, obtuvo de su abad licencia para ejercitarse en un nuevo combate espiritual y singular. Retirado a la soledad llevó una vida de penitencia y ayuno, a excepción de los domingos. Además de la recitación cotidiana del oficio divino, rezaba todo el salterio y muchas otras oraciones en medio de los goces de la compunción. Tuvo que soportar los horrores y tormentos de las tentaciones en la soledad; pero de todo triunfó con la gracia de Dios.

23

En Livonia, el martirio del bienaventurado obispo Bertold. Siendo abad de Lecouna, acompañó al obispo Mainard en sus correrías apostólicas, logrando algunas conversiones entre aquellos paganos. A la muerte del obispo, los deseos del clero y del pueblo recayeron sobre él unánimemente. Confiado en el auxilio divino, se aventuró solo en medio de los paganos de Livonia, palpó la realidad de aquellas gentes y pidió a Roma la organización de una cruzada, siendo él el primero en tomar la cruz. En uno de los combates, su caballo se desbocó y él se halló entre los livones, que huían en desbandada. Estos le atravesaron con sus lanzas y luego descuartizaron su cuerpo. Era el 24 de julio de 1198; en Riga se le veneraba como mártir.

En Carracedo, España, el año 1610 la muerte de Dom Jerónimo Llamas, abad. Hombre de una erudición vastísima y de gran inteligencia, se distinguió tanto por la pureza de su vida como por su integridad moral. Había sido largo tiempo predicador magistral de la catedral de Toledo, y supo cautivar a sus auditorios con una elocuencia penetrada de unción y fortaleza. Nombrado superior de Carracedo, demostró su energía espiritual en varias enfermedades que le aquejaron. Su celo por el oficio divino fue extraordinario, sirviendo de ejemplo a todos los hermanos; incluso se contaba de él que en una ocasión sus monjes le vieron cantando entre ellos el oficio divino, sabiendo estos que se encontraba en su lecho, doblegado por la enfermedad.

24

En 1830 el papa Pío VIII proclamó y nombró doctor de la Iglesia a san Bernardo.

Festividad de san Balduino, abad de Santo Pastor, en Rieti, adonde fue enviado por el mismo san Bernardo. De su vida solo se conocen los datos ofrecidos en la respuesta de san Bernardo a una de sus cartas. Este documento muestra la evidencia del íntimo afecto que reinaba entre el padre y el hijo. El abad de Claraval le da útiles consejos para el perfecto cumplimiento de su cargo y le pone en guardia contra una excesiva y peligrosa desconfianza de sus virtudes y cualidades. En esta carta expone san Bernardo a su discípulo las tres virtudes que él desea ver de un modo especial en un abad: el celo por la instrucción de sus hijos por medio de la predicación, el ejemplo de la virtud y, finalmente, la oración, destacando esta última por su nobleza. San Balduino murió en 1140.

25

En Alvastra, Suecia, el año 1345, el santo converso Gerekin. El biógrafo de santa Brígida ofrece rasgos admirables cuando habla de él. En cuarenta años de vida religiosa no salió jamás de su monasterio, ocupado día y noche en la oración y la frecuente contemplación de Jesucristo bajo forma de niño, lo que sucedía frecuentemente en la santa misa en el momento de la elevación. Habiendo ido santa Brígida a residir cerca del monasterio, él, movido por el celo de la Regla, protestó ante esta singularidad. El Señor le respondió en la oración: “Esta mujer es gran amiga de Dios; ha venido aquí, a estos lugares, a coger flores para la salvación de todas las naciones, aun de las más alejadas.” Fue uno de los grandes monjes que se educaron en el monasterio de Alvastra en la piedad y el amor a la observancia de la vida cisterciense y, como muchos otros, supieron aprovechar el ambiente religioso y misionero que reinaba en aquella abadía.

En Austria, el piadoso Enrique II, abad emérito de Heiligenkreuz. Era abad de Gaumgartenberg cuando, en 1252, fue llamado a gobernar la abadía anterior. La posteridad encerró en una bella frase su juicio

sobre él: “Su predecesor nos mostró la Regla; él nos dio el modelo de la santidad.” Al cabo de siete años renunció a la carga abacial y, según se dice, llegó a tal altura espiritual que realizó algunos milagros. En 1263 de nuevo hubo de abandonar su quietud para ponerse al frente de la fundación de Goldekron. Rigió este monasterio durante diecisiete años; por segunda vez renunció al abadiato para retornar a Heiligenkreuz, desde donde ya definitivamente partió hacia el Señor el año 1284.

En el monasterio cisterciense de Phuoc Son, en Vietnam, el Siervo de Dios padre Benoit Thuan (Denis Henry). Denis Henry nació el 17 de agosto de 1880 en Boulogne-sur-Mer, en el departamento de Pas de Calais (Francia), hijo único de Cyril Denis y Anne-Marie Geffroy. Habiendo quedado huérfano de madre a los dos años, su padre se casó de nuevo con Marie-Therese Adele, y la familia se trasladó a Wimille, fracción de Bon Secours. Después de haber realizado su educación primaria en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en 1892 entró en el Seminario menor de Marquera, en Boulogne. Terminado el primer ciclo escolástico de retórica, pasó a Lille para completar los estudios filosóficos en el Instituto Católico. En 1900 entró en el Seminario mayor de Arras, recibiendo la primera tonsura. En 1901 pasó al Seminario de las Misiones Extranjeras de Paris, y el 7 de marzo de 1903 fue ordenado sacerdote. El 9 de abril de 1903, junto con trece nuevos misioneros, recibió el mandato misionera y fue enviado a la misión de Hue, en el Vicariato Apostólico del Cochin Nord. El 31 de mayo de 1903, el Vicario Apostólico, Mons. Caspar, le impuso el nombre vietnamita de “Thuan” y lo envió a la parroquia de Kim Long. Más tarde fue llamado como enseñante en el Seminario menor de An Ninh. En 1908, el nuevo Vicario Apostólico Mons. Allys Mons le confió la parroquia de Nuóc Man, donde permaneció hasta 1913, para pasar de nuevo al Seminario menor de An Ninh. En 1918 el Vicario Apostólico solicitó del Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide la autorización para que el padre Thuan dejase la enseñanza para dedicarse al proyecto de iniciar una forma de vida monástica. El 14 de agosto del mismo año, el padre Denis Thuan, con un solo compañero, dio inicio al monasterio que fue llamado “Nuestra Señora de Annam”. El comienzo fue duro, como los primeros Padres de Cîteaux y según el ideal

de una vida pobre semejante a la de los pobres campesinos del país, experimentaron el hambre, la escasez de bienes y el florecer providencial de nuevas vocaciones indígenas. Los arrozales bonificados a lo largo de los arroyos por los nuevos monjes proporcionaban los alimentos necesarios, si bien no eran abundantes, a menudo consumidos por los ciervos. Los candidatos llegados fueron numerosos, aunque los edificios del nuevo monasterio no eran lo más apropiado. El 2 de febrero de 1920, el padre Denis Thuan recibió el hábito e inició el noviciado. Se le confiaron las funciones de superior, maestro de novicios y ecónomo, es decir todo lo que se refería a la vida espiritual y material de la nueva comunidad. El 21 de marzo de 1923, el padre Denis Thuan y algunos hermanos hicieron su profesión temporal en presencia de Mons. Lécroat, obispo y Visitador Apostólico. La vida monástica iba adquiriendo forma, y a pesar de las dificultades, la comunidad crecía tanto espiritual como numéricamente. El 21 de marzo de 1926, el Vicario General de Hué, Mons. Chabanon, presidió la ceremonia de la profesión perpetua del padre Benoît Thuan, y de algunos hermanos entre los cuales figuraba el padre Bernard Mendiboure, misionero de las Misiones Extranjeras de París. Aún antes de la fundación de Phuoc Son, el padre Thuan había querido que la nueva fundación entrase a formar parte de la Orden de los Cistercienses Reformados (Trapenses o de la Estrecha Observancia), pero su solicitud no había sido acogida. Ante esta negativa se había dirigido a la Orden Cisterciense, conocida como de la Común Observancia, pero antes de su muerte, acaecida el 25 de julio de 1933, no pudo conocer el resultado de tal petición, que fue aceptada el año siguiente, en 1934.

26

En el monasterio de Johamisberg, cerca del lugar de Wildberg, en la diócesis de Wurtzbourg, en Alemania, la piadosa Gertrudis, abadesa, en otro tiempo condesa palatina y fundadora de dicho monasterio. En su vida brillaron extraordinariamente la caridad y la humildad. Murió en 1209 y fue inhumada en la capilla de la santísima Virgen, no lejos del altar mayor. Se le ha tributado culto y veneración.

27

En el monasterio de Aumône, el bienaventurado Christián, monje. Desde los años de su infancia fue ofrecido al Señor, retirándose años después a la soledad, abrazando la vida de ermitaño. Triunfó de rudas tentaciones por medio de ayunos, viglias y oración prolongada; mas luego, extendida la reputación creciente de la orden cisterciense, pidió ser admitido con otros compañeros en el monasterio de Aumône, de donde fue enviado al recién fundado cenobio de Landais. El abad de Císter, Reinaldo, oyó hablar de este monje extraordinario y deseó verlo. Su abad, con este motivo, le hizo venir a Aumône. Al fin, el siervo de Dios dejó este mundo en Aumône poco después del año 1145. Su vida, escrita por un contemporáneo suyo, encierra multitud de detalles interesantes para conocer las costumbres cistercienses en tiempos de san Bernardo.

En Claraval, el venerable Simón, monje, antiguo abad benedictino de Chozy. Simón, que amaba a san Bernardo con íntimo y ardiente afecto, hasta el punto de regirse en todo por su consejo, deseaba ansiosamente dejar el báculo pastoral para retirarse a Claraval; pero san Bernardo, conociendo sus méritos y el mucho bien que hacía, nunca lo consintió, a pesar de la fuerte insistencia de su venerable amigo. Le aseguró, sin embargo, que moriría en Claraval, lo cual tuvo feliz realización después de la muerte del primer abad claravelense, lográndose así el sueño de Simón. Por gracia de Dios, y casi de milagro, vivió todavía siete años, dejando a todos ejemplo de fervor personal, más admirable dada su edad avanzada y sus enfermedades.

28

Memoria de varios confesores de la fe en Francia y en Bélgica. De ellos muchos superaron los efectos de la persecución de fines del siglo XVIII y de las pruebas que tuvieron que soportar por la fe y la fidelidad a la Iglesia. Entre los cuales es preciso recordar y celebrar a a los que desde el horrible desierto de la Guayana francesa pasaron a los goces de la patria celestial:

Juan Lemaitre, monje y chantre de Melleray, y Onofre Clavier, converso de Sept-fons. Este último en compañía de su prior, Pablo Charles,

había sufrido también durante once meses el martirio de los pontones. De los sesenta y seis religiosos y eclesiásticos sometidos a espantosos tormentos, fue uno de los catorce que lograron superarlos. Apresado nuevamente por el Directorio revolucionario fue enviado a Cayenne, por haberse negado a hacer el juramento explícito que se le pedía. Logró retornar del destierro sano y salvo, bendiciendo siempre a sus perseguidores, hizo de su vida una elocuente predicación de piedad.

Algunos otros, condenados también a los pontones, pronto fueron liberados. Entre ellos Domingo Mausier, que por su dulzura y piedad se hizo querer de todos; antiguo cartujo, sufrió el tormento de los pontones durante tres meses. Al verse libre se refugió en Suiza y allí se unió a los trapenses de Val-Sainte. Más tarde acompañó a Dom Urbano Guillet a América, donde murió en el año de 1815, en Kentucky, debilitado por la gran fatiga de aquellos viajes, sin abandonar nunca las observancias de la Orden.

Otros condenados a deportación fueron detenidos en los fuertes de Île de Ré y Cleron, y recobraron la libertad en el año 1800. Merecen especial mención Pedro Rienslach, abad de Waarschot, quien después de ser liberado vivió en Bruselas, rodeado de la admiración y veneración de todos hasta la muerte, que le alcanzó ya septuagenario. Y Jerónimo Magnier, subprior de La Trapa, gracias al cual permanecieron fieles a su vocación todos los moradores de aquel venerable cenobio, según sus propias declaraciones ante los comisarios gubernamentales. Murió en París en fecha desconocida. Otros muchos, en fin, que fueron detenidos en fortalezas, cárceles, monasterios suprimidos u otras casas, pudieron retirarse, después de recobrada la libertad y vivir religiosamente.

29

En Císter, el bienaventurado Alejandro, décimo abad de dicho monasterio, antiguo canónigo de Colonia, famoso por su erudición y elocuencia. Movidó por la predicación de san Bernardo, dudaba, sin embargo, y temía seguirle a Claraval. El santo abad le hizo comer de un pescado, bendecido por él, y todas las dudas desaparecieron. Monje de Claraval, fue luego abad de Grandselve y, finalmente, de Císter. Durante su abadiato

intervino en varios acontecimientos políticos y religiosos de su época; si no logró conciliar a Enrique II de Inglaterra, con santo Tomás arzobispo de Canterbury, aunque lo pretendió, consiguió con más éxito persuadir al emperador Federico para que reconociera al legítimo papa, Alejandro III. Con San Pedro de Tarentasia hizo cuanto pudo para restablecer la armonía entre el rey de Inglaterra y su hijo. Se durmió en el Señor el año 1178, después de regir, a lo largo de nueve años, los destinos de la Orden.

En Casamari, en Italia, Benedetto (Carlo Giuseppe) Ponzio, nativo de San Maurizio di Torino. Recibió el hábito el 6 de febrero de 1747. Murió muy joven, a la edad de veinticuatro años, el 29 de julio de 1749, al poco de emitir sus votos religiosos. Joven perteneciente a una familia adinerada no se preocupó mucho por cultivar las buenas virtudes; con un grupo de amigos se desenvolvía bien en todo tipo de diversiones, hasta que abandonado por estos, sin dinero, y en un estado espiritual lamentable se dirigió a Roma, encontrando allí a un sacerdote de su pueblo natal que le ayudó a enderezar sus pasos de nuevo por el camino del bien. Aconsejado por la misma persona y devorado por una gran inquietud interior, se dirigió a la entonces famosa abadía de Casamari, que ya había acogido a muchos jóvenes desorientados con él. Pronto se dio cuenta de que en el monasterio se cultivaban con ejemplaridad y decisión las virtudes monásticas, deseando en todo momento estar entre los primeros en la humildad, la obediencia y el silencio, entregándose con responsabilidad a todo lo que se le encomendaba. Pero, desgraciadamente, también, como otros muchos por aquellos años, fue víctima de la enfermedad y de numerosos padecimientos, que siempre sobrellevó con espíritu alegre y animando a sus hermanos, hasta que la debilidad fue tan suma que hubo de recibir los sacramentos malamente postrado, aunque con la alegría en el rostro de verse rodeado y querido por todos sus hermanos. Se dice que tras su muerte acaecieron algunos hechos milagrosos... pero en el monasterio se prefiere que el bien permanezca oculto entre sus muros.

30

En Francia, el cardenal Guy de Parey, abad de Val-Notre-Dame, en Île-de-France, y que fue elegido abad de Cister en 1194. En su tiempo se

consagró la iglesia, recientemente acabada. En 1199 fue creado cardenal por Inocencio III y, al año siguiente, consagrado obispo de Prenestrina, siendo designado también legado pontificio para examinar los derechos de los dos candidatos al imperio. En esta misión trató de extirpar los abusos que se habían introducido en diversas iglesias de Alemania. Durante su estancia en Colonia estableció el uso de tocar la campanilla en el momento de la elevación de la santa Hostia y cuando el santo viático se llevase a los enfermos. Fue nombrado por el soberano Pontífice para ocupar la sede arzobispal de Reims, y en este cargo trabajó cuanto pudo por reconciliar a Felipe Augusto y Juan sin Tierra. El sucesor de san Remigio, después de dos años como arzobispo, murió en Gante en 1206. Sus despojos mortales fueron trasladados a Císter en 1215 e inhumados en la iglesia, al lado del evangelio.

31

En Villers de Bravante, el piadoso hermano Godofredo de Cortebeke, monje. Dejó la rica y próspera abadía benedictina de Afflighen para abrazar en Villers una vida más entregada al retiro y a la austeridad. Supo inculcar con suavidad en sus hermanos el celo por la regularidad y la pureza de conciencia, cualidades que él poseía sin presunción. Entregado siempre a una vida austera sin ostentación ni singularidad, estaba siempre dispuesto a dejar cualquier actividad para acudir en ayuda de quien lo necesitara.

En el monasterio de Beaupré, en Flandes, en el año 1577, la venerable María de Chatillón, monja, adornada de ricas virtudes y prendas espirituales, regalada con alta oración, especialmente en la contemplación de los misterios de la divina infancia de Jesús. Como en una ocasión la abadesa le reprochase su tardanza en los trabajos de costura que le estaban encomendados, sus compañeras se pusieron a observarla por una rendija de la puerta. Y vieron a la monja arrodillada en profunda oración ante un niño encantador. Desde entonces ya nadie le importunó ni le impidió entregarse a la contemplación.



AGOSTO

Día 1

En la diócesis de Rodez, Francia, el venerable hermano Ponce de Leras. Caballero noble y rico, ardiente y valeroso para el combate, en su mocedad cometió algunos latrocinios de cuenta; pero, tocado por la gracia, restituyó los bienes que había expoliado y, con el consentimiento de su esposa, emprendió con otros compañeros la peregrinación a Santiago de Compostela, después de haber asegurado el porvenir de sus hijos. Al regreso, los peregrinos se detuvieron en lugar yermo llamado Silvanes, donde construyeron unas cabañas como vivienda, entregados al trabajo manual como medio de subsistencia en una época de hambre desoladora, Ponce se hizo mendigo para ayudar a sus pobres compañeros; el Señor, ante la fe de aquellos siervos suyos y hermanos, multiplicó sus provisiones milagrosamente. Pronto la afluencia de nuevos compañeros pobló aquellos lugares desiertos y, con el consejo de los cartujos de un monasterio vecino, decidieron los antes ermitaños afiliarse e incorporarse a la orden cisterciense. El santo fundador no quiso tomar otro hábito que el humilde de los conversos para entregarse con más libertad al servicio del monasterio y de sus hermanos. Murió santamente en este día hacia el año 1140.

En Parc-aux-Dames, cerca de Senlis, Francia, la hermana Petronila Leclercq, conversa, de piadosa memoria. Entregada a los ejercicios de piedad desde la infancia, tuvo que sostener rudos combates, incluso contra sus mismos padres, que querían casarla a todo trance. Ya en el monasterio se distinguió por su humildad, buscando siempre los oficios más bajos, y por su caridad a favor de los enfermos y necesitados. Severa consigo misma, castigaba duramente su cuerpo. Murió en el año 1650, célebre por su piedad y entrega, no menos que por su paciencia en las contradicciones. A su recuerdo va asociado el de la hermana Luisa Ivore, conversa del mismo monasterio. Amiga en el mundo de la hermana Petronila y su imitadora en salvaguardar la virtud, entró en religión el mismo día que ella.

Con ella también tomó el hábito, hizo los votos y, por fin, no sin providencia especial de Dios, las dos murieron el mismo día.

2

En Rievaulx, el bienaventurado Guillermo, abad, hombre de virtud reconocida. En Claraval fue secretario de san Bernardo y, desempeñando este cargo, escribió, dictada por el santo, la célebre carta a Roberto -“*In medio imbre, sine imbre*”: “en medio de la lluvia sin lluvia”-. Invitado por el santo abad de Claraval a fundar un monasterio en Inglaterra, este envió algunos monjes con Guillermo al frente. El grano de mostaza creció rápidamente y se convirtió en frondoso árbol. El bienaventurado Guillermo tuvo la gloria de formar en la vida monástica a san Elredo, que años después sería abad de ese mismo monasterio. Partió para el cielo después de doce años de abadiato, el año de 1143, dejando tras de sí, entre otros méritos, la reputación de religioso muy versado en canto gregoriano.

En Hayna, Alemania, el bienaventurado Conrad de Herleshein, monje. Aconsejado por su piadosa madre pidió la admisión en el noviciado cuando contaba veinte años, la edad en que debía ser armado caballero; luego recibió las órdenes sagradas, fue un excelente sacristán y después cillerero. Ya con muchos años encima y enfermo, no pudiendo celebrar la santa misa, recibía todos los días la sagrada comunión. Gozó también de favores celestiales y extraordinarios; así, se cuenta en las crónicas del monasterio, que el Señor llegó a darle este consejo: “Yo te daré tanta bondad que te olvidarás por completo de tus trabajos y sufrimientos. Mi alegría será tu alegría; mi voluntad, tu voluntad; mi gloria, tu gloria”. De una fidelidad minuciosa en rogar a Dios por sus hermanos, vivos y difuntos, el venerable Conrad entregó su alma a Dios el 3 de agosto de 1270. Multitud de gentes atribuladas han obtenido de él alivio y consolución por su intercesión.

En 1900, el monasterio llamado Petit-Clairvaux, fundado en Nueva Escocia, Canadá, en 1825 por el P. Vicente de Paul, de santa memoria, se trasladó a Rhode Island, en los Estados Unidos, tomando el nombre de Nuestra Señora del Valle. Después de un violento incendio en 1950, la

comunidad se trasladó nuevamente al estado de Massachusetts, en Spencer, bajo el patronato de San José.

3

En Melrose, Escocia, el bienaventurado Waldev, abad. Se educó en la corte del rey David, junto con san Elredo y el príncipe heredero Enrique. Abrazó luego el estado eclesiástico, llegando a ser canónigo; pero no dudó en dejarlo para entrar en la orden cisterciense en el monasterio de Melrose, donde sufrió, durante el noviciado, fuertes tentaciones de desaliento. Dios le disponía así para que luego, siendo ya abad, supiera alentar y fortalecer a los que pasan por pruebas similares. Fue un abad según el corazón de san Benito, buscando ser más amado que temido. Castigaba con rigor a los transgresores de la observancia, pero se mostraba lleno de ternura dulce y discreta con los afligidos. Casi siempre, cuando celebraba la misa o cantaba el oficio divino, derramaba lágrimas de compunción. Dejó este mundo hacia el año 1160.

4

En España, la venerable Antonia Jacinta de Navarra y de la Cueva, abadesa de Las Huelgas, en Burgos. Hija de Felipe, duque de Navarra y niña de salud frágil e inteligencia precoz, fue confiada para su educación a las religiosas de Las Huelgas, mostrando ya desde sus primeros años un deseo de virtud lleno de entusiasmo. En su profesión religiosa pidió a Jesús, como dote de sus esponsales, que le llevase por caminos de dolor y adversidad. Se dice que durante catorce años participó, cada viernes, de los dolores de la Pasión, con las llagas sagradas y las punzadas de la corona de espinas impresas en sus miembros. Los superiores y sus hermanas la probaron de todos los modos imaginables, y no fue posible dudar de la verdad de los hechos que se narran de ella. Por otra parte, su obediencia ejemplar -ella la llamaba “sepulcro de la propia voluntad”- era un testimonio que hablaba muy alto a su favor. Fue elegida abadesa por un trienio y, con sorpresa de todas sus hermanas, siendo una gran

mística, mostró una extraordinaria aptitud para la administración de los asuntos temporales. Pero, sin duda, la prosperidad de su gobierno fue fruto de su espíritu de oración e inmolación, más bien que de sus cualidades naturales. Purificada con sufrimientos de alma y cuerpo se durmió en el Señor después de terminar su trienio como abadesa, en el año 1656.

5

En Normandía, en 1794, el cruel martirio de Dom Granderey, monje de Barbey. Vivía medio oculto, conservando el hábito monástico y ejerciendo en secreto el santo ministerio. Un domingo, unos fanáticos del lugar pusieron violentamente las manos sobre él; le atravesaron una pierna de un trabucazo, le quebraron la espalda a garrotazos y, por fin, lo ataron a una chimenea, puesto encima de un montón de paja a la que prendieron fuego. Todo lo soportó el venerable con admirable paciencia, exclamando de vez en cuando: “San Bernardo, ruega por mí”

En Irlanda, y en el año 1606, la muerte del padre Tomás Lombart, amado de Dios y de los hombres. Oriundo de Waterford, frecuentó las aulas del colegio irlandés de Salamanca. Después entró en el monasterio de Sobrado, donde hizo su profesión. Los superiores le enviaron a Irlanda, su patria, como mensajero portador de los consuelos de la religión a sus compatriotas católicos. Su vida ejemplar y sus obras llenaron de admiración a los mismos protestantes, que se convirtieron en gran número debido a su buen ejemplo como religioso. Un día del Corpus Christi, lleno de celo extraordinario, invitó a los católicos a una procesión solemne. Revestido con los ornamentos sacerdotales, recorrió así procesionalmente las principales calles de la población. Los protestantes, estupefactos, ni siquiera se atrevieron a estorbar aquella manifestación cultural, ni intentaron hacer algo al monje y a sus compañeros. En el transcurso de una epidemia se consagró al servicio de los afectados hasta el punto de contraer la enfermedad de la que murió santamente.

6

En Inglaterra, año 1535, el martirio de Jorge Lazemby, monje de Jervaux. Un ministro protestante, por orden del rey Enrique VIII, se personó en la iglesia de los monjes, anunciando que el romano Pontífice no gozaba, en cuanto a la remisión de los pecados, de mayores privilegios que los obispos de Inglaterra. Lleno de coraje, el monje le interrumpió, afirmando enérgicamente que todo católico estaba obligado a someterse a las decisiones del papa, cabeza visible de la Iglesia. Detenido más tarde, persistió en sostener con valentía la misma doctrina en varios interrogatorios que le hicieron, hasta que fue condenado a muerte.

En el monasterio de Nuestra Señora de la Consolación, de China, en el mes de agosto del año 1900, dejó este destierro el piadoso hermano Mauricio Tien, converso. Siendo todavía seglar consagraba a la oración, en un lugar solitario, todo el tiempo de descanso que le dejaban sus trabajos manuales. En el monasterio se distinguió por su dulzura, su obediencia y, sobre todo, por su inalterable paciencia en las injurias y en los sufrimientos físicos. Guardián fiel de los rebaños del monasterio por aquellas montañas, rezaba siempre un rosario de rodillas, con gran edificación de las gentes no cristianas que por allí pasaban. Después de profesar solemnemente sufrió bastante debido a una hernia intestinal. Era la época de la persecución de los bóxer; más de dos mil cristianos se refugiaron en los recintos del monasterio. El buen hermano, en esta situación, no pudo recibir todos los cuidados que su salud requería y sufrió con paciencia heroica el hambre, la sed y el tormento de la enfermedad. Solo de vez en cuando se le oía gemir. “Santa Madre mía”. No había cumplido aún los cuarenta años. Después de su muerte se pudo comprobar, sin duda alguna, el grado de heroísmo a que había llegado su resignación.

7

En Claraval, el venerable Gerardo, segundo abad de Alvastra, en Suecia. Entre los monjes que san Bernardo, a ruegos de la piadosa reina de Suecia, envió a este país para una fundación, se hallaba un joven religioso, originario de Waëstricht, que de modo particular sentía apartarse

de su padre espiritual. San Bernardo, lleno de compasión lo dijo: “Deja ya las lágrimas, Gerardo, que morirás aquí”. Confiando en las palabras de su padre, el joven religioso encontró la paz. Fue más tarde promovido a la dignidad abacial muy a su pesar, no obstante lo avanzado de su edad. Ya enfermo, pero siempre bajo la promesa de san Bernardo, se hizo colocar en una silla entre dos caballos, llegando de esta guisa, no sin un verdadero milagro, a Claraval, donde, retirado en la enfermería, murió al poco tiempo. Al saber de su muerte exclamó el rey de Suecia: “Verdaderamente la tierra de nuestro reino no era digna de ofrecer un lugar de reposo a un tal hombre”.

En el campo de concentración de Auschwitz, en Alemania, el asesinato y martirio de varios monjes y monjas trapenses. El 2 de agosto de 1942 más de 200 ciudadanos católicos de Holanda, de ascendencia judía, fueron detenidos por orden de las fuerzas alemanas de ocupación. De entre estos, unos pocos eran onjes y monjas. Tres monjes y dos monjas trapenses, miembros de una misma familia, Löb, fueron apresados en la abadía de Koningshoeven y, pasando por Tilburg y Amersfoort, fueron llevados al campo de tránsito de Westerbork. El 7 de agosto fueron conducidos a Auschwitz, donde posteriormente murieron gaseados y fueron incinerados. Los orígenes familiares de todos ellos se remontaban a la Alemania del área oeste del Rin. Entre traer y Colonia. Posteriormente se trasladaron a Holanda. La familia Löb se convirtió al catolicismo, pero no rompió completamente con sus tradiciones judías. A partir de 1908 la familia Löb crece: Lien, George, Roberto, las dos gemelas, Louise y Dorothea, luego Ernst, y Hans y, finalmente, Paula. Todos ellos son bautizados en secreto, y los niños circuncidados. La familia Löb vivió en Indonesia desde 1910 hasta 1919. Volvió a Holanda y ya, en un ambiente muy religioso y reconocido socialmente, practicaron se fe y se comprometieron en diversos movimientos religiosos. La Madre, Jenny, marcaba la pauta de la casa y de la educación de sus hijos. El padre de todos ellos, Lot, tenía relación con la abadía de Konongshoeven, y los trapenses holandeses tenían varias escuelas u colegios, donde fueron los hermanos Löb. Las chicas entraron también en contacto con la nueva fundación de las monjas Chimay, en Bélgica, promovida por el abad de Koninsoord, Dom

Simon Dubuisson. Luego, algunas monjas de Chimay fueron a fundar Berkel-Enschoot, entre ellas las hermanas Löb, Door y Weis. En 1940 la guerra llegó a los Países Bajos y en junio de 1941 el registro de todos los judíos se hizo obligatorio. La noche del 2 de agosto tres monjes y dos monjas de la familia Löb fueron sacados de los monasterios de Koninsgoord y Kiningshoeven. Todos los hermanos se encontraron y abrazaron a la puerta del monasterio. Luego fueron trasladados a diversos lugares, pasando por Tilburg y Bosch, luego llevados a Amersfoort, a Weterbork y a Auschwitz. Todos murieron entre agosto y octubre de 1942, después de pasar muchas penalidades, traslados, interrogatorios, etc. Sus nombres son los siguientes:

Hna. Eedwigis (Lien) Löb (1908-1942); ingresa en Chimay, pasa a Honingsoord, detenida en agosto de 1942 y asesinada en Auschwitz el 30 de septiembre.

P. Ignatius (George) Löb, (1909-1942); ingresa en Koningshoeven, detenido por los alemanes el 2 de agosto de 1942.

Hno. Linus (Robert) Löb, (1910-1942), ingresa en Koningshoeven, muerto en Auschwitz el 30 de septiembre.

Hna. Maria-Theresia (Door) Löb, (nacida en Sumatra (1911-1942), ingresa en Chimay, pasa a Koningsoord, muerta en Auschwitz.

P. Nivardus (Ernst) Löb (1914-1942), nacido en Sumatra, ingresa en Koningshoeven, muere en Auschwitz en agosto de 1942.

Hna. Verónica (Louise) Löb, nacida en Sumatra, (1911-1944). Muerta en Berkel-Enschoot, en agosto de 1944. También ingresa en Chimay y pasó luego a Koningsoord.

Todos ellos se distinguieron por su carácter sencillo y fuerte en sus decisiones, dando ejemplo de amor fraterno y amor a sus comunidades.

8

En el oficio divino, la conmemoración de san Famiano de Colonia. Despreciando las riquezas y heredades paternas, vistió el hábito clerical y llevó una vida de ermitaño unas veces y, otras, de peregrino. Con cin-

cuenta años en su haber vino a España, en peregrinación a Santiago y, oyendo hablar sobre la reputación de la orden cisterciense, pidió ser admitido en Osera. Más tarde su abad le autorizó para emprender de nuevo su vida de peregrino, visitando entonces Jerusalén y Roma. Pasando por Italia, fijó su residencia en una gruta, cerca de la ciudad de Gallese. Antes de morir advirtió a las gentes de los alrededores que velasen y guardasen su cuerpo cuando dejase este mundo, pues Dios había de manifestar grandes cosas por medio de sus mortales despojos. En efecto, los numerosos prodigios que sucedieron a su muerte, acaecida hacia el año 1150, lo hicieron muy pronto célebre –de ahí el nombre de Famiano (que significa hombre célebre, famoso) ya que en realidad él se llamaba Wardon-. El Papa Adriano IV aprobó el culto local que se le tributaba. Hoy todavía sus restos se conservan incorruptos y su persona se mantiene en el recuerdo y veneración de los fieles de Gallese. En 1989 el abad de Oseira, Dom Plácido, junto con el entonces Consejero del abadgeneral, P. Francisco Rafael Pascual, visitaron este pueblo italiano y mantuvieron un agradable y vivo encuentro con los fieles y autoridades de esta localidad italiana, quienes, a su vez, visitan con cierta frecuencia el monasterio de Oseira.

En Oelenberg, Alemania, el año 1848 dejó este mundo para pasar al cielo el P. Pedro de Alcántara Vendercher, sacerdote. Su piedad fue admirable; aun en los más crudos inviernos pasaba grandes intervalos de tiempo al pie del sagrario. Su mortificación fue extrema.

9

En la Trapa, en el año 1674, la santa muerte del monje Benôit Deschamps. Como otros monjes de su tiempo, y de su monasterio, supo santificarse en la enfermedad y en la enfermería. Durante cuatro años sufrió dulcemente las violentas convulsiones de sus destrozados pulmones y, ni siquiera en la cuaresma del último año de su vida, consintió en reducir en nada la dura observancia monástica. No hablaba más que de las santas Escrituras y de la gloria del cielo. En sus postreros días pudo recibir varias veces la sagrada Eucaristía; entre los goces de alegría que esto le proporcionaba entregó su alma a Dios en la festividad de san Bernardo.

En el monasterio de Lichtenthal, Baviera, el año 1814, nació para el cielo la hermana Estefanía Lamer, joven y santa religiosa. Ansiosa de perfección espiritual, entregó su cuerpo a rudas mortificaciones y, fiel discípula de san Benito, buscó con avidez las humillaciones y las incomodidades. Vivía como sumergida en el amor a Dios y a las hermanas. Varios años después de su muerte su cuerpo se encontró incorrupto; su recuerdo perdura envuelto en bendición.

10

En Toledo, en el año 1490, la bienaventurada Beatriz de Silva. Venida de Portugal a España como dama de honor de su pariente la princesa Isabel, prometida del rey de Castilla Don Juan II; por un motivo desconocido cayó en desgracia, posiblemente por celos de la reina, y fue encerrada en una especie de arca. Pero una amiga la liberó y se atribuyó el hecho a una intervención divina. Beatriz huyó de la corte y se refugió en las monjas cistercienses de Santo Domingo de Silos, llamado El Antiguo, en Toledo, donde, vestido el hábito de viuda, se sometió en todo a la abadesa. Vivió así muchos años, en soledad, oración y ejercicios de buenas obras. Tenía ya sesenta años de edad cuando, con la ayuda de algunos frailes menores, resolvió fundar una nueva orden, especialmente consagrada a la Inmaculada Concepción. El papa Inocencia VIII, para su aprobación, puso como requisito que se escogiese una de las reglas aprobadas ya por la Iglesia, como era habitual. Beatriz escogió la regla del Císter, con un hábito y nuevas costumbres particulares. Comenzó así su noviciado regular; pero antes de concluirlo cayó presa de unas fiebres mortales. A pesar de todo, antes de ir al encuentro del Esposo celestial, con gran consuelo pudo pronunciar los votos religiosos. En 1829, el Sumo pontífice Pío IX aprobó y confirmó el culto secular que se le venía tributando.

En Port-du-Salut, el año de gracia 1836, dejó este mundo el monje P. Frédéric Naillard. Cillerero del monasterio, en su oficio se adaptó y conformó escrupulosamente a las normas que para tal cargo da nuestro san Benito. Su rasgo más sobresaliente fue la gran liberalidad con que

socorría a los pobres; cuando murió, víctima de una grave enfermedad, en la madurez de sus cuarenta y tres años, la comarca entera se conmovió. En sus funerales fue imposible contener la afluencia de fieles que invadió el monasterio llorando. Así se cumplió en verdad la sentencia de la Escritura: “Et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum” – “Toda la Iglesia recordará sus limosnas”-.

11

Fiesta de la Santa Corona de espinas. El emperador latino de Constantinopla hizo cesión de esta preciosa reliquia al rey San Luis, que la trasladó solemnemente a París. A requerimiento del santo rey, el Capítulo general de 1240 instituyó para todos los monasterios del reino francés una fiesta que conmemorase este acontecimiento y que, más tarde, en 1292, fue extendida a toda la Orden.

En Livonia, el martirio del prior Alberón y otros monjes del monasterio de Mont Saint Nicolas, o Dünamünde. El cenobio había sido fortificado para protegerlo contra las incursiones de los saqueadores circundantes. No obstante, en la fiesta de san Bernardo del año 1228, aquellos invadieron la abadía y mataron cruelmente a los monjes. Todavía hoy se conmemora el dolor de tanta sangre vertida; el monasterio fue repoblado con nuevos monjes, que hacia 1310 y vistas de las dificultades siempre crecientes, hubieron de retirarse a Pedia Kloster. De poco les valió, porque, en la noche del 22 de abril de 1343, nuevamente sus veintiocho monjes fueron torturados y asesinados por gentes enfurecidas.

En el monasterio de Schöenthal, Wurtemberg, el año 1627, el venerable prior Wilderico Sprengler. Siete semanas antes de la fiesta de san Bernardo se sintió mal, reunió a los hermanos y novicios –era su padre maestro– y les dijo: –“Mis queridos hijos, no os pongáis tristes, no moriré antes de la festividad de nuestro santo padre, pero para ese día estad atentos”. El 19 de agosto recibió la extremaunción, dio sus últimos avisos y bendijo a sus hijos. Se le oía repetir a menudo: “Me voy a los goces eternos”. Y el 20 de agosto, justamente a la hora de tercia, como en otro tiempo san Bernardo, se durmió en la paz del señor.

12

En Toscana, en el año 1709, la muerte de Malaquias Garneyrin, abad de Buon Solazzo. A pesar de la violenta oposición de sus superiores de la orden de San Antonio, decidió pasarse a La Trapa, donde se vio probado con graves enfermedades. Cuando su salud quedó restablecida, el abad Rancé le nombró capellán de las monjas de Clairets. Rehusó el abadiato de Tamié; pero no pudo menos de aceptar, obligado, el de Buon Solazzo. Amó a sus hijos con una caridad paternal, en consonancia plena y práctica con la letra del precepto de san Benito: “Preocúpese el abad más de ser provechoso que presidir”. A cualquier hora estaba siempre a disposición de todos. Una gran modestia reflejada la pureza de su alma, que no apartaba fácilmente de la presencia de Dios. Pese a los escasos recursos materiales de su monasterio nunca quiso importunar a los bienhechores, con el fin de no verse privado del mérito del voto y de la virtud de la pobreza. Murió santamente a los cuatro años de mandato a causa de un accidente que le sobrevino en el laboreo de los campos.

En China, el año 1893, el P. Ephren Scignol, fundador del monasterio de nuestra señora de la Consolación. Seducido por la lectura de la vida del padre Ephren, monje de Aiguabelle, entró en religión dispuesto a seguir sus pasos; nombrado más tarde prior de Tamié, fue expulsado del monasterio por las leyes persecutorias de 1880; entonces se le designó para fundar una casa de la orden en China. Lo consiguió, a precio de dificultades sin número; pero cuando su obra comenzaba a prosperar, sin consideración alguna, fue destituido de su cargo. Soportó esta humillación con suma paciencia, se hizo olvidar metido en la vida común y se sometió con la más grande humildad a un antiguo súbdito suyo, mucho más joven que él y a quien se le había nombrado prior. A su muerte, tanto los de fuera como los de dentro del monasterio, lo consideraron como un verdadero santo y guardaron sus pertenencias como reliquias.

En 1269 la traslación solemne de los monjes, conversos y novicios, que en Claraval, había militado bajo el cayado dulce y amado de san Bernardo. Sus restos fueron depositados con toda honra bajo el altar de la capilla de los condes de Flandes.

13

En Southern Star (Estrella Meridiana), en la Nueva Bretaña de nuestros días, en Oceanía, en el vicariato apostólico de Rabawl, año 1904, el martirio del hermano Luis Gonzaga Bley, converso de Mariastern, en Bosnia. Natural de Westfalia, religioso muy observante, amable y siempre animado de un gran espíritu de sacrificio, fue enviado a Oceanía para preparar el camino de una fundación. A este objeto se puso al servicio de los misioneros de aquellas tierras; estaba ocupado en la construcción de una nueva iglesia en la misión de San Pablo, cuando los nativos se lanzaron sobre los misioneros, matando a dos sacerdotes y a dos hermanos de la congregación del Sagrado Corazón y a dos religiosos de Hiltrup. Al hermano Luis Gonzaga le abrieron la cabeza de un hachazo y le atravesaron el pecho con una lanza. Su compañero, ausente ese día, se vio privado de la gloria del martirio. La causa de canonización de todos ellos está introducida en la Curia romana. No pocas, pues, fueron las dificultades que esta comunidad hubo de sufrir para poder implantarse en aquellas tierras, como en tantos otros casos sucedió a lo largo de los siglos en diversas naciones, circunstancias que hoy podemos recordar con admiración.

14

En el monasterio de Oliva, en Prusia, el abad Adam Trebnite, de santa memoria. Era canónigo de Vladislav arcediano y canciller del obispo, cuando los monjes de Oliva, inquietos por la sucesión de su abad enfermo, se dirigieron al rey de Polonia, que por entonces, al margen de los sagrados cánones, nombraba y proveía los cargos eclesiásticos. Los monjes pidieron a Adam por abad, con la condición de que fuera durante dos años a hacer un noviciado regular en Claraval, bajo la dirección de Dionisio Lergentier. La condición fue aceptada por el rey y por el mismo abad postulado. Al concluir su noviciado, Adam recibió la bendición abacial y, a partir del siguiente año, fue nombrado también Vicario general de la Orden para Pomerania y Polonia. Se distinguió de modo especial por su celo en sostener los derechos de la Orden, la severidad con que se trataba así mismo y la liberalidad para con los pobres. Murió catorce

años más tarde, en 1630, con gran reputación de santidad. La causa de beatificación quedó introducida en la Curia romana, pero el proceso está detenido por falta de recursos. En varias ocasiones 1667, 1684 y 1910, su cuerpo se halló incorrupto. Numerosas gracias se han obtenido por su intercesión, favores que han sido oficialmente consignados.

En Irlanda, a fines del siglo XVI, el martirio de cuarenta monjes del monasterio de Nenay, sacrificados en odio a la fe; les cortaron la cabeza delante el santísimo Sacramento. La tradición recuerda que el cillerero, ausente en los momentos de la matanza, luego de tornar al monasterio, se hallaba todo afligido porque un día como aquél no hubiese nadie para cantar el triunfo de la Reina de los cielos. Y entrando en la iglesia vio las sillas del coro ocupadas por los monjes, cada uno en su lugar, con una corona en la cabeza, una palma en las manos y un hilo rojo al cuello, señalando el corte del duro hierro. Entonaron el *Deus in adiutorium* y continuaron todo el oficio, con la perfección que solo se podía esperarse de tales celestiales cantores.

Este mismo día del año 1794 murió en la cárcel la hermana Marie Pélagie de la Coste, monja de Sainte Cécile de Grenoble.

15

Martirio de Dom Gervasio Protasio Brunel, prior de La Trapa y superior a la muerte del abad. Después de la expulsión de los religiosos se retiró a Magnières, su país natal; luego intentó pasar a Suiza, en compañía de Dom Antonio Miguel José Dujonquoi, antiguo maestro de conversos del mismo cenobio. Los dos fueron detenidos en el camino y, ante su negativa a prestar el juramento revolucionario, fueron conducidos a Rochefort en enero de 1794, donde hubieron de soportar toda suerte de malos tratos, hasta que los embarcaron en un navío. El primero en sucumbir, a fuerza de golpes e injurias sin cuento, fue el superior, el día de la fiesta de san Bernardo. Dom Antonio murió al día siguiente. Una misma tumba recogió y guardó sus despojos. A su memoria está unido también el hermano Eloy Richy, converso del mismo monasterio, que murió el 30 de agosto, víctima de los malos tratos de aquellos esbirros. Fue realmente

gloriosa la muerte de todos estos hermanos, que no dudaron en testimoniar su fe y su vocación ante peligros tan graves y serios.

En Claraval, en tiempo de san Bernardo, la memoria de un converso sencillo y humilde, que la posterioridad ha llamado Desiderio. Estando por obediencia guardando los ganados de una granja del monasterio el día de la Asunción, se levantó al eco de la campana que tocaba a maitines y, vuelto hacia el monasterio, inflamado en deseos de unirse a la oración de sus hermanos, se puso a rezar las avemarías. Prolongó su rezo durante toda la noche y parte de la alborada. San Bernardo tuvo revelación del hecho y, hablando en capítulo a sus monjes, les aseguró que la oración de aquel sencillo hermano había sido más agradable a nuestra Señora que todas sus sublimes contemplaciones.

16

En Nuara, Sicilia, el bienaventurado Hugo, abad. Muerto un 17 de noviembre del siglo XII. Fue honrado como santo y patrón del lugar, sobre todo durante la octava de la Asunción.

En España el monje de Nogales, Atanasio de Villagómez, cuya vida se deslizó en la contemplación, espíritu de pureza y mortificación corporal. Muchos años después de su muerte sus restos eran venerados por los monjes y por numerosos fieles.

En Fontgonbault, y en 1878, la santa muerte de Dositeo Pellán, abad. Entró en Melleray a los 45 años siendo sacerdote. Siete años más tarde era abad de Fontgombault. Fue un superior a la vez firme y prudente. Su delicada piedad transcendía y bañaba todo su porte exterior. Nadie sabía cómo él reprender con dulzura, corregir con tono tan paternal, estimular las almas y, con una palabra, ganarse a las personas y hacer así amistad con ellas y transformarlas en amigas de Dios. Esta suavidad de su palabra y de su dirección eran fruto de la divina gracia y de sus esfuerzos personales más que de su temperamento. Los habitantes de aquellos contornos, a pesar de su poca religiosidad, le tenían en tan alta estima que no dudaban en arrodillarse a su paso solicitando su bendición. Su muerte,

después de diecinueve años de servicio fue un duelo general. Hoy día aún se le sigue recordando como santo.

17

En la antigua diócesis de Constance, año 1270, el bienaventurado Hugo, monje de Fennenbach. Su juventud fue un poco ligera, pero cayó enfermo y tuvo miedo. Se hizo llevar al monasterio y pidió el santo hábito. Contra toda previsión humana recobró la salud y, desde entonces, se propuso, con espíritu de penitencia, recitar todos los días el salterio, además de las horas canónicas y las oraciones de regla, práctica que observó hasta el día postrero de su existencia terrena. Fue cillerero, mostrando para con los pobres un verdadero corazón de padre, largueza que el Señor lo recompensó. El día de san Bernardo del año 1270, siendo ya octogenario, tardó más que de costumbre en la celebración de la santa misa; acabada esta con gran fervor visible, hizo señas a los que le rodeaban de que su fin era inminente. Se le administró la extremaunción y, poco después de encomendarse a la santísima Trinidad, a la que honraba con especial devoción, exhaló su alma en la paz más gozosa.

En España, en el siglo XVI, el venerable Lorenzo de Zamora, abad de Huerta, célebre por su ciencia y elocuencia. Imposibilitado por la enfermedad, pero ardiente en su celo por las almas, se hacía llevar al púlpito para hablar al pueblo, que siempre acogía con veneración su palabra. Parecía entonces recobrar el uso de todos sus miembros; pero, terminado el sermón, era de nuevo un pobre enfermo desvalido. Se le tenía y honraba como un verdadero maestro de la vida espiritual; fue célebre, además, por su magisterio escrito y sus obras teológicas cargadas de simbolismo bíblico, en lo que era un gran experto. Fue uno de tantos monjes sabios y santos que produjo la Congregación de Castilla.

18

En tierras suecas, el año 1185, partió para el cielo el bienaventurado Esteban, primer arzobispo de Upsala. Natural de la isla de Ostergotland,

entró en el monasterio de Alvastra; pero las llamadas del rey y del papa, le arrancaron bien pronto de las dulzuras de la contemplación para encomendarle una vida de acción apostólica. Promovido a la dignidad episcopal, prodigó su celo y su amor de padre en favor de cada una de sus ovejas. Predicador infatigable del orden, la concordia y la justicia, movió al rey, que le tenía en gran veneración, a fundar monasterios y multiplicar las instituciones piadosas. Recibió del papa Alejandro III el cargo de Legado pontificio y su sede pastoral fue erigida arzobispado, prestando a su país inmensos servicios. Hizo, con su autoridad, inscribir en el catálogo de los santos a varios personajes de su patria. Recibió sepultura en su antiguo monasterio de Alvastra.

En Roma, en el año 1904, la muerte de Dom Sebastián Wyart, uno de los principales instrumentos de la divina Providencia para realizar la unión de las tres congregaciones de trapenses. Fue el primer abad general de los Cistercienses de la Estrecha Observancia.

19

Beato Guerrico, abad de Igny. Siendo maestrescuela de Tournai, el verbo ardiente de san Bernardo lo ganó, ingresando en Claraval para llevar una vida muy santa. Alimentado con la doctrina de san Bernardo, se mostró digno hijo de tal padre, hasta el punto de ser tenido y llamado “el hijo de predilección de san Bernardo”. Al cabo de diecisiete años Guerrico fue escogido por el santo como abad de Igny. Aceptó la carga con humildad y se aplicó, ya desde el primer momento, más a servir que a presidir. La debilidad de su salud le impedía mostrarse como ejemplo de trabajo manual, lo cual suplía él con creces haciendo para sus hermanos unos sermones capitulares llenos de riqueza espiritual, esmaltados de humildad y caridad. Está demostrado que san Luis María Grignon de Montfort se inspiró en el bienaventurado Guerrico para su exposición sobre la doctrina de la maternidad espiritual de María. Estando en el lecho de muerte mandó quemar algunos de sus escritos; pero cuenta la tradición que el monje encargado solo cumplió parcialmente su cometido, engañando al santo papeles sin importancia y reservando a la posteridad los tesoros de que hoy

disfrutamos. Este santo abad murió en 1157. León XIII confirmó en 1889 el culto secular que se le venía tributando.

En el mismo día del año 1265, la muerte del venerable Goberto d'Asprement, monje de Villers, en Bravante. Lorenés de origen, vástago de una familia de la alta nobleza, padre de dieciséis hijos, era un caballero de honrosa presencia, de palabra enérgica, duro con los soberbios, pero muy suave y dulce con los pequeños y desvalidos. Bajo la acción de la gracia probó hasta sus raíces la futilidad de la gloria humana, cesando para siempre de perseguir sus intereses privados a fin de no abrazar más que los intereses de Dios. Tomó parte en la Cruzada y, durante el viaje a Tierra Santa, demostró de modo particular su devoción sentida a María. Al regresar entró en Villers. Objeto continuo de su meditación eran las palabras de san Agustín: “Bajo una cabeza coronada de espinas no conviene mostrar unos miembros delicados”; y esto lo espoleaba a domar su cuerpo sin compasión, dejando las delicadezas para el trato con los indigentes. En el transcurso de un viaje, emprendido por motivos de caridad, cayó del caballo y, gravemente herido en la cabeza, falleció santamente poco después. Entre los bienaventurados de Villers, ninguno, si se exceptúa Arnulfo, gozó de culto más alto que el venerable Goberto.

20

Festividad de san Bernardo, doctor de la Iglesia. Nacido en el castillo paterno de Fontaines, en Borgoña, Bernardo fue un niño sencillo y reservado, piadoso, tranquilo, muy propenso a la reflexión. Un día de Navidad, muy chico todavía, recibió de Jesús su primera gracia de contemplación. Al cobijo del cielo, su adolescencia escapó a todas las tentaciones propias de la edad. Entonces, cuando soñaba ya con huir del mundo, se presentó ante su espíritu el humilde y pobre monasterio de Císter, donde podría, pensaba él, vivir ignorado de los hombres -como un cacharro desechado: *-tamquam vas perditum-*. Sus hermanos hicieron todo lo posible para hacerle desistir de su propósito; a pesar de todo, fue él, Bernardo, quien terminó por llevárselos, como a otros muchos, en pos de sí. Siendo novicio, meditaba sin cesar la frase: “Bernardo, Bernardo,

¿a qué has venido?” De salud no muy robusta, pero fuerte de alma, trabajaba sin descanso, sin perdonarse nada, para dominar los sentidos, que son instrumentos que requieren un buen manejo. Desde que descubrió y tuvo experiencia, cada vez más dulce e intensa, del amor místico, no se permitió sino lo indispensable para la vida común. Absorto en Dios hasta algunas sensaciones físicas se escapaban a su conciencia. Por efecto de la gracia y de una naturaleza dócil, y por un ejercicio espiritual intenso, su obediencia y su espíritu de superación, no descansaba él en sus combates para dominar su cuerpo con vigiliass y ayunos, de los que jamás se dispensaba. Así fueron los principios de su vida monástica. Ávido de vida común rehusaba cuantos alivios se le ofrecían, buenos, pensaba él, para los veteranos, pero no para quien buscaba con ardor novicio la práctica íntegra de la Regla. Las fuerzas lo traicionaban en el trabajo, más él se refugiaba en labores más llevaderas, compensando la fatiga con la humildad; por virtud del cielo, podía darse todo a Dios sin menoscabo alguno para entregarse también a lo que se le confiaba. Durante los intervalos entre el oficio divino y el trabajo manual leía, oraba y meditaba sin descanso. La sagrada Escritura era su lectura preferida, tratando de acomodar los dones y luces personales a la sabiduría de los santos Padres, a quienes recurría con ansia y humildad. A este monje joven, frágil, ajeno a los asuntos temporales, fue a quien san Esteban, en 1115, puso a la cabeza de los hermanos destinados a la fundación de Claraval. Dedicado a una contemplación sublime, de la que tanto había gozado en el silencio y en la soledad de Císter, ahora, al bajar de aquellas alturas, pedía demasiado a la fragilidad humana y los hijos se asustaron. Pero la humildad de los discípulos se hizo maestra del maestro, quien, sin menguar en nada su firmeza y sus exigencias, supo hacerse así el más comprensivo de los padres espirituales. Su modo de andar, su aspecto, siempre modesto y disciplinado, su humildad exquisita, su piedad, la gracia que le era imposible esconder, inspiraban respeto y veneración; su sola presencia alegraba y edificaba. Su corazón estaba colmado de los sentimientos más tiernos, cultivaba con esmero las santas amistades y a los hijos que enviaba lejos jamás los abandonaba; hacía suyas todas las penas que encontraba al paso. Verdaderamente, “la gracia se había derramado en sus labios”; y su palabra era como llama ardiente, “ignitum eloquium ejus ve-

hementer”. Dotado de dones excepcionales de corazón y de espíritu, encantaba y seducía. A la sombra de su magisterio y de su ejemplo Claraval llegó a ser muy pronto escuela de vida espiritual, un “auditorio” del Espíritu Santo. Los postulantes afluyeron, las filiaciones de aquel valle de luz se multiplicaron y el renombre del santo abad se difundió por doquier. Llamado, reclamado de todas partes por los príncipes, los obispos, el papa, refuta las herejías, defiende los derechos de la Iglesia y la legitimidad del soberano Pontífice. Predicó la primera Cruzada; pero, “quimera de su siglo”, “pobre pájaro fuera de su nido” –como él mismo decía–, en cuanto puede torna a su querido monasterio. Esta acción apostólica excepcional fue uno de los medios utilizados por Dios para realizar plenamente la misión de Bernardo: desarrollar y conducir a su perfección la milicia espiritual inspirada por el mismo Dios, lanza las redes y la pesca es abundante. Consagró todo el tiempo que pudo a la formación espiritual de sus monjes, dejando su doctrina prendida en numerosos sermones, tratados y cartas. En sus labios, en su pluma, el pecado, la gracia, la Encarnación, la Redención, Cristo, María, la vida monástica, la Regla benedictina, todo se armoniza en una grandiosa síntesis: la trágica historia del hombre, noble criatura de Dios desfigurada por el pecado, y restaurada en su belleza por la sabiduría Encarnada. El taller ideal era Claraval; los cánones del arte espiritual se hallaban resumidos en la Regla. Más que sus milagros, fue su doctrina la que le obtuvo tan numerosos, fervientes e ilustres discípulos. Siempre entregado a la oración, purificado por una postrera enfermedad, después de haberse gastado generosamente en el camino arduo y estrecho que traza la Regla, su cuerpo no resistió más, y voló en un instante a la exultante eternidad de la contemplación divina. Era el 20 de agosto de 1153, tenía 63 años, y más de setecientos monjes quedaron llorando en Claraval y sus abadías filiales. Apóstol enviado por Dios a la orden cisterciense, su siembra abarcó y se multiplicó por toda la tierra. Insigne contemplativo, engendró con su contemplación una multitud de contemplativos. Tenido por sus hijos, durante su vida, como oráculo del Espíritu Santo, san Bernardo es el doctor de la orden cisterciense. Dio fruto contemplativo en su tiempo y continúa dándolo sin cesar, su ejemplo palpita y vive entre nosotros, poseemos sus enseñanzas, su intercesión en el ciclo no nos puede faltar.

En el monasterio de La Oliva, en Carcastillo, Navarra, el hermano Zacarías Santamaría Aramendía. Nació en Oteiza de la Solana, villa del antiguo Reino de Navarra, España, el día 10 de julio de 1907. Ingresó en el monasterio de La Oliva el año 1928 y profesó en 1931. Fue hermano converso, y desde los comienzos de su vidamonástico se entregó con todo entusiasmo y fervor a cuanto la obediencia le encomendaba. Era una persona muy recogida, piadosa y trabajadora. No por eso dejaba de ser un buen conversador. Cuando entraba en contacto con una persona enseguida le espetaba espontáneamente: –“¿Conoces a Jesús?” Miraba fijamente a los ojos del interlocutor y de un solo vistazo penetraba hasta el alma y adivinaba su respuesta sin palabras, iniciándose así la conversación espiritual. Jesús era el gran amor de su vida. Su día más feliz era el domingo, día en que se consagraba a la lectura y a la oración. Siempre manifestó su deseo de morir el día de san Bernardo y, efectivamente, murió el 20 de agosto de 1986. Su funeral, el día siguiente, fue un homenaje de toda la comarca vecina al monasterio, que conocía muy bien las virtudes de este santo hermano. Se cuenta, y de ello es testigo toda la comunidad y los asistentes, que durante los funerales del hermano Zacarías un gorrión revoloteaba por la bóveda de la iglesia, de repente vino a posarse en el féretro del hermano, y de ahí pasó al pecho del P. abad, Dom Mariano Crespo, que tomó al pajarillo y se lo entregó al Hno. Vicente, que lo tomó y lo guardó en su bolsillo. El abad interpretó el hecho como el permiso que el Hno. Zacarías pidió a su abad, como era su costumbre en todo lo que hacía, para subir al cielo y gozar de la dicha que le correspondía por su vida de entrega, de obediencia y de humildad, que practicó siempre con la mayor naturalidad y agradecido siempre al don de haber recibido la vocación religiosa.

21

En el monasterio de San Salvador de Anwyers, Bélgica, en 1450, el piadoso Pedro, fundador. Había adquirido grandes riquezas en Siria, pero, con el consentimiento de su mujer e hijos distribuyó toda su fortuna en limosnas y obras pías, para remediar a los menesterosos y necesitados, de suerte que mereció el sobrenombre de “padre de los pobres”, que todos le daban. El emperador Segismundo le hizo caballero de la Orden del Toisón

de Oro en testimonio de gratitud por su caridad. Quiso, no obstante, dejar un monumento más duradero todavía de su piedad e hizo venir a su casa a los cistercienses de Síbculo, a quienes tenía en gran veneración. Gran devoción tuvo también a san Bernardo, dado que había nacido el mismo día de su fiesta. En 20 de agosto también contrajo matrimonio, puso los fundamentos del nuevo monasterio y, por fin, se durmió en suave placidez entre los monjes cistercienses con los cuales había vivido santamente. Exactamente un 20 de agosto del siglo siguiente, el monasterio fue destruido por los calvinistas y después recuperado de nuevo por los cistercienses.

En Bélgica también, concretamente en Bainaut, y en 1438, la M. María de Senzelles, abadesa de Soleilmont. Como la mujer fuerte de la Escritura, con gran energía emprendió grandes obras y con tenaz trabajo consiguió establecer la reforma en su monasterio y en varios otros.

22

En Claraual, los bienaventurados Gerardo, abad de Longpont, Hugo de Mont-Felix, Pedro de Chalons y otros discípulos de san Bernardo. El primero fue un fiel imitador, en palabras y hechos de su santo Padre. Otro de ellos, antiguo canónigo regular, tuvo la dicha de que durante el noviciado se le apareciese varias veces el santo abad claravelense.

En La Cambre, cerca de Bruselas, en el siglo XIII el venerable Godofredo, llamado “El Capellán”, hombre de gran virtud y profunda piedad. Durante catorce años sufrió pacientemente crueles malestares de estómago y los dolores de una hernia. Sus enfermedades no le impedían, sin embargo, consagrarse al ministerio de la predicación y salvación de sus prójimos. Una noche, cuentan las crónicas, se pobló el aire de cantos angélicos. A la mañana siguiente el santo hombre de Dios fue hallado en su celda dormido dulcemente en el Señor.

En Italia, nacido en Corio (diócesis de Albano) Stefano (Francesco) Casareggio. De jovenejercía la profesión de Sastre. En 1710 entró como converso en el monasterio de Bounsollazzo; dadas sus virtudes y fortaleza de carácter fue enviado, tras su profesión solemne fue enviado a Casamari

para fortalecer la reforma de aquella casa, aunque poco después fue enviado a Santo Domenico, para servir de guardián, junto al sacerdote Silvano Ceraschi, de aquel santuario. Llevó mal la ausencia de Casamari, cayendo enfermo a los cuatro años de su estancia allí. Los monjes de Casamari, al visitar el santuario el día de la dedicación de la iglesia, como era habitual, se lo encontraron en un estado lamentable, de modo que lo administraron la unción de los enfermos. Al día siguiente, a la hora de vísperas, falleció confortado por el Señor y satisfecho de haber cumplido su obediencia. A su funeral asistió una enorme multitud de personas de toda clase social, dado el aprecio que lo tenían y su fama de santidad. Los duques de Sora se opusieron al traslado de sus restos a Casamari, e incluso mandaron sepultarlo en la cripta delante del altar de Santo Domenico.

En Casamari, en Italia, Stefano (Giuseppe Bernardo) del Toro, originario de Sevilla (España). Recibió el hábito de coro a los 26 años, el 31 de julio de 1750. El 1 de abril de 1751 pasó a oblato converso, luego recibió el hábito de converso y emitió sus votos el 16 de julio de 1753. Se le podía aplicar el dicho “bene omnia fecit”. En un principio había dedicado sus años jóvenes a visitar y recorrer diversos santuarios y a vivir de limosna, aunque con toda honradez y piedad. En Tívoli se encontró con el abadobispo Dom Plácido Pezzancheri, que le oriento hacia Casamari. Acogido por el abad Isidoro Balladani comenzó su vida en este monasterio lleno de esperanzas, y el mismo abad se propuso hacer de él un monje cabal; pero pronto comenzaron las dolencias de “mal de pecho”, que era como se conocía la tuberculosis entonces, y el buen hermano no pudo seguir los rigores de la vida monástica, aunque en todo desempeñó con fervor los trabajos encomendados, especialmente el de la portería; siempre dio un admirable ejemplo e entereza y caridad. Para poder hacer la profesión solemne hasta tuvo que ser llevado a la iglesia en una silla, y así poderse ver rodeado del aprecio de sus hermanos.

23

En la provincia de Narbonne, Francia, el bienaventurado Juan de San Basilio Marión. Entró en la congregación de los Fulienses cuando

estaba esta en su primer fervor. Sediento de penitencia, sobrecargó con observancias durísimas y añadidas una vida que ya de por sí era ruda y austera en demasía. En tres o cuatro ocasiones rechazó varios obispados; pero, a pesar de todo, no pudo rechazar el ser superior de una nueva fundación. Estando ya sus fuerzas muy menguadas, se debilitaron todavía más, de modo que no pudo mantenerse en su cargo por mucho tiempo. Exhausto por las austeridades de sus diez últimos años, murió el 25 de agosto de 1593.

En La Trapa, el 12 de este mes de 1818, partió dichosamente para el cielo Carlos María Ramel, monje. Después de dos intentos infructuosos en Val-Sainte, entró en La Trapa tras la restauración de este cenobio, dispuesto a vivir por tercera vez aquella vida de austeridad. Se hizo señalar por su extremada penitencia y su humildad, a la par que por el cuidado exquisito que ponía en preparar y cantar con toda piedad el oficio divino. Devotísimo de la santísima Virgen, pasaba en la iglesia casi todo el tiempo libre. Su rostro resplandecía a causa de la alegría íntima que inundaba su alma, e invitaba a la práctica de la virtud. Adornado con el sacerdocio, subía al altar con verdadero temor, abrumado por tanta dignidad. Cayó gravemente enfermo y ni la más leve sombra de impaciencia se notó en él en todo el tiempo de la enfermedad, sino que, clavados con frecuencia los ojos en un crucifijo, no cesaba de dar gracias por aquel favor de la divina Providencia.

En Daindt, Alemania, la santa virgen Tucecka, primera abadesa de este monasterio, que murió el 24 de agosto de 1232, después de una dilatada vida de austeridades y fervor.

24

En el monasterio de Nuestra Señora de Nazareth, cerca de Lierre, Bélgica, el año 1250, la muerte del bienaventurado Bartolomé de Tillement, padre de la venerable Beatriz de Nazareth y fundador de tres monasterios cistercienses. Muy celoso de la solemnidad del culto divino, austero consigo mismo, se mostró lleno de liberalidad por remediar los males del prójimo; modesto y sobrio en todas las circunstancias de su

vida. Fueron muchos los pecadores que, con la gracia de Dios, tornaron al camino recto de la vida cristiana. El día, a imitación de Marta, lo pasaba ocupado en obras de caridad; la noche, como María, a los pies del divino maestro, que lo colmaba de favores y le comunicaba sus admirables secretos. Noventa y siete años tenía ya y, agonizando en los brazos de sus afligidas hijas, las consoló diciéndoles que estaba seguro de su salvación eterna.

En París, el año 1637, la muerte del P. Esteban Naugier, monje de Aumône, luego abad de La Charmoye. Testigo del relajamiento de la disciplina en su querida orden cisterciense, fue uno de los primeros en Francia que volvió a poner en práctica los usos primitivos de la Orden. Ante su esfuerzo no encontró mas que palabras de desaliento y hasta de hostilidad. Pese a todo, al ser elegido abad de La Charmoye, logró, con su programa disciplinar, levantar en lo temporal y en la espiritual la abadía. Su acción reformadora se extendió bien pronto a toda la Orden; procuro extender la reforma a otras abadías y, sobre todo, persuadió a los monjes, en particular, a llevar una vida más austera. Él mismo predicaba con el ejemplo, sufriendo ante las afrentas y recriminaciones con toda paz. Distribuía a manos llenas limosnas y se deshacía en amabilidad para con los huéspedes. Era por entero un hombre de oración. Abatido por sus trabajos y austeridades más que por los años, murió siendo Vicario general y superior de las casas de la Estrecha Observancia, en su residencia del colegio de San Bernardo de París. Fue enterrado en la iglesia ante la grada del presbiterio.

25

En Francia, y en 1794, el martirio del P. Paul Jean Charles, prior de Sept-Fons. En una época en que ya se podía prever la próxima supresión de las casas religiosas, hubo de asumir, en calidad de prior, el gobierno del monasterio en ausencia del abad. Si tal vez se mostró demasiado complaciente con las imposiciones de los revolucionarios, fue, sin embargo, el último en abandonar su querida abadía. Rehízo en Montluçon una pequeña comunidad, aunque dos años más tarde fue de nuevo expulsado

con una veintena de monjes. Se negó a prestar el juramento revolucionario y fue enviado a los Pontones, donde estuvo nueve meses detenido. Religioso lleno del espíritu de su vocación, procuró inspirar a los demás gran respeto y amor hacia su orden. Dulce, piadoso e instruido, sucumbió a las vejaciones innumerables de que fue objeto.

En el mismo monasterio, el año 1913, la piadosa muerte de Dom Sinforiano Bernigaud, Definidor de la Orden de los Cistercienses de la Estrecha Observancia. Atraído desde su infancia hacia la vida monástica, logró al fin realizar sus anhelos. Desempeñó cumplidamente diversos cargos en Sept-Fons, hasta que Dom Sebastián Wyart se fijó en él, le escogió como secretario y le hizo nombrar Definidor. Fue predicador infatigable de retiros y ejercicios en nuestras casas. Su palabra ardiente y transida de unción producía frutos excelentes de salud y santificación. Su preparación consistía simplemente en una larga meditación, pues, por encima de todo, era un hombre de oración, humilde y bondadoso, abierto siempre a la generosidad con Dios y con los hombres. Amaba a su Orden y miraba con predilección a su monasterio de Sept-Fons, suscitando numerosas vocaciones. Por doquier dejó reputación de hombre de Dios, de monje cabal. El Papa San Pio X, que le tenía en gran estima, le envió una hermosa carta autógrafa para consolarle en su última y penosa enfermedad. Vio acercarse la muerte con el alma rebosante de paz y alegría y, sin cesar en invocar a su madre, María santísima, dulcemente expiró rodeado de su comunidad. Fue famosa y muy leída en las comunidades cisterciense su obra *La regla de San Benito Meditada* (Ed. Monte Carmelo, Burgos 1953).

26

En Italia, el bienaventurado Juan de Caramola, converso del monasterio de Sagittario. Natural de Toulouse, vivió retirado en una alejada ermita sobre el monte Caramola, en la Lucania. Sus ayunos cuaresmales eran muy rigurosos, una ración de pan apenas suficiente para sostenerse. Íntimamente unido con Dios, regalado con el espíritu de profecía, llevó mucho tiempo una vida entera de perfección, hasta que la enfermedad

vino a visitarle. Entonces recurrió al monasterio cisterciense de Sagittario, donde fue admitido, llevando la misma vida de austeridad que antes. Su lecho era de una incomodidad excesiva para el descanso, de ahí que, según testimonio de los monjes, casi no dormía. Su silencio era tan exacto que daba la impresión de ser mudo. Murió en 1339, después de una vida entregada por completo a la contemplación. Honrado en su monasterio como bienaventurado, tenía oficio con lecturas propias.

En Westfalia, año 1800, la M. Edmunda Paula de Barth, superiora de las monjas que luego se trasladaron a Oelenberg. Había tomado el hábito en Königsbrek, Alsacia. Al iniciarse la Revolución, se refugió en el monasterio de la Santa Voluntad de Dios en Seubrencher, Suiza. Después de largas peregrinaciones a través de Baviera, Austria y Rusia, recibió orden de Dom Agustín de Lestrangle de volver con una parte de su comunidad al lado de Dom Eugenio, abad de Darfeld. Este instaló a las monjas en Rosenthal, bajo el gobierno de la M. Edmunda, quien las dirigió durante ocho años con tal suavidad y bondad que, a pesar de las ventajosas ofertas del gobierno napoleónico, ni una sola de sus hijas aceptó volver al mundo.

27

Nacimiento para el cielo de san Guarino, obispo de Sion, del cual se hizo su elogio el 14 de enero, y de san Amadeo de Lausana, cuya fiesta se celebra el 28 de enero.

En Francia, en 1793, el martirio de Antoine Louis Dosvigne de la Cerva, último abad de La Ferté. Fue un hombre de costumbres íntegras, diligente administrador de los bienes temporales de la abadía. Después de la supresión de esta, se escondió en un castillo. Fue vergonzosamente denunciado, detenido y conducido a París para ser guillotinado. El venerable anciano, presa de crueles enfermedades y víctima de malos tratamientos sufridos en el hospital, sucumbió antes de que su sentencia de muerte fuese pronunciada.

En Villers, de Bravante, la memoria del piadoso monje Juan el Precursor. Desde su mocedad llevó con gozo el yugo del señor y, no obstante

sus pocos años, se ocupó en obras de gran envergadura espiritual. Tenía un cuidado sumo en huir de la ociosidad, que evitaba, entregado siempre a sus ocupaciones, consignando por escrito los rasgos más sobresalientes de las vidas de los santos. Nombrado maestro de conversos, convocaba para sus instrucciones en las granjas no solamente a los hermanos, sino también a los obreros y familiares del monasterio. Llegó a una edad muy avanzada y todavía continuó desgranando sus enseñanzas a los novicios. Su larga experiencia le permitía, por medio de ejemplos antiguos y nuevos, ponerlos en guardia contra todos los vicios.

28

En España, año 1606, la muerte del venerable obispo de Jaca, Ma-laquíás de Asso. Recibió su primera formación en el monasterio de Huerta. Fue nombrado sucesivamente abad de Armenteira, en Galicia; de Rueda, en Aragón; obispo de Útica y luego de Jaca. Hizo revivir, con sus penitencias, su humildad y su caridad, el espíritu de los obispos de la Iglesia primitiva. Fuera de los ejercicios de su ministerio episcopal y del despacho de los negocios correspondientes a su cargo, todo su tiempo lo consagraba a la oración o a la lectura de las obras de los santos Padres, que conocía a la perfección. Sabía de memoria gran parte de las sagradas Escrituras. Inquieto siempre por la salvación de las almas, sediento de justicia, paz y concordia, a pesar de su mesa pobre y escasa, tenía las manos abiertas para socorrer a los menesterosos. Recibió sepultura delante del altar mayor de su iglesia catedral, hecho sin precedentes que merece ser tenido en cuenta.

En Dunes, Bélgica, el buen abad Walter de Dickebuach. En dos ocasiones hubo de llevar la carga abacial; primero sucedió al bienaventurado Idesbaldo, dimitió y otra vez hubo de tomar el cayado pastoral después del abad Maket. Tal caridad devoraba su corazón que hubiera distribuido generosamente a los pobres todos los bienes del monasterio, si esto le hubiera sido permitido. De él se cuenta que un día de la fiesta de san Martín se encontró de camino un pobre hombre, casi desnudo; se quitó la túnica y se la dio, volviendo así, a medio vestir, al monasterio. Por todo

ello y en premio a tanta caridad, el Señor le cubrió con las ropas de la gloria eterna el año 1189.

29

En Bélgica, cerca de Lierre, en el monasterio de Nuestra Señora de Nazareth, la bienaventurada Beatriz, priora y una de las grandes místicas de nuestra orden. Su padre, el piadoso Bartolomé de Tillemont, completó con una buena educación las dotes sobresalientes que adornaban a su hija. Esta, demostrando cierta inclinación precoz a la piedad, decidió ingresar en el monasterio de Florival, donde, a pesar de las enfermedades que la afligieron, sometió su débil cuerpo a toda clase de rudas mortificaciones; buscaba así atraerse la gracia del Señor, cuyos misterios meditaba continuamente en su corazón, cerrados sus sentidos al ruido del mundo exterior. Esto le producía tal alegría espiritual que, sin pretenderlo, le salía al exterior y se notaba en todo su aspecto. En medio de penosas tentaciones contra la fe y la castidad, su confianza y esperanza no tenían límites. Se animaba con este pensamiento “Aunque Dios condenase a todos los hombres menos a uno, sería yo la elegida para gozar esa única gracia de salvación”; pero también, en las dificultades, el Santísimo Sacramento era su refugio. Experimentada y libre ya de las pruebas, el Señor la llevó a un alto grado de contemplación, haciéndola sentir el corazón traspasado con un dardo de fuero y dándole a entender, en celestiales coloquios, que podía estar segura de su salvación eterna. Estas promesas de felicidad sobrenatural no hicieron más que aumentar su amor y pidió al Señor que la purificase de todas sus manchas en el crisol de la enfermedad. Así, a medida que soportaba diversos sufrimientos, su alma gozaba con más amplitud de consolaciones espirituales. Durante muchos años, la llama de amor que le consumía le hacía caer en una como agonía prolongada, en tanto que su espíritu recibía revelaciones especiales sobre el misterio de la santísima Trinidad. Pasó luego con su padre, su hermano y sus hermanas de Florival al Valle de las Vírgenes y a Nazareth, tercero de los monasterios fundados por su padre, donde, por treinta años desempeñó el cargo de priora. Dejó una relación escrita de sus experiencias místicas (*Los siete grados de amor*). Al fin, después de

varios meses de agonía, devorada por el amor, pasó al coro de los serafines a ocupar el puesto que ya con antelación se le había mostrado.

30

En Himmerod, Alemania, el muy piadoso Heimaro, antiguo canónigo de la iglesia de San Simeón de Trêves, ganado para el ideal cisterciense por san Bernardo. Fue sucesivamente prior, cillerero, encargado de las granjas, maestro de novicios. A pesar de todos estos cargos encontraba siempre tiempo para recitar dos salterios diarios. Cumplidor irreprochable en todos los empleos, una vez que se vio libre de ellos, un violento y extraño dolor lo hizo presentir la cercanía de la muerte. En consideración a sus servicios, el abad le hizo trasladar a una casa con cuatro hermanos que atendieran sus necesidades. Afligido por el regalo que se le dispensaba, manifestó sus deseos de soledad, diciendo: “Nunca estaré más acompañado que cuando esté solo.” Dando gracias a Dios por no haber cesado nunca de celebrar las alabanzas divinas, se fue lleno de gozo a la luz eterna.

En Villers, de Bravante, la memoria de un piadoso converso, panadero del monasterio. Religioso de vida entregadísima, concentraba todos sus esfuerzos en la práctica fiel de nuestras observancias. Aquejado de una grave hernia, soportó sus dolores con entera paciencia, cuidando de modo especial dar gracias a Dios y no proferir la más leve queja. Servía al Señor con un corazón colmado de alegría. Gozaba contando y recordando los principios de la historia de nuestra santa Orden y la vida de los santos de Villers. Veneraba con una ternura especial a la santísima Virgen, a quien llamaba su “Rosa.” Movido de ardiente compasión, dirigía sus oraciones al cielo por la intención de los pobres y afligidos. Al llegar a la meta de su vida tan rebotante de virtudes, el Señor le invitó a suplicar a su abad el permiso para pasar, en trance definitivo, a la compañía gloriosa de los elegidos.

31

En Toscana, hacia el año 1360, el santo abad de San Salvador de Settimo, Antonio. Era tan exacto en dar a cada uno lo suyo que nadie pudo

tacharle nunca de falta de equidad y justicia; podía aplicársele también el elogio que los biógrafos refieren a san Bernardo: “no admitía nada que pudiera ser causa de ofensa para los demás”. De ahí que ni un solo acento de vulgaridad o de ligereza se hallase en sus palabras; su conversación, penetrada de dulzura, era fiel reflejo de su alma. Ya anciano renunció a la carga abacial; con prontitud y alegría se entregó a los ejercicios regulares, aprovechándose de su libertad recuperada para darse con más tiempo a la oración. Su eventual sucesor murió prematuramente y hubo de acoger otra vez el cargo pastoral. Más tarde, de nuevo renunció al abadiato y murió santamente a edad muy avanzada; había llevado la carga abacial durante treinta años.

En Heisterbach, Alemania, el piadoso monje Godescalco de Velmuntstein, antiguo canónigo de San Pedro de Colonia. Su vida en el mundo había sido bastante frívola, entregado a la caza, al juego y otras vanidades, aunque sin desbordar los límites de la honestidad. Entro en Stromberg, mas luego pasó a Heisterbach, donde, en aquella comunidad muy crecida en fervor, sobresalió por su santidad de vida. Su bagaje científico era escaso, pero su espíritu de paciencia y de piedad le granjearon un porvenir muy alto de espiritualidad.

En el mismo día, la solemnidad de la dedicación de la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio, en Aguas Salvas, Roma, hecha el 1 de abril de 1221 por el Papa Honorio III. Este monasterio, fundado hacia el año 565, es cisterciense desde 1140, en que Inocencio II instaló en él un grupo de monjes de Claraaval, enviados a Italia por san Bernardo y destinados a poblar la abadía benedictina de Farfa.





SEPTIEMBRE

Día 1

En Suiza, el ilustre reformador Guillermo Moennat. Monje de Hauterive, fue nombrado capellán de las monjas de Maigrauge. Desde el primer momento entró de lleno en los proyectos de la abadesa y de las religiosas, que había intentado ya un principio de reforma. El las inició y alentó con tacto hacia la vida común, sin temor a la oposición de los familiares. Los abades de Císter, Edmond de la Croix y Nicolás Baucherat, alabaron su conducta, estimulándole y confirmándole en su cargo de manera desacostumbrada. Arremetió luego con la reforma del monasterio de la Fille-Dieu, donde estableció la clausura y la abstinencia perpetua; en estos dos monasterios femeninos, levantó a gran altura el fervor espiritual. En 1616 fue elegido abad de Hauterive y allí produjo igualmente, con la gracia de Dios, frutos colmados de salvación. Pasó a la patria bienaventurada en 1640.

En Dijon, hacia el año 1107, la santa muerte de Aleth (o Alicia), madre de san Bernardo, nacida en el catillo de Montbard. Colmó su vida en la práctica de las obras de misericordia, acertando, por otro lado, a dar a sus hijos una educación perfecta. Desde su mismo nacimiento les ofrecía al Señor; con Bernardo, tal vez presintiendo su porvenir, lo hizo de modo especial, presentándolo a Dios ante su mismo altar, como una nueva Ana de un nuevo Samuel. Con verdad puede decirse que preparó a sus hijos más para la vida del desierto que para la grandeza de la corte. Ni siquiera les permitió habituarse a manjares demasiado delicados, proporcionándoles una alimentación sencilla y, a la par, nutritiva. El 1 de septiembre, fiesta de San Ambrosio, de cada año, reunía a cuantos clérigos le era posible y les servía una buena comida. Un año, la víspera de esta fiesta, se sintió mal, presa de altas fiebres. El día de la solemnidad, después de la santa misa, quiso que le llevarsen a la sagrada eucaristía, después hizo venir junto a su lecho a todos aquellos clérigos. Estos elevaron humildemente sus oraciones por ella y recitaron las letanías. Al

llegar la invocación. “*Per Passiones et crucem tuam, libera eam, Domine*” alzó su mano, se signó y entregó su alma al Creador. Y la mano permaneció alzada, en gesto de bendición. Años después, cuando Bernardo maquinaba abandonar el mundo y sus hermanos pretendían desviarle de este propósito, encauzándole hacia el estudio de las letras, vio varias veces a su madre ante él reprochándole aquella acción en perspectiva: para tales futilidades, le dijo, no le había educado ella con tanta ternura y solicitud. Y cuando logró convencer a su hermano Andrés para que abrazase con él la vida cisterciense, Aleth se apareció a este último, el rostro sereno y sonriente, y le felicitó por los deseos que alimentaba. Realmente se puede decir que Aleth engendró y formó una familia “que alcanzó a Cristo”

2

En Valparaíso, España, hacia el año 1600, el venerable Clemente Jiménez, monje ilustre por la austeridad de sus costumbres y la santidad de su vida. En los momentos postreros en que el Señor le llamaba a la eterna felicidad, fue puesta a prueba su constancia. Pero consciente de que la santísima Virgen y los santos de la Orden estaban a su lado en ese duro momento, levantando el crucifijo que sostenía en la mano gritó: - “*Hemos vencido hermanos míos, el enemigo ha huido*”. Y entregó su alma con estas palabras de gozo y de triunfo.

En Poulangy, Champagne, la santa abadesa Adelina, hija de Guy, hermano mayor de san Bernardo. Entró con su madre en el monasterio de Larrey; luego pasó a las monjas cistercienses de Tart. Poco después, cuando las benedictinas de Poulangy expresaron sus deseos de adherirse a la observancia cisterciense, se dice que fue enviada a Poulangy con algunas otras hermanas para formar la comunidad en la nueva disciplina. Cumplida su misión, mientras las otras monjas tornaron a Tart, ella permaneció en Poulangy, y, a la muerte de la abadesa, fue elegida para sucederle. Estimulada y dirigida por su santo tío, el abad de Claraval, mostró gran celo por nuestra Orden. Fue ella también quien recibió en Poulangy a la bienaventurada Ascelina y a su madre. venidas de Boulancourt.

3

En Irlanda, en el mes de septiembre de 1581, el martirio del monje Nicolás Fitzgerald, huyendo de la persecución desencadenada por el virrey, fue apresado en el bosque donde se había escondido, y, conducido a Dublín; vestido con su hábito religioso, fue ahorcado y descuartizado estando todavía con vida. Padebió todos estos tormentos confesando con valor inquebrantable la fe cristiana. Los fieles recogieron devotamente sus vestidos empapados de sangre y los repartieron como reliquias. Los padres del mártir obtuvieron el favor de disponer del cuerpo de su querido hijo y le dieron sepultura en un sepulcro familiar, en la iglesia de las monjas de Santa Brigada.

En Port-du-Salut y en el año 1849, el hermano converso Moisés Chappellibre. De pequeña estatura, de rostro deforme, sin letras ni cultura, fue, sin embargo, un vaso colmado de la efusión de los dones de la gracia, señalado principalmente por su caridad y piedad. Su oración era continua. Tan trabajador que llenaba cumplidamente la labor de dos obreros. Tan humilde y sincero amador de sus hermanos, que hubiese querido tomar sobre sí todas las penitencias impuestas en el capítulo, incapaz que creer que los santos –y para él todos los miembros de la comunidad merecían este título– hubieran merecido ningún reproche. Abatido por una enfermedad muy dolorosa, se acusaba con íntimo sentimiento de los gritos de dolor que se le escapaban y que podía molestar a sus hermanos. En medio de sus dolores, fuertes y tormentosos, los sufrimientos de sus hermanos le dolían más y procuraba consolarlos con todo cuanto estaba a su alcance. Murió con el corazón rebosante de amor de Cristo, dejando el testimonio que cabía esperar de un alma completamente entregada a Dios y a su vocación.

4

En el monasterio de San Salvador de Settimo, en Toscana, el santo monje David, más tarde prior y superior de los Camaldulenses. Fue postulado como superior ante Bonifacio VIII por los miembros de la orden camaldulense, a fin de promover la reforma y sostenimiento del instituto.

Con honor abandonó su puesto tras haber cumplido con eficacia la misión que le había confiado el sumo Pastor de la iglesia.

En Claraval, la memoria de un piadoso converso, venido de España al capítulo general, acompañando a su abad. Cerca ya, desde un lugar donde se veía el campanario del monasterio, pidió a Dios la gracia de morir allí. Después de venerar con humildad los sepulcros de san Bernardo y san Malaquías, se sintió enfermo y, según el deseo expresado en su oración, murió en medio de gran concurso de abades, monjes y conversos de la orden.

5

En España, hacia fines del siglo XVI, el venerable Marcos de Porras (o Porres). Tomó el hábito en el monasterio de Nogales. Su actitud de profundo respeto y devoción en el rezo coral atraía todas las miradas. Se le amaba y veneraba como a un enviado del Señor. Esta atención constante a la presencia del Altísimo le hacía insoportable la menor imperfección, y no por afecto del temor servil, sino por íntimo amor filial. Elegido abad, aprovechó del cargo para ejercer mejor y más abiertamente la caridad y reservarse para sí los trabajos más penosos y oscuros. Cargado de enfermedades y dolores violentos y continuos, soportados con quietud y serenidad de alma, no dejó por eso de castigar su cuerpo con rigor y aspereza. Sintió próxima la hora de su muerte y, desde ese momento, la comunidad le vio todo sonriente, como en espera del acontecimiento más alegre de su vida.

En Claraval, el recuerdo de un piadoso monje de nombre ignorado. En la adolescencia de sus catorce años, vino al monasterio acompañado de su maestro y preceptor, pero sin el menor deseo de quedarse. Sentía horror por los cistercienses y pedía al Señor que no le diese nunca aquella vocación. Asustado por una visión nocturna se puso bajo la dirección de san Bernardo. “*Quasi agnus ad aratrum applicatus*” como dice el gran exordio, se mostró en adelante tan lleno de humildad, que Dios le colmó con las más insignes gracias.

6

En Inglaterra, el santo abad Esteban de Easton. Cillerero de Fountains, fue elevado sucesivamente al gobierno de las abadías de Salley, Newminster, y Fountains. Dejó unas meditaciones rezumantes de piedad sobre los quince gozos de la santísima Virgen. Libre de la carga abacial, se retiró a terminar sus días al monasterio de Vaudey. La tradición afirma que se hizo famoso después de su bienaventurada muerte, ocurrida en 1252. Fue lo que se podría decir un monje completo, entregado con intensidad a todos los ejercicios de la vida regular, empleando sabia y organizadamente sus tiempos libres, sin descuidar la atención a la oración privada, con un gusto por los momentos de soledad y meditación.

En el Delfinado, año 1688, Magdalena Teresa Baudet de Deauregard, fundadora de las Bernardinas de la Preciosa Sangre. Joven religiosa de San Justo de Romans, pronto se dio cuenta de los peligros de una vida monástica sin clausura. Y pasó a las Bernardinas de Grenoble. Poco después fue colocada al frente de la nueva fundación de París por la M. Luisa de Ponçonas. Estas religiosas, deseosas de merecer con un título más justo el nombre de cistercienses, adoptaron con la aprobación de sus superiores eclesiásticos, unas constituciones más conformes con la Regla de san Benito. La hermana Magdalena, después de varios trienios de superiora, murió piadosamente cuanto contaba ochenta y cuatro años de edad.

La dedicación de Nuestra Señora de la Oliva, en España. Fundado en 1149, este monasterio fue restaurado el 27 de mayo de 1927, por la comunidad proveniente de Nuestra Señora de Val San José, lugar en las cercanías de Madrid, y donde se había establecido lo que quedaba de la “comunidad errante” de Maella, tras los avatares últimos de la desamortización.

7

En Inglaterra, año 1583, el bienaventurado Thomas Rude, monje de Jervaux, ilustre confesor de la fe. Al conceder la reina María la libertad de culto para los católicos, Tomás pudo retornar a Escocia, donde había encontrado generoso asilo durante la persecución, y servir, ya en su pa-

tria, como preceptor de los hijos de una noble familia. Al subir al trono Isabel, halló refugio, en calidad de capellán, en casa del conde de Mortumberland, Thomas Perey, futuro mártir beatificado por León XIII. Fue descubierto y detenido en compañía de otros católicos mientras celebraba el santo sacrificio; y así, revestido con los ornamentos sacerdotales, a modo de mofa, fue conducido a la cárcel de Hull, donde murió víctima de las enfermedades contraídas por efecto de los malos tratos recibidos.

En 1914, dejó este mundo el joven monje de Port-du-Salut, Sebastien Gaudin. Muchacho de carácter decidido, piadoso y generoso, ingresó en esta abadía, tomó el hábito y se mostró un novicio serio, celoso, animado de una fuerte vocación, sólo preocupado por amar y seguir a Cristo crucificado. Profesó, y a pesar de tener que prestar el servicio militar durante tres años, en nada se desvirtuó la frescura de su devoción y entusiasmo. En el cuartel se procuró, en la medida de lo posible, una vida de soledad en que la oración, la ascesis y la pobreza monástica pudieran desarrollarse. De este modo sus disposiciones interiores no hicieron mas que reafirmarse y aumentar. Muy devoto de la santísima Virgen María, fomentó de modo particular la presencia divina por medio de jaculatorias, entre el ruido militar que le rodeaba. Al regresar al monasterio, se entregó con abierta alegría a todos los ejercicios regulares; pero muy pronto tuvo otra vez que abandonar el monasterio, en agosto de 1914. Ofreció el sacrificio de su vida en unión con Cristo. Dios se dignó aceptar su ofrenda, y el fervoroso monje que debía pronunciar sus votos solemnes el 8 de septiembre, en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, cayó herido por una bala en la frente el 7 de ese mismo mes. La sangre que gota a gota manaba de su herida formó alrededor de su cabeza la más hermosa corona monacal.

8

Bienaventurado Guillermo de Saint-Thierry, monje de Signy. Nació en Lieja, de noble familia. Siendo abad benedictino de Saint-Thierry, en las cercanías de Reims, vino en una ocasión a Claraaval para ver a san Bernardo y, desde entonces, quedó unido a él por una estrecha amistad. Su ocupación ordinaria era tratar asuntos espirituales o escriturísticos

que aclaraba y comentaba. Movido por las reiteradas peticiones de Guillermo, escribió san Bernardo, joven abad aún, la famosa *Apología* de su orden cisterciense. Lleno de estima por esta orden e inflamado del deseo de soledad, Guillermo acabó por abandonar su cayado abacial y sus prerrogativas para abrazar en Signy la pobreza cisterciense. Cuando los años, con su peso, le llevaron las energías y no le era posible seguir a sus hermanos en las labores manuales, buscaba refugio en la humildad más profunda y en una oración continua. Las luces que recibía en este ejercicio las consignó por escrito en unos tratados henchidos de ciencia, teología y piedad. Entre ellos el más célebre es la famosa *Epístola Aurea* (*Carta de oro* y *Oraciones meditadas*), dirigida a los cartujos de Mont-Dieu. Escribió también el primer libro de la *Vida de san Bernardo*, en tiempos del santo. Así, en medio de estas actividades espirituales, este hombre todo de Dios pasó a la patria eterna el 8 de septiembre de 1148. Es considerado uno de los “cuatro evangelistas” cistercienses, y uno de los autores místicos más profundos de la tradición cisterciense. También escribió unos hermosos *Tratados* que demuestran su ciencia y conocimiento del alma humana y la vida mística: *Tratado sobre el cuerpo y el alma humana*, *Naturaleza y dignidad del amor*, *La contemplación de Dios*, *Tratado sobre la oración*. Todos ellos se siguen editando aún hoy día.

En Villers-aux-Nonnaine, Francia, en el año de gracia 1832, la muerte de la venerable abadesa Odette Clause. De noble familia, tenía veintitrés años cuando el rey le concedió la abadía y la designo como abadesa. Antorcha de virtud y ejemplo para sus hermanas, sobresalió de modo particular por la humildad y por la caridad que desbordaba hacia los enfermos y los pobres; su celo y fervor en la recitación del oficio divino eran extraordinarios; renovó el monasterio en lo temporal y en lo espiritual. Acrecentó los recursos de este mundo y se fue al otro rica de méritos y buenas obras.

9

Santa muerte, en Austria, año 1653, de Dom Martin Ridt von Lollenberg, noble por su nacimiento, su carácter y virtudes. Monje de Wil-

hering, fue designado como administrador de la abadía de Engelszell, entonces en mala y precaria situación. Al cabo de seis años de actividad inteligente y vigilante, fue elegido abad en 1645. Religioso austero, pleno de devoción tierna hacia la Virgen María, distinguido por un celo infatigable. En su época, descontrolada por la guerra de los treinta años, supo promover el bien espiritual y temporal de su abadía y conservar la fe católica en estas regiones, tan probadas por el azote bélico.

En Austria también y en 1701, murió en olor de santidad Mathias Ungar, abad de Coldebrón. Hoy todavía se sepulcro es tenido como lugar de veneración y santidad.

10

En Italia, el beato Oglerio, abad de Locedio. Conquistado para la vida monástica, según parece, por las exhortaciones de san Bernardo, pronto fue ardoroso discípulo del Crucificado y tierno devoto de la madre de Dios. Compuso algunos tratados sobre los privilegios divinos de María, especialmente sobre la Inmaculada Concepción. Brilló por la santidad de su doctrina no menos que por el esplendor de sus virtudes, piedad, desprecio de sí mismo, bondad. Bajo el pontificado de Inocencio III, junto con su abad Pedro, hubo de intervenir a menudo en los negocios de la cristiandad, especialmente en la reconciliación de las ciudades del norte de Italia. Pronto fue designado como predicador de la cuarta cruzada en aquellas regiones. Al ser elegido Pedro abad de La Ferté, Oglerio le sucedió en la silla abacial de Locedio. Gozó de la confianza del papa, del emperador y de los grandes de su siglo, conquistándose al mismo tiempo la estima del pueblo. Hombre y monje de mérito singular murió a edad avanzada en 1214. El Papa Pío IX confirmó en 1875 el culto que se le tributaba desde hacía siglos.

En Claraval, el bienaventurado Serlom. Había abrazado la vida religiosa en los benedictinos de Chézery (o Cerisy), mas luego, a la vez que el bienaventurado Godofredo, entró en Savigny, de donde, con el tiempo, fueron los dos abades. En el capítulo general, presidido por el Papa Eugenio III, la congregación de Savigny quedó incorporada a la orden cis-

terciense, como fundación de Claraval. Cinco años más tarde, al empuje del deseo de reposo contemplativo, el bienaventurado Serlom renunció al cargo abacial y se retiró a Claraval, donde Norberto de Bruges, el sucesor de san Bernardo, le pidió se encargase de los sermones de la comunidad. Su piedad y la larga experiencia adquirida lo hacían perfectamente apto para este cometido, que desempeñó con gran aprovechamiento de todos. Murió este venerable monje en 1158.

11

En Würtemberg, año 1546, la gloriosa muerte de Lukas Cötz, abad de Nerrenalb, confesor de la fe. En 1515 su monasterio fue saqueado por los campesinos, alzados en rebelión. En 1534 hubo de sufrir nuevas vejaciones. El duque de Würtemberg quiso obligar al abad a abrazar la herejía luterana con toda su comunidad y a abandonar la Orden; y, para llevar a cabo este propósito, intentó ejercer una fuerte presión moral sobre el abad, despojando al monasterio de sus bienes y dispersando a los monjes. El abad quedó solo en el monasterio para que tuviese cuidado de su administración. Recibió orden de dejar el hábito religioso, acción que él no puso en práctica hasta después de haber pedido la debida autorización a la santa Sede. Acusado de haber sustraído bienes que no le pertenecían y sometido a tortura sucumbió, al fin, en la cárcel, después de larga y penosa prisión. Prefirió obedecer a Dios antes que a los hombres.

En Claraval, la memoria del santo converso Lorenzo. Padebió violentas tentaciones en los primeros años de su vida religiosa, pero triunfó, consiguiendo como premio una gran paz para su alma. En vida de san Bernardo, este le envió a menudo a tratar los negocios temporales del monasterio. Después de la muerte del santo abad, en muchas ocasiones hubo de cumplir con los mismos encargos; invocaba entonces a san Bernardo, para solicitar su protección y ayuda. El recuerdo glorioso de este bienaventurado padre le hizo encontrar gracia y favor ante numerosos dignatarios eclesiásticos y seculares. De vuelta al monasterio, después de estas salidas, abrazaba con gozo la observancia a la luz del recuerdo de las instrucciones de su buen padre. Abrigaba la piadosa confianza de que

los méritos y oraciones del santo le guardarían de los peligros de la hora postrera, ya que se había dignado librarle de tantos riesgos en los viajes y conducido sano y salvo muchas veces a Claraaval.

12

En Montederramo, España, en 1616, partió de este mundo el piadoso padre Domingo, monje de la Congregación de Castilla. Desde su juventud amó la soledad, hasta tal punto que, al entrar en el monasterio, cortó toda su correspondencia con sus allegados, sin leer tampoco la que estos le dirigían; todo lo que era de esta tierra carecía de interés para él. Devotísimo del Niño Jesús, su dulce nombre lo llevaba de continuo en el corazón y en los labios; por eso en la Congregación no se le conocía sino por el hermano Domingo del Niño Jesús. El ornamento único de la celda era una imagen del divino infante, ante la cual pasaba las horas y hasta noches enteras, de rodillas en oración. A él le exponía sus angustias y dificultades, con confianza y humildad, como a su hermano querido, sin temor a ser rechazado. Innumerables eran las personas que se encomendaban a sus oraciones, cuya eficacia les era bien conocida. Al fin, ardiendo en deseos de morir y unirse a Cristo, encomendó esta intención con henchido fervor a su querido Niño Jesús. Dos meses más tarde, sin señal alguna de enfermedad, murió plácida y piadosamente en el Señor.

En Parc-aux-Dames, cerca de Senlis, el 15 de este mes del año 1636, dejó este destierro la piadosa monja Ana de Vieux-Pont. Pasados algunos años en la tibieza, cambió de vida y se convirtió tan en serio que fue nombrada maestra de novicias y, luego, priora. En sus cargos, y en cuanto se le encomendaba, ponía de relieve virtud auténtica, solícita hasta el extremo en no sustraer a Dios un solo momento de su tiempo. Paciente en medio de las pruebas, humilde en las contradicciones. Obligada por la fuerza, hubo de buscar refugio con la comunidad en París. Aquí cayó enferma y murió; tenía cuarenta años. Su rostro, después de muerta, aparecía con una belleza celestial, prenda de su bienaventuranza eterna.

13

En Italia en la octava de la Natividad de Nuestra Señora del año 1621, paso a los goces de la eternidad Juan Bautista de San Bernardo, monje fuliense. Noble de nacimiento y dotado de rara inteligencia, renunció con decisión a sus grandes riquezas y de llevar una vida fácil pasó a abrazar la vida religiosa. Dominó con energía las pasiones de su juventud con vigiliass y ayunos. En el oficio divino era tanto el gozo que lo inundaba, que la voz alegre y ardorosa, al cantar, le traicionaba, delatando a los demás su estado interior. Pero muy pronto, desgraciadamente, un cáncer atacó su rostro y tuvo que aislarse. Dios no disminuyó, sin embargo, los consuelos de su corazón; tenía soledad y silencio, que era lo que tanto había buscado al entrar en la vida religiosa. Al poseerlos ahora en toda su anchura, no podía menos de regocijarse exultante y feliz. Pasaba horas y parte de las noches de rodillas ante la imagen de María, que, con su hijo, consolaba a su fiel servidor en la dura prueba. Tenía treinta y tres años de edad y era un modelo acabado de paciencia cuando llegó al término de su peregrinación terrena. Cuenta la tradición que a la hora de su muerte, en noche cerrada, la cima del monte Seracto, firme asiento del monasterio, resplandeció con claridad maravillosa y los peregrinos que iban de Roma a Loreto, asombrados, corrieron al monasterio para enterarse de la causa de aquel prodigio.

En Sept-Fons, partió para el cielo, en 1678, el hermano Jean Labarthe, converso. Había cursado serios estudios; pero, juzgándose indigno del sacerdocio, abrazó la vida de converso. Fue un modelo de humildad y obediencia, manifestando en todo tiempo una reverencia extraordinaria a su abad, en quien veía con toda verdad a Dios mostrándole de una manera sensible su voluntad divina. Esta fe explica la alegría con que este buen hermano escuchaba, recogía y retenía en la memoria los mandatos y palabras de su abad, que él juzgaba eran palabras de nuestro señor Jesucristo. Después de cinco años de vida religiosa cayó enfermo; ni siquiera se le ocurrió reclamar ningún cuidado particular, ni hablar para nada de sí mismo a nadie, fuera de su confesor. Su aspecto, que siempre había sido de una agradable viveza, se hizo, tras su muerte, más venerable aún, sin perder los colores naturales y como si todavía estuviera vivo.

14

Nacimiento para el cielo de San Pedro de Tarentasia, cuya festividad se celebra el 10 de mayo.

En Irlanda, año 1913, en la abadía de Mont-Saint-Joseph, la muerte del piadoso Joseph Reys, alumno que había sido del seminario anexo al monasterio. Joven lleno de alegría, su superior fundaba sobre él grandes esperanzas, cuando, al poco tiempo de emitir el novicio sus primeros votos, la enfermedad hizo presa en su cuerpo, sin perspectiva alguna de curación. Su vida fue, desde entonces, un languidecer constante durante seis años. El obispo diocesano lo juzgó, no obstante, tan digno de recibir las órdenes sagradas, que no dudó en pedir para él a Roma dispensa de los estudios canónicos. Su enfermedad se agravó; cuantos tuvieron la dicha de vivir, siquiera un momento, a su lado, quedaban envueltos en una dulce piedad, admirados de su paciencia y fortaleza de ánimo. No hablaba más que de la casa de su padre celestial, a la que, día a día, se encaminaba; el amor a la Cruz se le translucía al exterior en palabras y expresiones. Perfecto discípulo de la Cruz, en la fiesta de su Exaltación, el señor se lo llevó al cielo.

En el monasterio de San Joaquín y Santa Ana, de Valladolid, España, en 1666, la santa muerte de la hermana Magdalena de Jesús. Su juventud fue bastante frívola; pero la muerte prematura de su marido causó en ella una gran impresión, y con el consejo de una buena amiga, tornó a mejores veredas. Se abrió entonces ante ella un periodo de aflicciones; logró triunfar gracias a la recepción cotidiana de la Eucaristía. San Ignacio de Loyola, decía ella, le presentó un día, en sueños, un ramillete de lirios que tuvieron la virtud milagrosa de librarla de las tribulaciones de su alma, de modo que a los cincuenta y ocho años de edad pudo realizar su anhelo de entrar en la vida religiosa; por mandato de su abadesa y de su confesor escribió su biografía. Ya anciana, fue afligida por la parálisis y la ceguera; pero su corazón y su entendimiento permanecieron abiertos a la luz divina. Murió con reputación de santidad y su cuerpo fue honrado como el de una elegida de Dios. Formó parte del plantel de santas mujeres venerables de ese monasterio, famosas todas por su virtud y altísima vida espiritual.

15

En Irlanda, año 1637, partió para el cielo el venerable abad de As-trath, James O'Culenan. Era hermano de Gelasio O'Culenan, abad de Boyle, primera víctima de la persecución de la reina Isabel. James vivió en la vida religiosa desde los doce años hasta los noventa y cinco. Durante todo el curso de su larga carrera, según testimonios fehacientes, jamás se le vio airado, ni pronunciar una sola palabra menos honrosa para Dios o su prójimo. Hombre de gran sencillez no consintió nunca en despojarse de su hábito religioso, a pesar de las amenazas de los perseguidores de la fe; investigado y buscado por los herejes, escapando por milagro a sus pesquisas. Tenía fama por el poder milagroso y curativo del agua por él bendecida, muy apreciada por numerosos fieles. Cuando murió, incluso los herejes reconocieron que era un hombre de gran virtud y dejaron de molestar el monasterio.

En el monasterio de la Inmaculada Concepción de Laval, en 1851, la M. Isabelle Piotto, primera abadesa, natural de Lieja. Mientras vivió en el mundo practicó en todo lo posible los ejercicios de la vida religiosa, derramando bondad y procurando ser para todos, motivo de grata compañía. Ingresó e hizo su noviciado en Nuestra Señora de la Eternidad, monasterio de Westfalia, donde soportó valerosamente con las demás religiosas la penuria casi total de las cosas más elementales y necesarias y sin mermar en nada el régimen de austeridad y duras humillaciones. Pasados sólo cuatro años de profesión fue designada superiora de Dor-sut, cerca de Lieja, y, más tarde, abadesa de Santa Catalina de Laval. En todos estos cargos se mostró llena de espíritu de fe, de caridad, de paciencia y de celo por la regla.

16

En este día nació para el cielo san Martín de Hinojosa, obispo de Sigüenza y llamado por la posteridad San Sacerdote. Se celebra su fiesta el 5 de mayo.

En Quincy, en la diócesis de Sens, el martirio del bienaventurado Walter, abad y obispo de Auxerre, según fehacientes testimonios. Fue

martirizado en 1244 y son numerosos los peregrinos, aquejados de fiebres malignas, que en su tumba hallaron remedio. En nuestros días, la fuente de Quincy, coronada con una estatua del bienaventurado Walter es todavía un lugar de piadosas peregrinaciones. Pero, sobre todo, dejó una estela admirable de hombre entregado a sus responsabilidades pastorales con gran honradez y espíritu de pobreza-

En Jardinet, Bélgica, el santo reformador Jean Eustache. Profeso de la orden de san Agustín, habiendo llegado a su conocimiento, en plena juventud, los granes frutos que la reforma producía en las comunidades cistercienses de la región de Manur, con el consentimiento de sus superiores, entró en el monasterio de Moulins. Poco después el abad de Aulne le envió con orden de reformar el monasterio de Jardinet, de monjas cistercienses. Comenzó su obra enviando a otras abadías a las tres religiosas más conflictivas y relajadas que allí encontró. Puso como primer cimiento la pobreza y la obediencia. Reservaba para sí los trabajos humillantes. Al olor de sus virtudes, pronto acudieron a él numerosas personas importantes y eclesiásticos a ponerse bajo su dirección, renunciando incluso al mundo muchos de ellos, como se sabe fehacientemente. Gracias a su celo y prudencia, varios monasterios masculinos y femeninos adoptaron y pusieron en práctica los antiguos Usos cistercienses, a pesar de las dificultades y tropiezos que urdieron otras familias religiosas, incapaces de llevar a la práctica las orientaciones propuestas por él, ya que lo consideraban un radical. Pero fueron muchos, como se dijo, quienes solicitan su ayuda, sus consejos y se dejaban llevar por sus ejemplos. Obligado por la enfermedad y, pese a las protestas de sus hijos, hubo de abandonar el cargo pastoral; cuatro años después, para siempre, dejó este destierro, pleno de virtud, entre los abrazos y miradas piadosas de sus hijos.

17

Sacrificio y martirio, en Prusia, del abad y demás monjes del monasterio de Olive, en 1254 y 1256.

En Bélgica, en el año 1617, la venerable Anne Biena, monja de Beaupré. Siempre la primera en la asistencia a la oración de comunidad y

la última en dejarla, parecía vivir en un coloquio constante con los habitantes del cielo; hasta en el refectorio, frugal y austera en la comida, no perdía de vista al señor en su Pasión. Por espíritu de humildad y de pobreza buscaba las cosas más sencillas, y no pasaba día en que no encontrase materia de acusación, donde sus hermanas no veían más que virtud. Muy cuidadosa de cuanto pudiera ser causa de molestia para sus hermanas, durante dos años, cuidó, con admirable caridad, a una pobre enferma ulcerosa. Después de cincuenta y tres años de vida religiosa dejó este mundo; por consejo del confesor de la comunidad, recibió sepultura en un lugar más digno que las otras religiosas.

El 17 de septiembre de 2012 fallecía, en un hospital de Budapest y después de una larga y dolorosa enfermedad, el archiabado Dom Policarpo Zakar, a la edad de ochenta y dos años, sesenta y ocho de profesión y cincuenta y siete de sacerdocio. El solemne funeral y la sepultura de sus restos en la tumba de los abades tuvieron lugar en la iglesia abacial, magníficamente renovada, del monasterio de Zirc el 24 de septiembre. La misa de *Requiem* fue celebrada por el Primado de Hungría, cardenal Peter Erdő, arzobispo de Esztergom, en presencia de su predecesor el cardenal László Paskai, del Nuncio y muchos obispos, concelebrando con más de cien sacerdotes, entre los cuales figuraba el Abad General, Dom Mauro-Giuseppe Lepori, el Procurador General P. Meinrad Tomann, los abades Dom Syxtus de Zirc, Dom Christian de Rein, Dom Maximilian de Heiligenkreuz, Dom Janez de Sticna y los abades eméritos Dom Gottfried de Wilhering y Dom Kassian de Mehrerau. Los monasterios de monjas de Regina Mundi, Kismaros y Marienkron, así como una delegación de las monjas cistercienses españolas estuvieron presentes para manifestar su reconocimiento hacia Dom Policarpo. Antes de que el abad Dom Sixtus confiase a la tierra bendita el cuerpo de su predecesor, Dom Mauro-Giuseppe dirigió a los asistentes una alocución personal y profunda, subrayando de una parte los grandes méritos del difunto a favor de la Orden, pero sin pasar en silencio los aspectos de su conocida personalidad.

Franz Zakar nació el 8 de junio de 1930 en Ókér, en la Batschka meridional, hoy Zmajevó, en Serbia. En 1948 terminó su bachillerato en el

liceo cisterciense de Baja y empezó el 29 de agosto su noviciado en la abadía de Zirc. Hizo su profesión temporal el 30 de agosto de 1949 e inició sus estudios de filosofía y teología. Cuando los comunistas se apoderaron del poder en Hungría, huyó, juntamente con varios jóvenes hermanos por caminos nada fáciles, hacia Roma, donde continuó sus estudios en Ateneo Pontificio de San Anselmo. El 1 de enero de 1954 hizo su profesión solemne en Casamari para la abadía de Zirc. El 4 de septiembre de 1955 recibió la ordenación sacerdotal en la abadía de Frauenthal, de manos de un obispo húngaro, también refugiado, Mons. Stephan Hasz. En 1956, el abad general, Dom Sighard Kleiner, le nombró prefecto de los jóvenes monjes que frecuentaban temporalmente el colegio internacional de San Bernardo, en Roma. El Padre Policarpo fue profesor de historia de la Iglesia desde 1960 y de derecho eclesiástico en San Anselmo en 1971. A partir de 1978, fue en repetidas ocasiones, decano de la facultad de teología. Cuando se trataba de distribuir temas para las tesis de doctorado o de licencia, Dom Policarpo procuraba que se estudiase la historia de las Congregaciones de la Orden Cisterciense y de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia. El papa Juan Pablo II, en 1978, le nombró consultor de la Congregación para los Religiosos y, en 1980, también consultor de la Congregación para las Causas de los Santos. En la Curia Generalicia, desde 1953, desempeñó el cargo de bibliotecario y, en 1963, se le encargó la redacción de la revista *Analecta Sacri Ordinis Cisterciensis* (más tarde *Analecta Cisterciensia*), en la cual él mismo publicó o hizo publicar importantes estudios sobre historia de la Orden. También tomó parte muy activa en la preparación y en la realización de todos los capítulos generales, de las reuniones del Definitorio y de los Sínodos de esta época. Los proyectos de la *Declaración del Capítulo General de 1968-1969* sobre los elementos esenciales de la vida cisterciense de este tiempo, así como el reglamento del capítulo general se deben en lo esencial a sus trabajos preparatorios. Después de la dimisión del abad general, Dom Sighard Kleiner, que había presidido la Orden durante treinta y dos años, el Capítulo General eligió al Padre Policarpo para sucederle el día 2 de septiembre de 1985, en Casamari. Al día siguiente, el Prefecto de la Congregación para los Religiosos, Cardenal Augustin Mayer, o.s.b., le confirió la bendición abacial en la basílica de Casamari.

Procuró llevar a cabo del mejor modo posible su deseo, expresado repetidas veces, de mostrar su interés y de aportar la ayuda del abad general a las congregaciones cistercienses y a los monasterios que sufrían persecución a nivel político. El “cambio” que se produjo en los países pertenecientes al bloque del Este en 1989 recompensó sus esfuerzos de modo inesperado, pero, al mismo tiempo, puso de manifiesto las enormes dificultades en cuanto al personal y a los medios económicos para un nuevo comienzo. Con ocasión de sus visitas regulares, no dejaba nunca de insistir sobre una orientación conforme a la *Regla* de San Benito, sobre la formación inicial, continua e intensa de los jóvenes miembros, así como sobre la claridad de las situaciones en el plano jurídico. Demostró también una enorme comprensión por las situaciones difíciles causadas por la falta de vocaciones o de los medios económicos. Sus homilías, en ocasión de las bendiciones de abades o abadesas, revelaban la profunda espiritualidad de su personalidad. Dom Policarpo llevó a cabo un enorme trabajo en la preparación y celebración del Capítulo General de 1990 junto con el congreso que le precedió con motivo de los 900 años del nacimiento de San Bernardo. A su celo constante debemos las ediciones de las *Obras completas de san Bernardo* en latín y alemán, así como en latín e italiano. Trabajó también en la nueva redacción de las Constituciones de las congregaciones y de los monasterios incorporados directamente a la Orden. Se comportó de modo más bien reservado en la cuestión planteada en diversas ocasiones de una posible unión entre la Orden Cisterciense y la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia. Sobre la cuestión de la responsabilidad de su separación trató de establecer argumentos históricos y jurídicos. De modo parecido adoptó una posición más bien moderada en lo que se refiere a una participación más activa de las monjas en el gobierno de la Orden. Como superior de la Curia Generalicia de Roma era más bien severo. Conocía los peligros y los atractivos de la Ciudad Eterna. Exigía a menudo de sus colaboradores un ritmo de trabajo al que él mismo estaba acostumbrado y reaccionaba con impaciencia cuando las tareas no se llevaban a cabo inmediatamente. Se preocupaba igualmente por el progreso intelectual de los jóvenes hermanos que residían en el Colegio de san Bernardo. Por otra parte, los hermanos que han vivido con él durante los años en que vivió en la Curia,

dan testimonio de su delicada atención y de su preocupación verdaderamente humana cuando surgía dificultades personales o de enfermedad. Su hospitalidad debe también ser mencionada. Como consecuencia de una dolorosa enfermedad de las vértebras, para Dom Policarpo tanto el caminar como el viajar se convirtieron cada vez más en motivo de sufrimiento. Dejo de ser abad general en 1995 y fue elegido abad de Zirc y Presidente de la Congregación de Zirc. Tenía ante su mirada la imagen gloriosa de esta Congregación antes de la segunda guerra mundial, cuya finalidad particular según las constituciones era la enseñanza y la educación cristiana de la juventud. Dom Policarpo obtuvo, después de numerosas y difíciles negociaciones con las autoridades gubernamentales, eclesiásticas y locales, la restitución de los cinco Liceos que la Congregación húngara había fundado y administrado antes de la guerra. La dirección y gestión de estas casas, como escuelas privadas católicas, resultó extremadamente difícil dado que la antigua generación de padres había llegado ya a la edad de la pensión, mientras que los recién llegados no habían alcanzado aún la cualificación requerida o no la deseaban. Junto a toda esta actividad, Dom Policarpo era profesor de derecho eclesiástico en la Universidad Católica de Budapest, y hasta 2005, miembro del Consejo del Abad General. Su mandato como abad de Zirc y Presidente de la Congregación terminó en febrero de 2008, pero continuó dirigiendo la abadía y la Congregación como administrador hasta la elección de su sucesor, el 20 de diciembre de 2010. En 2000, la santa Sede le concedió, a título personal, la dignidad de Archiabad. La Conferencia Episcopal Húngara honró su actividad en 2009 con la distinción “Pro Paedagogia christiana”; y el Estado Húngaro le concedió, en 2011, la Cruz de Comendador con estrella de la Orden de mérito húngaro. Las grandes cualidades y la enorme actividad que este hombre llevó a cabo para la Orden Cisterciense, para la Congregación de Zirc y para la investigación, merecen agradecimiento y reconocimiento [Crónica de Dom Kassian Lauterer, O. Cist., abad emérito de Wttingen-Mehrerau].

18

En Irlanda, el ilustre obispo de Neath, Patrick Plunket. Hizo sus estudios en Lovaina. Al regresar a Dublín, entró en la orden cisterciense y

se ocupó, como preceptor, de la instrucción de su pariente Oliver Plunket, futuro primado de Irlanda, gran predicador y mártir. La autoridad apostólica no tardó en designar al piadoso monje como abad de Santa María de Dublín. Cuando en 1638 los cistercienses de Irlanda formaron una nueva congregación aneja a la de Castilla, bajo el patronado de san Bernardo y san Malaquías, fue elegido por unanimidad superior general. Pocos años después, en 1647, fue nombrado para ocupar la silla episcopal de Ardagh, durante la persecución desencadenada por Cronwell, tuvo que vivir escondido como pudo en los bosques, en las cuevas o en chozas miserables; la noche la aprovechaba para repartir a los fieles los consue-
los de la religión. Así durante siete años, fue el único obispo superviviente en Irlanda. Al fin hubo de tomar camino del destierro. Logró regresar y, enterado de que el virrey pretendía crear una iglesia cismática, sin temor a la muerte o a la cárcel, se esforzó con todos los medios posibles por impedir la realización de tal proyecto. Enterada la santa Sede de sus pre-
claros méritos, lo elevó a la sede de Noath, de mucha mayor dignidad, dentro del orden episcopal, mostrándose en medio de tantos honores, pobre y padre de los pobres, versadísimo en las ciencias eclesiásticas y lleno de celo por la salvación de las almas. Murió con la muerte de los justos en 1679, después de haber regido la iglesia de Noath durante ca-
torce años.

19

En Claraval, el piadosísimo Balsamo, monje del monasterio de San Vicente y San Anastasio de Roma. Ocupado de los negocios temporales de la abadía, encontraba, no obstante, tiempo suficiente para añadir a la observancia regular otras prácticas de piedad, como recitar diariamente el salterio y castigar su cuerpo con rudas disciplinas. Pasando de viaje por Claraval, suplicó humildemente a san Bernardo la gracia de ser te-
nido como un miembro de la comunidad en lo concerniente a los sufra-
gios por los difuntos. El santo abad aceptó la propuesta y, desde entonces, el buen monje se consideró hijo de Claraval, cumpliendo como tal con los sufragios por los difuntos de este monasterio. Deteniéndose en otra ocasión en el mismo Claraval con motivo de un nuevo viaje, oyó tocar

las tablillas de los enfermos y, edificado de la diligencia de los monjes para acudir al lecho del moribundo, pidió a Dios, lleno de fervor, la gracia de tener el mismo privilegio que aquel hermano. Cantaban los monjes según costumbre *Domine, miserere super peccatore*, y el devotísimo Balsamo se sintió presa de altas fiebres. No le dejaron ya, purificándole de todas sus faltas, hasta que la muerte vino a dar cumplida realidad a sus deseos, con tanta complacencia como presteza.

En Lamarre, Provenza, el 20 de septiembre de 1652, la venerable abadesa Margueritte de Forbin de Solliers. Entró en el monasterio a los nueve años y gozó de elevadas gracias místicas. Durante los cincuenta años de su abadiato, trabajo, incansablemente en hacer florecer la anti-gua disciplina monástica.

20

Eustache de Beaufort, en Sept-Fons, año 1709, venerable y santo abad, reformador de la abadía. Al cumplir los veinte años de edad años, su padre obtuvo para él esta abadía, donde el joven no buscó más que ampliar el fausto de su vanidad juvenil. Un hermano suyo de más edad, que era ya sacerdote, al verle así, procuró por todos los medios atraerle al amor de la penitencia y de la soledad. Poco a poco, fue inclinado a los monjes que la providencia le había confiado hacia una disciplina regular más estricta. En 1663, personalmente comenzó a vivir la Regla en todo su rigor, clausura, silencio, lectura, trabajo manual, ayunos y abstinencias. Su ejemplo pronto fue seguido por sus hijos. A todos precedía siempre en caridad, sencillez y austeridad. De esta manera Sept-Fons se granjeó muy alta reputación de monasterio fervoroso y los postulantes afluyeron. Al morir el santo abad dejaba cien religiosos de coro y cincuenta hermanos conversos, rivalizando en celo por la regla.

En Koningshoeven, Holanda, el hermano Luis María Van Rijekevorsel Van Rijsenburg. En su juventud llevó, aun en medio del mundo, una vida muy regulada; despreció las riquezas paternas y la nobleza de su nombre y entró en el dicho monasterio holandés, de reciente fundación. Desde el primer día aceptó por amor de Jesús, con el corazón hen-

chido de gozo todo cuanto la regla y las circunstancias ofrecían de duro a una naturaleza como la suya. Con permiso y aprobación de sus superiores, ofrendó el sacrificio de su vida por la unión tan deseada de las tres congregaciones trapenses, sacrificio que renovaba ardiente, cada día. Dios aceptó la ofrenda. Tres semanas después de la muerte de este joven y santo religioso, la unión era una realidad.

En Heiligenkreuz, en Austria, Dom Karl Braunstorfer. Nació el 3 de mayo de 1895 en Katzelsdorf, cerca de Wiener Neustadt, hijo de campesinos, y bautizado con el nombre de Heinrich. Terminados los estudios del Liceo, el 22 de agosto de 1914 ingresó en el monasterio cisterciense de Heiligenkreuz, emitiendo su profesión solemne el 8 de septiembre de 1918. Ordenado sacerdote el 24 de febrero de 1919, el abad le confió la función de maestro de novicios, que ejerció hasta el momento de su elección abacial en 1945, formando así toda una generación de jóvenes a la vida monástica cisterciense. El 23 de diciembre de 1933 fue nombrado prior y párroco de la parroquia de Heiligenkreuz, y como atento padre espiritual adquirió el amor y la estima de muchas personas. A la muerte del abad Gregor Pöck, el 9 de agosto de 1945, fue elegido abad, y en el mismo año llegó a ser Abad Presidente de la Congregación Cisterciense de Austria. Su actividad pastoral procuró frutos no solamente en las estructuras externas y en la renovación interna de Heiligenkreuz, sino también en todos los monasterios de la mencionada Congregación Cisterciense de Austria. A una edad avanzada, como Abad Presidente participó en el Concilio Vaticano II, y el espíritu de esta asamblea plasmó los últimos años de su vida, pues regresó de Roma “como un hombre totalmente cambiado”. Su mirada abarcaba a toda la Iglesia en el mundo, y su deseo era introducir en su monasterio el espíritu del Concilio. A los setenta y cinco años dejó de ser abad pasando a ser, con toda humildad, uno más entre sus hermanos. A pesar de que su salud iba decayendo, nunca dejó de participar regularmente en la plegaria coral. El 0 de septiembre de 1978 falleció entre sus hermanos, acompañado de sus oraciones, después de un año de enfermedad, soportada con humildad, y aceptando con plena conciencia la muerte de la mano de Dios. Pocos días antes de su muerte escribió al Abad General Dom Sighard Kleiner: “...

que yo permanezca completamente en armonía con la voluntad de Dios”. Descansa en el cementerio del Monasterio de Heiligenkreuz.

21

En Cister, el bienaventurado Bonifacio, abad. Fue tal su vida, que recibió a su muerte el honor excepcional, rehusado a sus inmediatos predecesores hacía ya sesenta años, de ser inhumado, en 1250, con los primeros abades cistercienses.

En el monasterio de Chatillon, en la región de Barrois, el reverendo padre Octavio Arnolphini, abad y reformador. De noble linaje, recibió de Enrique IV, en 1598, la abadía de la Chamoyé en calidad de abad commendatario. Al poco tiempo marchó a Claraval para tomar el hábito cisterciense. Su vida se hizo tan ardiente y espiritual, que se concertó con otros dos monjes cistercienses, Abraham L'Argentier y Esteban Maugier, para hacer lo posible en la reforma de la Orden. Elegido abad de Chatillon en 1605, no dudó en introducir en su monasterio la estrecha observancia. Rico en virtudes y méritos, murió, en 1641, en el monasterio de Preully. Su cuerpo, conducido a Chatillon, fue depositado ante la grada del presbiterio con un epitafio laudatorio.

22

Martirio de Etienne d'Hubert, monje de Ourscamp, muerto en los pontones de Rochefort en 1794.

En Alemania, el bienaventurado e ilustre obispo Oton de Freising. Hijo del margrave de Austria, san Leopoldo, fue destinado al estado clerical por sus mismos padres. Hizo sus estudios eclesiásticos en París. De regreso a su patria se detuvo en Morimond, junto con otros quince clérigos, como él, jóvenes distinguidos, para pasar la noche. Pero ya no quisieron reanudar la marcha y entraron en el noviciado. Andando el tiempo todos fueron promovidos a altas dignidades. Otón fue elegido abad de Morimond en el año 1158, después de diez años de vida religiosa. En este

mismo año, su hermanastro, el emperador Conrado, le obligó a aceptar el obispado de Freising, en Baviera. Se alistó en Ratisbona para las cruzadas y participó en la desgraciada aventura de Conrado y su ejército. Visitó Jerusalén; poco después tornó a su patria para servir de consejero a su sobrino, Federico Barbarroja, cuando este subió al poder. No obstante, su actividad principal la desarrolló en su diócesis donde todo estaba por hacer en el orden espiritual. Entre los alemanes de su tiempo, Oton de Freising fue el que más sobresalió por su ciencia escriturística y su conocimiento de Aristóteles. Permaneció siempre fuertemente unido a la orden cisterciense, cuyo hábito jamás abandonó; al mismo tiempo, se esforzó por extender la vida monástica en su diócesis. En 1158, quiso asistir al capítulo general. Tenía apenas cuarenta y cinco años y ya su salud estaba muy débil. Puesto en camino se agravó su debilidad y hubo de detenerse en Morimond. Sintiendo morir, confió sus escritos a hombres doctos y piadosos, remitiéndose a sus luces para corregirlos. Dando en todo momento pruebas de entera y sentida humildad, dejó la luz menguada de este mundo por la luz verdadera e infinita, rodeado de gran concurso de obispos y abades.

23

En el monasterio de Dombes, año 1905, Dom Luis Gonzaga Moirant, abad. Siendo todavía seminarista entró en Aiguebelle, donde, desde su noviciado, fue designado para la fundación de Dombes. Su piedad radiante y su dulzura encantaban desde el primer momento; sobre todo, era un modelo de obediencia. Prior durante seis años, fue para la comunidad un horno de calor y una fuente de luz. Muy duro para consigo mismo, era suave y dulce para los demás, de tal suerte, que si exigía de todos una observancia integral de la Regla, sabía hacerse simpático por su discreción, sus maneras afables y su fervor espiritual. La pureza de su vida y la elevación de su doctrina atrajeron a su monasterio gran número de vocaciones y le hicieron eminente director de almas. En 1882 fue nombrado tercer abad de Dombes; su vida, desde este momento, fue una auténtica armonía entre los oficios de María y Marta. Viéndolo siempre con los ojos modestamente bajos y el rostro sereno, se podía intuir la alta

contemplación se su alma. Su gran cuidado fue la perfecta ejecución de todas las ceremonias litúrgicas. Era un apasionado de la sagrada escritura, los libros de teología ascética y hagiográfica. En los acontecimientos, en las persecuciones de los gobiernos civiles, en las enfermedades corporales, en todo veía la cruz de Cristo redentor. En varias ocasiones estuvo a punto de morir. Se restableció siempre, hasta que después de una larga agonía, este fiel servidor de María santísima entregó, por fin, su hermosa alma en manos del creador. Sus últimas palabras fueron: -“Dentro de muy poco tiempo me voy al cielo a cantar el Aleluya”.

24

En el monasterio de Santa Ana, en Ávila, la venerable virgen María Vela y Cueto, llamada “la mujer fuerte.” Escritora mística. Hija de don Alvaro de Cueto y de doña Ana de Aguirre, nació en Cardeñosa (Ávila) en 1561. Según costumbre de aquellos tiempos recibió el nombre y apellido de su abuela paterna, doña María Vela. Sus padres pertenecían a familia distinguida, pero destacaban como fervorosos cristianos, hasta tal punto que el primer biógrafo de la venerable, el Dr. Vaquero, cuando alude a ellos utiliza estas frases: “Bien tenía doña María a quien se parecer”, por ser su padre gran siervo de Dios y la madre gozaba en la ciudad fama de verdadera santa y mujer de mucha oración. Una madre así se supone la formación que inculcaría a sus hijos, pues fueron varios los vástagos que florecieron en su hogar, entre ellos tres hijas, que la tres terminarían sus días en la vida religiosa, en el monasterio cisterciense de Santa Ana de la misma ciudad, donde ya vivía una hermana de su marido, doña Isabel de Cueto. La piadosa madre llevó a sus hijas por el camino de la oración, ya desde niñas, logrando hacer de ellas verdaderas esposas de Cristo. Las dos hermanas mayores, Jerónima y María, hicieron el ingreso en Santa Ana apenas apuntó en ellas la juventud. Dicen que María acababa de salir de una enfermedad grave, se estaba reponiendo y llevaba en su rostro signos tan manifiestos y llamativos de delgadez que las monjas pensaban que la llevaban a morir al monasterio. De las dos hermanas, Jerónima, que aparecía con aspecto rebosante de salud, fallecería a los tres años de profesar; en cambio, María –que llegó con aspecto casi ca-

davérico– viviría más de cuarenta años, sirviendo a la comunidad todo cuanto le fue posible. Ambas hermanas profesaron a un tiempo, el 20 de junio de 1582, habiendo sobrevivido sor Jerónima sólo tres años, según se acaba de decir. Lo mismo la otra hermana más pequeña, que las siguió al claustro, Dios se dignó arrebatarla también de la vida al poco tiempo de ingresar, quedando solo María en el monasterio, que iba a comenzar una vida de santidad poco corriente, mejor dicho, toda su vida fue un constante ascender por los caminos de la perfección. La intensa piedad aprendida de su madre se acrecentó en el momento de verse retirada en el claustro, donde no había impedimento alguno que se opusiera a su entrega constante, al verse libre de cuidados que atan los espíritus e les impiden vivir unidos a Dios. Sirvió a la comunidad como organista y cantora casi toda su vida, y también fue muchos años maestra de novicias, esmerándose en enseñar a las jóvenes, a la par de las obligaciones del propio estado, los caminos seguros que conducen a la perfección, mostrándose ella auténtico modelo de cuanto enseñaba con sus palabras. Tenía como lema de su vida aquellas palabras de san Bernardo: “Poco ora quien no ora más que el tiempo que está en el coro”; y tratando de vivir este principio consiguió un progreso constante en todas las virtudes, porque de la oración sacaba fuerzas para resistir a las tentaciones, para mantenerse en humildad, para abrazarse con el sacrificio y para seguir de cerca los pasos del Amado de su alma. A imitación de santa Teresa de Jesús -a quien es posible conociera, por haber fallecido la santa en el mismo año en que profesó María y haber frecuentado tanto los conventos de Ávila como a otras almas privilegiadas-, mereció singulares favores de Cristo, quien se le dejaba sentir en la oración, descubriéndole misterios o dictándole palabras divinas. Sus escritos aparecen rebosantes de favores celestiales, llevan la impronta de lo divino, son manifestaciones que Dios descubre al mundo sirviéndose de esas almas sencillas que viven sumergidas en su voluntad y a la escucha de su palabra. [Muchos son los documentos que el archivo de Santa Ana de Ávila conserva de la venerable Vela. Sólo se cita: 1. *Libro de las Mercedes recibidas del Señor*, 226 hojas forradas en pergamino, en cuya última página se halla la confirmación notarial, hecha por el doctor don Diego de Arce Reinoso, obispo de Ávila, por la cual acredita ser escrito de puño y letra de la venerable. 2.

Autobiografía. 3. Libro manuscrito La Mujer Fuerte o Vida de Doña María Vela, por el Dr. Magistral G. Vaquero, su confesor].

25

En la Guayana francesa, el año 1798, el martirio de Dom Malaquías Bertrand, monje y procurador de la abadía de Orval. En los cuatro años que vivió escondido en Luxemburgo, después de la supresión de las órdenes religiosas, no cesó en sostener con su celo apostólico a las almas vacilantes, hasta que, en el mes de noviembre de 1797, fue detenido y encarcelado. Con otros sacerdotes se le hizo subir a una carreta y, en pleno invierno, sometidos a todas las vejaciones e insolencias de los guardianes en un viaje que duró un mes hasta los pontones de Rochefort. Después de sufrir todo linaje de tormentos semejantes a los padecidos por los mártires franceses de 1794, se les embarcó para la Guayana, con destino al horrible desierto de Konanama. El fiel monje no perdió la tranquilidad de alma y la serenidad del rostro; pero el régimen inhumano al que fue sometido arruinó en seis semanas su fuerte constitución. Como un vencedor partió este confesor de la fe para el cielo a recibir la corona de gloria.

En Heisterbach, Alemania, el piadoso Cesáreo, monje e ilustre historiador. Fue algún tiempo maestro de novicios; escribió la historia de su tiempo y, en particular, la de su Orden, con gran piedad y utilidad. De sus numerosas obras, unas las compuso para su propio uso en la adolescencia y otras a petición de sus hermanos de hábito o para obedecer a su abad. Fruto de sus vigiliass, presenta siempre sus obras al lector con humildad y prudencia. Según su propio testimonio eran buscadas con avidez para ser leídas y transcritas. Escribió también sermones y homilías sobre diversos pasajes de la Escritura, los hechos de los santos y libros de ejemplos, milagros y visiones. Estos últimos son los que han tenido y tienen mayor celebridad; pero también los que le han granjeado la nota de excesiva credulidad, defecto imputable a la época más que el autor mismo. En efecto, cuando escribe historia, según afirmación de los Bollandistas, se muestra como un testigo sincero y un excelente escritor, cuyos trabajos deber ser colocados y honrados entre los mejores monu-

mentos de la hagiografía de su tiempo. Murió este preclaro monje hacia el año 1245.

DOM ANSELME LE BAIL (1878-1956). Nacido en Francia, ingresó a los veinte años en la Congregación del Espíritu Santo; pero, sintiendo que su vocación era la vida contemplativa, seis años más tarde comenzó su noviciado en la abadía de Scourmont, en Bélgica. Fue sucesivamente maestro de novicios, subprior y prior, y en 1913 fue elegido abad del monasterio. En 1928 envió un grupo de monjes a la isla de Caldey, en Gales, y fue la primera fundación de Scourmont. Soñó con hacer una fundación en la India; pero la II Guerra mundial acabó con el proyecto. Siete años antes de su muerte sufrió un ictus cerebral, por lo cual no podía ni caminar ni hablar. Como abad estuvo siempre muy interesado en que los monjes de su abadía, y de toda la Orden en general, tuvieran una buena formación intelectual, fundamentada en la *Regla* de san Benito, la liturgia y el patrimonio cisterciense. Escribió numerosos artículos sobre estos aspectos, la mayoría de los cuales permanecen manuscritos. Favoreció con gran entusiasmo el desarrollo intelectual y humano de sus monjes, sin perder nunca de vista su vocación esencial de la búsqueda de Dios. Contribuyó en gran manera a la creación de la revista *Collectanea*. Su trabajo produjo como fruto un interés renovado por el estudio de los Padres cistercienses y de los elementos fundamentales de la tradición cisterciense. Muy bien se puede decir que, además de ser un abad de gran sentido pastoral, aportó nuevo vigor y energía a la renovación intelectual y espiritual en toda la Orden cisterciense en la segunda mitad del siglo XX. Él mismo fue siempre un modelo de monje observante y culto, amante de la tradición y de los hermanos, distinguiéndose siempre por su amabilidad, generosidad y disponibilidad pastoral. Gozaba de gran autoridad y reconocimiento en la Orden y en los Capítulos Generales. Murió en su abadía belga el 25 de septiembre.

26

En Villers de Bravante, el bienaventurado Godofredo Pacomio. Niño todavía entró en los canónigos regulares, pero la atracción que el

silencio interior y la soledad ejercían en su espíritu lo llevaron a pedir la admisión entre los cistercienses de Villers. Durante el trabajo era su costumbre favorita expresar su piedad por medio de oraciones jaculatorias. De gran mortificación, se abstenía de todo signo inútil, y aún de todo gesto fuera de lugar y hora. Dejaba la mayor parte de su comida para los pobres y recogía cuidadosamente la fruta que encontraba en la huerta para distribuirla. Con frecuencia llamaba la atención de los chantres para que no se olvidasen de encargarle el oficio de servidor de mesa, que le proporcionaba gran placer y cumplía con gran devoción, sin molestar a otros para que le ayudasen a lavar la vajilla. Con la edad no se relajó nada su fervor, siempre dispuesto a soportar con reverencia toda clase de contradicciones. Murió en 1262.

En España, la venerable Ana de Villarroel, monja de Santa Ana de Ávila. Se cuenta de ella que guardó el silencio más estricto y riguroso hasta su muerte. Dormía sobre un pobre lecho. Recibía todos los días la sagrada eucaristía, cosa extraña en su tiempo. Murió en 1600 con fama de monja entregada y virtuosa.

27

En Lyon, el bienaventurado arzobispo Guichard, varón de gran santidad. Monje de Císter, fue elegido abad de Pontigny. Gobernó este monasterio durante casi treinta años y fundó varias casas religiosas dependientes de su abadía. Gozó de gran reputación ante el Papa Alejandro III, entonces refugiado en Francia a causa del cisma; con el consejo de este romano pontífice, santo Tomás, arzobispo de Canterbury, se dirigió a Pontigny, en busca de asilo. Desde ese momento fue Guichard su mejor amigo. Más tarde, y por influencia del santo prelado inglés, el abad de Pontigny fue designado arzobispo de Lyon y primado de las Galias. El mismo Alejandro III le consagró en Montpellier y le hizo su Legado para toda Francia. Poeta excelente, según el testimonio de sus contemporáneos, puso toda la finura y vivacidad de su alma en este arte, así como en otros trabajos, destacando, además, por la gravedad de sus costumbres. Dejó esta tierra en el año 1181, después de haber regido su

archidiócesis durante quince años. Su cuerpo, trasladado a Pontigny, recibió sepultura en la capilla principal de la iglesia.

En Clairefontaine, Luxemburgo, la abadesa Juana, célebre por su espíritu contemplativo. Cuenta una tradición que sobre el pórtico de la iglesia del monasterio había una estatua de piedra de la Señora, y que esta respondía y se inclinaba siempre al saludo de la santa abadesa.

28

En Longpont, monasterio de la Picardía, el beato Jean de Hentnirail, monje. Caballero de los más renombrados del reino francés, salvó a su rey Felipe Augusto, durante la guerra de Cisors, en una refriega en la que estuvo a punto de sucumbir. La divina gracia le arrancó de las vanidades del siglo, construyó en su castillo de Montmirail un hospicio para pobres y peregrinos, satisfecho de poder ejercitarse personalmente en diversas obras de misericordia y de piedad. Amortajaba a los muertos, visitaba a los leprosos y les besaba las manos al tiempo que les repartía sus limosnas. Ocasión hubo en que acostó a los pobres en su mismo lecho, echándose él a descansar en el suelo. A los cincuenta años de edad, años con el consentimiento de su esposa entró en el monasterio de Longpont, donde, desde el principio, sin ningún reparo, tomaba su pobre comida y aún le añadía agua fría en todas las porciones, gozoso de poder así desarraigar de los más pequeños deleites. Dejó este destierro en la fiesta de san Miguel del año 1217, después de siete años de vida religiosa, llenos todos con los más hermosos ejemplos de obediencia, caridad y extraordinaria humildad. En 1891, el romano pontífice León XIII confirmó el culto secular que se le venía tributando.

29

En Claraval, el bienaventurado Conrado, de la familia de los duques de Urach, linaje de la casa ducal de Turingia. En su mocedad había sido ya deán del capítulo de San Lamberto de Lieja. Las intrigas políticas y la mala fe de algunos fueron los medios de que Dios se sirvió para lle-

varlo a Villers. Aquí pronto fue nombrado prior y, más tarde, en 1209, abad; pasó luego a ocupar la silla pastoral de Claraval y, en 1217, la de Císter. En calidad de abad de la casa madre de la Orden, propuso al capítulo general cantar todos los días la Salve en honor de la santísima Virgen. Los soberanos pontífices Inocencio III y Honorio III le confiaron diversas misiones. En 1219 fue nombrado cardenal obispo de Porto y Legado pontificio para el Languedoc. Afirmó y sostuvo los principios de la naciente orden de santo Domingo. Predicó la cruzada por los países germánicos. Recorrió en todas direcciones el territorio de su legación con el fin de sostener los esfuerzos de los cruzados contra los herejes y de atraer al clero al camino de la santidad. Desgraciadamente, la expedición proyectada a Tierra Santa degeneró en negocio político, debido principalmente a las malas artes de Federico II. Uno de los contemporáneos de Conrado dejó de él este juicio: *“Cumplía sus funciones con gran sabiduría; la multiplicidad de los negocios no le impedía dejar siempre libre el paso a las consideraciones sobrenaturales; su espíritu equilibrado pasaba con toda naturalidad de los problemas temporales a las cuestiones espirituales”*. Murió en Italia el año 1227 y, según su deseo, fue enterrado en Claraval.

En 1825, la fundación del monasterio de Oelenberg, Alsacia, o Monte de las Olivas. Los fundadores eran los religiosos de nacionalidad alemana que habían quedado en Darfeld comunidad fundada en el 16 de octubre de 1795. En este día se trasladaron a este mismo lugar los monjes de Rosenthal, Westfalia, monasterio fundado el 28 de diciembre de 1800, con el nombre de Nuestra Señora de la Misericordia. Algunos años más tarde, en 1895, se trasladaron de nuevo a Altbron.

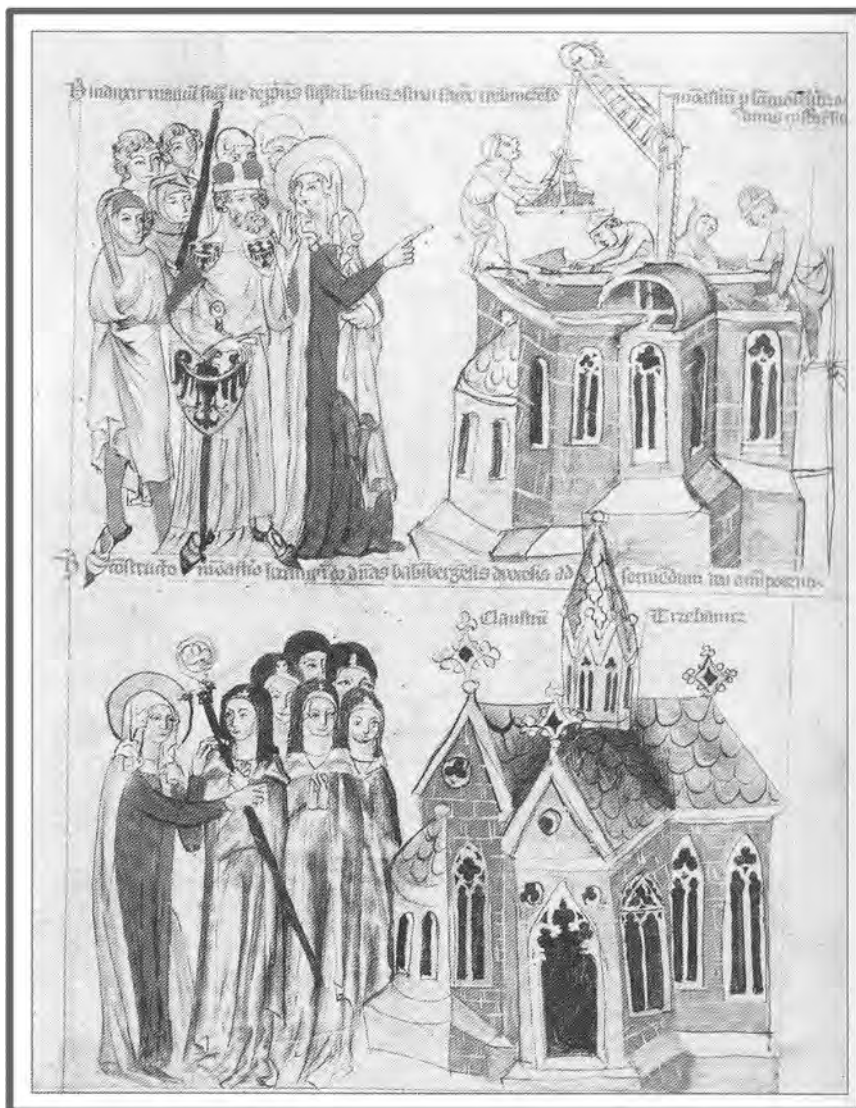
30

En Bélgica, en 1529, el ilustre Gerard de Bellosarto, abad de Aulne y vicario general de la Orden en Bélgica. Sus dotes excepcionales le ganaron una amistad íntima con el cardenal-obispo de Lieja, Everard de la Marok. Con su aprobación, Gerard restableció la disciplina monástica en las abadías de su jurisdicción; los monjes difirieron someterse a la vida

común; y entre las monjas, con dificultad, mucho tiempo y muchos sinsabores, logró restablecer la clausura. Fue inhumado en su abadía delante del altar mayor.

En Moreruela, España a fines del siglo XV, el venerable Benito de Salamanca, monje y sacerdote, gran servidor de Dios. Jamás se dispensaba de la asistencia del oficio divino, ni aun por enfermedad; de los objetos que tenía para uso particular todos podían disponer de ellos como propios. Fue elegido abad de Melón, pero rehusó el cargo, temeroso de perder los méritos de la obediencia. Durante muchos años estuvo encargado del refectorio, empleo que ejerció con rara caridad y suma diligencia. A causa de la dura penitencia que hacía decayeron sus fuerzas declinaron y su estómago rebelde le hizo imposible la celebración de la misa. Para resarcirse, ayudaba a todas las misas que sucesivamente se decían desde maitines, sin reparar en la humedad de la iglesia ni en la fatiga de tantas horas de rodillas. Un día, ayudando a la misa del padre prior, que era la última de aquel día, pidió la santa comunión. Apenas comulgó, expiró santamente.

En la abadía de Stamps, Austria, en el año 1690, el santo monje Simon Tomasch, gran devoto y servidor de María. Los días de fiesta evitaba toda conversación; en las restantes jornadas era exactísimo en vigilar para no proferir palabras inútiles o poco edificantes. Muy versado en las cosas espirituales, siempre risueño y alegre, de una modestia admirable en todo su porte, gozaba con prestar algún servicio a los enfermos. Tuvo una muerte piadosísima, sin dejar el crucifijo que, aun luego de expirar, sostuvo levantado algún tiempo.



Santa Edwigs de Polonia

OCTUBRE

Día 1

En Villers de Bravante, el joven monje Ulric, natural de Colonia; de rostro agradable, con un alma adornada de buenas obras. Quince días antes de su muerte –cuenta Cesáreo de Heisterbach–, una religiosa reclusa vio un globo de fuego sobre la cabeza de Ulrico mientras celebraba la santa misa en Namur. Ya enfermo, dijo a sus hermanos: “Mañana, os daré ocasión de tener una fiesta de dos misas”. En efecto, al día siguiente expiró después de la misa conventual cantada a continuación de prima. En esta época no era costumbre diferir la inhumación de los cadáveres hasta el día siguiente. Por tanto, hubo de celebrarse una segunda misa de tercia en sufragio del santo monje y con motivo de su enterramiento.

En Aiguebelle, año 1824, la piadosa muerte de Luis Gonzaga Bailly, prior. Había vivido varios años entre los ermitaños de Mont-Valerien, cerca de París. Su diligencia para toda clase de servicios y su habilidad en resolverlos, en medio de difíciles y largos viajes, le ganaron la estima y afecto de sus hermanos y superiores. Después de la supresión de la Val-Sainte, en 1811, se retiró con otros compañeros a Nancy, ocupados en guardar un pequeño santuario dedicado a la Virgen María, observando en todo momento la vida regular, aun más allá de sus fuerzas. Vuelto a la Val-Sainte, se unió al pequeño grupo que, con Dom Esteban Malmy a la cabeza, se dirigían a Aiguebelle con el fin de restaurar aquel monasterio. Cuando el P. Luis Gonzaga se encontró sobre el umbral de la puerta antigua de la abadía, se arrodilló, besó la tierra y exclamó: –“Ahora, Señor, si os place, dejadme terminar mis días aquí.” El obispo de Grenoble, que le ordenó presbítero, no pudo menos de decir a los que le rodeaban, después de la ceremonia: –“Acabo de ordenar a un santo.” A pesar de sus enfermedades nunca quiso que se le dispensara de la Regla. Un día, al fin, durante el trabajo manual, cayó agotado. En su lecho de muerte entonó, alegre, el salmo “Laetatus sum” y, al llegar al verso “Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis”, como si expresase y realizase al mismo tiempo el deseo de toda su vida, expiró. Era el 8 de octubre de 1824.

EN ROMA, Y EN EL AÑO 1892, TUVO LUGAR LA APERTURA DEL CAPÍTULO GENERAL CONVOCADO POR LEÓN XIII, A FIN DE UNIR EN UNA ORDEN AUTÓNOMA TRES CONGREGACIONES TRAPENSES.

2

En Val-Sainte, año 1796, la muerte del piadoso monje Pacomio Bechet. Era sacerdote de la diócesis de Lyon cuando estalló la Revolución. Cediendo a la solicitud pedida, prestó el juramento de la Constitución civil del clero y recibió del gobierno el cuidado de una parroquia importante. Pero, tomando conciencia de su falta, hizo una retractación pública y huyó a la Val-Sainte con el deseo de llevar una vida de total reparación. Ya monje, puso como fundamento de su vida espiritual la obediencia más puntual. Era esta fidelidad total a la obediencia lo que le conservaba la paz en medio de las más duras inquietudes de conciencia. En la exactitud en cumplir las penitencias y austeridades impuestas por la Regla veía el medio más seguro de ofrecerse en holocausto por la salvación de las almas que, con su debilidad pasada, había defraudado. Las enfermedades no hicieron más que acrecentar sus virtudes, en especial la dulzura para con los demás y el desprecio de sí mismo. Estando en el lecho de la agnía, y por espíritu de fidelidad regular, todavía recitaba de memoria los salmos del oficio divino. Advirtió a su prior las pruebas que vendrían sobre la Val-Sainte, recomendó a los jóvenes la obediencia ante todo y, plenamente abandonado a la voluntad de Dios, en la fiesta de los santos ángeles se fue a recibir la recompensa prometida en la Escritura al varón justo y obediente.

En 1898, la dichosa restauración, que bien podría decirse resurrección, del monasterio de Ntra. Sra. de Císter, gracias a las iniciativas combinadas de Dom Sebastián Wyart, abad General de los Cistercienses de la Estrecha Observancia y de Dom Juan Bautista Chautard, abad de Sept-Fons. La nueva comunidad se formó con religiosos provenientes de varios monasterios de nuestra Orden. Los voluntarios fueron numerosos, pero muchos pronto se desmoralizaron. Teniendo en cuenta las circunstancias difíciles por que hubieron de pasar, la perseverancia de los que

quedaron fue, durante largos años, verdaderamente heroica y digna de ser comparada con la de nuestros primeros Padres. Pero, finalmente, pudo cosecharse el fruto de este gran sacrificio.

3

En Suiza, el bienaventurado Algoto, obispo de Coire, discípulo de san Bernardo, venerado por su sabiduría, piedad y santidad. Antes de entrar en el monasterio, gozaba ya de cierta notoriedad entre el clero y el pueblo, como se deduce del hecho de que los habitantes de Coire fueran a Claraval para obtener su aceptación para ser nombrado pastor de sus almas. Sólo en bien de los pobres y de la Orden se determinó a acceder a los deseos de sus compatriotas. Desplegó gran actividad para asegurar lo necesario a los monjes y monjas y robustecer la disciplina religiosa. Defendió con valentía los derechos y posesiones de la Iglesia y, durante nueve años, hasta su muerte, acaecida en 1160, no abandonó un momento la vigilancia en todas las responsabilidades de un buen pastor.

En Poblet, Cataluña, el bienaventurado Bartolomé Conill, abad. Médico muy instruido y versado también en las ciencias eclesiásticas, era, al mismo tiempo, de una humildad casi nimia. Al ser elegido abad en 1437 no quiso aceptar la elección, a pesar de los ruegos de los príncipes y nobles que protegían el monasterio. La intervención del papa Eugenio IV le hizo ceder al fin. Los reyes de Navarra y Aragón le tenían en gran estima; sus hijos le veneraban como a un santo; él mismo se deshacía en caridad por satisfacer los deseos de sus hermanos, sobre todo de los enfermos, a quienes visitaba con asiduidad, prodigándoles toda clase de cuidados. Más que a su ciencia médica, se atribuían a su virtud y sus oraciones las numerosas curaciones que fluían de sus manos. Murió santamente en este día del año 1459.

4

En Fountains, Inglaterra, el santo monje Raoul Rageth, noble caballero. Los consejos y oraciones del venerable converso Sinulfo, le orien-

taron hacia la vida religiosa. Tomó el hábito en Fountains; fue un religioso ejemplar en su celo por el trabajo, asiduo a la oración, obediente, agradable con todos y muy servicial. Fue llamado a regir la abadía de Kirks-tall. Las enfermedades le visitaron, pero ante la adversidad supo mostrarse siempre risueño de rostro y constante de ánimo. De conversación muy agradable y sazónada, toda su actitud revelaba y mostraba el sello de la perfección. Al cabo de nueve años de gobierno en Kirkstaall fue nombrado abad del monasterio de su profesión. Pasó a la otra vida hacia el año de 1191, rico en méritos, después de haber colmado en su cargo la medida de su discreción y sabiduría.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Prières, en 1647, la muerte del piadoso Bernardo Carpentier, prior y reformador. Después de una vida bastante agitada, comprendió, ya prior, que debía entregarse de lleno a una vida regular y restaurar la antigua disciplina. Con gran decisión afilió a su comunidad a la Estrecha Observancia. Con el consejo del venerable abad de Claraval, Dionisio Largentier, y aun con la ayuda de su propio abad comendatario, dio cima a su reforma con tan buen éxito que pronto pudo enviar algunos de sus monjes a otros monasterios para realizar la misma empresa, consiguiendo además que su abadía fuera en adelante gobernada por abades regulares. Durante los veintitrés años de su priorato admitió a la profesión a más de cien monjes, de los cuales siete llegaron a ser abades. Sus últimos años no fueron más que una oración ininterrumpida. Tenía al morir noventa y cuatro años.

5

En Claraval, el bienaventurado Godofredo de Melun, obispo de Sorra, en Cerdeña. Le dio el hábito monástico el bienaventurado abad Roberto, sucesor de san Bernardo; y de enfermero de la abadía fue promovido a la sede episcopal de Sorra, que gobernó con vigilancia de buen pastor durante siete años, guardándose a sí mismo con una gran pureza de costumbres. Estando en el capítulo general de la Orden oyó hablar de la traslación solemne de los restos de san Bernardo y, directamente, marchó a Claraval en compañía del arzobispo de Lyon y otros obispos

para tomar parte en la ceremonia. Llegando al monasterio claravalense dejó escapar esta súplica: -“Si he de morir pronto, no permitáis que deje este lugar”; temeroso de acabar su vida en otra parte y verse privado de una sepultura tan deseada. No tardó en sentir los efectos de una fuerte dolencia que, en pocos días, le redujo a extrema gravedad. Recibió los sacramentos, a los pocos momentos se durmió plácidamente en el Señor.

En este mismo día del año 1714, en el monasterio de La Trapa, descansó en la paz de Dios el monje Jean Bernard Himbert. Cuando estudiaba en París, la gracia iluminó su alma para comprender la vanidad del mundo. Entró en La Trapa, donde, a pesar de su frágil salud, abrazó las austeridades con un entusiasmo y fortaleza que admiraban a todos. En los diversos empleos que le fueron confiados, después de su profesión, se hizo agradable a Dios y a sus hermanos por su seriedad y caridad. De humor ecuánime, muy afable, estaba siempre ocupado en frecuentes oraciones a Dios, a la Virgen, a san Bernardo y al ilustre reformador de su monasterio. Triunfó así de las tentaciones y colmó su vida de paz y alegría. A los siete años de vida religiosa su salud se resintió. Ante el recuerdo de la bondad sin límites que Dios había derramado en su camino se deshacía en dulces lágrimas de reconocimiento; aunque no se encontraba en su cuerpo un miembro que no rasgase el dolor, con la oración y meditación recurría amorosamente a la Cruz de Cristo. Así, purificada su alma, rompió las ataduras mortales y voló a Dios.

6

En Toscana, el beato Balduino, discípulo de san Bernardo, primer cardenal de la orden cisterciense y arzobispo de Pisa. Resplandeció por su sabiduría, dignidad y autoridad en el ejercicio de sus funciones. La dulzura y humildad de su alma descubrían, bajo la nobleza del pontífice, un verdadero monje. La orden cisterciense y los fieles de Italia y de la cristiandad bien podían dar gracias a Dios por haberles levantado en su época una columna tal para sostenimiento de la Iglesia. Balduino, el cordial amigo de san Bernardo, puesto como luz sobre el candelero para alumbrar a las naciones, no estimó humillante para su dignidad servir de

secretario al abad de Claraval durante la permanencia de este en Italia, ocupado en los negocios de la Iglesia. “Sois mi único consuelo”, escribía el santo abad, reconociendo en su discípulo el espíritu que le animaba a él mismo; y cuando se enteró de su preciosa muerte, acaecida hacia el año 1145, compuso en su honor un elogio fúnebre calificándolo como varón digno de santa memoria.

7

En Oelemberg, Alemania, el bienaventurado abad Felipe. Nacido en una familia aristocrática y canónigo de la catedral de Colonia, pasó a París para hacer sus estudios. La gracia le movió a abandonarlos y a cambiar sus vestidos elegantes y finos con los de un pobre estudiante y presentarse así, según narra Cesáreo de Heisterbach, en la abadía de Bonnevaux. Al verlo con aquella capa raída y vieja, los monjes le tomaron por un estudiante vagabundo y dudaron admitirlo. Pero Dios se complace en exaltar a los humildes. No mucho tiempo después era elegido abad de su monasterio y, más tarde, de Oelemberg, que gobernó con gran prudencia a lo largo de treinta años, hasta 1225. A su muerte se le enterró en el capítulo; siete siglos después, el 7 de octubre de 1925, fueron descubiertos sus preciosos restos. Su sepultura, elevada sobre el suelo, parecía indicar claramente la estima especial en que sus contemporáneos le tuvieron.

En el monasterio de Ntra. Sra. de Cadins, diócesis de Gerona, España, en el año 1871, la piadosa monja Luisa de Faria. Nacida en Brasil, dio pruebas de una piedad y prudencia maravillosas. Sus lecturas habituales eran las sagradas Escrituras, los santos Padres y las vidas de los santos. Llena de amor de Dios y deseosa de entregarse a Él, se consagró a su servicio y desde el noviciado, según opinión común, sobresalió entre las demás monjas por sus virtudes, obediencia a las superiores, a la Regla, a la campana, viendo a Dios en todo, poniendo su mayor celo en cantar las alabanzas divinas. Devotísima de María santísima unió en su vida la oración más alta y el culto al silencio. Su rostro, siempre iluminado por una ligera sonrisa, inspiraba a la vez respeto y amor. Voluntariamente

entregada a duras austeridades, tuvo aún que padecer, al fin de sus días, duras y fuertes enfermedades, que sobrellevó con gran paciencia y alegría. Murió con la muerte de los justos cuando aún no contaba cincuenta años de edad.

8

En el oficio divino, san Martín Cid, abad. Sacerdote de la diócesis de Zamora, transformó en oratorio una antigua cueva de bandidos y, juntándose con otros compañeros, construyó un hospicio para peregrinos, haciéndose ellos mismos servidores de los enfermos. Se llamaba este lugar Peleas de Arriba. Arrastrado por el ejemplo de los benedictinos de Moreruela, que acababan de abrazar la reforma cisterciense, y para satisfacer los deseos del rey Alfonso, pidió a san Bernardo, por mediación del obispo diocesano, algunos monjes de su monasterio. El santo le envió cuatro y, con ellos, quedó asegurada la vida cisterciense. Quince años más tarde, el 7 de octubre de 1152, el santo abad Martín dejaba a sus queridos hijos la herencia de su santidad para pasar a un mundo mejor. Se le enterró en la iglesia del monasterio en una sepultura digna de su virtud. Sus reliquias reposan hoy en el monasterio de las benedictinas de Zamora.

9

En Aywières, Bravante, en el año 1160, el levantamiento de los restos de la bienaventurada Sibila de Gages, monja. Canonessa de Santa Gertrudis de Nivelles, tomó el hábito cisterciense en Aywières; desde su entrada en la Orden se puso al servicio de santa Lutgarda, a la cual asistió siempre con inmensa alegría, sobre todo cuando la santa quedó ciega. Lutgarda, a su vez, le estimaba y amaba más que a ninguna otra hermana y, según el mandato del venerable obispo Jacobo de Vitry, se guiaba en todo por sus consejos, dado que Sibila era mujer de mayor instrucción y saber. Por su parte, Lutgarda, predijo a Sibila el día preciso de su muerte. Cuando esta hora llegó, la santa pidió a su enfermera que se sentará junto a ella, “cerca de su corazón”. Sibila se reunió con Lutgarda en el cielo cua-

tro años más tarde, en 1250. Sus reliquias se veneran hoy todavía en las iglesias de Ittre y Gages.

En Burdeos, el venerable Juan Jacobo, de Santa Escolástica de Berthier. A los quince años abrazó con valentía el régimen austero de los fulienses: pies descalzos, cabeza desnuda, agua clara, pan tosco, legumbres sin condimento. Su sueño era cortísimo, sentado junto al fuego apoyaba la cabeza en una tabla. Desde el principio fue ya uno de los discípulos de Juan de la Barrière, distinguiéndose por la nobleza de su carácter y su generosidad en la observancia. Era todavía muy joven y ya predicaba en las ciudades vecinas con tal éxito que, admirados y edificados, los fieles iban a besar sus manos y vestidos como muestra de veneración. Durante su estancia en Burdeos fue nombrado por el ilustre y piadoso cardenal de Sourdis presidente de su consejo eclesiástico; con este motivo procuró la entrada en la diócesis a las Ursulinas, dedicadas a la instrucción de las jóvenes en los rudimentos del catecismo y en la recepción de los sacramentos. El venerable padre no escatimó ningún sufrimiento para ganar a los pecadores y llevarlos a Cristo y, con verdad, puede decirse que murió víctima de sus mortificaciones y penitencias.

En Utrecht, en los Países Bajos, los padres Karel (Hugo) Jacobs, y Piet (Etienne) Muhren, monjes de la abadía Cisterciense de Val Dieu (Bélgica). Karel (Hugo) Jacobs nació el 17 de noviembre de 1900 en Amberes (Bélgica). Terminados los estudios superiores se matriculó en la facultad de Ciencias Económicas, con intención de seguir la carrera financiera una vez terminado el doctorado. Sintiendo llamado por el Señor, entro primero en la Orden Premonstratense y, más tarde, pasó a la Abadía Cisterciense de Val Dieu, en la que fue ordenado sacerdote el 21 de octubre de 1932. Piet (Etienne) Muhren, nació el 14 de septiembre en Bergen-op-Zoom (Países Bajos). Se dedicó a la enseñanza en escuelas elementares hasta que ingresó en la Abadía Cisterciense de Val Dieu. En 1933, junto con el padre Hugo Jacobs, realizó un viaje a los Estados Unidos de América para verificar la posibilidad de una nueva fundación monástica, y al regresar a la Abadía fue ordenado sacerdote el 5 de julio de 1936. Después de su ordenación el padre Etienne enseñó Teología Dogmática, Derecho Canónico y Filosofía, mientras el padre Hugo enseñaba

Historia de la Iglesia, a la vez que fue nombrado maestro de novicios, tratando de formar sólidamente a los futuros monjes. El 10 de mayo de 1940, la Whermacht alemana atacó a los Países Bajos, a Bélgica y a Luxemburgo contemporáneamente, y el frente belga desde Sedan a Namur no pudo resistir, de modo que el rey Leopoldo III, el 27 del mismo mes, se rindió a los alemanes, en contra al parecer de su gobierno, que decidió seguir luchando desde el exilio. Tanto el padre Hugo como el padre Etienne, tenaces adversarios del nazismo, crearon una red de contactos entre prisioneros belgas y franceses. La abadía de Val Dieu estaba enclavada entre Liege, Maastricht y Aix-le Chapelle, y podía ser un lugar privilegiado para los contactos entre prisioneros y resistencia al naciismo. Los dos monjes escondieron en el monasterio, así como en factorías cercanas al mismo, junto con muchísimas personas perseguidas por los alemanes. Los dos monjes fundaron un periódico clandestino, publicado en francés, holandés y alemán, que denunciaba los errores del nazismo. Trabajaron también en el campo del espionaje a favor de los Aliados en el ámbito de las actividades del grupo Clarence, controlando las intervenciones de los alemanes en las líneas ferroviarias. El P. Etienne estaba en contacto con el responsable local de la resistencia, e instaló una estación de radio en la abadía. Toda esta actividad suscitó sospechas en las autoridades alemanas, que llevaron a cabo investigaciones. El 18 de marzo de 1943, los nazis arrestaron al P. Abad y al padre Hugo y, al día siguiente al padre Etienne. Los padres Hugo y Etienne aceptaron toda la responsabilidad y si bien lograron la libertad del P. abad, ellos, después de haber sido interrogados por la Gestapo fueron fusilados en Utrecht el 9 de octubre de 1943. En el periódico *La Tribune libre*, del 15 de agosto de 1941, los padres Hugo y Etienne, comentando una imagen que representaba a un lado la Cruz de Cristo, y en el otro el emblema nazi, escribieron: “Defenderemos esta Cruz, aun al precio de nuestra sangre”

10

En Pontigny, el bienaventurado Hugo de Maçon, o de Vitry, obispo de Auxerre. Joven de noble alcurnia, amigo desde la infancia de san Bernardo, le lloró como amigo querido e irremediabilmente perdido cuando

el santo se volvió definitivamente a Dios; después de un íntimo coloquio con él, ya no fueron sino un solo corazón y una sola alma en Cristo, más compenetrados y unidos que antes. Los dos entraron en Císter, pero, apenas profesaron, San Esteban designó a Hugo como abad de la segunda fundación cisterciense, Pontigny. Esta elección basta para poner de relieve el valor de Hugo. Bajo su gobierno llegó la abadía a tal esplendor que, en poco tiempo, hubo de hacer varias fundaciones. El abad, siempre en contacto con san Bernardo, fue nombrado por la autoridad eclesiástica como árbitro o legado en diversos asuntos. En el año 1137 fue electo obispo de Auxerre. Muy sobrio en el hablar, era pronto y vigoroso en la acción; su gran paciencia no le eximía de mostrarse riguroso cuando la ocasión lo exigía. Su virtud más notable fue, sin duda, la hospitalidad. Después de llevar a cabo grandes obras por el bien de su diócesis, se durmió plácidamente en el Señor el año 1151 y recibió sepultura en Pontigny, cerca del altar mayor, al lado del Evangelio.

En Portugal, el bienaventurado Gonzalo, abad de Junias, donde, desde tiempo inmemorial, es honrado con oficio litúrgico.

11

Martirio de Louis Girod, de la congregación de los Fulienses, muerto en los pontones de Rochefort.

En Barbery, Normandía, año 1677, el venerable abad Nicolás de Guedois. Joven con madurez de anciano, el santo abad y reformador de Barbery, Dom Luis Quinet, le confió diversos asuntos importantes relativos a la observancia regular y a la reforma de monasterios. Designado abad por el mismo rey, sucedió al reformador y se mostró lleno de humildad, de caridad y de discreción en la dirección de las almas por los caminos de la perfección.

En Roma, el 12 de este mes del año 1629, la muerte del venerable Presidente general de la congregación de los Fulienses, Sancho de Santa Catalina. Tenía casi como un dogma de decisiva importancia el que debía ponerse sumo cuidado en la elección de los superiores de las comunida-

des monásticas. Otra máxima suya era que un religioso es una persona santa y consagrada, y como tal debe ser tratado y debe comportarse. Se dio por entero a la formación espiritual de los religiosos, mostrándose él mismo como verdadero modelo de humildad, modestia y gravedad. Su vigor de ánimo, en un cuerpo consumido por las mortificaciones, era tenido como un prodigio. Gozó de gran prestigio, lo mismo en la sede pontificia que en la corte del rey de Francia. La venerable carmelita María de la Encarnación decía de él que era un consumado director de almas y gran amigo del Señor y que, entre los hijos de san Bernardo ninguno se acercaba tanto a él en su imitación como este siervo de Dios. Minado por la fiebre, el viejo asceta, amado de todos, murió en el monasterio de San Bernardo, de Roma, en el año 1629.

12

En Inglaterra, el venerable Ricardo, llamado el Sacristán, porque siendo todavía monje benedictino de York, había ejercido este cargo en la iglesia catedral. Era el más ardoroso del grupo de monjes que, con su santo prior Ricardo al frente, renovando el gesto de Molesmes, abandonaron su abadía de York para alzar nueva fundación en Fountains. Fue el segundo abad de esta casa, sucediendo a su homónimo Ricardo, que murió en el curso de un viaje a Roma. La virtud se le reflejaba en el rostro. Gozaba de luz y gracia especiales para oír confesiones, consolar afligidos, levantar a los culpables y descubrir los repliegues secretos de las conciencias. Elevado, a pesar de su oposición, a la dignidad abacial, desempeñó su cometido con una conciencia íntegra; entregado interiormente, y en la medida de sus fuerzas, a Dios, Dios velaba por él y le dirigía en todas sus empresas. Cuatro años más tarde, dirigiéndose al capítulo general, hizo alto en Claraval y allí cayó enfermo; el mal se manifestó bien pronto incurable y grave y, como él deseaba, entregó su alma a Dios en brazos de san Bernardo.

En Lorena, la venerable abadesa Margarita, cuya cabeza se conserva entre las reliquias de su monasterio de San Houd. Murió hacia el año 1240.

En Bélgica, año 1438, la muerte de la ilustre priora de Muisson, María van Dalso. Muerta su primera priora, las monjas dudaban en la elección. Siendo la más joven de la comunidad fue elegida abadesa. Mujer de altísima oración y entregada completamente al servicio de la comunidad.

13

Festividad de san Mauricio, abad. Antiguo maestrescuela, se hizo monje en el monasterio de Langonnet. Religioso insigne por su sencillez y humildad, fue elegido abad dos años después. Tuvo que soportar, cargado de paciencia, muchas contradicciones. Después de treinta años de laboreo al frente de la abadía, soñaba ya con el descanso, cuando sus monjes le recordaron la promesa hecha, años atrás, por Conan, duque de Bretaña, de conceder al monasterio sus dominios de Carnouet. Con doce monjes marchó a la nueva fundación, llevando durante cerca de quince años la vida más santa en medio de una gran pobreza. Todo lo soportó sin una queja ni murmuración. Siguiendo a la letra la sentencia: “Cuanto más alto estás, humíllate más en todo”; se hacía igual a los inferiores y pequeños, y aun procuraba igualarse a ellos. En 1191, presintiendo la proximidad de su muerte, pidió y obtuvo del Señor la gracia de morir el día de la fiesta de san Miguel. En la Bretaña se le invoca como patrono de los niños, ya que cuenta una piadosa tradición que sentía especial devoción por ellos, por su salud y su educación.

14

En Claraval, año 1186, el venerable prelado Alan de Flandes. San Bernardo lo escogió como primer abad de Larrivou, de donde pasó a regir la sede episcopal de Auxerre. Después de catorce años de gobierno enérgico y prudente, depuso la carga pastoral, y, ávido de soledad, retornó a Larrivou. Con frecuencia iba a Claraval atraído por la atmósfera de santidad de esta casa, hasta que, a la muerte de Godofredo, antiguo obispo de Langres, se quedó definitivamente en la celda de san Bernardo.

Su presencia era para los monjes un estímulo constante. Por su parte, el abad, el bienaventurado Ponce, y después de él su sucesor, hicieron de él, tan versado en todas las cuestiones de la Iglesia y de la Orden, su mejor consejero. Movido por Godofredo, Alan había reunido todos los documentos relativos a la vida de san Bernardo, dejándolos señalados y clasificados según el mejor orden cronológico. Llegó, al cabo, el día de su consumación en Dios y recibió sepultura, según su deseo, junto al bienaventurado Godofredo. Unidos en este mundo por lazos de íntimo y estrecho amor, la tumba los unió para la eternidad.

En Beaupré-sur-la-Lys, Bélgica, en 1545, dejó este mundo la M. Claire Dullaerts, abadesa. Gobernó su monasterio durante cuarenta años con gran celo y orden, procurando en todo mantener siempre la disciplina, pero sin excesos ni excentricidades muy propias de aquellos tiempos en algunas monjas. En todo el tiempo de su mandato no quiso usar, para mantener siempre vivo el sentimiento de humildad, mas que un báculo de pobre madera y utensilios de baja calidad. Cuando hasta lo necesario faltaba, ella y sus hijas recurrían a la oración, y el cielo, indefectiblemente, venía en su ayuda. El monasterio conoció bajo su gobierno ancha prosperidad espiritual y aun material. La vida de su abadesa era un ejemplo perfecto de virtud, cuya fama, al morir, siguió vivo en la posteridad.

15

Nacimiento para el cielo de Santa Eduwigis, cuya fiesta se celebra mañana, día 16.

En Claraval, el bienaventurado Gerardo, sexto abad del monasterio. Los monjes claravalenses le habían postulado como abad, cuando se hallaba rigiendo la comunidad de Fossanova. Víctima de su celo por corregir los abusos, encontró la muerte en el curso de un viaje. Antes de morir perdonó de todo corazón a su asesino, sin cesar de dar gracias a Dios por haberle concedido gustar los dolores de una muerte tan penosa, evitándole así los sufrimientos más crueles del purgatorio. Murió el 16 de octubre de 1177. Se le consideró siempre como mártir, y así se le llamó en la posteridad.

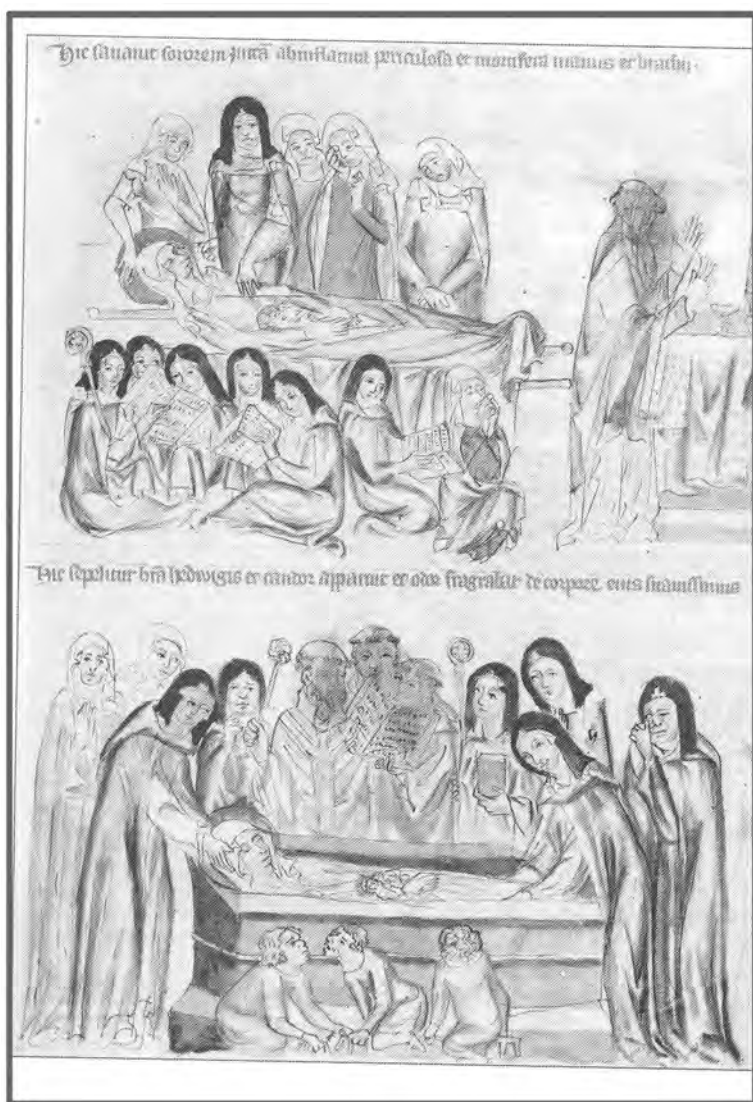
En Hoven, Alemania, la santa monja Isabel, llamada “la flor y la luz de su tiempo”. Su vida, escrita por el venerable Herman-Joseph, canónigo premostratense de Steinfeld, que la tenía gran estima, se ha perdido, aunque, según la tradición, tuvo gran influencia y difusión en su tiempo.

16

Fiesta de santa Edwigis, viuda, hija de Bertoldo, conde de Andechs y duque de Merania. Se desposó a los trece años con Enrique, duque de Silesia y Polonia. Con el consentimiento de su marido, cuando ya dejaba asegurado el linaje con tres hijos y tres hijas, hizo voto ante el obispo, de continencia perpetua. Los dos esposos fundaron numerosos monasterios, así como hospicios y hospitales para los pobres y peregrinos. Con el asentimiento del duque, su esposo, entró en el monasterio de Trebnitz, tomó el hábito religioso, pero sin emitir los votos. No estando ligada por la profesión podía seguir con sus obras de misericordia y su ministerio de consolación cerca de los pobres y prestar mejores servicios a la comunidad. No obstante, sobrepasaba a las demás monjas en su práctica del silencio y en otras observancias; para ella todo cuanto tocaba al servicio de las mujeres consagradas era santo. Serena y fuerte ante las calamidades públicas y en las pruebas familiares estaba siempre estrechamente unida al amor a Jesucristo. Devotísima también de la Madre de Dios, se cuenta que curó en varias ocasiones graves enfermedades con la sola bendición que hacía con una imagen de la Señora. Abandonó este mundo el 15 de octubre de 1243, célebre por su fama de santidad. El papa Clemente IV le inscribió, en 1267, en el catálogo de los santos.

17

En Císter, el bienaventurado Gilbert, abad, inglés de nación y apellidado “el Grande”, por su vasta ciencia. Se hallaba al frente de la abadía de Ourscamp, cuando, en 1163, fue llamado a ocupar la sede abacial de Císter. Puso todos sus esfuerzos en acabar con los litigios y disensiones levantados entre el papa Inocencio III y el Emperador. Murió en Toulouse en 1167.



Santa Edwigis de Polonia

En la abadía de San Salvador de Settimo, el santo monje Máximo Arretino. Vivió bajo los pontificados de León X y Clemente VII y fue venerado en Florencia como un verdadero santo. Los afligidos iban a solicitar sus oraciones y consejos y él los consolaba en sus miserias. Al extenderse la nueva de su muerte un inmenso gentío acudió a honrar sus despojos mortales, mas los monjes, temiendo fuese aquello objeto de piedad indiscreta, lo enterraron secreta y ocultamente.

En 1193, la dedicación de la iglesia de Císter, madre de todas las iglesias de la Orden. La primera iglesia se consagró en tiempo y abadiato de San Roberto; la segunda, construida por los mismos monjes, lo fue en 1106; y la tercera hacia 1140. Rematada totalmente, recibió una nueva consagración en 1193. La nueva iglesia abacial de Císter fue construida y dedicada en 2008, con motivo del IX Centenario de la fundación de Císter.

18

En Francia, el bienaventurado Sicard, monje de Jouy y después primer abad de Bonlieu, en la diócesis de Burdeos. Su sepulcro fue lugar de veneración durante varios siglos. Murió este santo abad en 1162.

En Claraval, el noble príncipe Gumar, anteriormente a su ingreso en el monasterio fue juez y tetrarca de Cerdeña. Venido de peregrinación a Tours para venerar las reliquias de san Martín pasó a su regreso por Claraval. Fue recibido con gran afecto por san Bernardo, tratando largamente con el santo abad los negocios de su alma. Vacilante ante el impulso que le llevaba a entrar en religión, el santo le lanzó decidido la frase: -“A pesar de todo volveréis de Cerdeña a Claraval”. Llegado a su tierra, supo Gumar la muerte de san Bernardo, lamentándose con remordimiento y reprochándose con amargura no haber seguido los consejos del venerado abad. Hizo reconocer a su hijo mayor como heredero y sucesor suyo y a los cuarenta años, en plena posesión de sus fuerzas físicas e intelectuales, desdeñando la gloria y los honores terrenos, abrazó la vida pobre y humilde de los monjes cistercienses. Perseveró hasta su muerte, dichoso de haber trocado un reino terrestre por el reino celestial.

19

En el monasterio de la Fille-Dieu, Suiza, y en el año 1919, la santa muerte de la M. Lutgarda Menetrey, abadesa. Fue su madrina de bautismo la piadosa y venerable Margarita Bays, cuya causa de beatificación se introdujo en la curia romana en 1930. Imitando Lutgarda la caridad de su difunta madre, fue gran amiga de los pobres, entre los cuales distribuía cuantiosas limosnas. Entró en el monasterio de la Fille-Dieu en el momento en que, bajo la acción de la M. Carolina Perrier y otras religiosas, se iniciaba un eficaz movimiento hacia observancia más estricta y conforme a la Regla. Muy a su pesar fue elegida abadesa algunos años más tarde, abrazando desde el primer día el mismo proyecto, hasta lograr darle cima. Puesta toda su confianza en Dios pudo triunfar de todos los obstáculos, conservando, en medio de las más duras pruebas, la serenidad y la meditación de los dolores de N.S. Jesucristo y Ntra. Señora. Con sus hijas era una verdadera madre, ansiosa de verlas hermosas a los ojos de Dios, magnánimas como esposas del Rey de reyes, solamente ocupadas en las necesidades de Cristo y de su Iglesia. Murió santamente, dejando tras de sí la fama de santidad que lega hasta hoy

En el año 1100, san Alberico obtiene del papa Pascual II el *Privilegio Romano*.

20

En Savigny, el bienaventurado Guillermo, ermitaño y novicio de nuestra Orden. Es uno de los santos cuya fiesta de traslación de reliquias, junto con las de otros bienaventurados, se celebraba cada año solemnemente en el primer día de mayo.

En Gutvala, en la isla de Gotland, Suecia, el santo abad Pedro. Estando en el noviciado claravalense, san Bernardo, hablando un día con los novicios, les predijo que todos subirían a altas dignidades y serían abades. De hecho, la profecía se realizó en cada uno de los connovicios de Pedro. En cuanto a él, fue enviado por el santo abad a Suecia, al monasterio de Nydala, llegando a edad muy avanzada sin ser promovido a

una dignidad que, al parecer, sobrepasaba sus facultades; era de natural muy sencillo y poco hecho para el gobierno. El monasterio de Gutvala, filiación de Nydala, recurrió a su casa madre en busca de abad; y por voluntad de Dios, el elegido por todos fue el ya venerable anciano. Así se cumplió plenamente la profecía del santo abad de Claraval.

21

En Villers de Bravante, el piadoso converso Enrique, originario de Bruselas. Su juventud fue bastante disipada. Al fin de regular más su vida, sus padres decidieron casarlo. Todo arreglado, el día de la boda se acercaba y el muchacho quiso ir a visitar a unos parientes que tenía en Villers. El espectáculo de una comunidad tan numerosa y fervorosa produjo sobre él tan fuerte impresión que, bajo el impulso del Espíritu Santo, ya no quiso volver al mundo y pidió la admisión. Habitado a la vida muelle, le costó mucho hacerse a un género de vida tan contraria y pensó tornarse al mundo, mas con la ayuda de las oraciones de sus hermanos logró triunfar. Sobrepasado este penoso comienzo fue un hermano modelo de piedad y de humildad. No cesaba de dar gracias a Dios, pues sabía bien que recibía mucho más de lo que merecía. Después de siete años tensos de vida religiosa, en la noche de su partida para el cielo, Dios le hizo conocer la gloria que le esperaba.

En el monasterio de Lorvao, Portugal, la venerable monja Guiomar de Silva. La tradición la hace eminente por la obediencia, su espíritu de silencio y oración y su caridad con los enfermos. Vivió por los años de 1590.

22

En Austria, año 1551, el venerable abad de Engelszell, Dom Pancracio Puschinger. Superior durante treintaún años, en un período particularmente difícil, se opuso con toda energía a las heréticas doctrinas de Lutero, logrando conservar intacta la antigua disciplina y austeridades de la Orden. Frente a la dura oposición de que fue objeto, brilló de modo

especial su gran paciencia, constancia y fortaleza, que, al fin, consiguieron con gran abundancia los frutos deseados. Tuvo que hacer frente al peligro de los turcos, que se apoderaron de los terrenos y granjas de la abadía, que quedó en la miseria. El venerable abad, con firmeza y habilidad, logró restablecer la situación y recaudar fondos necesarios para la construcción de una iglesia. Los fieles se animaron y la fe católica se sostuvo y aun se robusteció en toda la comarca. Consumido en el servicio de Dios, gastado por las enfermedades, el santo abad se fue a recibir la recompensa que su larga vida de fidelidad tenía merecida.

En el monasterio de Dombes, en el año 1893, entregó su alma a Dios por medio de la santísima Virgen el joven monje Maree Jean Baillet. Ingresó en el monasterio a los dieciséis años y fue un novicio de una piedad encantadora. Sobre todo, sentía una ardiente devoción hacia la Virgen Inmaculada a la que honraba con largas y frecuentes visitas a la iglesia ante su altar. Después de profesar, la madurez de su carácter se acentuó más, fruto de su unión continua con Dios por medio de María. Herido por una grave enfermedad no perdió nunca la tranquilidad de ánimo, aceptando como venidas de Dios las pruebas de su dolencia y hasta la misma muerte, que recibió con una serenidad y alegría verdaderamente sorprendentes y que llenó su alma de dicha. Su recuerdo sigue imborrable en la comunidad.

23

En Irlanda, en 1584 el martirio de doce monjes de la abadía de San Salvador. Salieron procesionalmente al encuentro de los enviados de la reina Isabel, que les ordenaron dejar el hábito de su religión y obedecer las órdenes de la reina. El prior respondió que no le sería posible violar las promesas hechas a Dios, a la Virgen, su Madre, y a san Bernardo, y menos aún, los compromisos de su bautismo. Todos los monjes asintieron a la declaración del prior y, por ello, juntos se entregaron a la muerte el 25 de octubre de 1584.

En Claraval, el venerable monje Acard. De noble origen, en su juventud san Bernardo le confió, como maestro de obras y arquitecto que era, la fundación de varios monasterios, entre ellos el de Himmerod. Ya

bastante entrado en años fue encargado de formar a los novicios. Puso todo su celo en cumplir con este cargo y empleó su larga experiencia en ponerlos muy en guardia, por medio de cotidianas exhortaciones, contra el triple lazo, tan difícil de romper, que forman el mundo, el demonio y la carne.

24

En Claraval, el venerado abad Dionisio Largentier. Se cuenta de él que un día, estando en oración, como tenía por costumbre, ante el sepulcro de san Bernardo, tratando de hacer una comparación entre el Claraval de antaño y el de su tiempo, exclamo: -“¡Qué abad, Señor, y qué abad!”; y continuó: -“¿Para qué poseer vuestros restos si no conservamos vuestro espíritu? ¿Reconocerías, acaso, a vuestros hijos tan degenerados?” Así, pues, decidido, en 1615, introdujo en Claraval con prudencia y claridad, la reforma monástica que ya había comenzado en 1598 en La Charmoye y en Chatillon. Este ejemplo, pregonado más con los hechos que con las palabras, fue bien pronto seguido por varias casas filiales. El santo abad, estando de visita regular en Orval, cayó enfermo y murió al poco tiempo, el 25 de octubre de 1624. Fue enterrado en Orval, junto al presbiterio; su corazón, sin embargo, trasladado a Claraval, fue colocado en el claustro con un epitafio muy significativo. La reputación de Dom Dionisio Largentier no cesó con su muerte.

En Francia, diócesis de Poitiers, en 1635, descansó en el Señor el dignísimo abad de Etoile, Jerónimo Petit. Era maestro de novicios en Claraval cuando fue elegido abad de Etoile. Reedificó gran parte del monasterio y restableció la disciplina monástica, obra que, con elevado celo, llevó a cabo también en otros monasterios, hasta el punto de merecer ser loado en su epitafio como “luz de la Orden” por su eximia piedad. Justo es asociar a su memoria la de su hermano Plácido, sucesor suyo en la abadía, varón señalado por su austeridad corporal y su fortaleza de ánimo, heredero de su hermano en la virtud y en la dignidad. Murió el 22 de marzo de 1667.

En Grcarice, en Eslovenia, muerte de Plácido (Alojz) Grebenc, del monasterio de Sticna. Alojz Grebenc nació en una familia numerosa de nueve hermanos, y después de terminar la escuela elemental, ingresó en el monasterio cisterciense de Sticna, escogiendo el nombre de Plácido. Terminados los estudios teológicos, fue ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1931. El 10 de septiembre fue capturado por guerrilleros comunistas, junto con otros miembros de la guardia de la localidad de Trebnjem, defendiéndose al igual que los demás imputados en el tribunal de la Brigada Cankar, pudiendo regresar a Sticna, donde permaneció hasta la conquista de los guerrilleros de Turjat, siendo encarcelado desde el 13 al 19 de octubre. El 22 de octubre fue trasladado a través de Jelendol hasta Grcarice, y después de haber sido torturado fue fusilado, junto con otros veintidós prisioneros, el día 24 de octubre de 1943. El sacerdote Ivan Lavra, que pudo escapar de la cárcel, ha dejado el siguiente testimonio: “Toda la vida y el comportamiento del P. Plácido muestran que aceptó la muerte con un profundo amor por Cristo y por la Iglesia. Especialmente en el último día de su vida demostró que había asumido el martirio libre y conscientemente”

25

Festividad de san Bernardo Calvó, monje y después obispo de Vich. Orientaba sus estudios y su vida hacia la carrera forense, cuando una enfermedad le decidió a renunciar al mundo y sus honores para entrar en el monasterio de Santes Creus. Pronto fue elegido abad y, más tarde, en 1233, nombrado obispo de Vich. Varón verdaderamente apostólico, defendió su grey contra las infiltraciones de los herejes albigenses y waldenses. El papa Gregorio IX le nombró inquisidor, junto con dos frailes predicadores. Reunió una fuerte armada y, de acuerdo con el rey Jaime I, se lanzó a las conquistas de varias plazas fuertes que estaban en poder de los sarracenos. Consideraba la buena administración temporal como un deber de la religión. Enérgico y valeroso, murió en 1243 y fue honrado con culto. En varias ocasiones se trató de dar forma canónica a este culto, pero los diversos promotores de su causa no llegaron a concluir el proceso.

26

En Eberbach, Alemania, el venerable prior Menfrid, hombre de una piedad eminente ante Dios y de un crédito extraordinario ante los hombres. En su tiempo, de tantas luchas entre los partidarios del papa Alejandro III y del emperador Federico Barbarroja, consiguió guardar su monasterio ajeno a todas las calamidades, gracias a su celo y previsión. Fue hombre de gran vida ascética y luchador infatigable por obtener siempre la victoria de la virtud. Dios le preparaba y fortalecía así para el último combate espiritual. Murió hacia el año 1173.

En Parc-aux-Dames, cerca de Senlis, en 1650, partió para el cielo la venerable monja Catalina Fieffe. Tanto insistió que a los doce años hubieron de llevarla al monasterio, donde aún antes de tomar el hábito religioso, hizo voto de obediencia a la abadesa y llevó una vida verdaderamente virtuosa. Graves y duras enfermedades, sobre todo una deformación de la columna vertebral, la hicieron célebre por su paciencia. De inteligencia viva y despejada, pero humilde y sumisa, mostró siempre la prudencia y discreción de una virgen sabia, llena de afabilidad con sus hermanas y de caridad con todos. A los cincuenta años de edad, después de mucho suplicar, fue admitida como novicia e hizo la profesión. Se durmió en la paz de Dios a los sesenta de su edad, el 27 de octubre de 1650, enriquecida con la abundante cosecha de gracias con que el Señor la regaló.

27

En el monasterio de La Trapa, Normandía, el ilustraba de reformador Dom Armand Jean Le Boutillier de Rancé. Inteligencia brillante, naturaleza ardiente, era todavía un niño, cuando su padre le consiguió en beneficio comendaticio cinco abadías o prioratos. Hasta los treinta años fue un clérigo frívolo, pero entonces, tocado por la gracia, se retiró a la soledad de su castillo de Véretz y se entregó con pasión a la oración y a la lectura de los santos Padres. Al cabo de algunos años fue renunciando sucesivamente todos sus beneficios eclesiásticos, a excepción del monasterio de La Trapa. Tomó el hábito monástico en Persigné, profesó, recibió

la bendición abacial y afilió su abadía a la Estrecha Observancia. Puso todos sus esfuerzos por lograr en toda la Orden el retorno a la antigua disciplina, mas en vano. Se dio cuenta de la situación, se expuso a todas las habladurías y presionando más con su ejemplo que con su palabra, por otra parte ardiente y persuasiva, consiguió la reforma de su propio monasterio, si bien sobrepasó un tanto la medida. La enfermedad se ensañó en su comunidad y él mismo hubo de sufrir sus efectos durante veinticinco años. Los seis últimos de su vida fuera un verdadero martirio. Constante siempre en la oración, amable y atento con sus hermanos, se granjeó una celebridad merecida en materia espiritual y monástica. Tenía al morir setenta y cinco años. Su obra sobrepasó con mucho los linderos de su vida a través del tiempo y llegó a dar cima a lo que como reformador se propuso, acaso con excesivo ardor: la renovación de la Orden Cisterciense en Francia. Una vida que ha levantado muchas polémicas, no siempre debidamente conocida y, en varias ocasiones, mal interpretada; pero, indudablemente, protagonizó un momento sumamente importante dentro del gran movimiento de la estrecha observancia en la Orden cisterciense. Hoy día pueden releerse sus obras sin espíritu polémico, analizar su trayectoria dentro del contexto que le correspondió vivir y, sobre todo, valorar su generosa aportación al crecimiento y desarrollo de la Orden Cisterciense. Es curioso que siendo un reformador de gran categoría nunca se haya pretendido acercarlo a la gloria de los altares. El retrato de Armand Jean Le Bouthillier de Rancé, abad de La Trapa, es uno de los más famosos cuadros de Hyacinthe Rigaud, pintado entre 1696 y 1697, y cuya historia nos ha llegado principalmente gracias al relato de Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, en sus *Memorias*.

28

En Roma, y en el año 1674, pasó a recibir la corona eternal el ilustre cardenal Juan Bona. Su padre le destinó a la carrera de las armas, género de vida totalmente opuesto al carácter dulce y apacible del futuro monje, ya que, desde joven, estuvo inclinado a los estudios y a la piedad. A los quince años logró entrar en el monasterio de los fulienses de Pignerol, donde, en aquella soledad tan deseada, pudo consagrarse por entero a

la oración y al estudio. Fue un religioso eminente y muy versado en cuestiones espirituales y litúrgicas. Muy a su pesar hubo de aceptar diversos cargos; huía de las dignidades y fue nombrado, en dos ocasiones, Presidente general de la Congregación; opuso todo género de resistencias y el papa Clemente IX le honró con la púrpura cardenalicia. Siempre accesible a todos, gozó de la estima y veneración de general por su doctrina, amor al estudio y esclarecida piedad.

En Portugal, en el monasterio de San Benito de Castris, la venerable Bríolaga Daruda, monja. Renunciando a las magníficas bodas que sus padres le proponían y, despreciando las comodidades de su alta condición, escogió a Cristo, el Esposo de las vírgenes, y tomó el hábito en San Benito de Castris. A la admiración de sus hermanas respondía con una estricta y continua guarda del silencio. Impresa en su pecho la imagen de Cristo crucificado, conservó su corazón extraño a toda preocupación terrena. Según la tradición, fue favorecida con una devoción especial a la Eucaristía y el sacrificio de la misa, aunque ella permaneció siempre hundida en la humildad. Pasó a la gloria hacia el año 1600.

29

En Claraval, el beato Pedro “el Tuerto”, o Monóculo, octavo abad de dicho lugar. Era pariente cercano del rey Felipe Augusto, aunque él oculto siempre que pudo su ilustre parentesco. Adolescente aún, tomó el hábito en Igny, llegando pronto a ser prior y, más tarde, a pesar de su reserva y casi oposición, abad de Valroy. Cinco años después sus hermanos de Igny le eligieron abad por unanimidad. De resultas de una enfermedad perdió un ojo; y se complacía en decir: -“Uno de mis enemigos me ha dejado ya; pero temo mucho todavía al que me queda”. Soportando su enfermedad con dulzura, siempre contento, vestido pobremente, nada le repugnaba. En el gobierno se mostró prudente y discreto, adaptando con sabiduría las observancias a las personas y a las circunstancias. Diez años más tarde los monjes de Claraval le pidieron como abad. Escapo entonces a una granja, se escondió, pero fue descubierto cuando estaba ocupado en remover el heno en compañía de los hermanos conversos.

Obligado a aceptar el abadiato claravalense, fue recibido como un ángel de Dios en el monasterio. Persistía él en considerarse indigno de regir una casa de tal lustre e importancia y el rey, su pariente, herido por tanta humildad, le dijo: -“Mi señor padre, ¿por qué tanto temor? Confiad; vos seréis el abad dentro y yo seré el abad fuera”. El mismo emperador Federico Barbarroja le tenía en gran veneración, a pesar de las diferencias de este con la Iglesia y los papas. Siete años llevaba de gobierno en Claraval el bienaventurado Pedro cuando, haciendo la visita en Foigny, fue atacado por la enfermedad que le llevó a Dios en 1186. Su muerte, como su vida, fue una oración dulce y apacible. Sus hermanos colocaron sus despojos mortales en el lugar en que primitivamente estuvo el cuerpo de san Bernardo. Después lo trasladaron a un mausoleo construido para él y su sucesor, Gerardo, llamado “el mártir”. Por su intercesión se han obtenido multitud de milagros.

30

En la Guayana francesa, año 1798, la muerte gloriosa de Dom Esteban Le Cleves de Vodonne, monje de Claraval y capellán de las cistercienses de Nuestra Señora de Les Près, en la diócesis de Troyes. Detenido y encarcelado por revolucionarios, fue condenado a deportación en diciembre de 1797. Enviado primero a la Guayana, pasó después al desierto de Konanama. De aquí, para escapar a una epidemia de peste que causó numerosas víctimas entre los deportados, huyó con otros tres sacerdotes a la región de Makauri, viviendo en míseras chozas y sin otro alimento que el que la tierra les daba. Los vapores pestíferos que la misma tierra despedía, junto con tantas necesidades, pronto hicieron sucumbir al santo monje; presa de ardiente fiebre, sumido en la más honda miseria, murió a los cincuenta y un años de edad. Algunas semanas más tarde, otro de sus compañeros de infortunio, Dom Juan Francisco Daviot, monje también cisterciense, le siguió en la muerte y en la gloria.

En Villers, Bravante, el venerable monje Reiner, hermano según el espíritu más que según la carne de Godofredo Pacomio, cuyo elogio hicimos este mismo mes. Vivir apacible el suyo, agradable a Dios y a sus

hermanos, en vigilia constante y cuidadoso de conciencia y de la observancia. De salud endeble, jamás se abstuvo del trabajo; en tiempo de recolección espigaba los campos con afán, para ejercitar luego la caridad con los pobres. Enfermo y fatigado asistía con fidelidad constante a los oficios, unido íntimamente a la pasión del Salvador. Oír hablar de Cristo le llenaba de dulce alegría. Tuvo que soportar agudas y numerosos dolores, en los cuales, decía, sentía siempre la consoladora presencia del Señor, la Virgen y los santos. En la hora suprema entonó con todo su corazón y su voz melodiosa la antífona *Laudem dicite Deo nostro*. Y así, encomendándose a la santísima Virgen y a san Juan Bautista, entregó su alma a Dios en la fiesta de Todos los Santos.

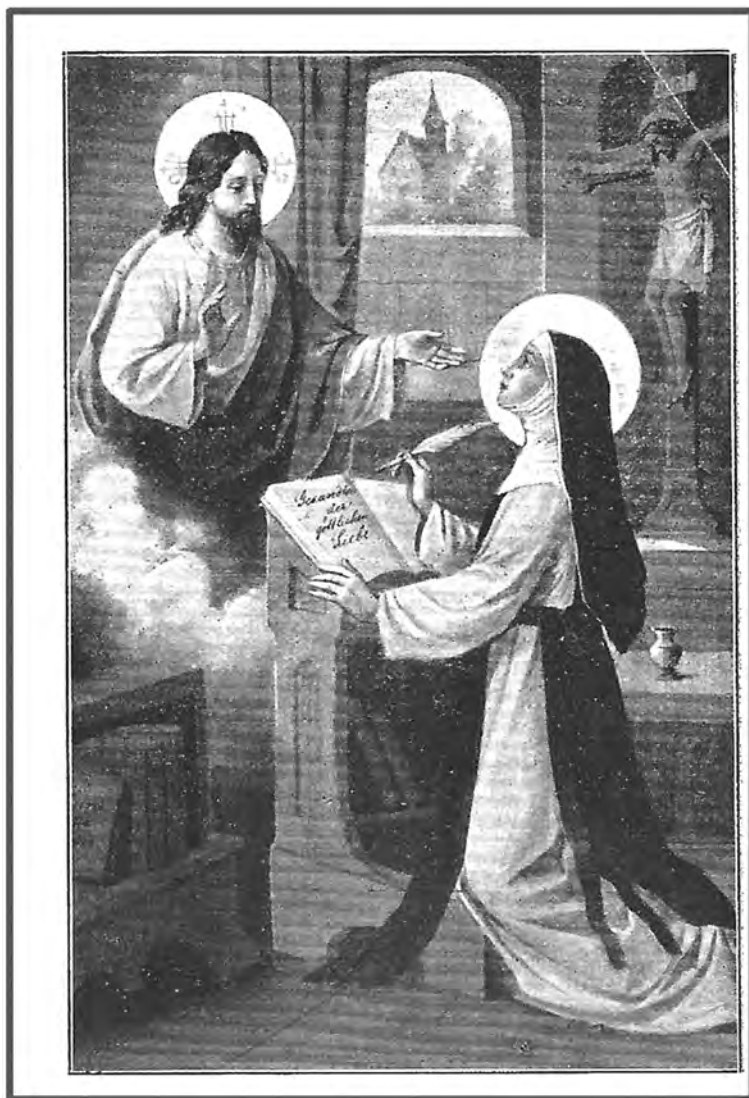
31

En la Ramée, Bélgica, la bienaventurada monja Ida de Lewis. A la edad de trece años fue ofrecida al monasterio. Desde entonces Cristo nuestro señor le hizo objeto de su predilección, reconocieron sus hermanas. Ella le pidió que la purificase en esta vida de todas sus imperfecciones y faltas, a fin de poder ser admitida en su presencia cuando la muerte viniera a buscarla. La contemplación de los misterios de Cristo le proporcionaba momentos de gran felicidad y fervor. Consumida por la fiebre a causa de una enfermedad, posiblemente la tuberculosis, solo la Euca-ristía devolvía la paz del alma y la salud al cuerpo. Purificada durante sus tres últimos años por la enfermedad, se fue, gozosa, al encuentro definitivo del esposo, un domingo del año 1260 aproximadamente.



Santa Escolástica

<i>Santa Walburga</i>	<i>Santa Matilde</i>
<i>Santa Lutgarda</i>	<i>Santa Gertrudis</i>



Santa Gertrudis la Magna

NOVIEMBRE

Día 1

En Grüssau, Silesia, en el año 1696 el venerable abad Bernardo de Rose. Fue uno de los principales protectores y mantenedores de la fe católica en estas regiones. Se le creía favorecido con gracias místicas. Murió con fama de gran santidad.

En Pontigny, hacia el año 1145, el beato Guy, hermano mayor de san Bernardo. Unido en matrimonio, padre de familia, los lazos que le ataban al mundo eran más fuertes que los de sus demás hermanos. Sin embargo, Bernardo consiguió convencerle, y con él marchó a Císter, después de obtener el consentimiento de su mujer. Como esta se mostró en un principio totalmente opuesta al proyecto, Guy concibió el propósito de desprenderse de sus bienes y llevar una vida de sencillo campesino, ganando el pan con el trabajo de sus manos. Su esposa, herida por una grave enfermedad, hizo venir a a Bernardo junto a su lecho y le pidió licencia para entrar también ella en religión. De este modo pudo entrar Guy en Císter con sus hermanos y tomar parte, más tarde en la fundación de Claraval. Fue en todo noble, leal y de gran circunspección. Llegando a su conocimiento, y aún viendo él mismo los milagros que Bernardo realizaba, temió por la humildad de su hermano y, apoyado por su tío Gaudry, que también participaba de sus temores, le reprendió con tal severidad, que le hizo derramar lágrimas, si bien esta aparente dureza no era más que efecto de su tierna caridad. Cayó enfermo cuando se hallaba con san Bernardo estableciendo una nueva fundación en la diócesis de Bourges. Se detuvo en Pontigny y allí murió después de unos días de enfermedad, en la misma noche de Todos los Santos.

En Arouca, Portugal, la piadosa Espinela, monja ilustre por sus virtudes y por su noble origen. Cuenta la tradición que en su tumba, se realizaron numerosos milagros.

En Dachau, Alemania, el P. Engelbert Blöchl, de la abadía cisterciense de Hohenfurt. Nació el 19 de diciembre de 1892 en Freistadt (Alta

Austria), e ingresó en el monasterio cisterciense de Hohenfurt (República Checa) el 25 de julio de 1912, donde recibió toda su formación monástica. Ordenado sacerdote el 3 de diciembre de 1916, ejerció su ministerio en varias parroquias que dependían del monasterio. A raíz de la ocupación alemana de la región de los Sudetes, P. Engelbert fue arrestado por la policía alemana acusándolo de mantener contactos amistosos con aduaneros checos. Gracias a la mediación de su abad, Dom Tescelin Jaksch, obtuvo ser liberado. El 17 de enero de 1940 fue arrestado de nuevo por la Gestapo, y el 29 de octubre, en un proceso secreto, fue acusado de intento de violencia carnal contra dos muchachas jóvenes, que lo había denunciado a las autoridades alemanas, después de haber recibido una ingente suma de dinero. Fue condenado a un año de cárcel y enviado el 21 de noviembre a la prisión de Garsten, donde encontró a dos jóvenes que, en 1933, habían asesinado a su padre, y los perdonó. El 17 de agosto de 1941 fue liberado, pero poco después la Gestapo lo detuvo de nuevo y lo envió al campo de concentración de Dachau, donde murió el 1 de noviembre de 1942.

2

En España, el bienaventurado Bernardo el Catalán, caballero de la Orden de Calatrava. Como testimonio de su piedad hacia la santísima Virgen se conserva una oración manuscrita, compuesta por él a honra de la Señora. Llevó una vida muy santa y conforme a la Regla de su Orden, ocupado en sus obligaciones temporales, pero sin detrimento para su vida espiritual, velando siempre por conservar una gran pureza de alma y cuerpo. Se cuenta que en su última hora vio a san Benito y a san Bernardo, que les sostenían dulcemente por los brazos. Conducido por ellos pasó a la patria celestial poco después del año 1608.

En Claraval, la memoria de un piadoso converso, vaquero de la abadía, alma pura y de gran sencillez, cumplidor pronto y exacto de las órdenes del cillerero de la granja; soportaba con gran paciencia, con miras al cielo, las múltiples dificultades cotidianas. Vio una vez en un sueño a Ntro. Señor con un bastón en la mano y conduciendo los bueyes a la par que

él. Recordando luego, ya despierto, la bondad y condescendencia de su divino compañero, sintió un ardoroso deseo de gozar de su presencia, cara cara. No tardó en ser escuchado, cayó enfermo y, al séptimo día, el buen hermano entró en la vida eterna para gozar de Ntro. Señor Jesucristo. San Bernardo pronunció el elogio del difunto converso y afirmó con rotundidad: –“Él anduvo siempre con Dios y Dios obró siempre con él.”

3

Fiesta de san Malaquías, obispo de Armagh y Legado de la santa Sede en Irlanda. Guardó e instruyó a la grey que se le había confiado a costa de grandes dificultades y, a veces, de tremendos peligros, consiguiendo introducir en el país las costumbres de la Iglesia Romana. Gracias a él la vida monástica floreció con profusión en Irlanda y, más en concreto, la reforma cisterciense. Con ocasión de su primer viaje a Roma trabó conocimiento con san Bernardo y se unió a él en profunda amistad. En el segundo viaje que hizo a Roma, en 1148, se detuvo en Claraval, y aquí se durmió en el Señor, según era su deseo. Más tarde sus restos se mezclaron con los de san Bernardo; así los dos amigos, juntos en el cielo, no han podido ser separados en la tierra. Fue muy venerado siempre en la Orden y en su país.

4

En Val-Richer, Normandía, en 1698, el ilustre abad Dominique Georges. Sacerdote secular de gran consideración; recibió el hábito de la Orden de manos del piadoso Louis Quinet, abad de Barbey. No mucho después, el joven abad comendatario de Val-Richer, que había sido alumno suyo, como reconocimiento, le hizo designar como abad regular, cediéndole todos sus derechos. El primer cuidado del nuevo abad fue afiliar su abadía a la Estrecha Observancia y restaurar la vida monástica. Era el primero en la observancia del régimen común, en la pobreza, en la austeridad. Administrador cauteloso, severo en su gobierno, se molestaba, sin embargo, lleno de afabilidad y compasión con sus religiosos. Los abades de la Estrecha Observancia le enviaron a Roma, junto con

el abad De Rancé, para interceder y apoyar su causa. El capítulo general, o tal vez los obispos, le nombraron en más de una ocasión Visitador de monasterios de monjes y de monjas. Con el apoyo de sus superiores continuó también dirigiendo las conferencias sacerdotales que, siendo sacerdote del clero secular, había anteriormente instituido. Murió octogenario el 8 de noviembre de 1693, estimado de todos, de los grandes, de su Orden y de la Iglesia.

5

En la Guayana francesa, en 1798, la preciosa muerte de Norbert Rolants, administrador del monasterio de San Bernardo de Lescaut. Cuando los emisarios de la revolución procedieron a la supresión de la abadía, confiscaron también los bienes destinados por sus donantes para ser distribuidos entre los pobres. Fiel a su deber, protestó con energía por esta expoliación. Fue detenido por no haber querido firmar el juramento revolucionario y porque reunía por la noche a los fieles dispersos para celebrar los oficios sagrados. Condenado a deportación, tuvo que soportar, por tierra y mar, un largo viaje acompañado en todo momento de ultrajes y afrentas. Desembarcado en la Guayana y abandonado en el horrible desierto de Konanama, quedó reducido a la más completa indigencia, de suerte que en pocas semanas su aspecto era el de un cadáver cubierto de harapos. En ese estado le hallaron los padres Clement van Bover, Jacques de Mails y Edmond de Eyskens, deportados también como él. Verdadero mártir de la fe, el P. Norberto, algunos días más tarde, paso a la eterna bienaventuranza, fortalecido por sus hermanos, que bien pronto participarían de su gloriosa muerte.

6

En Aulne, Bélgica, en el año 1208, el bienaventurado Simón, converso, de la familia de los condes de Geldre. A los dieciséis años se encaminó al monasterio. Disimuló la nobleza de su origen y, sin dificultad, se le confió la guardia de los rebaños. Regalado al principio con consuelos,

no tardaron en venir grandes tentaciones a purificar su alma. Todo lo venció por medio de duras mortificaciones, llegando a una íntima unión con Dios. Le pusieron al frente de las granjas, conduciéndose con tal cuidado en su cargo que en nada disminuyó su oración ni su régimen de austeridad. Poseía el don de leer en los corazones, y eso le atrajo gran celebridad, hasta el punto de que el mismo Pontífice hubo de ordenarle que se ocupase de la conversión y consuelo de numerosas personas que a él acudían. Murió santamente a los ochenta y cinco años de edad. Más tarde sus reliquias se expusieron en la veneración de los fieles.

En Brandebourg, año 1179 el venerable Rizon, primer abad de Zinna, muerto por los lituanos, que arrasaron la abadía. La comunidad huyó y se refugió en Yüterbag. El monasterio fue, más tarde, reconstruido en el mismo lugar en 1227.

Hacia el año 1185 y en la misma provincia, el bienaventurado Seboldo, primer abad de Lehnin, muerto también por los eslavos.

7

En Ramillies, pequeña ciudad de Bélgica, en 1568, el martirio de Pablo Lamps, monje de Boneffe. Cuando un grupo de soldados prendió fuego a la abadía huyó, creyendo así salvarse, pero fue detenido. Puesto en una cruz, vestido aún con el hábito monástico y levantado en alto y, al fin, como la muerte tardase en venir, fue traspasado por las lanzas de aquellos esbirros.

Del mismo modo, el 27 de abril, el abad de Val Sainte, Lambert Reihier Rahier, recibió cruel muerte de manos de los herejes.

En 1580, Baldouin Fastrade, monje también de Boneffe, fue arrojado al río Mense por los calvinistas.

Perdieron su vida mortal, pero, a cambio, encontrando la vida eterna.

En Ntra. Sra. de Gracia de Bricquebec, el año 1906, la muerte del piadoso converso Clement Chopin. Desde su niñez fue un enamorado

del silencio y de la soledad. Pescador de oficio, hizo el servicio militar en la Marina de Guerra. En su ruda vida, corrió toda clase de peligros, pero guardó intacta la fe. Acabados los años militares se marchó derecho al monasterio con otro compañero, sin pasar por su villa natal a despedirse de los suyos. En el claustro conservó hasta su vejez la misma inocencia y caridad, que fue el móvil único de sus acciones. Austero sin singularidades, complaciente con discreción, grave, pero siempre sonriente, desempeñó durante cincuenta y seis años con esmero y cuidado, sin precipitaciones, por amor de Dios, todos los cargos que le confiaron. Encargado de la portería, sin perder jamás la calma y la paciencia, recibía a todos con extrema amabilidad; se había propuesto imitar la dulzura del Señor, y le había pedido que le sustituyese, inspirándole las palabras que debía decir y los gestos que había hacer. Ya anciano continuó todavía su obra de abnegación en el servicio de la portería y en la distribución de las limosnas, sin alterar en nada su serenidad. Descansó en la paz de Dios a los setenta y ocho años de edad.

8

En Claraval, el bienaventurado Godofredo de la Roche, obispo de Langres. Pariente próximo de san Bernardo y su compañero de infancia, entró con él en Císter, pasó a Claraval y fue puesto por el al frente de la abadía de Fontenay. Establecido en firme el monasterio tornó a Claraval, durante varios años, sobre todo en la época del cisma, suplió con celo y fidelidad al abad en sus ausencias. San Bernardo podía llamarle con toda verdad “sostén de su debilidad, luz de sus ojos y su brazo derecho”. Promovido a la sede episcopal de Langres, predicó la cruzada con san Bernardo y tomó parte en la expedición como consejero del rey Luis VII. Después de haber regido su diócesis durante veinticinco años, obtuvo del papa autorización para “volver a los brazos de su Raquel”. Se retiró entonces a Claraval y se hizo construir allí una pequeña y humilde celda, junto al lugar en que san Bernardo exhaló el último aliento. Murió en 1165.

En España, hacia el año 1600, el venerable Plácido de Luzuriaga, abad de la observancia regular. Ocupó sucesivamente la silla abacial en

varios monasterios, en todos los cuales, durante treinta años, su celo en atender las menores necesidades de sus monjes le hizo querido de todos. Al fin de su vida volvió al monasterio de Herrera. Un día, viendo los hermanos que la enfermedad que le minaba había llegado a extrema gravedad, tocaron las tablillas de los enfermos; pero él mandó retirarse a la comunidad, diciéndoles que no se preocuparan. Llegado realmente el día de su partida, después que los hermanos recitaron el símbolo de los apóstoles, entonó la antífona *Iste cognovit*. Se le preguntó la razón de este cambio en la liturgia y respondió: –“Aquí está an Roberto, y con él otros muchos santos de la Orden.”Y así diciendo, su alma abandonó el cuerpo. Algunos años más tarde se hizo necesario abrir su tumba, colocada en el claustro. Su cuerpo se halló intacto.

Igualmente, en España, en el monasterio de Las Huelgas, año 1246, la santa muerte de la reina Berenguela, madre de San Fernando y hermana de Blanca de Castilla, reina de Francia y madre de san Luis. Ilustre por su inteligencia y por su piedad, se ganó justos títulos de reconocimiento de la Iglesia, de su patria y de la orden cisterciense.

9

En Francia, el bienaventurado Godofredo, llamado de Auxerre, por su lugar de origen. Discípulo del famoso Abelardo, oyendo un sermón de san Bernardo a los clérigos de París, entró dentro de sí mismo y siguió al santo a Claraval, con otros muchos. Ocupó desde entonces un lugar privilegiado en la amistad de san Bernardo, que le tomó como secretario y compañero de viaje durante la predicación de la Cruzada por tierras de Alemania. Por este motivo le debemos la relación de los hechos milagrosos que esmaltaron aquel viaje del santo. Reunió también una colección de cartas de su venerable abad, conquistándose el primer lugar entres sus biógrafos. Elegido abad de Igny en 1159, y dos años más tarde de Claraval, se ocupó de promover la canonización de su maestro y padre. Después de cuatro años de gobierno, las múltiples ocupaciones, que le abrumaban, en cuanto a los negocios públicos de la iglesia, le obligaron a dimitir. A pesar de todo, fue todavía fue abad de Fossanova,

luego de Hautecombe, y Alejandro III le designó como legado suyo en Oriente. Murió hacia el año 1190. En realidad, debemos a Godofredo la mayor parte de lo que sabemos de la vida de san Bernardo, de sus andanzas y de sus controversias. Godofredo se había quedado prendado de su maestro y había descubierto en él algo más que un moje sabio o erudito; lo que intuyó fue la sagacidad espiritual de Bernardo y su nuevo modo de enfocar la teología espiritual frente a la telogía especulativa de las incipientes escuelas. Se convirtió, pues, en un difusor activo de la vida y obra de Bernardo, y su papel fue decisivo para crear un enorme grupo de seguidores del abad de Claraaval y así promover en Roma su pronta canonización.

En Villers, Bravante, el santo converso Nicolás, pastor del monasterio. Pequeño de cuerpo, pero grande de alma, durísimo consigo mismo, se le tendría -por la piel curtida y tostada-, por un Arsenio u otro de los padres del desierto. A lo largo de sus muchos años, satisfecho con una sola comida, día y noche vestido pobremente, descansaba escasamente sobre un lecho rudo, con un madero a guisa de almohada. Muchos eran los que iban a su encuentro para aprender los caminos de la verdad y de la virtud que él enseñaba con el ejercicio de la misericordia y de la caridad para con todos. Cubrió una carrera de cincuenta años cumplidos en nuestra orden.

10

Meklembourg, norte de Alemania, año 1179, la muerte cruenta de setenta y ocho monjes y conversos de Doberan, monasterio de los primeros fundados en aquella región, “bastión avanzado de la fe”. Al morir su gran bienhechor el príncipe Pribeslas, los grandes del país, persuadidos de que no de otro modo derrocarían la nueva religión, destruyeron el monasterio y mataron a todos los religiosos que no pudieron escapar.

En La Trapa, en el año 1685, la muerte del santo monje Eutimio Fourdaine. Novicio de endeble salud, sin instrucción, aprendió rápidamente, gracias a su lealtad y delicadeza de conciencia, a llevar la cruz en pos de Cristo. Las grandes austeridades le estaban vedadas, mas él las suplía con grandes deseos de santidad. Jamás buscó consuelos, ni mani-

festó preferencias, con espíritu netamente religioso, todo lo aceptaba en virtud de obediencia. Sometido por entero a la voluntad divina y las prescripciones de la Regla, fiel a los más pequeños detalles de perfección, manso, humilde, sincero, colmado de caridad, ecuánime e imperturbable en su paz ante los males corporales o espirituales que le afligían. Voló al cielo y, luego de su muerte, el abad De Rancé quiso que se le sepultase al lado de la tumba que para sí mismo había preparado.

11

En Heisterbach, Alemania, en 1245, el ilustre y bienaventurado abad Enrique. Canónigo de Bonn, abandonó secretamente el mundo; pero, enterados sus hermanos, le obligaron por la fuerza a retornar. Algún tiempo después hizo una nueva tentativa y, sin esperar, tomó el hábito monacal; así cortaba toda esperanza de regreso. Elegido abad, condujo a su monasterio a la más alta prosperidad durante más de treinta años. Su discreción y crédito le permitieron ejercer una gran influencia en los negocios públicos. Los obispos recurrían a él y a sus consejos en las cuestiones más delicadas y difíciles. Encargado por el papa de predicar la cruzada, junto con otros abades de la Orden, llevó a cabo la empresa con gran celo y sabiduría. Muy versado en las ciencias eclesiásticas, estimuló y fomentó la actividad literaria de su prior, el célebre Cesáreo. Devotísimo de la eucaristía, fidelísimo al oficio divino, amado de Dios y los hombres, descansó en la paz imperecedera hacia el año 1245.

Igualmente, en Alemania, en el monasterio de Marienrode, el antiguo Isenhagen, el bienaventurado converso Alrad de Eldigen. Vasallo del duque de Brunswick y Lünebourg, caballero de gran renombre, prefirió a los honores mundanos la vida de converso en el monasterio de Isenhagen. Rápidamente se conquistó la consideración de sus hermanos por su habilidad para los negocios temporales, su abnegación y desprecio de sí, su espíritu de oración y de mortificación. Murió pocos años después con fama de verdadera y genuina santidad. Su sepulcro fue muy venerado por los fieles, llegando a gozar este bienaventurado de honras semejantes a la de los santos canonizados.

12

En Languedoc, y en el año 1895, Marie Jean Leonard, abad de Fontfroide. Superior del seminario menor, a los cuarenta años abandonó con generosidad, al impulso del llamamiento divino, su cargo y su residencia para entrar en Senanque. Algunos años más tarde fue llamado para restaurar la abadía de Frontfroide. Su austeridad y su piedad, le ganaron muy pronto gran renombre de santidad por toda aquella región; le venían a consultar como a otro Don Bosco o a otro cura de Ars. Por unanimidad fue elegido sucesor de Dom Bernard Barnouin, el fundador, como Vicario general de la Congregación. A despecho de sus achaques y enfermedades, desarrolló por amor de Dios el ministerio espiritual en muchas almas. Los cuatro años postreros de su vida fueron un verdadero martirio; él, en su piedad, no cesaba de dar gracias a Dios por haberle dado un cuerpo para sufrir y un corazón para amar. Murió a los ochenta años de edad y, ante la noticia de su fallecimiento, de todas partes se requirieron reliquias de tan santo monje, pues había dejado tras de sí una importante fama y estela de santidad y merecido reconocimiento por su disponibilidad y generosidad con todos, propios y extraños al monasterio.

En Claraval, el valeroso caballero Everard, en otro tiempo Gran Maestre de los Templarios. Deseoso de consagrarse al servicio del señor con lazos más íntimos y solemnes, entró en Claraval. Sin temor a debilitar el vigor de su cuerpo, se entregó con vehemencia a los ayunos, las viglias, el trabajo manual, la mortificación de la voluntad propia y la práctica de la pobreza. El ingreso en el monasterio de este hombre es un claro ejemplo de lo que muchos de los excombatientes y caballeros provenientes de Tierra Santa solían hacer, demostrando que su carrera militar estaba impregnada de religiosidad y celo por difundir y defender la fe cristiana.

13

En Sittichanbach, Alemania, el bienaventurado abad Folcuin, o Folco. En una gran calamidad que azotó su villa natal todas las casas quedaron destruidas menos la suya. Movido de arrepentimiento por su vida regalada y violenta, tomó el hábito religioso en Vallkenried y, más tarde,

en atención a sus méritos, fue escogido como padre espiritual de la colonia monástica que pasó a fundar Sittichenbach. En el momento de abandonar Vallkenried uno de los monjes cayó enfermo, mas el bienaventurado Folcuin lo curó sin dificultad alguna. Su biografía, ciertamente al uso de aquel tiempo, está tejida con relatos maravillosos. Todos los viernes del año, menos en las fiestas solemnes, se contentaba con pan y agua. Se cuenta también que, en varias ocasiones, el mismo Señor, movido de compasión por su siervo, trocaba el agua de su jarra por excelente vino. Curó numerosos enfermos, devolvió la salud a un leproso, resucitó a un niño. Después de su muerte, ocurrida en 1154, la lista de sus milagros se alargó más todavía, aunque, como es sabido, la sencilla fe de aquellos tiempos y la falta de educación n las clases pobres generalmente producía efectos contrarios al verdadero sentido evangélico.

Fiesta de todos los santos que militaron bajo la Regla de san Benito, instituida por el papa Paulo V, en 1612.

En Nuestra Señora de Gracia, Bricquebec, en 1879 dejó este mundo el hermano Abel Sehier, converso y herrero del monasterio. Supo armonizar admirablemente la oración y el trabajo. Para enseñar a los novicios a guardar silencio se los mandaba a trabajar con él durante algún tiempo. Si un obrero tenía necesidad de sus servicios se los dispensaba con generosidad, pero sin una palabra ociosa. Al fin de su trabajo se dirigía a la iglesia y pasaba todo el tiempo libre ante el santísimo Sacramento, de rodillas, los ojos cerrados o fijos en el tabernáculo. Cargado de años pasó a la enfermería. Una mañana se levantó como siempre a la hora regular, recitó piadosamente su oficio de maitines y así, sin testigo alguno, pasó a reunirse con los santos de la Orden en la conmemoración de su fiesta.

Dom Manuel Fleché Rousse, primer abad de Viaceli, en España. Nació en Tarbes, Francia, el 6 de diciembre de 1869 y murió en Viaceli, Cóbrecas (Cantabria), el 31 de enero de 1940. En el bautismo recibió el nombre de Enrique. En el archivo de Viaceli existe un documento firmado por el Rey Fernando VII, 12.III.1829, por el cual nombra Caballero de primera clase de la Orden de San Darnando a Mr. Juan Augusto Rousse, teniente de Infantería, por sus servicios en España. Puede tratarse del abuelo. En su juventud estudió la carrera de abogado y, final-

mente decidió ingresar como monje cisterciense en la abadía francesa de Sainte-Marie-du-Désert, que en 1902 tenía como padre y abad a un español, Dom Candido Albalat y Puigcerver (había ingresado en la abadía francesa en 1870 y fue elegido Abad en 1881). Dom Cándido buscaba un superior para la fundación monástica en tierras de Cantabria, España, y así, concedió anticipadamente la profesión solemne (15.XII.1906) y la ordenación sacerdotal (23.II.1907) al que había de ser el primer abad de Viaceli. Disfrutaba de una buena preparación intelectual, y aunque sus estudios en el monasterio no fueron muy amplios, tuvo un gran interés por proveer siempre la biblioteca de su nuevo monasterio lo mejor que pudo. No fue Dom Manuel quien levantó la nueva y futura abadía. Cuando llegó a Cóbreces el 14 de julio de 1907, las obras ya estaban muy avanzadas, y otros monjes habían roturado el terreno y plantado la fundación. Un gran abogado de Santander y otro abogado con sentido monástico sacaron adelante la fundación, que supondría un gran beneficio social y económico para aquella región de Cantabria. Tras muchas dificultades, el 15 de mayo de 1912, se tomó posesión del nuevo edificio. Pocos años después se abrió en Viaceli el “colegio monástico” u “oblatado”, para recibir niños, educarles en humanidades y dejar la puerta abierta a eventuales vocaciones monásticas. El oblatado dio abundantes frutos, muchos monjes procedían de él, hasta que en 1964 fue clausurado. En 1918 Dom Manuel recibió en la comunidad al P. Pío Heredia, proveniente de la comunidad de Getafe, en Madrid, quien sería años después prior de la comunidad, un gran apoyo para Dom Manuel y un maestro espiritual para todos (murió asesinado en diciembre de 1936 con otros 18 monjes de la comunidad). El 8 de diciembre de 1920 Dom Manuel fue nombrado prior titular de Viaceli. En 1926 fue elegido abad. Comenzó un tiempo de actividad fundadora, por encontrarse con la posibilidad de refundar los monasterios de Huerta y Poblet. Se vio envuelto en asuntos propios de la reimplantación de los y las cistercienses en España. Por las leyes de la República sobre Confesiones y Congregaciones de 1933 Dom Manuel no podía firmar documentos ni figurar en lo civil como superior; pero no era republicano, aunque era francés. Después de marchar de España Alfonso XII, Dom Manuel contrajo amistad con varias personalidades tradicionalistas, y en 1934 bendijo en Potes la bandera de los

requetés de Cantabria. De 1934 a 1936 su salud se resintió mucho, y estuvo a la par de la muerte. Se resistió siempre a que los monjes abandonasen la abadía; pero la expulsión llegó, y antes la prohibición del culto litúrgico el 20 de agosto de 1936. Todo ello quebrantó su salud; enfermo y con la comunidad fuera del monasterio y la mitad de ella asesinada, partió para Francia tras ser reclamado por el Cónsul Francés y el obispo francés de Dax. En 1937 regresó a España, y tras enormes vicisitudes, una vez liberado el monasterio montañés, volvió a él. La casa estaba desmantelada, la iglesia sin vidrieras. La comunidad se iba reagrupando, unos pocos quedaban, otros eran llamados a filas por los dos bandos en contienda. Dom Manuel se distinguió por ser una persona entregada a las obligaciones de su cargo, no muy fuerte de carácter, pero sí de gran fortaleza de espíritu, siempre atento a las circunstancias que le tocó vivir. Los pocos escritos suyos que se conservan en el archivo de la abadía de Viaceli demuestran su gran sensibilidad espiritual y pedagógica y su profundo conocimiento de las almas. Un hombre profundamente entregado a las obras de caridad y bueno con todos; por eso en el pueblo de Cóbreces era conocido como “el abad bueno”. Puede ser considerado también mártir de Viaceli, y así lo piensan los monjes de esta abadía dados los enormes sufrimientos que su débil corazón hubo de padecer (Esta crónica esta tomada de P. Gallagher, «Semblanza del primer abad de Viaceli», en *Cistercium*, XI (1959) 261-277 y de «Le espera liberadora», libro conmemorativo del martirio de los monjes de Viceli, Santander 2015). Los restos de Dom Manuel fueron solemnemente trasladados del cementerio de Viaceli a la iglesia de la abadía, donde reposan en la capilla de san Bernardo desde el 13 de noviembre de 1959, con la asistencia del obispo D. José Eguino y Trecu y los abades y superiores de las casas cistercienses españolas. Fue una ceremonia de reconocimiento a la pasión y santidad de Dom Manuel, tanto por parte de propios como de extraños al monasterio.

Dom Gabriel Sortais (1902-1963). Como se suele empezar la crónica de un Abad General, fue el 68^a abad de Císter y el 6^o de la Estrecha Obervancia. Los datos de su rica personalidad y el resumen de su actividad pastoral quedan bien expresados en la carta que l 17 de noviembre de 1963 dirigió a la Orden Dom Ignace Gillet, abad de Aiguebelle, Vicario

General, y después sucesor de Dom Sortais. Dom Gabriel –André, nace en Meudon, París, el 22 de septiembre de 1902– y estudió arquitectura en el Colegio de San Esanislao de la capital francesa; pero a los veintidós años, el 15 de agosto de 1924 ingresa en Bellefontaine. Es ordenado sacerdote el 29 de junio de 1931. En 1932 es prior de la comunidad y el 16 de julio de 1936 es elegido abad. La conflagración mundial de 1939 lleva a Dom Gabriel a los campos de batalla como capellán de guerra. En 1946 es Vicario General de la Orden; vino a España con motivo de la consagración de la iglesia de Viaceli en octubre de 1951. En noviembre de ese mismo año, 1951, es elegido en Císter Abad General de la OCSO por el Capítulo General. Desempeña esta función hasta que, en pleno Concilio Vaticano II, estando en la Casa Generalicia de Monte Cistello, al caer de la tarde del 13 de noviembre de 1963, fiesta de todos los santos que vivieron bajo la Regla benedictina, víctima de un infarto, entregó su alma al Señor. Fue enterrado en el cementerio de la abadía de Tre Fontane, situada más abajo de Monte Cistello. Dom Guy Oury, un monje benedictino de Solesmes, escribió un libro –*Dom Gabriel Sortais: Un abad sorprendente en tiempos turbulentos*–, donde se narra con gran clarividencia el periplo monástico de un Abad General que, tras los cambios europeos de la II Guerra mundial se acercó a la renovación de las órdenes monásticas pedida por el Vaticano II. Elegido abad de Bellefontaine en un contexto en el que Francia ejercía una influencia y una hegemonía especiales entre los Trapenses, Dom Gabriel tuvo que hacer, durante su generalato, un proceso de cambio hacia un nuevo modo de entender las estructuras, la autoridad y las observancias en la Orden. Otro libro, *Las cosas que agradan a Dios*, recoge las cartas a la Orden y su ministerio pastoral desde 1951 hasta 1963. Ahí se puede ver su profunda espiritualidad cisterciense, el conocimiento de la ascética tradicional monástica y un deseo de renovar las grandes prácticas de la tradición contemplativa; pero en su tiempo ya comenzaban a imponerse con fuerza otras corrientes y modos de ver el monacato tradicional. Ciertamente que en su modo de ejercer el cargo pastoral y la autoridad como Abad General tuvo que afrontar nuevos modos también de entender estas funciones, dado el espíritu de comunión e independencia a la vez entre diversas casas y sectores de la Orden. Fue el Abad General que puso empeño en visitar y

conocer todas las casas de la Orden, y también su tiempo de abadiato se caracterizó por la expansión de la Orden a África y América, y de iniciar algunos monasterios nuevas experiencias comunitarias, chocando a veces con el modo de entender las cosas de Dom Gabriel. Posiblemente le faltó tiempo para adaptarse y adaptar las nuevas orientaciones del Vaticano II; pero fue un monje cisterciense cabal, que amó a la Orden con pasión y que quería para todos sus miembros una profunda vida espiritual.

14

En Villers de Bravante, en 1221, el venerable Walter de Utrech. De noble familia, pasó de Vaucelles a Villers, donde llegó a ser abad. Alma inflamada por la caridad, su gran preocupación fue atraer a los hombres a los claustros y fundar monasterios de monjas. Cuentas las crónicas que se quedaba absorto en Dios, de suerte que se pasaba casi los días enteros en una oración tan íntima y dulce que ningún pensamiento extraño interrumpía su quietud. Esto, sin embargo, no le impedía consagrarse con solicitud a proveer de lo temporal a su monasterio. Ya anciano quedó casi ciego. A pesar de ello continuó celebrando la santa misa, dotado al parecer de la cualidad de leer, aun estando ciego. Gobernó la abadía durante algo más de seis años y, estando de visita en el monasterio de Val Sant-Lambert, paso a la bienaventuranza eterna.

En Claraval, el bienaventurado Guillermo, monje muerto a edad muy avanzada y con gran reputación de santo. Vivió primero en el monasterio benedictino de Saint-Aubin, cerca de Angers; después, con el consentimiento de su abad, se retiró a una pequeña celda, donde llevó vida de recluso durante varios años. Oída la reputación de san Bernardo y su comunidad, no pudo ya sosegar hasta ponerse bajo el cayado de un tal pastor y aumentar así el fervor de su alma. Recibido en el monasterio, gozó de los consuelos del Espíritu Santo.

15

En el Franco-Condado, en el año del señor 1870, Dom Benoît Michel, abad de Sainte-Marie, y después de Ntra. Sra. de la Grace-Dieu.

Con su ejemplo y con su caridad era para su comunidad un modelo y un padre lleno de ternura. Su bondad le conquistó el afecto de todos, y todos le reverenciaban por su piedad y austeridad. Murió de una enfermedad que él ocultó por no preocupar a sus hermanos. Cuando sus hijos partieron para Tamié se llevaron cariñosos los restos de su padre y los depositaron bajo una lápida en medio de la iglesia. Su memoria continúa aún hoy día plena de bendiciones.

En Parc-aux-Dames, cerca de Senlis, en el año 1638, la santa muerte de Edmunda Duguet, subpriora. Ya en su juventud se había entregado a la piedad y austeridad. Después que entró en el monasterio era tal su amor a la clausura que no quiso salir nunca fuera de los muros del monasterio, a pesar de las instancias de los médicos. Sus enfermedades, muy penosas, no lograron jamás dispensarla de la asistencia al oficio divino; por más de un año soportó sin una queja terribles dolores. Rogando sin cesar por las monjas, sus compañeras de virtud, procuraba darles con oportunidad consejos saludables que les ayudasen en la santidad. Sus ansias continuas de eternidad fueron satisfechas en la víspera de su patrono, san Edmundo. Recibió sepultura en el claustro de la lectura.

Martirio de las monjas de Fons Salutis, en Algemesí, Valencia, España. A los monjes de la abadía de Viaceli, en Cantabria, fueron unidas en el mismo Proceso, dos monjas de la Orden, muertas también de forma martirial: Madre María Micaela Baldoví Trull, de sesenta y siete años. Madre María Natividad Medes Ferris, de cincuenta y seis. Ambas eran naturales de Algemesí (Valencia), y monjas del monasterio de Fons Salutis, de la misma localidad, cuando fueron asesinadas. Las dos procedían del monasterio de Císter de La Zaydía, Valencia, donde habían ingresado. La Madre Micaela a finales de 1893, y la Madre Natividad en octubre de 1914. Allí Madre Micaela fue abadesa los años 1917 a 1921. Ambas salieron juntas de La Zaydía, el 30 de octubre de 1927, para fundar el monasterio cisterciense de Fons Salutis en su villa natal de Algemesí, al que la Madre Micaela iba como superiora.

El 22 de julio de 1936 la comunidad fue expulsada de su monasterio y las monjas se dispersaron por las casas de sus familiares. Madre Micaela se refugió en casa de su hermana Encarnación. Madre Natividad en casa de

su hermano José, donde también hallaron cobijo sus dos hermanas carmelitas, el P. Ernesto y el Hno. Vicente. Fue inútil su refugio. Pues fueron detenidas entre el día 18 y el 20 de octubre. Madre Micaela junto con su hermana, y Madre Natividad junto a sus tres hermanos. Fueron llevadas presas, junto con otras personas, a su propio monasterio de Fons Salutis, convertido en cárcel improvisada. Allí vivieron unos días, preparándose para un final cada vez más previsible. Y, en efecto, la noche del 9 de noviembre, la Madre Micaela junto con su hermana Encarnación, fue sacada del monasterio-cárcel y ambas fueron fusiladas en la carretera. Al amanecer, la Madre Micaela aún estaba viva, agonizante. La remataron machacándole la cabeza. La noche siguiente fue el turno de Madre Natividad, junto con sus tres hermanos. Todos fueron fusilados también en la carretera, fuera de la población. Ambas sellaron, como tantos otros, su fidelidad a Cristo con su propia sangre. No podían renegar de Aquel que había dado su vida por ellas, ni podían separarse de Aquel a cuyo amor nada habían antepuesto en vida. También ellas lavaron sus vidas en la sangre del Cordero, como dice el libro del Apocalipsis. Fueron beatificadas, junto con los mártires de Viaceli, el 3 de octubre de 2015. Sus cuerpos se hallan en Algemesí, en una capilla del antiguo monasterio. El pueblo de Algemesí, y en la parroquia de Santiago, les ofreció un sentido homenaje litúrgico y popular el 15 de noviembre de 2015, al que asistió una nutrida representación de la Congregación Cisterciense de San Bernardo en España y numerosos fieles.

16

San Edmundo, arzobispo de Cantorbery. Canónigo de Salisbury, fue promovido al arzobispado de Cantorbery, del cual se vio privado y rechazado por su celo en defender los derechos de la Iglesia. A ejemplo de sus intrépidos predecesores, santo Tomás Becket y el cardenal Esteban de Langton, buscó refugio en Pontigny, donde se le recibió con todos los honores debido a su alta dignidad. Así pudo consagrarse con sosiego, durante varios meses, a la lectura y la oración, a las que dedicaba los días y aun parte de la noche. El calor excesivo de aquel verano le alteró la salud. Abandonó Pontigny en busca de un clima más saludable, retirándose al priorato agustiniano de Soisy-on-Brie. Afligidos el prior y los monjes de

Pontigny por su partida, él los consoló en estos términos: –“Estaré con vosotros en la próxima fiesta de san Edmundo, rey y mártir” (20 de noviembre). En dicha fiesta, en efecto, llegaron a Pontigny los restos mortales del santo arzobispo, que murió en Seisy el 16 de noviembre del año 1240. Sus últimas palabras habían sido para suplicar un lugar de reposo en Pontigny.

17

Santa Gertrudis, llamada “la Magna”, en Hefta, Sajonia. Teóloga del Corazón de Jesús y precursora de su culto público. A los cinco años de edad fue llevada al monasterio para su educación, como era costumbre en algunas familias. “Con ciega demencia”, según su propia expresión, se entregó al estudio de las letras humanas, sin preocuparse de abrir su alma al influjo de la luz divina. Por bondad y misericordia, antes de llegar a los veinticinco años de edad, el Señor la preparó, por medio de la inquietud y desasosiego del alma, para una renovación de su vida. Como en un comentario vivo del *Cantar de los Cantares*, llegó a gozar de manera maravillosa las verdaderas delicias del amor mutuo entre el corazón divino y un alma fiel y la familiaridad a que, en esta tierra de destierro, es posible llegar. Ella misma trazó en su relato *Heraldo del amor divino* las vicisitudes de este sublime trato de amor. En diversas ocasiones vivió en íntima familiaridad con el Señor y participó de las alegrías maternas de María santísima; como san Juan, reposó en el pecho de Ntro. Señor y escuchó las pulsaciones de su corazón divino, manifestación de suavidad y misericordia que, según le fue revelado, estaba reservada para estos nuestros tiempos en el que languidece ya en el fuego de la caridad. Como san Bernardo y santa Lutgarda, mereció que el Señor, desprendiendo sus brazos de la cruz, la estrechase contra su pecho; como a santa Lutgarda también, le presentó su corazón divino, cambiándoselo, por pura gracia de bondad, por el suyo, en señal de mutua unión; como san Francisco, también ella llevó en su corazón impresos los estigmas de las llagas de Cristo; como santa Teresa, gozó la dulzura de sentir traspasado el corazón por un dardo amoroso; como el celestial esposo usó con toda sencillez de los bienes necesarios o útiles, no para su satisfacción, sino para gloria del Señor. Se durmió en el abrazo de su Esposo el 17 de noviembre de

1302. En 1739, Clemente VII extendió su culto a la iglesia universal. Es considerada una de las grandes místicas benedictinas.

18

En la Trapa, en 1688, descansó en el Señor el monje Eutimio L'Espino. El abad De Rancé, al hacer su elogio en el capítulo, manifestó que en los tres años que pasó en el monasterio no había hallado en él ni un solo detalle reprehensible. “En tan corto espacio de tiempo, alcanzó rápidamente todos los grados de humildad que san Bernardo enumera”. Su mismo aspecto externo traducía la perfecta disposición de su alma. Consumido por la fiebre, se fue a Dios el 18 de noviembre de 1688.

En el monasterio de Ntra. Sra. de los Dolores, de Blagnac, en 1899, trocó este mundo por el cielo la monja Gertrudis Vedere, prima de santa Bernardita y su confidente en las apariciones de Lourdes. El 4 de marzo de 1858 tuvo la suerte de asistir a un largo coloquio entre la Virgen y la humilde pastorcita. Esta le dijo después a su prima: -“Has estado muy cerca de la Señora, tan cerca que si hubieras alargado el brazo le hubieras tocado... Yo no te vi entrar en la gruta, pero te distinguí perfectamente dentro... La Señora te miró mucho y sonrió hacia ti. Le dije qué iba a ser de ti, y me respondió: “Entrara en una orden donde visten de blanco y no se come carne”. Este pensamiento de que los ojos maternales de la santísima Virgen se habían posado sobre ella, llenó de gozo toda la vida de Gertrudis. En el claustro vivió como una verdadera hija de la Madre de Dios, sencilla, noble, apacible, entregada a la humildad y al silencio. Maestra de conversas, se ganó todas las simpatías por su bondad y celo en el servicio de las hermanas. Subpriora, fue un modelo de obediencia y de entrega a las necesidades de todos. Débil por los años y las enfermedades, renunció a su cargo. En su lecho de muerte, con el rostro iluminado, entregó su alma en los brazos de la Madre de los Cielos.

19

Santa Mectildis de Hackeborn, la pía y dulce cantora, en Helfta, Sajonia Siete frágiles años tenía cuando llegó al monasterio, y pronto su

alma se inflamó en devoción y amor a Dios con en una alegría penetrada de suavidad. Colmada de dones de la naturaleza y de la gracia, fue de una dulzura exquisita, de una profunda humildad en todo su porte; para sus hermanas era una madre, prodigando a todas ayuda y consuelo. Aunque le brumaban constantemente el dolor y la enfermedad, ella añadía aún numerosas mortificaciones en su vida de piedad. La Pasión de Cristo le hería en lo más vivo de su alma; solo hablar de ella le hacía derramar lágrimas. El Señor le hizo su confidente en muchos misterios. Era devotísima del Corazón divino de Jesús, quien se dignó dejárselo en prenda y posesión, para que su muerte no fuera más que un reposo eterno en él. Como una cítara armoniosa, alababa a Dios y a su madre Inmaculada por el corazón de Cristo. Al llegar su hora postrera respondió al señor, que la invitaba a ir a Él: -“Señor y Dios mío, yo deseo vuestra alabanza.” Respuesta que debió agradar al Señor, que le dijo: -“Ya que lo quieres, en esto te asemejarás también a mí.” Llegado al momento tan deseado, como en el *Cantar de los Cantares*, respondiendo a la voz de su dulce Amado -“Venid, benditos de mi Padre, a poseer el Reino que es está preparado desde el principio el mundo”- encontró la paz de su alma. Era el año 1293.

20

En este día del año 1795, el martirio del monje cisterciense Esteban D' Huberte, muerto durante el trayecto entre la prisión y el lugar de la ejecución.

En Inglaterra, el ilustre arzobispo de Cantorbery, Balduino de Ford. Nacido en un hogar pobre, llegó, gracias a la protección del obispo de Exeter, a ser un hombre de letras, de una elocuencia y prudencia eminentes, pero modesto, sobrio y silencioso. Renunciando a la dignidad de arcediano, tomó el hábito cisterciense en el monasterio de Ford, donde pronto él, que no anhelaba más que ser un verdadero monje, se vio elevado a la silla abacial y, no mucho después, al episcopado. Ocupó primero la sede de Worcester y luego la de Cantorbery, juntamente con el cargo de Legado de la santa Sede. Orador de rara elocuencia, dejó varios es-

critos que testimonian su esclarecida ciencia. El más notable entre ellos es quizás su *Tratado de la vida común, Amor de la Comunión y Comunión de amor*. De gran bondad natural, que en ninguna circunstancia abandonó, alcanzó reputación de varón lleno de mansedumbre e inclinado siempre a perdonar. Predicó y tomó parte en la Cruzada; pasó luego a Siria, donde socorrió con largueza la necesidad de sus compatriotas más pobres, animándolos con su palabra y su ejemplo. Costeó asimismo todos los gastos de quinientos hombres de armas, cuya bandera llevaba el nombre de santo Tomás de Cantorbery. Murió en Tiro, en este día del año 1190, después de haber mandado distribuir, en su testamento, todos sus bienes entre los cruzados.

En Toulouse, en 1598, la muerte de Margarita de Santa Ana de Polastrón de la Hillière, cofundadora de las monjas fulienses. Había estado unida en matrimonio con el señor de Marguestaud. A los cincuenta y ocho años, después de haber ensayado durante tres años el género de vida de los fulienses, siguiendo las exhortaciones de Juan de la Barrière, pidió oficialmente licencia para comenzar la fundación de un convento de monjas, en compañía de su hija Jacobina y algunas otras damas de la alta sociedad. A pesar de sus años y de haber sido educada en medio de las comodidades de este mundo, abrazó la observancia con todo rigor y guardó fielmente sus votos hasta su último día. De una gravedad enteraverada de bondad, escogía para sí las tareas más difíciles, dejando para sus hijas las más livianas y fáciles, inquieta siempre por sus enfermedades más que si se tratase de las suyas propias. Murió santamente el día 21 de noviembre de 1598 a los setenta y dos años de edad.

21

En Irlanda, en 1580, el martirio del abad de Boyle, Gelasio O'Culean. Detenido por haber predicado y defendido con éxito la verdad católica, rehusó con indignación los altos cargos que se le ofrecían si apostataba de su fe, y fue entregado al verdugo. Yendo al lugar del suplicio, consiguió traer al redil católico a numerosos herejes. Fue ahorcado en los muros de Dublín. Debía haber sido también descuartizado, pero

la súplica de algunos nobles personajes, de sus padres y amigos, logró que este último requisito de la sentencia no fuera cumplido. Muchos católicos recogieron sus hábitos y su sangre como reliquias.

En Saboya, el año 1813, el esclarecido abad de Tamié, Antonio Gabet, director más tarde del hospicio de Hont-Cenis. Había sido en el mundo un brillante soldado, pero abandonó la corte del rey de Piamonte para abrazar la vida austera del monasterio de Tamié. Poco después de haber sido elegido abad tuvo que huir a Italia con su comunidad y buscar en este país un lugar conveniente para la vida regular, mientras las circunstancias lo permitieran. Las tropas revolucionarias invadieron el Piamonte y la pequeña comunidad tuvo con dolor que dispersarse. Cuando en 1800, Bonaparte llegó a ser primer cónsul y soñó con establecer un albergue en Mont-Cenis para los soldados que tuviesen que hacer camino a través de los Alpes, confió la dirección a Dom Antonio. Este ejerció su ministerio con tanto celo que logró rehabilitar en el ánimo de muchos el concepto de la vida monástica, entonces tan poco considerada. Débil y enfermo ya, recibió en su albergue con gran reverencia al Papa Pío VII, condenado al destierro por la soberbia del emperador; y le administró al santo pontífice, por entonces casi moribundo, el sacramento de la extremaunción. Para testimoniarle su reconocimiento, Pío VII le elevó a la dignidad cardenalicia; pero, antes de que llegase la bula del nombramiento, Dios nuestro señor se dignó llamar al cielo a su siervo fiel para coronarlo de gloria.

22

En Roma, el eminentísimo cardenal Jérôme d'Aubeyrat de la Sauchière. Natural de Auvernia, monje de Montpeyroux, doctor en teología, fue elegido abad de Claraval en 1552. Asistió al concilio de Trento. Emponente por su piedad y su doctrina, muy estimado por los cardenales Hosio y Baronio. Los reyes de Francia, Enrique II, Francisco II y Carlos IX, con frecuencia recurrían a las luces de su alta inteligencia y honda sabiduría. Fue designado abad de Císter, pero sus monjes consiguieron del romano pontífice que siguiera al frente de la abadía claravelense. Con

infatigable celo trabajó también en la reforma de la Orden. San Pio V, viendo en él a un hombre según su corazón, le promovió a la dignidad cardenalicia, a pesar de su viva resistencia. Murió tres años más tarde, el 23 de noviembre de 1571. Al enterarse de su muerte, exclamó san Pio V: –“Quiera el Señor que yo muera con la muerte de este justo” y, en el consistorio siguiente, se lamentó de la desaparición de una lumbrera tan valioso para la iglesia.

En Heilighenthal, Alemania, la venerable Jutta de Rustat, primera abadesa de dicho monasterio. Llevaba ya con otras compañeras una vida de retiro y religión, pero deseando abrazar la observancia cisterciense, solicitó de su hermano el feudo de Bonobach. Su hermano no dudó en concedérselo, y allí, en 1233, erigió el monasterio. Vivió y murió santamente hacia 1250. Recibió sepultura delante del altar mayor y fue tenida como una santa.

23

En Eberbach, Alemania, el bienaventurado Adan primer abad del monasterio. Natural de Colonia, tomó el hábito en Císter mismo, donde fue connovicio de san Bernardo. Fue enviado a la fundación de Morimond, y, en 1126 o 1127, elegido abad de Eberbach. Más tarde, cuando san Bernardo quedó encargado de la predicación de la Cruzada, encomendó a Adan las tierras germánicas. El emperador Federico II le envió cerca del Papa Eugenio III, para anunciarle su elección al imperio. Uno y otro le tenían en alta estima. Gracias a los cuidados y habilidad de Adan, según parece, Federico, convertido ya en cabeza del cisma, desistió de las persecuciones que tramaba contra los monasterios cistercienses. Por su parte, Eugenio III le empleó en la solución de múltiples y difíciles conflictos; también los obispos vecinos le confiaban sus asuntos eclesiásticos. Para los abades fue un consejero lleno de discreción; para sus hermanos caídos todo isericordia; y para cuantos acudían a él, un amigo pleno de bondades. Gobernó el monasterio por él fundado durante cerca de cuarenta años, con una prudencia del todo sobrenatural, e hizo ocho fundaciones nuevas. Descansó en el Señor el día siguiente a la fiesta de

santa Cecilia del año 1166 o 1167. sus reliquias han sido objeto de varias traslaciones solemnes.

En Hungría, en 1678, el abad de Zirc, Martín Ujfalusy, muerto cruelmente por los turcos. A su recuerdo asociamos también el de un hermano converso de Heiligenkreuz, Austria, y a quien los turcos, en 1529, cortaron las manos y los pies.

24

Gertudis de Hackeborn, en Helfta, Sajonia, abadesa “verdaderamente digna y llena del Espíritu Santo”, hermana mayor de santa Mectildis. Desde su infancia, mostró una sabiduría y prudencia extraordinarias, lo cual le valió ser elegida abadesa a los diecinueve años. Amante decidida de la pobreza, se propuso alejar de sí misma y de sus hermanas todo lo que tuviese olor a superfluo. Cuidaba a las enfermas por sí misma, tan maternal y henchida de bondades par con sus hijas, que todas se juzgaban preferidas en su amor. Si en ocasiones tenía que reprender con dureza alguna falta, enseguida volvía al trato amable y dulce, como si nada hubiera pasado. Sentía un placer extraordinario en la lectura de las sagradas escrituras, que estudiaba con aplicación, recomendándolo con instancia a sus hermanas, para que tuvieran en ellas su alimento espiritual constante. Después de un gobierno de cuarenta años, cayó enferma de gravedad. Durante su agonía, el Señor se apareció a Santa Gertrudis en ademán de abrazarla. Partió para las bodas celestiales el año de 1292. Es otra de las grandes santas y místicas cistercienses sobre la cual se ha tejido un relato de santidad no siempre exento de leyenda y piedad.

25

En Aulne, en el Mainaut, el bienaventurado Gotier, prior. Cuando en 1147, san Bernardo predicó la Cruzada en Lieja, Gotier, canónigo de la catedral, movido por sus palabras, le siguió a Claraval, acompañado de su pariente, Gotier el Joven. Pronto los dos fueron enviados, con una nueva comunidad, a Aulne, antiguo monasterio de canónigos regulares

que querían unirse a la orden cisterciense. Gotier el Viejo fue nombrado al poco tiempo prior. Pasaron los años, y él, ya anciano, cambió las actividades de Marta por el reposo de María e hizo voto de recitar todos los días el salterio completo. Lleno de virtudes pasó al gozo de Cristo. Su compatriota, Gotier el Joven, muchos años más tarde, contando a Enrique, abad de Heisterbach, la muerte de su santo prior, confesaba que también él deseaba con ansia la muerte para estar con Cristo. Y repetía insistentemente: -“¿Cuándo podré contemplar el rostro de Dios?” Un día, según los clásicos relatos de Cesáreo de Heisterbach, apareció encima del monasterio una brillante estrella a plena luz del día.

En Frigia, el santo prelado Alberto, segundo abad de San Bernardo de Aduart. El cronista de la abadía le describe como varón de muy santa vida. Acrecentó grandemente su monasterio en lo espiritual y material; y dejó una numerosa comunidad. Murió en la festividad de santa Catalina el año de 1216.

26

En Maigrauge, Suiza, en el año 1657, la piadosa muerte de Anne Isabelle Gottrau, abadesa. Todavía era una jovenzuela y ya sus virtudes le habían ganado el título de “ángel de los Gottrau”. En el monasterio, desde su entrada, probó y forjó su alma en toda clase de penas. Su biógrafo nos las narra con todo detalle, admirado de la heroicidad de paciencia y gozo de la joven religiosa. A estos males se juntaron las penitencias voluntarias y la lucha continua por dominar la propia voluntad y arraigarse en la humildad. Sucesivamente fue subpriora, priora y abadesa; tuvo mucho que padecer de parte de algunas monjas de espíritu inquieto, pero firme en su propósito de perdonar siempre, no menguaba sus favores a las que así se le oponían. Era ya un proverbio en el monasterio que, para conquistarse las gracias de la madre abadesa, era preciso ofenderla. Si la conciencia la obligaba a castigar, imponía, sí, una penitencia, pero envuelta en dulzura y suavidad. En los últimos meses de su vida, los dolores que la crucificaban se agravaron, las manos y los pies se le cubrieron de llagas y el cáncer devoraba su pecho. Con todo, como si el dolor físico no la im-

presionase, su alma permanecía unida a Dios y era ella la que consolaba a sus hermanas. Murió a los cincuenta años.

27

En Císter, el bienaventurado abad Guillaume de Toulouse. Maestrescuela de gran renombre, se presentó en Savigny como postulante. Poco tiempo antes, el venerable Aymón, maestro de novicios, había visto en sueños, cómo Cristo le entregaba un talento. Al hallarse ante Guillermo, el padre maestro, recordando la visión, comprendió que aquél era el talento que el Señor le confiaba. Le exhortó a menospreciar los honores del mundo, y Guillermo se puso sin condiciones en sus manos, prometiéndole su conversión. Fue, un monje de gran espíritu religioso, rendido amante de la pobreza cristiana, el verdadero talento enviado al monasterio por el Señor. Poco después de la emisión de sus votos fue elegido abad, y Dios obró por su medio grandes cosas. Jamás rehusó la misericordia a nadie que la necesitase. Renunció el abadiato, pero algunos años después, hubo de tomar nuevamente el cayado durante dos años, hasta su muerte, acaecida en 1181.

En el monasterio cisterciense de la Santa Cruz, en Casarrubios del Monte, España, la Venerable María Evangelista Quintero Malfaz. Según una crónica de una moja compañera suya: “Nació en la villa de Cigales cerca de Valladolid. Sus padres eran de lo más principal de aquellos lugares y ricos. Un hermano suyo, para quedarse con su herencia, le llevó al monasterio, sin ofrecer dote, destinándola a ser lega y no monja de coro. El primer día que la maestra llevó a la novicia al coro la sentó en el lugar de las legas, y esta advirtió que la tenían sin breviario. Se dirigió a la maestra y esta le respondió. *Las legas no usan de breviario y para lega la ha entrado su hermano*. Ella se quedó tranquila y no dijo más. Así, pues, siendo ya de 15 o 16 años, por instancias suyas sus hermanos la entraron religiosa lega en el convento de Santa Ana de Valladolid, recoletas de la orden de san Bernardo, a 10 de mayo del año de 1609. Hizo su profesión y vivió en el ministerio de la cocina 17 años con gran falta de salud, sin poder acudir a él. Tuvo en este tiempo algunas enfermedades. Pasados estos 17 años

dio Su Majestad a entender a su confesor, así por sí mismo como por otras almas que gobernaba, que era gusto suyo y convenía a su servicio que la sacase de lega, le diesen la cogulla de monja de coro e hiciese profesión de tal, porque quería le alabase en él. Tratose esta materia y hubo no solo algunas dificultades que vencer, mas muchas turbaciones, oposiciones y alborotos. Fueron tantos los trabajos que en esta ocasión padeció la santa Madre, que decían las madres, sus compañeras en la fundación, que no sabían cómo fuerzas humanas habían podido tolerar tanto golpe; mas es verdad que el que la puso en esta ocasión la ayudó y asistió mucho. No fueron solos los alborotos del convento de Santa Ana, mas de toda la Orden; y hubo muchas disputas de hombres doctos sobre el caso, resolviendo todos en que no era espíritu de Dios el que movía a ascender en estas materias, sino del demonio, y presunción propia de sujeto soberbio y engañado. Habiéndose allanado tan grandes dificultades y sacádose licencia para darle la cogulla y profesión de monja de coro, que fue el año de 1626, dicen que sucedieron cosas muy particulares el día que se la dieron, y que asistieron a este acto la Reina de los Ángeles y algunos santos de su devoción. Y la Madre San Jerónimo, compañera de la santa Madre, dejó escrito que era tanta la alegría que hubo en el convento, que fue de grande admiración en todas las religiosas y las personas que asistieron a la dicha profesión. Era de muy apacible y amable condición, y de lindo y agudo entendimiento, fundado en una profunda humildad, muy obediente en extremo. Y todas las virtudes ejercitó con modo muy singular y grande caridad y mortificación, sin quejarse ni mudar semblante en suceso alguno. Aunque padeció mucho, así de enfermedades como de persecuciones de criaturas, siempre se mostraba con una boca de risa y semblante de ángel. Comenzó a relacionarse con un matrimonio que deseaba emplear su hacienda en una obra piadosa fundando una capellanía. La Madre, guiada por inspiración divina, les sugirió la fundación de un monasterio cisterciense en Casarrubios del Monte (Toledo). Hacia allí se dirigió con otras dos monjas el 25 de octubre de 1634, poniendo los cimientos del Monasterio de la Santa Cruz y no sin antes vencer la fuerte oposición de las gentes de la villa. Allí se entregó de lleno a secundar los planes de Dios en su alma, siendo un auténtico modelo de toda virtud, una verdadera madre para las monjas, llena de ternura y delicadeza, que

las arrastraba con su ejemplo y las animaba a vivir en hondura su consagración a Dios. Fue un alma enamorada de Cristo, mereciendo la gracia de ser distinguida con los estigmas de la pasión. En más de una ocasión tuvo la dicha de recibir la comunión de manera milagrosa, cuando no podía recibirla directamente de manos del sacerdote. Escribió su *Diario de oración* y un *Comentario al libro del Génesis*, un llamado *Catálogo de los setenta y dos apóstoles*, además de otros escritos místicos de gran relevancia. Falleció santamente el 27 de noviembre de 1648 en el monasterio por ella fundado, dejando tras de sí una estela luminosa de grandes virtudes. Cinco años más tarde, se encontró incorrupto su cuerpo. Por su mediación se han obtenido numerosos favores, tanto en vida como después de muerta. Su causa de beatificación fue introducida en 2012, y a causa de ello cobró gran relevancia el dar a conocer su vida y su obra, que se hallan compendiadas y descritas en el libro *El sentido de la Historia. Para conocer a Dios y renovar la Iglesia: Las revelaciones de María de San Juan Evangelista (1591-1648)*, tesis del P. Oscar Antonio Solórzano.

28

La venerable Mectildis de Magdebourg, en Helfta, Sajonia. Se cuenta que a los doce años fue favorecida con una gracia del Espíritu Santo, que la preservó de toda inclinación al pecado y le hacía amargos todos los atractivos del mundo. Ávida del olvido de los hombres, se dirigió a Magdebourg donde nadie la conocía. Allí hizo vida de beguina, bajo la dirección de los frailes predicadores. Revestida de la coraza de la Pasión del Salvador, sometida su carne a las más duras penitencias, contempló la humanidad de Cristo, la belleza maravillosa de la Madre de Dios y la felicidad de los elegidos. Por orden de su director, puso por escrito, poetisa y profesita a la vez, las visiones con que el Señor la honró, en un libro titulado *La luz de la divinidad*. Como una nueva Débora anunció a los clérigos y a los monjes de vida desarreglada los castigos a que se exponían si no encauzaban sus vidas por el buen camino, lo cual levantó una tempestad contra ella. Los padres predicadores la confiaron entonces a Gertrudis, la venerable abadesa de Helfta, que la admitió en su monasterio. Mectildis vivió todavía doce años en compañía de santa Gertrudis y santa Mectildis.

El Sagrado Corazón se le había revelado aún antes que a estas dos santas. Hacia 1283, a consecuencia de una grave enfermedad, entró en la agonía, y se cuenta que Gertrudis y Mectildis, que la asistían, vieron al Señor y su madre colocarse junto al lecho de la moribunda.

29

En Claraval, el bienaventurado abad de Noirlac, Roberto. Pariente próximo de san Bernardo, entró con él en Císter. Viendo su fragilidad y su juventud, san Esteban le hizo esperar durante dos años; admitido debido a su viva y gran insistencia, hizo la profesión y pasó luego a Claraval. Pero bien pronto, animado por consejeros interesados, se dejó conducir a Cluny. San Bernardo, que por algún tiempo había disimulado su pena, le dirigió entonces la célebre carta escrita bajo la lluvia sin que el pergamino se mojara. A pesar de todo, Roberto no se decidió ir a Claraval hasta algunos años mas tarde, por una delicada mediación de Pedro de Cluny. En la escuela del santo sus progresos fueron rápidos. Cuando su virtud estuvo lo bastante sólida y robustecida, san Bernardo le puso al frente de los monjes fundadores de la abadía de Noirlac. Al parecer, pasados algunos años, renunció su cargo; vivió todavía largo tiempo en la Orden, más de sesenta y siete años, según se dice en las crónicas, y murió hacia el año 1190.

En el monasterio de Beaupré, Bélgica, en el siglo XVI, la piadosa hermana conversa Juana Spirinx. De noble origen, pidió ser recibida en calidad de hermana conversa, si bien su familia puso como condición que no la empleasen en los trabajos más groseros. No obstante, pasada su profesión, se entregó a la piedad y humildad en los trabajos más bajos. Pidió a la abadesa que la dejase ayudar a las hermanas encargadas de los establos, lo cual, en vista de sus deseos, le fue concedido. Dejó fama de una vida entregada a Dios en total humildad.

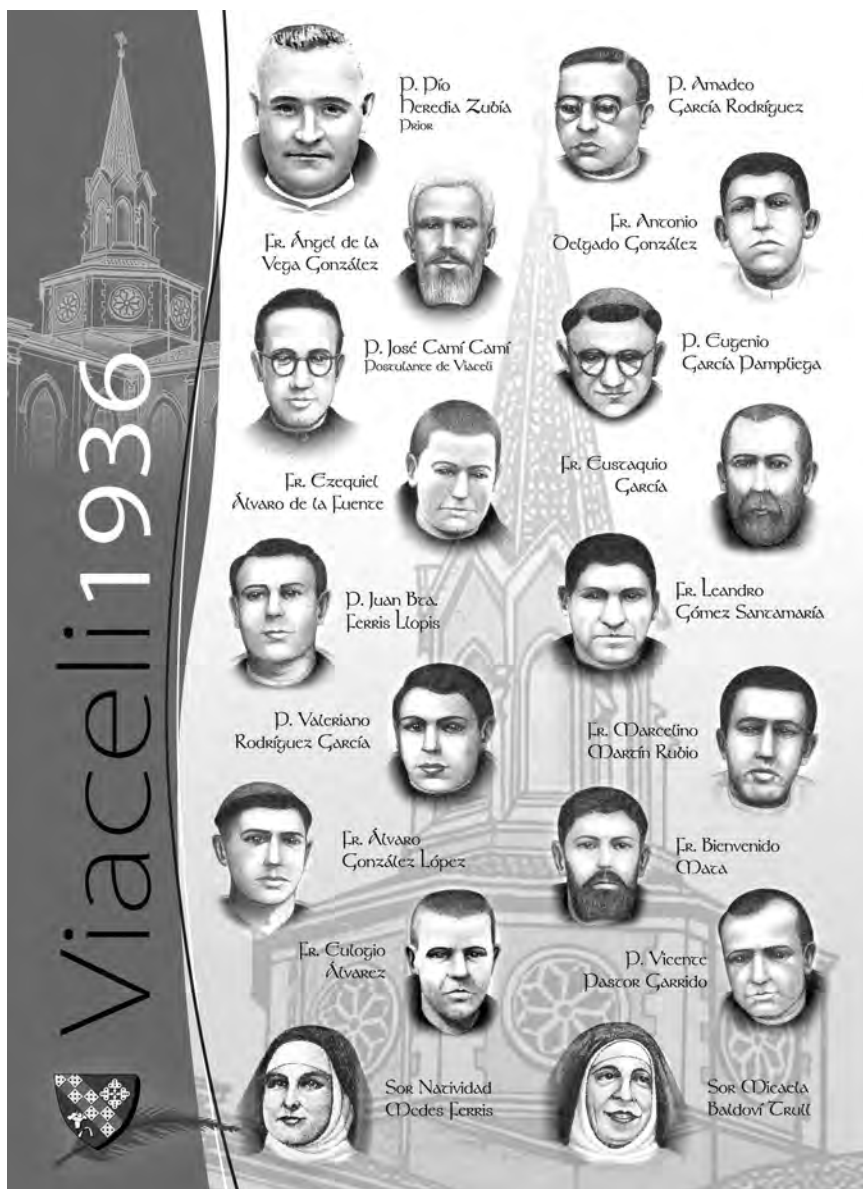
30

En Kumbd, Alemania, año 1191, el bienaventurado Eberard, fundador del monasterio. Nacido de la noble familia de los condes de Stahleolc,

sirvió en la corte del Bajo Palatinado, en Heidelberg, pidiendo en vano ser recibido en el monasterio de Schönau. Sus progresos en la vida mística iban, sin embargo, cada día en aumento. A los quince años rogó a sus padres le concedieran permiso para retirarse a una celda contigua a una pequeña iglesia. Al cabo de algunos años, cedió este lugar a las monjas cistercienses y recibió el hábito de la orden, probablemente de manos del abad de Eberbach. Aunque era todavía subdiácono y muy joven, fue encargado de la dirección espiritual de las religiosas. Más y más alto cada vez en la contemplación, después de dos años de enfermedad, alimentado con la frecuente y fervorosa recepción del cuerpo de N. S. Jesucristo, murió a los veintisiete años. El abad de Eberbach le dio sepultura en la iglesia de Kumbd. Sus restos se expusieron a la veneración de los fieles. Cuando en 1655 las religiosas se vieron obligadas a huir, las reliquias del bienaventurado Eberardo fueron trasladadas a Himmerod y honradas con las de otros santos venerables.

En Claraval, la memoria de un santo converso, que, instruido en la escuela de la gracia, aprendió en alto grado a ser manso y humilde de corazón. Jamás tuvo un momento de cólera o de impaciencia, aun en medio de injurias o contratiempos. Proclamado en el capítulo con razón o sin ella, tenía por costumbre rezar por lo menos un padrenuestro por el que le había hecho la proclamación, costumbre que llegó a ser ley entre todos los monjes de Claraval.





DICIEMBRE

Día 1

En Italia, el bienaventurado Hugo de Chalons, cardenal de la santa iglesia. En 1150, siendo abad de Trois-Fontaines, en Champagne, fue enviado por la orden como delegado cerca de Eugenio III, que le consagró obispo de Ostia y le revistió con la púrpura cardenalicia. Al anuncio de esta nueva, san Bernardo escribió al soberano pontífice para testimoniarle su pena, puesto que Hugo y él no formaban más que un solo corazón y una sola alma; personalmente perdía una ayuda preciosa; en cuanto a la Orden, con esta designación sufría un gran detrimento. Nos han quedado varias respuestas del santo a consultas que le formulaba el venerable cardenal. Este escribió al capítulo general para informar de la muerte de Eugenio III y cómo el pueblo romano, con lágrimas en los ojos, había sentido la partida definitiva del santo pontífice. Murió el ilustre cardenal en este día del año 1158.

En En Fitero, en Navarra, la muerte del venerable Marcos de Villalba, abad y Reformador general de la Observancia Regular de Castilla, varón muy apreciado por sus virtudes y dotes de gobierno. Fue un hombre de una gran preparación intelectual, humanística y teológica, a la vez que estaba adornado de una discreción innata propia de un buen castellano viejo. Por obediencia se presentó a las oposiciones para la cátedra de sagrada Escritura de la Universidad de Alcalá, pero no la consiguió. A este propósito dice Fray Luis de Estrada: “Fue muy docto y en particular en Escritura; opusó a la cátedra de Escritura, en Alcalá, y como era tan virtuoso y santo no quiso hacer diligencia alguna para ello y la perdió por cuatro o cinco votos; pero leyó en nuestro colegio algunos años ‘scholastica’ y Escritura con muy grande opinión y sus sermones fueron muy estimados.” A pesar de su natural discreto era un gran emprendedor y animador de todo tipo de tareas, tanto en los tiempos en que fue profesor como cuando fue abad. Se preocupó muchísimo por la buena salud de los estudios y por la competencia de los profesores. Fundó

el Colegio cisterciense de Salamanca, que fue comenzado en 1583. Muñiz sintetiza así los servicios prestados a la orden: “Rector del colegio de Alcalá antes de erigirse en abadía. Abad de Monte Sión, dos veces del colegio de Salamanca, que le venera como su fundador, Visitador, Consiliario, dos veces Definidor General, electo General Reformador en 1581, y, por último, nombrado abad perpetuo para la Abadía de Fitero por el rey Felipe II, en 1589. Ángel Manrique le llama “varón a todas luces grande, prudente y docto; fue uno de los sujetos más venerados de su tiempo, tanto en la Congregación como fuera de ella; mereciéndose la estima de todos y, en particular, de Felipe II, que le consultaba en los mayores negocios del reino y de la Iglesia.” Murió en 1590.

2

En España, el bienaventurado Roberto, abad de Santa María de Matallana, antiguo monje de La Crete, en Champagne. Fue honrado como un santo. Sobre su tumba se erigió un altar y más tarde, hacia el año 1185, su cuerpo fue trasladado a una iglesia fundada por las reinas Beatriz y Berenguela. Se le invoca como abogado contra las tempestades y otros males.

En Nova-Friburgo, Brasil, en el monasterio del Sgdo. Corazón de Jesús, año 1922, la piadosa muerte de María Luisa Ambrosetti, subpriora. De origen italiano, fue la primera novicia recibida en el monasterio del mismo nombre de Mocon. Conoció por ruda experiencia las dificultades de los principios y sufrió, particularmente, el clima frío. A pesar de todo, se mostró siempre como una columna de observancia regular, plena de reverencia hacia sus superiores, asidua al trabajo manual y a la oración. Afligida por el reumatismo nunca consintió ausentarse de maitines, y eso que para llegar a tiempo tenía que levantarse media hora antes que las demás religiosas. De natural muy susceptible, Dios permitió que con frecuencia se viese humillada para su mayor adelantamiento espiritual. Brillaba de modo especial su caridad, dentro y fuera de la comunidad. Los sacerdotes venían al monasterio a buscar fuerzas espirituales al contacto de su humildad y piedad. Pasó por grandes periodos de aridez, pero, ro-

busta en la fe y entera en la voluntad, nunca se lamentó ni quejó por ello. Dejó este mundo en Brasil, donde la comunidad se había trasladado, unida hasta el último momento a las oraciones de sus hermanas.

Mártires de la comunidad de santa M^a de Viaceli, en Cantabria, España. Apenas terminada la Guerra Civil española (1936-1939), ya se pensó en un posible proceso de beatificación de los “Mártires de Viaceli” inmolados en la tremenda persecución religiosa habida en esos tiempos. No era fácil dar pasos concretos, pues faltaban muchos detalles precisos que eran necesarios y la cercanía de los acontecimientos cerraba los ánimos heridos y sangrantes de muchos supervivientes. Pero ante la insistencia de muchas personas de dentro y de fuera de la Orden Cisterciense se fueron recogiendo datos para cuando llegase el momento oportuno. El deseo de incoar formalmente el *Proceso* se acrecentó al celebrarse en 1959 las “Bodas de Oro” del monasterio de Santa María de Viaceli. En el Capítulo General de los Trapenses de 1962, acogiendo el deseo muchas veces reiterado, la asamblea aprobó la introducción de la *Causa de Beatificación* de los monjes de Viaceli. Inmediatamente se dieron los pasos para preparar el *Proceso informativo*, y con el asesoramiento de la Curia diocesana se hizo una extensa indagación para pedir información a cuantos conocieran la vida y el martirio de estos monjes. La respuesta fue sorprendente y sumamente valiosa para el subsiguiente *Proceso diocesano*, pues se recogió una enorme cantidad de datos, declaraciones e informes. Ya se iba a incoar el proceso en Santander cuando, ante las críticas suscitadas contra las excesivas Causas de los mártires de la persecución española y las reservas de la Santa Sede, estos procesos quedaron suspendidos temporalmente, dado que la situación religiosa y política de España recomendaba prudencia en estos temas.

Con el pontificado de san Juan Pablo II y su actitud manifestada sobre todo en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, y vistas las posibilidades, se recomenzaba el *Proceso diocesano* con la publicación del Edicto del obispo de Santander, firmado el 30 de noviembre de 1995. El 29 de agosto de 1995, Dom Armando Veilleux, ocsa, en esa época Postulador general de la Orden, nombraba al monje de Viaceli, P. Doroteo-Pío Moreno Pascual como Vicepostulador para hacer en su nombre todas

las gestiones pertinentes en el *Proceso de Santander*. Posteriormente, se nombró la Comisión correspondiente ratificada por Decreto el 8 de octubre de 1996. El 11 de julio de 1996, preparado todo lo necesario, el Vicepostulador hacía la instancia al obispo de Santander para que se dignara proceder a la introducción de la Causa. Con fecha de 15 de julio de 1996, Mons. José Vilaplana Blasco, obispo de Santander, decretaba la introducción de la Causa de Canonización de los Siervos de Dios P. Pío Heredia y 18 compañeros monjes y ordenaba que se abriese el *Proceso diocesano* sobre el martirio. El 20 de julio tuvo lugar la sesión de apertura y el 9 de enero de 1997 la sesión de clausura de dicho *Proceso diocesano*. Declararon los numerosos y oportunos testigos presentados por los responsables del Proceso. El decreto de apertura del Proceso en Congregación está fechado el 8 de febrero de 1997. El 16 de junio de 2000 la Congregación emana el decreto de validez del Proceso diocesano. La Congregación para las Causas de los Santos de Roma decreta el 2 de marzo de 2001 la unión de esta Causa de los monjes con la de M. María Micaela Baldoví Trull y Sor María Natividad Medes Ferris, monjas cistercienses del monasterio de Fons Salutis, en Algemesí, archidiócesis de Valencia. En Roma, el 19 de septiembre de 2013, se reúne el *Congreso Peculiar* de la Congregación para las Causas de los Santos y aprueba la Causa “Pío Heredia y 17 compañeros y compañeras”, haciéndolo público, con la correspondiente información impresa, Mons. Carmelo Pellegrino, Promotor de la Fe, en la Ciudad del Vaticano a 29 de abril de 2014. El 3 de octubre de 2015 se procede a la solemne beatificación en la Iglesia Catedral de Santander, bajo la presidencia del Nuncio de s. Santidad en España, el cardenal Mons. Angelo Amato, el obispo de la diócesis, D. Manuel García Monge, numerosos obispos representando las diócesis de los mártires, otras personalidades civiles y eclesiásticas, representación de los monasterios benedictinos y cistercienses de España y América del Sur. El día 1º de diciembre siguiente se celebró una solemne eucaristía de acción de gracias y los restos mortales de los P. Vicente Pastor y Eugenio García fueron colocados en una urna de piedra bajo el altar mayor de la iglesia de la abadía de Viaceli. El icono que representa el martirio de los monjes fu pintado por el P. Jaime Lamas, monje de Sobrado, y se puede ver en la iglesia en la pared de la sacristía.

En la abadía cisterciense de Wilhering, en Austria, el abad Dom Bernhard (Peter) Burgstaller. Nació en una familia de agricultores en Eidenberg (Austria), el 14 de febrero de 1886. Después de haber finalizado la escuela elemental en su lugar de nacimiento, siguió con sus estudios en la escuela anexa a la abadía cisterciense de Wilhering, y en 1905 entró en el noviciado de la misma abadía. Prosiguió sus estudios en la abadía de Canónigos Regulares de San Florián; el 21 de agosto de 1909 hizo su profesión solemne y fue ordenado sacerdote el 31 de julio del año siguiente. Siguió los estudios clásicos en Viena y se doctoró en Filosofía, enseñando latín y griego en la escuela de su abadía de Wilhering hasta 1938, en que fue elegido abad. Desde su elección trató de defender el monasterio de la violencia nazi. En 1940, la Gestapo descubrió un grupo de resistencia anti-alemana, en el que figuraban algunos monjes de la abadía de Wilhering. El abad dom Bernhard se trasladó a Viena para obtener su liberación, pero el 12 de noviembre fue arrestado, y cuatro días después el monasterio fue confiscado por las autoridades alemanas. Transferido a la prisión de Anrath, falleció el 2 de noviembre de 1941, víctima del hambre y las torturas. Su cuerpo pesaba menos de 40 kg.

3

Fiesta de San Galgano, ermitaño. En este día del año 1181, los abades de Casamari y Fossanova, volviendo del capítulo general y pasando por la ermita del santo, sobre el monte Sepio, en tierras de Siena, le encontraron muerto. Le hicieron sepultar vestido con el hábito de la orden cisterciense.

En Akbés, Siria, en 1899, partió de esta vida el P. Luis Gonzaga Martín, tercer abad de Staouëli, en Argel. Oblatillo desde los 11 años, en Ntra. Sra. de las Nieves, fue designado en razón de sus dotes excepcionales como superior de la nueva fundación de Siria. Tenía veintinueve años. Se entregó a esta empresa con todo el ardor de sus fuerzas, olvidado por entero de sí mismo. Tuvo que luchar con enormes dificultades de todo linaje, que soportó con ánimo esforzado, afable y alegre siempre con todos. Elegido abad de Staouëli ocho años mas tarde, se dio por completo

a la comunidad. Sobresalió no menos en las instrucciones espirituales que en las gestiones materiales. Poseía el don de comunicar con su palabra ardiente el gran espíritu de fe y de amor a la Eucaristía que a él le embargaba. La asistencia al oficio divino era su consuelo y su descanso. Devotísimo de la Virgen María, alimentaba asiduamente su piedad mariana en los escritos de san Bernardo. Su régimen de vida sobrepasaba las austeridades de la Regla; olvidado de sus sufrimientos, a todos recibió con bondad, interesado de modo particular por sostener y esforzar para Dios las vocaciones vacilantes e indecisas. Descuidando de su débil salud, murió repentinamente en el monasterio de Akbés, estando de visita regular. Tenía entonces cuarenta y seis años. Fue un hombre muy recordado después de su muerte, que fue, realmente, una gran pérdida para la Orden, pues se esperaba mucho de él.

4

En Polonia, el ilustre obispo de Prusia, Christian. Cuando en 1206 el abad de Lekne hizo su viaje por tierras prusianas con el fin de rescatar algunos monjes que estaban prisioneros de los paganos, se encontró con bastantes almas dispuestas a recibir las verdades de la fe. Y pidió al papa Inocencio III autorización para predicarles el evangelio. El capítulo general se opuso en virtud de nuestras tradiciones, pero, movido por las instancias del Papa, estimó que aquella novedad podía ser permitida. Christian se reveló como varón de gran actividad y habilidad; después de trabajar con fruto espléndido en esta viña, fue promovido al episcopado. En su ausencia, los paganos, irritados por la infiltración política, destruyeron en gran parte su obra; más aún, los caballeros teutónicos, que él había llamado, se volvieron contra él y le acusaron injustamente de debilidad y tolerancia. Gregorio IX envió entonces a los dominicos a convertir aquellos pueblos, sin dejar de proteger al obispo cisterciense. Pero su sucesor, Inocencio IV, mal informado, le dirigió reproches muy amargos. Los abades cistercienses decidieron interceder a favor de Christian; mas antes de que el soberano pontífice pudiera quedar bien informado del asunto, el venerable obispo, apenado por tantas injusticias, dejó este mundo, probablemente en el monasterio de Sulejow, en Polonia, a fines del año 1244.

Durante la Guerra Civil española de 1936-1939, fueron asesinados varios monjes cistercienses y dos monjas. Los monjes pertenecían a la Abadía de Viaceli, en Cóbreces (Cantabria). Las monjas al monasterio de Fons Salutis (Algemesí, Valencia). Todos ellos fueron detenidos en su monasterio, mientras llevaban una vida monástica regular; fueron trasladados a diversos lugares y cárceles, sufrieron persecución, malos tratos y, finalmente, la muerte. Asimismo, se mantuvieron firmes en todo momento a los compromisos de su vocación. Ninguno de ellos participó previamente a su detención en actividades de tipo político. Y puede decirse que su asesinato fue exclusivamente por el hecho de ser religiosos. Estos mártires pertenecían a diversos estados dentro de la vida ordinaria del monasterio: sacerdotes, profesos solemnes y temporales, conversos, novicios. En el caso de los monjes, desde el Prior, P. Pío Heredia Zubía, 61 años, hasta el más joven de ellos, Hno. Ezequiel Álvaro de la Fuente, 19 años, llama la atención la edad media del grupo: de 25 a 35 años. La M. Micaléa Baldoví tenía 65 años y la M. Natividad Medes 46. Todos eran españoles, procedentes de diversas provincias del territorio nacional. En el monasterio desempeñaban sus correspondientes funciones con normalidad hasta el momento de la detención y encarcelamiento. En todo momento procuraron mantenerse unidos espiritualmente, apoyándose mutuamente en las duras circunstancias vividas y manteniendo firmes sus compromisos monásticos. Fueron asesinados en diversas fechas y de diversos modos. El primer grupo que sigue lo fue en las noches del 3 y 4 de diciembre de 1936, arrojados al mar Cantábrico en la bahía de Santander.

P. Pío Heredia Zubía, nacido en 1875 en Larrea, provincia de Álava, sacerdote y Prior a la sazón de la abadía de Viaceli. Fue el responsable de todos los monjes que permanecieron refugiados en Santander. Se caracterizó por su gran espíritu religioso, fortaleza de ánimo y tesón por mantener unido a todo el grupo, dando testimonio y ejemplo de firmeza y caridad en los interrogatorios sufridos.

P. Amadeo García Rodríguez, nacido en 1905 en Villaviciosa de San Miguel, provincia de León, sacerdote. Joven monje de reconocidas cualidades intelectuales y delicado espíritu monástico.

P. Valeriano Rodríguez García, nacido en 1906 en Villaviciosa de San Miguel, provincia de León, sacerdote. Vivió con intensidad y gran coraje todo el proceso martirial, destacándose por su realismo al afrontar los hechos y vejaciones que sufrieron sus hermanos.

P. Juan Bautista Ferris Llopis, nacido en 1905 en Algemesí, provincia de Valencia, sacerdote. Se destacó por su buen ánimo y alegría en la convivencia con los demás en la casa refugio donde se encontraban, manifestando siempre una serena aceptación de un final temido y previsible.

Fr. Álvaro González López, nacido en 1915 en Noceda del Bierzo, provincia de León, monje de coro, profeso de votos temporales. Hizo su noviciado y profesó en circunstancias muy difíciles para la comunidad, dados los acontecimientos; pero manifestó siempre una gran entereza de carácter y constancia en sus propósitos de entregarse plenamente a su vocación.

Fr. Antonio Delgado González, nacido en 1915 en Citores del Páramo, provincia de Burgos, monje de coro, oblato. A pesar de su carácter sencillo y nada excepcional, asumió con gran responsabilidad los días de persecución, advirtiéndose en él un deseo firme de entregar su vida como culminación de su vocación monástica.

Fr. Eustaquio García Chicote, nacido en 1891 en Támara de Campos, provincia de Palencia, hermano converso. Persona de carácter firme y equilibrado, siempre responsable de los hermanos a él confiados. Manifestó un gran equilibrio espiritual y humano en las adversas situaciones de esos días.

Fr. Ángel de la Vega González, nacido en 1868 en Noceda del Bierzo, provincia de León, hermano converso. Ingresó en el monasterio ya en edad madura, viudo, y a pesar de las dificultades de esos años dio un firme testimonio de perseverancia en sus ideales monásticos, que vivió con gran sencillez y entrega.

Fr. Ezequiel Álvaro de la Fuente, nacido en 1917 en Espinosa del Cerrato, provincia de Palencia, hermano converso, profeso de votos temporales. Fue el más joven de los monjes asesinados. A pesar de su juventud llevó con gran entereza los vejámenes sufridos junto al resto de sus compañeros.

Fr. Eulogio Álvarez López, nacido en 1916 en Quintana de Fuseros, provincia de León, hermano converso de votos temporales. Persona de carácter sencillo, pastor en su niñez, pero firmemente decidido a perseverar en el monasterio junto a sus hermanos, a quienes amaba con gran delicadeza.

Fr. Bienvenido Mata Ubierna, nacido en 1908 en Celadilla Sotobrín, provincia de Burgos, hermano converso, novicio. Era de carácter muy reservado, típico ejemplo del monje que vive fiel a sus obligaciones y sin dejarse notar.

Fr. Marcelino Martín Rubio, nacido en 1913 en Espinosa de Villagonzalo, provincia de Palencia, monje de coro, novicio; primeramente encarcelado y luego liberado. Fue arrestado de nuevo y siguió la suerte de los demás hermanos. A través de las cartas dirigidas a una tía, monja cisterciense, se puede observar el proceso martirial de él y de todos sus compañeros. Abierto y alegre de carácter no ocultó su condición de religioso en el momento de su detención final.

Fr. Leandro Gómez Gil, nacido en 1915 en Hontomín, provincia de Burgos, converso de votos temporales. El 29 de diciembre fue descubierto por los milicianos en una casa particular y fue maltratado de un modo horrible; al día siguiente lo capturaron por la fuerza y lo introdujeron en un coche y desapareció para siempre, probablemente fusilado o ahogado por odio a la fe; sus familiares perdonaron a sus asesinos.

La pasión de estos monjes fue precedida de la de dos cohermanos que en el día mismo de la expulsión del monasterio fueron retenidos en la abadía de Viaceli. El 21 de septiembre de 1936, bien entrada la noche, fueron asesinados a golpe de pistola a una veintena de Km. del monasterio y abandonados sus cuerpos en la cuneta de la carretera. Sepultados por los vecinos del lugar en el cementerio de Rumoroso, fueron exhumados en 1940 y trasladados sus cuerpos a la abadía de Viaceli. El 19 de junio del año 2015 se exhumaron nuevamente sus cadáveres en y se conservan sus restos, que ahora se veneran bajo el altar mayor de la iglesia de la abadía. Son estos dos:

P. Eugenio García Pampliega, nacido en 1902 en Villagonzalo Pedernales, provincia de Burgos, sacerdote.

P. Vicente Pastor Garrido, nacido en 1905 en Valencia, sacerdote.

Otras víctimas fueron:

P. José Camí camí, nacido en 1907 en Aytona, provincia de Lérida, sacerdote, ya aceptado como postulante en Viaceli fue asesinado cruelmente en su pueblo natal el 27 de julio de 1936, poco antes de ingresar en el monasterio. Fue machacado a culatazos de fusil y arrollado varias veces por el automóvil al que lo ataron y que lo arrastró. Fue beatificado con los monjes de Viaceli.

Otro grupo, que no fue beatificado por falta de pruebas fehacientes, es considerado también por los monjes de Viaceli y la Orden, como auténticos hermanos mártires:

Fr. Santiago Raba Río, emitió la profesión solemne en Viaceli el 20 de agosto de 1932. Murió en la guerra civil en el frente de Vizcaya, en el sector de Munguía, en mayo de 1937. Reclutado al llamado ejército rojo. Según todos los indicios fue muerto a traición por los mismos compañeros milicianos, por saber que era religioso.

Fr. Ildefonso Telmo Duarte, ingresó en y tomó el hábito monástico el 19 de marzo de 1931. Fue vilmente asesinado en Tudela de Veguín (Asturias). Murió en el frente de Asturias, en mayo de 1937. Fue hecho prisionero y condenado por las milicias republicanas a cavar trincheras, incorporándolo a las “brigadas disciplinarias”. Unos milicianos le arrojaron una granada al enterarse de que era monje.

El P. Lorenzo Olmedo fue ordenado sacerdote en enero de 1912 y nombrado superior de Santa M^a de Huerta, fundación de Viaceli, en enero de 1934, y en 1936 comenzó a dirigir la restauración de este monasterio. El 16 de julio de 1936 fue al monasterio de las Bernardas de Brihuega para instruir a las monjas de esa comunidad en las observancias cistercienses. Al estallar la guerra civil vio su situación comprometida por lo que decidió volver a Santa M^a de Huerta. Cuando salió vestido de paisano el 21 de ese mismo mes de julio, al llegar a Jadraque fue sorprendido en el tren y detenido. Tras padecer insultos y vejaciones lo llevaron al cementerio y allí lo fusilaron; un testigo presencial descubrió junto al cadáver un breviario cisterciense. Exhumados sus restos se hallaron en el cráneo señales de bala y el mencionado breviario.

Las monjas mártires de Fons Salutis fueron:

M. Micaela Baldoví Trull, nacida en 1869 en Algemesí, provincia de Valencia, abadesa del monasterio de Fons Salutis, que sufrió prisión en su propio monasterio.

M. Natividad Medes Ferrís, de su mismo pueblo, nacida en 1880, monja de coro del mismo monasterio sito en Algemesí (Valencia). Refugiadas en casa de sus familiares tras ser expulsadas del monasterio, fueron detenidas y fusiladas, una en la noche del 9 de noviembre y la otra en la noche del 10 en 1936.

La beatificación de los Mártires de Viaceli se celebró en la Iglesia Catedral de Santander el día 3 de octubre de 2015. La fiesta litúrgica quedó fijada para el día 4 de diciembre.

5

En Aulne-sur-Sambre, en el Hainaut, el bienaventurado Guerric, prior. En un cuerpo poco favorecido por la naturaleza escondía un alma con grandes tesoros de sencillez y de piedad, de dulzura y paz. Sobre todo, tenía un corazón hecho para consolar a los afligidos y necesitados con su palabra y limosnas. Maestro de conversos, visitaba a caballo las granjas; su caballo, dicen las crónicas, estaba tan acostumbrado a sus liberalidades que pasaba sencillamente de largo ante los ricos y se detenía espontáneamente ante los pobres. Las austeridades de la orden no le bastaban y afligía su cuerpo con mortificaciones secretas y repetidas. Después de acostarse la comunidad, durante dos horas permanecía de rodillas en oración. Su lectura habitual era las vidas de los santos y la sagrada escritura, costumbre que observó hasta el mismo día de su muerte, el 5 de diciembre de 1217. De ahí, que, como homenaje póstumo, le enterraron en el claustro de la lectura.

En el monasterio de La Marquette, cerca de Lille, en 1244, la santa muerte de la piosísima Juana, condesa de Flandes y de Hainault, hija de Balduino IX, emperador latino de Constantinopla, muerto en circunstancias penosas pero gloriosas. Juana soportó con magnanimidad las tremendas pruebas de su vida privada y gobernó sus estados durante

cuarenta años como una madre colmada de sabiduría, hasta el punto que sus pueblos no le daban otro nombre que el de “la buena condesa.” Bajo su reinado se fundaron por tierras de sus dominios quince monasterios de monjas cistercienses, que ella misma sostuvo con sus larguezas. Debilitada por las enfermedades, se retiró a La Marquette y, en sus últimos instantes, pidió el hábito religioso para participar de los sufragios de la comunidad. Fue enterrada en el mismo monasterio. Fue una de las grandes mujeres de su tiempo, emparentada con varias casas nobles y ocupada siempre de asuntos relativos al buen gobierno, sin por ello descuidar el cultivo de las virtudes cristianas, manifestándose siempre como una auténtica “mujer fuerte.”

6

En el monasterio de San Remigio, de Rochefort, Bélgica, en 1915, voló al cielo el hermano converso Zósimo Jansen. Entró en San Benito de Achel. toda su vida estuvo sostenida por el pensamiento y el amor a María. Muerto por completo a su familia, pasaba todo el tiempo disponible en la iglesia. La austeridad de su vida no mermaba en nada su condición alegre, afable y servicial. Los superiores le encargaron de la postulación de limosnas; en sus desplazamientos observaba la Regla en todo lo posible. Antes de la cuaresma volvía al monasterio, y sólo tomaba una sola comida por día, y estaba atento a no faltar a ningún ejercicio, ya que tenía que estar ausente la mayor parte del año. Encargado de los familiares y domésticos, cargaba sobre sí los trabajos más penosos. En 1889, al mandarle a la fundación de Rochefort, se le confió la misión de llamar a la comunidad después del descanso; se levantaba una hora antes que los demás, a veces a media noche, y pasaba todo este tiempo ante el altar mayor, en adoración del santísimo Sacramento, o visitando los altares, o haciendo el Via Crucis, ejercicio que renovaba varias veces al día. En el trabajo manual no interrumpía sus piadosas meditaciones. Continuó observando la Regla en todos sus puntos hasta que, ya anciano, tuvo que luchar contra su cuerpo enflaquecido. Cuando llegó su última enfermedad, el deseo de ver pronto en el cielo a su querida y celestial Madre, le llenaba de alegría. Lo consiguió. Tenía setenta y ocho años.

7

El nacimiento para el cielo de San Tibaldo, abad de Vaux de Cernay, cuya conmemoración se hace en el oficio divino el 8 de julio.

En este día dejó este mundo el bienaventurado Humberto, prior de Claraval y primer abad de Igny. Entro muy joven al servicio de Dios; tenía veinte años y vivía con gran fervor en la abadía benedictina de la Chaise-Dieu cuando, ansioso de abrazar una observancia más perfecta, marchó a Claraval, en los primeros tiempos de su fundación. San Bernardo mismo le consideraba como un religioso verdadero modelo de imitación. De una misericordia delicadísima, encontraba siempre medio de excusar a sus hermanos y, sin que ellos lo supiesen, intervenía en su favor. Vigilaba su lengua con un cuidado extremado. Nombrado prior y después abad de Igny, no queriendo verse metido en los negocios del mundo, volvió a Claraval, a pesar de las instancias de san Bernardo. Anciano y enfermo, conservó el alma fuerte y llena de fervor para el oficio divino y el trabajo manual. En vano se pretendió hacerle aceptar los alivios concedidos a los ancianos y achacosos. En 1148 terminó dichosamente su carrera mortal. San Bernardo, dejando desbordar su corazón, declaró a sus monjes en el capítulo que la vida de este servidor de Dios era para todos ellos el mejor de los sermones sobre la santidad monástica.

También en Claraval, el bienaventurado Gerardo de Farfa, monje. Su abad, estando en lecho de la agonía, le animó a dejar su monasterio benedictino de Farfa, Italia, y marchar al lado de san Bernardo. Desde el primer momento se mostró como varón virtuoso, favorecido del don de compunción. Noventa años tenía, y cada día parecía rejuvenecerse por el ardor de un alma infatigable, de suerte que era imposible retenerle en la enfermería estando enfermo, o impedirle participar de los trabajos de recolección. Cuenta la leyenda que estando en su lecho de muerte se le apareció san Bernardo, vestido de blanco, con el rostro radiante, y bendiciéndolo a él y a toda la comunidad. Después de muerto, el mismo Gerardo se apareció al santo converso Lorenzo, gozoso y magnífico, con el hábito resplandeciente de gloria.

8

En Italia, en el año 1775, descanso en el señor el preclaro abad de Casamari, Plácido Pozzancheri, presidente de la Congregación de San Bernardo en Italia, obispo más tarde de Imeria y de Tívoli, y confesor del papa Benedicto XIII. Murió con gran fama de santidad.

En Sept-Fons, en 1883, el padre prior Seraphin Roger, llamado “modelo de los priores”. Como el abad de Sept-Fons, Vicario general de la congregación, debía ausentarse a menudo por las visitas regulares o los negocios de la orden, prácticamente sobre él, como prior, recaía la responsabilidad de la buena marcha de la comunidad, en lo espiritual y material, y esto bajo tres abades sucesivos. Gracias a su caridad y a su celo henchido de discreción, a su piedad tiernamente mariana, y también a su presencia y encantos personales, cumplió su oficio con una autoridad sobrenatural, logrando conservar la paz más perfecta dentro de la comunidad, en circunstancias muy difíciles. Tal fue su renombre que su recuerdo permanece lleno de bendiciones, dentro y fuera del monasterio, a través de los años, hoy como ayer.

9

En España, en 1591, el venerable Lorenzo González, varón de excelsa virtud, abad de Valbuena y después de Villanueva. Seis días antes de su muerte se le halló muy atareado en escribir. Al ser preguntado sobre lo que escribía, respondió con gran sencillez: -“Estoy poniendo por escrito algunos pensamientos que se me han ocurrido sobre la perfección; tengo la convicción de que bien pronto cuatro de los más antiguos dejaremos para siempre este mundo”. Estaba enfermo, pero los médicos no juzgaban de gravedad sus dolencias. E insistía: -“Haced lo que os parezca; pero yo sé con toda certeza que muy pronto dejaré este mundo”. Cuando llegó ese momento y los monjes, en torno de su lecho, recitaban según costumbre, el símbolo de los Apóstoles, él con las manos y los ojos levantados al cielo, se durmió en el Señor. Se le enterró con grandes muestras de veneración y se le honró como a un santo.

En Harriensfeld, Westfalia, hacia el año 1350, el santo monje Enrique Corff. Valeroso caballero en el siglo, se hizo notar, ya en el claustro, por su humildad, obediencia y ánimo pacífico. Austero y rígido para sí mismo, era generoso y liberal con los huéspedes, los pobres y los enfermos. Así fue su vida, en la obediencia y en secreto, aunque ante comunidad siempre se mostraba agradable y alegre en todo trato.

10

En La Ramée, Bravante, la bienaventurada monja Ida de Nivelles. Huérfana de padre a los nueve años, huyó de la casa paterna por una ventana, y, deseosa de consagrar a Dios su vida, se refugió en la compañía de unas pobres mujeres, a las que ayudaba mendigando limosnas. A los dieciséis años, con el fin de no tener nada propio y recibir con más frecuencia la santa eucaristía, suplicó la admitiesen en las cistercienses de Kerkom (primer emplazamiento de La Ramée). Ignorante al principio de la lengua de las religiosas venidas de Flandes, pasaba todo el tiempo en íntimos coloquios con Dios, contemplando al Creador a través de la creación. En ocasiones, su cuerpo emitía un aura como luminosa, como reverberación del amor que le abrasaba. Siempre en brazos de crucificantes enfermedades, recibió, en el curso de una dolencia que le duró catorce meses, la gracia de contemplar a la santísima Trinidad viviente en ella de manera inefable. Ante el santísimo Sacramento, rotos los lazos terribles, pasó a la patria el 11 de diciembre de 1231. Tenía treinta y tres años. Durante varios siglos las religiosas celebraron su fiesta todos los años.

THOMAS MERTON (31 de enero de 1915-10 de diciembre de 1968). Monje de la abadía estadounidense de Gethsemani, en Kentucky. Nacido en una pequeña ciudad del pirineo francés en la frontera de España con Francia, es una de las figuras más completas en el ámbito de lo humano, lo religioso y lo cultural que han surgido en el siglo XX; un regalo de Dios para nuestro tiempo. Europa para nacer, para su pubertad y primera juventud; América del Norte para su juventud universitaria, encuentro con Cristo y descubrimiento de su vocación; Asia para morir. Un

enmarque geográfico casi universal vale como símbolo de un espíritu universal. Recorrió muchos países y lugares: Francia, Italia, Inglaterra, Alemania en Europa; Nueva York, Bermudas, Cuba, Kentucky, Alaska, en América; India, Sri Lanka, Nepal, Tailandia en Asia; lugares que son testigos de su paso por los tres continentes. Eso no impidió que pasase prácticamente toda su vida monástica en Gethsemani. En 1943 ingresa en esa abadía trapense y esa fecha divide como un eje su vida en dos mitades exactas: le faltaban 52 días para cumplir veintisiete años cuando el 10 de diciembre de 1941 cruzó la puerta del monasterio, los mismos que le faltaban para cumplir los cincuenta y cuatro el 10 de diciembre de 1968 cuando un ventilador defectuoso quemó su cuerpo. Dos mitades exactas de fuerte contraste: movilidad continúa en la primera; un voto de estabilidad que le circunscribe a un determinado lugar, en la segunda. Estas dos mitades se hacen contrapeso mutuamente y el resultado es una vida de profundo equilibrio y fecundidad. Así como en las coordenadas geométricas se necesitan dos ejes, el horizontal y el vertical que cruzados perpendicularmente determinan la situación de un punto, la convergencia y perpendicularidad de esas dos mitades dan significado y proyección adecuada a su vida. En Merton, lo humano y lo divino conjugan armónicamente; la proporcionalidad entre lo horizontal y lo vertical es lo que más caracteriza su vida y mensaje. De vez en cuando, aparecen entre nosotros personas de gran talla y altura que nos dan una nueva esperanza y una visión más amplia que nos permite encarar el futuro con coraje y optimismo. Merton es una de ellas. Escritor, poeta, artista y místico, la vida y escritos de Merton tienen unas características tan originales y universales que habló y sigue hablando al corazón de hombres y mujeres de muy diferentes estamentos y países. La libertad y apertura de su personalidad hace que personas de todo tipo se identifiquen con él. Desde el silencio y soledad de su ermita de Nuestra Señora del Monte Carmelo donde pasó los últimos años de su vida trapense en la abadía de Getshemani (Kentucky, EE.UU) supo conectar con los grandes problemas de su tiempo: guerra, racismo, deshumanización etc. y hacerse presente gracias a su palabra escrita, nacida de la plegaria y el silencio, poniendo interioridad y amor entre las gentes que sufren o gozan en cualquier parte del mundo. El 10 de diciembre de 1968, moría electrocutado en Bangkok.

A pesar de su corta vida, (cincuenta y tres años), había alcanzado fama mundial debido a su autobiografía, *La montaña de los siete círculos*, cosa bastante inusitada en un monje. Con su muerte se apagó una de las voces más libre, sincera, honda y profética que ha habido en el siglo XX. ¿Acabó la tumba con su pluma? Comprobamos que el tiempo no ha hecho más que servir de micrófono a su voz y que su figura se ha ampliado a escala universal. Siguiendo la imagen de Tagore, de ser como flauta que deja pasar el viento, se puede decir que a través de Merton se ha escuchado una vez más el sonido de la voz de Dios llamando a la interiorización e impulsando a las alturas, urgiendo la paz y llorando la guerra, los racismos y todo lo que divide a los hombres, siempre en tono de oración contemplativa. La fecundidad literaria de Merton es increíble. Entre prosa y poesía hay casi setenta libros, cientos de artículos y ensayos para revistas, miles de cartas con interlocutores de todo tipo: desde los Papas Juan XXIII y Pablo VI, a intelectuales, poetas, artistas, pensadores, figuras religiosas de Oriente y Occidente, encuentros y Congresos de religiones, jóvenes estudiantes, aprendices de poetas, y hasta niños. Nada fue extraño ni ajeno para este hombre ubicado en el *centro*, que tenía la extraña habilidad de unificar lo paradójico, de ver muchas facetas dentro del mismo objeto y combinarlas entre sí y, sobre todo, de amar todo lo verdadero y bello dentro de sus manifestaciones más sencillas y opacas, sin distinciones de pueblos, creencias, raza o color. Las publicaciones de y sobre Merton y las traducciones de sus obras a otros idiomas han proliferado y siguen en aumento de una manera asombrosa. Cada vez son más las personas que se nutren de sus escritos y que se acercan a su vida y mensaje. En palabras de Mary Luke Tubin, religiosa de Loreto y participante como observadora en el Concilio Vaticano II, que trató y visitó muchas veces a Merton en Gethsemani, «*con tanta lucidez percibió el impacto de la cultura y los acontecimientos sobre nuestra época que, creo, todavía no hemos llegado a la altura de su pensamiento*».

11

En Himmerod, Alemania, el beato David, monje. Procedente de Florencia, entró en Claraval como novicio y fue despedido a causa de su

salud frágil y endeble; pero como insistiera en pedir su dimisión, san Bernardo, al fin, movido de compasión y previendo su futura santidad, le recibió de nuevo. Pronto le envió a la fundación de Himmerod. Algunos años más tarde, el dulcísimo Señor Jesús, tocado por sus oraciones y sus lágrimas, se dignó concederle una salud robusta y un aumento sensible de caridad. Por lo demás, aun después de haber pasado la noche en oración, iba al trabajo y rendía como cualquier otro monje. Su paso por este mundo fue una siembra de alegría; a su lado nadie podía estar triste. En los tiempos libres buscaba los rincones o las celdas más apartadas para entregarse a la oración, siguiendo en lo demás la Regla y la vida común. Murió en 1179 y fue enterrado en el capítulo, gracia que solo se otorgaba a los abades. En 1204 sus restos fueron trasladados al claustro. En el siglo XVIII parte de sus reliquias, de paso por Roma hasta Florencia, su ciudad natal, fueron expuestas a la veneración de los fieles, con el consentimiento del Cardenal vicario de la Ciudad Eterna. La abadía de Himmerod gozaba, desde el principio de la centuria XIV del privilegio de celebrar en honor del bienaventurado monje misa con oración propia.

12

En Tamié, Saboya, en 1701, pasó a la patria feliz Dom Jean Antoine de la Forest de Somont, abad y reformador. Adversario en principio de toda reforma, movido por el espectáculo que veía en La Trapa y por el trato con su abad, considerando sus antiguos sentimientos, reformó su propio monasterio y procuró que en otras abadías, tanto de hombres como de mujeres, se restaurase la disciplina. En la empresa le ayudó poderosamente Dom Jean François Cornuty, que le sucedió en el gobierno abacial de Tamié.

En Villers de Bravante, el santo monje Franco de Arquennes. Caballero brabantón de corazón de león, de lealtad proverbial, cruzado en tierra santa, había dado muerte en singular combate a un nuevo Goliat que desafiaba bravuconamente a los cristianos. Vio caer por Cristo a dos hijos suyos; volvió a su patria y comenzó en Villers el combate espiritual. Viejo, paciente, bueno y afable, sentía gran amor hacia la santísima Vir-

gen, a la que honraba de manera especial y tierna. Gozaba con las observancias de la Orden y decía que las prefería a todas las delicias del mundo. Presa de ardientes fiebres, no se dispensaba de la asistencia a las misas, persuadido de que toda la salud de su alma descansaba sobre el santo sacrificio. Con plena confianza de la divina bondad la vida eterna, cantando y sonriendo, entregó su alma en las manos de Dios.

13

En Santa María del Arco, cerca de la villa de Noto, en Sicilia, el bienaventurado Nicola, monje ilustre por su santidad y sus milagros. Sus reliquias están todavía hoy expuestas a la veneración de los fieles y goza de culto litúrgico inmemorial, aunque no confirmado por la sede Apostólica.

En Saboya, la venerable Louise Teresa Perrucard de Baillon, fundadora de la Congregación de Bernardinas de la Providencia. Pariente de san Francisco de Sales, quedó coja por un descuido de su ama, aunque nunca demostró resentimiento alguno cuando ya sin remedio palpaba su defecto. De modo especial se aplicó a la oración y al dominio de su naturaleza. A los siete años la llevó su madre al monasterio de Santa Catalina de Annécý, donde bajo la dirección de san Francisco de Sales, pronto llegó a un alto grado de oración y virtud. Con el consejo del abad de Císter, Nicolás Boucherat, y con la autorización del capítulo general y la ayuda del santo obispo, se retiró a Rumilly con otras cuatro religiosas, con intención de restaurar a disciplina monástica muy decaída en aquel monasterio. Fue escogida como superiora, muy a pesar suyo, y la obra comenzó a prosperar. Varias fundaciones siguieron muy pronto. Bajo el impulso del santo obispo de Ginebra, dulcificaba cuanto podía las observancias para sus hermanas; sólo para sí misma era inflexible. Todas sus acciones rezumaban caridad. Progresando de virtud en virtud desde su niñez hasta la ancianidad, enriquecida con celestiales favores, se durmió plácidamente en el Señor el 14 de diciembre de 1668. Su cuerpo fue exhumado en 1855.

14

En el monasterio de Sacramenia, en Segovia, España, el santo converso “Juan Paniagua”. Recorriendo algunos monjes de Scala Dei los caminos de la Castilla la Vieja, requeridos por el Rey Alfonso para fundar un nuevo monasterio, se encontraron con un viejo demacrado, de cabello hirsuto, vestido de harapos y apenas sin poder sostenerse. Se llamaba Juan y solo se alimentaba de pan y agua. Las gentes así le llamaban, “Juan Paniagua,” sintetizando su nombre y su género de vida. Se unió generosamente a los monjes, muriendo antes de terminar el año de prueba. Su fama de santidad era tanta que después de su muerte la fundación dedicada a Ntra. Señora en menos de dos años se llamaba ya Santa María y San Juan de Sacramenia.

15

En Ntra. Señora de Gracia, en Bricquebec, año 1906, el venerable converso Constantin Jouvin. En la casa paterna llevaba ya una vida de verdadero monje, castigando su cuerpo y esforzándose en conformar su senda a la de Cristo Crucificado. Después de la muerte de su padre, cuando contaba cuarenta y ocho años, pudo entrar en el claustro para continuar ejercitándose, en unión con nuestro Señor Jesucristo en su Pasión, en toda clase de penitencias corporales, para expiar los pecados de los hombres. Como un nuevo Arnulfo de Villers, buscaba reproducir en su carne los diversos pasos de la dolorosa pasión de Cristo. Su caridad lo ponía a disposición de sus hermanos para todo. A los sesenta y nueve años, en brazos de la enfermedad, cantando su vehemente deseo de ver a la Madre del Cielo, se durmió en el Señor.

El P. Janos Brenner (1931-1957) nació en Szombathely, en Hungría, el 27 de diciembre. Tras cursar los estudios primarios ingresó en el colegio de los cistercienses de Pécs en 1946 y luego pasó a otro colegio de los premostratenses. Tras completar sus estudios se dirigió a la abadía cisterciense de Zirc, y asumió el nombre de Fr. Atanasio. A causa de la persecución religiosa hubo de hacer ocultamente su noviciado y primera profesión; pero vista la imposibilidad de seguir la vida monástica ingresó en el seminario

de Szombathely. Desempeñó una inmensa tarea pastoral y de entrega a todo tipo de personas necesitadas, especialmente jóvenes y desamparados. Tras la caída de la revolución, en 1956, la Iglesia católica era vista como el principal enemigo del comunismo y los dirigentes del partido no podían soportar la actividad benéfica del P. Janos. Así, reclamado una noche para asistir a un moribundo, fue asaltado en una calle oscura y apartada de la ciudad, donde recibió treinta y dos puñaladas. Dejó algunos escritos, y en ellos se puede leer: “Mi mayor deseo es el de ser santo, vivir una vida santa y tratar de santificar a los demás.” Siempre hacía mención a su más íntimo sentimiento, haber podido ser monje en su querida abadía de Zirc. En Hungría es venerado como un auténtico mártir y santo.

16

El bienaventurado Reinard, quinto abad de Císter. Hijo de Milo, conde de Bar-sur-Sena, y monje de Claraval, fue elegido abad de Císter en 1134. Hombre noble y magnífico, sobresalía entre todos los abades por su fervor. Comúnmente se le atribuyó la primera colección de *Estatutos de los Capítulos Generales* y de *Usos* de la Orden. De acuerdo con Pedro el Venerable medió en la reconciliación de Abelardo con san Bernardo y, por medio de este último, del primero con la Iglesia. En 1150, viajando por la Provenza en interés de las abadías de la Orden, dejó este mundo. San Bernardo escribió al beato Eugenio III: -“Nuestro Señor de Císter nos ha dejado, con gran desgracia para la Orden, y para mí doble motivo de aflicción, pues en él he perdido a la vez un padre y un hijo”

17

En Santa María de las Nieves, Francia, reposó para siempre en Dios Dom Martin Martin, abad, segundo hermano de Dom Luis Gonzaga Martin, abad de Staoueli. A los doce años vino a juntarse con su hermano mayor en el oblatado de las Nieves. Viendo sus buenas disposiciones, Dom Policarpo, que era entonces el abad, cuidó de modo especial su formación. Hizo sus votos religiosos, aunque bien pronto las circunstancias debidas a la per-

secución religiosa, pusieron a prueba su amor a la soledad; con todo, sus deseos de una vida perfectamente regular se acrecentaron. Se le confiaron diversos cargos; más tarde, unánimemente, fue elegido abad. Con temor y duda aceptó el cargo, estimando por encima de cualquier otro motivo su deber de dar ejemplo en todo; a pesar de su escasa salud era modelo de todas las prescripciones de la Regla. De una fina cortesía en el trato con los monjes, suavizaba su carácter impulsivo en la bondad y misericordia de Cristo. Vigilante sobre todo en no dejar marchitar ninguna de las almas confiadas a sus cuidados; mostraba con los enfermos una caridad tan delicada que, según la expresión de san Jerónimo, no echaban aquellos de menos las solicitudes de su propia madre. La humildad y a piedad tenían un brillo especial en su vida; incluso en las ocupaciones exteriores más intensas no cesaba en su trato íntimo con Dios. Alma hermosa y fuerte, corazón tierno y amante, duelos y penas alteraron su salud y la muerte lo llevó rápidamente, a los cincuenta y un años años, el 11 de diciembre de 1908.

18

En Ntra. Señora de Scourmont, Bélgica, en 1901, partió de esta vida Dom Godefroid Pouillon, abad. En el siglo hombre distinguido y piadoso, entró en el monasterio a los treinta años y se manifestó como novicio muy fervoroso. Ordenado sacerdote fue nombrado subprior y llegó a ser el brazo derecho de su abad, cuyas fuerzas declinaban ya y del que bien pronto se vio nombrado sucesor. Colocó su gobierno bajo la protección de la santísima Virgen, viviendo enteramente en la fe, despreciando las cosas terrenas, para no considerar más que los bienes del cielo. De sus hijos nada exigía que no practicase él primero, fiel siempre a todos los ejercicios regulares. Celosísimo en lo tocante a las ceremonias litúrgicas y al canto, nunca se concedió dispensa para no asistir al trabajo manual, antes bien, escogía para él las labores menos agradables. Sus religiosos podían contar con él a todas horas. Los padres capitulares, en honra de su virtud, lo colocaron por encima de Dom Vital Lehodey, el venerado abad de Ntra. Sra. de Gracia. Afligido con penosas enfermedades, Dom Godefroid, desprendido por completo de esta tierra, conservó hasta el último día el mismo género de vida; vigilante y alegre, se regocijaba con

la proximidad de la bienaventuranza celestial, que se le hizo realidad al cumplir la edad de cincuenta y siete años.

19

En Inglaterra, el santo abad de Kirkstall, antiguo monje de Fountains, de nombre Turgers. Varón de gran austeridad, castigador severo de su cuerpo; para domar la carne llevaba continuamente una túnica de estameña y sus hábitos no eran ni más finos en verano ni más gruesos en invierno. En los grandes fríos, cuando los monjes se vestían los dobles hábitos gruesos, él no parecía mostrar ninguna incomodidad. Se decía que el calor de su alma calentaba todo su cuerpo. En el refectorio se trataba con dureza y sobriedad extremas. Sin embargo, era un hombre lleno de bondad, admirable por su devoción y compunción. Después de nueve años de abadiato en Kirkstall, volvió a Fountains, donde descansó en la paz de Dios a principios del siglo XIII.

En el monasterio de Helsbronn, Baviera, el bienaventurado abad Conrad de Brundelsioim, célebre teólogo, y maestro de vida espiritual. Sus sermones están esmaltados de numerosos textos escriturísticos que presentan en conjunto una cristología afectiva impregnada de devoción al Sagrado Corazón, formando un verdadero tratado místico. Tan santo abad entró en posesión del reino eterno en 1321.

20

En Fountains, Inglaterra, el piadoso converso Sunulf, sencillo, sin letras, pero abundante de las riquezas de la gracia y de costumbres muy puras. El Señor fue su maestro: cada día marcaba para su alma un nuevo progreso en la ciencia de los santos. El santo abad Raoul, que le conocía íntimamente, gustaba comentar los detalles de su sobriedad y silencio, gravedad, diligencia, la eficacia de sus consuelos, la dulzura de su trato y de su gran cuidado por evitar toda palabra ociosa.

En España, en el monasterio de Las Huelgas de Burgos, la piadosa hermana conversa, María Gómez. Caritativa en extremo con los necesi-

tados, les daba incluso su propio alimento y, con el fin de ahorrar algún dinero y tener más después para distribuir a los pobres, hacía satisfactoriamente los trabajos de los criados y domésticos. Dios vino a veces a ayudarla con prodigios en su ministerio de caridad. Así llevaba a la puerta del monasterio, como si fuesen haces de paja, grandes leños, que distribuía gozosa a los pobres. Otras veces llevó hasta brasas encendidas en el escapulario sin quemarse. Murió en 1684. En el monasterio no se encontró ni una flor para tejer una corona; llamaron a la puerta y en pleno invierno, entregaron, enviadas por las carmelitas de Burgos una hermosa canastilla de flores.

21

En el monasterio de San Bernardo de Aduard, por tierras frías, el bienaventurado Richard, monje, inglés de nación; había obtenido sus grados universitarios en París, después se alistó como cruzado con la intención de visitar los Santos Lugares; pero una santa reclusa le aconsejó se dirigiera a Frigia. Entró en el monasterio de Aduard, donde brilló por sus esclarecidas virtudes, obediencia, caridad fraterna, amor al silencio. Trabajador incansable, escribía, dictaba, enseñaba; hombre de oración, a fin de vivir sin cesar en espíritu de alabanza y plegaria, recitaba hasta tres veces al día el oficio divino y demás preces de Regla. Esta asiduidad a la oración le mereció una familiaridad singular con Dios y los santos. Dios le manifestaba los secretos de los corazones. Murió en 1266, en la fiesta de santo Tomás Apóstol.

22

En Claraval, el Beato Bartolomé, hermano queridísimo de san Bernardo. Desde los primeros años dio pruebas de una madurez de anciano, sin perder en nada su frescura y espontaneidad. Después de Nivardo, el más joven de los hijos de Tescelin, no había abrazado aún la carrera de las armas cuando Bernardo le propuso marchar en su compañía. Lo siguió sin demora, siendo así la segunda conquista del santo, después de su tío Gaudry. De su vida, oculta en la historia, solo se conoce un pe-

queño detalle de disensión entre él y su santo hermano, que no dudó en reconocer humildemente su yerro.

En Grandselve, cerca de Toulouse, el devotísimo monje Bernard. Al empezar su vida religiosa fueron tantos los remordimientos, pensando en los pecados de su vida pasada y en los rigores de la justicia divina, que estuvo a punto de caer en la desesperación. El bienaventurado Ponce, su abad, lo tranquilizó plenamente haciéndose su fiador. Nacido en ilustre familia, servía a los pobres como si fueran sus señores y los asistía en sus enfermedades como una madre. Cayó víctima de la epidemia que tantos estragos hizo en tiempo del abad Ponce, la peste.

23

En Holanda, en el monasterio de la Gran Galilea, vulgarmente llamado de Síbculo, el 31 del año 1492, el digno y santo prior Gerlae de Kranenborgh. El necrologio del monasterio lo alaba grandemente por la gravedad de sus costumbres, la virilidad de su carácter, su constancia, prudencia en los consejos y santidad en las obras. Los nobles del mundo lo apreciaban cual a otro san Bernardo por su dulzura, elocuencia, bondad y caridad. Presidió los destinos de su monasterio durante más de treinta y siete años, en medio de dificultades considerables, de las cuales la divina Providencia y los monjes lo ayudaron a triunfar. Gastado por los años y los ayunos, juzgándose ya incapaz para el cargo, renunció a él. Al año siguiente murió octogenario.

En este día del año 1119 fue confirmada por el Papa Calixto II la *Carta de Caridad*, que puede ser considerado como el documento fundacional de la Orden Cisterciense. Los pontífices siguientes hicieron de ella los más grandes elogios.

24

En Savigny, Normandía, el bienaventurado Pierre de Abranches, monje. Trabajó con ahínco por curar con una ascesis severa las heridas que en el mundo le produjo la ligereza de espíritu. Huía de todo pasa-

tiempo pueril, evitaba cuanto podía la risa y la distracción y, no sin mérito, pues había sido un entusiasta de la música y de la canción. Hizo pacto con sus ojos de no mirar nunca nada que pudiera halagar o satisfacer su curiosidad. Por espíritu de caridad, consiguió de sus superiores permiso para lavar los vendajes de unos enfermos llagados. Un día triunfó valientemente de su repugnancia y, desde entonces, cumplía con su oficio en medio de dulces consolaciones y olores suavísimos. Después de su muerte bienaventurada, los monjes, convencidos de su santidad y esperando sus milagros, lo enterraron no en el cementerio, sino en lugar conveniente y señalado.

En San Juan de Stamps, en el Tirol, año 1672, la muerte del venerable prior Benoît Stephani, varón pacífico y de gran cultura, poeta en sus tiempos, secretario de tres abades sucesivamente, dotado de una memoria tan prodigiosa que podía recitar todo el oficio divino sin necesidad de luz alguna. Prior durante veintiocho años, desarrolló un gran interés por la disciplina regular y se distinguió por su amor al claustro y a la soledad. De gran austeridad, se abstenía de toda vana curiosidad, el rostro siempre serio y austero. Su trato y conversación eran, no obstante, dulces y agradables, cualidades que le granjearon alta reputación de excelente director de almas.

25

Bienaventurado Fulco, obispo de Toulouse. Nacido en Marsella de una rica familia de mercaderes genoveses, fue contado por los cronistas contemporáneos entre los poetas más distinguidos de su tiempo; gozó de la amistad y el favor de reyes y príncipes. Sintiéndose llamado a un estado de vida superior, se alistó en la milicia de Cristo y vistió el hábito en el monasterio en Grandselve con sus dos hijos, en tanto que su mujer tomaba también el velo de las monjas cistercienses. Nombrado abad de Thoronet fue promovido a la sede episcopal de Toulouse a fines del año 1205. Prelado de gran doctrina y piedad, desarrolló un celo increíble para propagar la verdadera fe y desarraigar la herejía albigense. Este santo ideal le unió en íntima y cálida amistad al bienaventurado Diego, obispo

de Osma, y a santo Domingo de Guzmán. Movidó por el santo predicador, Fulco le cedió la iglesia de Santa María de Prouilly, para recoger en ella a las mujeres convertidas; el obispo favoreció cuanto pudo esta fundación. Con recomendación de Fulco y con su apoyo, Domingo se decidió a pedir a Inocencio III, en el concilio de Letrán de 1215, la autorización para fundar su Orden. El venerable obispo continuó toda su vida con el mismo ardor la lucha contra la herejía. Murió el día de Navidad del año 1231. Jacobo de Vitry, cardenal de la santa Iglesia lo ha llamado “pilar del sostenimiento de la Iglesia de su tiempo”. Fue enterrado en Grandselve delante del altar mayor.

P. Charles Dumont (1918-2009). Fue monje cisterciense de la abadía de Ntra. Sra. de Scourmont, Bélgica, donde ingresó en julio de 1941. En aquel momento era abad del monasterio Dom Anselme Le Bail, una de las personalidades más relevantes del mundo monástico del siglo XX, por su amor a la vida monástica, su gran conocimiento de la *Regla* de san Benito y la tradición cisterciense y su espíritu renovador; a pesar de grandes dificultades, logró hacer de esa comunidad un centro de sabiduría e irradiación eclesial. En ese ambiente de entusiasmo intelectual y espiritual se formó el P. Charles. Su exquisita sensibilidad, su infatigable laboriosidad, su gusto y afición a la poesía, su interés por los grandes filósofos existencialistas de los siglos XIX y XX, su plena disponibilidad para compartir, su amplitud y claridad de pensamiento y, sobre todo, su gran sencillez, hacen de él un guía seguro para quienes sienten la inquietud de unir tradición monástica auténtica y pensamiento contemporáneo. La Biblioteca Cisterciense española se han publicado dos obras del P. Charles, *En el Camino de la Paz*, y *La Sabiduría ardiente*. Posteriormente apareció *Charles Dumont: Monje y Poeta*, admirable y delicado trabajo de Elizabeth Connor, monja cisterciense, colaboradora y amiga del P. Charles. Además de que el P. Charles, en su obra escrita y en su vida, enseña a unir el amor a las letras con la búsqueda sincera de Dios, puede decirse de él que fue un “amigo para todos”; un alma abierta a la amistad y al servicio, a la pedagogía monástica, un monje optimista y confiado siempre en el futuro. Charles Dumont “estaba presente en la creación”, como hombre, como cristiano, como monje, como amigo, como artista y

como profesor; no sólo ha coincidido, sino que también y de manera providencial ha tomado buena parte en el movimiento de una nueva era para la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia. El P. Charles forma parte de ese “renacimiento” que aporta ideas y materiales al concilio Vaticano II y a la subsiguiente renovación de la vida Cisterciense y de las Constituciones. Además, el P. Charles ha sido un gran trabajador que proporciona los recursos y energías suficientes para que continúe el proceso de renovación. Con el único apoyo de la inexhaustible tradición cisterciense y su don especial de la amistad, el P. Charles ha sido directamente el instrumento que ha desvelado a tres generaciones de monjes y monjas, las insospechadas posibilidades contenidas en el patrimonio cisterciense. Charles Dumont comparte escenario con grandes cistercienses del siglo XX: Thomas Merton; también, con otros matices, en el mundo de su antiguo cohermano, el P. Francis Acharya, y de su colega en la enseñanza Edmund Mikkers. Volviendo la mirada más hacia el sur, es en unas décadas anteriores el mundo de san Rafael Arnáiz Barón, sólo siete años mayor que él, y de la beata Gabriela Sagheddu, cuatro años mayor. A otro nivel, es el mundo de Ambrose Southey y de Thomas Keating, de Jean Marie Howe y Hortense Berthet. Cuando a los veintitrés años Charles Dumont entró en Scourmont en 1941, el oblatro trapense español Rafael Arnáiz Barón había muerto tres años antes. Si el mundo hubiera ofrecido un camino diferente a Rafael, hoy tendría 95 años, una edad accesible a un monje. En muchos detalles Rafael y Charles vivieron en un mismo mundo católico, e ingresaron en la misma cultura trapense. Más aún, Rafael y Charles fueron crónicamente enfermos. Y lo mismo que el P. Charles, Rafael tuvo la espiritualidad de aprender a “Saber esperar”. El P. Charles falleció en Scourmont, su monasterio de profesión, el 25 de diciembre del año 2009.

26

En Ntra. Sra. de Dombes, el año del Señor 1870, descansó en la paz eterna Dom Augustin de Ladouze, primer abad de este monasterio. El marqués Ademaro de Ladouze se había dejado arrastrar por todos los encantos de la juventud, hasta que vino el llamamiento divino con ca-

racteres milagrosos. A los veintisiete años entró en el noviciado de Aiguebelle, donde pronto fue un modelo de perfecta obediencia. Nueve años bastaron para ponerle al frente de la fundación de Dombes. Con energía se entregó a la obra, “In fide et lenitate”; que tal fue su divisa. Con la fe que traslada a las montañas y la dulzura y la caridad que triunfan ante Dios mismo, realizó cumplidamente su empresa. Pero llegó el año definitivo; salió a visitar a alguno de los treinta y cinco hijos que Ntra. Sra. de Dombes tenía entonces bajo las banderas de Francia y contrajo el germen de la enfermedad que, en breve, lo llevó de este mundo. Tenía cuarenta y tres años.

En Ntra. Sra. de Staoueli, en Argel, el monje Pierre Hilarin Bonnet. Entró en Aiguebelle a los veintiún años y pasó a Staoueli como secretario de la comunidad, llegando a ser una de las columnas de sostén de la abadía argelina. Sin defraudar, dice su biógrafo, las esperanzas que en él se habían puesto, fue luz y apoyo firme de la naciente comunidad. Alma diamantina en cuerpo débil, jamás dejaba traslucir los fuertes dolores internos que le devoraban, rehuendo todo alivio, guardándose de cualquier palabra o gesto inútil. Se decía de él que no era posible distinguir el defecto que le dominaba ni la virtud que prefería. De un recogimiento interno tan ejemplar que su sola presencia en la iglesia fue ocasión de la conversión de un oficial militar. Al terminar los maitines solemnes del día de Navidad, el venerable Pierre fue a arrodillarse con los demás ante el pesebre, esperando la hora de la misa: -“Señor mío, concededme la gracia de nacer a una vida mejor.” Su oración fue escuchada, y al día siguiente dejó esta vida. La veneración que a todos inspiraba aumentó con su muerte.

27

En la antigua diócesis de Constance, el venerable abad Frowin. Monje de Bellavaux, fue escogido como cabeza de los monjes de Lucelle, fundadores de Salmanswoiler. Compañero de san Bernardo en sus viajes por Alemania, dejó una narración de los hechos milagrosos de que fue testigo. Gobernó su monasterio durante veintiocho años con gran sabiduría y murió en 1165.

En el siglo XIV, el martirio del bienaventurado Miguel de Agosto, en 1388.

28

En San José de Ubexy, en 1865, el venerable Antoine de Crest, confesor de las monjas. Joven de excelente educación, hizo voto, en el curso de una peregrinación a Tierra Santa, de abrazar el estado monástico. Entró en Sept-Fonsts, animado de un celo tan ardiente que los superiores hubieron de moderar. Honrado con el sacerdocio al cabo de dos años, fue enviado a Ubexy como capellán. Enseñando en todo momento más con el ejemplo que con las palabras, llevó la inmolación de sí mismo hasta un grado inconcebible. Amaba con delirio la cruz y en ella ponía todas sus delicias. Después de cuatro años en este ministerio, aceptó generosamente el último sacrificio de la muerte el 30 de diciembre de 1865. Los funerales fueron un homenaje público a la virtud y piedad del santo monje.

Este mismo día del año 1582, en Fabas, o Lum-Dieu, en los alrededores de Toulouse, pasó al cielo la piadosa monja Angelique de Sangazán. Cuenta de ella una piadosa tradición, al uso en aquel tiempo, que cuando tenía unos diez años cuando, guardando los rebaños de su familia en un lugar lleno de malezas y zarzas, se le apareció la santísima Virgen al pie de una fuente, como una hermosa señora vestida de blanco, dulce y sonriente, que le intimó a que por medio de su padre hiciese saber al cura del lugar que quería que le levantasen en aquel sitio una capilla, pues Ella lo había escogido para derramar allí sus beneficios y bendiciones. La Señora concedió benévolamente la señal que el sacerdotales exigía (el pan negro se convirtió en blanco) y las gentes comenzaron a afluir. Tal es el origen del santuario y de las célebres peregrinaciones a nuestra Señora de Garcison. Angelique, aunque era de familia humilde, fue recibida en el monasterio de monjas de Fabas, destinado a las hijas de familias nobles, y en él hizo su profesión religiosa. Siempre sencilla, solo por obediencia formal hablaba del favor que la Virgen le había concedido. De una paciencia realmente extraordinaria, jamás dio la menor muestra

de inquietud o enfado. Los sábados los pasaba en retiro y ayuno. Una vez al año, con licencia de su abadesa, volvía a su querida capilla, donde pasaba la noche en oración; ocasión hubo en que tuvo que refugiarse en la sacristía para escapar de los fieles que querían besar sus vestidos e incluso cortárselos como reliquias. Murió a los ochenta años y sus restos fueron conservados como los de una santa. Hoy reposan en el santuario de Nuestra Sra. de Garcison. Ciertamente que los datos que se ofrecen caen más dentro de la leyenda que de la eventual realidad; pero muchas costumbres piadosas locales tienen su origen en esta clase de hechos que, por otra parte, no hay por qué desdeñar.

29

Festividad de santo Tomás Becket, arzobispo de Canterbury y mártir en al año 1170. Arcediano, y luego Canciller de Inglaterra, defendió valientemente las prerrogativas de la Iglesia contra las pretensiones del rey Enrique II. Tuvo que marchar al destierro y, por recomendación de Alejandro III, fue recibido con gran gozo por los monjes de Pontigny. El santo arzobispo aprovechó este retiro forzoso para profundizar en las ciencias sagradas. Mas como la amenaza del rey se extendió a los monasterios cistercienses de Inglaterra, para evitar mayores males, abandonó su retiro con gran dolor del abad y de los monjes de Pontigny. Para consolarlos, les prometió que uno de sus sucesores les compensaría largamente su caridad. La profecía se realizó setenta años después del martirio de santo Tomás, cuando el cuerpo glorioso de san Edmundo quedó confiado al monasterio. La Orden cisterciense siempre se ha sentido particularmente honrada con el culto de este gran hombre de Iglesia y protector de los monasterios. Su vida y su muerte han sido, durante mucho tiempo, fuente e inspiración para los católicos ingleses y para toda la Iglesia universal.

En Grissau, Silesia, en 1620, el martirio del venerable abad Martin Claveo. Habiendo llegado a su conocimiento que en la pequeña villa de Schonberg, dependiente del monasterio, los habitantes se habían pasado a la reforma protestante y se habían levantado en rebeldía, el digno pre-

lado, mirando más por la salvación de las almas que por su propia seguridad, partió sin escolta y sin armas a procurar y ofrecer la paz. Por la mañana había celebrado la misa del bienaventurado apóstol y mártir santo Tomás y leído el evangelio del buen pastor; por la tarde estaba tendido en la plaza del desleal pueblo, con el cráneo hundido y su cuerpo horriblemente mutilado. Su sacrificio no fue baldío, pues el pueblo no tardó en volver espontáneamente a la fe de sus mayores, mostrando gran arrepentimiento por lo sucedido.

En el monasterio de Fabas o de Lum-Dieu, cerca de Toulouse, en 1739, se durmió en el Señor la hermana conversa Magdalena Serre. A los doce años, guardando sus ovejas con otras compañeras, se les apareció varias veces la santísima Virgen, pidiéndole que se construyera en aquel lugar una capilla a su nombre y prometiendo la curación de los enfermos que piadosamente vinieran a lavarse en la fuente que allí cerca corría. Algunos años más tarde, un piadoso novicio de la Trapa, llamado Dositeo, que había tenido una revelación semejante, después de maduro examen obtuvo del abad De Rancé y del obispo del lugar la autorización para construir la capilla, que fue consagrada el 15 de agosto de 1689 bajo el título de Ntra. Sra. de San Bernardo. El lugar se hizo famoso y las peregrinaciones afluyeron. Magdalena, siguiendo el ejemplo de Angelique de Sagazán, entró en el monasterio de Fabas, donde tuvo que recibir toda clase de vejaciones y contradicciones, de las que salió indemne gracias a la protección de la abadesa. Era una muchacha desconcertante; imbuidas jansenismo algunas de las monjas, no comprendían cómo la Virgen podía favorecerle. La divina Madre, sin embargo, poco a poco, en varias apariciones sucesivas, la fue corrigiendo de sus defectos y transformándolos en virtudes, hasta que, bajo los golpes de las pruebas, su virtud se hizo realmente heroica. Un juicio tajante y solemne, emitido al fin por la autoridad eclesiástica, puso término a las persecuciones de que era víctima la pobre hermana. Vivió todavía cuarenta años en el silencio del claustro, hasta el 30 de diciembre de 1739, en que la muerte vino a llevársela.

En la abadía benedictina de Pannonhalma en Hungría, el siervo de Dios Dom Vendel Endredy, abad del monasterio cisterciense de Zirc. Nació en 1895, cuarto hijo de una familia de agricultores de diez hijos. A

los veintidós años, terminados sus estudios teológicos en la universidad de Budapest, ingresó en la abadía cisterciense de Zirc. Ordenado sacerdote en 1919, enseñó física y matemáticas en el liceo cisterciense durante diecinueve años, hasta que en 1939 fue elegido abad de su monasterio. Cuando en 1943 Mons. Mindszenty fue nombrado obispo de Veszprem, diócesis en la que se encuentra la abadía de Zirc, se estableció una sólida amistad entre él y el abad de Zirc. Durante la guerra y en los años sucesivos la abadía sufrió graves pérdidas materiales, y en 1948 las escuelas fueron nacionalizadas. En noviembre del mismo año, el abad Vendel hizo un viaje oficial a Roma, obteniendo el pasaporte después de muchas dificultades. En Roma se enteró de fuentes fidedignas que Moscú había dado órdenes para arrestar al Cardenal Mindszenty y a cinco personalidades de la Iglesia católica, entre las cuales estaba él mismo. Dado que había dado su palabra de regresar a dos amigos que se habían comprometido en su favor, volvió a Hungría en la fecha establecida. Inmediatamente fue a visitar al Cardenal, que ya estaba bajo arresto domiciliario y le entregó el mensaje del Papa. Dadas las reacciones internacionales por el arresto del Cardenal, las otras detenciones fueron retrasadas. En 1950 los monjes fueron expulsados del monasterio de Zirc, y cuatro días después, el 29 de octubre de 1950, el abad Vendel fue detenido. Desde los primeros interrogatorios trataron de atormentarle con las más variadas calumnias sobre la vida privada de los obispos, de los superiores de las Órdenes religiosas y de otras personas eminentes de la Iglesia. Confesó más tarde: “Realmente, no intentaban hacer de mí un mártir. Al contrario, querían sólo destruir mi personalidad y convertirme en un autómatas, desmoralizado y humillado.” Durante los largos interrogatorios fue apaleado, pisoteado, torturado con varios instrumentos, quemaduras con corriente eléctrica, sometido a electrochoc. En la celda no podía dormir a causa de la lámpara siempre encendida, por el frío y los continuos controles. Las humillaciones y las torturas le hicieron perder a menudo el conocimiento. Su único deseo era que el Señor lo llamase para no traicionar a nadie con confesiones forzadas. A pesar de las heridas infectadas, la debilidad y la falta de sueño, trató siempre de mantener su fuerza de ánimo para responder con rapidez y evitar las preguntas insidiosas que le hacían, dado que callar o dudar era interpretado como confesión. En espera de la sentencia hacía cuentas matemáticas para poder

conservar las facultades mentales, trataba de evocar los momentos positivos de su vida, para mantener vivo su espíritu. Fue condenado a catorce años de cárcel. Paso seis años en varias prisiones, y en medio de condiciones durísimas, pudo encontrar carceleros y médicos humanos. Vivió casi siempre solo en la celda, y cuando venían compañeros, el problema era saber hasta qué punto se podía confiar en ellos. Hubo momentos en que no se sabía si estaba vivo o había fallecido. En 1956, con el alzamiento anti comunista, obtuvo la libertad, pero al fracasar éste, fue de nuevo detenido. En agosto de 1957, dadas sus condiciones físicas, quedó libre, pero confinado en la casa social de los monjes ancianos de la abadía benedictina de Pannonhalma, donde permaneció por espacio de veintitrés años. Dom Vendel, recordando los sufrimientos padecidos, afirmaba: “No cambiaría con ningún tesoro del mundo mis años de cárcel: han enriquecido mi vida con un valor muy por encima de toda imaginación.” Su sentencia nunca ha sido redactada y por esta razón no ha podido ser rehabilitado. En 1980 sufrió una trombosis que le paralizó las piernas y no le permitía hablar correctamente. En medio de sus enfermedades, decía: “Antes de mi muerte desearía sufrir aún más.” Falleció el 29 de diciembre de 1981, y después de sus funerales en Pannonhalma, fue sepultado en la Iglesia Abacial de Zirc, en el altar de san Bernardo.

30

En España, el gran obispo de Osma Diego de Azevedo. Impulsado por el deseo de convertir a tantos católicos extraviados e influidos por las corrientes albigenses, en compañía de santo Domingo de Guzmán llegó hasta Toulouse, entonces foco de la herejía que assolaba aquellas regiones de Francia. Tras un periodo de intensa predicación y ferviente apostolado, no exento de grandes dificultades, vistió el hábito cisterciense y, probablemente por indicación del Papa Inocencio III, propuso a los Legados un nuevo modo, más eficaz, de predicación que, en la práctica, tendía a atraer a los herejes más con la santidad de vida que solamente con las palabras. Al cabo de dos años volvió a Osma para resolver algunos negocios de la diócesis, y allí murió pasando a recibir la recompensa de sus trabajos. Era el año 1227.

En Vaucelles, diócesis de Cambray, en 1152, el bienaventurado abad Raoul. Inglés de nación y rector de una parroquia, se detuvo en Claraval con motivo de un viaje, mas según sus mismas palabras, “desde que aspiré el perfume del Señor, resolví ir tras Él”. Tres meses después de su profesión fue designado por el mismo san Bernardo para establecer la abadía de Vaucelles. Fue un abad genuino y ejemplar, más en hechos que en palabras. Aunque su gobierno tuviera un tinte suave de severidad, brilló también por la caridad para con los pobres. En tiempos de escasez y hambre daba comida a una ingente muchedumbre de necesitados; tanta generosidad no impedía, gracias a Dios, que los monjes y los huéspedes del monasterio y del hospicio contaran siempre con lo necesario, hasta que la nueva cosecha aseguraba el porvenir. A su muerte, después de veinte años de gobierno dejó una comunidad de más de 100 monjes y 130 conversos.

En Sept-Fons, Francia, año de 1749, la santa muerte del P. Zósimo de Guyenne, abad. Dulce y humilde de corazón, durante los ocho años de su gobierno no hizo más que seguir fielmente los pasos del venerable reformador Eustache de Beaufort. Su epitafio da de él este testimonio: “Distinguido por la vida; probado por la enfermedad; justificado por la muerte, vivió santamente, sufrió más santamente y murió muy santamente, con el sentimiento y pena de los suyos, de los extraños y de los pobres”. La historia deja testimonios muy fehacientes del valor no solo del P. Zósimo, sino de todos aquellos monjes y monjas cistercienses que se vieron envueltos en aquellas circunstancias espantosas en las que la Orden estuvo a punto de perecer y desaparecer. Hubieron de tomar decisiones realmente valientes y, como se verá mañana, en caso del P. Vincent de Paul Marie, los caminos de la Providencia llevan a las personas por caminos inesperados y no siempre dentro de las costumbres habituales de las observancias rutinarias propias el monasterio.

31

En Tracadie (hoy día Halifax), Nueva Escocia, en América del Norte (Canadá), el venerable monje Vincent de Paul Marie. Sacerdote secular,

abrazó la vida monástica y embarcó para América en 1811, cuando la persecución de Napoleón contra los trapenses. Con autorización de Dom Agustín de Lestrangle, se consagró a la predicación, ganando para la fe católica a gran número de paganos y herejes. En 1814 ya pudieron los monjes regresar a su patria; pero, a consecuencia de una circunstancia fortuita, él se quedó en el muelle de embarque y los superiores ratificaron las disposiciones de la divina Providencia. El esforzado Padre tuvo que padecer trabajos y pruebas sin cuento, ejerciendo el ministerio de la predicación y la fundación del monasterio llamado Pequeño Claraval. Era tenido en gran estima por cuantos lo trataban y conocían, y gozó de mucha veneración entre las gentes del pueblo. Con ocasión de una epidemia de peste que azotó la ciudad de Halifax, administró los últimos sacramentos a cientos de moribundos. Dejó este mundo el 1° de enero de 1853, a los ochenta y tres años de edad, con el unánime pesar de todos y venerado como un santo. Protagonizó una de las páginas gloriosas de los monjes de la Val-Sainte en América, enviado por Dom Augutin de Lestrangle.

U.I.O.G.D. ET B.M.V.

UT IN OMNIBUS GLORIFICETUR DEUS ET BEATA MARIA VIRGINIS

PARA QUE EN TODO SEA DIOS GLORIFICADO

Y LA BEATA VIRGEN MARÍA

ÍNDICE DE NOMBRES

(Nombre, fecha, condición, monasterio, país)

A

- Abel Sehier, 13 de noviembre, converso, Bricquebec, Francia.
Abraham, 13 de junio, abad, La Prée, Francia.
Abundio, 19 de marzo, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Acard, 23 de octubre, amigo de san Bernardo, arquitecto, monje, Claraval, Francia.
Achard, 21 de abril, converso, Acey, Francia.
Adalgott, 3 de octubre, Claraval, obispo de Coire, Francia.
Adam Trebnite, 14 de agosto, abad, Olive, Prusia.
Adan Selvar, 7 de marzo, abad, mártir, Joraval, Inglaterra.
Adán, 23 de marzo, abad, Langheim, Alemania.
Adan, 23 de noviembre, abad, Eberbach, Alemania,
Adán, 24 de febrero, abad, Perseigne, Francia.
Adelina, sobrina de san Bernardo, 2 de agosto, Poulangy, Francia.
Adolph, 30 de junio, monje de Autecombe, obispo de Osnabrück, Alemania.
Adriano Chancellor, 16 de abril, abad, Dunes, Holanda.
Agraham Baugnier, 8 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
Agustín Pascal, 3 de marzo, monje, mártir, Saint-Aubin, Francia.
Alain de Lille, 15 de julio, converso y escritor, Císter, Francia.
Alan de Flandes, 14 de octubre, abad de Larrivou, obispo de Auxerre, Francia.
Alan o Adam, 10 de junio, converso, Grüssau, Alemania.
Alano, 28 de junio, abad, Walmeren, Escocia.
Alardo, 25 de mayo, monje, Locken, Sajonia.
Alberico (Alois) Rabensteiner, 2 de abril, monje, sacerdote, mártir, Neukloster, Austria..
Alberic, 18 de junio, converso, mártir, Szezzyrzic, Polonia.
Alberico, san, 26 de enero, monje, fundador, Molesmes-Cîteaux, Francia.
Alberón, 11 de agosto, monje, mártir, Mont-Sant-Nicolas o Dünamünde, Livonia.

Albertino Maisonade, 13 de mayo, monje, mártir, Casamari, Italia.
 Alberto de Brie, 4 de abril, monje, Ubexy, Francia.
 Alberto, 25 de noviembre, abad de Aduart, Frisia, Holanda.
 Alberto, san, 6 de julio, monje y eremita, San Andrés de Sostri, Italia.
 Alejandro Moschetti, 1 de febrero, converso, Aiguebelle, Francia.
 Alejandro, 29 julio, abad, Císter, Francia.
 Alejandro, 3 de mayo, príncipe, converso, Foigny, Francia.
 Alejo Gremme, 8 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
 Aleth (o Alicia), madre de san Bernardo, 1 de septiembre, Dijon, Francia.
 Alicia de Schaerbeck, 12 de junio, monja, La Cambre, Bélgica.
 Alquirino, 17 de febrero, monje, Claraval, Francia.
 Alrad de Eldigen, 11 de noviembre, converso, Marienrode, Alemania.
 Álvaro González López, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel, España.
 Amadeo el Viejo, 13 de enero, monje, Bonnevaux, Francia.
 Amadeo García Rodríguez, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli, España.
 Amadeo, 28 de enero, monje de Bonnevaux, obispo de Lausana, Francia.
 Ambrosio de Herrera, 24 de abril, monje, Herrera, España.
 Amezana, 3 de junio, abadesa, Cañas, España.
 Ana d'Orviré, 13 demarzo, abadesa, Leyme, Francia.
 Ana de Frankenheven, 6 de marzo, abadesa, Baintdt, Alemania.
 Ana de santa Lutgarda Devy, 28 de abril, abadesa, Port-Royal, Francia.
 Ana de Vieux-Pont, 12 de septiembre, monja, Parc-aux-Dames, Francia.
 Ana de Villarroel, 26 de septiembre, monja, Santa Ana de Ávila, España.
 Ana de Wollenberg, 14 de mayo, abadesa, Tanikon, Suiza.
 Ana Isabel Grottau, 21 de enero. Monja, Maigrage, Suiza.
 Ana Luisa de Crévant, 20 de enero, abadesa, Mouchy, Francia.
 Ana María de la Concepción, 5 julio, monja, San Joaquín y Sta. Ana, España.
 Ana Turex, 20 de marzo, abadesa, Roosendaël, Bélgica.
 Ana de Grave, 20 de mayo, abadesa, Wauthier-Braine, Bélgica.
 André Louf, 14 de julio, abad de Mont-des-Cats, Francia.
 Andrés de san Buenaventura, 25 de febrero, monje fuliense, Italia.
 Andrés, 5 de abril, monje, hermano de san Bernardo, Claraval, Francia.

- Ángel de la Vega González, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli, España.
- Ángel de Vitoria, 11 de abril, monje de Herrera, abad, España.
- Ángel Manrique, 28 de febrero, monje, obispo de Badajoz, monje de Huerta, España.
- Ángela Francisca de la Cruz, 11 de julio, monja, San Joaquín y Sta. Ana, España.
- Angélico María (Yosief), 26 de julio, monje, Eritrea, Casamari, Italia.
- Angelique de Sangazán, 28 de diciembre, monja, Fabas o Lum-Dieu, Francia.
- Anne Biena, 17 de septiembre, Beaupré, Bélgica.
- Anne Isabelle Gottrau, 26 de noviembre, abadesa, Maigrauge, Suiza.
- Anselm Le Bail, 25 de septiembre, abad de Scourmont, Bélgica.
- Anselmo Hirsch, 30 de mayo, monje, Fürstenfeld, Baviera, Alemania.
- Antoin de Pertuis, 16 de febrero, monje, La Trapa, Francia.
- Antoine de Crest, 28 de diciembre, monje de Sept-Fons, capellán de Ubexy, Francia.
- Antoine Louis Dosvigne, 27 de agosto, abad, mártir, La Ferté, Francia.
- Antoine Prudhom, 26 de marzo, converso, mártir, La Trapa, Francia.
- Antonia Álvarez, 27 de enero, monja, San Quirce, Valladolid, España.
- Antonia de Orleans, 15 de abril, monja, fundadora fuliense, Francia.
- Antonia Jacinta de Navarra, 4 de agosto, abadesa, Las Huelgas, Burgos, España.
- Antonia Meserette, 9 de enero, monja, Cour-Pétral, Francia.
- Antonio Dechange, 27 de mayo, converso, Port-du-Salut, Francia.
- Antonio Delgado, González, 4 de diciembre, oblato, mártir, Viaceli, España.
- Antonio Gabet, 21 de noviembre, abad de Tamié, Francia.
- Antonio Miguel J. Dujonquoi, 15 de agosto, monje, mártir, La Trapa, Francia.
- Antonio, 31 de agosto, abad, San Salvador de Settimo, Italia.
- Armand Jean le Bouthillier de Rancé, 27 de octubre, abad, La Trapa, Francia.
- Armand Jean le Bouthillier de Rancé, bendición abacial, 14 de julio, Francia.

Armando Levecque, 18 de enero, monje, Port-du-salut, Francia.
 Arnaud de Majorque, 20 de julio, monje, Claraval, Francia.
 Arnold Cornibout, 30 de junio, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
 Arnold de Compte, 22 de junio, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
 Arnulfo de Ghistelles, 2 de marzo, abad, Schelt, Villers, Holanda.
 Arnulfo de Lovaina, 3 de abril, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
 Arsenio de Jansen, 21 de junio, monje, Buos Solazzo, Italia.
 Arsenio Gordon, 10 de febrero, monje, La Trapa, Francia.
 Arsenio Silvestre, 21 de febrero, converso, Fontfroide, Francia.
 Arsenio (Martino) Peretti, 14 de mayo, converso, Casamari, Italia.
 Arvid, Haakonsson, 2 de febrero, abad, mártir, Nydala, Suecia.
 Ascelina, 26 de mayo, sobrina de san Bernardo, Boulancourt, Francia.
 Augustin de Ladouze, 26 de diciembre, primer abad de Dombes, Francia.
 Augustin de Lestrangle, 17 de julio, abad de Val-Sainte, Suiza, Vaise, Francia.
 Augustin Onfroy, 15 de enero, monje, Briquebec, Francia.
 Augustin van Zandicke, 6 de junio, monje, Sainte-Marie-du-Mont, Francia.
 Augustine de Chabanne, 13 de junio, monja, Stapeshill, Inglaterra.

B

Baldouin Frastrade, 7 de noviembre, monje de Boneffe, mártir, Bélgica.
 Balduino de Ford, 20 de noviembre, abad de Ford, arzobispo de Cantorbéry, Inglaterra.
 Balduino, 24 de julio, abad, Santo Pastor, Rieti, Italia.
 Balduino, 6 de octubre, monje de Claraval, cardenal y arzobispo de Pisa, Italia.
 Bálsamo, 19 de septiembre, monje, Roma, Claraval, Francia.
 Bartolomé Conill, 3 de octubre, Poblet, España.
 Bartolomé de san Faustino, 20 de julio, fuliense, Nápoles, Italia.
 Bartolomé de Tillement, padre de Beatriz de Nazareth, 24 de agosto, Nazareth, Bélgica.
 Bartolomé de Vir, 26 de junio, obispo de Laon, monje de Foigny, Francia.

- Bartolomé, 22 de diciembre, hermano de san Bernardo, monje, Claraval, Francia.
- Basilio Auzoux, 22 de febrero, monje, La Trapa, Francia.
- Basilio Morteau, 6 de abril, monje, La Trapa, Francia.
- Basilio Ogier, 8 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
- Beatriz de Silva, santa, 10 de agosto, monja, fundadora, Portugal, Toledo, España.
- Beatriz, 29 de agosto, monja, mística, Nazareth, Bélgica.
- Benedetto (Carlos Giuseppe) Ponzio, 29 julio, converso, Casamari, Italia.
- Benita Frey, 6 de mayo, monja, Della Duchessa, Italia. Adán, 7 de mayo, abad, La Trapa, Francia.
- Benito de Salamanca, 30 de septiembre, monje, Moreruela, España.
- Benito Longare, 23 demrazo, converso, Bellefontaine, Francia.
- Benito Péteul, 16 de abril, monje, Lac, Canadá.
- Benoît Deschamps, 9 de agosto, monje, La Trapa, Francia.
- Benoît Michel, 15 de noviembre, abad de Bricquebec, Tamié, Francia.
- Benoît Stephani, 24 de diciembre, poeta, monje, San Juan de Stamps, Austria.
- Benoît Thuan (Denis Henry), 25 de julio, monje, Phuoc Son, en Vietnam.
- Berenguela, 8 de noviembre, reina, Las Huelgas, Burgos, España.
- Bernard Maillet, 2 de junio, monje, mártir, Vaucelles, Cambrai, Francia.
- Bernard Mullot, 22 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
- Bernard Rigaud, 24 de mayo, monje, Císter, Francia.
- Bernard, 22 de diciembre, monje, Grandselve, Francia.
- Bernarda de Longeville, 17 de abril, conversa, Maubec, Francia.
- Bernarda, 4 de abril, monja, Olmedo, España.
- Bernhard (Peter) Burgstaller, 2 de noviembre, abad, Wilhering, en Austria.
- Bernardino Bernard, 2 de enero, converso, Dombes, Francia.
- Bernardino Juif, 16 de enero, monje, Lützel, Alsacia.
- Bernardn Dufour, 2 de julio, abad, Port-du-Salut, Francia.
- Bernardo Barnouin, 8 de junio, monje fundador, Senanque, Francia.
- Bernardo Calvó, 25 de octubre, monje Santes Creus, obispo de Vich, España.

Bernardo Carpentier, 4 de octubre, prior reformador, Prières, Francia.
 Bernardo de Claraval, 18 de enero, canonización en 1174.
 Bernardo de Claraval, doctor de la Iglesia, 24 de julio, en 1830 por Pío VIII.
 Bernardo de Claraval, san, 20 de agosto, festividad, abad, Claraval, Francia.
 Bernardo de Escobar, 13 de febrero, abad, Monte Sión, España.
 Bernardo de Girmont, 22 de junio, abad, Port-du-Salut, Francia.
 Bernardo de Lippe, 1 de mayo, obispo de Selburg, Marienfeld, Alemania.
 Bernardo de Mosle, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.
 Bernardo de Rose, 1 de noviembre, abad, Grüssau, Silesia, Alemania.
 Bernardo el Catalán, 2 de noviembre, Caballero de Calatrava, España.
 Bernardo Foulow, 18 de mayo, abad de Holy Cross, Irlanda.
 Bernardo O'Trevir, 18 de mayo, monje, mártir, Astraht, Irlanda.
 Bernardo, 1 de enero, abad de Fountains, Inglaterra.
 Bernardo, María y Gracia, festividad, 1 de junio, mártires, Poblet, Alcira, España.
 Bernón, 12 de enero, obispo, monje de Awerlogerbe, Holanda.
 Bertold, 23 de julio, obispo y mártir, abad de Leocuna, Livonia y Riga.
 Bertrand, 11 de julio, abad, Grandselve, Francia.
 Bienvenido Mata Ubierna, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli, España.
 Bonifacio, 21 de septiembre, abad, Císter, Francia.
 Bonifacio, 24 de junio, monje, prior, Villers, Brabante, Bélgica.
 Bonifacio, san, 19 de febrero, festividad, obispo de Lausana, Francia.
 Boso, 19 de febrero, monje, Claraval, Francia.
 Briolaga Daruda, 28 de octubre, monja, San Benito de Castris, Portugal.
 Bruno Ducrest, 28 de marzo, monje, Dombes, Francia.
 Bruno Le Digne, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.
 Bruno Lemarchand, 21 de mayo, monje, mártir, Atlas, Argelia.
 Bucardo, 19 de abril, abad, Bellevaux, Francia.

C

Caballeros del Temple, 14 de junio, martirizados en Siria.
 Cándido Furlong, 2 de mayo, monje, Nogales, murió en Irlanda.

Cándido Villamor, 10 de julio, converso, Bricquebec, Francia.
Carlos de san Bernardo, 14 de marzo, fuliense, Francia.
Carlos Denys, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.
Carlos Le Bras, 14 de mayo, monje, Timadeuc, Francia.
Carlos Marie Ramel, 23 de agosto, monje, La Trapa, Francia.
Carlos, 15 de marzo, abad, Villers, Brabante, Bélgica.
Carolina Castella de Gruyère, 25 de enero, abadesa, Fille-Dieu, Suiza.
Carta de Caridad, 23 de diciembre, confirmación por el papa Calixto II, Roma.
Catalina Castella, 20 de enero, monja, Maigrange, Suiza.
Catalina del Espíritu Santo, 9 de febrero, monja, Arévalo, España.
Catalina Fieffe, 26 de octubre, monja, Parcq-aux-Dames, Francia.
Catalina, 4 de mayo, monja, Wrauwen Parck, Brabante, Bélgica.
Celestin Ringear, 21 de mayo, monje, mártir, Atlas, Argelia.
Cesáreo, 25 de septiembre, monje, escritor, Heisterbach, Alemania.
Charles Dumont, 25 de diciembre, monje, escritor, Scourmont, Bélgica.
Christian de Chergé, 21 de mayo, prior, mártir, Atlas, Argelia.
Christian O'Conarchy, 18 de marzo, Mellifont, Irlanda.
Christian, 27 de julio, monje, Aumône, Francia.
Christian, 3 de febrero, monje, Heisterbach, Alemania.
Christian, 4 de diciembre, obispo de Prusia, muerto en el monasterio de Sulejov, Polonia.
Christophe Lebreton, 21 de mayo, monje, mártir, Atlas, Argelia.
Cipriano Bougain, 9 de marzo, converso, Briquebec, Francia.
Cipriano Miguel Tansi, 20 de enero, monje, Mount-Saint-Bernard, Inglaterra.
Císter, restauración de la abadía, 2 de octubre, Francia.
Claire Dullaerts, 14 de octubre, abadesa, Breaupré, Bélgica.
Claudio D'Estrée, 1o de marzo, monje, La Trapa, Francia.
Claudio Ruffier, 16 de marzo, monje de Chalis, obispo, Francia.
Clement Chopin, 7 de noviembre, converso, Brocquebec, Francia.
Clement van Bover, 5 de noviembre, monje, mártir, Guayana, Francia.
Clemente Jiménez, 2 de septiembre, monje, Valparaíso, España.
Clementina Gorris, 4 de junio, monja, Oelemberg, Alsacia alemana, Alemania.

Conan, 12 de enero, abad, Margan, Inglaterra.
 Conrad de Brundelsoim, 19 de diciembre, abad Helsbronn, Baviera, Alemania.
 Conrad de Herleshein, 2 de agosto, monje, Hayna, Alemania.
 Conrad, 18 de junio, monje, mártir, Engelszell, Austria.
 Conrado Burger, 21 de enero, monje de Fennembach, Wohnenthal, Alemania.
 Conrado de Urach, 29 de septiembre, abad de Villers, cardenal obispo de Porto, Bélgica.
 Conrado, 14 de febrero, ermitaño, Claraval, Jerusalén, Amalfi, Italia.
 Constancia Borosa, monja, San Clemente e Toledo, España.
 Constancio, 20 de junio, converso (por san Bernardo), Claraval, Francia.
 Constantin Jouvin, 15 de diciembre, converso, bricquebec, Francia.
 Converso español, 5 de septiembre, muerto en Claraval, España.
 Converso temerario de Claraval, 7 de julio, Francia.
 Cornelio O'Rourke, 18 de mayo, abad, mártir, Irlanda.
 Cornelio Poldermans, 8 de febrero, monje, mártir, Ziriczeade, Holanda.
 Cornelio van Bavel, 31 de marzo, monje, Mont-des-Cats, Francia.
 Corona de Espinas, fiesta, 11 de agosto.
 Crisóstomo Chang, 16 de junio, monje, mártir, Consolación, China.
 Cristóbal Bachmann, 17 de marzo, abad, Wettingen, Suiza.

D

Daniel de Grandmont, 20 de enero, abad, Cambron, Francia.
 David, 11 de diciembre, monje, Himmenrod, Alemania.
 David, 4 de septiembre, monje, San Salvador de Settimo, Italia.
 Dedicación de la iglesia de Císter, 17 de octubre, Francia.
 Desiderio Crabollet, 1 de julio, abad, mártir, Isle-en-Barrois, año 1568, Francia.
 Desiderio, 15 de agosto, converso, Claraval, Francia.
 Diego de Azevedo, 30 de diciembre, vistió el hábito cisterciense, obispo de Osmá, España.
 Diego Velázquez, 2 de julio, noble, monje de Fitero, primer Prior de Calatrava, España.
 Diego, 4 de mayo, converso, Valparaíso, España.

Dionisio Largentier, 24 de octubre, abad reformador, Claraval, Francia.
Domingo del Niño Jesús, 12 de septiembre, monje, Montederramo, España.
Domingo Zauwzel, 13 de mayo, monje, mártir, Casamari, Italia.
Domingo, 22 de julio, monje y ermitaño, Carracedo, España.
Dominique Georges, 4 de noviembre, abad, Val-Richer, Normandía.
Doroteo Carrot, 25 de junio, monje, La Trapa, Francia.
Doroteo Jacobd, 8 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
Dositeo Le Boy, 8 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
Dositeo Pellán, 16 de agosto, abad, Fontgonbault, Francia.

E

Eberard de Stahleolc, 30 de noviembre, monje de Kumbd, místico, Alemania.
Edmond de Heyskens, 5 de noviembre, monje, mártir, Guayana, Francia.
Edmunda Duguet, 15 de noviembre, monja, Parc-aux-Dames, Francia.
Edmunda Paula de Barth, 26 de agosto, abadesa, Oelemberg, Alemania.
Edmundo Mulligan, 18 de mayo, monje, mártir, Irlanda.
Edmundo, san, 16 de noviembre, arzobispo de Canterbury, Pontigny, Inglaterra.
Edwigis (Lien) Löb, 7 de agosto, monja, mártir, Hooningsoord, Auschwitz, Holanda.
Edwigis, santa, fiesta, 16 de octubre, viuda, Trebnitz, Polonia.
Edwigis, santa, muerte, 15 de octubre, Polonia.
Efrén Godard, 6 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
Egidio de Royé, 13 de julio, abad de Dunes, antes de Royaumont. Bélgica.
Elredo de Rievaulx, 12 de enero, abad, muerte, Rievaulx, Inglaterra.
Elredo de Rievaulx, 3 de enero, fiesta, abad, Rievaulx, Inglaterra.
Engelbert Blöchl, 1 de noviembre, mártir, en Dachau, monje de Hohenfurt, Alemania.
Enrique Corf, 9 de diciembre, monje, Harrienfeld, Alemania.
Enrique de Marilis, 12 de marzo, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Enrique Greest, 24 de junio, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Enrique II, 25 de julio, abad de Heiligenkreuz, Austria.

Enrique Jekinson, 7 de marzo, monje, mártir, Kisted, Inglaterra.
 Enrique, 1 de enero, Claraval, cardenal, Francia.
 Enrique, 11 de febrero, abad, Wiaskild, Suecia.
 Enrique, 11 de noviembre, abad, Heisterbach, Alemania.
 Enrique, 21 de octubre, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
 Enrique, 26 de mayo, monje, Claraval, Francia.
 Enriqueta de Vivien, 15 de febrero, monja, Laval-Bénite, Francia.
 Ephren Marie Ferrer, 10 de julio, monje, Aiguebelle, Francia.
 Ephren Scignol, 12 de agosto, monje, Tamié, Consolación, China.
 Ermengarda, 31 de mayo, discípula de san Bernardo, condesa, Francia.
 Escolástica Bleicher, 18 de abril, monja, Oelemberg, Alsacia, Alemania.
 Espinela, 1 de noviembre, monja, Arouca, Portugal.
 Esteban d'Huberte, 20 de noviembre, monje, mártir.
 Esteban de Easton, 6 de septiembre, abad, Fountains, Inglaterra.
 Esteban de Obazine, 11 de marzo, eremita, abad, Obazine, Francia.
 Esteban de Obazine, san, fiesta.
 Esteban de san José, 19 de mayo, converso, fuliense, Italia.
 Esteban Harding, fiesta, 16 de julio, abad, Císter, Francia.
 Esteban Le Cleves, 30 de octubre, mártir, monje de Claraval, Guayana, Francia.
 Esteban Malmy, 10 de abril, abad, Aiguebelle, Francia.
 Esteban Naugier, 24 de agosto, abad de La Charmoye, Francia.
 Esteban, 17 de marzo, monje de Claraval, cardenal de Palestrina, Francia.
 Esteban, 18 de agosto, monje de Alvastra, arzobispo de Upsala, Suecia.
 Esteban, san, 28 de marzo, muerte, Císter, Francia.
 Estefanía Lamer, 9 de agosto, monja, Liechtenthla, Baviera.
 Etienne D'Hubert, 22 de septiembre, monje, mártir, Ourscamp, Francia.
 Eugéne Bonhomme de la Prade, 15 de junio, abad, Vals-Sainte, Francia.
 Eugenia de la Halle, 19 de abril, abadesa, Soleilmont, Francia.
 Eugenio García Pampliega, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli, España.
 Eugenio Huvelin, 29 de marzo, abad, Bellevaux, Francia.
 Eugenio III, papa, festividad, 8 de julio, Claraval, Roma, Italia.
 Eugenio O'Gallagher, 18 de mayo, abad, mártir, Astraht, Irlanda.

Eulogio Álvarez López, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli, España.
Eusebio Manuel, 5 de enero, Aiguebelle, Francia.
Eustache de Beaufort, 20 de septiembre, abad, Sept-Fons, Francia.
Eutimio Fourdaine, 10 de noviembre, novicio, La Trapa, Francia.
Eutimio L'Epinoy, 18 de noviembre, monje, La Trapa, Francia.
Everard de Rohrdorf, 10 de junio, abad, Salem, Alemania.
Everard, 5 de julio, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
Everard, Gran Maestre, 12 de noviembre, templario, Claraval, Francia.

F

Famiano de Colonia, 8 de agosto, ermitaño, peregrino, monje (Oseira), Gallese, Italia.
Federico de Altzell, 20 de abril, monje, mártir, Livland, Riga.
Felice M. Ghebre Amlak, 8 de junio, monje, Sora, Casamari, Italia.
Felipe Donneux, 6 de mayo, monje, mártir, Francia.
Felipe Levacq, 20 de marzo, monje, Roconfort, Holanda.
Felipe, 7 de octubre, abad, Oelemberg, Alemania.
Félix O'Dullany, 24 de enero, obispo de Ossory, Jerpoint, Irlanda.
Folcuin, 13 de noviembre, abad, Sittichbanch, Alemania.
Franca, santa, 26 de abril, abadesa, Piacenza, Italia.
Francisca de Nerestang, 16 de marzo, abadesa, La Benisson-Dieu, Francia.
Francisco de Asis Couturier, 19 de junio, abad, Por-du-salut, Francia.
Francisco de Sta. M^a Magdalena, 2 de marzo, monje fuliense, Toulouse, Francia.
Francisco Lottin, 8 de mayo, monje. La Trapa, Francia.
Franco de Arquennes, 12 de diciembre, noble caballero, converso, Villers, Bélgica.
Franco, 7 de abril, abad, Noirlac, Francia.
Fastrado, 21 de abril, abad, Císter, Francia.
Frédéric Naillard, 10 de agosto, monje, Port-du-Salut, Francia.
Froilán de Urosa, 15 de abril, monje, Sta. M^a de Huerta, España.
Frowin, 27 de diciembre, monje de Bellevaux, abad de Salmanswoiler, Alemania.
Fulco, 25 de diciembre, monje de Grandselve, obispo de Toulouse, Francia.

Fulgencia Guilleume, 29 de febrero, abad, Bellefontaine, Francia.
 Fulgeri, 5 de junio, monje, Schelt, Brabante, Bélgica.
 Fundadores de Císter, Juan, Odo, Letaldo, Pedro, 22 de marzo, Francia.

G

Gabriella Sagheddu, beata, 25 de enero, monja, Grottaferrata, Italia.
 Galgano, 3 de diciembre, ermitaño, monte Sepio, Siena, Italia.
 Gaudric, 16 de febrero, tío de san Bernardo, monje, Claraval, Francia.
 Gelasio O'Culenan, 21 de noviembre, abad de Boyle, mártir, Irlanda.
 Gelasio, 10 de marzo, abad, Glandy, Irlanda.
 Gerado, 22 de agosto, discípulo de san Bernardo, abad de Longpont, Claraval, Francia.
 Gérard de Bellosarto, 30 de septiembre, abad de Aulne, Bélgica.
 Gerard, 18 de junio, monje, mártir, Mogila, Polonia.
 Gerardo de Farfa, 7 de diciembre, monje, Claraval, Francia.
 Gerardo de Orcimont, 23 de abril, abad, Signy, Francia.
 Gerardo, 13 de junio, muerte, hermano de san Bernardo, Francia.
 Gerardo, 15 de octubre, abad, mártir, Fossanova, Claraval, Francia.
 Gerardo, 30 de enero, monje, hermano de san Bernardo, Claraval, Francia.
 Gerardo, 5 de enero, abad, Eberbach, Alemania.
 Gerardo, 7 de agosto, abad de Alvastra, Suecia, Claraval, Francia.
 Gerekin, 25 de julio, converso, Alvastra, Suecia.
 Gerlae de Kranenborg, 23 de diciembre, monje, Gran Galilea, Holanda.
 Germán Guillon, 23 de febrero, abad, Gard, Picardia, Francia.
 Gertrudis "la Magna", 17 de noviembre, monja mística, Helfta, Alemania.
 Gertrudis de Anglesola, 3 de marzo, monja, La Zaydía, España.
 Gertrudis de Hackeborn, 24 de noviembre, abadesa, mística, Helfta, Alemania.
 Gertrudis de Pottolis, 24 de abril, abadesa, Biloque, Bélgica.
 Gertrudis Vedere, 18 de noviembre, monja, Blagnac, Francia.
 Gertrudis, 26 de julio, condesa palatina, abadesa, Johamisberg, Alemania.
 Gervasio Protasio Brunel, 15 de agosto, monje, mártir, La Trapa, Francia.

Gilbert “el Grande”, 17 de octubre, abad, Císter, Francia.
Gilberto Brown, 14 de mayo, abad, Sweetheart, Escocia.
Gilberto de Hoyland, 25 de mayo, abad, Swinoshead, Inglaterra.
Giraldo de Salis, 20 de abril, eremita y fundador de monasterios, Châte-
liers, Francia.
Goberto d’Asprement, 19 de agosto, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Godefroid Pouillon, 18 de diciembre, abad, Scourmont, Bélgica.
Godescalco de Velmuntstein, 31 de agosto, monje, heisterbach, Alema-
nia.
Godofredo de Aignay, 27 de mayo, monje, Claraval, Francia.
Godofredo de Auxerre, 9 de noviembre, abad de Igny y de Claraval, Fran-
cia.
Godofredo de Cortebeke, 31 de julio, monje, Villars, Brabante, Bélgica.
Godofredo de la Roche, 8 noviembre, Claraval, abad de Fontanay, obispo
de Langres, Francia.
Godofredo de Melun, 5 de octubre, monje de Claraval, obispo de Sorra,
Francia.
Godofredo de Peronne, 7 de enero, monje de Claraval y obispo, Claraval,
Francia.
Godofredo de san Mauro, 3 de enero, monje fuliense, Burdeos, Francia.
Godofredo Pacomio, 26 de septiembre, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Godofredo, “el Capellán”, 22 de agosto, monje, La Cambre, Bélgica.
Gontla de Aerscht, 24 de abril, abadesa, Florival, Bélgica.
Gonzalo, 6 de junio, abad, Acebeiro, España.
Goswin, 31 de marzo, abad, Císter, Francia.
Gotier el Viejo, 25 de noviembre, monje, Aulne, Bélgica. También: Gotier
el Joven.
Gracia, Bernardo y María, festividad, 1 de junio, mártires, Poblet, Alcira,
España.
Granderey, 5 de agosto, monje, mártir, Barbery, Normandía.
Gregorio de Marilis, 12 de marzo, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Guarino, 14 de enero, obispo de Sión, monje de Molesmes, Francia.
Guarino, muerte, 27 de agosto, obispo de Sión.
Guda, 28 de junio, conversa, Howen, Alemania.
Guerric, 5 de diciembre, prior, Aulne, Francia.

- Guerrico, 19 agosto, abad de Igny, Francia.
- Guiberto, 28 de mayo, monje, Bebenhausen, Alemania.
- Guichard, 27 de septiembre, monje de Císter, arzobispo de Lyon, Francia.
- Guido de Chevreux, 20 de marzo, obispo, monje de Císter, obispo de Carcassonne, Francia.
- Guido, 20 de mayo, abad de Císter, cardenal, Lyon, Francia.
- Guido, 6 de enero, monje de Claraval y obispo de Cerdeña, Italia.
- Guillermo de Bourges, 10 de enero, muerte.
- Guillermo de Bourges, 17 de mayo, canonización, Francia.
- Guillermo de Bourges, 19 de enero, eremita, monje, Charlieu, Francia.
- Guillermo de Champeaux, 18 de enero, obispo de Chalons y monje de Claraval, Francia.
- Guillermo de Dongelberg, 24 de junio, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
- Guillermo de Montaigu, 19 de mayo, abad, Císter, Francia.
- Guillermo de Saint-Thierry, 8 de septiembre, monje de Signy, Francia.
- Guillermo de san Alejo, 17 de enero, monje fuliense, Feuillant, Francia.
- Guillermo de Toulouse, 27 noviembre, monje de Savigny, abad de Císter, Francia.
- Guillermo Haydock, 7 de marzo, monje, mártir, Walley, Inglaterra.
- Guillermo Moennat, 1 de septiembre, abad de Hauterive, Suiza.
- Guillermo Moreland, 7 de marzo, monje, mártir, Louth Park, Inglaterra.
- Guillermo Swales, 7 de marzo, monje, mártir, Kirsted, Inglaterra.
- Guillermo Thirst, 7 de marzo, abad, mártir, Fountains, Inglaterra.
- Guillermo Walah, 4 de enero, monje y obispo, Alcalá de Henares, España.
- Guillermo, 14 de noviembre, ermitaño, monje, Claraval, Francia.
- Guillermo, 2 de agosto, abad, Rievauls, Inglaterra.
- Guillermo, 20 de octubre, ermitaño, novicio, Savigny, Francia.
- Guillermo, 3 de enero, abad de Císter, Francia.
- Guillermo, 8 de abril, abad de Claraval y Villers, Francia.
- Guillermo, 8 de junio, monje, Melrose, Inglaterra.
- Guillermo, 9 de abril, monje, Grandselve, Francia.
- Guiomar Coronel, 20 de febrero, monja, San Clemente, Toledo, España.
- Guiomar de Silva, 21 de octubre, monja, Lorvao, Portugal.

Gumar, 18 de octubre, príncipe de cerdeña, monje, Claraval, Francia.
Guy de Parey, 30 de julio, abad de Val-Notre-Dame, cardenal, Císter, Francia.
Guy, 1 de noviembre, hermano mayor de san Bernardo, monje, Pontigny, Francia.

H

Haimon de Landcop, 30 de abril, monje, Savigny, Francia.
Haseka, 22 de enero, reclusa, Schermbek, Alemania.
Heimaro, 30 de agosto, monje, Himmenrod, Alemania.
Helinando, 15 de mayo, monje, Froidmont, Francia.
Heneas Effleur, 3 de julio, abad, Orval, Bélgica.
Henri Faber, 18 de junio, monje, mártir, Grüssau, Silesia, Alemania.
Henri Schnoemann, 18 de junio, monje, mártir, Reffenstein, Alemania.
Herman, 24 de junio, converso, Himmenrod, Alemania.
Herman, 3 de abril, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
Herman, 31 de mayo, abad, Marienstatt, Alemania.
Heylice, 29 de mayo, reclusa, Colonia, Alemania.
Hilarión Mathijssen, 11 de enero, converso, Westmalle, Bélgica.
Hildegundis de Schönau, 20 de abril, novicia, Schnöna, Alemania.
Hugo de Chalons, 1 de diciembre, abad de Trois-Fontaines, cardenal, Ostia, Italia.
Hugo de Maçon, o Vitry, 10 de octubre, abad de Pontigny, obispo de Auxerre, Francia.
Hugo de Mont-Felix, 22 de agosto, discípulo de san Bernardo, abad, Claraval, Francia.
Hugo Turso, 2 de febrero, monje, Zwettl, Austria.
Hugo, 1 de abril, abad, Bonnavaux, Francia.
Hugo, 16 de agosto, abad, Nuara, Sicilia.
Hugo, 17 de agosto, monje, Fennenbach, Alemania.
Humbelina, 12 de febrero, hermana de san Bernardo, monja, Jully, Francia.
Humberto Chaumartin, 17 de abril, converso, Aiguebelle, Francia.
Humberto, 7 de diciembre, prior de Claraval, primer abad de Igny, Francia.

I

Ida de Lewis, 31 de octubre, monja, La Ramée, Bélgica.
 Ida de Lovaina, 13 de abril, monja, Rosendaël, Bélgica.
 Ida de Nivelles, 10 de diciembre, monja, mística, La Ramée, Bravante, Bélgica.
 Ida, 23 de enero, abadesa, Argensolles, Francia.
 Idesbaldo, 18 de abril, abad, Prunes, Francia.
 Ignacio Alfaro, 4 de febrero, Moreruela, España.
 Ignatius (George) Löb, 7 de agosto, monje, mártir, Kononingshoeven, Auschwitz, Holanda.
 Ildefonso Telmo Duarte, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel, España.
 Inés de Chatillon, 28 de marzo, monja, Beaupré, Francia.
 Inés de Duren, 4 de febrero, abadesa, Gradenenthal, Suiza.
 Isabel Castella, 17 de enero, monja, Maigrauge, Suiza.
 Isabel de Wans, 1 de julio, monja, Aywieres, Brabante, Bélgica.
 Isabel Tubac, 6 de enero, monja, Roosendäel, Bélgica.
 Isabel von Basten, 16 de mayo, monja, Vau-le-Duc, Bélgica.
 Isabel, 15 de octubre, monja, Hoven, Alemania.
 Isabelle Piotto, 15 de septiembre, abadesa, Laval, Francia.
 Isidoro Simon, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.
 Issac, 8 de febrero, abad, Etoile, Francia.
 Ivetta, 13 de enero, monja reclusa, Orval, Bélgica.

J

Jacobina de Lalaing, 26 de febrero, abadesa, Flines, Bélgica.
 Jacobo Eustace, 18 de mayo, monje, mártir, Irlanda.
 Jacobo Minguet, 30 de marzo, abad, La Trapa, Francia.
 Jacobo, 9 de octubre, monje fuliense, Sta. Escolástica de Berthier, Francia.
 Jacques Colmets, 4 de julio, novicio converso, Bonnecombe, Francia.
 Jacques de Mails, 5 de noviembre, monje, mártir, Guayana, Francia.
 James O'Cullenan, 15 de septiembre, abad de Astrath, Irlanda.
 Janos Brenner, 15 de diciembre, 15 de diciembre, monje de Zirc, mártir, Hungría.
 Jean Antoine de la Forest, 12 de diciembre, abad, Tamié, Francia.
 Jean Bernard Himbert, 5 de octubre, monje, La Trapa, Francia.

- Jean de Hentmirail, 28 de septiembre, monje, Longpont, Francia.
Jean de Kempten, 21 de junio, San Juan de Stamps, Tirol, Austria.
Jean de la Barrière, 22 de abril, fundador de los fulienses, Feuillant, Francia.
Jean Eustache, 16 de septiembre, abad de Aulne, Jardinnet, Bélgica.
Jean Labarthe, 13 de septiembre, converso, Sept-Fons, Francia.
Jean Lemaitre, 28 de julio, monje de Melleray, mártir, Guayana, Francia.
Jean Marie Baillet, 22 de octubre, monje, Dombes, Francia.
Jean Marie Leonard, 12 de noviembre, abad, Fontfroide, Francia.
Jean Marie Tassin, 23 de mayo, monje, La Trapa, Francia.
Jean Pund, 18 de junio, monje, mártir, Runterfeld, Alemania.
Jerôme d'Aubeyrat, 22 de noviembre, abad de Claraval, cardenal, Roma, Francia.
Jerónimo de Usera y Alarcón, 17 de mayo, monje de San Martín de Castañeda, Cuba, España.
Jerónimo Llamas, 23 de julio, abad y escritor espiritual, Carracedo, España.
Jerónimo Minsart, 11 de mayo, monje, fundador, Boneffe, Bélgica.
Jerónimo Petit, 24 de octubre, abad de L'Etoile, Francia.
Jerónimo Roger, 27 de marzo, Bellefontaine, Francia.
Joaquín de Fiore, 30 de marzo, abad, Fiore, Italia.
Jorge Lezemby, 6 de agosto, monje, mártir, Jervaux, Inglaterra.
José Camí Camí, 4 de diciembre, sacerdote postulante, mártir, Viacel, España.
José de san Germán, 6 de junio, monje fuliense, Roma, Italia.
Josefa Staignier, 30 de mayo, abadesa, Soleilmont, Francia.
Joseph Colloud, 1 de julio, monje, mártir, Manluisant, Francia.
Joseph Merie Matton, 14 de junio, monje, Sept-Fons, Francia.
Joseph Reys, 14 de septiembre, monje, Mont-Saint-Joseph, Irlanda.
Joseph-Marie Cassant, beato, 17 de junio, monje, Sainte-Marie-du-Désert, Francia.
Juan Baumgarten, 5 de febrero, monje, Grüssau, Silesia, Alemana.
Juan Bautista de san Bernardo, 13 de septiembre, monje fuliense, Italia.
Juan Bautista Ferris Llopis, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli, España.

- Juan Bona, 28 de octubre, monje fuliense de Pignerol, cardenal, Roma, Italia.
- Juan Clímaco Bosc, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.
- Juan de Caramola, 26 de agosto, converso, Sagittario, Italia.
- Juan de Lenzingen, 20 de julio, abad, Haulbronn, Alemania.
- Juan de Pontizara, 25 de marzo, abad, Císter, Francia.
- Juan de san Basilio, 23 de agosto, monje fuliense, Narbonne, Francia.
- Juan de san Jerónimo, 10 de enero, monje fuliense, Roma, Italia.
- Juan de Wiscrezees, 20 de febrero, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
- Juan Doyng, 27 de junio, abad reformador, Termunten, Holanda.
- Juan Eichhorn, 7 de enero, monje, Schöntal, alemania.
- Juan el Precursor, 27 de agosto, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
- Juan de Sada Gallego, 9 de marzo, monje de Piedra, escritor y Vicario, España.
- Juan Harrison, 7 de marzo, monje, mártir, abad de Kirsted, Inglaterra.
- Juan Luis Fromont, 31 demarzo, monje, mártir, Boras, Francia.
- Juan Mesle, 3 de marzo, monje, mártir, Saint-Aubin, Francia.
- Juan Paniagua, 14 de diciembre, converso, Sacramenia, Segovia, España.
- Juan Pasley, 7 de marzo, abad, mártir, Walley, Inglaterra.
- Juan, 21 de marzo, monje de Císter, obispo de Valence, Francia.
- Juan, 9 de junio, monje, prior, Claraval, Francia,
- Juana de Courcelles, 16 de mayo, abadesa, Tart, Francia.
- Juana de Rojas y Contreras, 14 de julio, San Quirce, Valladolid, España.
- Juana Spirinx, 29 de noviembre, conversa, Beaupré, Bélgica.
- Juana, 27 de septiembre, abadesa, Clairefontaine, Luxemburgo.
- Juana, condesa de Flandes, 5 de diciembre, abadesa, La Marquette, Francia.
- JuanAlmond, 18 de abril, monje, mártir, Vall-Royal, Inglaterra.
- Juliana de Monte Cornillón, 5 de abril, fiesta, Salzines, Francia.
- Juta de Rustat, 22 de noviembre, abadesa de Heiligenthal, Alemania.

K

- Karl Braunstorfer, 20 septiembre, abad, Heiligenkreuz, en Austria.
- En Utrecht, en los Paisés Bajos, los padres Karel (Hugo) Jacobs, y Piet (Etienne) Muhren, monjes de la Abadía Cisterciense de Val Dieu (Bélgica).

Karel (Hugo) Jacobs, y Piet (Etienne) Muhren, 9 de octubre, mártires en Utrecht, monjes de Val Dieu (Bélgica).

Klaus Klein, 18 de junio, monje, mártir, Schontal, Alemania.

L

Lambert Reinier, 7 de noviembre, abad de Val-Sainte, mártir, Suiza.

Lázaro, Graglia, 28 de abril, monje, Buonsolazzo, Italia.

Leandro Gómez Gil, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli, España.

Leopoldo Roiehl, 7 de mayo, Engelszell, Austria.

Linus (Robert) Löb, 7 de agosto, monje, mártir, Kononingshoeven, Aushwitz, Holanda.

Loaquin Manning, 30 de abril, converso, Getsemaní, Estados Unidos.

Lorenzo Blohnam, 7 de marzo, monje, mártir, Weburn, Inglaterra.

Lorenzo de Zamora, 17 de agosto, abad, Sta. M^a de Huerta, España.

Lorenzo Fitzharris, 18 de mayo, abad, mártir, Lurrey, Irlanda.

Lorenzo González, 9 de diciembre, abad de Valbuena, después de Villanueva, España.

Lorenzo Olmedo Arrieta, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel, España.

Lorenzo, 11 de septiembre, converso, Claraval, Francia.

Louis Girod, 11 de octubre, monje fuliense, mártir, Francia.

Louis Gonzaga Martin, 3 de diciembre, abad de Staouëli, Argel.

Louise Teresa Perrucard, 13 de diciembre, fundadora, abadesa, Rumilly, Francia.

Luberto de Bodovicke, 8 de enero, abad, Marienfeld, Alemania.

Luc Douchier, 21 de mayo, monje, mártir, Atlas, Argelia.

Lucardis, 22 de marzo, monja, Oberweimar, Alemania.

Lucas Bergin, 18 de mayo, abad, mártir, Rossglass, Irlanda.

Lucía Asinara, monja, Santa Ana de Asti, Italia.

Luis de Estrada, 2 de junio, abad, Sta. M^a de Huerta, España.

Luis Gonzaga Bailly, muerte, 1 de octubre, Aiguebelle, Francia.

Luis Gonzaga Bley, 13 de agosto, monje, mártir, Southern Star, Oceanía.

Luis Gonzaga Moirant, 23 de septiembre, abad, Dombes, Francia.

Luis Hisek, 29 de febrero, monje, mártir, Gard, Francia.

Luis M^a Van Rijekevorsel, 20 de septiembre, monje, Koningshoeven, Holanda.

Luis Quinet, 2 de enero, abad de Barbery, Normandía.
 Luisa Cecilia de Ponçonas, 7 de febero, abadesa fundadora, Francia.
 Luisa de Faria, 7 de octubre, monja, Brasil, Cadins, España.
 Luisa Hollandina, 11 de febrero, abadesa, Maubuisson, Francia.
 Lukas Götz, 11 de septiembre, abad de Nerrenalb, mártir, Alemania.
 Lutgarda de Aywieres, santa, fiesta, 16 de junio, monja, Aywieres, Brabante, Bélgica.
 Lutgarda Menetrey, 19 de octubre, abadesa, Fille-Dieu, Suiza.
 Lutgarda, santa, 11 de junio, festividad, Laval, Francia.

M

M^a Esperanza Roza y Roca, 10 de enero, abadesa, Valdoncella, España.
 Macario d'Incamps, 19 de enero, monje, mártir, Sept-Fons, Francia.
 Macario, 2 de julio, converso, Valbuena, España.
 Madaleine Françoise de Justamond, 9 de julio, monja, mártir, Santa Catalina de Avignon, Francia.
 Mafalda, beata, 2 de mayo, hermana de Sancha y Teresa, Arouca, Portugal.
 Magdalena de Jesús, 14 de septiembre, monja, San Joaquín y Santa Ana, España.
 Magdalena Serre, 29 de diciembre, conversa, Fabas o Lom-Dieu, Francia.
 Magdalena Teresa Baudet, 6 de septiembre, abadesa fundadora, París, Francia.
 Malaquías Bertrand, 25 de septiembre, monje, mártir, Orval, Guayana, Bélgica.
 Malaquías de Asso, 28 de agosto, monje de Huerta, obispo de Jaca, España.
 Malaquías Garneryn, 12 de agosto, abad, Boun Solazzo, Italia.
 Malaquías O'Kelly, 18 de mayo, monje, mártir, Boyle, Irlanda.
 Malaquías Shial, 3 de mayo, monje, mártir, Newry, Irlanda.
 Malaquías, san, 3 de noviembre, obispo de Armagh, muerto en Claraval, Irlanda.
 Manuel Fleché Rousse, 31 de enero, fallecimiento en Viaceli, España.
 Manuel Fleché Rousse, 13 de noviembre de 1959, traslación a la iglesia de Viaceli, España.

- Marcelino Martín Rubio, 4 de diciembre, novicio, mártir, Viaceli, España.
Marcos de porras, 5 de septiembre, abad de Nogales, España.
Marcos de Villalba, 1 de diciembre, abad de Fitero, General de la C. de Castilla, España.
Margarita Antonia Piquet, 29 de enero, monja, Vienne, Francia.
Margarita de santa Ana, 20 de noviembre, monja fuliense, Toulouse, Francia.
Margarita vea der Elst, 15 de mayo, conversa, Roosendaël, Bélgica.
Margarita, 12 de octubre, abadesa de San Houd, Francia.
Margarita, 28 de mayo, abadesa, Sta. Walburga, Alemania.
Margarita, 28 de mayo, monja, Seauve, Francia.
Margueritte de Forbin, 19 de septiembre, abadesa, Lamarre, Francia.
María de Campillo, 20 de febrero, monja, San Clemente, Toledo, España.
María de Chatillon, 31 de julio, monja, Beaupré, Flandes, Bélgica.
María de Cristo, 24 de marzo, monja, Sata Ana, Ávila, España.
María de san Enrique, 10 de mayo, monja, mártir, Francia.
María de san Enrique, 12 de julio, monja, mártir, Orange, Avignon, Francia.
María del Corazón de Jesús, 9 de febrero, abadesa, Córdoba, España.
María del Purísimo Corazón, 10 de mayo, mártir, Francia.
María Evangelista Quintero Malfaz, 27 de noviembre, monja, mística, Casarrubios, España.
María Gabriel Mossié, 9 de abril, converso, Chambarand, Francia.
María Gómez, 20 de diciembre, conversa, Las Huelgas, Burgos, España.
María Luisa Ambrosetti, 2 de diciembre, Nova-Friburgo, Mocon, Brasil.
María Magdalena de Sazenhofen, 20 de marzo, abadesa, Selingenthal, Baviera, Alemania.
María Vela y Cueto, 24 de septiembre, monja, mística, Santa Ana de Ávila, España.
Maria-Theresia (Door) Löb, 7 de agosto, monja, mártir, Koningsoord, Auschwitz, Holanda.
María, 31 de enero, abadesa, Purísima Concepción, España.
María, Bernardo y Gracia, festividad, 1 de junio, mártires, Poblet, Alcira, España.
Marie de la Bothelière, 8 de abril, converso, Staoueli, Argelia.

- Marie Reilf, 15 de junio, monja, Maigrauge, Suiza.
- Marie van Dalso, 12 de octubre, monja, Muisson, Bélgica.
- Marie de Saint Henri de Justamond (Marguerite Eléonore), 9 de julio, monja, mártir, Stanta Catalina de Avignon, Francia.
- Martin Brack, 6 de marzo, monje, Gard, Picardía, Francia.
- Martín Cid, san, 8 de octubre, abad de Valparaíso, España.
- Martin Claveo, 29 de diciembre, abad, mártir, Grissau, Silesia, Alemania.
- Martín de Hinojosa, 5 de mayo, monje de Cántabos-Huerta, obispo de Sigüenza, España.
- Martin de Hinojosa, muerte, 16 de septiembre, obispo de Sigüenza.
- Martín de Vargas, 6 de abril, monje fundador, Valdeiglesias, España.
- Martin Federer, 1 de mayo, monje, Stamps, Tirol, Alemania.
- Martin Martin, 17 de diciembre, Las Nieves, Francia (hermano de L. Gonzaga Martin).
- Martin Ridt von Lollenberg, 9 de septiembre, abad de Negelszell, Austria.
- Martin Sartorio, 18 de junio, abad, mártir, Sedlec, Bohemia, Alemania.
- Martin Ujlafusy, 23 de noviembre, abad de Zirc, mártir, Hungría.
- Mártires de Alemania y Polonia, siglo XVII, 18 de junio.
- Mártires de Ardorel, 1 de julio, varios monjes, año 1586, Francia.
- Mártires de Atlas, 21 de mayo, Argelia.
- Mártires de Bellebranche, 1 de julio, varios monjes, año 1586.
- Mártires de Belleperche, 1 de julio, varios monjes, año 1580, Francia.
- Mártires de Calatrava, 19 de julio, en la plaza de Calatrava, España.
- Mártires de China, 16 de junio, Consolación y Liesse.
- Mártires de Fontaine-Jean, 1 de julio, cinco monjes, año 1562, Francia.
- Mártires de La Ferté, 1 de julio, año 1562 y 1567, Francia.
- Mártires de Laval-Bressieux, 1 de julio, varias monjas, año 1581, Francia.
- Mártires de Quincy, 1 de julio, varios monjes, 1562, Francia.
- Mártires de San Salvador, 23 de octubre, doce monjes, Irlanda.
- Mártires de Viaceli, proceso de beatificación, 2 de diciembre.
- Mártires de Viaceli, beatificación en Santander, 3 de octubre 2015, fiesta, 4 de diciembre.
- Mártires del siglo XVI en Francia, 1 de julio, muertos por los protestantes, Francia.

- Mártires monjas de Fons Salutis, beatificación en Santander, 3 de octubre de 2015.
- Mártires monjas de Fons Salutis, conmemoración, 15 de noviembre.
- Mártires y deportados a la Guayana francesa, 28 de julio, Francia y Bélgica.
- Mártires, monjas de Valsauve, 1 de julio, año 1522, Francia.
- Mártires, monjes de Senanque, 1 de julio, año, 1560, Francia.
- Martirio de los monjes de Doberan, 10 de noviembre, setenta y ocho, Alemania.
- Martirio de los monjes de Nenay, 14 de agosto, cuarenta, Irlanda.
- Martirio de los monjes de Nydala, 2 de febrero, Suecia.
- Martirio de los monjes de Sandomir, 2 de febrero, Polonia.
- Martirio de monjes y monjas trapenses en Auschwitz, 7 de agosto, Alemania.
- Martirio de varios monjes irlandeses, 18 de mayo, Irlanda.
- Martirio de varios monjes y abades, 7 de marzo, Inglaterra.
- Martirio del abad y monjes de Mont-Sant-Nicolas, 11 de agosto, Livonia.
- Martirio del abad y monjes de Olive, en 1254 y 1256, Prusia.
- Martirio del abad y un converso de Eaunes, 27 de junio, Carcassonne, Francia.
- Martirio monjes deaBohemia, Silesia, Austria y Baviera, de varios monasterios, 29 de enero.
- Mateo Gachet, 31 de enero, monje fuliense, mártir, Lyon, Francia.
- Mathias Ungar, 9 de septiembre, abad de Coldebron, Austria.
- Mauricio MacGibbon, 18 de mayo, monje, arzobispo de Cashel, Irlanda.
- Mauricio Tien, 6 de agosto, converso, mártir, Consolación, China.
- Mauricio, san, festividad, 13 de octubre, abad, Langonnet, Francia.
- Mauro Doucette, 12 de abril, monje, Sept-Fons, Francia.
- Mauro Mouchin, 5 de febrero, monje, La Trapa, Francia.
- Máximo Arretino, 17 de octubre, monje, San Salvador de Settimo, Italia.
- Mectildis de Hackeborn, 19 de noviembre, monja, Helfta, Alemania.
- Mectildis de Magdebourg, 28 de noviembre, monja, mística, Helfta, Alemania.
- Mencia de San José, 29 de junio, abadesa, La Encarnación, Córdoba. España.

Menfrid, 26 de octubre, prior, Eberbach, Alemania.

Miacela Baldoví Trull, 15 de noviembre, monja, mártir, Fons Salutis, España.

Michel Fleury, 21 de mayo, monje, mártir, Atlas, Argelia.

Michel Triquier, 20 de junio, monje, Fontaine-Daniel, Francia.

Miguel Le Port, 27 de febrero, abad, Bellefontaine, Francia.

Milagros Antonia González, 31 de mayo, monja, Talavera de la Reina, España.

Moisés Chapellibre, 3 de septiembre, converso, Port-du-Salut, Francia.

Monjes y conversos fallecidos en Santa Susana de la Trapa, España.

Monjes de la Val-Sainte, 28 mayo, monjes y conversos, Val-Sainte, Francia.

Muro Bougnon, 16 de junio, monje, mártir, Consolación, China.

N

Natividad Medes Ferris, 15 de noviembre, monja, mártir, Fons Salutis, España.

Nerbo, 14 de abril, abad, Kinloss, Escocia.

Nicolás de Guedois, 11 de octubre, abad de Barbey, Normandía.

Nicolas Fagan, 8 de marzo, monje de Herrera, obispo, mártir en Irlanda.

Nicolás Fitzgerald, 3 de septiembre, monje, mártir, Irlanda.

Nicolás Goldlin, 15 de febrero, abad, Wettingen, Suiza.

Nicolás, 9 de noviembre, converso, Villers, Bravante, Bélgica.

Nivardo, 7 de febrero, monje, hermano de san Bernardo, Claraval, Francia.

Nivardus (Ernst) Löb, 7 de agosto, monje, mártir, Koningshoeven, Auschwitz, Holanda.

Norberto Roelants, 5 de noviembre, monje, mártir, Lescaut, Guayana, Francia.

O

Octavio Arnolphini, 21 de septiembre, abad reformador, Chatillon, Francia.

Odette Clause, 8 de septiembre, abadesa, Villers-aux-Nonnaine, Bélgica.

Odón, 18 de febrero, monje, Claraval, Francia.

Oglerio, 10 de septiembre, abad de Locedio, Italia.

Onofre Clavier, 28 de julio, converso, Sept-Fons, Guayana, Francia.

Otón de Freising, 22 de septiembre, abad de Morimond, obispo de Freising, Alemania.

Oton Richt, 11 de abril, converso, Oelemberg, Alsacia, Alemania.

P

Pablo Cahill, 12 de enero, monje, Mont-Melleray, Irlanda.

Pablo Ferrand, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.

Pablo Lamps, 7 de noviembre, monje de Boneffe, mártir, Bélgica.

Pablo Lehouelleur, 13 de febrero, monje, Briquebec, Francia.

Pablo Piagget, 18 de mayo, abad, Sta. M^a de Dublín, Irlanda.

Pablo Piroulle, 25 de enero, abad, Val-Dieu, Bélgica.

Pacífica de Spandl, 9 de mayo, monja, Vaise, Maubec, Francia.

Pacomio Bechet, 2 de octubre, monje, Val-Sainte, Suiza.

Pacomio de Marville, 21 de enero, monje, Val-Sainte, Suiza.

Palemone (Pietro) Naselli, 5 de septiembre, monje, Casamari, Italia.

Pancracio Puschinger, 22 de octubre, abad, Engelszell, Austria.

Patricio Barnewall, 18 de mayo, abad, Mellifont, Irlanda.

Patricio O'Connor, 18 de mayo, monje, mártir, Boyle, Irlanda.

Patrick Plunket, 18 de septiembre, abad de Sta. M^a de Dublin, Obispo de Neath, Irlanda.

Paul Favre-Miville, 21 de mayo, monje, mártir, Atlas, Argelia.

Paul Jean Charles, 25 de agosto, monje, mártir, Sept-Fons, Francia.

Pedro “el Tuerto”, 29 de octubre, abad, Claraval, Francia.

Pedro de Castelanau, 16 de febrero, martirio.

Pedro de Castelnau, san, 5 de marzo, mártir, abad, Font-Froide, Carcasonne, Francia.

Pedro de Chalons, 22 de agosto, discípulo de san Bernardo, abad, Claraval, Francia.

Pedro de san Bernardo, 24 de marzo, fuliense, Superior General, Francia.

Pedro de Tarentasia, familia, 12 de mayo, Bonnevaux, Francia.

Pedro de Tarentasia, muerte, 14 de septiembre, Francia.

Pedro de Tarentasia, san, 10 de mayo, monje de Tamié, obispo, Francia.

- Pedro de Toulouse, 21 de febrero, monje, Claraval, Francia.
- Pedro el Viejo, 29 de junio, abad de La Ferté, arzobispo de Tarentasia, Francia.
- Pedro Emberger, 24 de enero, monje, Schlierbach, Austria.
- Pedro II, 27 de marzo, abad, Císter, Francia.
- Pedro Klausener, 28 de junio, abad, Darfeld, Alsacia, Alemania.
- Pedro Maas, 19 de julio, monje, Schöental, Alemania.
- Pedro Maginet, 26 de marzo, monje, Poblet, España.
- Pedro Marmet, 9 de febrero, monje. Mont-Saint-Marie, Salins, Francia-
- Pedro Vendercher, 8 de agosto, monje, Oelemborg, Alemania.
- Pedro, 17 de marzo, abad, Bloomkamp, Holanda.
- Pedro, 20 de octubre, abad, Gutvala, Suecia.
- Pedro, 26 de febrero, abad, Moreruela, España.
- Pedro, 31 de enero, converso, Villers, Brabante, Bélgica.
- Pedro, amigo de san Esteban, 23 de junio, monje, Molesmes, Francia.
- Petronila de la Cruz, 22 de mayo, monja, Santa Ana, Ávila, España.
- Petronila Leclercq, 1 de agosto, conversa, Parc-aux-Dames, Francia.
- Philip Brendel, 9 de julio, converso, mártir, Freistorf, Francia.
- Philippine Mennecart de Briffoeull, 25 de junio, abadesa, mártir, La Brayelle, Francia.
- Pia Gullini, 2 de mayo, abadesa de Grottaferrata, Vitorchiano, Italia.
- Pierre de Abranches, 24 de diciembre, monje, Savigny, Normandía.
- Pierre Hilarin Bonnet, 26 de diciembre, monje de Aigebelle, Staoulei, Argelia.
- Pío de Zeeland, 1 de febrero, abad, Rochefort, Bélgica.
- Pío Heredia Zubía, 4 de diciembre, prior de Viaceli, mártir, España.
- Plácido (Alojz) Grebenc, 24 de octubre, mártir, Grcarice, en Eslovenia, monasterio de Sticna.
- Plácido de Luzuriaga, 8 de noviembre, abad de Herrera, España.
- Plácido de Rodi, 11 de junio, eremita, Ocra, Caseneuve, Italia.
- Plácido de san Mauro, 15 de enero, monje fuliense, Feuillants, Francia.
- Plácido Petit, 24 de octubre, abad de L'Etoile, sucesor de Jerónimo Petit, Francia.
- Plácido Pozzancheri, 8 de diciembre, abad General de la Congregación, Casamari, Italia.

Policarpo Jaricot, 3 de junio, monje, Tamié, Laval, Francia.

Policarpo Zakar, 17 de septiembre, abad general de la Orden Cisterciense.

Ponce de Leras, 1 de agosto, caballero, ermitaño, monje, Rodez, Francia.

Poncede Polignac, 2 de abril, abad de Grandseleve, obispo de Clermont, Francia.

R

Rafael Arnáiz Barón, 26 de abril, oblato, místico, abadía de San isidro de Dueñas, España.

Raimundo de Fitero, san, 6 de febrero, abad, Fitero, España.

Raoul de la Roche, 4 de marzo, abad, arzobispo, Igny, Claraval, Francia.

Raoul Regeth, 4 de octubre, monje, Fountains, Inglaterra.

Raoul, 14 de abril, abad de Toronet, obispo, Francia.

Raoul, 30 de diciembre, abad de Vaucelles, Francia.

Raul Barnes, 7 de marzo, monje, mártir, Webrun, Inglaterra.

Reinaldo, 2 de junio, monje, Claraval, Francia.

Reinaldo, 27 de abril, abad de Foigny, Claraval, Francia.

Reinard, 16 de diciembre, abad de Císter, Francia.

Reinier, 30 de octubre, converso, hermano de Godofredo Pacomio, Villers, Bravante, Bélgica.

Remigio, 23 de mayo, abad, San Salvador de Settimo, Italia.

Ricardo “el sacristán”, 12 de octubre, abad de Fountains, Inglaterra.

Ricardo Eastgate, 7 de marzo, monje, mártir, Walley, Inglaterra.

Ricardo Patard, 4 de julio, converso, Sept-Fons, Francia.

Ricardo Wade, 7 de marzo, monje, Mártir, Kirsted, Inglaterra.

Ricardo, 14 de abril, abad, Fountains, Inglaterra.

Richard, 21 de diciembre, monje, Aduard, Holanda.

Rizon, 6 de noviembre, abad de Zinna, mártir, Alemania.

Roberto Hobbes, 7 de marzo, abad, mártir, Weburn, Inglaterra.

Roberto, 18 de marzo, converso, Fontmorigny, Francia.

Roberto, 2 de diciembre, monje de La Creste, abad de Matallana, España.

Roberto, 23 de abril, abad, sucesor de san Bernardo, Claraval, Francia.

Roberto, 27 de febrero, monje, Císter, Francia.

Roberto, 29 de noviembre, pariente de san Bernardo, Císter, Claraval, Cluny, Noirlac, Francia.
 Roberto, 7 de junio, abad, Newminster, Inglaterra.
 Roberto, san, 17 de abril, fundador, muerte, Francia.
 Roberto, san, 29 de abril, fiesta de, abad, Molesmes y Císter, Francia.
 Roberto (Vincenzij o Vinko) Avsec, mayo 1945, converso, mártir, Sticna (Eslovenia).
 Rogerio, 4 de enero, abad de Elant, Francia.
 Roland, 14 de julio, abad, Chécery, Saboya, Francia.
 Romano Bottegal, 19 de febrero, Tre Fontane, Beirut, Italia.
 Rosalía Ferrine, 13 de mayo, monja, Besonçon, Francia.
 Rouand, 26 de junio, abad de Lanvaux, obispo de Vannes, Francia.

S

Sagrado Corazón de María, 12 de julio, monja, mártir, Orange, Avignon, Francia.
 Sancha, santa, 13 de marzo, reina, monja, Cellas, Portugal.
 Sancho de Sta. Catalina, 11 de octubre, general de los fulienses, Roma, Italia.
 Santiago de la Roche, 21 de mayo, monje fuliense, Chaise-Dieu, Francia.
 Santiago de Pecoraria, 25 de junio, monje Claraval, cardenal, Roma, Claraval, Francia.
 Santiago Fournier (papa Benedicto XII), 25 de abril, monje de Bolbonne, Avignon, Francia.
 Santiago Puiperon, 10 de marzo, monje, La Trapa, Francia.
 Santiago Raba Río, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel, España.
 Santiago, 30 de mayo, monje, San Galgano, Italia.
 Sebastián Devaulx, 3 de julio, monje, La Trapa, Francia.
 Sebastian Wyart, muerte, 18 de agosto, abad General, Roma, Italia.
 Sebastien Gaudin, 7 de septiembre, monje, Port-du-Salut, Francia.
 Seboldo, 6 de noviembre, abad le Lehnin, mártir, Alemania.
 Seraphin Roger, 8 de diciembre, “modelo de los priores”, Sept-Fons, Francia.
 Serlom, 10 de septiembre, abad de Savigny, Francia.
 Sibila de Gages, 9 de octubre, monja, Aywieres, Bélgica.

Sicard, 18 de octubre, monje de Jouy, abad de Bonlieu, Francia.
Silvano, 18 de febrero, monje, Claraval, Francia.
Silvano, 19 de abril, abad, Rievaulx, Inglaterra.
Simon Cardón, 13 de mayo, monje, mártir, Casamari, Italia.
Simón de Gelre, 6 de noviembre, converso, Aulne, Bélgica.
Simon Dupont, 13 de julio, converso, Lac, Canadá.
Simon Tomasch, 30 de septiembre, monje, Stamps, Austria.
Simón, 27 de julio, monje, Claraval, Francia.
Sinfiorano Bernigaud, 25 de agosto, monje, Sept-Fons, Francia.
Stefano (Francesco) Casareggio, 22 agosto, monje, Buonsolazzo, Casamari, Italia.
Stefano (Giuseppe Bernardo) del Toro, 22 de agosto, converso, Casamari, Italia.
Sunulf, 20 de diciembre, converso, Fountains, Inglaterra.

T

Teobaldo Hylwec, 27 de abril, abad, Lützell, Alsacia, Alemania.
Teobaldo, 9 de julio, abad, Vaux-de-cernay, Francia.
Teodorico de Traiden, 18 de julio, abad de Dünemünde, Port-Sainte-Marie, Estonia.
Teodoro, 16 de junio, monje, mártir, Consolación, China.
Teófilo María (Felice María Ghebrealach), 25 marzo, monje, Eritrea, Casamari, Italia.
Teresa, beata, 15 de julio, reina, monja, La Zaydía, Valencia, España.
Teresa, santa, 17 de junio, monja, reina, Lervao, Portugal.
Tescelino, 11 de abril, padre de san Bernardo, Claraval, Francia.
Thomas Lombart, 5 de agosto, monje, Salamanca, Sobrado, Irlanda.
Thomas Merton, 10 de diciembre, monje, escritor, Gethsemani, USA, Estados Unidos.
Thomas Rude, 7 de septiembre, monje Jervaux, mártir, Inglaterra.
Tibaud, o Tibaldo, muerte, 7 de diciembre, abad de Vux-de-Cernay.
Tobías Mayer, 18 de junio, monje, mártir, Sedlec, Bohemia, Alemania.
Tomás Becket, 29 de diciembre, arzobispo de Cantorbery, Pontigny, mártir, Inglaterra.
Tomás Bolton, 7 de marzo, abad, mártir, Salley, Inglaterra.

Tomás, 28 de mayo, monje, Bonnefont, Francia.
Tre Fontane, 1 de abril, dedicación de la iglesia 1221, Italia.
Tucecka, 23 de agosto, abadesa, Daindt, Alemania.
Turcio, 17 de mayo, converso, San Salvador de Settimo, Italia.
Turgers, 19 de diciembre, abad de Kirkstall, antiguo monje de Fountains, Inglaterra.

U

Ulfo de Ulfasa, 10 de febrero, monje, Alvastra, Suecia.
Ulric, 1 de octubre, monje, Villers, Brabante, Bélgica.
Ulric, 18 de junio, monje, mártir, Mogila, Polonia.
Ulrico, 1 de enero, abad de Villers, Brabante, Bélgica.
Urbano Guillet, 2 de abril, abad, Bellefontaine, Francia.
Urraca, 4 de junio, abadesa, Cañas, España.
Urso Schutz, 27 de enero, monje, Wettingen, Suiza.
Úrsula d san Basilio, 1 de marzo, monja, Córdoba, España

V

Valeriano Rodríguez García, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli, España.
Vendel Endredy, 29 de diciembre, abad, Pannonhalma, en Hungría, abad de Zirc.
Veróniva Bava, 14 de abril, monja de Santa Catalina, Fossano en Piemonte (Italia).
Verónica Brun, 7 de abril, monja, Maçon, Francia.
Verónica Laparelli, 3 de marzo, monja, Sma. Trinidad, Cortona, Italia.
Verónica(Louise) Löb, 7 de agosto, monja, mártir, Berkel-Schoot, Holanda.
Vicente Kadlubeck, 8 de marzo, obispo, Jodrzow, Polonia.
Vicente Pastor Garrido, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli, España.
Vicente Shi, 16 de junio, monje, mártir, Liesse, China.
Vidal, 28 de mayo, converso, San Sulpice, Grancia.
Vincent de Paul, 31 de diciembre, monje de la Val-Sainte, Halifax, Canadá.
Vincenzo Kadlubeck, 8 de marzo, obispo de Cracovia, monje deJedrzejow, Cracovia.

Vírgenes de Orange, 10 de mayo, Francia.

Vito Giannelli, 15 de junio, converso, Casamari, Italia.

W

Waldev, 3 de agosto, abad, Melrose, Escocia.

Waleran de Baudement, 29 de mayo, abad, Ourscamp, Francia.

Walter de Dickebuach, 28 de agosto, abad, Dunes, Bélgica.

Walter de Utrech, 14 de noviembre, abad, Villers, Bravante, Bélgica.

Walter, 16 de septiembre, abad de Quincy, obispo de Auxerre, Francia.

Walter, o Gualtero, 22 de enero, Himmenrod, Alemania.

Wilderico Sprengler, 11 de agosto, monje, Schöntal, Alemania.

Y

Yrenne Laval, 7 de julio, conversa, Bnsocour, Maubec, Francia.

Z

Zacarías Santamaría, 20 de agosto, converso, La Oliva, España.

Zósimo Foisel, 1 de marzo, abad, La Trapa, Francia.

Zósimo Jansen, 6 de diciembre, converso, San Remigio de Rochefort, Bélgica.

Zosimo Rosnatti, 27 de abril, monje, Casamari, Italia.

ÍNDICE DE NOMBRES ESPAÑA

A

Álvaro González López, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel.

Amadeo García Rodríguez, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli.

Ambrosio de Herrera, 24 de abril, monje, Herrera.

Amezana, 3 de junio, abadesa, Cañas.

Ana de Villarroel, 26 de septiembre, monja, Santa Ana de Ávila.

Ana María de la Concepción, 5 julio, monja, San Joaquín y Sta. Ana.

Ángel de la Vega González, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli.

Ángel de Vitoria, 11 de abril, monje de Herrera, abad.

Ángel Manrique, 28 de febrero, monje, obispo de Badajoz, monje de Huerta.

Ángela Francisca de la Cruz, 11 de julio, monja, San Joaquín y Sta. Ana.

Antonia Álvarez, 27 de enero, monja, San Quirce, Valladolid.

Antonia Jacinta de Navarra, 4 de agosto, abadesa, Las Huelgas, Burgos.

Antonio Delgado, González, 4 de diciembre, oblato, mártir, Viaceli.

B

Bartolomé Conill, 3 de octubre, Poblet.

Beatriz de Silva, santa, 10 de agosto, monja, fundadora, Portugal, Toledo.

Berenguela, 8 de noviembre, reina, Las Huelgas, Burgos.

Bernarda, 4 de abril, monja, Olmedo.

Bernardo Calvó, 25 de octubre, monje Santes Creus, obispo de Vich.

Bernardo de Escobar, 13 de febrero, abad, Monte Sión.

Bernardo el Catalán, 2 de noviembre, Caballero de Calatrava.

Bernardo, María y Gracia, festividad, 1 de junio, mártires, Poblet, Alcira.

Bienvenido Mata Ubierna, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli.

C

Catalina del Espíritu Santo, 9 de febrero, monja, Arévalo.

Clemente Jiménez, 2 de septiembre, monje, Valparaíso.

Constancia Borosa, monja, San Clemente e Toledo.

Converso español, 5 de septiembre, muerto en Claraval.

D

Diego de Azevedo, 30 de diciembre, vistió el hábito cisterciense, obispo de Osma.

Diego Velázquez, 2 de julio, noble, monje de Fitero, primer Prior de Calatrava.

Diego, 4 de mayo, converso, Valparaíso.

Domingo del Niño Jesús, 12 de septiembre, monje, Montederramo.

Domingo, 22 de julio, monje y ermitaño, Carracedo.

E

Eulogio Álvarez López, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli.

F

Froilán de Urosa, 15 de abril, monje, Sta. M^a de Huerta.

G

Gertrudis de Anglesola, 3 de marzo, monja, La Zaydía.

Gonzalo, 6 de junio, abad, Acebeiro.

Gracia, Bernardo y María, festividad, 1 de junio, mártires, Poblet, Alcira.

Guillermo Walah, 4 de enero, monje y obispo, Alcalá de Henares.

Guiomar Coronel, 20 de febrero, monja, San Clemente, Toledo.

Guiomar de Silva, 21 de octubre, monja, Lervao, Portugal.

I

Ignacio Alfaro, 4 de febrero, Moreruela.

Ildfonso Telmo Duarte, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel.

J

Jerónimo de Usera y Alarcón, 17 de mayo, monje de San Martín de Castañeda, Cuba.

Jerónimo Llamas, 23 de julio, abad y escritor espiritual, Carracedo.

José Camí Camí, 4 de diciembre, sacerdote postulante, mártir, Viacel.

Juan Paniagua, 14 de diciembre, converso, Sacramenia, Segovia.

Juana de Rojas y Contreras, 14 de julio, San Quirce, Valladolid.

Juan de Sada Gallego, 9 de marzo, monje de Piedra, escritor y Vicario, España.

L

Leandro Gómez Gil, 4 de diciembre, converso, mártir, Viaceli.

Lorenzo de Zamora, 17 de agosto, abad, Sta. M^a de Huerta.

Lorenzo González, 9 de diciembre, abad de Valbuena, después de Villanueva.

Lorenzo Olmedo Arrieta, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel.

Luis de Estrada, 2 de junio, abad, Sta. M^a de Huerta.

Luisa de Faria, 7 de octubre, monja, Brasil, Cadins.

M

M^a Esperanza Roza y Roca, 10 de enero, abadesa, Valdoncella.

Macario, 2 de julio, converso, Valbuena.

Magdalena de Jesús, 14 de septiembre, monja, San Joaquín y Santa Ana.

Malaquías de Asso, 28 de agosto, monje de Huerta, obispo de Jaca.

Manuel Fleché Rousse, 31 de enero, muerte, Viaceli.

Manuel Fleché Rousse, 13 noviembre, traslado restos a la iglesia de la abadía.

Marcelino Martín Rubio, 4 de diciembre, novicio, mártir, Viaceli.

Marcos de porras, 5 de septiembre, abad de Nogales.

Marcos de Villalba, 1 de diciembre, abad de Fitero, General de la C. de Castilla.

María de Campillo, 20 de febrero, monja, San Clemente, Toledo.

María de Cristo, 24 de marzo, monja, Sata Ana, Ávila.

María del Corazón de Jesús, 9 de febrero, abadesa, Córdoba.

María Evangelista Quintero Malfaz, 27 de noviembre, monja, mística, Casarrubios.

María Gómez, 20 de diciembre, conversa, Las Huelgas, Burgos.

María Vela y Cueto, 24 de septiembre, monja, mística, Santa Ana de Ávila.

María, 31 de enero, abadesa, Purísima Concepción.

María, Bernardo y Gracia, festividad, 1 de junio, mártires, Poblet, Alcira.

Martín Cid, san, 8 de octubre, abad de Valparaíso.

Martín de Hinojosa, 5 de mayo, monje de Cántabos-Huerta, obispo de Sigüenza.

Martin de Hinojosa, muerte, 16 de septiembre, obispo de Sigüenza.

Martín de Vargas, 6 de abril, monje fundador, Valdeiglesias.

Mártires de Calatrava, 19 de julio, en la plaza de Calatrava.

Mártires de Viaceli, beatificación en Santander, 3 de octubre 2015, fiesta, 4 de diciembre.

Mártires monjas de Fons Salutis, beatificación en Santander, 3 de octubre de 2015.

Mártires monjas de Fons Salutis, conmemoración, 15 de noviembre.

Mencia de San José, 29 de junio, abadesa, La Encarnación, Córdoba.
Miacela Baldoví Trull, 15 de noviembre, monja, mártir, Fons Salutis.
Milagros Antonia (M^a Oliva) González, 31 mayo, monja, Talavera de la Reina.
Monjes y conversos fallecidos en Santa Susana de la Trapa, 31 de marzo, España.

N

Natividad Medes Ferris, 15 de noviembre, monja, mártir, Fons Salutis.

P

Pedro Maginet, 26 de marzo, monje, Poblet.
Pedro, 26 de febrero, abad, Moreruela.
Petronila de la Cruz, 22 de mayo, monja, Santa Ana, Ávila.
Pío Heredia Zubía, 4 de diciembre, prior de Viaceli, mártir.
Plácido de Luzuriaga, 8 de noviembre, abad de Herrera.

R

Rafael Arnáiz Barón, 26 de abril, oblato, místico, abadía de San isidro de Dueñas.
Raimundo de Fitero, san, 6 de febrero, abad, Fitero.
Roberto, 2 de diciembre, monje de La Creste, abad de Matallana.

S

Santiago Raba Río, 4 de diciembre, monje, mártir, Viacel.

T

Teresa, beata, 15 de julio, reina, monja, La Zaydía, Valencia.

U

Urraca, 4 de junio, abadesa, Cañas.
Úrsula de san Basilio, 1 de marzo, monja, Córdoba.

V

Valeriano Rodríguez García, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli.

Verónica Brun, 7 de abril, monja, Maçon, Francia.

Vicente Pastor Garrido, 4 de diciembre, monje, mártir, Viaceli.

Z

Zacarías Santamaría, 20 de agosto, converso, La Oliva.

*Son tus santos, Señor, nuestros amigos;
son señales de luz en nuestra marcha;
los recodos más bellos del camino,
manantiales seguros, un descanso:
el clamor que repite tu mensaje,
resplandor que persiste por los siglos,
un ejemplo que alienta nuestros pasos.
Por tus santos, oh Dios, te bendecimos;
por tus santos, oh Padre, te alabamos.*